Snowlandic Series

Primera temporada

Integral

CH Starmis



Pandora

Snowlandic
(Primera temporada)

Integral

©CH Starmis, 2024
© Snowlandic (Primera Temporada) - Integral 2024
©Pandora Ediciones, 2024
Apartado de Correos 4015, 24010, León (España)
www.pandoraediciones.com
info@pandoraediciones.com

©Edición de cubierta: Pandora Ediciones

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: diciembre 2024
Registrado en Safe Creative.
Código de registro: 2410109768219
ISBN:
Editado en España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

A las que no tienen suficiente Navidad
y necesitan ración doble:
Aquí tenéis cuatro.

“Honraré la Navidad en mi corazón y procuraré conservarla durante todo el año”

Charles Dickens

Nota de la autora

En el *boom* de las ediciones especiales, he querido sacar algo sencillo y que se pueda llevar a todas partes sin temor a estropearlo. Porque muchas lectoras manoseamos el libro, lo subrayamos, le ponemos miles de post-its, dibujamos en él… Y lo releemos una y mil veces si es nuestro lugar seguro. Una edición especial está hecha para guardarla y admirarla, no para toquetearla demasiado por si se nos estropea.

Pero algo más sencillo y manejable…

De ahí nace la idea de esta edición integral, que espero poder sacar al final de cada temporada. Una edición que reúna los cuatro libros de la temporada en curso, para que se pueda tener una experiencia diferente a la hora de leer la historia.

En esta edición integral hay pequeñas correcciones de todos los libros, por lo que está revisado y editado para que podáis tener algo especial en vuestras manos.

Encended una vela, preparaos un chocolate caliente con alguna galletita de jengibre, coged marcadores de colores y post-its de todos los tipos, y sentaos en vuestro lugar favorito con una manta por encima para leer, o releer, esta primera parte de la historia. Porque vendrán otras muchas.

Y qué mejor para rememorar la Navidad o meterse de lleno en el *mood* que volver a Mist Rachs...

Personajes

Jenna: Chef y dueña del Jenna’s dessert.
Philip: Chef y dueño del Philip Rest.
Loreen: Dueña del hotel Timeless.
Helen: Trabajadora del hotel Timeless.
Mathias: Trabajador del hotel Timeless.
Tom: Dueño de un taller, reparaciones varias.
Marie: Alcaldesa.
Olive: Contable en una empresa.
Max: Padre de Marie, Olive y padre adoptivo de Philip.
Erza: Madre de Marie, Olive y madre adoptiva de Philip.
Massie: Organizadora de Eventos.
Chas: Dueño de cafetería.
Andy: Hijo de nuevos vecinos en Mist Rachs.
Sally: Dueña tienda de antigüedades.
Lia: Abogada.
Tyra: Dueña tienda de ropa.
Rudolph: Ayudante en Philip Rest.
Jo: Cocinera en Philip Rest.
Erik: Cocinero en Philip Rest.
André: Camarero en Philip Rest.
Pete: Sheriff.
Christine: Peluquera.
Daiana: Profesora de patinaje sobre hielo.
Alan: trabaja en el invernadero.
August: Bibliotecario.
Cathy: profesora taller villancicos.
Gabriel: Secretario de la alcaldesa.
Sisi: Elisabeth de Wittelsbach, futura emperatriz austrohúngara, hija de Ludovika y hermana de Néné.
Ludovika: Ludovika de Wittelsbach, madre de Sisi y Néné.
Néné: Helene de Wittelsbach, hermana de Sisi e hija de Ludovika.
Rodi: Institutriz de Sisi.
Johann: Cochero de Sisi.

Sara Fernández: Escritora de la saga Civitas. Pareja de Luca.
Luca Ruggiero: Guía turístico profesional. Pareja de Sara.
Sandrine: Hermana pequeña de Gabriel.
Cynthia: Profesora de arte de Sandrine en un internado de Altas Capacidades.
Pascal: Dueño del puesto del mercadillo navideño de vino especiado y pretzels.
Edmund: Auxiliar en el ayuntamiento.
Frederick: Teniente de alcalde.
Johann: Jefe del teatro.
Agatha: Profesora en Evergreen School.
Leo: Teleoperador emergencias.
Mike: Pareja de Annie.

Émilie: Mujer de Pete y madre de Annie.
John: Dueño tienda de alimentación.
Lou: Farmacéutico.

Intro

No sabría bien cómo describir el extraño y encantador pero casi desconocido pueblo de Mist Rachs. Es uno de esos lugares en donde no te detienes nunca aunque pases cada día por allí. No es que tenga un acceso complicado o esté prohibida su entrada por motivos gubernamentales. Tampoco es que sus habitantes mantengan en secreto su localización. Es un pueblo que cualquiera podría encontrar. Aparece en todos los mapas y es visible para los que estén por la zona.

Pero, por algún motivo, pasa desapercibido para demasiada gente.

Mist Rachs es el típico pueblo que desearías conocer en época navideña y quedarte allí a vivir por siempre jamás. Es un misterio el motivo por el que esto no le sucede a todo el que encuentra el lugar. A otros, sin embargo, les invade un sentimiento de pertenencia a ese pueblo al instante. La explicación a esto es un misterio que los habitantes del lugar temen que un día alguien quiera desentrañar por las consecuencias que podría acarrear.

Si te acercas algún día a Mist Rachs y sientes que debes visitarlo, haz caso a esa corazonada. Detente, entra y sumérgete en él. Pasea a orillas de su río o por entre las calles que hay al otro lado del mismo. Toma una taza de chocolate caliente con malvaviscos en su coqueta cafetería y atrévete a visitar las ruinas del misterioso castillo que se divisa desde cualquier punto del pueblo. Charla con los amables vecinos y maravíllate con cada rincón de ese idílico lugar, con sus casas de diferentes estilos y colores que parecen sacadas de un cuento de hadas.

Y si tienes la suerte de visitarlo durante el mes de diciembre, podrás asistir a concursos de decoración e iluminación. Hay carreras benéficas y teatros navideños sobre una blanca y brillante capa de nieve. El menú de su restaurante se llena de colores rojos, blancos y verdes, y puedes encontrar muérdago casi en cada esquina. Disfruta del olor a eucalipto y abeto, degusta dulces típicos y trata de alojarte al menos una noche en su hotel boutique: podrás pasar una increíble velada frente a la gran chimenea del salón central, viendo una película navideña con tu vaso de vino especiado en las manos.

Ojalá seas uno de los afortunados que tiene la necesidad de visitar Mist Rachs; nadie llega allí por casualidad y eso siempre significa algo. Pero mientras averiguas el motivo real de tu extraña visita, disfruta de cada uno de los instantes que pases allí.

Quién sabe, puede que incluso encuentres en Mist Rachs tu nuevo hogar.

Christmassy
dessert of love

(Postre navideño de amor)

1

Cuenta la leyenda…

Cuenta la leyenda que hace muchos años en estas tierras vivía un bondadoso campesino llamado Phils que dedicaba su vida a labrar sus tierras y a tratar de hacer felices a sus vecinos con cualquier detalle: les regalaba parte de su cosecha, les obsequiaba con conservas que él mismo preparaba o les invitaba a comer riquísimos manjares. Hacía el bien sin esperar nada a cambio y sentía que era feliz de esta forma.

Pero algo le faltaba. Y ese algo era amor.

El campesino contaba ya con veinte años y no había conocido a nadie en el pueblo que consiguiera hacer que su corazón vibrara de forma diferente.

Pero ese mismo año, en el mes de diciembre, una hermosa mujer de nombre Jazamir llegó al pueblo junto a su dama de compañía un extraño día soleado. Vestía ropajes hermosos y sus modales eran los de alguien distinguido. Su edad madura no le había quitado belleza a su rostro y a su cuerpo, por lo que todos al verla pensaban que sería alguien de la nobleza con poco trabajo de campo a sus espaldas y mucho tiempo invertido en sus cuidados personales. Todos en el pueblo la conocieron el mismo día que llegó, ya que se dedicó a ir puesto a puesto en el mercado comprando diferentes enseres. Cada uno contaba una anécdota diferente de ella y su dama, aunque todos coincidían en que sería alguien que no se quedaría en Mist Rachs; sus habitantes suelen ser capaces de sentir eso.

Sin embargo, cuando aquella mujer llegó al puesto de Phils, el corazón del campesino dio un vuelco cuando ella le sonrió. Sus vecinos le habrían podido decir que esa sonrisa no era de amabilidad ni de ninguna otra cosa semejante, pero él confió en que aquello tenía que ser amor.

Phils se desvivió por mostrarle a aquella mujer todo lo que podía brindarle, incluso más allá de los productos que tenía en exposición. Se ofreció a hacerle de guía por el pueblo, también a llevarle al carruaje todas sus compras si ella lo requería.

Jazamir estaba encantada con Phil, aunque no más que con cualquiera de los habitantes de este pueblo. Le preguntó por algún sitio seguro donde poder hospedarse y él acompañó a la mujer y a su dama de compañía a una coqueta pensión que estaba situada al final de la calle principal. Se despidieron de forma algo fría por parte de ella y demasiado cálida por parte de él, y Phils volvió a su puesto en el mercado, aunque no pudo dejar de pensar en Jazamir en lo que restaba de día.

Aquella mujer se hospedaría durante cinco noches en ese lugar, visitando cada día los puestos del mercado entre los que se encontraba el de Phils. Él seguía pensando que eso era una señal de que Jazamir estaba interesada en él y continuaba albergando esperanzas de que uno de esos días que acompañaba a ambas mujeres a la pensión del pueblo, ella le mostrara que todo lo que sentía Phils en su corazón era correspondido.

Ese día nunca llegó.

A las cuatro noches y cinco días, aquella mujer elegante y su dama se fueron del pueblo. Antes de su partida, Phils las vio montar en su carruaje y se acercó a ellas, preguntándoles si iban a dar un paseo por los alrededores. La mujer le sonrió y se limitó a decirle que sus días en Mist Rachs habían acabado y volvía a su ciudad. No dio más explicaciones. Se subió en el carruaje con todos los enseres que estos días había estado comprando y abandonaron el pueblo sin mirar atrás.

Phils durante días, semanas, meses, estuvo pensando que ella volvería. Perdió la esperanza al año de ausencia absoluta, cuando le llegaron noticias de la mujer que él había creído amar: en realidad ella había ido a Mist Rachs para llevar a su ciudad los productos artesanales del

pueblo y reproducirlos para su beneficio. Su atuendo, sus modales… Todo era mentira. Era solamente una comerciante que sabía todos los trucos para sacar más beneficios. Y eso había ido a hacer a Mist Rachs, ni más ni menos.

El corazón de Phils estaba partido, no ya porque la mujer le hubiera hecho daño, sino por él mismo, por haber creído ver algo que en realidad se dio cuenta de que no había sido tal cosa. Se juró a sí mismo no volver a albergar esperanzas en aquello que algunos todavía se atrevían a calificar como amor.

A los cinco años de ese suceso, una dama de nombre Jenanhia apareció en Mist Rachs. Iba con sencillas ropas y parecía necesitar ayuda. Aunque Phils hacía cinco años que no había vuelvo a acercarse a alguien ajeno al pueblo, no pudo evitar brindarle su ayuda. Acompañó a aquella mujer a la posada y se quedó unos minutos con ella mientras se tomaban un delicioso té en el saloncito del lugar. La mujer fue calmándose y entonces le contó quién era en realidad: su padre, un comerciante que vendía sus productos a la Corte, quería casarla con un noble con el que había entablado amistad. Ella se había negado, pero el padre la había amenazado: si no hacía lo que él dijera, ella dejaría de estar bajo su protección y la echaría de su casa. Jenanhia no había esperado a que esto sucediera; ella fue la que dejó su hogar. Su padre, aun así, no se había rendido. Comenzó a seguir sus pasos para obligarla a volver y casarse; había demasiado dinero en juego como para que una niña de apenas dieciocho quisiera hacer su voluntad.

Phils juró que la protegería, costase lo que costase, y Jenanhia le creyó. Y cuando su padre apareció en el pueblo, el valeroso campesino cumplió su promesa, enfrentándose incluso a golpe de espada a su padre, que acabó herido en ambas manos sin posibilidad de continuar combatiendo contra él. Se fue del pueblo con las manos ensangrentadas, maldiciendo a Jenanhia y jurando no dejar que se acercara a él ni a su casa nunca más.

Así fue como Phils volvió a sentir que su corazón latía a un ritmo diferente, esta vez no acelerado, sino tranquilo, junto a alguien que sí que sintió desde el primer segundo que pertenecía a Mist Rachs. Jenanhia y él eran felices y agradecían a la Providencia el haberse conocido. Todo cobró sentido cuando una noche, en una de sus muchas charlas después de cenar, ella le había hablado de su tía, una comerciante de nombre Jazamir que trabajaba con su padre y su madre, que solía ir de pueblo en pueblo para averiguar lo que podrían utilizar para reproducirlo ellos mismos y venderlo en la gran ciudad a costes mucho más elevados que en las aldeas vecinas. Phils se maravilló por la extraña casualidad del destino. Se lo contó todo a Jenanhia, y ambos comprendieron que a veces no sabemos bien cómo o por qué suceden las cosas, pero no lo necesitamos saber si el resultado nos lleva a la más absoluta felicidad, como a ellos dos les había pasado.

Los habitantes de Mist Rachs pueden pasar por dos experiencias amorosas en su vida. No a todos les sucede, pero el pueblo entero sabe que, si alguien llega de fuera, piensas que esa es la persona, pero se queda menos de cinco días y se va sin mirar atrás, tendrás que esperar cinco años a que algo igual pero totalmente distinto vuelva a pasar. El azar juega sus cartas de forma que no sabes cómo sucederá, pero ten por seguro que las leyendas de Mist Rachs tienen algo que hace que siempre se cumplan, por mucho que los lugareños a veces renieguen de ellas porque no les son favorables.

Así que recuerda: cinco días frente a cinco años para que algo que parece igual, pero es totalmente distinto, suceda por fin.

I

Jenna

El sonido del agua cayendo en la ducha me va despertando poco a poco. Me cuesta todavía ubicarme, pero al cabo de unos segundos me acuerdo: sí, hace pocas semanas que estoy viviendo con Gaston, mi talentoso novio, en un piso de ensueño. Yo, una tímida chica que dejó su confortable pero conflictiva casa hace pocos años y que comenzó a ganarse el pan como buenamente podía en esta locura de ciudad, está empezando por fin a vivir una vida que muchos podrían considerar de ensueño con alguien como Gaston, atractivo en todos los sentidos. Con su sueldo de chef y el mío de cocinera podemos permitirnos un pisito más que agradable cerca del afamado y céntrico restaurante en el que trabajamos. Reconozco que yo sola no podría pagármelo y Gaston seguramente sí, pero… El caso es que me despierto con una sonrisa al pensar en la vida que estoy por fin construyendo.

Y lo que me queda, nos queda, por construir.

Gaston sale de la ducha con una toalla anudada en la cintura y secándose la media melena con otra. Menudo espectáculo para la vista.

—Vas a llegar tarde —me advierte con una encantadora sonrisa, acercándose a mí para darme un rápido beso en la mejilla y otro en los labios.

—Entonces les diré que fue culpa del chef, por hacerme trabajar hasta horas intempestivas —le amenazo, haciéndole reír mientras comienza a vestirse.

Me tira la toalla encima a modo de protesta.

—Fui yo quien cocinó anoche —me recuerda después de ponerse el jersey.

—Tuve que hacer de catadora de todos tus platos, ¿no te parece suficiente trabajo?

Vuelve a reírse, terminando de ponerse los pantalones.

—Todo un drama tener que comerse lo que uno de los mejores chefs del panorama te prepara en la intimidad.

—Eso suena con demasiado ego incluso para ti.

Gaston se limita a sonreír y vuelve a acercarse a mí, deteniendo sus labios frente a los míos.

—Pero tengo razón.

Me da un pequeño mordisco de broma en mi labio inferior y vuelve a alejarse entre las risas de ambos. La verdad es que Gaston es un engreído de cuidado, lo reconozco. Al principio pensé que era una especie de broma, pero luego me fui dando cuenta de que él piensa así realmente y a veces lleva ese pensamiento un poco más lejos que el resto de los mortales. Pero tiene razón. Es uno de los mejores chefs del momento.

Mentir, no miente.

Me tiro de la cama para darme yo también una ducha rápida y comenzar este primer día de diciembre. Este mes va a ser una tremenda locura en el restaurante y quiero llegar completamente despejada para la reunión con el dueño del mismo a primera hora. Hoy Gaston presenta la carta del mes y le he pillado entre sus papeles las notas del postre que yo misma he creado. No me digáis que no es maravilloso. Hace días que le hablé de lo que se me había ocurrido e incluso lo preparamos juntos en casa. No parecía entusiasmado con mi postre en ese momento, pero se ve que se lo ha pensado mejor y creo que quiere meterlo en la carta. ¿Sabéis lo increíble que sería que a una simple cocinera como yo le reconozcan su trabajo como creadora de un postre en plenas fechas navideñas, en un restaurante como en el que trabajamos y, además, avalada por el mismísimo chef Gaston?

Hoy va a ser un día increíble. Tengo motivos suficientes como para ser absolutamente feliz. Y es extraño porque, aun así, no siento esas cosquillas que debería sentir en una situación como la que estoy viviendo, en la que parece que todos los ámbitos de mi vida están estabilizándose por fin. Eso sí, estoy segura de que hoy voy a sentirme de esa forma. No tengo dudas. Añadir mi postre a la carta navideña me ha llenado de orgullo y tengo unas ganas irrefrenables de abrazar a Gaston por ese detalle.

Nada más que hoy lleguemos a casa es lo primero que haré al cruzar el umbral.

Philip

Qué soberana mierda. Ya es diciembre. Eso significa tener que aguantar cancioncillas que no significan nada, lucecitas que no dejan de brillar en todo el mes, gente riendo y siendo, o aparentando ser, tremendamente felices…

Me levanto ya de malas cuando veo a través del cristal el tiempo que hace. Ni un rayo de sol. De nuevo nublado, amenazando con tormenta. En la calle ya se escucha movimiento de gente saludándose y cruzando las primeras palabras del día. Menudas ganas que tienen algunos de entablar conversación con semejante tiempo.

Y además, está lo del restaurante. Hoy empieza oficialmente la temporada navideña en Mist Rachs y eso significa nueva carta, nueva decoración, nuevos eventos… La gente en este pueblo se pone pesadísima. Siempre tienen una sonrisa en los labios y unos bastones navideños de caramelo en el bolso. Tengo que reconocer que antes yo era uno de los que disfrutaban con todo eso. Incluso me ponía un gorro especial de chef para cocinar. Llenaba de villancicos cada rincón del restaurante, cocina incluida, y todos los platos tenían un toque de color de temporada. Era feliz asistiendo a cada evento que se organizaba en el pueblo en estas fechas y participaba como el que más.

Pero todo se fue a la mierda hace cinco años. Y nada ha vuelto a ser igual.

Me arrastro con desgana hacia la ducha. Ni siquiera poniendo a máxima potencia el agua consigo dejar de oír los villancicos que alguien ha puesto por la calle, como si eso fuera lo mejor que podía hacer a primera hora de la mañana.

Arreglarme hoy está siendo una tarea más ardua de lo normal. En mi cabeza se agolpan demasiados recuerdos de otras fechas similares y más felices en las que los colores poco alegres eran abandonados en un rincón durante semanas enteras. Me encantaba la Navidad. Vivía por y para ella. Pero mi evolución ha sido algo así como lo contrario de aquel odioso personaje de Dickens. No me gusta ver en lo que me he convertido y por eso procuro no pensar en ello. En el pueblo creo que me tienen lástima y tratan de animarme de forma velada. Yo me doy cuenta de esos detalles y prefiero ignorarlos, sin más.

Me pongo una capa más de ropa antes de salir a la calle; en este pueblo es llegar el uno de diciembre y automáticamente el tiempo cambia a peor. Y pensar que antes me gustaba hasta el clima invernal…

Me armo de valor, cojo aire y salgo de casa. Hoy va a ser un día bastante largo, sí, y no sé si tendré fuerzas para afrontarlo hasta el final. Debo hacerlo, me repito a mí mismo. Debo ser capaz. Por mi negocio al menos. Uno tiene que vivir de algo. ¿No lo hacía también el señor Scrooge?

Tengo poco más de treinta años y ya estoy amargado en la vida. Joder, qué asco. También es un asco sentirse de esta forma cuando todos a mi alrededor parecen estar dispuestos

a disfrutar de cada día de este mes. Y más aún cuando yo mismo querría disfrutarlo de igual forma, pero el miedo a hacerlo me paraliza por completo.

Me ajusto la bufanda y doy el último paso que me queda para salir a la calle.

Joder, qué día de mierda más largo me espera…

II

Jenna

Es guapo. Es que es guapísimo, por favor. No hay más que ver cómo se atusa el pelo, echándoselo hacia atrás, mientras nos cuenta los cambios en la carta para este mes que comienza.

Una música neutra suena en la sala del restaurante en donde estamos reunidos. El canal de villancicos del hilo musical parece estar reservado solamente para los clientes. En los cinco años que llevo aquí, esa es una norma no escrita que me choca, pero que tengo que aceptar aunque sea a regañadientes. Ni dentro de la cocina ni en horas cerradas a los clientes podemos escuchar un triste villancico. Y la verdad es que ahora mismo me gustaría oír alguna musiquilla típica de estas fechas para que el momento fuera perfecto.

Alex, el dueño del restaurante, asiste a la presentación de la nueva carta, explicada por Gaston. ¿Os he dicho ya lo guapo que es? Es guapo, guapo a rabiar. Y somos felices. O eso creo. Nos gustan las mismas cosas, nos vemos constantemente… Vale, sí, esto a veces puede que llegue a agobiar un poco. Y es algo así como mi jefe. Eso tampoco ayuda demasiado. Pero es un buen jefe.

Y además es que por favor, es tan sumamente guapo…

—Y ahora, vamos con el postre estrella de este mes —nos anuncia Gaston con gran emoción.

Y si su emoción es grande, la mía está a punto de hacer reventar la sala. Porque va a presentar mi creación frente al dueño de uno de los veinte restaurantes con mejores críticas del mundo. Llevo trabajando en él mucho tiempo y estoy segura de que con esto voy a conseguir causar buena impresión.

Puede que un día consiga llegar yo también a ser chef. Porque los estudios los tengo, las prácticas también. Solamente me falta que alguien confíe en mí y me dé la oportunidad.

Con esto puede que lo consiga al fin.

Y ahí está mi flamante postre, mostrado en una gran fotografía a todo color, proyectada sobre la lona blanca en donde Gaston está explicándonos la carta navideña. Bueno, en realidad todavía no está terminado del todo, me quedan unos retoques, pero eso ya lo trataré en cuanto presente el postre.

Tengo que hacerme la sorprendida, que Gaston no se dé cuenta de que ya sabía que iba a darme esta sorpresa, pero me está costando demasiado. Todos a mi alrededor parecen asombrados por el color, la textura y los ingredientes, y comentan que arden en deseos de hacerlo y probarlo. Y me voy hinchando cada vez más.

Y más.

—¡Es increíble! —comenta Jazmin, una de las cocineras mejor valoradas por Gaston y Alex, aplaudiendo—. Me parece una genialidad. Estoy deseando poder prepararlo.

Y más…

—Mi más sincera enhorabuena, Gaston —le dice Alex, apretándole la mano con las dos suyas—. Creo que con este postre vamos a ser la sensación de la temporada.

Gaston sonríe y ya puedo escuchar en mis oídos las palabras que vienen a continuación. Me adelanto hacia ellos, intuyendo otro apretón de manos para mí. Pero lo que sucede a continuación lo cambia todo.

Para siempre y de forma drástica.

—Eso espero —le contesta Gaston sin perder su flamante sonrisa y sin tan siquiera dirigirme una tímida mirada—. El proceso de creación es duro, pero por suerte habrá recompensa

para el restaurante.

—¡Y para ti, Gaston! —bromea Alex con él, exultante de emoción todavía, dejando ahora que el resto de los presentes también le feliciten.

La primera, por supuesto, es Jazmin, que no se limita a darle la mano y se lanza a sus brazos.

—¡Increíble! —exclama ella sin soltarle.

—Muchas gracias, Jazmin —le dice Gaston—. Viniendo de una creadora como tú, eso es mucho.

Reconozco que las creaciones que hacía cuando entró a trabajar al restaurante, a la vez que yo, eran buenas. Entró con una carpeta de ellas bajo el brazo y por eso Jazmin es primera cocinera y yo no. Es algo así como la que se encarga de todo cuando Gaston no está y ya todos comentan el futuro prometedor que tiene en el mundillo. Pero desde entonces ha presentado mediocridades y no me explico cómo sigue estando tan bien valorada. ¿Se le fue la inspiración al entrar? Dice que no quiere competir con Gaston y que volverá a crear cuando vea que eso no va a pasar.

No se lo cree ni ella.

Jason tiene que acabar separándoles para felicitarlo también, y casi se lo agradezco.

Yo estoy clavada en mi sitio; no me puedo ni mover. ¿En serio no va a decir que ese postre es mío? Comienzo a escuchar un zumbido dentro de mis oídos y es como si toda la escena que estoy viendo se moviera, alejándose y acercándose, como si estuviera subida a un columpio y alguien me empujara por detrás.

Y de repente la voz que tenía dentro de mí sale sin habérmelo propuesto.

—Ese postre es mío.

Primero sólo un par de personas se giran hacia mí, pero en cuanto Alex deja de reírse y bromear, todos se quedan en silencio.

—¿Cómo dices? —me pregunta, frunciendo el ceño.

—Digo que… —me aclaro la garganta, de repente seca—. Ese postre lo he creado yo.

Por un segundo siento lástima de Gaston, el cual me mira impasible. Seguramente tenga que darle explicaciones a Alex y al resto del equipo sobre por qué se ha adueñado de una idea que no era suya y eso va a ser algo embarazoso.

Pero hoy el día está lleno de sorpresas.

—¿Una mediocre cocinera ha creado este postre? —sigue hablando Alex con prepotencia, haciendo reír al resto por lo bajo.

—No soy mediocre y sí, lo he creado yo.

No sé de dónde estoy sacando las fuerzas para hablar, pero espero que no se me vayan de la misma forma que vinieron. Aunque las risas generalizadas no ayudan mucho que digamos.

Alex parece que ni siquiera tiene ganas de saber por qué lo digo, ya que se gira y me da la espalda.

—Bueno, Gaston, prosigue con la explicación del… —comienza a decirle, haciéndole un gesto con la mano.

—Del postre, el cual creé yo —le interrumpo, comenzando a sonar más que enfadada—. Además, no está terminado. El postre necesita ajustar el sabor, la textura y la consistencia, y llevo semanas trabajando en eso; Gaston no tiene ni idea de cómo ajustarlo porque no me dio tiempo a contárselo, así que vais a necesitar que yo lo haga.

Alex se gira hacia mí, molesto por esa nueva interrupción.

—Si sigues hablando, la reunión va a alargarse demasiado —se queja, haciendo que

todos le sigan.

—¡Pero es que ese postre es mío! —vuelvo a protestar, levantándome de la silla.

—Y, ¿cómo lo vamos a vender mejor? —vuelve a hablar—. ¿Diciendo que es creación de uno de los mejores chefs del momento, de fama y reconocimiento mundial, o de una cocinera de tercera?

—No creo que tuvieras trabajando para ti a cocineras ni mediocres ni de tercera —le suelto, más que orgullosa por mi genial respuesta.

—Tienes toda la razón —me contesta con calma—; estás despedida. Lárgate y déjanos seguir con la reunión.

Y sin más, se gira y me da la espalda, provocando que el resto de hasta ahora compañeros hagan lo mismo.

No soy capaz de reaccionar a todo lo que acaba de suceder tan rápidamente. Querría tener la capacidad de decir un comentario ingenioso que les hiciera sentirse mal, pedirme perdón y reconocerme como la creadora del postre, pero el último comentario que hice provocó mi despido y todavía no lo he acabado de asimilar, así que trato de mantener mi dignidad a pesar de todo.

Pero definitivamente hoy no es mi día.

—Esto le pasa por tirarse al chef —escucho a Jazmin comentarle a otro.

Veo que Gaston escucha aquello y trata de contener la risa, el muy gilipollas. No me lo puedo creer. ¡Estamos incluso viviendo juntos y me entero de esta forma de lo imbécil que puede llegar a ser!

—¿No vas a decir nada de todo esto? —le digo por fin, haciendo que me mire.

Se encoje de hombros antes de contestar.

—Mi vida, no te lo tomes como algo personal. Es sólo que…

Bueno, esto es ya lo último que podía escuchar hoy.

—Mi amor, esto tampoco te lo tomes como algo personal, pero no necesitabas el dinero que vas a ganar con mi postre para la operación de alargamiento de pene. En realidad, yo creo que puede considerarse como discapacidad si mide menos de diez centímetros y seguramente te lo hubieran hecho gratis.

Ahora soy yo la que se da la vuelta y se aleja de allí entre las quejas indignadas de uno y las risas para nada disimuladas del resto. Y no, no voy a decir eso de *y me voy yo, no me echáis*. Eso es muy de película. Que se joda Alex y me pague una indemnización por despido improcedente, ya que me ha echado él.

Eso seguro que le duele más que si una mediocre cocinera, como dice que soy, se despide por su cuenta.

Cojo mi abrigo y mi bolso de la entrada, y salgo de allí como si hubiera sucedido algo realmente maravilloso. Siento la misma euforia que si acabara de llevarme el mérito por aquel postre. Es extraño, ¿verdad? Me acaban de despreciar, de despedir, me he dado cuenta de que mi novio —ex novio en este momento— es un gilipollas, tengo que buscar casa y trabajo en tiempo récord y todo eso a las puertas de la que se supone que es la época más bonita del año. A lo mejor estoy así por el shock y luego me da por llorar las veinticuatro horas del día, así que tengo que aprovechar la euforia para reaccionar como pueda.

Lo primero es ir a recoger mis cosas del piso. Lo segundo es… Lo segundo… Lo que tengo que hacer después de recoger mis cosas es…

Esto es lo malo de centrar toda tu vida en el trabajo, que al final te quedas sin nadie a quien acudir en situaciones así.

Vale, primero las recojo y luego ya se me ocurrirá algo.

Estoy segura.

Por si acaso lo dudabais, os adelanto que no, no se me ha ocurrido todavía nada después de haber ido a recoger mis cosas a casa y salir de allí lo más rápido posible. Metí todo en mi coche y arranqué sin rumbo, esperando que eso me hiciera reaccionar.

Pero ese momento todavía no ha llegado al parecer.

El viento sopla en la carretera y agita todos los árboles a ambos lados de la misma, haciendo que me entren ganas de frenar y taparme con una manta en un rincón del coche mientras pido ayuda por teléfono para que alguien venga a buscarme y me aleje de aquí, me diga que todo va a ir bien y mi vida por fin deje de ser un absoluto caos de mierda como lo está siendo desde hace unas horas.

Y ahora, vamos con una nueva versión de otro villancico para animar a nuestros oyentes en este comienzo de diciembre…

Lo que me faltaba. Más villancicos en la radio. Como si no tuviera suficiente con intentar poner orden en mi cabeza. Ahora tendré que hacerlo mientras todos a mi alrededor disfrutan de una época del año que parece estar hecha para ser irremediablemente felices. Y a ver, que yo también quiero serlo, pero si me echan del trabajo, rompo con mi novio y me quedo sin piso en el que vivir, todo en el mismo día, no tengo muchas ganas de pensar en la felicidad, la verdad.

I don't want a lot for Christmas, there is just one thing I need…

Es que lo sabía. Sabía que no era buena idea tener una relación con el chef jefe del restaurante en donde trabajaba. Yo creo que me metía algún tipo de droga en la bebida cuando yo no me daba cuenta y por eso accedí a salir con él. Algo así fue, porque yo siempre he sabido que no hay que hacer algo semejante por nada del mundo.

Bueno, puede que no siempre.

Make my wish come true, all I want for Christmas is you…

En realidad, ¿qué querría yo para Navidad? A un jefe barra novio tan imbécil como Gaston, ni loca. Robarme mi postre y presentarlo como propio… Confié en él, ¡y se adueñó de mi creación delante de mis narices! Lo bueno es que sólo yo sé cómo arreglar los fallos y dar el toque final para que no parezca una masa extraña de colorines. No he hecho las pruebas todavía, pero sé que va a funcionar. Si quieren utilizarlo, van a tener que llamarme; no les va a dar tiempo a llegar a la solución tan rápido como piensan.

I don't need to hang my stocking, there upon the fireplace…

Una chimenea… Daría lo que fuera por estar ahora mismo frente a un fuego, con mi pijama de invierno y una taza de chocolate caliente en las manos. En nuestro piso no teníamos chimenea, pero sí un calefactor que lo parecía, con una pantalla imitando las llamas anaranjadas que iluminaban todo el salón en penumbra. Pero claro, tener que seguir viviendo con mi ahora ex, tampoco es que entre dentro de mis planes.

Y heme aquí, en mitad de la nada, conduciendo sin rumbo alguno por carreteras secundarias mientras intento no volver a llorar escuchando el puñetero villancico en la radio.

¿Cómo he llegado a este punto en mi vida? ¿Qué ha sucedido? Tenía un trabajo que me encantaba, un novio guapísimo y simpatiquísimo, pero también imbecilísimo y muchos más *ísimos*, una bonita casa a la que por fin creí que podría llamar hogar…

Y en cuestión de horas mi vida se ha ido a la mierda. Y me encuentro totalmente perdida.

And everyone is singing, I hear those sleigh bells ringing…

Pero, ¿qué es lo que…?

El coche parece haberse vuelto loco de repente. Todo el cuadro de mandos comienza a parpadear y la radio empieza a hacer extraños ruidos en lugar de escucharse el maldito villancico. Es lo que me quedaba, que el coche me dejara tirada en mitad de la nada y que se me haga de noche tratando de arreglarlo. Busco con la mirada un sitio en donde poder parar y revisar cuanto antes lo que le sucede a este trasto. Veo varias indicaciones para llegar a diferentes pueblecitos de los que uno se puede encontrar por este tipo de carreteras; hasta ahora, de hecho, no se me había ocurrido detenerme en ninguno de ellos aunque haya estado pasando por delante de unos cuantos ya.

Leo los distintos nombres con rapidez y uno en concreto me llama la atención: Mist Rachs. La señal indica que está a pocos minutos. Y sí, hay un pueblo antes de llegar a ese otro, pero el nombre de Mist Rachs se me ha quedado grabado en la cabeza y, por lo que sea, creo que es la mejor opción.

—A Mist Rachs entonces —digo en alto, animándome a mí misma mientras doy unos golpecitos al volante.

Y en cuanto pronuncio esas palabras, el cuadro de mandos deja de parpadear y vuelve a funcionar correctamente la radio, como si nada hubiera pasado hace un momento. El villancico de nuevo se escucha como hasta hace un instante en los altavoces del coche; no todo iba a ser bueno. Es extraño, sí, pero creo que de todas formas haré una parada en ese pueblo; ahora me ha entrado curiosidad. Buscaré un hotel o pensión y trataré de descansar para tener fuerzas mañana y seguir mi camino a… Vale, puede que en este alto en el camino también pueda pensar qué hacer en realidad. He recogido mis cosas de casa, las he metido en el coche y me he largado de allí sin tener ni idea de a dónde iba a ir. Me parece que mi plan no ha sido el mejor del mundo. Pero estoy segura de que, con unas horas de descanso, pensaré con algo más de claridad. Puede que mañana sea capaz de organizar mi mente y antes de Nochebuena consiga saber al menos hacia dónde va a ir mi vida a partir de ahora.

La salida en dirección a Mist Rachs ya se ve a lo lejos mientras el villancico parece que está llegando a su fin. Mi corazón es como si se alegrara con la perspectiva de descansar por fin después de todo lo que ha sucedido hoy; no deja de latirme cada vez con más fuerza.

Intentaré dejar pasar lo sucedido con unas horas de relax y mañana será otro día.

All I want for Christmas is…

III

Philip

—Tú! ¡Eh, tú! ¿Qué crees que estás haciendo?

Aquel chico de poco más de veinte, con el pelo rubio despeinado y escaso garbo para la decoración furtiva, se gira para mirarme, dejando las guirnaldas de colores en su mano y no en mi restaurante.

—Perdón, yo… Sólo quería…

Me acerco a él, cuchara en mano todavía.

—¿Qué querías?

—Bueno, es que… Es Navidad y…

—¿Cómo que es Navidad? —le corto—. Todavía no es veinticinco de diciembre. ¿Acaso no tienes calendario en tu casa?

—Pero esto es Mist Rachs —me espeta sin entender por qué puedo estar diciéndole que no es Navidad el uno de diciembre.

Resoplo y trato de recuperar la poca paciencia que todavía me queda.

—¿Cuánto tiempo llevas en el pueblo? —pregunto, intentando calmarme.

—Solamente tres meses —contesta él—. Desde que empezó el curso.

—¿Cómo te llamas?

Él esboza por fin una sonrisa y sus pecas se vuelven más pronunciadas con ese movimiento muscular.

—Andy, señor.

—Bien, Andy, pues hoy ya has aprendido algo nuevo sobre Mist Rachs: no a todos nos gusta la Navidad. Pero la mujer de la tienda de enfrente estoy seguro de que sabrá apreciar mejor que yo todos estos adornos navideños —y le señalo con la cabeza la tienda de antigüedades en donde la alegre Sally Ross ya está decorando la entrada a la misma.

Andy se queda observando aquello y vuelve a sonreír, parece que de nuevo animado por seguir encontrando gente con quien compartir el espíritu navideño que aquí falta por completo. Se acerca a la puerta y, antes de salir, se vuelve para mirarme una vez más.

—¿Por qué no le gusta la Navidad? —pregunta con el ceño fruncido—. Es decir, vive en Mist Rachs y mis padres me han contado que…

—Porque no todas las navidades son felices, Andy, y eso no se olvida con facilidad.

Él quiere comprender, pero no es capaz, por supuesto. Seguramente todas sus navidades han sido maravillosas y puede que jamás viva ninguna que le haga replantearse la mierda que puede llegar a ser. Asiente y se encoge de hombros, se da la vuelta y sale del restaurante, llevándose sus adornos a la tienda de Sally por fin. Ella le recibe con entusiasmo y al cabo de unos segundos dirige su mirada hacia aquí. Menea su cabeza, moviendo levemente su corta melena rubia platino y sé lo que está pensando, pero por suerte no cruza la calle para darme una colleja, así que estoy a salvo.

Vuelvo a mis quehaceres de nuevo en soledad. Todavía me queda lo peor del día y tengo que terminar de prepararlo todo.

Si nadie más me interrumpe, por supuesto.

Jenna

Al cruzar el puentecito sobre el río que parece separar el pueblo del mundo exterior,

puedo ver un letrero en el que se indica con claridad la dirección de un hotel boutique. Puede que sea el único que tiene este lugar ya que, por lo poco que he podido ver del mismo, es bastante pequeño. Casitas de colores, con sus pequeñas tiendecitas repartidas casi todas por su amplia calle principal, todo ello decorado con guirnaldas y luces navideñas todavía apagadas. A esta hora sus calles están llenas de gente yendo y viniendo de acá para allá, entrando a los comercios locales para hacer las últimas compras del día o pasando la tarde en compañía de amigos y familiares, dando un tranquilo paseo; el ambiente es tan acogedor que siento ganas de detenerme aquí mismo y empezar a pasear yo también entre todas aquellas sonrientes personas que parecen estar tan felices.

Y en cuanto llego por fin al hotel… Dios mío, ¡es hermosísimo! Una casita de piedra y madera de tres pisos rodeada de jardines y cada rincón decorado con motivos navideños. Incluso sale humo de la chimenea del tejado. ¡Humo! ¡Como si se tratase de un cuento de hadas!

Aparco el coche frente a la casa y bajo por fin a respirar aire fresco. Estoy todavía estirándome cuando escucho a alguien a mi lado dirigirse a mí con cordialidad.

—Buenas tardes. ¿Va a necesitar hospedarse en el Timeless?

—¿Perdón?

Aquella mujer joven, delgada y tan sonriente como el resto del pueblo me mira con curiosidad.

—El Timeless —repite—. Es el nombre de nuestro hotel. —Y mira el suelo a mi alrededor—. ¿No ha traído equipaje?

—Ah, sí, yo… Bueno, no tengo mucho —me excuso—. Está en el maletero y en los asientos de atrás. Es todo lo que tengo en realidad.

Me quedo mirando mi coche unos segundos, dándome cuenta de que, ahora mismo, todo lo que me queda es esto: unas cuantas maletas, bolsas y objetos que he sido capaz de guardar en un pequeño coche. No poseo nada más. Hace años me juré a mí misma que no tendría nada que no pudiera guardar rápidamente en cualquier sitio hasta que no encontrara un verdadero hogar.

Y ahora que por fin creí encontrarlo…

—¿Le ayudo a meter sus cosas dentro? —insiste aquella mujer sin perder su cordial sonrisa.

Suspiro, volviendo a dirigir la mirada hacia aquel encantador hotel.

—¿Tienen habitaciones entonces?

—Por supuesto —me asegura con creciente alegría—. Además llega en el día perfecto.

Me hace un gesto para que vaya sacando mis pertenencias del coche. Abro tanto el maletero como la parte de los asientos traseros y ambas empezamos a sacar todo.

—¿Qué sucede hoy para que sea perfecto? —pregunto mientras tanto.

—Hoy es el encendido navideño en Mist Rachs —me anuncia como si se tratara de un acontecimiento mundialmente conocido—. Además, antes se celebra la gran primera cena navideña. —Y baja el tono de forma confidente—. Todos los huéspedes del Timeless tienen un sitio reservado por si quieren ir.

—No sé yo si…

Hemos terminado de sacar las cosas del coche y vamos subiendo todo por los cuatro escalones que hay a la entrada del hotel hasta la puerta del mismo.

—Le aconsejo que vaya —me insiste con amabilidad—. Además, el chef Philip es el que está al mando de esa cena.

—Ah, el chef Philip.

Ella no parece notar mi tono irónico y asiente con entusiasmo, pensando que conozco a

ese seguro que pretencioso chef. No, no lo conozco y no tengo ninguna gana de conocer a ningún otro chef durante mucho tiempo, la verdad.

Entramos por fin al hotel y nada más pasar por las dobles puertas de cristal y madera, me encuentro en un recibidor típico de una casa de ensueño, con sus alfombras, su papel estampado de pared y muebles de madera oscura, todo ello con adornos navideños y un gran árbol que puedo entrever en lo que parece un saloncito a la derecha, frente a una enorme chimenea ya encendida.

—Hoy encenderemos también nuestros adornos. Por ahora, nos tendremos que conformar con la chimenea —me sigue explicando mientras va hacia el mostrador. Coge un enorme libro en el que va comprobando algo hasta que vuelve a hablar, pasándome el mismo—. Muy bien, tiene que apuntar aquí sus datos y firmar mientras Helen y Mathias le suben las cosas a su cuarto.

No me he dado cuenta de cuándo ni por dónde han aparecido, pero una chica y un chico de unos veintipocos están cogiendo ya mis cosas y subiéndolas por las escaleras, imagino que a la que será mi habitación.

—Solamente voy a alojarme esta noche —le digo al ver que no pone en ninguna parte el número de días que me quedaré.

Ella solamente se limita a sonreír y a mirarme de reojo con sus ojos azules, casi grises, mientras teclea algo en el ordenador. Se coloca la rubia trenza hacia delante antes de volver a hablar.

—Bueno, todo se verá —es su enigmática respuesta.

IV

Jenna

He llegado al restaurante sin tan siquiera consultar las indicaciones que Loreen, la dueña del hotel, me ha dado antes de salir. Sí, el pueblo es pequeño y no es complicado moverse por él, pero me ha parecido bastante curioso el hecho de haber sentido que simplemente paseaba por la calle y me detenía ante la puerta del restaurante con normalidad, como si llevara toda la vida haciéndolo. Yo, que me pierdo por mi barrio cada día porque confundo las calles irremediablemente.

Un cartel de madera en la entrada con el nombre de *Philip Rest* en letras cursivas doradas, me indica que he llegado a mi destino. Por suerte, a tiempo. No hay mucha gente entrando todavía y consigo ver el interior sin demasiadas personas. Es un sitio que parece acogedor, con las paredes paneladas en madera y los suelos de parquet, aunque no esté igual de adornado que el resto del pueblo. Es como si hubieran colocado unas guirnaldas improvisadas y a regañadientes para la ocasión, pero las fueran a desechar en cuanto termine la cena. No están cuidadas ni son llamativas. No sé, es la impresión que me da. No hay tampoco luces en el ventanal exterior ni un arbolito decorado a la entrada, como en prácticamente todos los negocios de la Snow Avenue. Aun así, el lugar me llama la atención de forma extraña.

Y en cuanto abro la puerta y pongo un pie dentro, un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Siento cosquillas en la nuca y mis labios se arquean hacia arriba sin motivo alguno. Simplemente me siento… Me siento feliz de repente, aunque lleve un día de mierda. Noto una especie de alivio por el simple hecho de haber cruzado el umbral de este restaurante.

—Buenas noches, ¿viene a la cena? —me pregunta un amable chico de unos veintitantos con el pelo rubio peinado en punta y ojos risueños y verdes, a los pocos segundos de entrar.

—Sí, yo… Loreen… He llegado hace un rato al pueblo y me alojo en el Timeless. No sé si habría algún problema en que yo…

—¡Para nada! —exclama sin perder su sonrisa amable—. Si me acompaña, puedo indicarle la mejor mesa para que una recién llegada pueda disfrutar de una agradable bienvenida a Mist Rachs.

—Eso sería fantástico —le contesto más que agradecida por su cordialidad.

Él sigue sonriéndome cuando me hace un gesto para que le siga y me adentro en el interior de la sala.

—Es en el primer piso —me indica—. Por aquí, por favor.

Subo con él por unas escaleras de madera que crujen al entrar en contacto con nuestros pies y pocos peldaños más tarde me encuentro ante una espaciosa sala con luminosas lámparas en el techo y un ambiente acogedor y festivo a partes iguales. Todas las mesas tienen su mantel navideño y su centro de mesa con acebo, pino y muérdago. Cuelgan de las lámparas del techo algunas guirnaldas verdes y rojas, pero aquí arriba la decoración también es bastante escasa.

—André, querido, ¿podrías servirnos algo de vino cuando vuelvas a pasar por aquí? —le dice una señora sentada ya en la mesa ante la que nos detenemos—. Así la espera se hará más corta.

El chico que me ha acompañado a la mesa se ríe y asiente.

—Creo que aquí va a disfrutar de una noche inolvidable —me dice él, apartando una silla para que pueda sentarme.

Lo hago y suspiro, mirándole después.

—Gracias… ¿André?

Él vuelve a sonreír.

—Ahora mismo traigo un poco de vino. —Y me mira al decir aquello—. Los turistas tienen que probar lo mejor de lo mejor, así que me esmeraré en buscar algo que sea realmente bueno.

Aquella señora ríe junto al hombre sentado a su lado, aplaudiendo un instante mientras ese tal André se aleja de nuestra mesa.

—¿Turista entonces? —me pregunta ella.

—Estoy de paso —respondo.

—Bueno, en Mist Rachs eso nunca se sabe —interviene aquel hombre de escaso pelo y gesto bonachón, que hace una carantoña a la mujer con una intimidad de años de matrimonio.

Al instante mi mente imagina toda una historia entre ellos dos. Y no sé por qué, pero creo que André ha acertado sentándome aquí.

Philip

La primera cena navideña del año siempre es un poco caótica. Todo el mundo quiere que salga perfecta y el nivel de exigencia está por las nubes. Claro que eso a mí no me afecta, porque mis cenas siempre están perfectamente diseñadas y organizadas para que la gente quede absolutamente satisfecha. No es tener ego, es tener un método. En estos cinco años que llevo siendo el chef del restaurante de Mist Rachs, no ha habido ni una sola queja.

Y hoy no va a ser la excepción.

—¡Esas salsas de las carnes, vamos empezando con ellas en cuanto terminemos de preparar los primeros! —les indico en cocina, ultimando las salidas de los primeros platos—. ¡Tenemos quince minutos para emplatar sopas y caldos, venga!

Doy unas palmadas para que nadie se duerma en los laureles y el ritmo frenético pero alegre de la cocina me llena de felicidad por fin. Adoro mi trabajo. Lo adoro por encima de todo. Vivo por y para él en realidad, pero lo hago porque me reporta mucha más dicha que cualquier cosa. Pensar que mi vida va a estar llena de estos maravillosos instantes entre fogones hace que mi alma se sienta un poco más reconfortada a pesar de seguir siendo uno de diciembre.

Me gusta mi trabajo y eso tiene que compensar todo lo demás.

—¿Así está bien, chef Philip? —me pregunta Jo, mi brillante cocinera, mostrándome una pequeña taza para que le dé el visto bueno.

Pruebo con mi propia cuchara la salsa que tiene entre las manos y la degusto con rapidez y precisión.

—Una pizca más de orégano, Jo —sentencio.

—Sí, chef Philip —responde ella al instante, volviendo a su puesto para hacer caso de mi indicación.

—¿Cómo van los entrantes? —le pregunto a Erik, que acaba de entrar de nuevo en cocina después de haber ayudado a André a servir todos los platos de la sala.

—Están siendo un éxito, chef Philip —contesta con entusiasmo—. Creo que van a hacerle salir al final para darle las gracias personalmente.

—Bueno, bueno, vamos a seguir trabajando y dejemos los halagos para el final —les tengo que decir para que no se despisten con este tipo de cosas que, sinceramente, tanta ilusión le hacen a uno.

No tendré la vida perfecta que hace unos años pensé que tendría, pero sigo pudiendo disfrutar de mi trabajo a pesar de estas fechas. Y lo agradezco infinitamente.

Pensé que hoy sería un día horrendo y no está saliendo nada mal al final.

Jenna

Por lo que he podido saber durante la cena, este evento es algo así como una tradición para ellos. Y bueno, ya que necesito descansar hoy todo lo que pueda, qué mejor que dejando que cocine para mí alguien que no sea el impresentable, imbécil, egocéntrico y gilipollas de mi ahora ya ex.

No tengo muchas ganas de festividades, lo reconozco. Más aún porque tengo una asquerosa inquietud dentro de mí que no desaparece. Y es que… A ver, no me malinterpretéis, pero qué menos que haberme llamado después de lo sucedido, ¿no? Podía haberme mandado un mensaje, algo así como *oye, he discutido con Alex y al final sí que van a darte el mérito a ti, no a mí, porque soy un desequilibrado emocional y un cretino pero yo quiero que seas feliz y te reconozcan tu trabajo*. En realidad, Gaston no es mucho de escribir. Lo más que ha escrito es un *de acuerdo* y similares.

Es que a él le sacas de inflarle el ego y ya se pierde.

—Así que estás aquí de paso —me preguntan por enésima vez en el tiempo que llevo en este pueblo.

—Una turista en diciembre en Mist Rachs. No me digáis que no es delicioso.

En esta ocasión ha hablado la mujer que conocí al llegar a esta sala, que se presentó como Massie, de unos cincuenta, media melena morena y muy bien parecida, sentada frente a mí en esta mesa redonda de seis comensales.

—Sí, quería descansar un poco —le respondo a la primera con amabilidad—. Seguramente mañana ya reanude mi viaje.

—¿Hacia dónde te diriges? —se interesa Chas, su marido, mirándome con aquellos ojos oscuros mientras se ajusta la corbata de su impecable traje.

—En realidad no lo sé.

Los cinco comensales se miran entre ellos y sonríen por algo que no logro comprender.

—Y dime, Jenna, ahora que ya hemos entrado en confianza —insiste Massie—. ¿Qué es lo que te hizo detenerte en nuestro pequeño pueblecito?

Todos me miran con un interés inaudito.

—Pues yo… La verdad es que no lo sé. El coche parecía que me fallaba y justo vi un cartel en la carretera con varios pueblos y…

Algunos carraspean con mi explicación, otros se miran de nuevo entre ellos y sonríen.

—Es curioso, sí —me responde Massie.

—Perdón, pero, ¿me estoy perdiendo algo? —pregunto sin comprender bien la dinámica de esta conversación.

—Nada en particular —contesta Chas—. No suele venir mucha gente a nuestro pequeño paraíso. No somos un destino turístico y nos resulta curioso, nada más.

No me trago esa explicación, pero todo el mundo está siendo realmente amable conmigo y no quiero sacar a relucir mi suspicacia. Seguro que siento desconfianza porque hoy ha sido todo demasiado para mí, nada más. Ahora sólo quiero relajarme, terminar este riquísimo postre y descansar lo que queda de día.

—¿No ha venido Pete a interrogarla todavía? —escucho que alguien pregunta.

—Le escribí al principio de la cena para decirle que se relajara, que quería pasar un buen rato —contesta Massie, haciendo sonreír al resto de comensales.

Quién será ese Pete…

—¿Todo bien por aquí?

Una voz grave y cordial irrumpe en nuestra mesa, haciendo que todos los comensales sonrían de nuevo incluso antes de girarse para responder.

—¡Chef Philip! —exclama la señora de las mil preguntas—. Como siempre, todo es una delicia. Pero eso ya lo sabes de sobra.

Me he girado en cuanto he escuchado las primeras palabras y me he quedado algo descolocada al ver a un hombre de unos treinta y algo, con el pelo castaño alborotado y facciones marcadas. Sus ojos risueños pero a la vez tristes parecen alegrarse del elogio que acaban de hacerle y sonríe, luciendo una dentadura que deslumbra.

—Massie, me tratas demasiado bien —le responde él. Y frotándose las manos, continúa mirándonos al resto de comensales—. Bueno, ¿alguna petición o sugerencia?

Típico de un chef: salir a la sala para recopilar halagos.

—La salsa del segundo plato… —comienzo a decir sin pensarlo demasiado.

Él se gira hacia mí para prestarme atención.

—Rica, ¿verdad? —me interrumpe una mujer diferente a Massie, que parece estar más que encantada con este presuntuoso chef.

—Bueno, hacemos lo que podemos —le responde de nuevo el tal Philip, orgullosísimo.

Todo esto es tan Gaston…

—En realidad iba a decir que le sobraba sal —interrumpo la sarta de alabanzas—. Además, ese toque atrufado no casaba con el resto del plato.

Toda la mesa me mira sin atreverse a hablar. La cara del chef Philip es un tanto indescifrable. Arruga la frente sin dejar de observarme, como si esa fuera su forma de responderme. Y puede que me haya pasado un poco, lo reconozco. También reconozco que no he dicho toda la verdad. Sal no le sobraba, pero lo he dicho porque es algo que a los chefs les saca de quicio que les digan. Y el toque atrufado en realidad me pareció una genialidad combinarla en ese plato; no suele hacerse, pero este chef ha conseguido dar con un sabor genuino y original.

Aun así, no he podido evitar decir todo aquello. Es que era como estar viviendo una escena con Gaston y…

—Lamento que no haya sido de su gusto —me responde con lentitud—. Pediré que no se le cobre por…

—Me lo he comido, así que voy a pagarlo —le explico—. No me aprovecharía nunca del trabajo de otros de esa forma.

—Pero a usted no le ha gustado y creo que lo justo es que…

—Lo justo es que se pague por el trabajo de otros.

—Yo considero que el cliente tiene que quedar satisfecho con mis platos. Si no es así, no me siento a gusto cobrando por ello.

Habla con una tranquilidad que no me esperaba después de decirle semejante comentario, la verdad. Gaston habría montado en cólera. Pero Philip parece realmente dolido por lo que le he dicho.

Mierda, creo que la he jodido pero bien, ¿verdad?

Os escucho perfectísimamente desde aquí, no hace falta que lo gritéis tan alto, ¿de acuerdo?

—En realidad ha sido un sabor atrevido y original —confieso—. Creo que solamente estoy un poco cansada del viaje y…

Un suspiro general sale de las bocas de todos los de la mesa.

—Es que ha pasado hoy por nuestro pueblo —le cuenta Massie volviendo a estar

parlanchina—. Seguramente mañana reanude su viaje.

—Estaba fallándole el coche y… —añade la chica que tengo a mi lado, que había estado toda la cena en silencio, pero parece que se estaba enterando bien de todo.

—Luego podías pasarte por el encendido de luces —me dicen ahora a mí—. Es todo un acontecimiento.

—A lo mejor el chef Philip este año quiere pasarse de nuevo.

Y en cuanto escucha esa proposición, su rostro cambia por completo. Y su voz.

Y sus formas.

—Por desgracia, tengo mucho trabajo aquí. Sigan disfrutando de la velada —nos desea con sequedad, alejándose de nuestra mesa con rapidez.

Todos suspiran, como si comprendieran esa extraña reacción.

—En fin —concluye Massie—. Al menos dejó que decoráramos un poco el restaurante y pusiéramos villancicos para esta cena.

—Mañana sabes que desaparecerá todo esto —le dice Chas, volviendo a coger el tenedor para terminar su postre.

Massie se encoge de hombros con resignación.

—Algún día…

Pero nadie más vuelve a mencionar al chef Philip, dejándome realmente intrigada con lo que puede haberle pasado para que haya actuado de esa forma.

V

Philip

—Vosotros podéis iros ya —les repito—. Yo voy a acabar de recoger todo esto.

—Pero chef Philip, el encendido de las luces… —insiste Jo con cara de lástima.

—Venga, fuera de aquí todos —les reprendo con una sonrisa, haciendo que ellos se encojan de hombros y salgan por fin de la cocina.

Un reconfortante silencio lo inunda todo al cabo de unos segundos. Los clientes hace poco tiempo que también se fueron y de nuevo estoy yo solo en mi amado restaurante. La quietud de estos momentos lo compensa todo. Esta hora es mi favorita del día, cuando puedo poner en orden cada rincón de la cocina, la sala, la barra y mi propia mente. Pero hoy creo que no me va a ser para nada sencillo.

Aquella chica. Esa chica que tendría unos treinta años, de cabellos de fuego incipiente y ojos avellana confitada me dejó durante varios minutos perdido. Todos alaban mis platos, mis creaciones e incluso el emplatado. Ella no. Lo primero que hizo fue criticarme como chef. Sin sutilezas, además. Parecía que hubiera venido expresamente a eso. Pero luego… Cuando yo acepté su opinión, ella cambió. De repente sentí que la decoración, el ambiente festivo, la música navideña… Todo estaba hermoso.

También ella.

Y me asusté.

En cuanto me explicaron que acababa de llegar al pueblo y que seguramente se fuera en unas horas… El peso de mi pasado pudo más y me hizo huir de aquella mesa. No pude volver a concentrarme en lo que hacía y no he dejado de pensar en ese breve encuentro. Sé lo que pensaron todos en la mesa. Sé por qué me dijeron que me animara a ir al encendido de las luces. Sé que doy pena, en el amplio sentido de la expresión. Pero no, no puedo. Querría, de verdad que sí. Pero…

Se rompe el silencio durante una fracción de segundo al abrirse la puerta del restaurante, haciendo que la sala se llene de nuevo de villancicos, esta vez provenientes de la calle. Salgo de la cocina para ver quién ha entrado y me encuentro de frente con aquella pelirroja de rostro dubitativo. Me mira luciendo una extraña sonrisa. Su rostro está salpicado por las luces de diferentes colores que todavía brillan en la sala, confundiéndose con las del exterior.

Trato de dejar mis sentimientos a un lado para intentar sonar lo más neutro posible ante ella.

—¿Olvidaste algo? —le pregunto sin moverme de la puerta de la cocina.

Ella tampoco se acerca. Se mantiene a distancia entre las mesas, mirándome, como si no supiera por dónde empezar.

—No, yo… —comienza a hablar, frotándose el brazo—. Me quedé mal por lo de antes y quería pedirte disculpas.

—Ah… No… No te preocupes. El viaje sería largo.

—Por un segundo me recordaste a alguien en quien no quería pensar, nada más —confiesa.

Asiento, comprendiendo demasiado bien.

—Tiene que ser un gilipollas de campeonato esa persona, porque me dejaste sin palabras durante una eternidad.

Ella se ríe con mi comentario durante unos bellos segundos.

—¿Vas a ir al encendido de luces? —pregunta.

—Lo siento, tengo mucho que hacer.

Ahora es ella la que asiente.

—Claro, lo siento. Bueno, yo… —y señala la puerta, girándose hacia ella.

—Espero que lo disfrutes y mañana tengas un agradable viaje.

No le doy tiempo a contestar. Me giro hacia la puerta de la cocina y entro en ella, dejando a aquella hermosa visitante a solas. Segundos después, nuevos villancicos inundan un instante la sala y luego el silencio.

Ella se ha ido.

Yo, me quedo.

¿Hasta cuándo?

Jenna

Pero yo para qué me dejo convencer de tonterías.

Iba de camino hacia la plaza central del pueblo para ver el encendido de luces, charlando con Massie, cuando nos encontramos con Loreen. La primera se apresuró a contarle a la segunda lo sucedido en nuestra mesa durante la cena. Y no sé cómo pasó, pero después de unas cuantas palabras entre las tres, me vi dando la vuelta para hablar con aquel chef que no sé siquiera si me cae bien o fatal. Porque el tipo es demasiado raro. Guapo, sí, pero ya sabemos que eso en un chef muchas veces es incluso un mal augurio. También parece estar disimulando un gran corazón, aunque ahora mismo me parezca extraño en un chef. Pero está claro que, sea lo que sea lo que pasa con él, no es asunto mío. Tampoco tendría que importarme, porque mañana reanudaré mi camino y no volveré a verlo en mi vida.

¿Por qué entonces deshice mis pasos y volví al restaurante para pedirle disculpas?

Mira, yo qué sé ya.

—¡Jenna! ¡Aquí! —escucho a Loreen decir en alto desde una parte concreta de la plaza, haciéndome señas con la mano para que me acerque. Voy hacia ella, que me recibe con una de sus, al parecer, radiantes sonrisas—. Veo que el chef Philip no ha querido acompañarnos hoy tampoco.

—Estaba ocupado —le explico.

—Ya… Ocupado —escucho que dice Massie al otro lado con sarcasmo.

—Massie… —le reprende Loreen con dulzura.

—Es que ya le vale —se queja Massie de forma graciosa sin perder de vista el gran árbol de Navidad que tenemos frente a nosotras.

Loreen se limita a sonreír mientras menea la cabeza y eso creo que significa que no va a explicar nada sobre el chef Philip que me aclare si es imbécil o…

Que he dicho que me da igual, que me voy mañana de este pueblo y ya está.

Alguien pasa repartiendo vasos navideños con algo de chocolate, un poco de nata por encima y virutas rojas y verdes. Los villancicos no dejan de sonar. Todos se ven y se abrazan, se interesan los unos por los otros y quedan para hacer planes estos días, planes que parecen reales, no como cuando se dice eso de *tenemos que vernos*, que es una frase hecha que no significa nada en absoluto. No, esta gente hace planes reales, que incluyen desde ir de tiendas, a dar un paseo, tomar un chocolate en la cafetería… ¡Hasta ponen fecha y hora! ¡Algunos incluso quedan para mañana!

Empiezo a pensar que este pueblo es irreal.

—¿Todo bien por aquí? —nos dice de repente una mujer de más de treinta con el pelo

lila, palmeando las espaldas de Loreen y Massie mientras no me quita ojo de encima.

—Como cada año, Marie —le dice Massie.

—Y, ¿quién eres tú? —me pregunta sin perder la sonrisa, parece que interesándose de verdad por quién fuera yo y no por puro cotilleo.

Sus ojos verdes se clavan en los míos, esperando respuesta.

—Soy Jenna. Me detuve a pasar la noche y bueno, creo que he socializado más en unas horas aquí que en todo el año en donde vivía.

Todas se ríen, pero pronto Marie retoma la conversación.

—Espero que te guste nuestro pequeño pueblecito.

—Por ahora me parece encantador.

—Habrás asistido a la gran cena de apertura de la Navidad, imagino.

Loreen y Massie carraspean un poco, algo que llama la atención de Marie al instante.

—Todo delicioso —contesto.

—Y Philip como siempre —añade Massie sin más explicación.

—Me lo imagino, sí —le responde con pena Marie—. Bueno, os dejo que sigáis disfrutando del chocolate caliente. —Y señala a una chica rubia de unos veintialgo, sonriente, con bucles en el pelo y parece que divertida por lo que todos se ríen a su alrededor—. Mi hermana es la mejor preparando el chocolate para el encendido navideño.

—¿Cómo le va a la pequeña Olive, por cierto? —pregunta Massie.

—Cada vez mejor, porque no se pasa mucho por aquí —le responde Marie, volviendo a hacer reír a todas—. Pasad una agradable velada, chicas. Yo tengo que ir a hacer un discurso. —Y antes de que nadie diga nada, añade—: Muy corto, ¡lo prometo!

Marie nos deja riéndonos todavía. Yo me río porque su buen humor es contagioso, porque la verdad es que no me estoy enterando de mucho. Pero cuando veo que Marie se sube a una especie de plataforma y alguien la presenta como la alcaldesa de Mist Rachs, varios hilos quedan conectados.

—Vaya, ¿es la alcaldesa? —pregunto con asombro.

—La misma —responde Loreen—. Un amor de persona.

—Es muy amable, y simpática. ¡Y joven!

Ambas se ríen con mi asombro.

—Bueno, esto es Mist Rachs —contesta de nuevo Loreen, como si eso lo explicara todo.

Y me parece que sí que lo explica en realidad. No sé por qué comienzo a comprender algo que no racionalizo, pero…

Sé que lo haré.

Philip

La verdad es que no he terminado de recoger todo, pero se me habían caído ya dos vasos y un plato cuando decidí irme a casa; no quería empezar a romper ensaladeras también.

Y es que parece que no soy capaz de concentrarme. Sólo tenía que limpiar, recoger y dejar todo como antes de la gran cena, pero hoy no es mi día.

Salgo del restaurante apagando las luces y cerrando la puerta, adentrándome en Snow Avenue, que rezuma alegría y felicidad por todos los rincones. Todavía hay algún rezagado que corre hacia Mistletoe Square para el encendido oficial, ese que dará el pistoletazo de salida a toda una serie de eventos relacionados con la Navidad durante todo el mes: concursos, sorteos, galas, talleres, fiestas de todo tipo… Odio sentirme amargado en una época así. Odio no poder disfrutar

de todo lo que me rodea. Estar en Mist Rachs y no vivir plenamente la Navidad es una locura, lo sé, pero todavía no soy capaz. Entiendo que esto lleva su tiempo, que tardaré en sanar. Pero si durante un mes completo al año todo me recuerda a lo que sucedió…

Me he puesto a caminar mientras divago sobre la mierda de vida que llevo desde entonces cuando me percato de que la música y las risas de la gente cada vez suenan con más fuerza. Marie está hablando frente a mí, dedicando unas últimas palabras antes del encendido oficial. La gente me rodea con sus vasos de chocolate.

¿Por qué estoy de repente en mitad de la plaza, a punto de presenciar el encendido de luces?

—¿Tú por aquí, Philip? —me pregunta Pete, el sheriff del pueblo, marcando mucho las palabras mientras me da unas palmadas en la espalda.

—La verdad es que no tengo ni idea, Pete. Yo estaba yéndome a casa cuando…

Él sonríe aunque sin desfruncir el ceño.

—Ha llegado una turista al pueblo esta misma tarde —me anuncia.

Cómo no.

—Lo sé —le respondo—. He coincidido con ella en la cena.

—¿Sabes algo de ella?

—Nada, Pete, sólo que seguramente se vaya mañana.

—Eso dicen todos —contesta con desconfianza.

—Y suele cumplirlo la gran mayoría —le recuerdo con dolor personal incluido.

Él comprende y asiente algo avergonzado.

—Seguiré atento por si acaso. —Y vuelve a palmear mi espalda—. Disfruta del encendido de luces; te lo mereces.

Se va alejando mientras observa todo a su alrededor cuando siento que alguien me abraza por detrás, cortándome la respiración momentáneamente. Una risueña Olive me da un beso en la mejilla y aprieta ahora mi brazo como si de un peluche se tratara.

—¡Sabía que no te lo ibas a perder! —exclama con ilusión.

—En realidad yo…

—¡Espera! —dice soltándome de golpe—. No tienes tu vaso de chocolate y la experiencia no es completa sin eso. Además, este año le he añadido unas virutas de colores que…

Sigue hablando mientras se aleja corriendo hacia una mesa situada a un lado del escenario, en donde alguien reparte los vasitos de chocolate, decorando allí mismo cada uno. Trabajar como contable en una aburrida empresa de una gris ciudad tiene que estar asfixiándola y preparar este chocolate es lo más parecido a hacer algo creativo que debe tener en todo el año, así que esperaré pacientemente a que venga con el vaso, lo probaré, la felicitaré por ello y, ya que estoy aquí, sonreiré y observaré el encendido con el resto del pueblo.

Algo me ha hecho venir hasta esta plaza, estoy seguro de que no ha sido casualidad. Estoy en Mist Rachs y estas cosas aquí suelen pasar a menudo, así que tendré que averiguar por qué se me ha ido la cabeza tanto como para terminar la noche de esta forma.

Tampoco es que vaya a morirme si veo unas cuantas luces de Navidad, ¿no?

¿No?

Jenna

—Vaya, no me lo puedo creer.

Tanto Massie como yo nos giramos en la dirección en la que Loreen está señalando con

la mirada y entonces comprendemos su asombro.

Unos pocos metros más allá vemos al chef Philip atento a las palabras de Marie, con las manos en los bolsillos de su abrigo de paño corto y negro. Del gorro de lana oscuro asoman unos mechones de pelo y toda su figura parece colocada por algún pintor especialista en luces y sombras.

El corazón me da un vuelco de emoción y en realidad no tengo motivo alguno: me repito a mí misma mentalmente que he llegado a este pueblo hace pocas horas y no tengo ni idea de quién es ese hombre ni cuál es su historia ni por qué tendría que alegrarme de que hubiera aparecido en un evento al que tampoco entiendo qué hago asistiendo yo. Todo el día de hoy está siendo tan extraño que ha llegado un punto en el que he dejado de pensar. Porque comencé el día en mi ciudad, con mi novio, en nuestra casa, con un buen trabajo en un genial restaurante y heme aquí al final del día, en un pueblo del que jamás había escuchado hablar antes, charlando con las gentes del lugar como si las conociera de toda la vida, asistiendo a cenas y eventos típicos de aquí, sin novio, sin casa, sin trabajo y alegrándome porque un desconocido se presente en el encendido de luces porque por favor, esto es importantísimo aquí, o queriendo saber cómo es la vida de la tal Olive en la ciudad en donde trabaja. Me veo en un rato haciendo yo también planes con alguien del pueblo para mañana. Un desayuno rápido, ir a comprar flores y abrir mi tienda de dulces en donde vendo lo justo como para mantenerme, pero a la vez ser feliz.

Necesito descansar.

El chef Philip desvía en ese momento su mirada hacia nosotras. Se da cuenta de que le estamos mirando, pero no parece incómodo. Mis acompañantes le saludan con la mano y él hace lo mismo. Y ahora me mira a mí. ¿Por qué parece que quisiera decirme algo? Se me escapa una sonrisa que parece que se le contagia y justo cuando abre la boca como si fuera a decirme algo, aparece la que hace un momento me dijeron que era Olive con un par de vasos de chocolate, entregándole uno a él. Me quedo mirando como una idiota la escena, viendo cómo ella se apoya, mimosa, sobre él y Philip la rodea con su brazo, besando su frente.

¿Se gana algo por llevarse tantas decepciones en el mismo día? Exijo mi premio.

Massie y Loreen no parecen ver nada extraño en aquello y ni siquiera lo comentan. Y me parecería ya pasarme si las interrogo sobre esto. Me repito a mí misma una vez más que estoy de paso, que acabo de conocer a toda esta gente y que esto no es una historia sacada de Hallmark Channel.

Y cuando mi mente volvía a oscurecerse pensando en lo estúpida que soy y en el día de mierda que llevo, de repente todo a mi alrededor comienza a emitir destellos de colores. El gran árbol colocado en mitad de la plaza luce en todo su esplendor, acompañando al estallido de color. Algo dentro de mí es como si se hubiera reiniciado. Como si de repente hubiera comprendido todo sin saber bien el qué.

¿Unas luces son capaces de provocar algo así?

—Es… mágico, ¿verdad? —comenta Loreen sin dejar de mirar aquel enorme árbol.

—Una se siente mejor viniendo al encendido de las luces, eso está claro —añade Massie.

Yo no tengo palabras. Creo que no quiero estropear un momento así diciendo cualquier cosa. Me gustaría que mi vida a partir de ahora transcurriera durante un encendido de luces como el de este pueblecito, cada segundo de cada día, año tras año, hasta el fin de mi vida. No pensar en nada, no retener problemas en la cabeza, no sentir angustia: sólo colores y luces navideñas.

Creo firmemente que nuestras vidas serían al menos un poquito mejores si nos rodearan los destellos de Navidad que emite este encendido de luces de Mist Rachs.

VI

Jenna

He vuelto al hotel con un subidón de entusiasmo como hacía mucho que no sentía. Todos a mi alrededor eran amables, sonreían, hacían increíbles planes para estas navidades… Salvo yo, que mi único plan por ahora es encontrar qué hacer con mi vida antes de que los ahorros se me terminen.

Loreen me ha dicho que mañana por la mañana llamará a alguien para que venga a echarle un ojo a mi coche, así que puede que al mediodía ya esté emprendiendo el camino de regreso a… A saber dónde. Sinceramente, no tengo ganas, pero lo más probable es que sea debido al miedo que me está paralizando. Sí, tiene que ser eso. No es que me sienta como en casa en un lugar después de unas pocas horas en él. No, es que siento pavor ante el futuro incierto que…

Estoy acomodándome en la habitación, pensando en todo esto, cuando mi teléfono suena de forma atronadora. Le echo un vistazo y mi corazón da un vuelco, no sé por qué, cuando veo en pantalla el nombre de Gaston. Antes de descolgar intento respirar hondo para que no me note que me he puesto nerviosa por una simple llamada de un ser tan despreciable como él. Porque sí, voy a responder.

Me va a oír.

—¿Por qué me estás llamando a estas horas de la noche? —es lo primero que Gaston me escucha decirle.

Parece dudar unos segundos antes de responderme.

—Te… Te llamé antes pero se cortaba la llamada, no sé por…

—No he estado sin cobertura en ningún momento, Gastón.

—Pues yo te juro que…

—Bueno, sí, dime. ¿Qué quieres?

Vuelve a parecer cohibido, algo que no es propio de él.

—Jenna, no has vuelto a casa hoy, ¿dónde estás? —pregunta de forma directa por fin.

—Por si no te has dado cuenta, me he ido.

—Me he dado cuenta de que no están tus cosas, sí. ¿Por qué te…?

—¿Por qué? —digo alzando la voz—. ¿En serio me lo estás preguntando?

Escucho un suspiro al otro lado.

—Jenna, por favor… ¿Sigues enfadada por lo del postre?

—¡Te parecerá poco motivo!

—Bueno, la verdad es que sí.

—¡Es mi postre y me lo has robado!

—Yo no te lo he robado, Jenna, amor. Es sólo que va a vender más si…

—Claro, sí, tú eres el gran chef Gaston y yo una simple cocinera, ¿no?

—A ver, no te lo tomes a mal, pero todavía para la gente eres una simple cocinera. Sé que te ha podido doler. A mí en su momento también me dolieron muchas cosas, pero todo eso acabó convirtiéndome en lo que soy.

En un gilipollas.

—Es mi postre y lo queréis utilizar sin mencionarme siquiera. No pienso permitir que…

—Jenna —me corta—, hablemos en persona, anda. ¿Dónde estás? Voy a por ti y…

—He salido.

—Lo sé, pero dónde te…

—Estoy fuera de la ciudad.

—¿Dónde? —pregunta de nuevo, ahora con sorpresa después de unos segundos.

—Pues no sé, cogí el coche y… Es un pueblecito que se llama Mist Rachs.

—¿Mist…? Me suena.

—Sí, es uno de esos pueblos de la carretera principal por donde siempre pasábamos.

Le escucho sonreír al otro lado.

—Venga, voy a por ti y…

—No quiero que vengas, Gaston —le corto—. Sólo quiero mi postre.

—Pero Jenna… —se queja con un tono que denota que está aguantando la risa.

¡Encima!

—No, Gaston, lo de hoy me ha dolido. No quiero que vengas a hablar. Ya lo acabamos de hacer. Yo ahora voy a dormir y mañana empezaré una nueva vida lejos de Alex, de ti y de vuestros egos de mierda.

—Al menos deja que…

—Al menos nada, Gaston —le vuelvo a cortar su tono zalamero—. Me voy a dormir. Espero que seas muy feliz, pero lejos de mí. Y de mi postre.

—Jenna…

—Buenas noches, Gaston.

He colgado antes de que vuelva a intentar lo que quiera que estuviera intentando. Maldita sea… No se lo tenía que haber cogido. Ahora me encuentro… No, no quiero pensar en nada de lo que me ha dicho. Él sólo intentaba convencerme de que volviera. Y no voy a hacerlo. Tampoco voy a dejar que utilicen mi postre. Si tengo que llevar las pruebas a los tribunales, lo haré.

No voy a permitir que nadie me pisotee, sea quien sea.

Consigo tranquilizarme comiendo unas galletitas de jengibre que Loreen me había puesto a la entrada de la habitación para darme la bienvenida. Pongo en la tele una de las típicas películas navideñas que suelen echar en estas fechas. Y entre luces y villancicos, consigo por fin quedarme dormida.

VII

Jenna

—¿Cómo explica entonces que le pasara aquello ayer?

—Bueno, es algo raro, sí, pero al coche no le sucede nada.

—Pero si ahora me voy y le vuelve a pasar lo mismo…

—Entonces no se vaya.

Qué gracioso.

Loreen me ha hecho el favor de llamar a primera hora de la mañana a un tal Tom, el mecánico del pueblo, aunque al parecer es más bien el manitas, ya que tan pronto te mira el motor de un coche como te echa un vistazo a la instalación eléctrica de tu casa. Él asegura que mi coche está bien, pero no me sabe explicar por qué ayer hizo eso tan extraño.

Tom se despide sin querer cobrarme porque no era nada. Daría un poco de miedo un lugar con gente tan amable si no fuera porque me siento realmente bien entre ellos.

—¿Todo listo para irte entonces? —me dice Loreen, acercándome una taza de té que huele a menta y caramelo.

—Creo que sí.

Doy un sorbo al té y vuelvo a encontrarme feliz. Y por un segundo me veo tomando esta bebida cada día el resto de mi vida.

—¿Te preparo la nota?

Suspiro sin ganas de contestar.

—Imagino… No sé, sí, bueno…

Loreen me mira con una sonrisa, como si me pudiera leer la mente.

—Podrías darte hoy una vuelta por el pueblo durante el día —me propone—. Ya que estás aquí y quién sabe si volverás algún día… Hoy es la inscripción al concurso de postres navideños y siempre hay quien lleva sus mejores creaciones para picarse entre ellos. —Lo dice medio riéndose, como disfrutando de recuerdos de otros años—. La inscripción es en la plaza de ayer, en Mistletoe Square, por si te apetece probar cosas deliciosas y de paso reírte un rato. —Y cogiéndome la taza a medio terminar, comienza a caminar hacia el hotel de nuevo, añade—: Nunca está de más reírse un poco en la vida.

Me quedo pensativa unos segundos después de ver a Loreen entrando de nuevo en el hotel. Seguramente mis pocas ganas de irme se deban a que en realidad no tengo a dónde ir y todavía no he pensado qué voy a hacer a partir de ahora. ¿A qué voy a dedicarme? ¿Dónde buscaré trabajo? Tengo también que encontrar un lugar donde vivir. De nuevo empezar a hacer girar toda la rueda de la vida que ya parecía haberse detenido.

Y sí, puede que esté procrastinando excesivamente desde ayer. Pero después de lo que me ha pasado, después de la estúpida llamada de Gaston para disculparse torpemente o de que Alex no se haya dignado a llamar para asegurarme que el postre llevará mi nombre, que cometió un error… Después de que mi vida se ha quedado temblando por el terremoto vivido hace unas horas, creo que merezco un descanso.

Doy la espalda al hotel y emprendo el camino hacia la plaza de ayer para perderme un rato entre postres navideños y gente siendo tremendamente feliz.

A ver si se me pega algo a mí.

Philip

Todos los años es igual. La misma gente participando en estos concursos con prácticamente los mismos platos. A veces le cambian la presentación, pero el sabor y los ingredientes son iguales. Mismas caras, mismos postres, mismos ganadores…

Este año también haré de jurado en el concurso de postres navideños. Me parecería injusto participar en algo así. Dejo que quien quiera juegue a cocinero y luego añadimos esos postres a la carta en mi restaurante. La gente del pueblo adora ese tipo de detalles y tengo que reconocer que a mí en el fondo me sacan una sonrisa al verlos tan felices por ello.

—Empezamos a pensar que no sabes hacer postres navideños, chef Philip —escucho a Sally decirme con ese tono irónico que tan bien le sale.

Le sonrío de la misma forma antes de contestarle.

—A vosotros se os da mejor que a mí, Sally.

—Decorar también, ¿no?

Sé por dónde va. Se refiere al chico de ayer que quería decorarme todo de forma demasiado navideña y se lo envié precisamente a ella.

—Bueno, eres tú la que tienes una tienda de antigüedades; obviamente se te da mejor a ti que…

—No me vengas con pamplinas, Philip. Sabes a lo que me refiero. ¿Este año tampoco…?

Niego con la cabeza.

—Ya sabes lo que opino de la Navidad, Sally.

—No fue siempre así —me recuerda.

—Hay que centrarse en el presente y así es ahora.

—Eso mismo opino yo: hay que centrarse en el presente y dejar que el pasado se quede donde tiene que estar.

—¿No tendrías que estar abriendo ya tu tienda?

—El día después de la cena siempre abro media hora después; tengo tiempo de seguir charlando contigo sobre la Navidad —me espeta con sonrisa triunfal.

Voy a contestarle cuando escuchamos el ruido de un coche cerca de nosotros. No nos suena a ninguno, así que puede que sea otro turista.

—¡Menudo año! —exclama Massie, acercándose a nosotros para unirse a lo que ella cree que es un momento de cotilleo.

—Dos tan seguidos… —comenta Sally—. Es raro, ¿verdad?

—Pete tiene que saber esto —comenta Massie cuando confirmamos que es otro turista.

Aquel chico se baja del coche. Tiene pinta de presuntuoso. Me cae mal. Media melena morena, rostro de formas marcadas, musculoso de gimnasio pijo y… Joder, ¿no es el chef Gaston?

¿Qué hace en Mist Rachs él precisamente?

Mira durante unos segundos hacia los lados y entonces nos ve. Y creo que decide que es buena idea acercarse a nosotros. Mierda…

Se quita las gafas de sol justo cuando alcanza nuestro grupo.

—Buenos días tengan todos ustedes —nos dice con aire pomposo—. ¿Serían tan amables de indicarme un hotel o algún sitio en donde una forastera haya podido pasar la noche en su…? —Y echa un rápido vistazo a la plaza en donde nos encontramos—. ¿En su pintoresco pueblecito?

—¿Por qué quiere saber usted algo así? —le pregunto con desconfianza.

—Verá, amable lugareño. Ayer mi novia y yo discutimos y por la noche me comentó

que estaba aquí. Eso quiere decir que quería que yo viniera. Ya sabe, no me lo ha dicho de forma directa; las mujeres y sus cosas.

—Las mujeres decimos lo que queremos decir —interviene Massie, algo molesta por ese comentario.

—Bueno, sí, claro —responde algo molesto el chef Gaston—. Yo lo digo porque conozco a mi novia y sé que ella actúa así. Estamos viviendo juntos desde hace una temporada, ¿saben? Nos va fenomenal.

—No les irá muy bien si ella se ha ido —comenta ahora Sally.

El chef Gaston parece cada vez con más ganas de perder los nervios y mandarnos a la mierda a los que él considera que somos seres inferiores. Así suelen ser muchos de los chefs en realidad. No querría jamás que alguien me viera de la forma en la que todos ahora mismo lo estamos viendo a él.

Aunque puede que estos últimos años la gente haya tenido demasiada paciencia conmigo.

—El caso es que quería hablar con ella —sigue insistiendo él—. Hay un malentendido que me gustaría tratar con mi novia y si fueran ustedes tan amables de…

—¿Gaston? ¿Qué estás haciendo tú aquí?

Ha aparecido de repente aquella chica de ayer, la turista. No puede ser que ella sea la novia con la que el chef del momento quiere hablar.

Él se gira al escuchar su voz y va a abrazarla, pero ella da un paso hacia atrás y el engreído del chef Gaston tiene que aceptar que ha sido rechazado delante de todos nosotros.

Ahora mismo me cae muy bien esta chica.

—Jenna, cariño, ¿podemos irnos a algún sitio a hablar sobre…?

—Te dije ayer que no quería hablar nada.

Escucho a mi lado a Sally y a Massie hacer un leve sonido de puro placer.

—Pero Jenna, mujer, he pedido la mañana para poder venir hasta aquí. Por ti. Eso significa que te importo.

La turista… es decir, Jenna, le mira con una media sonrisa que hace temer lo peor.

—Se dice *me importas* —le espeta.

—¿Cómo? —dice él sin comprender.

—Dices tan poco ese tipo de cosas que ni siquiera te salen de manera natural —se queja ella—. De todas formas, ya te dije que no quería hablarlo. Ya puedes largarte de aquí ahora mismo. ¿No tienes una carta que sacar adelante en el restaurante?

—Ah, ¿es usted cocinero? —pregunta Sally.

El chef Gaston se hincha cual pavo real.

—Señorita, no soy un simple cocinero; soy el chef Gaston.

—¡Anda, como el chef Philip! —exclama Massie señalándome, haciendo que el chef Gaston me mire de arriba abajo con absoluto desprecio y desdén.

Pero qué mal me suelen caer mis propios colegas de profesión.

—Claro, la simple cocinera a la que se le pueden robar las ideas soy yo —interviene Jenna.

Sally y Massie dejan escapar un sonido de asombro en alto.

—¿Ha hecho usted eso, chef? —pregunta con indignación Sally mientras Massie extiende su mano hacia Jenna, la cual se acerca a ellas, alejándose del chef Gaston.

—¡No! —exclama él—. Por eso he venido a hablar con ella. —Y mira a Jenna, ahora con rostro sonriente—. Cariño, vayamos a hablar a otra parte; tengo novedades con respecto a tu

postre.

Ha marcado mucho ese *tu* y a Jenna parece haberla dejado sin palabras durante unos segundos.

—¿Qué…? ¿Qué novedades son esas? —por fin pregunta ella.

—A mí y a Alex se nos ha ocurrido algo; por eso he venido hasta aquí.

Di que sí, el burro delante.

Jenna también se ha dado cuenta de ese detalle, pero creo que ahora mismo está más centrada en lo que el chef Gaston tenga que decirle aunque todavía no parece decidida a dar el paso.

—¡Philip! —escuchamos a Olive exclamar a lo lejos, interrumpiendo la escenita al echarse a correr hacia nosotros. Se me tira en los brazos y me da un beso en la mejilla, pasando a saludar a todos los presentes con cariñosas muestras de afecto; muy ella siempre—. ¿Hay una reunión navideña de la que no me haya enterado todavía? —nos pregunta mirando a Jenna y al chef Gaston con cara de extrañeza.

Veo entonces que Jenna nos está observando de forma extraña. Olive despeina mi pelo en este momento y aquella turista que conocí ayer mismo entrecierra los ojos al ver aquel cariñoso gesto. Es entonces cuando da un paso hacia el que parece ser su novio. Y no sé por qué me duele tanto aquello. Bueno, en realidad sí que lo sé.

Estaba cerca de mí hasta hace unos segundos y sin embargo ahora…

—Hay por aquí cerca una cafetería en donde podríamos… —cede ella.

—Si quieres también podríamos ir a donde estás alojada y…

—En la cafetería —le corta ella con sequedad, caminando ya junto a él en dirección a la cafetería del pueblo—. Venga, vayamos.

Todos nos quedamos unos segundos en silencio, viendo cómo aquellos dos se alejan y entran por la puerta del local de Chas.

En realidad, ¿qué más me da que ella se vaya a arreglar las cosas con su novio? Siempre es así, ¿no es cierto?

—No van a arreglarlo —dice Massie con determinación.

—No debería —añade Sally, que parece que se ha tomado como algo personal la discusión de esa pareja de desconocidos.

—Chicas, creo que ellos dos están ahora mismo charlando animadamente antes de volver juntos a casa —les comento, girándome para dar la espalda a esa parte de la calle hacia donde todas están mirando.

—¿Qué estaba sucediendo? —me pregunta Olive, agarrada a mi brazo y caminando conmigo hacia la mesa de inscripciones—. ¿Quiénes eran esos dos? ¿Turistas?

—Dos turistas sin importancia que van a irse muy pronto —le explico.

—Yo no estaría tan segura —nos dice Massie, viniendo con nosotros.

—Massie, déjalo, anda —le pido con cariño.

—Pero es que ella… —se queja.

—Ella está con él —intento explicarle.

—No lo está —insiste ahora Sally.

—Ella y tú… Ayer pensé que podría ser que…

Massie dice aquello con pena incluso. Y eso me hace sonreír. La rodeo los hombros con el brazo que me queda libre y beso su cabeza.

—Centrémonos ahora en el concurso de postres navideños y dejemos a los turistas hablar, ¿de acuerdo?

—Ay, Philip… —escucho a Olive decirme de buen humor—. Algún día, ¿de acuerdo?

Sonrío y trato de zanjar el tema de siempre.

—Algún día, Olive. Mientras tanto, busquemos el mejor postre navideño de todos los tiempos.

—Perdonad, pero eso ya lo encontramos el año que me presenté yo —nos recuerda Sally.

—Salvo porque quemaste hasta las cucharas —le recuerda Olive, haciéndonos reír a todos.

Volvemos a nuestro pequeño mundo y dejamos a nuestra espalda a aquellos dos turistas que seguramente estén ya resolviendo sus problemas. Eso es lo que tiene estar en Mist Rachs, ¿no? Aunque el cosquilleo que sentía cuando aquella chica me dirigía la palabra era…

No, no era nada.

Se acabó.

VIII

Jenna

—Y poner mi nombre al lado del postre, dándome a mí la autoría de su creación.

Gaston escribe aquello también antes de responder sin tan siquiera mirarme, aunque le veo esbozar una sonrisa.

—Muy bien. ¿Algo más? —Y levanta la vista, esperando mi respuesta.

—Una semana más de vacaciones al año.

Ahora se ríe abiertamente.

—¿Quieres tener más vacaciones que yo?

—Por pedir… —contesto con un amago de sonrisa que él intuye.

Es por eso por lo que se atreve a acercar su mano a la mía, aunque yo la retiro.

—Pero Jenna… —se queja.

—Esto no cambia nada. Además, tienes todavía que trasladar todas mis peticiones a Alex. —Y me cruzo de brazos, esperando.

—¿Qué? ¿Te refieres a que lo haga ahora? —pregunta con sorpresa.

—Por supuesto. Yo no me muevo de aquí hasta que no acceda a todo por escrito.

Se queda unos segundos sin saber cómo reaccionar, pero al fin se levanta de su silla y saca el móvil del bolsillo de su abrigo.

—Muy bien, pues tendré que salir fuera para hablar mejor; aquí hay mucho jaleo.

—Es Navidad —disculpo a los alegres y sí, ruidosos clientes de la cafetería.

—No lo es todavía —contesta Gaston con el ceño fruncido, buscando ya en la agenda de su móvil el teléfono de Alex—. No te prometo nada, pero voy a intentarlo. —Y sale de la cafetería, dejándome con mi café casi terminado y la cuenta sin pagar.

—¡Hola! —escucho que me dice Helen, una de las personas que trabajan en el Timeless, café para llevar en mano, de pie a mi lado—. ¿Has venido para inscribirte en el concurso? He oído que eres cocinera.

—La verdad es que… Había venido a despejarme un poco, nada más.

—¡Tienes que pasarte a inscribirte! El chef Philip prepara cada año en su restaurante el postre ganador. Un año gané yo y fui todos los días al restaurante sólo para poder pedir el postre navideño de Helen.

Me hace reír su tono y ella sonríe al ver el efecto que sus palabras han causado en mí. Así que el chef Philip no tiene inconveniente en colocar el nombre de la persona que crea el postre…

—Me gustaría inscribirme, pero puede que en unos minutos me vaya del pueblo —le explico.

—Ah… —dice con voz de pena—. Bueno, nunca se sabe. Pásate y escribe tu nombre en la lista. Si luego te vas, no pasa nada. Pero si te quedas, vas a pasar unos días increíbles pudiendo utilizar todo el tiempo que quieras la sala del restaurante que el chef habilita para los participantes. También hay un taller de cocina los días previos para quien lo necesite. Apuntarse a un concurso en este pueblo es divertidísimo.

—¿El chef Philip hace eso también?

Ella se sorprende por mi propia sorpresa.

—Pues claro. Y nos deja todos los ingredientes y aparatejos que tiene allí. ¿Sabes que hay un chisme que hace que las claras de los…? —Y se frena—. Pues claro que lo sabes, si eres cocinera.

Es tan natural y amable que su alegría me invade, como cada vez que hablo con cualquier persona de Mist Rachs. Echo un vistazo hacia Gaston, que está hablando por teléfono todavía y me parece que no va a tener muy buenas noticias que darme por la cara que tiene.

—¿Sabes qué? —Y me levanto, sacando dinero de mi cartera para dejarlo encima de la mesa—. Me voy a ir a inscribir. Me has convencido.

—¿En serio? —Y parece emocionada con aquello—. ¡Será genial tener a una cocinera en el concurso! Y si tenemos dudas, puedes ayudarnos como el chef Philip hace y así no le molestamos tanto.

Vuelvo a reírme sin dejar de sorprenderme con cada cosa que me cuentan de él.

—Si me quedo, os ayudaré con lo que necesitéis —le prometo, consiguiendo que vuelva a emocionarse hasta casi tirarse el café por encima.

Estar en este pueblo es sentir ganas de reír de felicidad cada segundo, una sensación que jamás en mi vida había tenido.

Ambas salimos de la cafetería y dejamos atrás a Gaston, que ni siquiera nos ve pasar y sigue hablando por el móvil.

—Buenos días, Helen —escuchamos a alguien detrás de nosotras.

Ella se gira y yo hago lo mismo, viendo a un hombre de unos sesenta, pelo negro engominado y con uniforme de sheriff, mirándome con sus oscuros ojos como si estuviera analizando todo de mí.

—¡Pete! —exclama Helen—. No me digas que tú también quieres inscribirte este año en el concurso de postres navideños.

El tal Pete hace un amago de sonrisa, pero le sale demasiado forzado.

—¿También? —se limita a contesta con una pregunta.

—Sí, Jenna iba a eso ahora precisamente —le responde Helen.

—Ah, Jenna. —Y aquel sheriff me traspasa con la mirada—. Veo que le ha gustado mucho nuestro pueblo en tan solo unas horas.

—Es hermoso, la verdad —contesto algo cohibida.

—Ya veo, ya. —Y se gira un segundo en dirección a Gaston—. ¿Es amigo suyo?

—Solamente le conozco, no es mi amigo —aclaro.

—También turista.

—Espero que no; está sólo de paso.

—¿Usted no?

Me empiezo a poner nerviosa.

—Pete —se queja Helen ahora—. Deja a Jenna en paz. Ella es genial y nos estás interrumpiendo para que vaya a inscribirse. Ya sabes, el concurso de postres… Philip… Cinco años después…

—¿Cinco…? —comienzo a repetir de forma inconsciente al no comprender eso último.

Pero el sheriff sí parece haberlo entendido. Asiente y hace otro amago de sonrisa bastante rara.

—Id pues —nos dice, asintiendo—. Que disfrutéis del día.

Nos hace un saludo militar con la mano y nosotras nos giramos hacia la plaza de nuevo. Sigo algo contrariada, pero todo se me pasa cuando empiezo a oler de nuevo esas galletitas que había encima de la mesa de inscripción. Hace un rato no pude olerlas más que de lejos porque antes de llegar ya estaba Gaston cortándome el paso, pero ahora tengo ganas de comer alguna.

Helen y yo llegamos al lugar de inscripciones y volvemos a ver al chef Philip con Olive, Sally y Massie. Charlan animadamente, pero se hace el silencio cuando nos ven a Helen y a mí a

su lado mientras ella me pasa un bolígrafo con gran solemnidad.

—¿Vas a…? Oh, dios, ¿vas a inscribirte? —pregunta con tal emoción Massie que me hace sentir que he hecho más que bien al tomar esta decisión.

—Si se me permite…

—¡Por supuesto que sí! —exclama Sally—. Philip, acerca a Jenna la carpeta de inscripción, vamos.

—Y unas galletitas —añade Massie—. Que no se te olviden las galletitas.

El chef Philip está algo descolocado con todo esto. No parece ser alguien que disimule muy bien sus emociones. Las muestra tal cual las siente aunque no tenga ni idea de por qué lo hace. Y eso es tan refrescante…

—¿Y tu novio? —me dice él mientras coge aquella carpeta en donde veo ya inscritas a media docena de personas.

—No es mi novio —respondo secamente mientras cojo el bolígrafo que me está ofreciendo—. ¿Es aquí? —le pregunto, señalando un hueco en donde poner mi nombre.

El chef Philip carraspea al darse cuenta de que no me ha gustado la pregunta.

—Sí, disculpa, aquí puedes poner… Lo siento, no quería… Perdona si te ha molestado mi pregunta. Es sólo que antes…

Escribo mis datos en aquella hoja y le devuelvo el bolígrafo.

—Ahora quiero mi galletita —le recuerdo, haciéndole sonreír de nuevo.

Me acerca el plato con aquellas pequeñas galletitas de jengibre en forma de muñeco y me llevo una a la boca. Son como las que Loreen dejó ayer en mi habitación. Y no exagero cuando digo que comerlas es sentir cómo la felicidad recorre tu cuerpo de punta a punta con el primer mordisco.

—¡Qué bien! —dice ahora Olive con entusiasmo—. Ya hay una persona más para el concurso. —Y mirando a Massie—. Está siendo todo un éxito, ¿eh?

—¡Este año va a ser memorable! —expresa la propia Massie—. Palabra de organizadora de eventos.

—Bueno, bueno, no puede serlo del todo porque yo este año no me presento —dice por su parte Olive con tono distendido.

—Claro, porque sería un poco raro —digo yo. Pero, por lo que sea, nadie lo entiende—. Si el chef Philip es el que hace de jurado… —Y por sus caras, todavía nada. Y me empiezo a poner nerviosa—. Si su pareja tiene que decidir el…

Sus risas, incluyendo las del propio chef y Olive, interrumpen mi frase.

—Olive no es la pareja de Philip —me explica Sally, calmándose poco a poco.

—¿Por qué pensaste algo así? —pregunta con intriga Massie, que está incluso llorando de la risa—. Nuestro chef es el eterno soltero.

—Es mi hermanito —me dice de buen humor Olive, frotando mi brazo y, no sé por qué, guiñándome el ojo—. A veces soy demasiado cariñosa con la gente y puede que por eso hayas creído que él y yo…

—¿En serio? ¿Hermanos? —pregunto atónita.

Philip parece que ya ha calmado su risa y toma la palabra.

—No biológicos, pero sí, Marie, Olive y yo somos hermanos.

—Es una bonita historia que a lo mejor algún día Philip quiere contarte —dice Olive, mirando a… a su hermano.

Todos le observamos, pero él está con la vista fija en otra parte.

—Tu no-novio se acerca —me anuncia el chef Philip con rostro serio de repente, dando

incluso un paso hacia atrás en cuanto Gaston llega a mi lado. En unas milésimas de segundo, todos se han alejado de nosotros para darnos privacidad y se han puesto a comentar algo sobre el concurso.

¿En este pueblo no podrían ser un poco menos perfectos para que no hubiera tanta diferencia con el resto de la humanidad?

—Bueno, pues ya está hablado —me anuncia demasiado serio como para que traiga buenas noticias.

—¿Y bien?

—Le he dicho que hasta que no acepte todas y cada una de las condiciones, yo tampoco voy a volver al restaurante.

Mi boca se abre de par en par con aquello.

—¿Cómo? —pregunto sin poder evitar elevar el tono.

—Como lo oyes. Si Alex no acepta lo que le has pedido, yo no vuelvo tampoco. A ver qué decide.

Me sale del alma abrazarle aunque me separo a tiempo, justo cuando Gaston estaba a punto de terminar este abrazo con un beso. Tengo que mantener la cabeza fría. No puedo olvidar que hace unas horas él era quien quería robarme mi postre y puede que todo esto sea una trampa.

—Y, ¿qué vas a hacer mientras tanto? —le pregunto mientras me alejo un par de pasos de él.

Gaston mira a su alrededor.

—Creo que me voy a quedar por aquí. Si no te importa, claro.

—Pues… No. Yo… Si tú quieres quedarte, no soy quién para…

¿Por qué esa noticia no me causa ninguna emoción positiva?

—¿Estás en algún apartamento o…?

—Llegué ayer, Gaston; me quedo en un hotel.

—Ah, pues perfecto. Dime la dirección y les comento que…

—¡No vamos a dormir en la misma habitación! —le digo, viendo por dónde va—. Las cosas no han cambiado. No estamos juntos, Gaston, y nada de lo que…

—Pero si yo sólo quería pedir alojamiento, Jenna. Respeto que me hayas dejado. —Y después de un suspiro, prosigue—. Tenías una, o varias razones para hacerlo. En el tiempo que estemos aquí, quiero demostrarte que podemos funcionar de nuevo como pareja.

—Gaston…

—Solamente deja que te lo demuestre. Si después no quieres volver conmigo, lo aceptaré también. Fui un estúpido al tomarme a la ligera tu enfado. Nuestro mundo es tan duro que a veces pienso que lo que yo he tenido que vivir, todos tendrían que aceptarlo. Y no tiene por qué ser así. No quiero que tú tengas que tragar toda esa mierda e hiciste bien en irte ayer.

—Te recuerdo que ayer mismo querías apropiarte de mi postre, Gaston. Y espero que todo esto no sea porque ni Alex ni tú tenéis idea de cómo terminarlo y necesitáis que os lo cuente.

—Reconozco que tuve que explicarte antes mi punto de vista sobre la profesión, pero te aseguro que lo de ayer no lo hice con esa intención ni esto es por lo que me estás diciendo ahora. De hecho, le he presentado otro postre a Alex y ha dicho que seguramente sea el que vayamos a hacer finalmente esta temporada. Así tenemos más tiempo para que presentes el tuyo como es debido.

Me quedo con la boca abierta al escuchar a Gaston hablar de esa forma. ¿Qué ha podido sucederle? No parece el mismo siquiera. ¿Será verdad que le importo y quiere demostrármelo?

—El hotel se llama Timeless —le digo por fin mientras le señalo por donde hay que ir —. Al final de esta calle, hacia la derecha, pasando un parque que se llama Jingle y luego todo recto.

Él sonríe, comprendiendo lo que he expresado sin palabras.

—¿Me acompañarías?

—Me voy a quedar un rato por aquí. Acabo de inscribirme en un concurso de postres navideños y quiero enterarme bien de qué va.

—¿En serio? —y se ríe—. ¿Yo también podría inscribirme? Sería divertido hacer algo así, como cuando empezaba en esto. Me presentaba a muchos concursos de este tipo, ¿sabes?

—Pues no tenía ni idea.

Me hace gracia imaginarme al gran chef Gaston en una situación similar.

—Me apuntaba a todos los que encontraba —me cuenta—. Después de un tiempo, había muchos que ya me conocían por eso. A lo mejor me hice un nombre gracias a los concursos y la gente está confundida conmigo.

Me echo a reír con su ocurrencia y él luce su arrebatadora sonrisa ante mi buen humor.

—De repente estás muy… Cambiado.

Se encoge de hombros y me guiña un ojo.

—Y bien, ¿dónde tengo que apuntarme?

Le señalo con el dedo al grupo que sigue hablando.

—El chef Philip tiene la carpeta.

—¿Él también se presenta? —pregunta, mirándole.

—No, él hace de jurado nada más.

—Interesante. —Y vuelve a mirarme, de nuevo sonriente—. ¿Voy a apuntarme, dejo mis cosas en el hotel y damos una vuelta para conocer un poco todo esto?

Me encojo de hombros y asiento, comenzando a caminar junto a él. Todavía no sé si todo esto es una buena idea, pero quiero comprobar por mí misma qué está sucediendo.

Philip

—De verdad, estoy bien, chicas —les aseguro por quinta vez en estos últimos cinco minutos—. Es una turista arreglando las cosas con su pareja. ¡No la conozco de nada!

—Philip, ya sabes cómo va esto, no tiene nada que ver que… —insiste Massie.

—Sí, sé muy bien cómo va todo esto —le recuerdo. Todas se quedan en silencio—. Lo siento, no quería… El caso es que no pasa nada, en serio. No sé por qué lleváis desde ayer tan insistentes con este tema.

—Porque hemos visto algo, Philip —me explica Sally—. Seguramente tú también, pero te niegas a reconocerlo.

—Sally, por favor, tengamos la…

Dejo la frase a medias al ver que tanto Jenna como Gaston se acercan a nosotros.

Y ahora, ¿qué?

—Venía a inscribirme al concurso —nos anuncia él. Y esto hace que todos nos quedemos en absoluto silencio. La incomodidad se puede palpar con claridad—. Bueno, si no es posible no pasa…

—No, claro que… —intervengo, pasándole la carpeta para que apunte sus datos—. Puedes apuntarte aquí.

Él coge la carpeta y comienza a escribir mientras mira a Jenna y le sonríe. ¿Por qué puede dolerme tanto algo así?

—Tendrías que presentarte tú también, Philip —dice de repente Olive—. Si hay un chef y una cocinera, ¿por qué no? Si tú te inscribes, prometo hacerlo yo también.

—¡Sí! ¡Hazlo, por favor! —me pide Massie—. ¡Sería maravilloso!

—Pero yo soy el jurado —les recuerdo.

—Podemos serlo el resto de los que nos hemos inscrito y así este año el concurso sería entre profesionales —comienza a idear Massie—. Un gran reclamo… ¡Voy a avisar a todos! —Y señala la carpeta mientras saca su móvil—. Vete apuntándote ahora mismo.

—¿Hasta qué día tenemos de plazo para presentar nuestras propuestas? —pregunta ahora el chef Gaston, viendo cómo me apunto a regañadientes después del tono amenazante de Massie.

—De aquí a la semana que viene —le explico—. El próximo viernes tendremos que ir a la sala del restaurante donde se hacen los eventos y prepararlo delante del público. Luego el jurado…

—Los asistentes. Por votación, lo que elija la mayoría de ellos —va imaginando sobre la marcha Massie, cada vez más emocionada con el cambio de última hora—. Puede que tengamos que elegir este año una sala mucho más grande.

—Muy bien, pues que así sea —dice él, dándole la mano formalmente a Jenna y luego a mí.

Ella y yo nos miramos unos segundos antes de acercar nuestras manos y estrechárnoslas de igual forma. Puede que el apretón dure unas milésimas de segundo más y que haya sentido un extraño cosquilleo al rozar de esta forma su piel, pero no creo que nadie se haya dado cuenta de…

—Bueno, pues ya estaría —nos dice Olive.

Al girarme hacia ella, veo que sí, que ella sí que ha debido de notar nuestras cosquillas en la piel del otro como propias, a juzgar por la sonrisa que luce mientras nos mira a ambos de forma intermitente.

—Podríamos prescindir del taller, ¿no? —le digo a Massie.

—¡Ni hablar! —exclama ella con horror—. Este año el taller va a ser impartido por tres profesionales de la cocina a todo aquel que quiera asistir. —Vuelve a centrarse en su móvil, escribiendo a saber a quién ahora—. Madre mía, este concurso va a ser memorable. El mejor de toda la historia de Mist Rachs.

El chef Gaston se gira hacia Jenna, parece que queriendo quejarse por ir a impartir de repente un curso de cocina a gente nada preparada sin ver ni un céntimo por algo que seguramente en otras circunstancias fuera bien pagado, pero ella está radiante, emocionada con todas las propuestas de Massie, y él parece no querer contrariarla.

—¡En fin! —dice Gaston dando una sonora palmada en el aire. Y mira a Jenna—. ¿Nos vamos a ese hotelito?

Me quedo mirando como un estúpido aquella escena, actuando de forma automática cuando Jenna se despide de todos y se va con él luciendo una increíble sonrisa que me deja pensando en ella hasta que la voz de Sally me saca de mi ensoñamiento.

—¿*Nis vimis i isi hitiliti*? —Y resopla—. ¿Alguien más piensa que ese chef trata con condescendencia a toda la humanidad porque bueno, nadie es… él?

Olive se echa a reír y Massie sigue haciendo llamadas, avisando de los cambios a todo el que le coge el teléfono. Yo continúo dándole vueltas al extraño escalofrío que todavía siento en mi mano mientras veo a lo lejos a Jenna echar un vistazo precisamente a su propia mano. Se gira un instante hacia atrás para mirarme por última vez antes de montarse en el coche de aquel

presuntuoso chef. Ve que yo también la estoy mirando y juraría que ha enrojecido. El chef Gaston arranca para dirigirse al Timeless y todos en esta plaza parecen volver a sus vidas como si no hubiera sucedido nada, como si ese chef y Jenna no fueran tan importantes como para detener sus vidas por su ausencia. Pero, a diferencia de lo que parece que todos esperan de repente de este concurso, yo creo que los tres vamos a protagonizar de alguna forma un episodio decisivo en nuestras vidas. Nadie más sabe quién es el chef Gaston y por qué me está afectando ahora doblemente todo esto. Nunca conté los detalles de lo que sucedió hace cinco años, así que para ellos toda esta situación no ha cambiado tanto como para mí.

Y me quedo aquí, rodeado de gente, pero demasiado solo.

Ellos se han ido juntos.

Él sonreía triunfal, ella por vergüenza, yo por triste convencionalismo social.

IX

Jenna

Me está costando distanciarme de Gaston. Llevo todo el día intentando hacer cosas yo sola, pero a cada rato me lo encuentro, como si estuviera siguiéndome o vigilándome de cerca. He tenido que hablar seriamente con él y exponerle la situación: él está aquí porque quiere y no conmigo, así que vamos a hacer vidas separadas, ahora que no somos pareja. No quiero que me demuestre nada, porque no vamos a volver. Ha dicho que lo comprende, pero no estoy yo muy segura de ello.

He estado paseando durante horas por el pueblo, hablando con todo el mundo y visitando distintas tiendecitas repartidas por todas las calles, a pesar del frío que hace hoy. Pero es que hasta ese frío le da un aire más hermoso al lugar. Gente patinando en una zona del río, un grupo ensayando villancicos cerca de la iglesia, un par de Santa Claus yendo a por unos chocolates calientes y unos niños saliendo del colegio, comentando lo bien que llevan sus papeles de la función navideña y las ganas que tienen de vacaciones. Casi era como estar yo misma viviendo todo aquello en primera persona, como si ya estuviera totalmente integrada en este lugar. La gente me saludaba, sonreía e incluso me preguntaba si necesitaba algo. Sí, suena a pueblo siniestro de no ser porque realmente una se siente como en casa entre esta gente.

Está terminando el día y las luces que ayer se encendieron por todo el pueblo vuelven a alegrarme la vista en cada rincón al que miro. Veo a lo lejos el animado mercadillo navideño con sus casetas de madera repartidas por Red Avenue hasta Mistletoe Square, sus luces cálidas y de colores variados, frente a la plaza del pueblo. Y no puedo evitarlo: mis pies se dirigen solos a la caseta en donde alguien está repartiendo vistosos vasitos de chocolate y de vino calientes. Me decido por lo primero y agarro entre mis manos enguantadas aquel vaso que me transporta con su olor a unas navidades llenas de risas y felicidad, con regalos y encuentros familiares. Hace demasiado que eso no lo vivo y no sé si todavía lo recuerdo con nitidez o serán malas jugadas de mi memoria.

Sigo caminando por el mercadillo, deteniéndome en cada puesto, escuchando villancicos y admirando la decoración cuando siento que mi vaso vuela sobre mí directamente, derramándome todo el chocolate desde el pelo hasta las botas. Unos niños piden perdón entre risas mientras se alejan sin dejar de jugar entre ellos, ajenos al estropicio que acaban de crear.

Y entonces me echo a reír.

¿Ni siquiera con un incidente así voy a dejar de sentirme feliz?

—Dios mío —escucho a mi espalda—. Estos niños…

Me giro y veo al chef Philip también lleno de chocolate de arriba abajo. Al parecer ambos hemos sido arrollados en la huida de esos niños y hemos acabado empapados.

—Chef Philip…

Pero no puedo seguir con la frase porque ambos nos miramos y nos echamos a reír. Es una risa sincera y reconfortante, como si al instante fuéramos a abrazarnos y seguir caminando.

Spoiler: eso no sucede.

—Mi nombre es Philip a secas —me dice cuando vamos dejando de reírnos—. Chef Philip me lo llaman en el restaurante o para tomarme el pelo.

—O para mostrarte reconocimiento, Philip.

Sonríe tímidamente mientras coge mi vaso y lo une al suyo, tirándolos a una papelera cercana.

—Acompáñame al restaurante y limpiémonos —me propone—. De todas formas, yo ya

tendría que ir a revisar cómo va el turno de cenas.

—Podría ir al hotel y… No quiero molestar.

Su sonrisa y su gesto con la cabeza para que le acompañe hacen que siga sus pasos a su lado sin más excusas.

—Tengo un spray milagroso en el despacho, ¿sabes? —me comenta de camino.

—¿También para el chocolate? Tendré que robártelo —bromeo.

—Con gusto te cederé parte del mío para que te lo lleves a casa cuando te vayas.

Me quedo callada unos segundos, recordando que todavía no sé lo que haré con mi vida a partir de la semana que viene.

—Te lo agradeceré sin duda —respondo finalmente, casi cuando estamos frente a su restaurante.

Deja que entre yo primero y nada más que pasamos, siento de nuevo esas cosquillas en mi nuca. Veo a Philip tocarse la suya propia y mirarme un segundo, como si él hubiera sentido lo mismo que yo.

Os juro que esto empieza a mosquearme.

Las personas que están en este momento en el restaurante nos ven manchados de chocolate de arriba abajo y comenzamos a escuchar risas y murmullos a nuestro paso, pero de alguna manera, sé que no llevan malicia.

—Ven —me dice, conduciéndome por un pasillo en la parte derecha del local—. Es por aquí, al fondo.

Ahora mismo me acabo de parar a pensar qué es lo que estoy haciendo y por qué de repente estoy yendo al despacho del chef del pueblo para limpiarme de chocolate. Todo lo que sucede aquí desde ayer es como si fuera parte de una rutina que adoro vivir y ni siquiera me planteo hacer algo diferente de lo que surge en cada momento.

Me hace pasar a una habitación luminosa, con una ventana que da a una calle que está igual de iluminada que el resto del pueblo. Tiene carpetas en cada estantería, mezcladas con libros de cocina y algunos clásicos de la literatura, algo que me llama la atención al momento.

—¿Los lees o los tienes para rellenar? —le pregunto, señalándolos con la vista.

Philip sonríe al ver a lo que me refiero.

—Me gusta la literatura —comenta mientras rebusca un segundo en un pequeño armario sacando un spray de allí—. ¿Los chefs no podemos leer algo diferente de temas culinarios?

—Me resulta extraño, la verdad.

—Entonces es que has conocido a chefs muy raros. —Y se da cuenta de lo que acaba de decir, imagino que pensando en mi ex—. Lo siento, no quería decir que el chef Gaston…

—No has querido decirlo, pero tienes toda la razón.

Se me queda mirando con extrañeza, pero opta por acercarse a mí con aquel líquido milagroso.

—Si te quitas el abrigo, te enseño a echártelo para… —me explica mientras me lo quito y se lo entrego—. Pensé que tenías una relación con… —sigue hablando mientras se quita su propio abrigo y empieza a rociar con ese líquido el mío.

—En pasado, sí.

Vuelve a mirarme de reojo y continúa con su tarea.

—Entonces lo siento.

—Entonces lo sientes más que yo.

Le veo sonreír antes incluso de volver a echarme un vistazo.

—Creí que había venido al pueblo porque vosotros…

—A saber para qué ha venido, pero no, no tengo intención de volver con él.

—¿Tan horrible fue lo que pasó?

Su voz grave y dulce me arrulla de tal forma que siento descargas eléctricas en mi nuca que me resultan más que placenteras.

—No quería reconocer mi autoría en un postre navideño que creé.

Philip levanta la vista con el ceño fruncido y rostro enfadado.

—¿En serio? Eso es ruin incluso para un chef.

—Él dice que en el mundillo esas cosas son normales, que luciría más el postre al lado de su nombre y el restaurante ganaría más prestigio, pero yo… Yo no lo veo bien. No quiero pertenecer a un mundillo así y me niego a que me roben mi postre, sea quien sea.

Termina de rociar con cuidado mi abrigo y me pasa el spray a mí para que me limpie yo misma el pantalón.

—Ahora se deja secar unos minutos y se retira con un paño seco. Puedes sentarte en esa silla para echártelo —me dice y sigue con el tema mientras yo empiezo a limpiar mi pantalón—. La verdad es que el mundo de la cocina a veces es demasiado despiadado. Yo aquí no vivo ese tipo de situaciones; las odiaba.

—No me extraña —le contesto al acabar de echarme ese líquido—. Tú no eres como los chefs que he conocido.

Al instante me doy cuenta de cómo ha sonado aquello y empiezo a rezar para que él no se haya percatado de lo que he dicho.

A lo mejor si llego a rezar en arameo…

—Me lo tomaré como un halago, aunque pensaras que ayer le sobraba sal a mi plato estrella.

—¡Te expliqué que no era cierto! —exclamo mientras él empieza a reírse.

—Y ese toque atrufado… —sigue diciendo, haciéndome burla entre risas.

Le empujo levemente y una carcajada se eleva dentro de esta acogedora habitación, contagiándome a mí misma de su buen humor. Pero cuando mejor lo estábamos pasando, mi móvil interrumpe el momento, sonando molesta y atronadoramente. Él se hace a un lado y comienza a limpiar su propia ropa para dejar que yo coja el teléfono. Es Gaston. Por un instante pienso que podría apagar el teléfono, pero, ¿y si Alex ha contestado ya y…?

—¿Noticias de Alex? —le pregunto a modo de saludo.

—Ehm… No, todavía no —escucho al otro lado—. Te llamaba para preguntarte si querías que saliéramos a cenar o te apetecía más…

—Estoy ocupada, Gaston —le corto—. Ya hablamos en cuanto te llame Alex, ¿vale?

Parece dudar qué contestarme, pero creo que prefiere seguir manteniendo el ambiente de cordialidad medio fingida que llevamos teniendo durante todo el día de hoy.

—Bien, vale. Bueno, hablamos en otro momento.

Mi contestación es colgarle el teléfono y guardar de nuevo mi móvil. Miro a Philip, que está ahora mismo retirando el líquido de mi abrigo, dejándolo como nuevo para mi sorpresa.

—¿Cómo has…? —le digo, asombradísima con el resultado.

—Ya te dije que funcionaba. —Y devuelve a aquel armario el spray para guardarlo, sacando de él ahora su camisa blanca impoluta de chef.

—¿Tienes que…? —comienzo a decirle, viendo que se quita la camisa que llevaba puesta hasta hace unos segundos, quedándose en camiseta interior—. Lo siento, yo ya…

—No, espera —me pide mientras se pone la otra camisa—. Solamente voy a pasarme a dar unas breves instrucciones y luego… Me gustaría compensarte por la cena de ayer.

—De verdad que me gustó, Philip. Te prometo que…

—Quiero que pruebes nuestros platos de forma más tranquila —me corta él—. Y me gustaría acompañarte. Si no tienes otros planes, claro.

Me parece tan tierno que acabe de enrojecer al pensar en la posibilidad de estar incomodándome con su propuesta…

—Me gusta ese plan —le respondo—. Mientras tanto, sería genial si pudiera ver cómo trabajáis aquí. Para morirme de envidia.

Eso parece hacerle gracia por cómo ríe. Se vuelve a acercar al armario y saca otra camisa blanca que me ofrece junto a un gorro de chef, quedándose otro él.

—Yo voy a la cocina a echar un vistazo —me dice, dirigiéndose a la puerta—. Puedes cambiarte aquí y luego venir también. Me encantará mostrarte cómo nos apañamos en Mist Rachs los que nos dedicamos a esto.

Sale de allí con una tímida sonrisa en los labios y cierra la puerta. No sé lo que estoy haciendo todavía, pero sé que quiero seguir con ello.

X

Philip

Puedo confirmar sin ninguna duda al respecto que en este mismo momento estoy totalmente de los nervios. Jenna está en mi despacho cambiándose para venir a cocina y ver cómo trabajamos en mi restaurante. ¿Por qué estoy nervioso? Ni yo mismo lo sé, pero cuando ella está cerca, siento incluso deseos de poner en el hilo musical villancicos. ¡Pero si hoy acabé en el mercadillo del pueblo porque estaba pensando en ella! No lo entiendo, es que no logro comprender lo que me sucede.

Con… Bueno, lo de hace cinco años no fue tan intenso. Y eso que pensé que podría tener algo con ella. Pero no era tan… No era… Ella no… Con ella no me sentía nervioso y feliz y calmado y con ganas de comerme el mundo y… Pero desde que vi a Jenna por primera vez, algo dentro de mí dio un vuelco y ahí sigue flotando ese algo, sin rumbo, entre el estómago y el tórax, dificultándome la respiración de vez en cuando.

—Todo controlado por aquí, chef Philip —me asegura Jo en cuanto entro a la cocina mientras se mueve de un lado al otro, preparando las salsas que acompañarán a los segundos platos.

—¡Tres sopas para la mesa dos! —grita André, el camarero, al entrar en cocina, dejando un par de platos usados en la encimera para lavar—. ¡Y necesito en cinco minutos los segundos de la mesa tres! —me ve y sonríe—. Buenas noches, chef Philip. Has tardado más que otros días.

—¡Las salsas están casi listas! —le responde Jo sin mirarle, atenta al emplatado.

—Veo que os arregláis muy bien sin mí —respondo con orgullo.

—Necesitas descansar un poco tú también, chef Philip —escucho que me dice Erik, el otro cocinero, dándome una palmada en el hombro—. Además, este año te presentas al concurso de postres navideños, ¿no? Tienes que crear algo realmente bueno.

Erik se va hacia su sitio de la cocina a proseguir con lo que estaba haciendo mientras veo que Jo me mira de reojo.

—¿Ya tienes algo pensado? —me pregunta ella—. Tienes que machacar al otro chef.

Sonrío con su comentario, pero evito contestar lo que realmente pienso sobre eso.

—Me he dado una vuelta por el mercadillo navideño para ver si me inspiro —les cuento —. ¿Cómo va el punto de esa carne? —voy preguntando mientras empiezo a revisar los platos que van emplatándose.

—¿Tú? ¿Mercadillo… navideño? —me dice con asombro Erik frente a mí, al otro lado de la encimera de los fogones.

—Ese pescado está poco hecho, Erik, cuidado con el punto —le digo, no queriendo responderle a su pregunta. Él se da cuenta y sonríe—. ¿Cómo van de sal las sopas, Jo?

—En su justa medida, chef Philip —me responde, pasándome una cuchara para que lo compruebe.

—Bien, bien. Buen trabajo, chicos. Estos días van a ser una locura entre el concurso, la cantidad de gente que va a venir y el taller, así que os agradezco el esfuerzo. Tendré que pagaros una extra mayor que la del año pasado y contratar a alguien más para echar una mano.

Todos vitorean mis palabras sin dejar de trabajar ni levantar la vista de sus platos. Si es que se merecen lo mejor.

—Este año parece que hay muchas novedades —comenta André, volviendo a coger más platos para sacarlos a la sala.

Todos sonríen tímidamente y sé a lo que se refieren.

—Por cierto —les anuncio—, va a venir en unos minutos Jenna, la cocinera que…

—Sabemos quién es —me corta Erik demasiado cantarín—. Estaba en la cena de ayer y la vimos entrar contigo hace un momento.

—Bueno… Pues va a venir a ver cómo se hacen las cosas por aquí. Espero que la tratéis como…

—Hola, ¿se puede?

Al escuchar la voz de Jenna, todos nos giramos hacia ella. Está espectacular vestida de esa forma, con su gorro y su camisa blanca, impoluta, aunque algo amplia. Se frota los vaqueros un instante mientras me acerco a ella, situándome a su lado a una distancia prudencial.

—Jenna, te presento a Jo y a Erik, mis cocineros. —Y en ese momento entra André por la puerta—. Y aquí está el camarero de sala, André. —Y me dirijo ahora a todos, que ya la han saludado, estrechándole la mano unos segundos—. Ella es Jenna. Es cocinera y se quedará en el pueblo…

La miro sin saber qué decir. En realidad, no sé si se irá en cuanto acabe el concurso o…

Ella me sonríe, comprendiendo.

—Me hacía mucha ilusión saber cómo se trabajaba en un restaurante en donde servís cosas tan increíbles como las de ayer —les dice, metiéndose a todos en el bolsillo al instante.

—¡Pues lo de hoy está más delicioso! —le dice Erik—. Tienes que probar mi tarta de carne navideña.

—Para eso antes tendrías que tomar un buen primero, y mi ensalada caliente está de muerte —presume Jo.

—¿Son vuestras creaciones? —pregunta Jenna con sorpresa.

—Pues claro. A nosotros también se nos ocurren cosas de vez en cuando —le responde Erik riéndose.

Jenna me mira con los ojos muy abiertos, imagino que recordando la experiencia propia que me acaba de contar.

—Aquí hacemos las cosas de forma diferente —le explico—. Y si el concurso de postres navideños lo ganas tú, también lo ofreceremos con tu nombre y tu porcentaje de ganancias.

—¿Y si gana Gaston? —pregunta ella, no sé por qué.

—Tendremos pérdidas y cerraremos el restaurante antes de terminar las fiestas —se me adelanta Jo, que ha terminado de acercar los platos a André y nos mira con sonrisa traviesa por lo que acaba de decir.

En un primer momento Jenna se queda algo sorprendida con esa respuesta, pero al segundo se echa a reír. Suspiro internamente de alivio y me atrevo a tocar su brazo para pedirle su atención.

—Y ahora, si te parece bien —le digo—, te enseñaremos cómo nos apañamos aquí con menos lujos que en el restaurante de donde vienes.

—Me encantará verlo —responde ella, mirándome y mostrando una hermosa sonrisa que me deja durante unos momentos algo descolocado.

Comienzo a enseñarle nuestras sencillas instalaciones mientras ella va viendo cómo entran y salen platos cada poco. Cuando en cocina veo que lo tienen todo controlado, salgo con ella y subimos a la sala en donde ayer servimos la cena, que utilizamos también para hacer el taller antes del concurso. Ya está todo lo de ayer retirado y vuelve a ser la sala acogedora y tranquila de siempre.

Mucho mejor así.

—¡Es increíble! —exclama ella mientras se fija en cada detalle de los fogones individuales y los aparatos repartidos por toda la sala—. No parece la misma que ayer. —Y me mira—. ¿Ya sabemos cuánta gente va a asistir?

—Massie cerró el grupo cuando llegaron a quince participantes. Incluso ella misma se ha apuntado.

Jenna ríe conmigo mientras se acerca a uno de los frigoríficos de la sala.

—¡Hay de todo!

—Claro, por si acaso —le cuento, acercándome yo también—. Y si falta algo, la gente puede pedírmelo e iré en persona a buscarlo a la tienda.

Ella parece estar buscando sus propios ingredientes tanto en el frigorífico como ahora en la pequeña despensa adyacente. Sale de allí con una sonrisa de oreja a oreja. Y no sé por qué eso me hace sentir orgullo.

—Solamente necesitaría harina de almendras. El resto yo creo que…

—¿Macarons? —pregunto intrigado.

—Sólo es una de las partes. Por arriba con decoración navideña, todo sobre una base de bizcocho y crema. Le doy formas diferentes y… Bueno, no es nada especial, pero es sencillo y rápido de preparar.

—El tuyo es más elaborado que el mío —le aseguro—. Yo he pensado hacer unas pequeñas tortitas con formas navideñas y una salsa de sirope roja, blanca y verde.

—Yo le quiero añadir marshmallows alrededor y echarle virutas de colores. Pero todavía no lo he llegado a terminar. Sé que algo le falta y no se me ocurre.

—¿No decías que el chef Gaston quería…?

—Sí, me quiso robar mi creación, pero él no sabe que siento que algo le falta. Ni siquiera se dio cuenta de eso o de que estaba ajustando todavía la consistencia con el sabor y ese tipo de detalles.

—¿No lo replicó al menos antes de presentarlo?

Ella niega con la cabeza.

—Es así de idiota. Hice con él en casa la receta, pero sin formar el postre completo y con eso le valió para presentarlo como propio. Pero seguramente mi exjefe y él ya se hayan dado cuenta y estén como locos intentando sonsacarme si lo he conseguido. No soy tonta. Sé que Gaston ha venido por algo, no por lo que dice que ha sido. Al principio por poco me creo su discursito, pero…

Parece estar reflexionando sobre ello en el momento, como si estuviera dándose cuenta de todo eso mientras habla conmigo. Su rostro de dolor me lo indica.

—Y, ¿conseguiste solucionarlo? La consistencia del postre.

Jenna asiente con una leve sonrisa.

—Sí que he podido. Lo que no consigo es averiguar lo que le falta. Es un toque nada más, pero no sé qué puede ser.

—Podríamos hacer ramas de abeto con azúcar a ver si…

Con mi idea parece entusiasmada.

—¡Y una piña chiquitita, con las puntas blancas como de nieve!

Nos hemos empezado a emocionar, imaginando el acabado de su postre, y no nos hemos dado cuenta de lo que nos hemos acercado el uno al otro mientras tanto. Cuando lo hacemos, nos detenemos y nos quedamos en silencio, todavía sonriendo. Crear postres navideños junto a alguien como Jenna es algo que no se me habría ocurrido jamás que podría sucederme estas navidades, pero creo que va a gustarme.

Hasta que tenga que irse del pueblo porque arregle las cosas con Gaston y yo me vuelva a quedar solo.

Me separo de ella con una punzada de amargura en la boca del estómago y Jenna da un par de pasos hacia atrás también, algo avergonzada. Para disimular, me pongo a cambiar de sitio unos botes de especias del estante de enfrente aunque ambos sabemos que no necesitaban ser movidos.

—Yo tendría que… —comienza a decirme, caminando hacia la puerta—. Se está haciendo tarde y…

—No, espera —le pido, consiguiendo que se detenga antes de salir de la sala—. Déjame que te prepare algo de cenar.

—¿De cenar?

—Sí. Con todo esto no has cenado y no vas a ir al hotel en ayunas. Además, te dije que quería compensarte por lo de ayer.

—De verdad que no hace falta que…

—Por favor.

Ella me mira un instante antes de responder con una sonrisa.

—Está bien —dice al fin—. Dejaré que me volváis a sorprender.

Jenna

Por un segundo creí que nos besaríamos en esa sala. En serio que lo pensé. Estábamos muy cerca ya el uno del otro y acabábamos de estar hablando de decoración de postres navideños con entusiasmo. Con Gaston nunca había hablado de esas cosas. Sólo una vez, y sirvió para que intentara robarme el postre al cabo de unos días. Pero con Philip… Desde el principio sentía que podía hablarle de mi postre sin problema, que estaba a salvo con él.

Pues sí, pensé durante una fracción de segundo que Philip y yo estábamos a punto de besarnos, pero él se separó de golpe de mí y se puso a ordenar botes de especias como si eso fuera algo de urgente necesidad. No tengo ni idea de lo que le sucedió, pero está claro que tengo gafe con los chefs y se ve que no espabilo.

Para acabar de volverme loca, me pidió que me quedara a cenar en su restaurante. ¿Por qué hizo eso? Tampoco lo sé, pero su forma de pedírmelo fue tan sincera que no pude negarme.

Y heme aquí, en un apartado y acogedor rincón del restaurante, probando platos exquisitos de comida junto a él, pensando en lo que voy a tardar en hacer la digestión de todo esto. Pero Jo, Erik y André están decididos a hacer que pruebe cada uno de sus platos y están todos tan ricos…

—Me ha parecido una fantasía de cena —reconozco al terminar el postre, limpiándome con la servilleta la comisura de los labios—. Es increíble lo que hacéis aquí. Y cómo lo hacéis.

Él parece entender a lo que me refiero por la sonrisa que veo que se forma en sus labios.

—Disfrutamos de nuestro trabajo y eso siempre se nota —responde con sencillez.

—Algún día quiero encontrar un sitio como este restaurante en donde poder disfrutar yo también de lo que me gusta hacer.

Apoya sus brazos cruzados encima de la mesa en posición de escucha activa.

—¿Qué especialidad te gusta más?

—La repostería —respondo sin pensarlo—. Se me ocurren muchos postres y variantes de los clásicos, pero en el restaurante me decían que me ciñera a lo que había que hacer.

—Bueno, en algunos restaurantes las cosas no son así. Aquí, por ejemplo, cada uno aporta lo que se le ocurre. Lo hablamos entre todos y probamos la respuesta que tiene. Y salen

cosas como las que has cenado hoy.

De repente me imagino trabajando en un sitio así y siento cosquillas por dentro.

—Ojalá pueda trabajar un día en un lugar como tu restaurante, Philip. Lo has hecho realmente bien.

Él se me queda mirando como si me fuera a decir algo, pero opta por sonreír sin más.

—¿Todo bien por aquí? —nos pregunta André por sorpresa, viniendo con mucha pompa y bromeando en su tono de voz—. ¿Quieren algo más o les traemos la cuenta?

Philip le mira y sigue sonriendo cuando se gira de nuevo hacia mí.

—¿Te apetece un café o alguna infusión?

—La verdad es que he quedado bien así, gracias.

—Nos alegra saberlo —me dice André, haciendo una reverencia demasiado exagerada.

Philip le da un empujón de broma y André se va entre risas a la cocina con nuestros platos en la bandeja.

—¿Sabes? Estaría bien hacer unas bebidas especiales para cada época del año —le comento, distraída.

—¿Bebidas especiales? —pregunta con interés.

—Batidos, tés, zumos… pero más vistosos que los de toda la vida. Decorados dependiendo de si es verano, Navidad, Halloween o alguna festividad especial. Hay ingredientes que podrían usarse también para… Perdona, creo que me estoy embalando y a veces me emociono demasiado con estos temas. Además, tengo que ir yéndome al hotel y…

Me levanto acto seguido y él se levanta conmigo.

—¿Con qué gente has tratado hasta ahora como para frenar tus palabras al hablar de algo que te apasiona?

Me quedo mirando a Philip al decirme aquello y en cuestión de segundos esa frase hace que reflexione sobre la vida que he estado llevando hasta ahora: familia, amigos, parejas… ¿Cuándo he podido yo hablar con libertad de cosas que me gustan sin que haya gente que me corte o directamente me ignore? Porque con Gaston sí podía hablar de ello, pero me acababa contando sus propias creaciones, intentando eclipsar mis ideas. Y cuando no… Bueno, ya sabéis cómo ha acabado aquello…

—¿Qué os debo por…? —comienzo a decir, sacando mi cartera.

—Jenna, por favor, no —me frena Philip—. Esto es algo entre colegas.

Escuchar mi nombre de sus labios suena tan…

Ay, Jenna, que te pierdes. Deja de pensar tonterías, ¡por favor!

—Vosotros habéis gastado tiempo y comida en mí —le recuerdo.

—Entonces ven un día para que preparemos juntos otra cena —propone. Me pilla por sorpresa aquello y creo que él se lo toma de otra forma por lo que casi al momento me contesta —. Lo siento, yo no quería decir…

—Me parece buena idea —le corto—. Decidme un día y vendré con la compra hecha para prepararos yo algo.

Él asiente mientras me hace un gesto con la mano para que demos por terminada esta cena. En cuanto me pongo el abrigo, veo que él se pone también el suyo.

—Te acompaño al hotel.

—Si tienes algo que… No hace falta.

—Te acompaño —sentencia—. Esta cena tengo que bajarla de alguna forma.

Ambos nos reímos y salimos del restaurante después de despedirnos de André, Jo y Erik, que nos desean feliz noche con un tono cantarín que a ambos nos hace incluso gracia.

A saber lo que están pensando que va a pasar porque me acompañe hasta el hotel. Somos adultos con las cosas muy claras y podemos dar un simple paseo sin que suceda nada más.

Vale, me precipité al pensar lo anterior. Estamos aquí, frente a la puerta del Timeless, y no sé por qué no quiero entrar. Tampoco sé cómo despedirme de él. Porque es que no quiero despedirme. Quiero quedarme en la puerta, aquí mismo, si eso implica seguir hablando con él como hasta ahora. Bueno, a ver, tampoco en la misma puerta, porque el frío que hace a estas horas es considerable, pero creo que comprendéis a lo que me refiero. Estoy a gusto con él. ¡A gusto con un chef! Y siento ganas de seguir a su lado, hablando de todo. O no hablando de nada, solamente viendo chisporrotear lluvia de vez en cuando. Sólo eso. Mirándonos a los ojos como estamos haciendo ahora y poco más. Los amores de la época del instituto, cuando las hormonas incluso te mareaban hasta provocar cortocircuitos cerebrales transitorios, parece que no están reservados únicamente a esa edad. Al menos, me siento igual de estúpida que entonces. Creces, haces tu vida, te conviertes en una buena profesional… Pero conoces a alguien y de nuevo te encuentras un poco perdida y no sabes bien qué hacer en ciertos momentos.

Y cuanto más lo pienso, más ridícula parezco, lo sé.

—Ha sido un segundo día en Mist Rachs… interesante —le digo por decir algo, lo que sea, pero cortar el silencio de alguna forma y volver a escuchar su grave voz.

—Me alegra saberlo.

—A ver qué tal el tercero…

—Tienes tiempo de hacerte con el pueblo hasta que empiece el taller la semana que viene.

—Me parece genial la idea de un taller antes de un concurso, la verdad.

—Sí, es muy original. A mí me gustaría apuntarme a alguno, pero no suelo decidirme y al final terminan las fiestas y…

—¿De qué hay talleres estos días?

—De todo lo que te puedas imaginar —me cuenta—. Envolver regalos, cantar villancicos, decoración de interiores, luces navideñas, patinaje sobre hielo…

—¡Patinaje sobre hielo! —exclamo con emoción—. ¿Yo podría apuntarme a eso? Siempre veo a la gente patinando sobre hielo en las películas navideñas y me parece algo hermoso.

—Tiene que serlo, sí.

—¿Tú sabes?

—La verdad es que no —confiesa, frotándose la nuca con una medio sonrisa en los labios.

—Pues yo mañana mismo voy a ir a apuntarme —le digo decidida—. Anímate y haz que este año sea diferente.

Vuelve a sonreír de manera triste y misteriosa. Pero entonces sus ojos comienzan a brillar de forma diferente.

—¿Sabes qué? Tienes razón. ¿Te importaría que me apuntara yo también?

—¡Sería genial! Seguro que nos reímos mucho con cada caída que tengamos.

—Siempre he tenido miedo de caerme, romper el hielo y destrozarles a todos la pista de patinaje ese año —confiesa, haciéndome reír con su pensamiento dramático.

—Bueno, si eso pasa, me tiro yo al suelo al tiempo y así compartimos culpas.

Él se ríe conmigo y volvemos a estar ambos demasiado juntos. Es como si nuestros

cuerpos tiraran el uno del otro sin darnos cuenta. Pero en ese momento nos sorprende el ruido de la puerta principal abriéndose, apareciendo una sonriente Loreen ante nosotros.

—Perdón, pero estaba terminando de decorar esta parte del hotel —nos dice mientras la vemos colgar una ramita de muérdago justo encima de nosotros—. Bueno, yo ya he terminado por aquí.

Y tal y como apareció, desaparece, cerrando la puerta principal y volviendo a dejarnos solos bajo el famoso muérdago navideño.

—En este pueblo las cosas son así —me cuenta, intentando explicar la curiosa interrupción de la dueña del hotel.

—Y la verdad es que me encanta que sean como son —le aseguro.

Eso parece que le gusta por la sincera sonrisa que asoma en sus labios. Y se acerca. Se está acercando a los míos. O los míos a los de él. ¿Quién es el que se acerca? A ver, ¡eso qué más da! Estamos cada vez más cerca el uno del otro. Sí, ahora sí que va a pasar. Voy a besar al chef Philip dos días después de haberle conocido porque es lo que me nace de dentro y creo que…

—Perdón, ¿interrumpo?

La voz chirriante y molesta de Gaston echa a perder por completo el momento de película navideña.

—Pues un poco sí, Gaston, un poco bastante, sí —reconozco, girándome hacia él.

—Ya lo lamento —responde él sin lamentarlo en absoluto—. Estaba preocupado por ti e iba a ir a buscarte.

—Sé cuidarme yo solita —le recuerdo.

—Bueno, yo… Me voy a ir a casa ya —me dice Philip, mirando de reojo a Gaston, que parece que no tiene intención de irse—. Ya hablamos —dice de tal forma que, no sé por qué, comprendo todo. Y es raro, porque nunca sé lo que nadie quiere decirme cuando me sueltan frases del estilo. Philip me da un beso en la mejilla y se separa de mí—. Hasta mañana, Jenna.

Su voz suena tan tierna y dulce…

—Hasta mañana —le respondo sin poder evitar sonreír con él.

—Hasta mañana a ti también —le dice Gaston, volviendo a interrumpir.

Philip le mira y le despide con un gesto rápido de cabeza, volviendo a mirarme a mí. Me sonríe unos segundos más y se da la vuelta, alejándose de aquí. Algo me molesta por dentro cuando le veo irse por aquel camino terroso y se lo hago saber a Gaston al entrar al hotel sin dirigirle una simple mirada.

—Me voy a mi habitación, Gaston, deja de seguirme —le advierto cuando siento que viene detrás de mí.

—Yo también me voy a la mía —contesta—. Siento si te ha molestado que… Estaba de verdad preocupado.

—Muy bien, Gaston, buenas noches —le digo sin más, llegando a mi habitación y haciendo girar la llave para entrar.

—Espera, ¿no vamos a hablar un rato o…?

—Buenas noches —le repito, entrando y cerrándole la puerta en las narices.

En cuanto empiezo a desvestirme, siento rabia por no haberme podido despedir de otra forma de Philip. Con haberlo hecho sin Gaston delante, me habría conformado. Y ni siquiera tengo su teléfono para… Para no sé, mandarle un mensaje y saber si al final vamos a apuntarnos al taller de patinaje sobre hielo o…

Parece que vuelvo a tener veinte años con este tipo de frustraciones tan ridículas, lo sé.

En ese momento escucho mi móvil. Un mensaje. Juro que como sea Gaston…

“Siento haber utilizado el teléfono que apuntaste en la hoja de inscripción para algo personal. Solamente quería decirte que he disfrutado mucho de la cena y que mañana, si te parece bien, podría pasar por tu hotel a las nueve para ir a apuntarnos al taller de patinaje”.

¿Antes dije que volvía a tener veinte años? Muchos me parecen para el gritito de emoción que me acaba de salir.

“Me parece perfecto. Te espero a las nueve en el hall principal. No te quedes fuera esperando, que hace frío”.

¡No le he dicho nada de lo de la cena!

“Por cierto, la cena de hoy es difícilmente superable, pero intentaré hacerlo lo mejor posible en la que yo os prepare”.

Me tiro en la cama con el pijama ya puesto, suspirando de alivio y felicidad.

Quince. Quince años parece que tengo.

“Ya la estoy esperando. Buenas noches, Jenna. Que descanses”.

“Buenas noches, Philip. Hasta mañana”.

Puede que no haya estado más que dos días en este pueblo. Puede que mi vida esté patas arriba en este momento y seguramente estoy dejándome llevar demasiado por todo. Puede que no esté actuando de forma racional y todo lo que se os ocurra. Pero estoy deseando que llegue mañana, y pasado, y el día siguiente, con tal de ver de nuevo a Philip.

Sí, quince años.

¿Y qué, si me siento feliz?

XI

Philip

Si sigo retorciéndome de esta forma los dedos de las manos, me acabaré haciendo daño. Mathias opina lo mismo por cómo me ha mirado al pasar por mi lado. Esa sonrisa seguramente implicaba más pensamientos, pero bastante tengo con los míos como para preocuparme de los de otros.

—¿No vas a sentarte al menos? —pregunta ahora Helen, pasando por detrás de mí con una pila de sábanas nuevas en dirección a la escalera.

—Ya casi es la hora y… —me disculpo.

—Ya, ya…

Comienza a subir las escaleras mientras tararea un villancico que suena en el hilo musical del hotel ahora mismo.

—¿Vais a desayunar aquí? —escucho a Loreen a mi lado, dándome un susto de muerte y haciendo que me sobresalte de tal forma que se le escapa una breve risa.

—Ehm… No lo sé, yo solamente le dije si venía a buscarla a las nueve para un taller, pero no hablamos de nada más.

—Qué pronto empieza el taller de cocina este año, ¿no? Pensé que era la semana que viene.

Ella sabe bien cuándo es, pero no me engaña con esa sonrisa burlona que luce con satisfacción.

—No es lo que estás pensando, Loreen. Vamos a apuntarnos al taller de patinaje sobre hielo, nada más.

—¿Tú? ¿Apuntarte a un taller navideño? —pregunta con sorpresa desmedida.

Y burlona, eso también.

—A ella le hacía ilusión y… No sé cómo acabamos decidiendo…

—Vaya, haciendo planes navideños juntos.

—Loreen, déjalo ya. Ella se irá con ese chef después del concurso y…

—¿Me podrías decir los números que tocarán esta semana en la lotería? Porque me vendría genial.

—No te hagas la graciosa conmigo —le advierto, aunque no consigo que deje de reírse.

—Philip, deja de adelantarte a las cosas y disfruta del momento.

—Eso solía hacer antes y no me dio buen resultado.

—¿Cómo sabes que aquello no sucedió así para que pudiera pasar finalmente esto otro? —Me mira con satisfacción al ver que me ha silenciado por completo y sigue caminando, ahora hacia la cocina—. En cuanto baje Jenna, id al salón; os serviremos allí un buen desayuno para que patinéis mejor.

Creo que lo dice con cierto retintín, pero prefiero pasarlo por alto. Ella está a punto de bajar y tengo que concentrarme en respirar con normalidad para que no se arrepienta de apuntarse a ese taller conmigo antes incluso de salir del hotel.

Jenna

Estoy bajando las escaleras cuando veo al fondo, entre la mesa de recepción y el salón de desayunos, a Philip esperando pacientemente. No puedo evitar sonreír aunque trato de contenerme; antes de salir de mi habitación ya estuve intentando calmarme.

Él me ve bajando y me sonríe. Se acerca al último escalón lo suficiente como para

dejarme espacio para no chocarnos y quedamos ambos a una distancia prudencial. Es entonces cuando, al sentir de nuevo su aroma a clavo y menta tan cerca, recuerdo la noche anterior, cuando estuvimos a punto de ¿besarnos?

Nos acercamos el uno al otro torpemente para darnos dos besos bajo la atenta mirada de Helen y Mathias, que están bajando y subiendo escaleras cada poco a estas horas para tener el hotel impecable desde primera hora de la mañana.

—Espero que pudieras descansar bien —son las primeras palabras de Philip, que pronuncia sin moverse del pie de las escaleras.

—Lo suficiente como para ser capaz de intentar mantenerme sobre los patines durante al menos unos segundos.

Sonríe de tal forma que siempre acabo sonriendo con él. Sonríe con calma, con franqueza. Sonríe sin segundas intenciones ni dobleces. Y esa sonrisa provoca que mi corazón lata al son de Jingle Bells, que suena ahora mismo por el hilo musical del hotel.

—Ya podéis entrar —escuchamos que Loreen nos dice al pasar por nuestro lado en dirección al salón—. Tenéis vuestro desayuno servido en la mesa. Si me acompañáis…

—No creo que lleguemos muy tarde por tomarnos algo antes —me dice Philip encogiéndose de hombros, como si no tuviera ninguna intención de negarle la oferta a Loreen.

Pero cuando la acompañamos al salón y nos indica cuál es nuestra mesa, repleta de manjares navideños, lo primero que se me pasa por la cabeza es que seguramente lleguemos cuando todos ya sean patinadores profesionales si nos proponemos acabarnos lo que Loreen nos ha preparado.

Philip me mira y ambos aguantamos una carcajada mientras nos sentamos a aquella apetitosa mesa en un rincón del salón, muy cerca del árbol de Navidad, todavía apagado a estas horas. La madera cruje bajo la tupida y colorida alfombra que vamos pisando hasta llegar a la mesa.

—No sé si voy a ser capaz de terminar todo esto —confieso al sentarme, mirando lo que tenemos a nuestro alrededor—. Casi me he llenado con el olor.

—Nos podemos llevar algo para el camino —propone, colocándose la servilleta en las piernas y empezando a picar del plato de pequeñas galletas de jengibre.

—¿Preparado para patinar entonces? —le pregunto, comenzando yo también a servirme la deliciosa comida que nos rodea.

Él sonríe y me mira antes de contestar.

—Hacía mucho tiempo que no me apuntaba a nada navideño y reconozco que me apetece mucho.

Otra vez esa sonrisa que me contagia.

—¿Aunque nos caigamos y rompamos el hielo?

Ambos nos reímos un momento y de repente nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente a los ojos. Siento la necesidad de levantarme y terminar lo que ayer Gaston interrumpió cuando Philip se atreve a hablar.

—Jenna, con respecto a lo de ayer… —empieza a decirme, como si ambos estuviéramos pensando en lo mismo.

—¡Buenos días! —escuchamos a Gaston a nuestro lado, colocando con rapidez una silla entre ambos de forma grotesca, sentándose con el respaldo de la misma hacia delante—. ¿Todo bien por aquí, compañeros de concurso?

—Gaston, ¿para qué dices que te has quedado en el pueblo exactamente? —le pregunto, molesta porque siempre nos esté interrumpiendo.

—Estoy haciendo presión a Alex por ti, *mon chéri*.

—¿Novedades sobre eso? Porque a mí Alex no me coge el teléfono —le digo, ya que estamos.

—Todavía no sé nada, pero estoy seguro de que en breve va a ceder, no te preocupes.

Va a agarrarme la mano y yo me aparto disimuladamente, sin ninguna gana de seguir siquiera con la conversación.

—Puede que Loreen te haya reservado algún sitio en otra… —comienzo a decirle, buscándola con la mirada para ver si nos lo puede quitar de encima.

—¡Aquí hay comida de sobra! —dice él sin intención de moverse.

—Si queréis, yo puedo… —comienza a decir Philip levantándose de su silla con educación, algo que en Gaston brilla por su ausencia.

Me levanto al instante, dejando a Philip con el ceño fruncido sin entender por qué he hecho esto.

—En realidad llegamos tarde —le digo a Philip, que cada vez entiende menos lo que sucede.

Cojo algunas galletas y frutos en una servilleta y entonces él comprende. Hace lo mismo que yo con una sonrisa cómplice.

—¿Tarde? —pregunta el entrometido de Gaston—. ¿Dónde vais? A lo mejor yo puedo…

—Tú quédate aquí —le digo posando mi mano en su hombro y tirando de él hacia abajo cuando ya se estaba levantando—. Es una sorpresa.

—¿Sorpresa? —pregunta intrigado ahora.

—Sí, así que tú quédate aquí desayunando y ya te contaremos estos días la sorpresa que estamos preparándole al gran chef Gaston.

Eso parece dejarle contento, lo suficiente como para no tener que aguantarle a todas horas detrás de nosotros. No sé qué pretende, pero está claro que nada funciona mejor con Gaston que apelar a su ego.

Philip y yo salimos rápidamente del hotel y comenzamos a caminar hacia la zona del taller de patinaje, aunque el silencio es excesivamente extraño de repente.

—Siento lo que está pasando con Gaston —le digo por si es eso lo que sucede—. Él está demasiado pesado y no consigo que…

—Si querías, podías haberte quedado —dice secamente.

—No quería quedarme.

—No se lo dijiste tampoco. —Y como dándose cuenta de algo, parece medio rectificar sus palabras—. No es que tengas que hacer… Es decir…

—Llevo desde ayer diciéndole que no estamos juntos, ni aquí ni en ninguna parte —le aseguro—. Y conozco a Gaston: no va a parar, sea lo que sea que está pretendiendo, a no ser que apele a su ego. Créeme, no había otra forma de que dejara de molestar. No puedo echarle del pueblo porque es libre de hacer lo que quiera, pero sé cómo manejar más o menos la situación.

Philip por primera vez desde que salimos del hotel se gira para mirarme y de nuevo sonríe.

—Comprendo —responde.

—Me alegro.

Asiente y se lleva una galleta a la boca, continuando de esta forma nuestro desayuno.

—Te diría de pasar por el restaurante o la cafetería de Chas antes, pero acabaríamos llegando al taller cuando acabara.

—Con esto por ahora es suficiente desayuno —le aseguro—. Luego comemos algo más.

—¿Vendrás al restaurante después del taller de hoy? —me corta, volviendo a mirarme como esperanzado.

Y me resulta tan tierno que no puedo negarme.

—Estoy deseando probar nuevos manjares.

Nuestros brazos se pegan el uno al otro y puedo sentir cosquillas en todo mi cuerpo aunque tengamos varias capas de ropa encima cada uno.

Increíble lo que el espíritu navideño puede provocar en la gente. Porque tiene que ser eso. No puede ser que en tres días esté sintiendo lo que creo sentir. Es ridículo. Nadie se enamora en horas. Eso pasa en los libros ridículos y fantasiosos. Una no puede sentir nada fuerte ni real por otra persona en tan poco tiempo. Es todo un espejismo, sigo recordándome mientras caminamos. Es irreal y así lo veré cuando terminen las fiestas. No estoy viviendo en ninguna película de Hallmark ni en un libro navideño de alguna autora sin imaginación. Esto es la vida real. Esas cosas no le suceden a la gente y menos a alguien como yo.

Philip vuelve a girarse hacia mí con media sonrisa que prende mi interior como si tuviera la fuerza de mil sonrisas completas.

Muy bien, no es una película ni un libro. Es la vida real, lo sé. Pero si lo fuera, querría saber qué pasará cuando vea la palabra fin.

XII

Philip

Iba con verdadera angustia a apuntarme al taller con Jenna. No por ella. Más bien era por lo que la gente pudiera comentar o por el ridículo que pudiera hacer delante de ella. Poco a poco fui descubriendo que mis miedos eran infundados, como la mayoría de los que solemos tener. Nadie dijo nada poco adecuado por apuntarnos. Algunos comentaron la sorpresa de verme por allí, pero ninguno mencionó temas que no me apetece recordar.

Y Jenna… Ella está espléndida con sus patines, tratando de no caerse. En este momento ríe con Sally, que la sujeta mientras yo acabo de ponerme los míos. Es como si formara ya parte de Mist Rachs. Y eso da miedo. Como si de repente me encontrara al borde de un precipicio sin cuerda de seguridad a la que aferrarme.

Hace cinco años… Ella desde el principio no estaba integrada. La gente lo intentó de todas formas, aunque en este pueblo las cosas no funcionan así. Pero yo creía que eran cuentos sin más. De verdad que quería creer eso. Y claro, la fuerza de Mist Rachs se impuso cuando ella se alejó al cabo de cinco días. Porque eso es lo que necesita este pueblo, sus empedradas calles y sus árboles, su río y sus muros para saber si perteneces a este lugar: unos pocos días; puede incluso que Mist Rachs ya lo sepa antes de que llegues a sus dominios. Sí, aquí las cosas van de esta forma. Llevo toda mi vida en este sitio y todavía no comprendo bien cómo sucede, pero es así.

A ella no había nada que la retuviera; no era su lugar, estaba claro, y el pueblo se lo hizo saber. Sí es el mío, siempre lo he sentido así y así me lo recuerda también Mist Rachs. La perdí y tuve que sufrir su marcha de forma dolorosa un diciembre como este, pero de hace ya cinco años. Dicen que las leyendas de aquí son sabias y hay que fiarse de ellas, pero para mí eran sólo eso: leyendas. Leyendas que habían provocado que aquella mujer me dejara atrás sin pena ni remordimientos.

Me dolió por tanto tiempo… Dolió y me niego a que me vuelva a doler de esa forma. Pero de nuevo cinco años después estoy aquí, en una situación similar pero completamente diferente: como dicen las leyendas del pueblo.

Y la gente está emocionada con esto, lo sé. Todos quieren verme sonreír como antes. Pensé que nunca más lo haría, pero es inevitable desde que Jenna apareció frente a mí.

Puede que las leyendas del pueblo sean tonterías que han pasado de generación en generación porque Mist Rachs adora esas cosas o puede que se transmitan por algún motivo. El caso es que asusta lo mucho que se asemeja todo esto a una de ellas en concreto.

Y eso me aterra e inunda mi alma de felicidad a la vez.

Jenna

Hacía mucho que no me reía de esta forma. Tres días. Llevo tres días aquí y es como si llevara toda mi vida. Como si fuera el pueblo de mi infancia y volviera cada Navidad a pasar las fiestas con mi gente y por ello todo estuviera bien. Me siento a gusto entre ellos, en sus calles, hablando con todos de cosas cotidianas.

Y luego está él. Philip. Este chef diferente al resto, con un gran corazón y una amabilidad que deslumbra.

Y esa habilidad, parece que innata, para no poder mantenerse en pie encima de unos patines.

—Si ya casi…

—Casi te vuelves a caer, sí —le digo.

Philip me mira mientras sigue agarrado a la barandilla que hay en la orilla, mientras todos ya están en mitad del hielo haciendo sus pinitos como patinadores.

—Son cuchillas —dice en tono confidente, casi como si sintiera miedo por ello.

—En cocina usamos cuchillos más afilados que esto —le recuerdo.

Me hace un gesto burlón con su nariz y vuelve a hacerme reír.

—Me has prometido que si me caigo…

—Que sí, que me tiro yo contigo, no te preocupes —le aseguro y extiendo mi mano hacia él—. Venga, vamos a volver a intentarlo.

Él mira mi mano un segundo y posa la suya sobre la mía, aferrándose a ella. Aunque tenemos ambos unos guantes puestos, es como si pudiera sentir su piel sobre la mía. Un calor intenso vuelve a subirme hasta la cabeza y temo que me lo note, así que tiro un poco de él para hacerle avanzar cuanto antes. Pero le pilla desprevenido el tirón y sucede lo que se veía venir: sus pies deciden moverse por su cuenta y su cuerpo comienza a bambolearse, intentando recobrar el equilibrio.

De forma automática yo trato de mantenernos en pie a ambos, pero Philip sencillamente deja de forcejear ante lo inevitable y cae sobre el hielo, arrastrándome a mí con él entre las risas de ambos.

—Te ha costado cumplir lo que prometiste —me recuerda sin levantarse.

—¡No pude evitarlo! —respondo, todavía riéndome—. Trataba de mantenernos a ambos de pie, pero no ponías mucho de tu parte.

—Al menos no se rompió el hielo —dice mirando a nuestro alrededor, aún en el suelo.

—Tendremos que probar a caernos otra vez —contesto, levantándome como puedo—. ¿Cuántas caídas crees que aguantará?

Extiendo mi mano hacia él y, sonriente, me agarra, levantándose torpemente hasta quedarse de pie junto a mí. Sus manos se posan en mi cintura y siento que su aliento helado se confunde con el mío en mitad de toda la gente del taller, que se mueve a nuestro alrededor sobre sus patines.

—Tendríamos que habernos apuntado a algo menos peligroso —susurra.

—¿Para tu autoestima?

Se echa a reír, pero no por ello nos soltamos.

—Creo que el taller de villancicos hubiera estado mejor —replica.

—No sé tú, pero yo canto fatal.

Sonríe y juega unos segundos con un mechón de mi pelo que se ha salido de la coleta a causa de la caída.

—Para contrarrestar entonces no habría estado nada mal.

—¿Tú cantas? —Y asiente ante mi pregunta—. Eso habría que verlo.

—Es una pena que el taller comience cuando tú ya te hayas ido de aquí —sentencia.

Y en cuanto dice en alto esas palabras, suelta mi cintura y el espacio entre nosotros aumenta unos centímetros que parecen kilómetros.

Quiero decir algo. Quiero hablar, pero no sé qué decir. No puedo asegurarle que no me voy a ir de aquí porque sería ridículo. Yo tengo que seguir mi vida en alguna parte y… Pero es que… Me duele pensar en el momento en que tenga que dejar Mist Rachs. Este pueblo y su gente tienen una atracción para mí que no sé cómo explicar. Siento que estoy en el lugar en el que tengo que estar. Pero mi lado cabal entiende que llevo tres días en este pueblo, que la semana

pasada no conocía a ninguno de sus habitantes y que mi vida tiene que continuar. No puedo alargar por siempre una estancia en un lugar que encontré por casualidad. Philip tiene mucha razón en lo que dice.

Y aun así, no sé por qué me molesta tanto que me lo recuerde a todas horas.

—Para ser el primer día, lo habéis hecho todos fenomenal, de verdad —asegura Daiana, la profesora del taller.

El grupo entero se gira hacia Philip al escuchar esa afirmación, profiriendo sonoros tosidos.

—No tengo ni la más remota idea de por qué todos me estáis mirando —asegura Philip mientras aguanta la risa, frotándose las manos a causa del frío que hace.

—Espero que te haya gustado el primer día de taller a ti también, Philip —le dice Daiana con una sonrisa que denota las ganas que tiene de reírse con el resto.

—El hielo está algo duro, pero por lo demás, no tengo quejas —contesta él, añadiendo más intensidad a la risa de todos.

¿Un chef que se ríe de sí mismo? Una rareza de la naturaleza, sin ninguna duda.

Nos despedimos todos y por fin volvemos a tener nuestro propio calzado, dejando a un lado aquellas cuchillas hasta mañana.

—Bueno, pues… —comienzo a decir en cuanto llegamos con todos al camino por el que se va al centro del pueblo.

—Ha estado bien, ¿verdad? —dice, ignorando mi tartamudez.

—Sí, ha sido divertido.

—Y mañana más —continúa hablando con entusiasmo—. Hacía tanto que no iba a ninguno de los talleres navideños del pueblo que no recordaba lo divertidos que son. —Y me mira—. Gracias por animarme a hacer esto. —Al ver que sigo sin habla, frunce el ceño con una enigmática sonrisa—. ¿Pasa algo?

—No, yo… Sólo estaba pensando qué podría hacer ahora. Puede que me vaya a descansar al hotel un rato.

—Ya casi es la hora de comer.

—Sí, cierto —contesto, consultando mi reloj como puedo entre toda las capas de ropa que llevo encima.

—Yo tengo que ir al restaurante.

—Imagino, sí.

Se me queda mirando sin dejar de caminar ni sonreír.

—¿Te gustaría…?

Mi móvil suena de forma horrenda y Philip se queda en silencio en cuanto en la pantalla vemos ambos la persona que está llamando.

Cómo no.

Joder.

—Dime, Gaston, ¿noticias de Alex? —pregunto con nulo interés.

—Pues sí —responde para mi sorpresa.

—¿En serio?

Y mi atención se centra al instante en esa conversación que al principio pensé que sería insulsa.

—¿Podemos hablar en algún sitio? —me dice con voz agitada—. Es urgente.

—Sí, claro. Ehm…

—Puedo acercarme al centro y mientras te explico, comemos algo —propone.

—Claro, claro. Avísame cuando…

—Ya estoy aquí —me corta.

—Ah, ¿ya estás…?

—Te espero en la puerta del restaurante… ¿Phil?

—Sí, Gaston, el chef se llama así —le recuerdo.

—Ah, sí, cierto —dice como si ni siquiera recordara el nombre de alguien que conoció hace tan solo unas horas—. Pues te espero aquí. ¡No tardes!

Cuelga sin darme tiempo a decir nada más. Y odio cuando alguien hace eso.

—¿Una cita? —pregunta Philip, que ha estado en absoluto silencio a mi lado mientras hablaba por teléfono.

—Tiene novedades sobre mi trab… Bueno, sobre el que fue hasta hace tres días mi trabajo.

—Espero entonces que sean buenas noticias.

Su voz es seca, nada que ver con la de hace tan solo un par de minutos.

Nos estamos acercando al centro del pueblo y la gente va desprendiéndose del grupo, deseándonos feliz día y despidiéndose hasta mañana.

—¿Qué es lo que me ibas a decir antes de que…? —comienzo a preguntarle.

Pero él ya no se gira para mirarme. Su vista está fija en un punto frente a nosotros y veo que sonríe de forma vacía.

—Te están esperando —es lo último que dice antes de comenzar a caminar más rápido, alejándose de mí a la misma velocidad a la que ahora veo a Gaston acercarse.

—¡Jenna! —exclama él—. No te puedes imaginar las novedades que tengo.

—Más te vale que sean buenas —le contesto con cero unidades de entusiasmo en mi cuerpo, acercándome ya con él al restaurante y entrando.

A lo lejos, yendo hacia su despacho, veo a Philip perderse por el estrecho pasillo sin mirar atrás, mientras André se acerca a nosotros para preguntarnos si queremos mesa para dos. Su tono es algo seco, nada que ver con lo alegre que parecía ayer mismo. Intenta disimular lo que puede, dedicándome una ligera sonrisa, pero le siento incómodo.

De camino a nuestra mesa, situada frente a la zona de cocina, voy pensando que no ha sido buena idea venir a este lugar con Gaston.

XIII

Philip

¿Qué es lo que estoy haciendo? ¿Por qué dejo que mi corazón se agite cuando pienso en ella? ¿Cuál es el motivo por el que estoy en tres días haciendo cosas tan diferentes a lo que suele ser mi rutina?

Lo que tengo que hacer es centrarme en el trabajo y dejar a un lado todo lo demás.

Claro que empieza a ser complicado si ella viene a comer a mi restaurante con ese chef lleno de ego y prepotencia que parece estar más que decidido a recuperarla, como si se tratara de uno de sus premios de chef del año.

—¡Tres sopas para la mesa cuatro! —grita André al entrar en cocina.

—André —comienza a decirle Jo mientras emplata las sopas—, en serio que se agradece el entusiasmo, pero literalmente hay diez mesas en todo el restaurante a diario y no se llenan a la vez; tenemos tiempo de sobra como para que entres con calma y nos lo digas normal.

—¡Pero es más emocionante de esta forma! —se queja André.

Erik sonríe desde su lado de la cocina, en donde ya vigila los asados, antes de tomar la palabra.

——Deja que André siga entrando con ese entusiasmo —le dice a Jo, y mira a André—. ¿Alguien pide ya los segundos o tenemos tiempo?

—Ya van acabando todos. Bueno, menos la mesa dos.

Los tres me miran al mencionar la mesa en donde Jenna y el chef Gaston están comiendo.

—Tendrán mucho de qué hablar —contesto secamente sin levantar la vista de las cazuelas.

—Ese chef ni siquiera ha tocado su plato —sigue hablando André—. Mueve la cuchara dentro, pero…

—Será comida poco apropiada para su exquisito paladar —dice Erik en tono irónico, haciendo que los otros dos ahoguen una carcajada.

—Venga, vamos, que esa carne no va a asarse sola —les insto para que dejen el tema.

Iluso de mí…

—Ese chef debería darse cuenta de que Jenna no va a volver con él —opina Jo.

—Obvio que no —afirma Erik mientras cuida el punto de la salsa—. Mist Rachs ha decidido.

—Eso suena a secta como mínimo —le digo—. ¿Ya están las salsas?

—Jenna tendría que quedarse —sigue comentando Erik sin hacerme caso.

—Apoyo la moción —se le une André.

—Esto no va de votar a ver quién se queda y quién no —les recuerdo.

—Pero… —se queja André.

—El chef ha hablado —le corta Jo con voz grave.

Resoplo, sabiendo que su comentario era una crítica hacia mí.

Hay unos maravillosos segundos de silencio hasta que André habla de nuevo antes de salir por la puerta.

—Esto estaría más animado con unos villancicos.

Erik y Jo empiezan a emitir sonidos de alarma entre risas incluso cuando ya André ha salido de la cocina.

—No hace falta que todo Mist Rachs se una a la locura navideña —intento justificarme.

—No te digo que esto parezca la casa de Santa Claus en el Polo Norte, pero un poco de espíritu navideño… —insiste Jo.

—A Jenna parece gustarle la Navidad —comenta Erik de forma distraída mientras rebusca algo en un cajón.

—Y al chef Philip también —responde Jo, mirándome—. ¿Verdad que sí?

—Jo… —le advierto.

—Has ido a ver el encendido de luces, a darte una vuelta por el mercadillo… ¡Hasta te has apuntado al taller de patinaje! —insiste de forma incansable.

—Todo casualidades —me defiendo torpemente.

—Casualidades que empezaron con la visita de una turista pelirroja a Mist Rachs —afirma con rotundidad Erik.

—Las carnes, Erik, las carnes —le recuerdo.

—Sí, sí, las carnes —me contesta—. Pero desde que ha llegado Jenna al pueblo, estás diferente.

—Hay una leyenda en Mist Rachs que… —empieza a decir Jo.

—Por favor, sigamos trabajando y dejemos las leyendas para los ratos de ocio —les corto cuando Erik ya estaba emocionándose también.

Ambos comprenden que no es momento y que ya han hablado más de la cuenta sobre este tema, así que parece que vuelven a centrarse en sus quehaceres cuando André entra de nuevo con varios platos en la mano.

—La mesa dos por fin ha pedido los segundos —nos anuncia.

—Si quiere ese chef, le sirvo ya el postre encima de la carne, a ver si pilla la indirecta y…

—Jo… —le reprendo—. Venga, sigamos o le digo a Rudolph que no hace falta que se incorpore el lunes.

He contratado finalmente a alguien de refuerzo para estar menos agobiados en estas fechas y todos están deseando que se incorpore, así que mi comentario es recibido con múltiples quejas por parte de los tres.

—Eres cruel —concluye André entre gestos dramáticos varios, cogiendo nuevos platos y saliendo a sala.

Se hace otra vez el silencio que es roto por el ingenioso comentario que a Jo se le ha cruzado por la mente.

—Si es que hasta el nombre del nuevo es navideño.

Erik no aguanta la risa y a mí se me escapa una media sonrisa mientras meneo la cabeza a modo de reproche.

Al menos estos comentarios constantes no dejan que mis pensamientos se oscurezcan tanto como hacen cuando me quedo a solas, así que en realidad les agradezco que no me hagan ni caso cuando vuelvo a reprenderles para que sigan trabajando.

Jenna

—Pero entonces, ¿mi nombre estará reconocido como el de la creadora del postre? —insisto una vez más, después de todos los rodeos que Gaston está dando.

—Jenna, comprende que sería mejor que pudieras llevarte una parte del dinero que…

—Es que quiero ser reconocida como la creadora del postre, Gaston, y ya está. Y sinceramente, después de tres días desde lo que ha sucedido, me parece inaudito que Alex ni siquiera haya contactado conmigo una sola vez y lo esté tratando contigo. ¡Algo que es mío!

—Bueno, él sabes que se altera y yo creo que es conveniente que sea yo quien…

—Es mi creación —le interrumpo, ya empezando a estar harta—. Es mi postre. Si Alex quiere tratar algo sobre el tema, que sea directamente conmigo. Le dices que si no me devuelve la llamada que le hice ayer, se acabó esta especie de ridícula negociación.

Estoy ya harta de darle tantas vueltas a algo tan sencillo. Si van a utilizar ese postre estas navidades en el restaurante, quiero aparecer yo como la creadora, pero se ve que el jefe sigue sin estar por la labor. Le luce más poner a su chef estrella en hermosas letras al lado del nombre de mi postre. ¡Que utilicen entonces el que Gaston dijo que había creado! ¿Por qué siguen insistiendo con el mío?

Una compensación económica. Eso es lo que se le ha ocurrido. Una ridícula cantidad de dinero para que les deje en paz. Y he dicho que no, por supuesto. Quiero lo que es mío, ni más ni menos. Si no es así, se acabó todo.

Y es que ni me coge el teléfono el imbécil de Alex. Cuando Gaston llegó al pueblo,

contándome todo lo que estaba intentando negociar con él, llamé yo misma a mi ex jefe, pero por lo que sea, no me cogió el teléfono. Pensé que me devolvería la llamada más adelante, pero sigo esperando noticias suyas directas. Sin embargo, ha tenido tiempo de sobra para hablar todo esto con Gaston.

¿De verdad se piensa que me puede comprar con dinero sin tan siquiera molestarse en tener una conversación directa conmigo?

No ha comprendido absolutamente nada.

Gaston sigue engullendo su postre. Va haciendo gestos de no estar muy de acuerdo con ninguno de los platos que ha ido comiendo, pero no ha comentado nada al respecto, cosa que agradezco.

—Le comentaré a Alex lo que me estás diciendo —concluye—. Imagino que no ha querido hablar contigo directamente por si seguías enfadada y ha pensado que la mejor forma era…

—Se ve que las ideas que tiene Alex siempre son erróneas. Si sigue así, llevará a la ruina el restaurante.

Gaston me mira con cara de pocos amigos. Eso no le ha gustado nada, pero prefiere sonreír de forma falsa para disimular su enfado.

—Yo el fin de semana tendría que volver.

Si es que era de esperar.

—Ah, ¿no estabas haciendo presión para que me…?

—A ver, claro que sí —se adelanta a explicar como puede—. Pero yo tengo mi clientela en ese restaurante y podría repercutir en mi propia carrera y reputación si me ausento durante el primer fin de semana de diciembre.

—Claro, claro. Por supuesto. El chef Gaston no puede fallarle a sus fans.

Él sonríe, creyendo que mis palabras son de comprensión hacia él.

Si es que no se puede ser más idiota.

—Pero volveré el lunes y seguro que traigo buenas noticias con respecto a tu postre —me anuncia—. Confía en mí, Jenna, solamente una vez más, ¿de acuerdo?

En ese momento he notado algo sobre mi mano. Es la suya, que ha posado sobre la mía, acariciándome como si fuera un gesto normal entre nosotros.

Y no lo era ni siquiera cuando estábamos juntos.

Es entonces cuando siento a alguien de pie a nuestro lado. Casi puedo notar una estaca de hielo clavándoseme en el pecho cuando descubro que es Philip, que primero mira nuestras manos y después a nosotros.

Me suelto de Gaston todo lo rápido que puedo, pero no ha sido suficiente, lo sé.

—Venía a preguntaros si estaba todo correcto o necesitabais algo más —nos dice con seriedad, intentando mantenerse profesional ante nosotros.

—Todo ha estado… —comienzo a decir cuando Gaston toma la palabra con voz decidida, alzándola por encima de la mía.

—Ha sido enternecedor asistir a este festival de sabores tan característicos de mi infancia. Recuerdo que mi amada abuela hacía una sopa parecida durante los años de hambruna cuando no había mucho que llevarse a la boca.

Philip al principio abre los ojos doblando su tamaño normal y luego veo que coge aire y parece calmarse.

—Gaston, ¿siempre tienes que ser así de impertinente? —le digo—. Tienes que aprender a gestionar esa envidia lo antes posible. —Y me dirijo ahora a Philip, que me está

mirando con una sonrisa bellísima—. Gracias, chef Philip. Ha sido una fantástica comida. —Miro de reojo a Gaston unos segundos, volviendo a dirigirme a Philip—. Al menos en cuanto a vosotros se refiere.

Gaston comprende a la perfección y se calla de una vez la boca. Philip creo que también ha entendido algo y asiente, agradeciendo mis palabras.

—Bueno, debo irme —nos dice Philip, haciendo ademán de irse a otra mesa—. Me alegra saber que ha estado todo bien.

—¿Luego hablamos? —le digo cuando se está girando, haciendo que vuelva a mirarme con extrañeza.

—Eh… Claro, sí, por supuesto.

Y no me conformo con eso.

—¿Te importa que vaya a la cocina a felicitar a todos por la excelente comida?

Gaston me mira con rabia y Philip con ternura; buen resumen general de la situación actual.

—Les hará mucha ilusión —me asegura—. Termino la ronda por aquí y vuelvo también a la cocina —me dice sin perder la sonrisa, alejándose finalmente de nuestra mesa y acercándose a la siguiente.

Yo entonces me levanto de mi silla sin esperar ni un segundo más.

—¿Dónde vas? —empieza a preguntar Gaston, bastante molesto.

—A la cocina —le anuncio.

—¿Se puede saber a qué ha venido…?

—Lo mismo podría preguntarte yo a ti, pero es que ni siquiera me importa lo que tengas que contestar. —Y en cuanto cojo mi bolso y mi abrigo, me giro una vez más para mirarle—. Dile a Alex que me devuelva la llamada. ¿O piensa que no tengo la suficiente categoría como para dirigirse a alguien como yo?

—Jenna, por favor —me dice, pero no como una súplica, sino como una queja.

—Hasta luego, Gaston. —Sigo hablando mientras me alejo de él—. Paga la comida y deja propina, no seas rata, que eres un gran chef bien remunerado, ¿no es así? Que se note.

Escucho detrás de mí algunas risas de gente a nuestro alrededor que ha escuchado lo que le he dicho y el resoplido de Gaston seguido del ruido de una silla. Antes de entrar en la cocina me giro y veo que se está yendo del restaurante, dejando en la mesa un fajo de billetes con el que podría pagar las comidas de todo el día de hoy.

Qué menos.

Cuando entro a la cocina, veo a Jo y a Erik riéndose a carcajadas y aplaudiéndome efusivamente. Me río con ellos, intuyendo sus motivos, y vuelvo a sentir que estoy feliz. Es curioso que en presencia de Gaston siempre siento que esa felicidad se esfuma. Es algo que me pasaba también antes de todo esto, aunque lo interpretaba de otra manera diferente. Creía que la vida que llevaba era la que tenía que llevar, que ser una adulta responsable era eso. Pensaba que había que tener trabajo estable, pareja estable, lugar estable donde vivir y prever un futuro igual de estable, aunque todas esas cosas no te hicieran sentir feliz. Sin embargo, llevo tres días en los que no tengo nada de todo eso y es cuando me he sentido más feliz que en toda mi vida.

Curioso cuando menos, ¿verdad?

Philip

Nada más terminar la ronda en sala, vuelvo a cocina con los nervios alterados. Cojo aire segundos antes de entrar y sí, ahí está todavía Jenna, echando una mano a Jo y a Erik como una

más.

Y mis nervios se han evaporado y han dado paso a una gran sonrisa que veo reflejada en el rostro de ella en cuanto se gira y me ve entrar.

—Perdona, pero no he podido evitar… —se disculpa, dejando los utensilios en la encimera, alejándose de allí unos pasos hacia atrás.

—Voy a tener que meterte en nómina —bromeo de buen humor, algo que el resto nota por las sonrisas veladas que les veo esbozar mientras siguen trabajando.

Jenna se limita a seguir sonriendo antes de cambiar de tema.

—Siento lo de antes, de verdad. Gaston es un impresentable a veces.

—A veces, dice —se escucha de fondo a Jo junto a un carraspeo de Erik.

—Tú no tienes por qué disculparte —le aseguro.

—Por cierto —me dice—, la primera pregunta que me hizo al sentarnos fue sobre la supuesta sorpresa que le estábamos preparando tú y yo.

Me echo a reír con ella por el predecible ego de aquel chef mientras a nuestro alrededor el ajetreo de cocina va disminuyendo por las horas que son.

—Ya casi que no llames a Rudolph —escucho a Erik decirnos desde su lado de la cocina.

Metomentodo salió el cocinero.

—¿Rudolph? —pregunta Jenna sin perder su sonrisa.

—He contratado a alguien para que nos eche una mano en sala y cocina durante las fiestas —le explico.

—Es navideño hasta su nombre —comenta, divertida.

—Algo navideño por fin en el restaurante —se queja la otra metomentodo de Jo.

—La verdad es que un poco de ambiente navideño no le vendría mal a esto —le dice Jenna, mirándola un instante y luego volviéndose a girar hacia mí—. Al menos alguna guirnalda o unos villancicos.

—¿Vamos por fin a decorar el restaurante? —pregunta con ilusión André, entrando en ese momento.

Resoplo, sabiendo que esta conversación no puede acabar bien.

—Bueno, ya veremos —sentencio y me dirijo ahora a Jenna mientras los otros tres profieren exclamaciones exageradas sobre mi breve comentario echando balones fuera—. ¿Tienes algo que hacer ahora?

—Quería echarme un rato en el hotel —me dice bajando el tono—. Estoy agotada de esta mañana.

—Sí, yo también quiero coger fuerzas para no caerme tanto mañana.

—No sé si eso será posible.

Volvemos a reír y tengo que reprimir las ganas de acercarme y abrazarla, agradecido porque haya aparecido en mi vida alguien como ella, que hace que me ría a todas horas en su presencia.

—¿Te puedo acompañar hasta el hotel? —le pregunto. Ella asiente sin palabras y de pensar en un paseo tan delicioso, mi felicidad aumenta de forma exponencial al instante—. Os veo por la tarde —les digo a los tres cotillas que están haciendo como que trabajan sin quitarnos ojo a Jenna y a mí.

—Por supuesto, chef Philip —me dice un sonriente Erik en tono irónico—. Ya no queda nada para terminar el turno.

—Jo —le digo mientras voy con Jenna hacia la puerta—, si llama Alan del invernadero,

recuérdale que va a comer él también lo que me traiga, que se esmere algo más que la última vez.

—A las órdenes, chef Philip —contesta ella, haciéndome el saludo militar y provocando que los otros dos se carcajeen por lo bajo.

Decido salir sin contestar nada a eso porque sé que lo pondría peor. Cuando les da el día gracioso, va para rato.

Y no tengo tiempo que perder; me espera un encantador paseo hasta el Timeless con Jenna y eso ahora mismo es lo más importante.

Jenna

¿Por qué me emociono tanto cuando Philip y yo damos un breve paseo hasta mi hotel? Solamente me está acompañando a descansar y sin embargo siento que el corazón se me va a salir del pecho de un momento a otro.

—Bueno y… ¿Qué tal va todo? —pregunta él, algo cortado—. ¿Gaston tenía buenas noticias?

—Sin novedad. Mi ex jefe no quiere siquiera hablar conmigo directamente y no está por la labor de citarme como creadora de mi propio postre.

—¿Sigue queriendo utilizarlo? —pregunta sorprendido.

—Sí, y eso que Gaston me había comentado que él mismo tenía ya un postre preparado.

—Si crees que yo puedo ayudar en algo…

Sonrío por su ternura al decir aquello. Mira al suelo con vergüenza mientras seguimos avanzando hacia el hotel.

—Gracias, pero espero que todo se aclare pronto.

Me mira de reojo, sonriente, y asiente.

—Había una cosa que tenía que… Bueno, no sé si sabes que este fin de semana hay una fiesta…

—¿Una fiesta? —pregunto demasiado entusiasmada, lo reconozco.

—Sí, bueno, es… Ponemos algo de picar, música… A la gente le suele gustar mucho.

—¿A ti te gusta?

Se queda unos segundos en silencio.

—Me gustaba mucho —responde. Quiero preguntarle que por qué habla en pasado, pero su frase llega antes que la mía—. Por supuesto, Gaston y tú podéis ir si os apetece.

—Gaston se va a trabajar el fin de semana, así que no estará aquí —le explico.

—Ah, ¿ya se va?

Me ha mirado con ojos brillantes, como si le hubiera dado una magnífica noticia.

—Volverá para el taller de postres, claro —le digo.

—Ah… Claro, sí, bien.

Y ya no parece tan contento.

Eso tiene que significar algo, vamos, ¡es que no me digáis que no!

—Si te soy sincera, preferiría que no volviera —le aseguro—. Estoy harta de este jueguecito que se trae con mi ex jefe. Están mareándome para nada, estoy segura.

Su brazo roza el mío mientras subimos las escaleras de la entrada del hotel. Siento ganas de alargar mi mano hacia la suya, pero no sé por qué siempre pienso que Philip se echaría a correr si hago algo parecido.

—Es tu creación, Jenna, no te rindas —me dice—. No dejes que ese mundillo se salga con la suya.

Puede que para él haya sido una frase sin más, pero para mí significa ahora mismo

mucho que alguien me diga algo así. Me siento demasiado sola en esto. Nadie de mis anteriores compañeros me han llamado para apoyarme, ni siquiera para ver qué tal estoy. Mi vida entera giraba alrededor de mi trabajo y ahora estoy perdida.

Y, sin embargo, siento que puedo con todo esto y más.

Philip se va, dejándome sola con mis miedos y preocupaciones, pero también con esa extraña sensación de bienestar que me embarga siempre que paso tiempo con él. Me pregunto qué es lo que hace que me sienta a su lado tan segura y nerviosa, tan calmada e indecisa. Por primera vez noto lo que es estar en esa montaña rusa que tanto mencionan en los libros. La verdad es que pensé que sentiría mareos, pero es más bien como cuando tomas algo demasiado dulce y sientes el azúcar subir de golpe a la cabeza: no quieres pensar en las consecuencias de aquello y continúas saboreando esa delicia con los ojos cerrados. Podría tener miedo al pensar en el momento en el que los abra de nuevo, pero ahí aparece Mist Rachs, como si de un colchón de seguridad se tratase, susurrándome que no me preocupe por ese tipo de caídas nunca más.

Llego a mi habitación y me tiro encima de la cama incluso con la ropa de abrigo puesta. Cierro los ojos y veo la tierna sonrisa y la sincera mirada de Philip.

Y decido dejarme llevar.

XIV

Philip

Hoy el día está siendo luminoso en demasiados aspectos. Las nubes nos han dado una tregua en Mist Rachs y hoy está luciendo un sol templado que ha hecho que la gente haya salido a pasear más de lo que suelen hacerlo durante el invierno. Además, ha sido el último día del taller de patinaje y no me he caído ni una sola vez en los minutos finales. Ha sido una sensación maravillosa que todos han aplaudido. Un record personal que voy a llevar de por vida con orgullo. Hasta aquí ha llegado mi carrera como patinador sobre hielo; dicen que es mejor retirarse cuando estás en lo más alto.

Para rematar el día, el chef Gaston se va del pueblo hasta el lunes. Que a lo mejor no le apetece volver más y… No, seguro que sí que le apetece volver, de eso estoy bastante seguro. Al menos se va estos tres días. Y Jenna no parece tener ninguna gana de irse con él.

Es una gran diferencia con respecto a lo que pasó hace cinco años.

—Deberíais acercaros el uno al otro este fin de semana —insiste Olive mientras revuelve el chocolate dentro de su navideña taza.

—Imagino que ella también querrá hacer sus cosas, pasear tranquilamente…

—Contigo —matiza justo antes de darle un sorbo al líquido humeante sin dejar de mirarme.

—Seguramente después de tres días del taller de patinaje está deseando perderme de vista un rato.

Ella se ríe con mi frase, como si acabara de decir una broma.

—Mira que te gusta ponerte dramático. —Vuelve a posar la taza en la mesa de la cafetería de Chas, en donde hemos quedado esta mañana después del taller—. Las cosas son diferentes esta vez, Philip.

—Eso no lo puedes saber tú.

—¿En serio que no quieres más que un triste café no-navideño? —me pregunta cambiando de tema, mirando mi pequeña taza ya vacía frente a mí.

—Demasiado azúcar durante tantos días no es nada saludable, Olive —le recuerdo.

—Deja que esta pobre oficinista disfrute de sus merecidas vacaciones en su pueblo natal —responde con voz de mimo, formando una pequeña o con sus labios mientras menea la cabeza al son de sus palabras.

Sonrío sin remedio. Olive siempre es así de entusiasta y alegre. No le importa que las cosas parezcan difíciles y es capaz de transmitir su estado de ánimo a todo aquel que esté cerca de ella. Es de esas personas con las que siempre te sientes bien porque ella parece estar a gusto también con la gente.

Y eso sorprende, no me lo podéis negar.

—Unas galletitas navideñas por aquí —nos dice Chas a nuestro lado, apareciendo con un platito de olorosas galletas de jengibre que posa entre nosotros—. ¿Tu chica dónde está hoy?

Olive aguanta la risa mientras yo frunzo el ceño.

—No es mi chica —le recuerdo.

—Ah, pues Massie me contó que… —se disculpa mientras se frota la cabeza con menos pelo que discreción en todo su ser.

—Tú mejor que nadie tendrías que conocer a tu mujer, Chas —le digo.

—Pero es que como no os despegáis desde que ha llegado…

—De eso hace cinco días nada más. Y el primero, la conocí por la noche.

—Vaya, cinco días precisamente, ¿eh? —comenta él.

Y sé a lo que se refiere.

—Chas… —le advierto.

—Yo creo que hasta cuenta las horas que ha pasado con ella —le dice Olive, haciendo reír a Chas al instante.

—Olive, te crees siempre muy graciosa, ¿no? —le espeto sin conseguir que pierda su sonrisa.

—Las leyendas de Mist Rachs son las que son, Philip —me recuerda ella, encogiéndose de hombros—. Te gusten a veces o no.

—Las leyendas son leyendas, no hechos probados científicamente —le reprocho.

—Bueno, tú en la cocina creas cosas sorprendentes y yo las disfruto sin traer a un científico para que me explique por qué son así —insiste.

—Pero se siguen ciertas normas básicas y se sabe qué sucede al juntar los ingredientes que luego…

—Primero —me interrumpe ella como si fuera a darme una disertación culinaria—, no siempre se sabe qué sucede con ciertos ingredientes; innovar es también parte de tu trabajo. Segundo, alguien fue el primero en juntar muchas de las mezclas que se hacen hoy. Y tercero… —Pero se queda callada, pensativa—. Mierda, se me ha olvidado lo que…

—Seguramente… —comienzo a decir yo, pero ella levanta el dedo y me hace callar.

—Espera, que ya me acordé. Y tercero… Las leyendas de Mist Rachs seguro que tienen una explicación aunque algunos no la sepan. El caso es que son ciertas, todos lo hemos comprobado en algún momento de nuestras vidas, como hemos hecho con lo que cocinas. Igual que no te preguntamos a ti por qué has mezclado concretamente esos ingredientes y los motivos por los que nos va a gustar algo que has preparado, tendrías que hacer lo mismo con las leyendas de Mist Rachs.

Ha dicho todo aquello con una abrumadora decisión, tanta que Chas se ha puesto a aplaudirle en cuanto ha terminado de hablar.

—Muy bien, en tu presencia no diré nada malo sobre las leyendas del pueblo nunca más —prometo mientras sonrío al ver la cara de triunfo de Olive.

Chas se aleja de nosotros, todavía riéndose, para seguir atendiendo al resto de mesas.

—Entonces este finde… —sigue insistiendo para mi desgracia—. A lo mejor Jenna va también y…

—Seguramente vaya, sí. Ayer hablamos de eso y parecía que le había gustado la idea.

Olive casi salta de su silla de emoción.

—¿Vas a ir?

—Me refería a Jenna, Olive, cálmate.

—Pero si ella va, con más razón tienes que ir tú. ¿No le pediste que fuera contigo?

—Pero Olive… —me quejo, aunque tengo que intentar con fuerza no sonreír demasiado.

—Esas cosas hay que hablarlas, Philip.

—Este fin de semana prometo no chafaros la fiesta —le digo, intentando que deje de convencerme para que le pida una cita en condiciones a Jenna.

—¿Irás entonces? —pregunta con entusiasmo.

—Te dije que no os la chafaría, no que fuera a ir —le recuerdo.

Todos los años Mist Rachs celebra el comienzo de la Navidad con una fiesta el primer sábado de diciembre en donde hay comida y bebida navideñas repartida en varias mesas

alrededor de una gran zona de baile. Hay actuaciones musicales, de humor, la gente baila, se divierte… Yo suelo llevar el catering aunque es bastante sencillo de preparar, ya que es puro picoteo. Llevo cinco años sin aparecer por allí; para fiestas estaba yo… Pero este año, cada día que pasa, siento que las cosas vuelven a ser como antes de aquellas navidades. Sigo sin querer ceder del todo, ni siquiera conmigo mismo. Mantengo desde hace días una lucha interior: por un lado, quiero seguir teniendo prudencia porque lo de hace cinco años dolió demasiado, pero por otro lado, me gustaría volver a ser capaz de disfrutar de la Navidad como lo hacía antes.

Todavía no sé qué lado de mí saldrá victorioso de todo esto.

Mientras Olive sigue convenciéndome para que vaya a la fiesta o adorne un poco el restaurante para ir entrando en materia, Jenna entra con decisión por la puerta. No se quita ni el gorro de lana rosa ni la bufanda a juego, como si su visita a la cafetería fuera algo fugaz. Su sonrisa me desvía de la conversación y la sigo con atención sin ser capaz de apartar los ojos de ella. Saluda con pasmosa familiaridad a un par de personas de camino a la barra, en donde le pide a Chas que le ponga su café para llevar. Él cruza unas palabras con ella unos segundos y entonces Jenna se gira hacia las mesas, en donde nos ve a Olive y a mí, saludándonos con entusiasmo. Le dice algo más a Chas y entonces comienza a caminar hacia nuestra mesa. Sé que Olive me está diciendo algo con gran emoción, pero ya no escucho nada, ni a ella ni a nadie de la cafetería, como si mis sentidos tuvieran que centrarse en Jenna y en nadie más.

Y de nuevo mi cuerpo se calma cuanto más cerca estoy de ella. Y es una sensación mucho mejor que la de las mariposas en el estómago. No sé, prefiero la tranquilidad a la ansiedad, podéis llamarme excéntrico si queréis.

—¿Desayunando todavía? —nos pregunta sin perder la sonrisa, mirándonos a ambos.

—Yo sí; él, tomando un amago de café —le cuenta Olive—. No creo que llegue muy lejos con ese café en el cuerpo en un día de diciembre.

—Olive… —me quejo, viendo por dónde quiere ir.

—¿Solamente un café? —me dice ahora Jenna—. Aunque hoy ha salido el sol, hace frío ahí fuera.

—Intenté que se tomara unas tortitas al menos, pero… —se queja Olive—. Un año ganaron el premio de postre navideño unas tortitas.

—¿Unas tortitas? —le dice ella.

Olive busca algo en su móvil y se lo enseña a Jenna.

—Ahí estamos todos celebrándolo, comiéndonos las tortitas ganadoras en el restaurante.

Jenna mira con detenimiento la foto y su ceño se frunce ligeramente. Le pasa el móvil a Olive mientras me mira.

—Antes decorabas mucho tu restaurante —comenta.

Miro de reojo a Olive, comprendiendo su plan.

—Sí, bueno… —Y vuelvo a mirar a Jenna—. ¿Ya se fue Gaston?

—Sí, hace un rato —contesta, pero vuelve a insistir con el temita—. ¿Por qué no pones este año al menos…?

—Ya empezamos… —me quejo.

—Venga ya, Phil —me dice Olive—. Al menos un arbolito en la caja registradora o unos villancicos en el hilo musical.

—Pues yo lo que haría sería adornarlo absolutamente todo —propone Jenna—. Sería como romper con todo lo anterior, no sé. —Y viendo mi cara, parece querer rectificar—. Eso como idea, que tampoco hace falta…

—Philip es demasiado cabezota —le responde Olive, levantándose de la mesa y

dándome un beso en la frente—. Invítame hoy tú, porfa.

—¿Hoy también? —me quejo entre risas mientras ella se pone el abrigo.

—Cuando en tu restaurante vuelva a ser Navidad, te invitaré yo a ti —sentencia y mira a Jenna—. ¿Vendrás a la fiesta de mañana?

—Me acabo de encontrar a Massie antes en la calle y con lo poco que me contó, ya estoy deseando que llegue —responde ella con ilusión.

Y Olive me mira a mí, esbozando una maligna sonrisa.

Mierda.

—Pues a Philip no le apetece mucho ir este año tampoco.

Será…

—¿No te ibas ya, Olive?

Sigue sonriéndome cuando contesta.

—¡Nos vemos! —nos canturrea mientras se aleja por fin hacia la puerta.

Jenna y yo nos quedamos solos, ella de pie y yo todavía sentado, no sé por qué, sin saber cómo retomar la conversación después de lo que Olive ha hecho.

Y para rematar el momento, llega Chas con el café de Jenna.

—¿Vais a ir a la fiesta de mañana entonces? —nos pregunta, mirándonos a ambos de forma intermitente.

Parece que se hubieran puesto Olive y él de acuerdo.

—Yo… Yo sí tengo ganas de ir —contesta ella, primero mirándome a mí y luego a Chas.

—¿Y tú, Philip? —insiste el maldito Chas al que el karma se lo tendrá que hacer pagar con un día sin propinas.

—Me lo pensaré —le contesto, esperando que sea suficiente con eso.

—Vamos a acabar pensando que quieres envenenarnos a todos en esa fiesta y por eso no vas, para no tener que probar tu propia comida —le escucho que dice mientras da unos pasos hacia atrás, yéndose hacia la barra de nuevo.

Chas se cree muy gracioso haciendo ese comentario, pero no lo es.

De nuevo Jenna y yo solos en medio de un extraño silencio. Porque al menos yo sé lo que quiero decir, pero no me atrevo.

No sé si ella…

Jenna

¡Pero dime que vendrás conmigo a la fiesta, maldita sea! ¡No te quedes callado mirándome como si no supieras qué decirme!

Si es que parezco imbécil, aquí plantada de pie frente a su mesa, café para llevar en mano, callada y esperando a que me diga lo que sea. Debe pensar que soy idiota.

Bueno, ya total…

—Creo que lo que todos están intentando es que vengas a la fiesta —le digo— y parece que ellos quieren que yo te convenza.

Me mira con los ojos desmesuradamente abiertos para luego echarse a reír.

Sí que tiene que pensar que soy idiota.

—Lo siento, ellos… —comienza a explicarme mientras deja de reírse, algo que agradezco—. Ellos creen que tendría que disfrutar más de la Navidad, eso es todo.

—Con lo bonita que es en Mist Rachs…

Me hace una indicación con la mano, pidiéndome que me siente a su lado, y aprovecho

para hacerlo.

—No te van a echar de la fiesta si no aparezco yo, así que no tienes que preocuparte.

—Pero me gustaría que fueras.

Creo que esa respuesta no se la esperaba. Bueno, tampoco yo me esperaba que fuera a salir así de mi boca, pero es que llevo desde ayer que me lo comentó esperando a que diga algo. Cuando me habló de la fiesta la primera vez, pensé que era para invitarme, pero no dijo nada. Ahora estaba pasando lo mismo. Y me he cansado.

Yo también tengo boca.

—¿Por qué te gustaría que…? —Y dándose cuenta de que está hablando en alto, intenta disculparse lo más rápido que puede—. Lo siento, no quería…

—¿De verdad tengo que explicártelo, Philip?

Vuelve a quedarse perplejo ante mi frase, pero esta vez sus ojos brillan una milésima de segundo antes de que aparezca su sonrisa en los labios.

—Si he sobrevivido a un taller de patinaje, ¿por qué no a la fiesta navideña?

—Eso no es muy cortés por tu parte —bromeo por su frase.

Él se da cuenta entonces de cómo ha sonado en realidad y ríe conmigo por ello.

—Discúlpame. Quería decir que me encantaría ir contigo a la fiesta. —Y bajando el tono a modo confidencial, continúa hablando—. ¿Así mejor o estoy metiendo todavía la pata?

—Sí, así mucho mejor —le confirmo con una sonrisa que se le contagia.

—No se me dan bien estas cosas, lo siento.

Se frota la nuca, algo nervioso.

—No se te tiene que dar bien o mal. Es algo que no hace falta controlar.

—Desde hace unos años reconozco que prefiero mantenerme alejado de estas cuestiones. Puede que vaya siendo hora de dejar atrás esa etapa de mi vida. Por fin.

Se vuelve a hacer el silencio entre nosotros, pero este es cómodo y lo disfruto mientras comienzo a tomarme mi café aunque lo haya pedido para llevar. Algo lleva pasando entre Philip y yo desde que nos vimos la primera vez y creo que mañana podría suceder lo que lleva planeando sobre nosotros todos estos días.

Sólo me queda esperar.

—Estas pastas están deliciosas —le comento mientras pruebo una de las que tiene en un plato frente a él.

—Chas me las compra para servirlas aquí, el muy jeta.

Me río mientras él también coge una de sus galletas y se la lleva a la boca.

—¿Vas a llevar tú el catering de la fiesta entonces?

—Sí, como cada año, pero es algo bastante rápido de gestionar. Todo es picoteo y no hay platos muy elaborados.

—Si necesitáis ayuda…

—Acabaría teniéndote que pagar —me dice sin perder su sonrisa.

—Más bien yo a ti por poder trabajar al lado de un gran chef como tú. Eso está muy cotizado, ¿sabes?

He querido bromear, pero no sé por qué su sonrisa se ha entristecido.

—Hay quien elegiría al famoso chef Gaston antes que al desconocido chef Philip, te lo aseguro.

Ha dicho aquello sin levantar la vista de su galleta, metiéndose en la boca el pequeño trozo que le quedaba por comer. Se levanta de golpe y sé que he dicho algo que no tendría que haber dicho, pero no sé el qué.

—¿He dicho algo que…? —comienzo a preguntar mientras me levanto yo también.

Me mira un instante y saca su cartera, rebuscando en ella algo de dinero.

—No te preocupes, son cosas del pasado —me dice.

—No parecen demasiado del pasado.

Posa encima de la mesa un par de billetes y vuelve a guardarse la cartera, como si ese movimiento fuera lo más costoso que ha hecho en toda la mañana.

—Espero que sí que sea cosa del pasado. Por fin —es lo único que comenta—. ¿Tienes pensado hacer algo hoy?

—Creo que me iré a hacer unas compras —le comento de camino a la puerta—. ¿Tú?

—Tengo que dejar preparada la organización del catering de mañana y adelantar unas compras para el taller de postres de la semana que viene.

—Si quieres, podemos dejar los dos las compras para la tarde e ir juntos —le propongo en cuanto estamos fuera de la cafetería, respirando aire frío y aroma de abeto del exterior.

Philip parece de nuevo sonreír con sinceridad al mirarme.

—Tendría que ser entre el turno de comidas y de cenas, si no te importara.

—¿Te voy a buscar a las cinco al restaurante?

Asiente, demostrándome en su alegre gesto que el plan le ha gustado.

—Pensé que querrías hacer otros planes diferentes que pasar el rato con un *hater* de la Navidad como yo, la verdad.

No puedo por menos que reírme con aquello.

—Yo creo que no odias la Navidad —le digo—. Me parece más bien que tienes miedo de disfrutarla demasiado, por si te decepciona… ¿otra vez? —Él asiente algo reacio, pero me vale con eso—. Puede que esta vez sea distinto. Puede incluso que antes del concurso de postres navideños decores el restaurante por ti mismo.

—No lo veo yo muy… —se empieza a quejar.

—Tú espera y… ya veremos.

Volvemos a estar tan cerca que casi le estoy escuchando respirar sobre mi rostro. Siento su mano rozando la mía. Todavía no me he vuelto a poner los guantes y su desnudo y frío índice acaricia el mío, templándolos al instante. Me atrevo a agarrar ese dedo con el que él me estaba acariciando y siento cómo me devuelve ese leve apretón, comenzando a entrelazar el resto de dedos con los míos. Ahora no hay muérdago sobre nosotros y estamos en mitad de la calle, pero creo que…

—¡Mis cocineros favoritos! —escuchamos a Massie a nuestro lado.

Nuestras manos se separan al instante y nuestros cuerpos dejan que corra el aire entre ellos otra vez.

—Massie… —le dice con desgana pero con una sincera sonrisa Philip.

—Perdonad, yo… No quería… ¿He interrumpido algo? —pregunta ella, dándose cuenta de repente de algo.

—No, tranquila —le dice él, frotando su brazo con cariño—. Estábamos hablando de la fiesta de mañana.

—Ay… Y… ¿Vais a venir? —Y nos mira a ambos—. ¿Los dos?

Philip se echa a reír por el reparo con el que nos ha dicho aquello.

—No nos perderíamos un evento así por nada del mundo —le anuncia, provocando que Massie se eche a sus brazos y luego lo haga conmigo.

Se va casi al momento, comentando con todo el que se cruza que vamos a ir ambos a la fiesta.

—Pues sí que le ha hecho ilusión —le digo sin comprender bien todavía qué pasa en este pueblo.

—En Mist Rachs son así. —Y me mira—. Cuando sienten que eres parte del pueblo, te tratan de esa forma por siempre jamás.

—Como en los cuentos —comento—. Por siempre jamás.

Sonríe en silencio y vuelve a rozar mi dedo índice. Esta vez soy yo quien entrelazo mis dedos entre los suyos y su sonrisa aumenta al instante.

—Algo así, sí. Como en los cuentos. Mist Rachs es mucho de eso —asegura.

—Es un pueblo como de ensueño —me atrevo a decirle.

Se ríe por mi apreciación, pero vuelve a asentir.

—Tiene hasta sus propias leyendas —me cuenta—. ¿No te han contado todavía ninguna?

Niego con la cabeza. Y de repente me entran ganas de ir por la calle pidiéndole a la gente que me cuente todas las que sepa.

—¿Alguna en concreto que tenga que saber? —pregunto.

—Eso dependerá solamente de ti.

No comprendo bien esa respuesta, pero su pulgar acariciando el dorso de mi mano me silencia. Nos quedamos allí de pie, en mitad de la calle, viendo a la gente pasar durante unos minutos más. Pero el día tiene que continuar.

No hay beso, no. Lo sé. Para mí también está siendo bastante frustrante, ¿de acuerdo? No me presionéis demasiado.

Creo que las cosas pasan por algo. Y si hemos sentido que ahora no tenía que suceder es porque más adelante se dará un momento mejor para eso.

¿Puede que esta misma tarde? ¿O tendremos que esperar a la fiesta navideña de mañana?

Todo se verá.

XV

Jenna

Soy de las que van a hacer compras por necesidad. Única y exclusivamente. No soy nada materialista ni una gran consumidora. Aun así, tengo que reconocer que he disfrutado demasiado de esta tarde de compras con Philip. Las luces navideñas, el olor a abeto y clavo de las calles de Mist Rachs, las risas de los niños saliendo de clase con sus mochilas a la espalda y la amena y cálida conversación que siempre conseguimos mantener Philip y yo puede que sean los culpables de que, por primera vez en la vida, sienta ganas de seguir comprando un par de horas más.

—Y, ¿más allá? —continúo preguntando.

—¿Más allá del bosque? Otro pueblo, a unos pocos kilómetros de aquí. No estamos aislados ni mucho menos.

Sonríe al decir aquello, como si quisiera tomarme el pelo, y yo le devuelvo la sonrisa.

—Y, ¿al otro lado del castillo? —vuelvo a preguntar.

El olor de nuestro compartido algodón de azúcar de colores navideños parece que me hace estar más preguntona que normalmente.

—Pues no sé exactamente…

—¿No sabes qué más hay al otro lado del castillo? —le digo con interés en un nuevo misterio esta tarde.

Ya he resuelto el misterio del local vacío al lado de su restaurante y quiero aprovechar la racha. Bueno, en realidad yo no he resuelto nada. Más bien le pregunté a Philip y él me contó que antes había una tienda de revelado de fotos, pero el dueño hace dos años se jubiló y su hijo hace poco decidió que lo que realmente quería hacer era conocer mundo, así que el local quedó vacío y listo para el siguiente que quisiera ocuparlo. El caso es que mi duda quedó resuelta y después de eso me he dedicado a preguntarle por los alrededores de Mist Rachs mientras hacía sus compras para el taller. Las tiendas le van a llevar todo al restaurante directamente, así que ha insistido en llevarme mi bolsa con material de papelería. Ayer por la noche se me ocurrió que podría sentarme a escribir todo lo que querría hacer en cuanto termine el concurso de postres navideños. A la hora de decidirme por algún plan, si lo veo escrito, a lo mejor soy capaz de visualizarlo con más nitidez.

Vale, sí, puede que parezca una estupidez, pero yo hago lo que buenamente puedo; llevo una semana un poco extraña y cualquier cosa pienso que me puede ayudar.

—Sé que hay campo al otro lado del castillo y, más allá, otro pueblo —me contesta—. Pero temo que también me preguntes de quién es todo ese terreno y…

—Serás tonto…

Le doy un leve codazo, haciéndole reír. La bolsa con mis cosas se mueve a su otro lado mientras seguimos caminando hacia el restaurante, comiendo algodón de azúcar.

La tarde va cayendo y cada vez las luces de colores son más intensas. De verdad que no puedo comprender cómo a alguien no le gustaría todo esto o, al menos, cómo podría parecerle indiferente.

Mist Rachs es el espectáculo navideño más maravilloso de cuantos he visto en mi vida.

—¿Qué tienes pensado hacer ahora? —me pregunta en cuanto llegamos a la puerta del restaurante.

—Hoy quiero coger fuerzas para mañana, así que me iré al Timeless y descansaré mientras le doy uso a… —Cojo la bolsa que todavía tenía en sus manos—. A esto. A ver si logro averiguar lo que quiero hacer con mi vida a partir de ahora.

Sus ojos se entristecen aunque sigue sonriendo.

—Espero que lo averigües y sea la mejor decisión de tu vida —me dice—. Y si te equivocas, vuelves aquí a resetear y a empezar de nuevo.

Sonrío con él sin saber cómo decirle que… No, todavía no. Quiero tenerlo todo muy claro antes de tomar ninguna decisión. Y creo que durante este fin de semana voy a avanzar mucho con respecto a eso.

—¿Tú vas a quedarte hasta tarde?

Asiente mientras le pregunto.

—Así cierro cosas y el fin de semana estoy más libre.

—¿Qué tienes entonces pensado hacer este finde para querer tenerlo libre de ocupaciones?

Sonríe con picardía y me hace reír su gesto. Se acerca unos milímetros más a mí, lo justo como para que el corazón me avise de que un poco más y acabará saltando al vacío.

De nuevo su mano, esta vez enguantada, se enlaza en la mía.

—Tengo pensado probar si todavía soy capaz de disfrutar de la Navidad —me cuenta en un susurro.

—Para eso nunca es tarde.

—¿Estás segura?

No sé por qué, pero después de tantas interrupciones estos días, soy capaz de presentir una nueva rondando a nuestro alrededor.

—Chef Philip, qué tal —le dice Jo al pasar por nuestro lado con un carraspeo que nos hace sonreír al mirarla—. Buena noche se está quedando, ¿eh?

—Sí, Jo, buena noche —le responde con ironía, riéndose un poco con las palabras de ella, que entra en el restaurante justo después. Ambos sonreímos, imagino que por el mismo motivo—. Así son las cosas aquí.

—Me gustan.

—No sé cómo tomarme eso en realidad —dice un poco nervioso.

Me acerco a él y beso su mejilla antes de soltar su mano, dando unos pasos hacia atrás.

—Ya me contarás qué tal te fue el turno —le digo, despidiéndole con la mano sin dejar de mirarle—. Me llamas y hablamos.

—¿No será muy tarde?

—Quiero descansar, no dormir —le digo—. Llámame.

Él no deja de sonreír mientras levanta la mano para despedirme de la misma forma. Va caminando hacia atrás, intentando coger el pomo de la puerta para entrar, cuando alguien la abre. Me río al ver que por poco se cae encima de Sally al perder el apoyo que pensaba que tenía. Ella me mira y también se ríe. Philip se frota el pelo y sonríe con vergüenza, mirándome una última vez antes de entrar.

Cuando me giro y doy la espalda al restaurante, suena mi móvil de forma molesta.

No me lo puedo creer…

—¿Alex?

—¡Jenna! Vaya, creí que no me lo cogerías.

Suena tan falso y tan… Tan…

—Veo que Gaston te mantiene al día entonces.

Se ríe un poco antes de contestarme.

—¿Cómo lo llevas? ¿Todo bien?

Menuda conversación insustancial, por favor.

—¿Para qué me llamabas? Espero que sea para algo de mi postre y no para interesarte por mí.

—Desde el lunes estás en un plan un poquito… —comienza a decirme, bastante molesto.

—El postre, Alex, que te vuelves a desviar.

Ya no es mi jefe y no puede amenazarme con despedirme, así que me importa poco que resople con cada cosa que digo.

Y por fin comienza a decirme lo que realmente me importa.

Philip

Estaba deseando salir del restaurante para permitirme llamar a Jenna de camino a casa. Tengo que aguantar como puedo las ganas de hablar con ella en cuanto nos separamos. No creo que algo así sea muy normal, la verdad, pero a todas horas pienso ya en ella y me siento tan feliz que no puedo evitar querer prolongar esa felicidad todo lo que pueda.

—Muy pronto sales tú del turno —es lo primero que escucho al otro lado de la línea—. Cómo se nota que eres el jefe.

Sus primeras palabras ya me hacen reír.

—Acabé de organizar todo antes de lo que pensaba y nos fuimos a casa —explico—. ¿Tú qué tal? ¿Ya sabes cómo va a ser tu vida después del concurso de postres?

—Pues ya voy teniendo por lo menos una idea de lo que me haría feliz.

Me quedo callado un instante, tratando de no preguntarle si quedarse aquí entra en sus planes.

—Eso está muy bien —respondo finalmente.

¿No ha quedado muy seca mi respuesta?

—¿Eso es todo? Vaya, qué seco estás de repente —se ríe ella—. ¿Vas a casa ya?

Si me dice que vaya al fin del mundo para vernos unos segundos, voy sin dudarlo.

—¿Tú ya estás en el hotel?

—Sí, aquí con mi pijama cutre encima de la cama —se cancela lo del viaje al fin del mundo al parecer—, comiendo unas galletas que Loreen nos ha dejado a todos en la habitación. Voy a acabar reventando con tantos dulces navideños. Cinco días llevo aquí y he comido más que de cocinera.

Vuelvo a reír con ella y ni siquiera me afecta el frío que hace en la calle.

—Eso se soluciona patinando un poco más —le digo.

—Creo que no soy yo mucho de hacer ejercicio. Soy más de galletitas de jengibre.

Jenna es increíble. No sé ahora por qué mi mente ha pensado eso, pero… Lo es.

—Mañana voy a estar un poco liado entre el restaurante y lo de la fiesta, pero me gustaría verte —le confieso de golpe y sin venir a cuento.

Se me está pegando la sinceridad de ella. Y es algo bastante reconfortante saber que puedes decir lo que piensas sin más. Todos tendríamos que probar a ser así, al menos de vez en cuando.

—Me parece que tendremos que vernos en la fiesta, porque antes…

¿Lo está diciendo con pena? ¿Ese tono es de pena o de qué es?

¡De qué es!

—Puedo pensar algo para que nos veamos antes.

—Me gustaría, porque así te cuento lo de hoy.

—¿Lo de hoy?

—Me llamó mi ex jefe en cuanto entraste en el restaurante y bueno… No sé, me apetecía hablarlo contigo.

Piensa rápido, Philip, que Jenna quiere hablar contigo sobre lo que sea.

—Yo tengo que llegar antes a la fiesta para dejar todo listo. Si quieres…

—Vale, ¿a qué hora voy?

Me ha dado la risa un instante con ese entusiasmo que ha demostrado.

—¡Sí que tienen que ser buenas noticias como para que tengas esas ganas de contarme!

—Tengo ganas de contarte, sin más. Y de verte —añade—. Hoy tendría que haberme quedado a cenar en tu restaurante en vez de comer el bocadillo que me llevé al hotel.

—Al menos estaría rico —le digo entre divertido y emocionado.

—Era de un puesto del mercadillo. Olía tan bien el bacon con el queso fundido que…

—Yo, sin embargo, he comido sobras de pasta con la salsa de carne que quedó de los segundos y un trozo de tarta mezclada con otros dos postres más.

Se ríe. Se ríe de forma tan bonita…

—Cocina fusión moderna —comenta—. Tendríamos que probar un día a hacer algo así, a ver qué sale.

—Oye, es buena idea. ¿Qué te parece si el domingo intentamos hacer un plato lo más loco que podamos? Yo pongo el sitio y los ingredientes, y tú pones…

—Yo pongo el absoluto caos, comprendo. ¡Me apunto a eso!

Reconozco que mi emoción va en aumento con cada día que pasa. ¿Debería calmarme y recordar que conozco a Jenna desde hace tan solo cinco días? Puede, pero hace años me llevó exactamente un segundo saber que mi vida estaría entre fogones y creaciones culinarias. ¿Por qué no tendría que pasar eso mismo en otros aspectos de la vida? ¿Por qué hay que tomarse meses o incluso años para saber si se siente algo por otra persona? Sí, podemos confundirnos y darnos cuenta del error que cometimos, pero la vida está llena de errores y comienzos.

Hasta que uno de esos comienzos no se convierte en error.

Colgamos después de un rato de haber llegado a mi casa. Siento un cosquilleo en la nuca al pensar en la fiesta de mañana. Sí, yo, la persona que no ha querido decorar desde hace cinco años su restaurante, la persona que renegaba hasta hace unos días de todo lo que tuviera que ver con la Navidad. Esa misma persona está deseando que llegue la fiesta navideña de Mist Rachs. Porque si mañana Jenna está en ella, significará que ha pasado más de cinco días en el pueblo y las leyendas dicen que… En realidad solamente quiero que llegue mañana para poder verla y hablar con ella, para poder pasar un rato agradable en esa fiesta y disfrutar de su compañía y su conversación.

Disfrutar a su lado todo lo que la vida me deje hacerlo.

No quiero que este comienzo termine en un error. Pero si se diera el caso, si de nuevo esto no llevara a ninguna parte, ojalá ese final me permita seguir disfrutando de los recuerdos de estos días. Esta sensación de felicidad nunca antes la había vivido de la misma forma y no quiero tener que olvidar.

No de nuevo.

No a ella.

XVI

Jenna

Yo me apunto a las cosas sin pensar antes en nada más. Me apunto y ya. ¿Que me apetece? Ah, pues ponme en la lista de asistentes, claro, cómo no.

Y luego vienen los problemas.

En esta ocasión tampoco es que haya sido una tragedia, pero Loreen, Massie y Olive así lo han visto cuando me las encontré hace un rato por la calle. Estaban dándose una vuelta por el centro del pueblo cuando me vieron y me pidieron que me uniera a ellas. Salió el tema de la fiesta de esta noche, por supuesto. Y hablando sobre ello, acabamos tratando el tema de la ropa que cada una llevaríamos.

Aquí es donde vino el drama, al menos, para ellas.

Yo pensaba ir con unos vaqueros, un jersey y poco más, pero ellas insistieron en que teníamos que ir de compras para elegir un vestido que no fuera muy elegante, pero lo suficiente como para que se notara que iba a una fiesta y no a trabajar.

Y heme aquí, entrando en la coqueta tienda de ropa que hay en Snow Street. Un olor a abeto mezclado con frutos rojos me recibe, entrándome ganas al instante de probarme absolutamente todo lo que mis ojos alcanzan a ver en cada rincón de la tienda.

—La Navidad se tiene que sentir también en estos pequeños detalles —escucho a Loreen en cuanto las cuatro estamos dentro.

—¡Tyra! —exclama Olive al ver a una chica de rizos de colores al otro lado del mostrador.

Ella se acerca a nosotras y empieza a dar efusivos abrazos a todas, incluyéndome a mí. Se agita con la mano el pelo de forma distraída y me mira un instante antes de dirigirme la palabra.

—La turista, ¿verdad? —afirma más que pregunta.

—La misma —responde por mí Massie con una especie de ilusión al decirlo.

—Necesitamos algo para que lleve a la fiesta de hoy —le indica Olive, yendo hacia las perchas de ropa de forma urgente, como si la fiesta fuera a empezar en unos minutos.

—Creo que tengo exactamente lo que estáis buscando —anuncia.

La vemos ir al otro lado de la tienda y sacar de allí una prenda de ropa que consigo ver completa en cuanto la extiende ante mí.

—Dios mío, esto es… —Intento seguir hablando, pero la impresión no me lo permite.

—Lo sabemos —me dice Loreen—. Tyra siempre tiene la ropa perfecta para cada persona y cada ocasión.

—No falla ni en las tallas —añade Olive, cogiendo ese vestido verde con falda media y tutú rojo por debajo.

—Pero tiene que probarse el conjunto completo, Tyra, y nos falta el calzado y algo de abrigo —le pide Massie.

Ella sonríe, como si disfrutara siendo presionada para que se diera más prisa en conseguirme ese mencionado conjunto perfecto. Me mira y un segundo después nos da la espalda, esta vez para coger de unas baldas frente a nosotras unas botas negras estilo militar y un abrigo blanco y bordes rojos que tiene pinta de amoroso, con una capucha a modo de gorrito de Santa Claus de colores invertidos.

—¿Cómo puede ser posible que me guste todo a la primera sin tan siquiera habérmelo probado? —exclamo asombrada, imaginándome ya con todo esto puesto y disfrutando de una

maravillosa fiesta.

Todas ellas se ríen, como si comprendieran a la perfección mi sorpresa por lo que acaba de suceder en cuestión de minutos.

—Tendrías que probarte todo para que felicitemos de nuevo a Tyra por haber acertado una vez más —me dice Loreen, señalando un rincón de la tienda con el letrero de probadores sobre una cortina opaca negra de terciopelo.

—Estoy deseando hacer ambas cosas —reconozco, yendo sin pensármelo dos veces hacia allí mientras todas ríen y empiezan a charlar sobre esta noche, mencionando de vez en cuando a Philip y consiguiendo que mi estómago se dé la vuelta varias veces seguidas.

Hay quien afirma que la sensación de tener mariposas en el estómago significa que tienes ansiedad. Y es así. En el amor, la gente traduce las cosas tóxicas en palabras y expresiones que blanquean sensaciones y sentimientos. Nunca he querido sentir eso, me he negado. En realidad, me doy cuenta de que nunca me he enamorado, así que lo único que he sentido es cariño, atracción… Y una sensación de querer encajar en la vida, incluso a costa de mi propia felicidad.

La primera vez que me impuse en cuanto a esos convencionalismos sociales fue con respecto a mi profesión. Mis padres querían pagarme unos carísimos estudios de Arquitectura y yo acabé rechazándolos para irme al curso de chef que tenía que costearme con lo que ganaba aquí y allá, porque mis padres se negaron a pagarme algo con tan poco futuro, en sus propias palabras. Desde entonces he hablado con ellos en un par de ocasiones nada más. No parecían estar interesados en mi vida ni en contarme la suya.

La segunda vez ha sido ahora. Todo parecía irme bien por fin y tenía lo que la gente podría llamar una vida perfecta, pero esa gente es la misma que dice lo de las mariposas en el estómago, así que no son de fiar. He roto con todo, así, de repente. Siento que estoy empezando de cero y quiero saber dónde me va a llevar todo esto.

Lo de Philip, también.

Y una sensación de cosquilleo, de ASMR general, me eriza la piel de todo el cuerpo al pensar en él. No hay ansiedad ni sentimiento negativo alguno. Solamente esa extraña sensación de bienestar que me invade desde que le conocí.

Nunca pensé que algo así pudiera enganchar de esta manera y que a mí me gustaría tanto.

Philip

—Todos los vasos hay que colocarlos en esta parte de las mesas y luego los salados allí —les digo, señalándoles cada zona—. Y después…

—Chef Philip, calma —me corta Erik medio sonriendo mientras sigue colocando todo en las mesas alrededor de esta gran sala—. Llevamos haciendo esto unos cuantos años ya. No te preocupes, que todo va a salir bien.

—Vale, sí, tienes razón —reconozco, cogiendo aire y soltándolo poco a poco antes de seguir hablando—. Perdonadme, pero quería tener todo organizado pronto.

—¿Por qué esas prisas? —pregunta ahora Jo, que ha terminado con otra de las mesas de la sala.

—Tendrá que ver con Jenna —adivina André, el muy listo. Al ver que no desmiento su teoría, se echa a reír—. Si es que estaba más que claro.

Van a ser ya las ocho y la fiesta dará comienzo en media hora. Todos los del pueblo empezarán a llenar esta sala y las charlas, el picoteo y los bailes inundarán esta noche de sábado

que tanto parece prometer, al menos, para mí.

He preparado algo para Jenna y espero que le guste. No sé cómo saldrá esta fiesta, pero al terminar quiero proponerle un plan y ojalá acepte. Lo había estado pensando desde la última vez que hablé con Olive. Y tiene razón: este fin de semana quiero que Jenna y yo nos acerquemos algo más, ya que Gaston no está de por medio para molestar. Al menos, quiero que tengamos la oportunidad de averiguar cómo serían las cosas entre nosotros. Quiero mostrarle cómo soy yo de verdad.

Y para eso, espero que sirva como adelanto la sorpresa que llevo prácticamente todo el día preparando para ella.

Todo parece en orden, sí. Las mesas ya están colocadas alrededor de la sala, las luces cálidas encendidas, todos los cristales de las ventanas resplandecientes y los adornos navideños luciendo en todo su esplendor, emitiendo destellos de colores al dejar vagar la vista alrededor. El olor de la cera del suelo se confunde con el aroma que desprende el gran abeto decorado que hay en mitad de la sala, todo ello aderezado ahora con los dulces navideños que hemos traído del restaurante.

Sólo falta que el mismísimo Santa Claus baje por la enorme chimenea que preside la sala y se carcajee mientras comienza a repartir cientos de regalos entre los que asistiremos a la fiesta.

Pero alguien distinto a Santa Claus entra en este momento por la gran puerta de la sala. Es Jenna, que deja pasar algo de aire frío y risas de niños del exterior. Jo, André y Erik empiezan a carraspear mientras se van alejando de nosotros, que acabamos de encontrarnos a mitad de camino el uno del otro. Está bellísima toda ella, con su melena pelirroja cayendo en bucles sobre un abrigo blanco y rojo que comienza a quitarse con mi ayuda, dejándome ver que lleva un hermoso vestido rojo y verde que parece hecho expresamente para ella.

Y me alegro de haber hecho caso a Chas y haberme puesto un traje negro, camisa blanca y oscura corbata aunque me sintiera al principio como si fuera a asistir a una absurda boda.

Ahora ya no me parece absurdo ni mucho menos, y sonrío con alivio al ver que la sonrisa de Jenna es de aprobación al echarme un rápido vistazo.

—Siento llegar algo tarde, pero Massie, Loreen y Olive se empeñaron en ir a la peluquería y… —se disculpa con tono susurrante al darse cuenta del eco que hay en esta sala, todavía medio vacía.

—Yo estaba terminando ahora mismo de preparar todo —le comento para que no se sienta mal ni un segundo más.

—Ah, ¿quieres que os eche una mano con…? —pregunta, dando un paso hacia la mesa que tenemos más cerca por si puede hacer algo ella también.

—Me gustaría que me contaras qué pasó con ese jefe tuyo.

—Ex jefe —me corrige.

—¿Todavía sigue siéndolo?

—Pues claro.

—Pensé que después de vuestra charla…

Trato de no parecer tan aliviado, pero no sé si lo estoy consiguiendo.

—El lunes Gaston traerá unos documentos en los que se especifica que van a reconocer mi autoría como creadora del postre navideño —me anuncia sin demasiada emoción.

—Pero eso es algo bueno, ¿no? —pregunto, contrariado por su poco entusiasmo.

—Es que… No me fío, ¿sabes?

—Comprendo. —Yo tampoco me fiaría de esa gente—. Entonces es mejor que lo

comentes con algún abogado antes de firmar nada.

—Lo que pasa es que no sé dónde conseguir uno. Tendré que empezar a hacer llamadas para…

—Podrías ir a ver a Lia —le digo.

—¿Quién?

—En Mist Rachs tenemos una abogada muy buena que seguro que puede echarte una mano con eso.

Sus ojos tintinean ante mí con emoción.

—¿Crees que podrá atenderme con tan poco tiempo de margen?

—Estoy más que seguro —afirmo—. Vendrá luego, pero tenemos prohibido desde siempre hablar de trabajo durante la fiesta, así que después te paso su teléfono por mensaje y le llamas el lunes para que te diga si tu ex jefe te está preparando alguna.

Ella asiente con rapidez y emoción en ese gesto, consiguiendo hacerme reír incluso.

—Sabía que tenía que contarte esto —me dice con alivio—. Ahora sí que voy a poder disfrutar de la fiesta. —Y observa su alrededor—. Este lugar es increíble. —Vuelve a dirigir su mirada hacia mí—. En Mist Rachs hay de todo y siempre es hermoso.

—A veces lo más hermoso llega sin avisar.

Sé que eso lo estaba pensando. Lo hacía y de repente me he visto diciéndolo en alto. Creo que he enrojecido por primera vez en mi vida, pero al menos ella sonríe, habiendo entendido lo que ha sucedido sin necesidad de explicarle. No parece molestarle por cómo acaricia mi mano con el dorso de la suya un segundo. Me atrevo a rozar las yemas de sus dedos con las mías, entrelazando nuestras manos después, animados ambos ante la ausencia de negativa por su parte y por la mía.

Me gustaría decir que quiero parar el tiempo, pero en realidad prefiero que siga su curso para poder disfrutar de una fiesta navideña en la que ella esté presente.

XVII

Philip

La fiesta sé que va a empezar fuerte cuando escucho a mi espalda dos voces familiares. Jenna y yo estamos picando algo en una de las mesas mientras todos los del pueblo van entrando cuando el inevitable momento llega.

—¡Hijo! No sabes la ilusión que nos hace que este año hayas venido al fin.

Mi padre me abraza mientras mi madre acaricia mi mejilla, luciendo una emocionada sonrisa.

La cara de Jenna es de sorpresa absoluta, pero no deja de sonreír, así que me lo tomo como un signo de que no le molestaría que le presentara a mis padres.

De todas formas, iba a ser extraño que no lo hiciera en una situación así.

—Este año me han convencido y no he querido negarme —les explico mientras miro a Jenna, que sigue sonriendo, ahora más incluso que antes—. Papá, mamá, os presento a Jenna. Está de paso en el pueblo estos días. Jenna, estos son mis padres, Max y Erza.

Y mis padres en el acto adoran a Jenna, por supuesto. La abrazan, le dan dos besos y varias caricias en las mejillas. La miran como si fuera una aparición celestial y ella además no parece molesta con todas esas muestras de afecto.

—¿Te gusta nuestro pueblo? —le pregunta mi madre, ajustándose el sencillo peinado que lleva.

—Es hermoso —responde ella—. Me encantó incluso nada más entrar.

Mi padre también quiere hablar, por supuesto.

—Así que llevas aquí desde el lunes…

Al ver el rostro de extrañeza de Jenna, interviene mi madre.

—En Mist Rachs somos pocos y todo se sabe. Max ha tardado algo más en curarse de la gripe, pero las noticias vuelan. —Y me mira a mí—. Daiana nos contó los progresos que hiciste patinando y nos sorprendió que te hubieras apuntado a uno de los talleres.

—De eso también tiene ella la culpa —le contesto, riéndome al recordar esos divertidos días que pasamos ambos sobre cuchillas afiladas y peligroso hielo.

—Me… Me pareció que sería divertido y… —dice Jenna como disculpándose.

—Tranquila, si están encantados —le aclaro, apretando un instante su brazo.

Ella me mira y vuelve a sonreír.

—Y ya lleva más de cinco días en Mist Rachs —escuchamos que mi madre le dice a mi padre.

Cuando nos giramos hacia ellos, vemos que están alejándose de nosotros, saludando aquí y allá a más gente que ya ha llegado a la fiesta. Jenna vuelve a mirarme y su ceño aparece fruncido, aunque sigue sonriendo.

—¿Qué pasa con eso de los cinco días? —pregunta intrigada—. Lo escucho mucho y no lo entiendo.

—Es parte de una leyenda.

—¿En serio?

—Sí, pero todavía no te la puedo contar.

Ella se queja de forma graciosa, haciéndome reír.

—Espero que no tenga que ver con que al sexto día me convierto en mosquito o algo así.

Mis risas aumentan con su comentario. Me atrevo a entrelazar mis dedos entre los

suyos. Acaricio el dorso de su mano con mi pulgar mientras peino hacia atrás un mechón de pelo que le está molestando en la cara desde hace unos minutos. Ella, mientras tanto, me mira con atención y comienza a acariciarme la mano de igual forma.

—Seguirías siendo la más maravillosa persona que ha pisado este pueblo jamás —le confieso.

Se queda unos segundos sin saber cómo reaccionar ante mis palabras. Pero Jenna… Es Jenna.

Y eso también lo adoro de ella.

—Un maravilloso mosquito navideño; yo siempre buscando la originalidad.

Ambos nos reímos y seguimos saludando a la gente que va pasando por nuestro lado y nos reclama, volviendo luego a picar algo más de comida antes de lanzarnos a la pista a bailar cuanto villancico suene.

Y es como si lleváramos haciendo esto toda nuestra vida.

Jenna

¡Nunca había asistido a una fiesta tan increíble! La verdad es que la gente que ha venido hace también mucho. Es algo hogareño, sencillo y con personas que me hacen sentir a gusto en todo momento, como si no fuera alguien que está de paso, sino que ya formara parte de ellos.

Villancicos sonando todo el tiempo, copas de champagne y cócteles varios chocando entre ellas cada poco, risas y calidez que llevan envolviéndome durante toda la fiesta.

Y él. Philip. Él también es uno de los motivos por los que estoy disfrutando más que en mi vida de una fiesta. Ríe, baila, besa mi mano y roza mi pelo como si estuviera pendiente cada poco de que no se descolocara ninguno de los bucles que Christine, la talentosa peluquera del pueblo, me hizo hace ya horas. Hablamos de todo, bromeamos con cualquier cosa y no nos separamos el uno del otro.

Soy tan feliz que empiezo a temer que todo esté siendo un sueño; he visto demasiado cine de sábado por la tarde, lo sé.

—¿Hacéis este tipo de fiestas a menudo o solamente en Navidad? —le pregunto mientras bailamos abrazados el Silent Night.

Él sonríe antes de responder.

—A Massie le suele gustar hacer eventos así.

—Y vosotros no decís que no.

—Eso no podría pasar en Mist Rachs.

Philip se ríe levemente al decirme aquello mientras continuamos balanceándonos al son de la tranquila música que suena en la sala a modo de despedida. Pronto tendremos que irnos, él a su casa, yo al hotel, y esta fiesta habrá terminado.

Y eso me pone triste.

—No quiero que esta fiesta acabe —le confieso.

Sus ojos brillan ante mis palabras. Besa mi frente, presionando sus labios unos segundos sobre ella.

—Las cosas a veces terminan, por mucho que queramos alargarlas —responde con algo de pena.

—Pero vienen otras cosas mejores después.

—No siempre.

Nos quedamos en silencio unos segundos en los que solamente escuchamos la melodía que inunda nuestros oídos y que pronto también acabará, como lo hará esta fiesta.

—¿Qué te sucedió, Philip? —me atrevo a preguntarle—. ¿Qué te pasó para que te cueste tanto volver a confiar?

La melodía ha llegado a su fin y todos a nuestro alrededor aplauden, sabiendo que esto indica que la fiesta ha terminado. Cada uno se irá a su casa y seguirán charlando sobre momentos de la misma, riendo al volver a recordarlos. Y me gustaría tanto poder hacer eso mismo con Philip que me sorprendo a mí misma fantaseando con una escena similar, en una de las casitas del principio del pueblo, sentados ambos frente a una chimenea con nuestras tazas de chocolate caliente con nata montada, hablando de lo bien que ha salido la fiesta un año más y de las ganas que tenemos de que llegue el taller al que ese año nos hemos apuntado.

Mi imaginación vuela como nunca desde que he llegado a Mist Rachs.

Philip no suelta mi cintura y yo sigo rodeando su cuello con mis brazos. La gente se mueve, yendo y viniendo, salvo nosotros dos, que seguimos quietos en mitad de la pista. Y quiero besarle, sí, pero siento que todavía no es el momento. Algo falta, igual que sé que mi postre no está completo del todo. Queda el toque final en ambos casos y, al menos con respecto a Philip, sé qué puede ser.

—Tendríamos que movernos —le recuerdo en voz baja mientras las luces van encendiéndose.

Tarda unos segundos en contestar, como si estuviera pensando qué decir.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Cómo? —pregunto sin entender a lo que se refiere.

—¿Estás cansada? —insiste, todavía sin moverse.

—Pues… No, no mucho.

—Al terminar esta fiesta solía irme al restaurante a prepararme una cena en condiciones que llevarme a casa. Luego ponía en la tele algo navideño mientras me lo comía.

Me estoy emocionando mientras me cuenta aquello porque me voy haciendo una tremenda película en mi cabeza sobre cómo podría continuar la noche.

—Me parece mejor tu plan que el mío de irme a poner el pijama al hotel y echarme a dormir.

—Entonces vayamos —me dice, sonriente.

Suelta una de sus manos de mi cintura, aunque la otra la mantiene mientras comenzamos a caminar hacia la salida. La gente se despide de nosotros, pero no soy capaz de estar atenta a lo que me dicen o quién lo hace. Solamente sigo mirando a Philip, que camina conmigo hasta el guardarropa para ponernos nuestros abrigos.

—¿No tendríamos que recoger todo lo que…? —comienzo a decirle al ver las mesas con el catering que hace horas colocaron.

—Llevo cinco años viniendo al acabar para recogerlo yo, así que este año les toca a ellos. —Señala el otro lado de la sala, en donde veo a Erik, Jo y André recogiendo todo a gran velocidad, imagino que para irse lo más rápido que puedan.

—Si quieres, podemos…

—Me apetece pasar por el restaurante —me corta mientras acabamos de ponernos nuestros abrigos. Me mira nada más que me pongo el mío y sonríe. Coge mi capucha y me la coloca por encima de la cabeza, acariciando el borde de la misma y volviendo a cogerme por la cintura con ambas manos—. Eres realmente hermosa, Jenna.

—Tú… Tú también.

—¿Yo también soy hermoso?

Se ríe conmigo por aquello y le doy un pequeño empujón como castigo. Nos cogemos

ambos de la cintura y comenzamos a caminar de nuevo hacia la salida, despidiéndonos de todos a nuestro paso. Nadie bromea por vernos así, nadie tampoco nos hace comentarios jocosos e inoportunos. Solamente se despiden y nos sonríen con cariño, como si fueran felices viéndonos de esta forma a ambos.

Vemos en la salida a los padres de Philip y nos detenemos a su lado. Las sonrisas de ambos son llamativamente felices al mirar a su hijo.

Tiene que ser increíble que tus padres te quieran con esa intensidad.

—Nos vamos ya —les dice Philip, dándoles un beso a cada uno sin soltarme la cintura.

—¿Hablamos estos días para… las fiestas? —pregunta Erza, midiendo sus palabras.

Ambos me dan un beso, igual que hace un instante su hijo se lo dio a ellos.

Es todo tan cercano y familiar…

—Claro que sí, mamá —responde Philip, sonriéndole como si supiera de antemano que sus palabras iban a alegrar a su madre de la forma en la que lo han hecho.

—Podrías traer a Jenna contigo la próxima vez que quedemos —propone Max con unos ojos tan emocionados que me siento halagada y asombrada a partes iguales.

—Bueno, bueno, ya iremos viendo eso —le responde Philip de buen humor, palmeando a su padre la espalda—. Pasad buena noche, ¿de acuerdo? Y pronto a la cama.

Sus padres se ríen, encantados, y nos despiden con la mano cuando comenzamos a caminar en dirección al restaurante.

XVIII

Jenna

Llevo prácticamente una semana aquí y ya podría ir a todas partes con los ojos vendados. Puede que también sea porque Mist Rachs es pequeñito, pero no me pienso quitar ni un ápice de mérito, os lo digo desde ya.

—Tus padres son maravillosos —es lo primero que le digo en cuanto nos alejamos por fin de la gente.

Él me mira con una sincera sonrisa.

—Sí que lo son. Tengo mucho que agradecer a ambos.

—¿Eras muy pequeño cuando te adoptaron? —me atrevo a preguntar.

—Era un bebé, no recuerdo nada. Sé que fui adoptado porque ellos me lo contaron.

—Debió ser una conversación complicada.

—No hubo conversación —me explica con media sonrisa, mirándome un momento—. Ellos siempre lo hablaban conmigo de forma natural.

—Vaya… Yo siempre había escuchado que la gente se lo ocultaba a los niños por si les traumatizaban.

Se ríe con mi revelación y comienza a acariciar mi cintura con la mano con la que me tiene agarrada.

—Bueno, esto es Mist Rachs y todo es… diferente aquí.

Saca las llaves del restaurante al estar ya a pocos pasos de distancia.

—Ya veo, ya.

—Venga, entremos —dice al abrir la puerta.

Y en cuanto ponemos un pie dentro del restaurante, otra vez aparece ese cosquilleo en la nuca.

—Es extraño lo que me pasa cuando entro a tu restaurante.

Él me mira con curiosidad.

—¿Sucede algo?

—Es… Sé que es una tontería, pero es… —Me toco la nuca antes de explicarle—. Siento un cosquilleo aquí detrás, no sé por qué.

Philip sonríe cuando me escucha decir aquello y frota él también su nuca, cogiéndome con la otra mano la mía.

—Espero que sea una buena señal que ambos sintamos eso —me dice, volviendo a cerrar por dentro el restaurante. Y se gira hacia mí—. Mist Rachs tiene muchas formas de decirte las cosas, aunque no siempre son comprensibles a la primera.

—Este pueblo es el más especial de cuantos he conocido en mi vida —le confieso mientras caminamos hacia las escaleras—. ¿Qué hay de esas leyendas de las que todos habláis? Algo escuché de cinco días o…

—Es mejor que no las conozcas —me corta—. Al menos, no ahora. Interferiría con los acontecimientos y podría influenciarte. Y es mejor que cada uno tome sus propias decisiones sin leyendas de por medio.

—Entonces, ¿cuándo?

Se gira un instante antes de comenzar a subir las escaleras, encendiendo la luz de paso.

—Eso solamente depende de ti —contesta de forma enigmática.

No comprendo nada de lo que me acaba de decir. Solamente que no va a contarme ninguna de esas leyendas de las que tanto hablan en el pueblo.

—Primero no hay leyenda, luego no hay respuesta. Ahora me temo que no haya comida.

Philip se echa a reír y vuelve a hablar mientras terminamos de subir.

—Pensé que ir a mi casa te podría parecer algo incómodo así que… —Llegamos a la sala y enciende unas tenues luces—. Espero que esto te parezca mejor.

Se hace a un lado y me deja pasar para poder contemplar lo que hay montado en mitad de la sala. Es una especie de picnic, con pufs y mantas en el suelo. Veo primero una pantalla blanca de tamaño considerable al fondo, frente a esa zona de pufs. Y es entonces cuando me fijo en que hay como una mesa baja frente a esos cojines, todo ello rodeado de la decoración navideña más asombrosa que he visto en mi vida. Un pequeño arbolito de Navidad a un lado, guirnaldas de colores por el suelo, alrededor de todo aquello. Hay estrellas colgando del techo y una estufa con una pantalla de llamas de fuego dentro, colocada cerca de las mantas y los pufs.

—Pero Philip… —acierto por fin a decir—. ¿Esto qué…?

Me giro hacia él y me mira con algo de miedo.

—Como en la fiesta solamente se pica, pensé que sería buena idea cenar algo después, mientras veíamos una película navideña —me explica—. Hace años que no veo una, así que tendrás que escoger tú.

Me acerco para ver todo mejor y comienzo a reírme de pura emoción. ¿Todo esto lo ha pensado él y lo ha hecho por mí?

—Dijiste que no querías celebrar la Navidad y que no ibas a adornar el restaurante —le recuerdo, girándome hacia él.

Philip sonríe y se acerca a mí, caminando lentamente. Saca un mando del bolsillo y aprieta un botón. Al momento se escucha en el hilo musical un villancico antiguo, de esos que dan un toque de Navidad real en cuanto suenan.

I'm dreaming of a white Christmas, just like the ones I used to know…

Guarda el mando de nuevo en el bolsillo y extiende su mano hacia mí, acercándose. Apoyo mi mano en la suya y nuestros cuerpos se unen, comenzando a bailar una vez más esta noche.

—Creo que empiezo a tener ganas de celebrar como nunca la Navidad —me dice en un susurro, con sus labios muy cerca de los míos—. El pasado ha dejado de pesarme en cuanto tú has llegado.

To hear sleigh bells in the snow…

—Has dejado todo esto precioso —reconozco.

—Me alegra saber que te ha gustado —contesta sonriente—. Temía que te echaras a correr al ver lo que había preparado.

Me río levemente con él sin dejar de movernos al ritmo de la pausada canción. Philip acaricia mi pelo un instante y vuelve a posar sus manos en mi cintura.

—Me encanta poder estar aquí contigo. A solas —le digo yo ahora.

Vuelve a sonreír, comprendiendo.

—Jenna, yo… No sé lo que sigues teniendo con Gaston y yo no querría…

—Él es mi pasado, Philip, nada más —me apresuro a aclararle.

May your days be merry and bright…

Philip dirige su mirada un segundo hacia el ventanal y luego vuelve a mirarme a mí.

—Ha empezado a nevar —me dice.

Me giro yo también y la estampa que veo es sobrecogedora. Afuera la nieve ha comenzado a caer con calma sobre cientos de miles de luces navideñas que siguen encendidas a estas horas en Mist Rachs. Los tejados ya están blancos y pronto el suelo cuajará, haciendo que

mañana este hermoso pueblo luzca aún más bello, si es que eso es posible.

—Mist Rachs nevado —fantaseo en alto.

Una de sus manos abandona mi cintura y comienza a acariciar mi nuca, consiguiendo que de nuevo fije la mirada en él. La mano que quedaba en el lugar anterior se mueve hacia mi espalda, acariciándola también. Mis dedos se hunden en su pelo y siento escalofríos por todo mi cuerpo.

—Y hay una rama de muérdago justo sobre nosotros —me anuncia en un susurro.

Alzo la mirada y compruebo que es cierto lo que dice. Al volver a mirarle, su sonrisa se confunde con la mía. Y ya no hay lugar para las interrupciones. Es aquí, en un pequeño y modesto restaurante del más encantador pueblo que he visto jamás, donde Philip y yo nos besamos. Mis labios reciben a los suyos de forma natural y cálida. Nuestras bocas entreabiertas mordisquean los labios del otro mientras continúan las caricias. Ya no hay espacio alguno entre nuestros cuerpos durante este beso que continúa abriéndose paso lentamente entre los dos.

And may all your Christmases be white.

Finaliza la canción y despegamos nuestros labios. Tardo unos segundos en abrir de nuevo los ojos y lo primero que me encuentro es a un Philip sonriente y feliz. Vuelve a besarme, esta vez de forma superficial. Juega con un mechón de mi pelo que pasa por detrás de mi oreja y de nuevo acaricia mi nuca, trazando hipnotizantes círculos con sus dedos.

—Así que tenía yo razón en que ni leyenda, ni respuestas… Ni comida.

Philip se echa a reír, rompiendo la quietud de la sala. Vuelve a besarme tres veces seguidas en segundo y medio y coge mi mano, comenzando ambos a caminar hacia un lado de la sala.

—Vayamos a la inversa, ¿de acuerdo? —me propone al llegar a la zona de cocina.

—¿La inversa?

—Primero comemos… —Se acerca a mí para darme un beso—. Luego obtienes tus respuestas…

Después de un nuevo beso, soy yo la que tomo la palabra.

—¿Y las leyendas?

Él sonríe mientras acaricia mis labios con sus dedos.

—Eso tendrá que esperar hasta que sea el momento —responde de forma enigmática.

Y ya que por ahora no voy a salirme del todo con la mía, decido castigarle con un nuevo beso.

XIX

Philip

—Es un fastidio haber conocido un pueblo como Mist Rachs, porque ahora todas las películas navideñas me parecerán basadas en hechos reales —se queja Jenna nada más que terminamos de ver la película que ella misma eligió—. Con esas expectativas en la vida, es difícil sobrellevar el fracaso.

Junto a ella no dejo de reír y es como una inyección constante de vitaminas en vena.

—Tienes razón —contesto—. Hay muchas historias de gente en este pueblo que podrían contarse a través de una de estas películas.

Seguimos tumbados en los pufs, tapados con las mantas y acurrucados el uno en el otro mientras en la calle sigue nevando. Tengo uno de mis brazos sobre sus hombros y, mientras tanto, los dedos de una de sus manos juguetean entre los míos; es hipnotizante.

—¿Y la tuya? —pregunta sin mirarme a los ojos.

—¿La mía?

—Sí, tu historia. ¿Es de película de Hallmark?

De nuevo río ante su ocurrencia.

—Bueno, mis comienzos en la vida sí que pueden considerarse de película, pero más allá de eso…

Ahora sus ojos se clavan en los míos.

—¿Ha llegado ya el turno de las respuestas?

Sonrío ante su persistencia.

—Creo que sobre mis primeros instantes de vida todavía no puedo hablar. —Frunce el ceño sin comprender el motivo por el que no le voy a contar eso—. Aunque puede que haya algo que sí que debas saber a estas alturas: el motivo por el que hacía cinco largos años que no celebraba la Navidad.

—Te escucho —dice sencillamente, adoptando una postura de atención absoluta sin dejar de acariciar mi mano.

—Como te decía, desde hace cinco años no soportaba los villancicos o las luces de colores. No es que fuera algo excesivamente traumatizante —le adelanto—, pero cada año recordaba aquello y me seguía doliendo demasiado como para olvidarlo. Yo era un jovencísimo y apuesto chef…

Ella ríe y me regaña con un beso rápido.

—Acabas de romper la ventana del fondo con tu ego —me dice, siguiendo mi broma.

—En fin, qué le voy a hacer —me rindo—. Como decía, hace cinco años acababa de abrir el restaurante y estaba buscando gente para trabajar conmigo. Trabajar en Mist Rachs es… Es algo complicado el proceso de selección, por decirlo de alguna forma. Pero entonces recibí un email. Era una joven cocinera que decía que sería un honor trabajar a mi lado.

Pensé que cuando empezara a hablar de esto, el corazón se me encogería, pero no, no está pasando precisamente eso. Siento que puedo hablar de ello con absoluta normalidad.

Y eso sólo puede ser debido a una cosa.

Jenna.

—¿Te liaste con la cocinera? —pregunta ella con sencillez—. Ay, madre mía, pero por qué siempre…

—¿Entonces no te lo cuento? —le amenazo bromeando, cortando la historia que ya se había armado en su cabeza.

—Perdón, perdón —me dice con la boca pequeña, haciéndome reír de nuevo, cómo no.

—Empezamos a comunicarnos por email y después por teléfono —le sigo contando—. Al cabo de unas semanas, la entrevista de trabajo que tenía para el día uno de diciembre ya era algo secundario. Ella iba a venir a Mist Rachs para que pudiéramos conocernos en persona y saber si todas esas conversaciones merecían que se convirtieran en algo más.

—¿Y vino?

Está más que atenta; le faltan las palomitas.

—Llegó el día marcado, sí. Reconozco que me sentí eclipsado por cómo me alababa siempre. Ego de chef. —Me encojo de hombros cuando ella menea la cabeza, medio sonriente—. Pero noté que algo no encajaba en todo aquello. Ella siempre quería que le hablara de mis creaciones, de mis planes en el restaurante y quería que le enseñara a preparar toda la carta cuanto antes.

—Pero eso no es malo, ¿no? Es decir, ella querría aprender para trabajar contigo lo mejor posible.

Su inocencia es hermosa.

Acaricio su hombro y beso su sien antes de proseguir.

—Cuando uno vive en Mist Rachs… Hay señales inconfundibles. Todos en el pueblo sabían que yo estaba esmerándome en darle la espalda a cuanta señal veía, pero era inevitable: cada día que pasaba estaba más convencido de que algo estaba fallando. Al quinto día llegué al restaurante y me extrañó no verla ya allí. El día anterior habíamos estado haciendo planes para el fin de semana y había prometido que llegaría pronto para terminar de enseñarle los últimos platos y así tener tiempo para nosotros dos.

Jenna me sonríe con tristeza, intuyendo lo que eso significaba.

—Ay, Philip…

—Ella no apareció —le confirmo—. No estaba ya en Mist Rachs. Después de muchos emails, cientos de llamadas y confidencias, pero únicamente cuatro noches y cinco días en Mist Rachs, ella había desaparecido.

—¿Se fue sin decirte nada? —pregunta indignada.

Yo asiento antes de seguir contándole.

—Envié emails, llamé a su teléfono incontables veces… Nada. Llegó un punto en el que yo solamente quería saber si ella estaba bien. Temí incluso que le hubiera sucedido algo. No era muy probable en Mist Rachs, pero si ella se había adentrado en… —Me corto en ese punto al instante y continúo en una parte de la historia menos peligrosa que lo que iba a decir—. El caso es que al final todo se sabe. Llegaron a mí noticias del mundillo después de todas las horribles navidades que había pasado por todo esto. Resulta que simplemente quería sacarle información culinaria a algún chef pardillo para tener algo que presentar en el puesto de trabajo que sí tenía intención de aceptar. Usó los platos que yo le había enseñado esos días para entrar a trabajar con un chef de renombre de la ciudad y nunca más volví a saber de ella.

—¿Y ya? ¿Fin?

—Bueno, no esperaba aplausos, pero…

Ella sonríe y me da un beso en compensación.

—Yo esperaba el momento venganza.

—No he buscado nunca eso; yo no soy así. Ella sé que es… feliz, podría decirse, y bueno… —Beso más pronunciadamente sus labios—. Yo ahora también. Dure lo que dure esta felicidad, esta vez sí que habrá merecido la pena.

Jenna parece querer decirme algo, pero opta por volver a besar mis labios.

—Es triste que haya gente así en el mundillo —se lamenta—. Yo tuve que hacer esfuerzos sobrehumanos para entrar a trabajar a ese restaurante y sin embargo algunas personas consiguen el puesto a costa de otros.

—El mundillo, qué te voy a contar de él.

—Ahora ya entiendo muchas cosas sobre lo que ha estado pasando esta semana. Pero claro, nadie me contaba nada y…

—Es que nadie en el pueblo sabe siquiera este desenlace —le digo.

—¿No?

Parece sorprendida.

—Solamente tú lo sabes.

—¿Ni siquiera tu familia?

Niego antes de contestar.

—Nadie, Jenna —le repito—. Bueno, algo sabe Lia, pero únicamente los entresijos legales. La historia completa sólo la conoces tú.

Sigue jugando con sus dedos enredándolos en los míos sin mirarme.

—¿Cuándo tienes que irte a casa? —me pregunta en voz baja.

—¿Cuándo tienes que irte al hotel?

Levanta la mirada y sonríe con sus ojos antes de hacerlo con los labios, los cuales roza con los míos un segundo para besarme.

—Podríamos ver otra película antes de dormir —propone.

Estiro mi brazo para alcanzar el mando que está encima de la mesa y se lo paso.

—Pon la que quieras. La anterior me gustó, así que me fío de tu criterio.

Ella sonríe, emocionada por el nuevo plan que tenemos ante nosotros. Una velada así es lo último que esperaba tener estas navidades y ahora lo vivo como si fuese a convertirse en mi normalidad a partir de ahora.

—Mañana podría prepararos algo a Erik, Jo, André y a ti —me va diciendo mientras elige una nueva película—. ¿Puedes avisarles tú?

Beso su frente.

—Puedes bajar a la hora de comer y se lo dices tú misma.

Vuelve a mirarme, sonriente.

—¿Vamos a poder quedarnos aquí hasta esa hora?

—Podemos levantarnos tarde y prepararnos algo de desayuno aquí mismo, ¿qué te parece?

Suelta un gritito de emoción y siento bajo las mantas que se ha agitado incluso.

—¿Sabes que se me dan genial los desayunos? —me dice, parece que eligiendo por fin una nueva película.

No puedo evitar besarla una vez más.

—¿Quieres hacerle la competencia a Chas? —Ella ríe entre mis besos de forma deliciosa—. Estoy deseando preparar el desayuno contigo.

Deja la película en pausa justo al comienzo y me mira, sujetando el mando en la mano antes de volverlo a posar en la mesa. Se acerca a mí y besa mis labios con un extraño cariño y cercanía.

—Va a ser genial, como todo lo que llevo haciendo contigo desde que llegué —me dice.

—¿Incluso aquella primera cena en la que le faltaba sal a…?

Me gano un empujón entre risas por volvérselo a recordar.

—Eres muy rencoroso —se queja, dándole al play y posando el mando en la mesa.

Giro su cara con mis dedos en su barbilla y la beso por enésima vez.

—Incluso eso me gustó de ti —le confieso.

Ella se piensa mucho su respuesta.

—A mí de ti lo primero que me gustó fue ese toque atrufado que le das a…

Los primeros minutos de la película nos los pasamos riéndonos y picándonos entre besos hasta que las luces y canciones navideñas nos llaman la atención en pantalla. Vuelvo a acariciar su pelo y ella las yemas de mis dedos con las suyas, comenzando a ver aquella nueva historia de Navidad.

Sigue nevando fuera mientras aquí dentro una especie de maravillosa magia continúa sucediendo.

XX

Jenna

Me he despertado en un hermoso restaurante, con un hombre maravilloso a mi lado, en un ambiente navideño inigualable. Y ahora comprendo que todos los despertares anteriores de mi vida no eran nada comparados con esto.

Ayer por fin nos besamos. Fue algo increíble. Las cosquillas que siento al entrar en su restaurante se multiplican por un millón cuando mis labios rozan los suyos.

Todas. Y. Cada. Una. De. Las. Veces.

Veo desde aquí que a través del ventanal de la sala se cuela la luz de un sol tibio que parece que ya ha salido hace rato. Los tejados siguen nevados y fuera se escuchan conversaciones alegres de la gente al pasar. La estufa, todavía encendida, hace que no sienta frío aunque las temperaturas no son veraniegas precisamente.

Y os veo venir. La respuesta es no, no ha habido más que tiernos besos entre ambos. Nos quedamos dormidos mientras veíamos la tercera película navideña y tomábamos el segundo tazón de chocolate caliente después de una espectacular cena rápida que nos hicimos al llegar.

Fue divertido y tierno todo lo que sucedió ayer. Divertida la fiesta, divertido cocinar a su lado, aunque fuera algo de pasta y una carne al punto con una sencilla salsa de pimienta verde. Pero a la vez tierno por el detalle que tuvo al preparar todo, por cada vez que bailamos, en la fiesta y ya a solas en su restaurante. Tierno aquel primer beso que nos dimos, igual que todos los que vinieron después.

Philip se despereza a mi lado con recato. Frota sus ojos y me mira, sonriendo al instante. Ambos nos acercamos el uno al otro para darnos el primer beso del día y os juro que ahora mismo podría emprender cualquier cosa que me propusiera con la fuerza que me imprime un momento así.

—Buenos días —me dice acariciando mi mejilla—. ¿Has dormido bien?

Yo asiento con ilusión de niña en la mañana de Navidad, haciéndole sonreír de forma más pronunciada.

—¿Y tú? —le pregunto.

—Ha sido la mejor noche de mi vida.

Paso mis dedos entre su despeinado pelo para poder disfrutar doblemente de su frase. Beso sus labios durante un tiempo tan largo que siento que su boca sonríe sobre la mía.

—¿Sabes qué sería perfecto?

—¿Qué? —me pregunta sin dejar de acariciar mi mejilla y mirarme a los labios.

—Aprovechar ese ventanal para colocar un gran mueble en el que todos pudieran disfrutar de las…

Me interrumpe la risa de Philip.

—Y yo que pensé que dirías algo así como quedarnos aquí para siempre… —se queja.

—Pero es que eso no sería perfecto, porque tenemos que hacer muchas cosas y vivir demasiado como para quedarnos quietos por siempre jamás en una sala cerrada, por muy bonita que sea.

Parece apenado cuando le digo eso.

—Comprendo.

Hace un sonido de triste queja cuando se revuelve para levantarse y alejarse de mí, no sin antes besar mis labios de forma superficial. Le veo ir a la zona de cocina y me levanto algo contrariada, yendo hacia él.

—¿Qué te sucede? —pregunto al llegar a su lado.

—Nada, no te preocupes —me dice con tono sereno—. De verdad que no te culpo. Mist Rachs es demasiado pequeño y hay gente a la que le gustan las grandes…

—¿Cómo? —le digo, intentando no reírme demasiado—. ¿De dónde ha salido toda esa reflexión?

Me mira con el ceño fruncido.

—Pues de lo que has dicho, que quieres hacer muchas cosas y no vivir encerrada en…

Vuelvo a reírme y abrazo su cuerpo antes de besarle una vez más.

—Estaba hablando literalmente, Philip, no estaba intentando lanzarte una indirecta —le explico, tranquilizándole en el acto y consiguiendo que vuelva a sonreír.

—Ah, vale. Es que yo… Pensé que…

—Me refería a que me gustaría ir al mercadillo navideño contigo y a dar una vuelta por Mistletoe Square, pasear por Jingle Park e incluso ir al bosque para…

—Bueno, dejemos el bosque para más adelante —me corta con una perfecta sonrisa, parece que ya más animado—. Podemos empezar haciéndonos el desayuno y saliendo a despejarnos un poco por aquí cerca. ¿Podré besarte también en público?

Entrecierra los ojos un poco, como con miedo a mi respuesta.

—¿Por qué no ibas a hacerlo? —inquiero, realmente sorprendida por lo que acaba de decirme.

—Porque Gaston llegará mañana y a lo mejor no quieres que…

Vuelvo a besarle como respuesta y él por fin comprende. ¿Por qué siento que sus besos cada vez son mejores?

—No sé de dónde te vendrá esa dulzura, pero te prometo que me tienes fascinada desde que te conocí. —Y no puedo evitar añadir—: Hace una semana.

Él ríe conmigo mientras sigue dándome pequeños besos en los labios, la punta de la nariz y la frente.

—Bueno, creo que en eso salgo a mi madre.

—¿A Erza?

—A la biológica.

—Pero, ¿sabes quiénes son tus padres biológicos? —pregunto con asombro.

—Claro que lo sé, Max y Erza siempre me han hablado de ellos. Ambos les conocieron. Vinieron a Mist Rachs huyendo de una… difícil situación. No podían dejar que nadie supiera de mi existencia y mis padres adoptivos decidieron darme un hogar a petición de mis padres biológicos.

—Vaya, menuda historia. Y, ¿has vuelto a verlos?

—No, claro que no —contesta medio riéndose, separándose de mí un poco para

comenzar a sacar las cosas para el desayuno.

—Pero si sabes quiénes son…

—Pero ellos ya no están vivos.

Me quedo un poco chafada con su normalizada respuesta.

—Lo siento, Philip, yo no sabía…

Él me sonríe y me da otro beso en cuanto posa una sartén sobre la placa de vitrocerámica portátil que hay en la encimera.

—Tranquila, no pasa nada —me asegura.

—Y ella… ¿Era así? —le digo para intentar cambiar un poco aquello último de la conversación.

Asiente con orgullo.

—Era todo un personaje —me cuenta, sonriendo de medio lado al pensar en ella—. Inteligente, fuerte… Yo no pude conocerla en persona, pero sé todo de ella en realidad. Fue el ser más maravilloso que pudo existir jamás. —Y me mira, dándose cuenta de algo—. Hasta que te conocí a ti.

Besa mis labios una vez más y aquel gesto me hace reír.

—Y lo caballeroso, ¿lo sacaste de tu padre? —le pregunto entre risas.

—Pues mira, sí —responde, riéndose conmigo—. Fue un hombre de honor y muy valiente. Era admirado por cuantos le conocieron.

—Incluso por tu madre, imagino.

—Sí. —Sonríe con más ternura ahora—. Ella también lo admiraba. Y él a ella. Lástima que antes las cosas… Bueno, no fue sencillo nada de lo que vivieron. Pero lo vivieron. —Extiende sus brazos en forma de cruz unos segundos—. Y aquí estoy yo para atestiguarlo.

—Entonces, ¿naciste aquí o…? —sigo preguntando con verdadero interés, cogiendo el bol con los huevos para empezar a batirlos mientras él comienza a partir las naranjas para hacer un zumo.

—Sí, nací aquí, pero mis padres no eran de Mist Rachs.

—¿Eran de cerca?

Él sonríe y me gano otro beso, no sé por qué.

—Ella de Alemania y él de Hungría.

—Y, ¿qué hacían aquí?

Philip se encoje de hombros.

—Lo que te conté antes: estaban en una situación complicada y bueno… Mist Rachs aparece en esos momentos como una tabla de salvación para mucha gente.

—Sí que es un pueblo especial —reconozco.

—Ni te lo imaginas —responde casi en un susurro—. ¿Preparamos también tortitas? —me pregunta, señalando un armario justo encima de nosotros.

—Eso ni se duda —contesto yo, abriéndolo y sacando de allí los ingredientes para hacer lo menos una tonelada de ellas.

Pasamos la mañana entre besos y risas, tortitas, bacon y huevos revueltos, charlas íntimas y silencios cómodos al calor de las mantas, viendo otra película navideña antes del turno de comidas. Nos olvidamos del paseo por el pueblo y decidimos que, por ahora, esta sala es en donde más nos apetece estar, aunque queramos gritarle al mundo que somos felices.

Imagino que todo puede esperar.

Philip

Hemos acabado de recoger todo justo cuando abajo estaban abriendo el restaurante para el turno de comidas. Esta perfecta mañana de diciembre acaba de terminar oficialmente, pero me queda el recuerdo para siempre.

Pase lo que pase.

Jenna está apresurándose hacia la escalera para bajar corriendo por ella, pero agarro su mano y hago que se gire hacia mí, estrechándola entre mis brazos al instante. Su risa me templa el corazón y vuelvo a besarla entre rápidos gemidos y quejas varias por llegar tarde al turno.

—Firmaría ahora mismo porque todas las mañanas fueran como esta —le aseguro en un susurro.

Ella va a responder, pero se queda en silencio un segundo, pensando algo.

—Quiero hablarte de lo que se me ha ocurrido para cuando acabe el concurso de postres navideños —me anuncia.

El corazón se me encoge; puedo sentirlo.

—¿Ahora?

—No, más tarde. ¿Hablamos luego?

Asiento con dolor.

—Sí, claro. Luego hablamos y me cuentas tus planes de futuro.

—Es que quiero que me des tu opinión.

—¿Mi opinión? —pregunto sorprendido.

Asiente.

—Pero tienes que ser sincero, ¿de acuerdo?

La beso antes de contestar.

—Siempre lo seré.

Ambos nos abrazamos con fuerza, como si al bajar ya no fuéramos a vernos más en la vida. Y es que esa conversación que acaba de quedar pendiente puede que sea lo que dé comienzo al fin de toda esta semana. Dolerá. Sé que me dolerá toda la vida cuando ella se vaya, pero también sé que quiero vivir esto, disfrutar lo máximo posible de los días que nos queden juntos.

Bajamos por fin las escaleras para encontrarnos con el resto, que ya están preparándose para el turno. Nos ven a ambos entrar en la cocina, con las manos entrelazadas, y escuchamos silbidos descarados y tosidos varios. Jenna y yo nos reímos con ellos; qué le vamos a hacer.

—Quería proponeros prepararos hoy una buena cena —les dice cuando conseguimos que dejen de hacer bromas.

—¿Hoy? —pregunta André, que me mira acto seguido.

—Sí, por invitarme vosotros el otro día; os lo había prometido —les recuerda.

—Pero el restaurante tiene que quedar impoluto para el taller de mañana —nos advierte Erik.

—Va a ser imposible para mí, porque tengo que… hacer… —comienza a decir Jo, mirándome también.

—Ah, sí, es cierto —le salva André—. Como yo, sí.

—Yo ya os dije que os acompañaba, chicos —les dice Erik.

—Pero id vosotros —vuelve a hablar Jo, dirigiéndose a Jenna y a mí—. Por ejemplo, a casa de Philip —y me mira como si me estuviera preguntando si lo está haciendo bien.

Ay, madre mía.

—Chicos, que ella… —intento decirles.

—Tengo que ir un momento fuera —nos dice Jo, saliendo rápidamente por la puerta.

—¡Voy contigo! —le grita Erik, saliendo también.

André nos mira y se encoge de hombros, siguiendo los pasos de sus dos compañeros, dejándonos a Jenna y a mí en una desierta cocina. Me echo a reír y meneo la cabeza. Estos chicos…

—¿No se fían de lo que yo les pueda…? —se adelanta Jenna a decir, algo perdida.

—No tiene que ver con eso, no te preocupes —digo, tranquilizando sus nervios—. Quieren que nos quedemos más tiempo a solas, nada más.

Ella asiente, aliviada.

—Pensé que… —Y entonces se echa a reír—. Son muy buenos. Y te tienen mucho cariño.

—Son unos listos que se quieren librar de la parte de los preparativos del turno. —Y hablo ahora en alto para que todos me escuchen—. ¡Podéis volver ya! —Ella me mira y viene hacia mí, rodeándome el cuello con sus brazos y dándome un hermoso beso—. Pero Jo tenía razón. Si quieres, y no te importa, podríamos llevarnos todo e ir a mi casa a prepararlo; estaremos más a gusto y el restaurante quedará preparado para el taller de mañana.

—A mí me parece bien —me responde con algo de vergüenza mientras los otros tres liantes asoman la cabeza por la puerta para ver si pueden ya pasar.

Beso los labios de Jenna antes de hacer un movimiento con mi mano para que entren. Más bromas y risas aparecen en cuanto ven nuestro gesto cariñoso, pero no me importa y a Jenna parece que tampoco.

—¿Te quedarás al turno? —le pregunto.

Ella creo que duda un instante, pero asiente al fin y vuelvo a besarla.

—Voy a por vuestras camisas y gorros —se apresura a decirnos André, saliendo corriendo por la puerta cuando ha visto que Jenna se queda al turno de comidas.

—¡No vas a librarte de hacer las cosas! —le grito para que me escuche desde mi despacho mientras todos vuelven a reír.

Y comienza el turno de comida con el que los presentes disfrutamos más que nunca porque Jenna ha decidido quedarse con nosotros.

XXI

Jenna

Quiero decírselo. Quiero y voy a hacerlo. Tengo que hablar con él y contarle lo que llevo ya días pensando, ahora más que nunca además. Siento que debo explicarle las cosas y creo que esta noche es perfecta para eso. Iré a su casa a cocinar, estaremos los dos solos, tranquilos, cenando algo… Y entonces, se lo digo. Y a ver qué opina él.

He quedado con Philip en ir a buscarle a mitad del turno de cenas. Los otros tres han dicho que no se preocupara y que se fuera antes, que ya se encargaban ellos de todo. Así que estoy ahora mismo yendo a buscarle al restaurante para irnos juntos a su casa. ¿Estoy nerviosa? Bueno, podría decir que sí, pero me parece que son más nervios buenos que otra cosa.

—Jenna, ¿no es así? —escucho que alguien dice a mi espalda.

Me giro y veo a Pete, el sheriff, venir hacia mí con una sonrisa cálida. Parece menos desconfiado que la última vez que hablé con él.

—Hola, Pete —le saludo, deteniéndome—. ¿Va todo bien?

—Claro, claro. ¿Qué tal?

—Pues… Bien.

—¿Tu… conocido no está ya en el pueblo?

—¿Gaston? Supuestamente llega mañana para el taller de postres navideños.

Asiente y parece que tomara nota mental de lo que le acabo de decir.

—¿Ibas ahora hacia el restaurante?

—Sí, había quedado en ir a buscar a Philip.

Pete sonríe y vuelve a asentir. Me hace un gesto con la mano para que continúe caminando a su lado y reanudamos la marcha.

—Es un chico muy especial —me cuenta.

No pudo evitar sonreír cuando le escucho decir eso.

—Sí, sí que lo es.

—Le hicieron daño una vez y…

—Algo me ha contado, sí.

—¿Te contó? —Parece sorprendido—. Sólo espero que no vuelva a sufrir más.

—Yo también lo espero —respondo, aguantando la risa.

Parece que estuviera hablando con su padre y no con el sheriff del pueblo.

—¿Ya te han contado algo de Mist Rachs? —me pregunta ahora—. Porque si tienes alguna duda, siempre puedes pedirme…

—¿Contarme… algo? ¿Qué es lo que me tendrían que…?

—Ah, perdón —se apresura a decir—. Creí que estabas ya al corriente de todo.

—Al corriente, ¿de qué? —pregunto, suspicaz.

—De lo especial que es este pueblo —dice sin más en cuanto llegamos a la puerta del restaurante.

—Especial, ¿en qué sentido?

Sus ojos oscuros parecen no saber bien hacia dónde mirar después de mi pregunta. Se hace el silencio entre las sonrisas fingidas de ambos. Yo he hecho una pregunta, pero él parece no estar por la labor de responder.

¿Qué es lo que está pasando aquí?

—Jenna —escucho a Philip a mi lado a la vez que oigo el ruido de la puerta del restaurante al abrirse.

Me giro y le veo sonreír tanto con sus ojos como con sus labios, que se acercan a los míos. Me besa antes de mirar a Pete.

—Vaya, Philip —exclama él, más que sorprendido—. No sabía…

—¿Qué tal, Pete? —le dice Philip sin perder su sonrisa.

—Muy bien, muy bien. Haciendo la ronda, ya sabes.

—¿Ha habido muchas caídas hoy por la nieve? —sigue preguntándole de buen humor.

—No demasiadas —contesta él—. Echamos rápidamente la sal, así que no hubo que lamentar más de dos o tres resbalones.

—Me alegro —responde Philip, que ahora vuelve a mirarme—. He cogido lo que me pediste. —Y levanta un poco la bolsa que lleva en una mano—. Espero que esté todo. ¿Nos vamos?

Asiento y me giro hacia Pete, que sigue observándonos como si fuéramos un extraño fenómeno de la naturaleza.

—Buenas noches entonces —nos dice, llevándose un par de dedos a la frente a modo de saludo, alejándose por Snow Avenue con paso tranquilo.

Philip le ha despedido alzando la mano y ahora me mira de nuevo a mí, haciéndome un gesto para que comencemos a caminar. Coge mi cintura con la mano que tiene libre y empieza a acariciarme levemente mientras andamos.

—Vuestro sheriff es muy… particular.

Él se ríe con mi sencilla descripción.

—Es demasiado perfeccionista y un poco quisquilloso, pero en el fondo es adorable.

Giramos por Candle Avenue en dirección hacia el río.

—Me dijo que si sabía ya algo de este pueblo, pero cuando le pregunté que qué tendría que saber, no me contestó.

Philip parece serio de repente.

—No pienses en eso —comienza a decirme—. Pete se toma su trabajo muy…

—¿Este pueblo es algún experimento gubernamental o…? —insisto—. Porque de verdad que me gustaría saberlo.

Ahora me mira y se echa a reír. ¿Eso es bueno o malo?

—Espero que no lo sea —responde.

Y se acerca a mí, dándome otro beso rápido.

—Eso no resuelve ninguna de mis dudas —me quejo.

Sigue sonriendo, pero él tampoco responde a lo que le estoy diciendo. Y empiezo a mosquearme.

Creo que él lo ha intuido y por eso se detiene en la esquina, antes de girar hacia Cloud Street.

—Jenna, te prometo que no es nada malo —me asegura—. Somos gente normal, como todo el mundo, y este pueblo simplemente es eso, peculiar. Nos gustan las leyendas y la Navidad. Algunos se lo toman más en serio que otros, pero como en cualquier parte. Pete solamente quiere mantener el orden porque es su trabajo, sólo eso. Te prometo que, si llegara el momento, yo mismo te contaría todo lo que quisieras saber de Mist Rachs.

—¿Por qué ahora no?

—Porque ahora quiero llegar a casa y que preparemos una cena increíble al calor de la chimenea.

Lo ha dicho con un tono de súplica tan gracioso que no he podido evitar volver a sonreír. Él hace lo mismo y me da un beso antes de continuar nuestro camino. Se detiene a los

pocos pasos, justo frente a la puerta trasera del restaurante, pero en la acera de enfrente.

—¿Es aquí? —pregunto.

—Aham.

—Podíamos haber ido cruzando el restaurante.

—Pero entonces no habríamos podido pasear unos minutos con todos estos adornos y luces de Navidad que tanto te gustan —responde mientras abre la puerta, sonriendo de forma burlona.

Philip, al parecer, vive en una casa unifamiliar de tres pisos, adyacente a otras casi iguales. Lo único que es diferente es el color y la decoración exterior. La suya es morada y su pequeño jardín frontal carece de vegetación y decoración navideña, a diferencia de las casas vecinas. Me hace pasar con educación para luego cerrar la puerta con ambos dentro. Ya en el hall siento un calor reconfortante que templa mis nervios anteriores. Nos quitamos la ropa de abrigo y Philip la cuelga en unas perchas en la entrada. Huele a vainilla y galletas de jengibre, al menos por donde vamos pasando. Me hace un gesto con la cabeza para que entre con él a una cocina moderna y luminosa, de color verde, crema los muebles y paneles de las paredes, y tonos oscuros los electrodomésticos. Hay una ventana que parece dar hacia la parte de atrás, aunque la oscuridad del exterior no me permite saber si es un jardín o un patio común.

Deja la bolsa encima de la isla que hay en mitad de la cocina y comienza a sacar todo lo que ha traído.

—Si quieres ir lavando las verduras, yo voy encendiendo la chimenea —me dice.

—No hace frío.

—Será un nuevo misterio que resolver sobre Mist Rachs, que dentro de sus casas no haga nunca frío aunque la chimenea esté apagada.

Va alejándose de mí, haciendo gestos con las manos como si tuviera garras, moviendo de forma extraña sus dedos hacia mí. Me echo a reír con su pobre imitación de un monstruo en cuanto se va de la cocina y sí, comienzo a lavar las verduras que ha traído. Esto es tan… Es como si constantemente estuviera teniendo un *déjà vu*. Desde que llegué me he sentido así y la verdad es que es algo que engancha. No estaría mal conocer todos los entresijos del pueblo, pero no puedo esperar saberlo todo de un lugar a la semana de haber llegado.

Philip

Cuando vuelvo a la cocina, me encuentro una escena maravillosa de Jenna sacando una cazuela de una de las puertas bajo la isleta. Me acerco a ella y abrazo su cuerpo por detrás, provocando que se ría un instante y se gire para mirarme.

—¿Vas a querer ayudarme? —pregunta, intentado parecer molesta.

—Claro —contesto—. ¿Qué puedo hacer?

Sonríe deliciosamente en cuanto me pongo a sus órdenes.

—Vete preparando el marisco para la sopa y luego pela unas patatas, por favor.

—Por supuesto, chef Jenna.

Ella me da un codazo mientras se ríe.

—Y bueno… ¿Qué tal pasaste el día? —me pregunta con algo de vergüenza.

Es tan delicioso ese tono que utiliza…

Beso su mejilla con rapidez antes de contestarle.

—André se puso a hacer malabares en mitad de la sala y Massie y Chas tuvieron que pagar las consecuencias, recibiendo una ducha de patatas fritas.

Se echa a reír con ganas y me mira un instante, volviendo a remover las verduras en

aquella cazuela.

—¿Malabares? —pregunta ahora.

—A veces le da por… —Separo el marisco, ya limpio y preparado, y me agacho para coger unas patatas—. Le da por llevar demasiados platos en la bandeja para ahorrarse un viaje a la cocina y pasa lo que pasa.

—¿A quién no le ha pasado alguna vez eso? —le disculpa ella.

—Claro, tú te pones de su parte, pero el que va a pagar una vajilla nueva cuando acabe el mes seré yo —le digo de forma quejumbrosa.

Ella se da cuenta de mi tono y sonríe, acercándose a mis labios y besándome. No dejo que se separe tan rápido como ella pensaba y muerdo su labio inferior, haciendo que ese beso continúe unos segundos más hasta que sigue riendo, ahora por mi gesto.

—Tienes un equipo genial y lo sabes —me dice ahora.

—Sí, tienes razón.

—¿Nunca discutís? Aunque sea por los días libres, los turnos… Todo no puede ser tan perfecto.

—Cada uno tiene sus turnos marcados, sus días libres a la semana, sus vacaciones… —explico—. Creo que sí, todo es muy perfecto.

—Claro, esto es Mist Rachs.

La miro y veo su sonrisa en los labios al darme esa explicación.

Y no sabe la razón que lleva.

—Y… ¿Tú qué tal? No hemos hablado hoy mucho desde el mediodía y… Te extrañaba.

Observo su reacción y me emociona ver esa sonrisa mientras me mira de reojo.

—He estado… Haciendo gestiones.

—¿Gestiones?

—Hablé con Lia y me dijo que en cuanto me dieran el contrato, le avisara y se lo llevara.

—¿No has tenido hoy noticias de tu ex jefe o tu ex novio?

Niega con la cabeza antes de responderme.

—Espero que mañana Gaston me traiga el contrato. Así Lia puede echarle un vistazo y salgo de dudas de una vez.

—Puede que tu ex jefe quiera readmitirte.

Ella se da cuenta de la intención de mi frase.

—No creo que se atreva siquiera a proponérmelo.

—¿Y si lo hiciera?

Vuelve a mirarme y su sonrisa me anticipa una respuesta que no puede molestarme.

—Philip, me gustaría hablar contigo de algo.

Vale, las sonrisas a veces engañan.

—¿No puede ser cuando acabemos de cenar o…? No sé…

Ha sonado a súplica, lo sé, pero no me importa.

—A lo mejor es preferible hablarlo antes de cenar.

Qué mala pinta tiene esto.

—Cuando quieras, Jenna.

Ella coge aire y deja la cuchara de madera sobre el borde de la cazuela, girándose hacia mí.

—He estado pensando en qué hacer después del concurso de…

—Espera —le pido—. Antes de que digas nada, me gustaría decirte yo algo. —Ella

parece extrañada, pero me deja hablar—. Sé que pertenezco a este pueblo y siempre pensé que viviría aquí toda la vida, pero en esta semana me he dado cuenta de que es solamente un lugar. Hace cinco años ni siquiera me planteé lo que hoy me estoy planteando y eso sé que significa algo.

—¿Qué es lo que te estás planteando, Philip? —me pregunta con una especie de misteriosa sonrisa en su boca.

—Si tú quisieras… Si quisieras intentar… lo nuestro, yo no tendría problema en ir contigo a donde quiera que estés pensando ir.

Se hace un tremendo silencio en la cocina, pero por lo que sea, Jenna no deja de sonreír. Posa su mano sobre mi mejilla y la acaricia un instante. Luego la mueve hacia mi cintura y me rodea con sus brazos. Imito su gesto de forma inconsciente. Noto que su cuerpo baila ligeramente, moviéndose como si estuviera haciendo girar el vuelo de una falda aunque vaya en vaqueros.

—¿Ves por qué teníamos que hablar antes de cenar? —me dice, y de nuevo no entiendo nada.

—¿Por qué exactamente?

Debo tener un gesto bastante cómico para haberse echado a reír de esta manera.

Alarga una de sus manos hacia el bolso que dejó antes en una esquina de la isleta y saca el cuaderno que compró la tarde que ambos fuimos de compras. Me lo muestra, como si quisiera que lo cogiera.

—Ahí es donde he estado apuntando lo que se me iba ocurriendo sobre lo que hacer con mi vida a partir de la semana que viene —me explica—. Quiero que eches un vistazo a lo último que he escrito.

Cojo con miedo ese cuaderno y lo abro. Seguro que ahora mismo todos estáis pensando *menudo idiota, eso es que ha decidido quedarse en Mist Rachs*, pero después de lo que me pasó hace cinco años, que di por hecho algo que fue finalmente todo lo contrario, ya no me fío de ninguna situación.

Paso las páginas garabateadas hasta llegar a lo último que ha escrito, en donde veo un dibujo esquemático de lo que parece la Snow Avenue. Ha marcado algo en el local vacío que hay entre mi restaurante y la cafetería de Chas. Hay también un número de teléfono y distintas cifras por toda la página, pero no entiendo nada.

—¿Qué es…? —empiezo a preguntar.

—Son más gestiones que he estado haciendo hoy —me cuenta—. He llamado al dueño del local y no tendría inconveniente en vendérmelo por un precio más que razonable. Había pensado en poner allí una tiendecita en donde pudiera vender mis postres y bueno, no sé… —Ahora es ella la que empieza a ponerse nerviosa—. Trabajaríamos uno al lado del otro y a lo mejor te molesta por si… Es sólo que… Yo lo único que… Es que verás… Vale, puede que sea una idiotez lo que…

Dejo el cuaderno en la encimera y agarro el cuerpo de Jenna, pillándola por sorpresa. La beso con fuerza y ella al momento me devuelve los besos con la misma intensidad.

—Jenna… —es lo primero que consigo decir cuando nuestros labios se separan.

—¿Eso es que no te ha parecido mal mi idea?

Sonrío con sus dudas, las mismas que yo tenía hasta hace unos segundos.

—¿No te parecerá un pueblo demasiado pequeño para vivir?

—Estoy enamorada de este lugar desde que crucé su puente hace una semana —me dice, consiguiendo con sus palabras agrandar mi sonrisa.

—Si vamos a tener nuestros negocios tan cerca, entonces tenemos mucho de lo que hablar —comienzo a decirle—. Ya sabes, eso significa compartir incluso clientela.

—Bueno, no quiero… A ver, yo sería de postres y tú…

—Me ha parecido una idea estupenda, Jenna —le corto—. Podríamos complementarnos.

Sonríe y continúa alegrándome el alma.

—El dueño me ha dicho que podría formalizarse todo el miércoles por la tarde, aunque el papeleo me llevará algo más de tiempo. A lo mejor puede estar funcionando todo después de las navidades —me anuncia ahora.

—Así puedes darte unas vacaciones; te las mereces.

—Había pensado…

Agacha la mirada un momento, como si no supiera cómo decirme lo siguiente.

—Lo que hayas pensado, me va a parecer bien —le aseguro.

Y de nuevo sonríe.

—Si tú estuvieras de acuerdo, me gustaría pasarme por el restaurante para no sé… Es que me encanta estar allí con vosotros.

—Está claro que al final voy a tener que contratarte hasta que hagas los papeles del nuevo negocio.

Ríe conmigo y volvemos a besarnos.

—¿Crees que es una locura? —pregunta ahora, algo preocupada—. Llevo aquí una semana y ya estoy pensando en venirme a vivir aquí, montar un negocio y… Temía que me echaras de casa en cuanto te lo dijera porque pensaras que estoy loca.

—Esto es Mist Rachs, Jenna, jamás pensaría algo así.

Frunce el ceño sin dejar de sonreír.

—¿Eso qué significa?

—Que aquí todo es posible. Las cosas funcionan de manera diferente y algo así es perfectamente normal. No tenías nada de lo que preocuparte.

—Pues sí —se queja con indignación—, porque nadie me explica qué le pasa a este pueblo, así que no entiendo nada. Y puede que me esté metiendo en un negocio e invirtiendo todos mis ahorros en un lugar que está sobre los restos de una central nuclear o vete tú a saber qué…

Me río con su nueva ocurrencia, pero su gesto me indica que necesita respuestas.

—¿Ya has pensado dónde instalarte? —le pregunto, acariciando su melena rojiza.

Y por su gesto de sorpresa, creo que a ese punto no había llegado.

—Me quedaré un tiempo más en el hotel y luego…

—Podría acompañarte a ver casas, aunque en Mist Rachs hay poquitas. Algún terreno en donde construir algo nuevo, pero…

—Construir algo sería a largo plazo —me dice pensativa—. Lo mejor es quedarme en el Timeless y luego no sé, puede que viva en el piso de arriba del local al principio.

—O también podrías venirte aquí —le propongo sin pensármelo más—. Hay sitio de sobra para los dos.

Ella se queda en silencio unos segundos, sopesando mi propuesta.

—No sé si… A lo mejor piensas que yo…

—No te preocupes por lo que yo pueda estar pensando, Jenna. Si no quisiera que vinieras a esta casa, no te lo habría propuesto. Hace cinco años no se me ocurrió siquiera mencionarlo, pero contigo…

Es cierto lo que decía esa leyenda. Tan parecido pero tan distinto…

—Quiero resolver todo la semana que viene —me dice—. Y después podría dejar el Timeless y… Venir… —Y mira a su alrededor—. ¿Venir aquí?

Asiento tan feliz que temo incluso asustarla con mi entusiasmo.

—Y yo ayer tenía miedo de que estuvieras incómoda cenando en mi casa.

Ambos nos echamos a reír y seguimos besándonos hasta que nos damos cuenta de que tenemos la cena a medio hacer y continuamos preparándola entre risas y planes de un futuro a muy corto plazo, pero futuro al fin y al cabo. Es cierto, habrá gente fuera de este pueblo que piense que es una locura. Y a lo mejor lo es, no voy a negarlo. Pero dejando a un lado el hecho de que estas cosas entran dentro de la normalidad de Mist Rachs, cuando alguien conoce a *la* persona, eso se sabe desde el principio. A algunos les cuesta un instante darse cuenta y a otros les lleva toda una vida. Yo no juzgaría a estos últimos, así que no me gustaría que me juzgaran por pertenecer a los primeros.

Y sí, por supuesto, podemos estar equivocándonos. Puede ser que las cosas vayan mal y nada salga como lo habíamos planeado. Pero eso sucede también con las decisiones que tomamos después de años de reflexionar sobre ellas. Nadie te puede asegurar que las decisiones que tomas a lo largo de tu vida van a llevarte a conseguir tus sueños, así que será mejor empezar a convertir en un sueño cada decisión que tomemos y vivirlo de esa forma.

Y si es una que me hace sentir tan bien, pienso saborear esa felicidad, pase lo que pase después.

XXII

Jenna

Puede que sea por la emoción de saber que por fin tengo en mente qué haré con mi vida a partir de ya mismo o porque estoy en Mist Rachs, pero hoy me ha salido una de las mejores sopas de marisco que he preparado en mi vida. Y no lo digo sólo yo. Philip ha dicho que va a tomar nota para prepararla de esta forma en el restaurante si yo doy mi consentimiento. ¿Todo va a ser así de sencillo y bonito con él? ¿No va a cambiar una vez que me instale en Mist Rachs y compartamos incluso casa? Sé que no sería algo rápido, que antes queda mucho papeleo por hacer, pero estoy emocionada porque en mi vida había pensado que podría llegar a regentar yo misma un negocio de restauración, además, cerca de alguien tan maravilloso como Philip.

Estamos comiendo unos dulces navideños frente a la chimenea, sentados en el mullido sofá, mientras charlamos de lo complicado que es siempre hacerse un hueco en el mundillo y de lo feliz que él se siente trabajando en Mist Rachs. Puedo percibir su felicidad y casi hacerla mía, imaginando que eso es lo que yo sentiré también al instalarme definitivamente en el pueblo. Mi vida va a dar un gran cambio y estoy emocionada pensando en ello.

¿Habré encontrado por fin mi lugar en el mundo en este pequeño pueblecito?

—¿Sabes qué es lo que más ilusión me hace de empezar a trabajar a tu lado? —Me hace un gesto con la cabeza para que se lo diga mientras sigue observando la mano que tiene sobre la mía, como si las estuviéramos midiendo—. Enterarme por fin de la receta de estas galletitas tan ricas que haces y repartes por todo el pueblo.

Se incorpora y me mira con los ojos abiertos de par en par.

—¿Perdón?

Empieza a reírse. Sus carcajadas se me contagian y acabamos ambos riendo juntos.

Apoyo la cabeza sobre su hombro con un suspiro después de una buena sesión de risas.

—Todavía no has decorado tu casa —le recuerdo.

—Cierto, ni siquiera me había acordado —responde.

—¿Tienes al menos adornos o los quemaste en una hoguera en mitad del pueblo hace cinco años?

Vuelve a reírse, aunque contesta más rápido esta vez.

—Los tengo todos en el sótano. Prometo ponerme a decorar todo el próximo fin de semana, que lo tengo libre. —Y me coge la barbilla para hacer que le mire—. ¿Me ayudarías?

Le doy un beso antes de contestarle.

—Prepara la escalera, porque vamos a decorar incluso el exterior.

—Eres toda una entusiasta de la Navidad —dice, divirtiéndose con mi emoción.

—Me gusta —y me encojo de hombros—. Pero reconozco que haber estado una semana en Mist Rachs ha hecho que la adore. En mi vida había estado en un sitio así, en el que hueles, ves… sientes tanto la Navidad. No entiendo cómo no tenéis más turismo.

—No buscamos tenerlo —me contesta—. Estamos bien como estamos.

—Pero si hubiera más gente que…

Me rodea con sus brazos, apretándome con fuerza fingida contra su pecho.

—Preferimos que los turistas lleguen con cuentagotas, pero que sean tan buenos como tú.

Levanto la vista y me quedo mirándole, queriendo contestar a eso. Es imposible. Tengo que acostumbrarme a que él siempre va a ganar en dulzura y romanticismo.

—El lado paterno ha hablado, ¿no? —bromeo.

Él comprende y ríe conmigo un segundo.

—No puedo evitarlo; lo llevo en los genes.

Nos besamos y no necesitamos decirnos nada más. A veces es cierto que sobran las palabras entre algunas personas. Me estoy dando cuenta estos días de que Philip y yo podemos estar juntos en silencio y sentir que eso no es ni mucho menos incómodo. Tiene algo de tierna complicidad. Podría quedarme de esta forma con él durante horas y no me cansaría ni sentiría que alguien tiene que hablar en algún momento.

Pero también las noches como la de hoy tienen que terminar.

¿O no?

—Ya se ha hecho tarde —le digo, consultando el reloj.

—¿Tienes que irte? —susurra, volviendo a acariciar mi mano entre la suya.

—Debería, ¿no? —Y levanto la vista para mirarle.

—Quédate, por favor —me pide, y puedo ver reflejadas en sus ojos las llamas que nos alumbran y calientan durante esta tranquila sobremesa.

Me besa mientras escuchamos crepitar el fuego ante nosotros como único sonido en esta noche en la que ha vuelto a nevar en Mist Rachs. Me besa y pierdo la noción del tiempo por completo. Las caricias se intensifican y nuestras manos se van colando por dentro de la ropa del otro. La tela va desapareciendo de nuestros cuerpos. Mis dedos comienzan a reconocer su piel palmo a palmo. Él se atreve a hacer lo mismo en mi cuerpo, poco a poco, como si fuera a asustarme si aumenta la velocidad.

Fuera ha comenzado a nevar de nuevo mientras en el rincón menos decorado de Mist Rachs todo empieza a brillar con una luminosa intensidad.

XXIII

Jenna

El sonido del agua cayendo en la ducha me va despertando poco a poco. Me cuesta todavía ubicarme, pero al cabo de unos segundos me acuerdo: sí, ayer me quedé a dormir en casa de Philip y fue la mejor noche de mi vida en todos los sentidos.

Hablamos, cenamos, hicimos el amor como no sabía siquiera que se podía hacer. Sentí que estaba tomando la decisión correcta quedándome en Mist Rachs, pero no por él, sino porque todo parece ir encajando en mi vida. Lo que antes creía que tenía que hacerme feliz y no lo hacía, lo he desechado y por fin estoy viviendo una vida que es mía, no lo que otros creen que tendría que ser.

Me ha costado llegar a este punto. Primero fueron mis padres que, al enterarse de que estudiaría cocina en vez de arquitectura, dejaron incluso de hablarme hasta el día de hoy. La estirpe de afamados arquitectos acababa en mí y eso no podían soportarlo, así que prefirieron hacer como si no habían tenido una hija.

Yo ya no existía para ellos.

Me fui de allí con lo puesto y trabajé duro para pagarme yo misma los estudios. Quería ser chef y quería ser la mejor, demostrarles a mis padres que había hecho lo correcto y que también se podía vivir bien en esta profesión. Ahí cometí mi error, uno más en mi vida. Comencé a trabajar y estudiar para ser alguien que creía que gustaría a otros, no para ser quien yo quería ser. En realidad, he sabido lo que quería cuando llegué a Mist Rachs y sentí que pertenecía a un sitio por fin, que todos mis esquemas caían al darme cuenta de que no me hacía feliz esa vida que muchos parecían envidiar. El mundillo me estaba tragando literalmente y tenía como opciones permitirlo o adaptarme a ellos y empezar a pisar a otros para que no me lo hicieran a mí. Pero yo no quería ser así. Quería ser exactamente como soy estando aquí. Despertarme y saber que, pase lo que pase durante el día, podré mirarme en el espejo con la dignidad y la conciencia intactas. Despertarme y darme una ducha mientras voy despejándome para vivir un nuevo día lleno de felicidad, rodeada de gente amable que te aprecia y te trata con respeto y cariño.

Despertarme y saber que he conseguido la vida que realmente quería vivir.

Philip da unos toques a la mampara de la ducha y dejo de enjabonarme para abrirle. Su pelo despeinado y sus ojos brillantes me dan una imagen de él natural y de absoluta familiaridad.

—Temía que te hubieras quedado dormida dentro —me dice el muy bromista.

—Se estaba tan a gusto con el agua calentita… —Y le miro con picardía—. ¿Quieres probarlo por ti mismo?

Sonríe de la misma forma que yo y en un segundo se quita la poca ropa que llevaba encima, metiéndose conmigo y cerrándonos allí dentro a ambos. Comienza a besarme en cuanto nuestros cuerpos se enredan.

El agua caliente sigue cayendo sobre nosotros mientras un nuevo día de mi nueva vida comienza.

Philip

¿No creéis que la Navidad es una época maravillosa? ¡Cómo no disfrutarla por completo si vivimos en Mist Rachs! El cielo está gris pero brillante, a punto de nevar de nuevo, los vecinos se saludan sonrientes al pasar y todo desprende un aroma especial en este hermoso segundo lunes de diciembre.

Quizás también influye el hecho de que Jenna va caminando conmigo, contándome lo que estuvo hablando con el dueño del local de al lado, explicándome sus planes de futuro e incluyéndome a mí en todos ellos de alguna u otra forma. Nuestras manos van entrelazadas en el bolsillo de mi abrigo para no pasar frío ninguno de los dos en el breve trayecto que hay desde mi casa hasta la puerta principal del restaurante, en donde dentro de pocos minutos dará comienzo el taller de postres navideños que ambos, junto con Gaston, vamos a impartir durante los siguientes tres días.

—Imagino que llamaría si no fuera a venir —me va diciendo Jenna al ver que llegamos a la puerta del restaurante y Gaston no está allí.

—Puede que haya considerado poco interesante un taller de un pueblo y no se haya molestado siquiera.

—Aunque fuera así, mi ex jefe va a seguir utilizándole para que firme los papeles.

—Podrían enviártelos de alguna forma.

Ella niega con la cabeza.

—No creo que tengamos la suerte de no verlo estos días en Mist Rachs.

Saludamos a todos los que nos están esperando en la puerta, expectantes y asombrados al vernos llegar juntos a esas horas y, además, de esta forma tan íntima.

Saco las llaves ante la mirada de todos ellos, que se arremolinan a nuestro alrededor con tosidos varios y risitas veladas, o no tan veladas.

—Os estamos escuchando —les aviso, consiguiendo que se rían más abiertamente cada vez.

Abro la puerta del restaurante y dejo pasar a todo el mundo por fin.

—¿Donde siempre? —pregunta Massie, una de las primeras que ha entrado.

—Ya sabéis todos el camino, sí —les digo, haciéndoles un gesto con la mano para que suban al piso de arriba, donde ya está todo preparado para empezar.

—¡No tardéis mucho en subir! —escuchamos que nos dice Sally mientras camina con el resto hacia las escaleras.

Jenna y yo nos miramos y aguantamos una carcajada por aquello. Me mira con ojos brillantes y sonríe de forma contagiosa.

—Creo que lo saben —me anuncia.

—No lo dudes —le respondo y temo durante un segundo ante su posible reacción—. ¿Estás bien con eso?

—Claro que estoy bien con eso, Philip —contesta sin pensarlo siquiera, con media sonrisa burlona—. ¿Y tú? Puede que no te haga gracia que tus vecinos sepan desde el primer día que…

—Ellos lo saben incluso desde antes de que sucediera.

Como si ambos intuyéramos qué va a hacer el otro, nos cogemos por la cintura a la vez y comienza a moverse levemente hacia los lados. Sigo su movimiento con mis manos sin soltarla y nos besamos una vez más.

—Todavía siento ese cosquilleo en la nuca —me explica.

—Yo también; es buena señal.

—¿Siempre será así? Porque me medio mareo cuando pasa, y como un día tenga el hierro bajo…

Río junto a ella, comenzando a caminar nosotros también hacia el piso de arriba mientras más gente llega al restaurante. Preveo que este taller va a ser no solamente interesante, sino el más divertido que haya habido hasta ahora en Mist Rachs. Cuando dos personas se

complementan tan bien como Jenna y yo, las cosas se desarrollan de esa forma también en lo laboral. Porque la felicidad consigue que todos los aspectos de tu vida se vean afectados.

Comenzamos un taller especial sin tener noticias de Gaston, algo que no me molesta en absoluto y parece que a Jenna no le importa tampoco en exceso. Los asistentes ni siquiera preguntan por él, solamente charlan animados antes de que nosotros empecemos a hablar. La atención es absoluta y el buen ambiente excepcional.

Es cierto que nunca dejé de disfrutar con mi trabajo, pero siento que a partir de ahora va a ser incluso mejor.

Jenna

—Pero no puede ser posible —insiste Olive—. ¿Cómo vas a echarle sal a un postre dulce?

—Suele hacerse en algunos casos —sigo explicando—. No es lo habitual, pero no os sorprendáis con este tipo de cosas. Cocinar es experimentar y crear, así que no tengáis miedo de hacer vuestras propias mezclas, aunque la gente os diga que no es posible.

Olive sonríe con mi explicación y todos aplauden, no entiendo por qué.

—Sería genial si tuviéramos a alguien como tú en Mist Rachs haciendo postres —dice Marie, que sigue intentando que su masa quede homogénea. Y al darse cuenta de lo que ha dicho, intenta rectificar mirando a Philip—. Espero que no te moleste, hermanito.

Él se echa a reír y me mira con una hermosa sonrisa mientras continúa ayudando a la gente con sus respectivas masas para hacer galletitas navideñas.

—Jenna es una chef de postres increíble y yo un afortunado si quisiera colaborar profesionalmente conmigo —les dice a todos sin dejar de sonreír.

Me quedo embobada mirándole en cuanto me llama chef. Eso es tan… tan… La gente sigue con sus *oh* y sus risitas cuando Philip da por concluida esta primera sesión del taller, animándoles a que se lleven a casa lo que hoy han conseguido hacer y traten de practicar allí también.

—Creo que necesitamos un café para que nos pongas al día —me comenta Loreen con una sonrisa cuando va a salir de la sala.

—Me apunto a ese café —dice Olive—. Necesito tener las dos versiones de la historia y prefiero empezar con la tuya.

Philip la escucha, pero no le contesta. Solamente ríe en bajo, meneando la cabeza. Levanta la vista y me mira, guiñándome un ojo.

Todas han visto esto, por supuesto, y se van emocionadas de allí, haciéndome prometer que nos tomaremos un café para que les cuente lo que está pasando.

En cuanto la sala se queda vacía, ambos nos acercamos y nos abrazamos, como si sintiéramos alivio porque el primer día hubiera terminado. En realidad tenía ganas de poder abrazarle de esta forma, de besarle como hago ahora y de sentir su pelo entre mis dedos.

—Tenía tantas ganas de abrazarte… —es lo primero que me dice.

—Se está bien así —reconozco—. Oye, gracias por lo que has dicho. —Parece no saber a lo que me refiero, así que especifico algo más—. Me llamaste chef y dijiste que… Esas cosas no suelen hacerse en el mundillo.

—No he mentido. Y creo que la gente va a volverse loca de contenta cuando les cuentes tus planes.

Un nuevo beso pausa nuestra conversación durante unos segundos.

—A lo mejor se lo cuento a las chicas cuando quedemos a tomar un café.

—Voy a escuchar sus gritos de emoción desde la cocina.

Río con él y volvemos a besarnos, aunque esta vez dura menos que el anterior.

—¿Tienes ahora el turno de comida? —le pregunto con pena.

—Durante el taller hago menos horas —me explica—. Me paso por allí, a veces hago mis platos y luego me voy a descansar. —Acaricia mi mejilla mientras sigue hablando—. Creo que esta vez voy a ver cómo se desenvuelve Rudolph y les dejo que se manejen solos, que saben bien lo que hacen. ¿Tú qué tienes que hacer ahora?

—Voy a hablar con el dueño del local y poco más.

—¿Quieres que nos veamos luego? —propone con emoción, como si el plan no le importara con tal de vernos—. Solamente voy a abrir el turno de cenas y me voy.

—Si quieres, podemos ir a dar una vuelta por el mercadillo, cenar algo…

—Y, ¿qué más? —pregunta con una reveladora sonrisilla.

—No estoy pasándome por el hotel para nada estos días —le recuerdo entre besos y risas.

—Necesito ayuda para decorar mi casa.

—¿Vas a decorar la casa de noche?

—Cualquier momento es bueno para que comience la Navidad.

Qué listo es.

—Pero mañana sí duermo en el hotel —le advierto como puedo, porque no he terminado la frase todavía cuando sus labios se pegan a los míos.

Ojalá mañana se nos ocurra alguna otra excusa para no cumplir mi promesa.

XXIV

Jenna

Una coqueta cafetería, una mesa repleta de chocolate caliente, té, vino especiado y dulces navideños, una tarde fría y gris invernal, un paseo por el mercadillo y nuevas amigas con las que he estado hablando y riéndome todo el rato. ¿Alguna vez había conectado así con alguien? Hasta ahora puede que haya tenido amistades vacías, por compromiso, de esas que te llaman para quedar por obligación y ni siquiera tienes que darles una excusa creíble para cancelar la cita, porque esa persona tiene las mismas pocas ganas de quedar contigo que tú con ella. Mi vida ha sido muy triste hasta llegar a Mist Rachs.

Antes no lo sabía, pero ahora no podría vivir sin todo lo que he encontrado aquí.

Llevamos desde las seis de la tarde, hora a la que todas podían sacar un hueco, Loreen, Olive, Marie, Sally y yo tomando algo mientras nos ponemos al día con nuestras cosas. Sí, en una semana aquí ya conozco las vidas de mucha gente de Mist Rachs mejor que las de mi propia familia. Ellas me han preguntado por Philip, por supuesto, y parecen estar tan felices como yo por lo que está pasando. Me han emocionado más de lo que estaba antes de hablar con ellas. ¿Cómo no querría volver a repetir una tarde así cada día? Ahora entiendo mejor lo que veía al principio y me resultaba tan extraño: aquí las personas, si te dicen que tenéis que quedar, lo hacen de verdad, nunca utilizan frases del estilo para quedar bien. Eso no es algo que pueda darse en Mist Rachs, porque realmente quieres ver y hablar con esas personas a las que les dices que tenéis que quedar. Suena algo absurdo que me asombre esto, pero no puedo evitar sentirme emocionada porque por primera vez me está pasando algo así a mí.

—Pero cuando tú tengas que irte…

Olive ha dicho lo que yo creo que en el fondo todas temían decir para no estropear esta tarde. Las otras tres me miran apenadas, esperando que yo responda a eso.

—Irme, ¿a dónde? —le digo yo.

—Bueno, aquí sólo estás de paso, ¿no? —contesta Olive.

—De eso también quería hablaros —les anuncio. Las cuatro se detienen en el acto, mirándome con gran intriga—. El miércoles por la tarde seguramente firme el contrato de compraventa del local que hay entre Chas y Philip.

—¿Cómo? —exclama primero Olive.

—¿Eso significa que…? —comienza a decir Sally mientras Marie y Loreen se miran con emoción contenida.

—Significa que me quedo —digo por fin—. Quiero abrir una tiendecita de postres y…

No soy capaz de seguir hablando, porque todas se tiran encima de mí y me abrazan tan fuerte que me cortan la respiración. Río y me emociono con su emoción, y les pido que me dejen al menos coger aire hasta mañana que firme, y todas volvemos a reír y a abrazarnos, como si fuéramos amigas de toda la vida que acaban de enterarse de que nunca van a tener que volver a separarse.

—Entonces, ¿vas a irte del Timeless? —pregunta Sally, mirándome a mí y luego a Loreen, soltándome poco a poco.

—Pues… Eso todavía no es definitivo.

—Pero dijiste que con Philip te iba genial —dice Olive, como si no comprendiera mi respuesta.

—Sí.

—¿Entonces? —insiste, con las palmas hacia arriba, riéndose.

Loreen se echa a reír al creer que no estoy comprendiendo lo que Olive quiere decirme. Y sé a lo que se refieren. Lo que no sé es si debo decírselo ya o esperar un poco más.

—Creo que pensó que ibas a irte a vivir con Philip —me explica.

—A ver, yo quiero estar con él y ambos estamos genial juntos.

—¿Ves? —me interrumpe Olive—. Pues ya está, ¿no?

Ahora es Marie la que se ríe, acariciando la cabeza de su hermana.

—Olive, la gente necesita sus tiempos —le dice—. Deja que ellos se organicen como quieran.

—Pero esto es Mist Rachs —insiste ella—. No es como si tuvieras una relación en la ciudad. Cuando aquí…

—Olive, cariño, te hemos entendido —dice Sally con tono algo nervioso para detener la verborrea de Olive.

—¿Qué es lo que ibas a decir, Olive? —pregunto yo.

—No, nada —se apresura a responderme, aunque no muy convencida—. Es que aquí en Mist Rachs todo es… diferente. Sólo eso.

—Algún día espero yo también enterarme de lo que parece que sucede en este pueblo, pero que nadie me está queriendo contar.

No he intentado que suene mal lo que he dicho, pero creo que las cuatro han comprendido que ese punto es algo molesto para mí. Puede que en realidad me inquiete no saberlo porque no me siento totalmente integrada en el lugar a causa de eso. Sí, hace solamente una semana que estoy aquí. Entiendo que estéis pensando que me he vuelto completamente loca, pero no sé explicar todas las sensaciones que tengo desde hace siete días, lo siento, lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

—Creo que dentro de poco irás comprendiendo lo especial que es este lugar —me dice con cariño Loreen, entendiendo mi pequeña frustración.

—Aunque los motivos ni siquiera yo los sé y he nacido aquí —añade Olive, de repente también algo frustrada.

—¡Olive! —le dice Marie, echándose a reír con todas.

—¿Qué? Es verdad —sigue diciendo Olive, primero mirando a las tres y luego a mí. Se encoge de hombros y sonríe, contagiándome su gesto.

Sally me da un apretón con su brazo y luego besa en la cabeza a Olive.

—Gracias por hacerme ver que no soy yo sola la que no entiende nada a veces —le digo con sinceridad a Olive mientras el resto sigue hablando de las delicias del pueblo.

—Es la verdad —me contesta—. No siempre se comprende todo en esta vida, pero cuando algo es bueno, yo prefiero disfrutarlo.

Y entiendo a la perfección lo que me quiere decir. Y sí, sé que tengo que empezar a disfrutar más y preocuparme menos. Es algo que me parece que me costará más que lanzarme a comprar un local en un pueblo que acabo de conocer, pero trataré de conseguirlo.

Suena mi teléfono y siento un pinchazo de malestar al ver el nombre de Gaston en pantalla. Cojo la llamada y todas se adelantan unos pasos para dejarme hablar mientras siguen charlando entre ellas.

A lo mejor estos detalles se los enseñan en el colegio y por eso todos son así.

—Dime, Gaston —contesto de mala gana.

—No demuestres tanto entusiasmo, que me abrumas —me responde.

—Estoy ocupada, dime —le insto.

—Bueno, bueno. Era para disculparme por no haber podido ir hoy al taller.

—Ah, vale.

—¿Y ya? —dice con indignación—. Estuve horas intentando llegar, ¿sabes?

—No está tan lejos.

—La nieve no me dejaba pasar —me explica. Y por su tono frustrado, parece estar diciendo la verdad—. Los agentes no hacían más que desviarnos y no era capaz de entrar al pueblo por ninguna parte.

—Bueno, no pasa nada, Gaston.

—Mañana me acaban de decir que seguirán cortadas las carreteras, que vuelva a intentarlo el miércoles.

—No hace falta que entonces vengas.

—Pero quiero ir —insiste—. Y además, tengo que llevarte el contrato que Alex me ha dado para ti.

—Puede enviármelo por correo.

—Y también tengo que contarte algo de lo que me he enterado sobre el chef Philip.

Lo dice con tono de puro cotilleo y me ha dado bastante asco.

—No me interesa, la verdad.

—Haces bien porque el tipo es bastante…

—Digo que no me interesa lo que me tengas que contar de él.

—Ah. —Parece cortado en un primer momento—. Bueno, puede que no te interese él tampoco en cuanto te cuente lo que Jazmin me ha…

—Menos aún me interesa lo que Jazmin opine de él, Gaston, déjalo.

—Bueno, no es solamente una opinión.

Vale, reconozco que muy dentro de mí sí que me ha intrigado, pero conociendo a Gaston y a Jazmin, puede ser cualquier idiotez. Y de todas formas, me digan lo que me digan sobre Philip, ni mi opinión ni mis sentimientos hacia él van a cambiar.

—Olvídalo, Gaston —concluyo—. Si el miércoles puedes venir y traer el contrato, bien. Si no, dile a Alex que me lo envíe él y ya le echo yo un vistazo aquí y se lo mando de vuelta.

—Bueno, pues muy bien, tú sigue así, pero como continúes apretando tanto, a lo mejor te acabas quedando sin nada.

Me cuelga sin despedirse, el muy maleducado, pero vuelvo a escuchar con claridad a las chicas reírse delante de mí por alguna nueva anécdota que están comentando y olvido por completo a Gaston, la llamada y todo lo turbio que hay alrededor de ese tema.

Doy unos pasos rápidos hacia ellas y vuelvo a su lado.

—Lo siento. El pesado de mi ex, que hasta el miércoles a lo mejor no me puede traer unos papeles —les digo.

—Y te veo devastada por el dolor de no verle hasta entonces —comenta Olive con voz profundísima, haciéndonos reír a todas una vez más.

Ojalá hubiera conocido antes este pueblecito. Mi vida habría sido muy distinta, pero puede que las cosas sucedan por algo y el momento perfecto para ello fuera ahora.

Ni antes ni después.

Philip

—Que ya puedes irte, pesado, que ya ves que Rudolph se ha hecho enseguida con el trabajo —me repite Erik entre risas.

—¿No has quedado hoy con Jenna? —me pregunta André antes de salir a sala de nuevo con la bandeja llena de primeros platos.

—¿Seguro que no preferís que me quede un rato más?

—Que no, pesado, ¡que te vayas ya! —dice Jo dándome un empujón mientras todos, incluido Rudolph, se ríen de mí, no conmigo, aunque yo también esté riéndome.

—Ya has hecho entrar a Jenna porque tú no eras capaz de irte —se queja Erik, mirando hacia la puerta de la cocina.

Me giro y la veo allí, tan sonriente y feliz, con sus ojos brillando al mirarme. Su pelo rojizo coronado con un gorro azul ilumina la blanca e impoluta cocina. Frota sus manos y se las acerca a la boca para templárselas con algo de vaho caliente sin dejar de mirarme.

Mi cuerpo se acerca al suyo en el acto y beso sus labios un instante, lo justo como para que todos me recuerden que hoy aquí sobro y que me vaya de una vez, provocando la risa de Jenna.

Cedo y salimos del restaurante para regocijo de todos ellos. Ni que fueran a aprovechar mi ausencia para hacer alguna travesura cual niños pequeños.

Comenzamos a caminar hacia los puestos del colorido mercadillo navideño de la Red Avenue, agarrando la cintura del otro y sintiéndonos como en casa. Unas hora sin Jenna y ya estaba deseando poder estar de esta forma de nuevo con ella.

—¿Qué tal? —le pregunto—. ¿Novedades con el local?

Ella me mira para responder.

—El miércoles por la tarde ya firmo definitivamente —me anuncia con ilusión.

La abrazo tan contento como ella por la noticia y un nuevo beso interrumpe nuestra conversación.

—Ya casi eres parte de Mist Rachs por completo.

—Y entonces espero poder conocer todo lo que aquí sucede —dice de forma misteriosa.

—¿Qué es lo que…?

—Es que la gente da por hecho que este pueblo es como si tuviera sus propias normas de la naturaleza y no llego a comprender…

Vuelvo a abrazarla, riéndome con su tono frustrado.

—Eso se va comprendiendo poco a poco —explico—. No es que haya un manual para nuevos vecinos del que haya que examinarse antes de vivir aquí.

Ella me hace un gesto burlón, aguantando la risa.

—Ya sabes a lo que me refiero —insiste—. Las leyendas, las cosas extrañas que… A ratos siento que llevo en este pueblo toda mi vida y de repente es como si no comprendiera nada sobre él.

—Bueno, así nos sentimos todos los que vivimos aquí.

—Pero las leyendas…

Vuelvo a reírme y seguimos caminando.

—Reconozco que nos gustan las leyendas, sí. No hay tampoco un libro de leyendas que pueda dejarte, pero puedo ir contándote algunas si surge la…

—¿Qué era eso de los cinco días o los cinco meses o…?

—Qué memoria la tuya —reconozco.

—Cuando quiero y me interesa.

Jenna se encoge de hombros con gesto de no haber roto nunca un plato, esperando una contestación.

—Esa leyenda en concreto cuenta la historia de un hombre del lugar que conoció a una encantadora mujer que estaba en el pueblo de paso —comienzo a contarle—. Se enamoró, pero no había llegado el quinto día de la estancia de ella en el pueblo cuando él se dio cuenta de que

se había ido sin despedirse siquiera. Se acabó enterando de que esa mujer solamente había venido al pueblo a coger ideas para su propio negocio. —Suspiro, tratando de que no se me note afectado—. Aquel hombre quedó muy tocado por ese hecho. Y no fue hasta después de cinco años cuando otra mujer apareció en Mist Rachs. Ella sí albergaba buenas intenciones. Se conocieron, se enamoraron esta vez ambos y… Bueno, ella sí se quedó más de cinco noches. Aquí suelen decir una frase que resume la leyenda: cinco días frente a cinco años para que algo que parece igual pero es totalmente distinto suceda por fin.

He intentado omitir las partes que pudieran ser… sospechosas. No quiero influirle tanto como para que ella sienta de forma inconsciente que tiene que cambiar algo por esta leyenda. Y creo que contada así le ha gustado de todas formas por cómo me sonríe ahora.

—Esa chica… —comienza a decirme—. La que conociste hace tiempo… ¿Hace cinco años?

—Exacto.

—Ella… ¿No se quedó cinco noches?

Creo que ha comenzado a entender por qué no se lo he contado antes.

—Fueron cuatro noches exactamente.

—Yo llevo aquí una semana.

Sonrío y beso sus labios un instante antes de continuar hablando.

—Sí, una semana ya.

—Entonces…

Parece que tiene miedo de sacar la conclusión que está pensando. Al menos sonríe y eso creo que es que no le molesta todo esto.

—Dejemos que todo siga su curso, ¿te parece? —le propongo y ella asiente, aliviada por no tener que hablar ahora de eso.

Hemos llegado ya al mercadillo y el olor a naranja, canela y comida navideña nos envuelve a ambos, atrayéndonos más hacia allí.

—Hoy prometiste que decorarías la casa —me recuerda, haciéndome reír.

—Sí que tienes memoria.

—Cuando quiero y me interesa —me vuelve a decir como hace un momento.

—Luego nos vamos a casa y al menos sacamos todo lo que tengo en el sótano —le prometo.

Ella se apoya en mi hombro y seguimos caminando entre los puestos del mercadillo, saludando a varios vecinos que nos encontramos por allí, pero al cabo de unos minutos, Jenna se detiene y me mira.

—¿Por qué cinco días? —pregunta con el ceño algo arrugado, como si llevara un rato pensando en ello.

—¿Cómo que…?

—Sí, ¿por qué hay gente que no se queda más de cinco días y otros que sí, y por qué parece ser eso lo que determina si…?

—Creo que para eso había otra leyenda —le contesto pensativo—. Si me acuerdo de ella, te la cuento, te lo prometo. —Y beso de nuevo sus labios.

Jenna vuelve a sonreír y continuamos con nuestro paseo.

—Ya te volveré a preguntar yo sobre ella.

La miro y veo que está sonriendo. Se gira hacia mí y ambos comenzamos a reírnos.

Cierto, ella lleva aquí ya más de cinco días y eso es algo que en Mist Rachs no suele fallar. Salvo cuando…

Pero todo eso puede esperar. Ahora quiero disfrutar de esta noche con Jenna, pasear junto a ella, hacer unas compras y volver a casa a cenar. Sacar los adornos navideños que hace años guardé en el sótano y volver a sentir ilusión por la Navidad también dentro de mi hogar.

Sí, todo llega, aunque haya necesitado cinco años de prórroga. Pero sé que va a merecer la pena.

XXV

Jenna

—Y ahora coloco el macaron encima de la crema y… Ya está. Faltaría decorarlo, pero eso es más rápido.

Acabo de hacer mi postre junto a Philip. Llevamos en la cocina de su casa desde que llegamos hoy del restaurante y ya se nos ha pasado la hora de cenar, pero mientras se horneaba todo, hemos preparado algo rápido para ir comiendo durante el proceso. Y sí, mi postre ha quedado perfecto: crujiente y esponjoso a la vez. Hice toda una bandeja, así que tenemos postre de aquí a que termine la semana; no se podrá quejar.

—Confieso que pensé que iba a empaparse la parte de abajo en cuanto la crema lo tocara, pero has conseguido la consistencia perfecta —reconoce, analizando a fondo mi pequeño pero delicioso postre mientras yo sigo colocando los macarons rellenos de tortita de colores y diferentes sabores encima de la bolita de crema de color inverso.

—Aun así, sigo sin saber qué le falta para ser perfecto —reconozco con desazón.

Es que algo falta. ¡Algo falta! Un detalle, un ínfimo y pequeñísimo detalle que marque la diferencia y que sorprenda. Porque sí, este postre puede fascinarle a alguien que entienda de cocina y sepa lo complicado que puede ser el proceso de creación. Pero yo quiero que, quien vaya a comer mi postre, también se sorprenda con él.

Y no soy capaz de dar con ello.

—Pues estamos a martes y el concurso es este viernes —me pica Philip, sonriendo.

—Lo sé, lo sé —Froto mi cabeza, algo desesperada—. Quiero que sea algo sorprendente y a la vez sencillo de hacer para que el proceso no se dificulte, que incluso la gente pueda intentar replicarlo en su casa, pero sigo bloqueada.

Resoplo, echándome hacia atrás un instante. Es bastante frustrante cuando esto sucede. Es como cuando tienes una palabra en la punta de la lengua y sabes cuál es, pero no eres capaz de decirla. Hasta que no te sale, no puedes dejar de pensar en ello, sintiendo una punzada de malestar mientras tanto. Con esto me pasa lo mismo. Sé que está ahí el toque, delante de mí, pero no consigo verlo.

Philip agarra mi cintura y besa mis labios, apartando los mechones de pelo manchados de harina y azúcar que se han soltado de mi trenza.

—Vas a dar con ello —me asegura con tono dulce y cariñoso—. Puede que comiendo varios de estos, te llegue la inspiración.

Atrapa un macaron y va a llevárselo a la boca cuando le freno al instante.

—¡Así no sabe igual! —le advierto—. Tienes que probarlo junto con la crema y todo lo demás.

—No me va a caber en la boca entonces.

Río con él por su ocurrencia y volvemos a besarnos. Deja el macaron en donde estaba y me abraza más fuerte, acariciando luego mi nariz con la suya.

—Mañana supuestamente viene Gaston.

Echa la cabeza hacia atrás y cuando vuelve a mirarme, veo que sonríe.

—Qué forma tan original tienes de destrozar un momento romántico —se queja, haciéndome reír de nuevo.

—Perdón, es que estoy nerviosa —me disculpo.

—No sé si con eso pretendías arreglarlo, pero…

Le doy un pequeño empujón para que deje de reírse.

—Tiene que traer ese contrato y estoy casi segura de que no me va a gustar lo que voy a leer en él.

Y parece que por fin me he conseguido explicar, porque en el acto deja de reírse.

—No tienes por qué firmarlo, Jenna. Si no te gusta…

—Lo sé, lo sé. Es sólo que… —Suspiro, tratando de organizar mis ideas antes de contestar—. Me va a hacer sentir mal. Será la confirmación de que he tirado cinco años de mi vida a la basura porque nadie allí me respetaba siquiera. Ese papel que va a traerme, en el fondo sé desde el principio que va a ser humillante de leer.

Me duele reconocerlo en alto, pero quería hacerlo. Llevo días sintiéndome mal al pensar en el momento en el que tenga que leer eso. Ahora, al menos, he compartido mi dolor con alguien que sé que comprende lo que puedo estar pasando y eso hace que me sienta un poco más aliviada.

—No lo leas siquiera —me dice—. Dile que no te interesa sin más.

—Siempre me quedaría la duda de… No, prefiero corroborar que son unos imbéciles. Bueno, que eso ya lo sé, pero darme cuenta una última vez.

Menea la cabeza con media sonrisa y sé que entiende mi punto de vista.

—¿Le llevarás el contrato a Lia al final? —pregunta.

—Sí, en cuanto lo tenga en mis manos es lo primero que haré.

—Puede que en realidad no sea tan malo.

Le miro y no necesito decir con palabras lo que pienso sobre eso.

—A lo mejor te lo enseño a ti delante de él y así se va a toda prisa del pueblo.

Philip se echa a reír.

—¿Por qué haría eso el gran chef Gaston? —bromea con un tono grave en la voz.

—No te tiene en alta estima.

—Sinceramente, creo que es sólo que me considera un ser inferior. Bueno, como al resto de seres vivos que habitan este mundo.

—No seas tonto —le digo entre las risas de ambos—. En serio, no sé por qué, pero muy bien no le caes. De hecho, creo que ha estado cotilleando por ahí estos días.

—Ah, ¿y eso?

—No sé, me dijo que tenía que contarme algo de ti que le había contado Jazmin, pero no quise saber nada. —Y le explico—: Jazmin es una cocinera de su restaurante a la que tienen como lo más del mundo. Personalmente me parece una pedante y no le veo la creatividad que el dueño o Gaston ven en ella, pero…

—Ya veo.

Parece no estar muy a gusto con este tema.

—¿Al gran chef Philip no le gusta que cotilleen sobre él? —pregunto, imitando el tono de voz que él puso antes para hablar de Gaston.

Sonríe algo forzado, pero me da un beso.

—En realidad, estaba pensando en que tenemos todavía mucho que decorar en esta casa.

Me da un suave mordisco en el cuello, empezando a jugar conmigo y a hacerme cosquillas hasta que nos ponemos a decorar otra vez. Ayer sacamos todo del sótano, pero ya era muy tarde para decorar y estábamos muy cansados. Hoy puede que, mientras terminamos los postres que acabamos de hacer, podamos colocar al menos el árbol de Navidad en el acogedor salón del fondo del pasillo. O puede que lo dejemos a medias y acabemos haciendo el amor de nuevo frente a la chimenea encendida, sobre la cálida alfombra mullida que hay frente a la misma. También puede que pasemos toda la noche hablando de mil cosas tranquilamente

mientras preparamos de vez en cuando algo rápido y sencillo para picar. El plan no importa si se lleva a cabo en buena compañía.

Y Philip es la mejor compañía que podría tener.

Philip

Creí que iba a decirme que sabía todo. Por un segundo pensé que tendría que enfrentarme a mi pasado de una vez. No fue así. Jenna no lo sabe. Todavía. Puede que Gaston venga decidido a contarle lo que sabe o, mejor dicho, lo que cree saber. ¿Tendría que explicarle todos los detalles de la historia? Imagino que cuanto antes, pero me resulta incómodo hacerlo de manera forzada porque su ex quiera marcar los tiempos. Me gustaría hablarle de ello más adelante, en una charla de las nuestras, tranquilamente, con un té con especias en las manos y al calor de la chimenea. No quiero tener que hablar de ello a trompicones y con prisa.

O puede que ya lo sepa. Porque a estas alturas no es que sea un gran secreto, la verdad. Tiene las pistas suficientes como para atar cabos o, al menos, acercarse a la totalidad de la verdad. Si no lo ha hecho, será que ni siquiera tiene la necesidad de indagar en mi vida más allá de lo que yo le voy contando. Eso me gusta de ella: deja que sea yo quien vaya abriéndome y no trata por todos los medios de saber lo que a lo mejor no estoy todavía preparado para desvelarle.

Sí, tengo que hablar con ella y contarle los detalles que todavía no le di. Tengo que hacerlo algún día y puede que no tardando mucho. Pero hoy no. Hoy solamente quiero seguir adornando la casa, volviendo a vivir el ambiente navideño que tanto me gustaba hace años.

Y mañana será un nuevo día cargado de más esperanza.

XXVI

Jenna

—¿Qué sigues escondiendo en ese cuadernito que te llevas a todas partes?

Philip se sobresalta cuando le descubro anotando algo justo antes de empezar el taller. He salido un momento fuera por si Gaston estaba en los alrededores y al entrar le he visto anotar algo con mucha rapidez, la misma con la que ha guardado en el bolsillo esa pequeña libreta verde y roja en cuanto le he hecho esa pregunta. Llevo días viendo ese cuaderno y me hace gracia que oculte tanto su contenido.

—Es un secreto —me responde por encima del barullo de la gente, que ya está en sus puestos charlando entre ellos mientras esperan a que empiece el último día del taller—. ¿No estaba fuera?

Niego con la cabeza.

—Puede que a la salida.

Acaricia mi brazo y me sonríe.

—Tranquila, ¿de acuerdo? En unas horas serás la propietaria de un precioso local en el que pondrás tu fantástica tienda y todo esto será un breve período de tu pasado, nada más.

Cojo aire, lo suelto lentamente y aprieto su mano para indicarle que me encuentro mejor gracias a sus palabras.

—Bien, empecemos ahora el taller y luego ya seguiré martirizándome y haciendo drama por esto.

Philip sonríe y vuelve a acariciar mi brazo, extendiendo esa caricia ahora a mi barbilla.

—Si en cualquier momento necesitas salir…

—Prefiero distraerme aquí dentro —le aseguro.

Entra en ese momento Andy, un chico que hace pocos meses se mudó a Mist Rachs con sus padres, alumno del taller, y se dirige a nosotros después de haber echado un vistazo a la sala, hoy ya completamente decorada con motivos navideños.

—¡Ha quedado todo increíble! —nos dice con entusiasmo. Y se dirige a Philip con gesto contrariado—. Pensé que no celebrabas la Navidad.

El lunes en esta sala había los adornos justos y necesarios para que se supiera que iba a ser un taller de postres navideños, pero ayer, al terminar al mediodía, Philip se decidió a decorarlo absolutamente todo, tanto esta sala como el piso de abajo, cocina incluida. Estuvimos un buen rato pero mereció la pena.

Philip me mira y sonríe conmigo antes de contestar.

—A veces las cosas cambian en un pestañeo, Andy —le responde sencillamente.

—Y ha sido para bien —le dice él, volviendo a mirar a su alrededor mientras se aleja para colocarse en su sitio.

Vuelve a mirarme Philip y su sonrisa se agranda.

—Y tú, ¿qué crees? —pregunta—. ¿El cambio ha sido para bien?

—Yo creo que no has cambiado: sólo has vuelto a ser el que siempre fuiste.

Se me queda mirando unos segundos sin saber ni qué decirme. Sus ojos se mueven con rapidez sin apartarse de los míos y la sonrisa los alcanza.

—Agradezco a Mist Rachs, al azar o a la Providencia que hayamos coincidido por fin en esta vida —me susurra mientras acaricia una de mis manos.

—¿Aunque no sea capaz de dar con el toque final de mi postre?

Ríe encantado con mi queja.

—Aunque tardes en dar con ese toque final —especifica—. Y ahora, empecemos o acabarán dando ellos el taller.

Río con él unos segundos y miramos al frente, en donde todos están ya más que preparados para que comience el último día del taller. Hoy prepararán algo original cada uno de ellos con los conocimientos que tienen y nuestra ayuda. Va a ser divertido y tengo muchas ganas de ver lo que la gente es capaz de hacer con un par de mañanas de taller.

Y lo demás… Puede esperar.

Los colorantes alimentarios rojo, blanco y verde casi se acaban en la recta final. Por lo demás, ha sido un último día de taller genial. La gente se ha reído y ha disfrutado haciendo todo tipo de galletas, caramelos y hojaldres rellenos de todo lo inimaginable. Desde los típicos postres, dándoles un toque de color con decoración navideña, hasta platos inventados sobre la marcha. Algunos incluso han podido comerse al terminar. Otros… Ni los creadores se han atrevido. Pero todos coincidieron en que iban a seguir intentando hacer nuevas creaciones en sus casas durante estas fiestas. Nos han pedido que hagamos algún otro taller, pero Philip y yo nos hemos mirado y como respuesta sólo han obtenido una sonrisa. Quién sabe si algún día impartiremos más talleres juntos. Con lo que me he divertido en estos tres días, yo empezaría otro mañana mismo.

Philip agarra mi cintura en cuanto sale la última persona de la sala. Rodeo su cuello con mis brazos y le beso esos sonrientes labios que se colorean de rojo en cuanto rozan los míos.

—No ha estado mal la experiencia, ¿verdad? —me dice.

—Nada mal.

Y vuelvo a besarle.

—¿Querrás entonces repetirla?

Me hago la dura unos segundos, echando la vista hacia el techo. Philip hace como si muerde mi cuello, comenzando ambos a reírnos.

—Vale, vale, si me lo pides así…

—Ah, que había que mordisquearte el cuello para convencerte de las cosas. Y yo intentando tener inocentes citas contigo para que te quedaras en Mist Rachs, vaya.

De nuevo nos reímos hasta que volvemos a besarnos con más calma, pero el momento se ve interrumpido por el sonido de la puerta de la sala al abrirse de golpe. Ambos miramos hacia allí y vemos a un cohibido y asombrado Gaston que no sabe ni qué hacer ni qué decir. Miro a Philip un instante antes de dirigirme a mi ex.

—Vaya, Gaston, ¿ya pudiste llegar? Mira que te ha costado.

Gaston por fin parece que reacciona. Se yergue y carraspea un poco, centrándose en mí.

—Sí, parece que despejaron por fin la nieve de esta parte de la carretera.

—Está nevando bastante estos días —comenta Philip cuando nos desenganchamos el uno del otro.

—Sí, bastante —responde de forma mecánica Gaston sin tan siquiera mirarle.

—¡Bueno! —exclamo—. Pues tú dirás, Gaston.

Él saca unos papeles del bolsillo interior de su abrigo y me los muestra. Y creo que sé lo que es eso. Me giro hacia Philip y le doy un nuevo beso. Él sonríe con aquello, encantado con mi gesto.

—Te veo luego —me susurra.

—Vendré lo antes posible.

Philip asiente y ve cómo me dirijo hacia la puerta, seguida por Gaston, que le echa un

vistazo rápido antes de salir de la sala.

No vuelve a hablar hasta que no nos encontramos en la calle.

—¿Estás con ese mediocre… cocinero? —es lo primero que me dice, ya en la calle.

—Eso no te importa, Gaston —le respondo—. Dame ese contrato y acabemos de una vez.

—Es basura del mundo gastronómico —sigue insistiendo.

—Tendrías que limpiarte la boca para hablar de él, así que te recomiendo que te limites a darme ese contrato y te calles de una vez.

—Es un ladrón que no tiene capacidad de crear nada, por eso ha acabado aquí.

—¿Ladrón? —exclamo—. ¿Te permites llamarle así cuando tú hace poco más de una semana trataste de robarme mi postre delante de mis narices? ¿En serio, Gaston?

—Jazmin le…

—No empecemos —me quejo, haciendo un gesto con la cabeza de agotamiento total.

—Ella estuvo aquí hace cinco años, en Mist Rachs, con el cocinerucho con el que te acuestas. Y le conoce bien. Intentó hacerse con las creaciones de Jazmin y por eso ella se fue de aquí.

Me lo ha soltado todo de golpe y necesito unos segundos para procesarlo. De repente los fragmentos de la historia se unen en mi cabeza y comprendo algunas cosas. No puede ser… Aquella mujer de la que Philip me habló… ¿Era Jazmin? ¿Por qué no me dijo nada cuando incluso mencioné su nombre?

—Gaston, el contrato —le repito, intentando omitir el otro tema.

Él se ríe de forma nerviosa, algo desesperado.

—No me puedo creer que eso te dé igual.

—No es que me dé igual, lo que pasa es que de un mentiroso patológico no me creo nada.

—¡No te estoy mintiendo!

Extiendo mi mano hacia él para que me dé de una vez el contrato. Ve que no va a sacar nada más de mí y me lo da de mala gana, haciendo tanto ruido que incluso algunos vecinos se giran al pasar para ver qué ha sucedido.

—Te llamo en un rato —le digo, girándome para llamar a Lia cuanto antes.

—¿Cómo que…?

—Tengo que revisar el contrato a fondo —le explico, girándome de nuevo hacia él—. ¿Creías que iba a firmar esto sin leerlo siquiera? Sí que pensabais Alex y tú que yo era estúpida.

—No pensamos eso, Jenna —replica.

—Entonces tómate algo en la cafetería mientras lo reviso —y me vuelvo a girar, teléfono en mano—. Te llamo en cuanto lo tenga.

¿Me ha afectado lo que me ha dicho Gaston sobre Philip y Jazmin? Mentiría si dijera que no. Pero ahora necesito ir a ver a Lia y que me confirme que este contrato es una basura para poder poner fin a esa etapa de mi vida.

Y comenzar otra, sea la que sea, a partir de ahora.

Philip

Ya ha pasado un rato largo desde que Jenna se fue con Gaston y todavía no he tenido noticias de ella. ¿Estoy nervioso? Mucho. Porque puede pasar cualquier cosa. Puede que el contrato sea tan fabuloso que se tenga que replantear de nuevo su futuro. Hasta la tarde no firma la compra del local, así que todo puede irse al traste de un momento a otro. Y conmigo… Si

realmente Gaston es como creo que es, va a estar demasiado enfadado después de ver que Jenna y yo estamos —o estábamos, a saber— juntos. Le contará ciertos detalles que yo he omitido y…

Un ruido en la puerta de mi despacho hace que levante la vista de forma automática de la libreta. Me sorprende ver a Gaston, pero intento aparentar tranquilidad. Él no parece contento en absoluto, aunque creo que disimula igual que hago yo en su presencia. Se ha quedado en la puerta, con una postura que me recuerda a un voluminoso portero de discoteca. Por educación le hago un gesto para que pase y tome asiento.

Y, desgraciadamente, lo hace.

—¿Cómo tú por aquí, chef Gaston?

—Dije en la entrada que venía a despedirme y me acompañaron encantados hasta aquí —responde, no muy contento con aquello.

Aguanto las ganas de reírme a duras penas.

—¿Todo bien entonces?

—Dímelo tú —me suelta—. Y déjate de formalidades con ese tonito tuyo.

—¿Perdón?

—¿Qué pretendes? —me dice de forma enigmática.

—¿Cómo que qué pretendo?

Entender a qué viene esto. Eso es lo que pretendo.

—Acercándote así a Jenna —sigue diciéndome con el mismo tono de superioridad y despotismo—. ¿Quieres conseguir antes que nosotros su postre? ¿Eso te gustaría?

—Creo que no tienes ni idea de…

—Por supuesto que tengo idea —me corta, sonriendo de forma sarcástica—. Quieres adueñarte del postre, saber cómo prepararlo para que sea consistente y hacerte con una buena cantidad de dinero que…

—Gaston, vale ya. Me parece ofensivo que vengas aquí a llamarme ladrón de forma tan descarada, cuando eres tú quien ha intentado robarle el postre a Jenna.

—Te crees que sabes mucho de todo esto, ¿no? Porque yo también sé unas cuantas cosas sobre ti.

—Imagino, sí —reconozco.

—Jazmin te manda recuerdos.

Me ha intentado dar en donde más cree que puede dolerme.

—Curioso que acabara en tu restaurante —es lo único que comento sobre ello.

—¿No quieres mandarle recuerdos tú también? ¿O después de aquello no te atreves?

—Aquello está en el pasado y ahí quiero que se quede.

Gaston sonríe con esa prepotencia de la que no deja de hacer gala cada poco.

—¿Se lo has contado a Jenna o no te has atrevido?

—Eso a ti no te incumbe, Gaston. Te estás metiendo en lo que no tienes…

—Por supuesto que voy a meterme. Es mi… Era mi novia.

—Aunque siguiera siendo tu novia, no te da derecho a saber cada conversación que tiene con la gente.

Noto cierto humo saliéndole de las orejas.

—Vamos a conseguir nosotros ese postre —me anuncia—. Tú no tienes nada que hacer.

—Es de Jenna, ella es la que tiene que decidir qué quiere hacer con él. Ni tú, ni yo, ni nadie más que ella va a decidir sobre él así que te aconsejo que…

—¿Tú me vas a aconsejar? —exclama con descarada soberbia—. ¿En serio? ¿Un cocinero de pueblo quiere aconsejarme algo? No te pases de listo conmigo, porque vas de bueno,

pero te tengo bien calado.

Si es que no tengo por qué estar aguantando todo esto.

—Gaston, te recuerdo que estás en mi restaurante y no te permito ni aquí ni en ninguna otra parte que me faltes al respeto. Si tienes alguna…

Un estruendo en la cocina me hace levantar de mi silla y salir corriendo hacia allá. Ha sido instintivo. Al llegar, veo a Rudolph intentando levantarse del suelo como puede. Erik y Jo le ayudan mientras van cogiendo todo tipo de cazuelas de su alrededor.

—Lo siento, chef Philip —comienza a decir Rudolph, avergonzadísimo.

—¿Te encuentras bien? —pregunto, acercándome a él—. ¿Te has hecho daño?

—Sí, yo… Lo siento, iba demasiado deprisa y he tirado unas cazuelas.

Palmeo su hombro, aliviado por ver que está bien y ha sido solamente un susto.

—No te preocupes —le digo—. Si sientes que te has hecho daño y necesitas ir al médico, nos lo dices a alguno de nosotros para que te acompañemos.

—No, de verdad —responde algo nervioso—. Ha sido una caída tonta, nada más.

—Que está bien, chef Philip, no te martirices —me dice Erik, terminando de limpiar de nuevo las cazuelas que se habían caído.

—Eres capaz de cambiar todo el suelo del restaurante por esto —comenta Jo entre risas.

Graciosa…

Vuelvo a salir de allí y de camino al despacho me encuentro con Gaston, que sale, teléfono en mano, con bastante prisa.

—¿Ya te vas? —pregunto cuando pasa por delante de mí sin detenerse.

—¿Eh? —Y se gira, mirándome—. Sí, me voy. Ha llamado Jenna y tengo que ir a recoger el contrato. —Agita su móvil antes de seguir hablando—. Al final parece que le ha gustado más nuestra oferta de trabajo y se viene conmigo.

Me he tenido que quedar blanco por la cara de satisfacción que luce Gaston.

—¿Cómo dices?

—Le comentaré que nos pasemos por aquí a despedirte al menos —sigue diciendo—. En cuanto recojamos sus cosas del hotel, claro. Ya está yendo hacia allí, de hecho.

—No digas tonterías —le suelto—. Ella no ha…

Levanta la mano mientras me da la espalda, comenzando de nuevo a caminar hacia la salida.

—Que te vaya bien en este antro de mala muerte —le escucho decir ya de lejos.

Intento mantener la calma y no desmoronarme aquí mismo. Camino con demasiada lentitud hacia mi despacho y me tiro en la silla, pensando en lo que acaba de decirme aquel impresentable. Y ahora que lo pienso, ¿por qué voy a creer a alguien tan despreciable como él?

Cojo el móvil y marco el número de Jenna. Para mi desgracia, comunica. Mierda.

Cojo la libreta que antes dejé encima de la mesa, cuando salí a ver qué había sucedido en cocina, y paso las hojas con rapidez. Puede que esto no haya servido de nada o puede que al final sea a Gaston al que le acabe sirviendo.

No, me niego a pensar que ella ha decidido algo así. Jenna no haría eso.

Vuelvo a llamarla. Sigue comunicando. ¿Qué sucede?

No aguanto más. Guardo la libreta en el bolsillo, me pongo el abrigo y cojo las llaves y el móvil. Gaston dijo que Jenna estaba yendo al Timeless, así que pienso ir hasta allí y hablar con ella. Necesito saber qué ha sucedido y verla aunque sea una vez más. Si ella ha decidido eso realmente, le desearé toda la suerte del mundo y volveré al restaurante. Pero no pienso creer lo que un ser tan ruin como Gaston me diga.

Esta vez todo va a ser diferente.

XXVII

Jenna

Si es que lo sabía. Sabía desde hacía días que esto iba a acabar así. Y ha llegado el momento. Hay que avanzar, dejar atrás lo que no es bueno para una. Reconozco que me está resultando más sencillo de lo que parecía y no me siento nerviosa ni culpable por ello. Toca pasar página y empezar un capítulo nuevo.

Y estoy a punto de hacerlo.

He quedado con Gaston en Mistletoe Squre después de la conversación que he mantenido con Lia. Ella ha estado muy segura desde el primer vistazo que ha echado al contrato: es una trampa. No está claro ningún concepto, hay tantas lagunas legales que podrían jugármela fácilmente. Es un contrato hecho para engañarme. De hecho, me ha aconsejado que le pase a ella todo el material con las pruebas de mi autoría para registrarlo cuanto antes y enviar detectives al restaurante de Alex, por si se les ocurre usarlo igualmente. ¡Quiere vigilarlos casi de por vida! Se ha sentido más ofendida incluso que yo y eso me ha reconfortado de alguna manera.

Cuando llego, veo ya a Gaston esperándome con una sonrisa, como si creyera que le he llamado para darle el contrato firmado y listo para dejar que me timen. Se acerca unos pasos hacia mí al verme ya en la plaza y se queda mirando los papeles que llevo en la mano.

—¿Y bien? —pregunta.

Se los doy como si me estuvieran quemando.

—Mi abogada está hablando ahora mismo con Alex para que agilicen otro tipo de papeles —le anuncio.

—¿Otro tipo de papeles? —Y mientras revisa el contrato, ve que no está firmado—. Pero… ¿Y tu firma?

—No voy a firmarlo, Gaston —le anuncio de golpe, sintiendo un infinito placer con ello.

—¿Cómo? ¡Pero si es lo que querías!

Ha elevado el tono de voz al hablar. Creo que no entraba ni de lejos en sus planes el que yo hiciera eso.

—He consultado con mi abogada y…

—¡Por qué has hecho eso!

—¿Te acabo de decir que mi abogada estaba hablando ahora mismo con Alex y ahora te sorprendes de eso?

—¿No te fiabas de nosotros?

—Obviamente no —le contesto, aguantando la risa.

—¡No me lo puedo creer! —Deja caer la mano en la que tiene el contrato a la altura de sus piernas, haciendo ruido de papeles con ello—. ¿He estado viniendo a este sitio de mierda para nada? ¡Hasta me he quedado aquí unos días! Joder. —Se frota la cabeza con desesperación —. Después de todo lo que he hecho, ¿me dices que no firmas?

—Gaston, te dije que no hacía falta que te quedaras.

—Eres una caprichosa que lo quiere todo —me suelta con asco—. ¿Dónde vas a encontrar un trabajo mejor que en el restaurante? ¿Eh? —Y mira a su alrededor, aguantando mal la risa—. ¿Te vas a quedar en este pueblo de mierda a vivir?

—No vuelvas a decir ni una sola cosa mala ni de Mist Rachs ni de su gente, Gaston —le advierto.

Se cruza de brazos y me mira con una sonrisa, como si esta situación le divirtiera.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme?

—Hay formas mucho más creativas de hacerle daño a alguien, pero claro, tú no lo entenderías, porque de creatividad andas escaso.

A estas alturas de la conversación ya hay unas cuantas personas observando a una distancia prudencial. Y en cuanto he dicho esa última frase, la gente se ha echado a reír. He escuchado también varios *uh* desde donde estoy. Gaston ha mirado de reojo al escuchar lo mismo que yo y su ceño se ha fruncido mucho más.

Y me tiene sin cuidado, sinceramente. Como si se le cae la frente a cachos.

—¡Jenna!

Me giro al escuchar mi nombre en boca de Philip. Está acercándose a nosotros corriendo y parece que llevara ya un rato a carreras por el pueblo por lo que le cuesta coger aire al llegar a nuestro lado.

—¿Qué te sucede? ¿Estás bien? —le pregunto asustada.

Él toca mi brazo después de un par de tosidos y por fin parece haber recobrado un poco el aliento.

—Creí que estabas en el hotel. —Y mira a Gaston—. No quería que te fueras sin antes…

—¿Irme? —le corto y se me escapa la risa—. ¿A dónde?

—Pues…

Vuelve a mirar a Gaston, ahora bastante más molesto que antes, y comprendo.

—¿Con este mentecato quieres quedarte? —dice el muy imbécil—. Porque, por si no lo sabías, está planeando robarte el postre.

—Déjalo ya, Gaston, de verdad —le pido con agotamiento evidente.

Pero él saca su móvil y rebusca algo. Segundos después me enseña la pantalla con aire triunfal.

Y lo que veo no tiene una fácil explicación, lo reconozco. Pasa él mismo una serie de imágenes y sigo sin comprender del todo. Levanto la vista hacia Philip, que me mira con tranquilidad hasta que ve mi gesto de extrañeza.

¿Cómo ha llegado mi postre a su libreta?

Philip

—Philip —me dice una atónita Jenna—, ¿qué es lo que…? ¿Por qué has estado anotando cosas de mi postre en tu libreta?

—¿Cómo? —pregunto sin comprender.

Y miro a Gaston, que no disimula su felicidad.

—Tengo las pruebas —me dice él—. Te dejaste el cuaderno cuando saliste antes de tu despacho y aquí están las fotos que pude hacer del mismo.

—¿Por qué hiciste eso? —le interrumpe Jenna.

—Para enseñarte que no es trigo limpio —le responde sin comprender que le haya parecido mal eso.

—No tenías derecho a hacer algo así, Gaston —le dice.

¿Está enfadada con él?

—Pero ahora me crees, ¿no? —insiste él.

—No, no te creo cuando dices que Philip quiere robarme mi postre. Por supuesto que no te he creído y no voy a hacerlo por estas fotos robadas.

Lo dice tan convencida que se me llenan los ojos de lágrimas. Aun mostrándole aquello,

ella sigue confiando en mí.

Jenna es un ser maravilloso y yo un afortunado.

—¿Podría ver esas fotos, por favor? —les pido.

Ella me pasa directamente el móvil y lo primero que hago en cuanto lo tengo en mis manos es borrarlas. Se lo devuelvo con tranquilidad a su dueño que, al ver que no están aquellas fotos por ninguna parte, su enfado aumenta.

—¡Por qué has hecho eso! —grita.

—Ya se las enseñaste, ¿no? —le digo—. ¿Qué sentido tendría seguir con ellas en tu móvil? ¿Tener tú la receta bien detallada de su postre?

Se queda callado al instante.

Pillado.

—Eres un ser despreciable, Gaston —le dice Jenna—. Espero no volver a verte en…

—¡Pero eso no cambia las cosas! —interrumpe él—. Ese tipo te quiere robar el postre, ¿y tú vas a dejarle?

Saco mi libreta del bolsillo interior del abrigo y se lo paso a Jenna.

—Te lo iba a haber dado esta tarde, pero creo que las circunstancias han cambiado.

Ella agarra la libreta que lleva viendo unos días en mis manos y que guardaba con tanto recelo. Y empieza a pasar las páginas. Comienza a sonreír y sus ojos se llenan de lágrimas. Cuando ha terminado de ver su contenido por encima, se echa en mis brazos y me besa con tanto amor que no puedo dudar ni un segundo de que la sorpresa le ha gustado.

—Pero, ¿qué haces? —escuchamos a Gaston decir con indignación absoluta.

Jenna se separa de mí y le pone delante de sus narices la primera página de la libreta.

—¿Puedes leer esto? El postre de Jenna —le dice—. ¿Ves? No cuesta tanto darle la autoría a quien la tiene que ostentar.

Efectivamente, eso es lo que puse en la primera página. Era lo más lógico teniendo en cuenta que, aunque he estado haciendo pruebas para darle algunas ideas con ese toque final que buscaba, el postre es suyo.

Yo solamente quería ayudarla.

—Eso… —comienza a murmurar Gaston sin saber ya qué más decir—. Eso no significa que él… Él quiere robarte tu… Ya lo hizo una vez con Jazmin, ¿quién te dice que…?

—Eso no es así —le corto—. Yo no le robé nada a ella. Fue ella la que vino aquí con esa intención. —Y sé que hay bastante gente a nuestro alrededor escuchándonos, pero creo que debo unir todos los puntos y soltarlo de una vez—. Cuando me enteré de lo que había sucedido, Lia me dijo que podría denunciarla porque yo tenía en carta ya esos platos y estaban incluso registrados con mi nombre. No quise hacerlo. Simplemente le enviamos un certificado oficial en donde constaba mi autoría y la fecha de la misma con cada plato que supimos que quiso utilizar.

—Por eso ella no volvió a crear nada desde que entró y no quiso que se utilizaran esas creaciones —dice Jenna, parece que entendiendo muchas cosas. Y me mira con dolor—. Philip, lo siento. Yo no sabía que ella era la que…

Niego con la cabeza, sonriéndole. Acaricio su mejilla y al instante ella sonríe de nuevo.

—Son todo sucias mentiras para convencerte.

Gaston no se rinde con nada al parecer.

—En serio, déjalo ya y lárgate —le corta Jenna con desgana—. No todos actúan como tú. —Me mira de nuevo, sonriente—. Él es distinto. —Y vuelve a mirar a Gaston—. Y tú jamás podrás ser ni parecido a él.

Juro que Gaston está a punto de entrar en ebullición cuando la gente empieza a aplaudir

en cuanto Jenna me besa. Le vemos darnos la espalda y cruzar la plaza dando grandes zancadas, resbalando con sus nada prácticos pero muy caros zapatos y cayendo sentado al suelo, provocando más risas incluso a su alrededor. Vuelve a medio levantarse y se cae una segunda vez; la gente mañana va a tener agujetas de tanto reírse.

—Espera, voy a… —le digo a Jenna, yendo hacia Gaston.

Intento ayudarle para que se levante, pero él me empuja con desprecio, gateando hasta alejarse de la zona resbaladiza y levantándose por fin unos metros más allá, ya en la calzada.

Vuelvo al lado de Jenna, que me reprende con cariño, meneando su cabeza levemente hacia los lados, pero luciendo una tierna sonrisa. Todos vemos cómo monta en su coche, da un portazo al subirse y arranca, alejándose a toda prisa por fin de Mist Rachs, esperemos que para siempre.

—Así que queriendo quedarte con mi postre —me dice Jenna, girándose hacia mí y posando sus brazos en mis hombros, acariciándome la nuca con sus dedos.

—Es que es una gran creación —bromeo con ella.

—Ponerle mi nombre iba a dificultar un poco ese robo; tienes que seguir practicando.

Me río con ella.

—Intentaré hacerlo mejor la próxima vez.

—Por cierto, me quedo con la quinta opción —me susurra, refiriéndose ahora a los toques finales de su postre que sugerí en el cuaderno.

—Estaba seguro de que sería la que más te gustaría.

—Creo que es justo que compartamos la autoría después de ver lo que he visto.

—No, Jenna, es tu…

—Philip, está decidido. —Me corta y vuelve a besarme—. Ah, y tengo una propuesta para el concurso —añade.

—¿Qué propuesta?

Ella sonríe y me da un breve beso antes de responder.

—Te lo cuento luego.

La gente a nuestro alrededor vuelve a sus cosas mientras nosotros nos quedamos un poco más aquí, en mitad de la plaza, besándonos y riéndonos, disfrutando de una vida que para ambos acaba de empezar.

XXVIII

Jenna

No dejo de jugar con las llaves de mi local. ¡Mi local! Porque desde el miércoles por la tarde es mío. En cuanto firmé el contrato, Philip y yo fuimos a celebrarlo con vino especiado al mercadillo.

Creo que no recuerdo una mejor celebración en mi vida, la verdad.

—¿Vas a cocinar las llaves? —me pregunta en bajo Philip.

Se ha acercado a mi mesa un segundo y me toma el pelo con esta nueva broma, como llevamos haciendo ambos durante todo el concurso de postres navideños. Se ha celebrado finalmente en el espacioso polideportivo del pueblo, en donde nos han preparado todo tipo de ingredientes y lo necesario para hacer cada uno nuestro postre. No estoy segura, pero en las gradas frente a nosotros puede que esté la inmensa mayoría de los habitantes de Mist Rachs. No pierden detalle y se lo están pasando genial viendo cómo ambos nos picamos, nos lanzamos harina y nos robamos algún ingrediente de vez en cuando. No lo hacemos por divertirles a ellos; nos divierte cocinar juntos y es así como nos comportamos también cuando no tenemos gente delante.

Le empujo para que vuelva a su sitio, riendo ambos.

—Estoy esperando a que acabes tu parte, tardón —le recuerdo ya a distancia.

—¡Dos minutos! —grita Massie el tiempo que nos queda—. ¡Vamos, chef Philip, todavía puede terminarlo a tiempo!

—Eres un tardón —le repito, aguantando la risa.

Le veo sonreír mientras acaba de poner una línea roja alrededor del último hojaldre verde en forma de campana.

—No te metas conmigo o se me va a caer accidentalmente esta bandeja de arbolitos de Navidad —me amenaza, acercándolo al borde de su mesa.

Hago un gesto como de cerrar una invisible cremallera en mi boca y tirar la llave a mi espalda. Philip coloca entonces la bandeja en el centro de la mesa de nuevo y mira a Massie, que comienza a aplaudir viendo que él también ha terminado.

—¡Muy bien! ¡Perfecto! —nos dice ella, acercándose a ver el resultado final, hablando a través de un micrófono—. Ahora la gente pasará para ver de cerca vuestros postres y decidirá el que…

—Massie, nos tienes que perdonar, porque hemos hecho una pequeña travesura —interrumpe Philip.

—Una… —comienza a decir ella sin comprender.

Philip alarga su mano hacia mí y mis dedos se enredan en los suyos. Le pide el micrófono a Massie y ella se lo da, poniéndose a un lado para dejarnos hablar.

—En realidad no hay nada que votar, ya que la única ganadora de este concurso es Jenna. —Y me mira—. Nadie podría competir con su postre, os lo aseguro.

Escucho desde aquí a la gente derretirse de amor con esas palabras. Y yo no soy menos.

Cojo el micrófono ahora.

—Pero a este postre le faltaba un toque —les cuento—. La cocina tiene un componente muy alto de creatividad y no ha sido hasta la semana pasada cuando he conseguido disfrutar plenamente de ella.

Philip sonríe conmigo y aprieta mi mano cuando digo esas palabras. Se acerca a su mesa, coge uno de sus arbolitos de Navidad y va hacia mi puesto, colocándolo encima de mi

postre, que se entrevé a través de la fina capa de hojaldre verde que Philip ha estado haciendo mientras yo preparaba mi parte del postre.

Vuelve a coger el micrófono y habla de nuevo a los alborotados vecinos, a los que les cuesta dejar de aplaudir.

—Un postre tan especial necesitaba algo que lo protegiera —les cuenta.

Me acerco al micrófono sin cogerlo.

—Es que lo bueno siempre está en el interior.

Todos se ríen con mi pequeña broma, Philip incluido.

—Estáis viendo el postre estrella para esta Navidad y para las futuras.

Me pasa una vez más el micrófono.

—Os presentamos nuestro postre. —Miro a Philip, que ya me estaba mirando—. El JP Secret.

No sé si la gente aplaude el postre, el nombre o el beso que ambos nos estamos dando delante de ellos. Lo importante es que minutos después todos bajan para intentar ser los primeros en probarlo. Nos piden más, nos dicen que les preparemos una bandeja entera a cada uno para llevárselos a casa y enviárselos a familiares fuera de Mist Rachs. Se ha desatado la locura absoluta alrededor de nuestro postre y estoy tan feliz en este momento que río y abrazo a Philip con el pecho a punto de explotarme de felicidad.

—Tienes un talento extraordinario, Jenna —me dice Erza, la madre de Philip, que ha venido a darnos la enhorabuena por el postre.

—Gracias, Erza —le digo—. No sabes lo que agradezco tus palabras.

—Ojalá puedas prepararnos mucho tiempo más este tipo de postres increíbles —comenta Max, su marido, con doble intención y una pícara sonrisa que no pasa desapercibida.

—No se lo has contado al resto —me recuerda Philip, pasándome el micrófono que posamos encima de la mesa hace un momento.

Lo agarro y me preparo para dar la noticia a todo el pueblo. Cuando la gente escucha los golpecitos amplificados, se giran hacia mí, esperando con atención lo que tenga que decir.

—Yo… Sólo quería… No llevo aquí ni dos semanas y me siento ya parte de este hermoso lugar. Desde el primer día me tratasteis como una más y eso jamás voy a poder olvidarlo. He sentido que pertenecía a un sitio por primera vez en mi vida y no tengo más que palabras de agradecimiento para todos vosotros. —Hay quien me abraza y otros sonríen algo más lejos de donde me encuentro—. Así que no quiero esperar más y os comunico que esta semana he comprado el local que hay entre el de Chas y el de Philip para montar mi propio negocio. —Suspiro un segundo—. Vais a tener que aguantar mis postres cada día a partir de ahora.

Más abrazos de todos los presentes. Porque parece que cada habitante de Mist Rachs quisiera darme la bienvenida al pueblo. Conocidos y todavía por conocer se acercan a mí y se ofrecen a ayudarme con lo que necesite. Les veo a todos más que encantados por mi decisión y mi corazón late al ritmo de un pausado villancico. Porque la felicidad, la que es de verdad, tiene que llenarnos de calma y templarnos por dentro.

Y eso es lo que he conseguido en Mist Rachs.

—No ha salido nada mal —me dice Philip, abrazándome en cuanto el resto del pueblo le deja volver a acercarse a mí.

—Creo que no les ha parecido mala idea.

Sonríe y me da un beso.

—Ahora queda comenzar a hacer la mudanza —me recuerda.

—Eso creo que me da un poco de pereza.

—¡Cómo que pereza!

Empieza a hacerme cosquillas y yo intento zafarme de él entre risas, mientras todos nuestros vecinos, porque así puedo llamarles a partir de ahora, siguen charlando, felicitándonos y dándome la bienvenida mientras comen nuestro postre.

—Ahora que ya formo parte de Mist Rachs, tengo que pedirte algo —le digo.

—Lo sé, empezaré a contarte todas las leyendas que…

—Ya, vale, sí —le corto—. Pero antes querría otra cosa.

—Tú me dirás —me dice intrigado.

—La receta de esos muñequitos de jengibre que repartes por todo el pueblo. Les das un toque que no logro…

Philip me interrumpe con su risa y beso sus labios mientras nos contagiamos el uno al otro la felicidad mutua.

Y sí, ahora sí soy feliz. He podido encontrar lo que realmente quería en la vida. Gracias a un extraño fallo en mi coche o al absoluto azar acabé aquí, en el encantador y misterioso Mist Rachs.

Por fin puedo decir que pertenezco a este mágico lugar.

Pero esto no ha sido todo…

Jenna

—¿No habría sido más lógico que te acompañara a traer tus cosas y después nos pusiéramos a decorar el exterior de la casa?

—Pero habríamos perdido un tiempo hermoso y no podríamos tenerlo listo para iluminarlo esta noche.

Menea la cabeza mientras una sonrisa asoma en sus labios. Me ayuda a meter hasta el jardín todas mis cosas y vuelve a salir para abrazarme por la espalda mientras cierro el coche, aparcado frente a su casa.

—Tengo que despejar el garaje para que puedas guardarlo dentro —me dice.

—Deberías.

Ríe sobre mis labios y comenzamos a balancearnos, abrazados, al son de una melodía navideña que algún vecino tiene puesta en una casa cercana.

—Me acabo de acordar de algo —me dice muy serio, mirándome fijamente.

—¿De qué?

—Ahora que ya te quedas definitivamente en Mist Rachs, ya podemos apuntarnos juntos al taller de villancicos de la semana que viene.

Me echo a reír con ese recordatorio.

—Qué rencoroso eres —me quejo—. Si en el fondo te divertiste patinando.

—Y me divertiré más cantando villancicos. ¿Acaso tú no?

Seguimos riéndonos y picándonos en la acera frente a la puerta de la casa cuando un extraño sonido llama nuestra atención. Nos giramos hacia la esquina de Candle Avenue y vemos detenerse allí mismo un carruaje tirado por cuatro caballos. Del mismo se baja un hombre vestido de forma extraña que mira hacia todas partes con algo de desesperación.

—Oye, yo me quiero apuntar al taller de lo que sea que están haciendo ellos —le digo bromeando a Philip.

Pero él parece que ni siquiera esté respirando. Mira fijamente cada detalle de esa escena, aunque no suelta mi cintura en ningún momento; incluso siento que me aprieta algo más que antes de que ese carruaje apareciera.

Ese hombre se acerca a una de las ventanillas del carruaje y parece hablar con alguien. Acto seguido se gira y nos ve.

No sé si es bueno que se haya echado a correr hacia nosotros de esa forma.

—Disculpad si importuno de alguna manera…

—¿Importunar? —pregunto, aguantando la risa como puedo.

—¿En qué podemos ayudaros? —se adelanta a decirle Philip, que sigue igual de serio.

No entiendo nada.

—Es… Disculpad, pero no logro comprender… Nos dirigíamos a Ischl en un día soleado y caluroso, pero de repente el camino se volvió gris y la nieve empezó a caer sobre nuestro carruaje. —Sigue mirando a su alrededor con ojos asustados—. Es de vital importancia que lleguemos hoy a tiempo, pero por más que intento, no logro… El camino… No sé si nos hemos perdido y seguimos en el Tirol o…

Empiezo a sentir lástima por este señor tan amable y asustado. No entiendo qué hacía alguien conduciendo un carruaje tirado por cuatro caballos, pero sea como sea, parece necesitar ayuda.

—Si quieres, puedes enseñarme sobre un mapa por dónde estabas yendo y… —le estoy

proponiendo cuando Philip me silencia con un beso en la sien y comienza a hablar él.

—¿Podría decirme qué día es hoy? —le pregunta.

Aquel hombre le mira con extrañeza, pero creo que está tan contrariado que ahora mismo lo menos raro que le parece es esa pregunta.

—Dieciséis de agosto de mil ochocientos cincuenta y tres, caballero —le responde con seguridad y extrañeza a partes iguales.

Yo no soy capaz de procesar lo que acabo de escuchar. En un primer momento pienso que aquel buen hombre acaba de sufrir un episodio de extraña locura, pero al ver a Philip tan serio, mi extrañeza se vuelve incluso miedo.

—Philip… —le susurro, intentando que alguien me explique qué está pasando aquí.

Antes de que él pueda hablar, vemos a una niña de unos quince años con ropas negras y antiguas venir hacia nosotros. Llega a nuestro lado y nos mira con curiosidad. Aguanta la risa al echarnos un vistazo de arriba abajo, pero parece tener cosas más importantes en mente.

—Perdonad, pero los caballos están sedientos y querría saber si habría algún sitio donde pudieran refrescarse. —Y mira a su alrededor, frotándose los brazos—. A lo mejor refrescarse no es precisamente la palabra.

—¡Alteza! —exclama el hombre.

¿Cómo que… alteza? ¿Por aquí cerca hay condes o algo así? Ah, a lo mejor tiene que ver con las ruinas del castillo.

Esta niña me hace gracia. Con sus mejillas sonrosadas y sus larguísimos bucles en esa bella melena que le cae por los brazos, los hombros, la espalda… Parece tener un carácter alegre y curioso. Muestra decisión en sus palabras y eso es algo que siempre me ha llamado poderosamente la atención en la gente. Esta niña tiene un extraño magnetismo del que Philip también parece haberse dado cuenta porque la mira embelesado, como si estuviera a punto de echarse a llorar de emoción.

Se agacha ante ella, agarra su mano y se la acerca a los labios sin llegar a besársela. Aquella niña se la retira con vergüenza.

—No, por favor —le dice—. Vos sois mayor que yo.

—Perdonad mi atrevimiento, Alteza —le responde Philip como si llevara toda la vida haciendo algo así—. Yo podría indicaros un lugar para descansar y para que los caballos puedan beber algo mientras solucionamos las cosas.

Vemos a una señora correr hacia nosotros mientras mira a aquella niña. Sus ropas, oscuras también, no parecen nada cómodas. Son como las de esas películas de época, con voluminosas faldas y torsos ajustadísimos. Algo más alejadas, al lado del carruaje, otra chica algo mayor que esta niña y otra mujer esperan con rostros cansados y asustados.

—Siempre tienes que hacer este tipo de cosas —le reprende la señora—. Vamos, volvamos al carruaje a esperar. Tu hermana sigue con mucha jaqueca y necesita descansar antes del encuentro.

Le da un ligero apretón en el brazo y comienza a caminar hacia el carruaje. Esa niña agarra su vestido con ambas manos delicadamente, tirando un poco de él hacia arriba, y nos hace una ligera reverencia.

—Gracias por la ayuda… —le dice a Philip.

—Philip, Alteza —responde él con emoción.

Ella se queda pensativa al escuchar el nombre.

—Bonito nombre, Philip —le dice—. Espero volver a veros antes de mi partida. Vuestra compañía me resulta agradable. —Y me mira a mí, sonriente—. Buenos días.

—¡Sisi! ¡Haz el favor de volver aquí de una vez! —le grita aquella señora a lo lejos.

Ella se gira hacia el carruaje.

—Ya voy, mamá —le dice con desgana.

Nos mira, divertida, y vuelve a hacer esa graciosa reverencia para, esta vez sí, irse a reunir con el resto al carruaje.

¿Qué es lo que está pasando aquí?

Philip consigue a duras penas recomponerse para decirle a aquel señor el camino al Timeless, prometiendo que allí podrán ayudarles. El hombre se lo agradece y se va también al carruaje, en donde las cuatro mujeres ya están dentro, y emprenden el camino hacia el hotel del pueblo.

Todavía escuchamos el sonido de los cascos de los caballos cuando me atrevo a hablar.

—Philip, ¿qué es lo que…? No entiendo nada y te pediría por favor que me resolvieras con urgencia unas cuantas dudas que…

Pero él agarra mi mano y comienza a caminar con rapidez.

—No hay tiempo para eso —responde—. Tenemos que ir a hablar con Pete para ver si sabe algo de esto y luego al Timeless.

—Pero esa gente…

—Me parece que voy a tener que contarte demasiadas cosas antes de lo que creía. Va a ser un domingo un tanto atípico para ti, ya te voy avisando.

—¿A qué te refieres?

Vamos tan deprisa que hablamos de forma entrecortada.

—Acabas de conocer a mi madre biológica.

Me detengo de golpe, sin poder seguir procesando nada más a esta velocidad.

—Dijiste que había muerto —le recuerdo.

—Lo dije.

—Pero acabo de conocerla.

—Exacto.

Sigue serio. Serio y preocupado.

—Y dices que esa señora es…

—No, esa señora no. —Coge mi mano de nuevo, tirando de ella y volviendo a caminar —. Esa niña.

—¿Cómo dices?

He elevado el tono mientras tiraba de él para que volviera a detenerse. Philip suspira algo agobiado antes de continuar hablando.

—Es complicado de explicar, pero ella es mi madre, sí.

Se me escapa un segundo la risa, pero él sigue imperturbable.

—Philip, pero…

—Lo sé.

—Y su nombre…

Asiente antes de volver a hablar.

—Sí, exacto.

—¿Esto es alguna especie de broma de bienvenida?

Por fin sonríe aunque sea ligeramente. Otra vez empezamos a caminar de la mano.

—Como ya te dije, creo que voy a tener que explicarte muchas cosas antes de lo que pensaba. —Y me mira sin detenerse esta vez—. Espero que eso no te haga cambiar de opinión con respecto a lo de quedarte a vivir aquí.

—Ahora tengo más ganas que nunca de terminar la mudanza, te lo aseguro.

Ríe unos segundos y aprieta más mi mano, como si ahora mismo fuera lo que más necesitara. Yo sigo sin comprender lo que está pasando, pero me parece que pronto entenderé un poco más qué es todo lo que sucede en Mist Rachs. Siento curiosidad y miedo a partes iguales y todo ello me atrae por igual.

Sé que tengo mucho que descubrir sobre este pueblo y que todo me fascinará. Acabo de mudarme definitivamente y todavía no comprendo bien qué está pasando aquí. Lo que acabo de ver, habría asustado a cualquiera y, sin embargo, lo estoy asimilando de tal forma que incluso me sorprendo yo misma.

Definitivamente, y sin ningún atisbo de duda, no sé por qué todavía, pero Mist Rachs es el lugar en donde debo estar.

Christmassy
reunion of the past
(Reunión navideña del pasado)

2

Cuenta la leyenda…

Cuenta la leyenda que hace muchos años se celebraba en estas tierras un mercado cada domingo en la plaza del pueblo. Era el más importante de la zona y punto de encuentro semanal para mucha gente. Se podían encontrar productos de todo tipo a buen precio y las relaciones sociales se fortalecían durante esos días de mercado. Pero un domingo en particular hubo un encuentro peculiar.

Didier y Antoinette eran dos visitantes como cualquiera de tantos otros que frecuentaban ese día invernal el mercado de Mist Rachs. Habían estado haciendo unas pequeñas compras y paseaban con un vaso de vino especiado en las manos. No se conocían de nada y nunca se habían visto antes. Sus vidas hasta ese momento eran anodinas y no tenían ningún sentido ni sueño especial para el futuro. Simplemente se limitaban a trabajar para sobrevivir y nada más.

Antoinette estaba soltera, aunque ya tenía pretendientes. Estaba llegando a una edad en la que la gente le decía día y noche que tendría que formar pronto una familia o quedarse *solterona* para siempre. Ella se negaba a casarse sin estar enamorada, pero su familia empezaba a impacientarse por tener que seguir manteniéndola. Y ella comenzaba a sentirse una lacra para todos ellos.

Había llegado al mercado por casualidad. Su familia había escuchado hablar maravillas del sermón que se daba en esa iglesia y quisieron asistir. Ella alegó encontrarse mal a mitad del servicio y salió a tomar el aire. No pudo resistir la tentación de acercarse al mercado, cuya alegre actividad parecía llamarle con fuerza.

Por otra parte, Didier era un chico que acababa de casarse para que su familia dejara de llevarle cada día a cientos de pretendientes; no tenía interés en más fiestas para obligarle a conocer gente. Para él, el matrimonio y la familia sólo significaban obligaciones y perpetuar los apellidos. No conocía en su entorno a nadie que se hubiera casado por amor y él no era la excepción. Por supuesto que respetaba a su ahora mujer, pero ni ella estaba enamorada ni él tampoco de ella. Simplemente se casaron y tuvieron un hijo a los pocos meses. Sus vidas las vivían de forma independiente y mantenían una relación cordial pero distante.

Didier vivía en un pueblo cercano a Mist Rachs y había escuchado hablar del mercado de los domingos desde hacía tiempo, pero nunca se había animado a ir. Ese día fue diferente. Algo le decía que caminara hasta Mist Rachs y pasara allí el día sin más compañía que la de sus propios pensamientos. Didier tampoco sabe bien por qué hizo caso a esa extraña voz interior, pero a primera hora de la mañana salió hacia aquel pueblecito, dispuesto a comprobar por él mismo lo que se contaba de aquel mercado.

El destino hizo que Antoinette y Didier coincidieran en el mismo lugar y a la misma hora. Se vieron y algo dentro de ellos estalló en llamas. Ambos sabían que aquello significaba algo, pero no tardaron en darse cuenta de que tendrían que conformarse con unas pocas horas de mutua compañía: la situación familiar de Didier era algo que creyeron que no se podría afrontar de ninguna forma.

Así pues, disfrutaron de un rato agradable, una conversación amena, unos cómodos silencios y unas miradas que hicieron enmudecer sus bocas durante años después de aquel primer encuentro.

Pero Mist Rachs a veces guarda sorpresas inesperadas.

Durante años ambos pensaban el uno en el otro. Guardaron el recuerdo de aquel domingo tan dentro que nadie supo de su existencia. A veces Didier y Antoinette llegaban a dudar de si aquello había ocurrido de verdad. Y, como para comprobar que al menos el lugar era

real, y sin haber tenido contacto entre ellos de ningún tipo desde aquel primer encuentro, ambos volvieron una segunda vez al pueblo, un nuevo domingo de bullicioso mercado.

El reencuentro se produjo poco después de la llegada de Didier, cuando Antoinette estaba admirando unas láminas pintadas por un artista local. El corazón de ambos se desbocó, sintiendo la presencia del otro sin tan siquiera haberse visto.

La amena conversación, los silencios cómodos y las miradas que hablaban con claridad volvieron a inundarlos durante horas.

Él estaba dispuesto a dejarlo todo por ella, pero aquel nuevo encuentro terminó cuando Antoinette confesó que hacía poco se había casado y su hija de tres años esperaba impaciente su llegada en compañía de una institutriz. Didier sintió que se le rompía el corazón por segunda vez en la vida al tener que dejar marchar a Antoinette. Ella creyó que no podría soportar la ausencia de Didier, pero pesó más su instinto maternal.

Este segundo adiós les dejó tanta pena que no podían siquiera pensar en Mist Rachs sin que las lágrimas brotaran en sus ojos.

Pero nunca hay que subestimar el poder de Mist Rachs.

Años más tarde, cuando la hija de Antoinette y el hijo de Didier habían formado sus propias familias y ellos sentían que ya nada les unía a sus lugares de procedencia, una sombra pasada volvió a materializarse en sus vidas.

No, no eran capaces de olvidarse. No importaba lo que hubieran vivido, lo poco que se habían conocido o lo imposible que fuera un tercer encuentro. Ellos sentían que tenían que volver a Mist Rachs, dejar todo lo demás atrás y, por fin, vivir la vida que ellos quisieran.

Un tercer encuentro milagroso se produjo a la entrada del pueblo. Ni siquiera habían terminado de cruzar el puente cuando se vieron entre las personas que iban en dirección al mercado dominical. Didier llevaba un pequeño hatillo a la espalda y Antoinette portaba una minúscula y vieja maleta en la mano derecha. Los años habían pasado en sus pieles, pero sus corazones seguían sonando igual que la primera vez.

La conversación, los silencios y las miradas eran iguales pero diferentes a las dos veces anteriores. Sus pasos parecían ir en la misma dirección por fin, años después del primer encuentro. Ni siquiera tuvieron que confirmarse el uno al otro el giro del destino que estaban viviendo. Ambos sabían lo que ese tercer encuentro significaba. Ya no había dudas ni impedimentos, solamente estaban sus sentimientos tomando partido en la decisión más importante de sus vidas.

No habría un cuarto encuentro porque en aquella ocasión su historia comenzaba a rodar por fin. Mist Rachs no necesitaría volver a hacer su magia: ninguno de los dos quiso esperar más para empezar a ser feliz.

Los visitantes de Mist Rachs pueden volver un total de tres veces en su vida. Si deciden abandonar el pueblo en esas tres ocasiones, no podrá existir una cuarta vez.

Así que recuerda: Mist Rachs tres oportunidades te dará y alguna de ellas tendrás que aprovechar. De no hacerlo, el destino no te dejará regresar.

I

Philip

No puede ser. Bueno, sí, puede. Lo he visto con mis propios ojos. Incluso he hablado con ella y rozado su mano. Puede pero no puede ser. Ella está aquí, en Mist Rachs. De nuevo. En realidad, para ella es la primera vez, pero para el pueblo es la segunda. Jamás en mi vida pensé que podría tener esta oportunidad y ahora no sé qué hacer. Quiero, necesito, que se quede aunque sean unas horas para poder pasar tiempo con ella. Puedo sonar egoísta, infantil…

—Es que qué fuerte —sigue diciendo Jenna desde que le conté por encima quién era aquella adolescente que acababa de llegar al pueblo—. ¿Qué más gente ha visitado este lugar?

—¿En toda su historia? No te sabría decir.

Seguimos caminando a paso ligero para reunirnos con el sheriff Pete, por si a él se le ocurre qué podría estar pasando y cómo solucionar esto mientras Jenna intenta aclarar sus ideas con respecto a lo que suele suceder en Mist Rachs.

—Y, ¿pasa en cualquier época del año? —vuelve a preguntar.

—Sí, pero en diciembre es cuando suele haber más actividad. Aunque no es tan… importante como la de este año.

Está comenzando a nevar fuerte y parece que se prepara una pequeña tormenta invernal. Me giro hacia Jenna que, con las prisas, ni siquiera se ha abrochado los botones de su abrigo. Me detengo un instante y de forma inconsciente la abrigo un poco más de lo que ya estaba, ajustándole el gorro que, por suerte, todavía llevaba puesto antes de todo esto.

—Gracias —me susurra con una sonrisa, besando mis labios acto seguido y haciendo que los míos también sonrían con ella.

—Vamos a hablar con Pete y volvemos a casa para meter todas tus cosas, te lo prometo —le digo, reanudando la marcha.

—No te preocupes; esto es más importante que eso.

Estando a su lado no soy capaz de dejar de sonreír.

—Al menos me he tomado un par de días libres y no tengo que volver al restaurante hasta el martes.

Suspiro con nerviosismo en cuanto llegamos a la oficina del sheriff al final de Snow Avenue, casi frente a Mistletoe Square. A través del cristal de la puerta se puede ver a Pete en su mesa, frente a un moderno ordenador. Ambos entramos y, al vernos, sonríe con toda la sinceridad de la que dispone alguien tan serio como él.

—¿En qué puedo ayudar a los dos chefs más famosos de Mist Rachs? —nos dice, indicándonos con la mano que podemos sentarnos.

—Acaba de llegar alguien al pueblo —le digo sin sentarme.

Pete frunce el ceño.

—¿Alguien más? ¿Quién podrá…?

—Mi madre —le digo de golpe.

Él reacciona levantándose de su silla, como si alguien le hubiera tirado hacia arriba, y su boca se abre de par en par.

—Pero eso… Eso es…

—He hablado con ella —le empiezo a explicar; no hay tiempo que perder.

—Pero Philip, no puede ser. —Y se gira hacia el ordenador, comprobando algo en él—. No hay nada que indique…

—Yo no entiendo tu trabajo —le corto—. Lo único que sé es que acabo de ver a mi

madre con quince años, un día antes de que se reencuentre con su futuro marido.

—¿Ya están prometidos? —me pregunta en bajo Jenna.

—Ellos ya se conocían antes del cumpleaños de él.

—¿El cumpleaños? —insiste.

—¿Para ella es un día antes de prometerse al emperador? —exclama Pete—. Esto es peligroso. —Se frota la frente con dos dedos—. Tiene que irse cuanto antes.

—Ah, ¿va a prometerse ahora con tu padre?

Pete carraspea nervioso al escuchar esa pregunta de Jenna.

—Luego te explico —consigo decirle antes de que Pete vuelva a hablar.

—¿Dónde está ahora? —pregunta él.

—Les indiqué que podían ir al Timeless. Estaban algo aturdidos y…

—Pero, ¿quién más ha llegado con ella?

—Mi tía, mi abuela, un cochero e imagino que la institutriz.

Ahora se frota el pelo el pobre Pete, imaginando el revuelo y el consiguiente trabajo.

—Demasiada gente —empieza a decir—. Demasiada y… complicada. Deben irse cuanto antes. —Va hacia su perchero, poniéndose la chaqueta de sheriff—. Iré ahora al Timeless y les indicaré…

—Pero no pueden irse todavía —le corto antes de que llegue a la puerta.

—Pueden y deben —me responde—. Sería catastrófico que se quedaran un minuto más aquí.

—Pero yo… Yo pensaba que podría… No sé… Hablar un poco con ella o…

Jenna me mira con dulzura, comprendiendo. Pete, con asombro y miedo.

—¿Tú te das cuenta de lo que estás diciendo? —me riñe con descaro—. No se debe interactuar con gente del pasado, menos aún con personajes relevantes, porque podría cambiar el curso de la historia.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —le pregunto, haciendo que recuerde que soy la prueba viviente de que eso a veces no es posible.

Pete resopla, sabiendo que llevo razón.

—Tienen que irse cuanto antes, Philip, y lo sabes —me repite.

—Solamente unas horas al menos —vuelvo a pedirle—. De todas formas, no creo que puedan salir del pueblo con esta tormenta.

—En cuanto crucen el puente, no van a tener mayor problema; ya sabes cómo va esto.

—Pero si se quedan más de unas horas y decís que mañana va a prometerse a Francisco José… —apunta Jenna.

—Bueno, no es mañana exactamente —le digo—. El caso es que, para la gente del pasado o del futuro, el tiempo se detiene al cruzar el puente del pueblo. Cuando vuelvan a cruzarlo, estarán otra vez en el mismo momento en el que estaban cuando entraron a Mist Rachs.

—Ah. Y de todo esto hay algún manual que pueda consultar para ponerme al día o… —me dice ella, gesticulando de forma encantadora.

Incluso Pete sonríe levemente.

Beso la frente de Jenna para volver a verla sonreír. Acaricio su melena pelirroja un instante antes de continuar hablando con Pete.

—Dame unas horas —le pido—. Es muy importante para mí, como podrás comprender.

Pete sigue con la mano en el pomo de la puerta a medio abrir. Al menos, parece estar pensándoselo. Agacha un segundo la cabeza y luego nos hace un gesto para que salgamos con él.

—Llamaremos de camino a Erza y Max —me dice en cuanto salimos los tres a la calle,

mencionando a mis padres adoptivos—. Puede que ellos nos den un punto de vista diferente sobre esta situación.

—¿Eso es un sí? —pregunto con entusiasmo.

—Eso es un *me lo estoy pensando*.

Miro a Jenna con una emoción que parece que ella comparte también. Aprieta mi mano entre la suya mientras seguimos caminando en dirección al hotel del pueblo en donde mi madre, la que será mi madre, la que fue… Bueno, en donde ella está ahora mismo.

Unas horas. Si al menos me dieran unas horas nada más para poder pasarlas a su lado…

II

Sisi

—Reconozco que este lugar me está pareciendo absolutamente asombroso.

Desde que el cochero pareció desviarse del camino y fuimos a parar a este pueblecito encantador, no he dejado de sorprenderme con cada cosa que veo y sucede. El resto no parece estar disfrutando con la situación, pero yo estoy entusiasmada. ¡Está siendo toda una aventura! Mamá me había prometido una y hasta hace pocos minutos no me lo parecía, la verdad. Pero ahora, con toda esa gente vistiendo de forma tan extraña en este nevado pueblecito en mitad del verano, me parece que algo muy divertido acaba de comenzar.

Cuando mamá me dijo que las acompañara al cumpleaños de nuestro primo, el aburrido y muy ocupado emperador de Austria, pensé que todo iba a ser hacer reverencias y sonreír como una boba a todo el mundo. Yo quería quedarme en Possenhofen y dar paseos por el bosque, jugar con los vecinos y montar a caballo todos los días. Intento evadirme de la pena por Richard y mantenerme ocupada es la única forma. Porque nadie sabe que sigo pensando en él, en mi pobre Richard, que dejó este mundo tan pronto. ¿Por qué tuvieron que enviarle tan lejos? ¿Por qué no pudo quedarse cerca de mí? Y ahora mi madre pretende llevarme a un lugar en el que tendré que sonreír a todo el mundo durante días. Y ellas están muy felices y risueñas, pero yo… Yo quiero volver a casa.

Aunque después de llegar a este lugar, puede que cambie de opinión.

—No sé por qué tardaron tanto en facilitarnos alojamiento —se sigue quejando mi madre—. Está claro que no estaban todas las habitaciones ocupadas.

Néné, mi hermosa y apacible hermana, está mojando un paño en agua fría para colocárselo en la cabeza como les ha recomendado la dueña de este lugar.

—Con suerte nos iremos pronto —comenta ella, tirándose en la pequeña butaca al lado de mi madre, ambas con sendos paños mojados en la cabeza.

—Pero si tardaron unos pocos minutos en darnos las habitaciones —les digo yo—. Además, este sitio es una maravilla. Tengo ganas de salir a ver lo que…

—Sisi, haz el favor de comportarte —me corta mi madre sin abrir los ojos, con voz de cansancio extremo—. Tú vas a quedarte en tu cuarto hasta que el cochero vuelva para irnos de nuevo; nos están esperando y no podemos llegar tarde.

—No pasaría nada si nos perdiéramos otro cumpleaños de ese primo nuestro —le digo —. De todas formas, yo creo que le caemos fatal.

Néné hace amago de sonreír, pero debe dolerle mucho la cabeza y vuelve a quejarse, llevándose la mano a las sienes y frotándoselas.

—Qué tonterías se te ocurren —continúa diciendo mi madre en un infinito lamento—. El Emperador de Austria ha sido muy amable al invitarnos.

—Yo creo que ha sido tía Sofía la que nos invitó —vuelvo a decirles—. Seguro que él no sabe ni cómo nos llamamos.

Mi hermana vuelve a sonreír.

—Hay que ver qué cosas dices, hermanita.

Alarga la mano para que me acerque. Voy a su lado y se la cojo, sentándome junto a ella.

—Seguro que podemos divertirnos mientras esperamos a reanudar el camino —insisto de nuevo.

—Sisi, mamá y yo necesitamos descansar un poco —me pide mi hermana con voz

lastimera—. Podrías leer un poco mientras tanto. O escribir en ese cuaderno tuyo tan secreto que llevas a todas partes.

—Pero es que…

—Sisi, por favor te lo pido —me corta mi madre—. Tenemos unas horribles migrañas y no podemos seguir conversando contigo, ¿no lo entiendes? Hay que descansar antes de ver al emperador.

Lo ha dicho de mal humor esta vez. Me levanto de allí, besando con cariño la mano de mi hermana para verla de nuevo sonreír.

—Muy bien, iré a ver si les han dado algo de comer y beber a los caballos —les anuncio, yendo hacia la puerta.

—Ay, esta niña… —se queja mi madre mientras estoy cerrando ya la puerta, dejándolas a oscuras en su habitación.

Comienzo a caminar por el pasillo de este bello lugar, con unas pocas puertas a los lados. No sé si hay alguien más por aquí, porque nada más que nos vieron llegar, nos salieron a recibir y nos hicieron pasar a una parte concreta de esta enorme posada y no he visto qué hay más allá.

No, no he mentido cuando he dicho que iba a comprobar que los caballos estuvieran bien, pero después de eso quiero darme una pequeña vuelta para conocer el lugar. No hago daño a nadie haciendo eso, creo yo. Mi madre y mi hermana tienen miedo de todo, pero yo solamente quiero divertirme y distraerme un rato mientras esperamos. No me duele la cabeza y estoy descansada por completo.

Es bastante curioso que en este pueblo todo esté arreglado como si fuera Navidad. Al entrar al mismo, vimos nieve y adornos en cada calle. La gente iba ataviada con ropas extrañas, pero acordes al frío, como si fuera algo normal para ellos. Bien es cierto que en algunas zonas del Tirol puede ponerse a nevar en pleno verano, pero es como si aquí esta gente lo considerara normal.

Porque esto tiene que ser el Tirol, ¿no?

Puedo escuchar unos villancicos por toda la posada y comienzo a buscar el lugar de donde salen aquellas voces; me encantaría saludar personalmente a quienes están cantando de manera tan deliciosa. Camino entre las extrañas lámparas de gas colgadas en las paredes y a lo largo de todo el techo. Recorro pasillos sobre alfombras de colores cálidos, pero no doy con aquellos cantantes que tan gloriosamente están entonando estas melodías.

Bajo unas escaleras de madera, las mismas por las que hace un rato subimos, esperando encontrar el origen del misterio por fin.

—Hola de nuevo —escucho a la mujer de voz dulce y tez fina que nos atendió diligentemente a nuestra llegada—. ¿Necesitabais algo, Alteza?

—Soy Sisi, por favor —le pido sin dejar de mirar a mi alrededor, volviendo a mirarla segundos después de inspeccionar todo—. Querría saludar al coro que lleva cantando desde que llegamos; son dignos de admiración tanto por sus voces como por su tenacidad.

Aquella mujer sonríe con ternura antes de contestarme.

—En realidad están en una zona en donde no pueden ser molestados, pero les haré llegar tus palabras, Sisi —me indica en tono cordial—. Por cierto, antes no nos pudimos presentar. —Extiende su mano hacia mí sobre el mostrador de la entrada—. Mi nombre es Loreen.

—Un placer, Loreen —le respondo, estrechando su mano—. Y te lo agradezco. Me parece que tienen unas voces deliciosas y me encantaría poder disfrutar personalmente de ellas en alguna ocasión.

Loreen se atusa la trenza rubia que tiene sobre uno de los hombros sin perder la sonrisa cuando algo la interrumpe detrás de mí, fijando su vista en la puerta principal hacia la que yo misma me giro.

—Vaya, qué agradable sorpresa —le dice a la pareja que nos encontramos casi a la entrada del pueblo.

Vienen acompañados de un hombre mayor, más que mis propios padres, que parece demasiado preocupado por algo. El amable chico que antes nos indicó cómo llegar a esta posada no deja de mirarme, algo inquieto y ¿emocionado? No soy nadie, no entiendo por qué puede mostrarse de esta forma ante mí. Puede que él sea de esa manera, quién sabe. Sin embargo, la chica que antes lo acompañaba, le mira a él con una sonrisa de enamorada.

Como yo misma miraba a Richard.

¿Algún día pasará esta pena?

—¿Todo bien, Alteza? —me dice ese chico.

—Soy Sisi, por favor —le pido.

—Sisi —repite, rectificando con una especie de emoción por pedirle que me llame por mi nombre.

—Es una posada maravillosa, muchas gracias —le respondo—. Y tienen un coro delicioso que espero poder conocer antes de partir.

Él se queda algo sorprendido mientras Loreen habla.

—El coro de villancicos, ya sabéis —les dice, señalando al techo, haciendo el gesto de un círculo con el dedo.

Y con aquello, todos parecen comprender. Puede que sea un lenguaje que tienen especial en este lugar, quién sabe.

—Son unos villancicos hermosos —dice ahora la chica, una hermosa pelirroja de rostro afable que me ha caído bien antes incluso de que hablara—. ¿Te gustaría aprender alguno?

—¡Sería fabuloso! —exclamo con emoción—. ¿Ese coro podría enseñarme?

—Jenna, no creo que sea buena idea que… —le dice en bajo, aunque no lo suficiente, el hombre mayor.

—Pete, lo has prometido —le contesta ella, mirándole un segundo—. Y puede que Philip quiera aprender también algún villancico —le dice ahora al chico con una gran sonrisa, como si supiera que ese plan sería su favorito del mundo—. Al fin y al cabo, eso es lo que teníamos pensado hacer, ¿no es así?

Nunca había visto que a una persona le brillaran los ojos y es bastante curioso de observar. Philip mira a Jenna, echa un vistazo a ese tal Pete, que sigue más que nervioso, y luego me mira a mí.

—El plan perfecto para mí sería apuntarme al taller de villancicos —me dice.

—Al, ¿qué? —pregunto.

—A que nos enseñen estas canciones navideñas —explica sin perder su sonrisa.

—Pero antes, Sisi tiene que ir de compras —anuncia Jenna con ilusión—. Y conozco una tienda perfecta para…

—¿De compras? —le interrumpe el gruñón de Pete—. Jenna, ¿te has vuelto loca?

¿Aquí le hace gracia a la gente echarse en cara las dolencias mentales que se tienen?

Jenna sonríe a Pete y le toca el brazo, como si le hubiera dicho algo incluso bonito.

—Estoy segura de que Tyra no va a hacer nada malo en presencia de Sisi —le dice ella para tranquilizarle de alguna forma y luego me mira—. ¿Te gustaría que fuéramos a comprar algo de ropa más acorde al tiempo que está haciendo estos días aquí?

—¿Podría? Es decir, no sé si en mi ausencia el cochero logrará encontrar la forma de volver al camino y no querría que por mi culpa…

—El carruaje —me corta Philip de repente—. Antes me fijé que algo le pasaba al carruaje.

—¿Al carruaje?

Ese tal Pete ha hecho la misma pregunta que yo incluso a la vez.

—Sí, es… Bueno, es difícil de explicar, pero hay que pedirle a alguien que venga a revisarlo por si acaso —explica Philip con poca decisión. En ese momento, mira a Loreen—. ¿Podrías decirle a Helen o a Mathias que avisasen al cochero de esta eventualidad y se hicieran cargo de todo?

—Por supuesto, Philip, en un momento se lo comunico —le contesta ella—. La seguridad ante todo.

—Entonces, ¿vamos a comprar esa ropa? —vuelve a insistirme Jenna ante el suspiro de Pete.

—Te lo agradecería eternamente, Jenna —le respondo con ilusión.

Ella parece emocionarse de la misma forma y entonces se dirige a Philip.

—Voy a avisar a Tyra para ver si nos puede abrir la tienda. Tú vete a apuntarnos al taller a los tres y luego nos reuniremos en el restaurante contigo.

—Pero es que… —protesta él.

—Philip… —insiste ella.

Y con un breve beso en los labios, le convence definitivamente.

Ha sido increíble de presenciar.

—Nos veremos entonces más tarde, Sisi —me dice Philip, mirando a Pete como si ahora tuviera que rendir cuentas con ese angustiado hombre que no deja de menear la cabeza ante todo lo que hablamos.

—Bien, entonces, ¿nos vamos? —me pregunta Jenna, señalando la puerta de la posada.

—¡Por supuesto! —respondo con emoción por poder salir de aquí por fin y explorar el exterior. Pero antes de dirigirme a la puerta junto a Jenna, me giro hacia Loreen—. ¿Podría alguien encargarse también de cuidar a los caballos? Tendrán hambre y sed.

—Por supuesto, Sisi —me responde con esa ternura que parece tener siempre en su voz —. Están bien cuidados, puedes estar tranquila.

—Entonces, vayamos a por ropa invernal —sentencio acercándome a Jenna, que ya me espera en la puerta.

—Toma, ponte al menos esta… —comienza a decirme al salir por la puerta y dejar atrás al resto, haciendo amago de quitarse su abrigo para cedérmelo a mí.

—No, por favor —le pido, viendo desde el umbral lo bonito que está nevando—. Cuando nieva, me encanta salir y sentir los copos sobre mi piel. —Al ver que no está muy convencida, lo intento de nuevo, poniendo mi gesto más persuasivo—. Por favor, déjame disfrutar de la nieve en pleno verano durante un rato más.

Jenna parece por fin ceder, aunque no de muy buen grado.

—Esto va a ser muy divertido, estoy segura —me promete ella.

Y no lo dudo ni un segundo.

III

Philip

—Hace un momento hablé con Tom para pedirle que viniera al Timeless con urgencia. Es el único que sabría explicarle al cochero que su carruaje tiene algo mal y que le creyera.

—Me sigue pareciendo una locura y creo que puede traernos muchos problemas —sigue quejándose Pete, caminando de un lado al otro del hall de entrada del Timeless.

—Pete, te vas a hacer un esguince —le dice Loreen medio burlona.

Él la echa una mirada de enfado, pero menea la cabeza una vez más y continúa con su caminata sin sentido.

—Tom tardará unos pocos minutos en llegar —le digo—. Está aquí al lado, así que en cuanto llegue, vamos a ver el carruaje y hablamos con el cochero.

—No, si se ve que lo tienes todo pensado —me dice Pete—. Salvo el pequeño detalle de que tu madre biológica, la mismísima emperatriz de Austria, no puede quedarse ni un minuto más aquí e interactuar con todos como si tal cosa.

—Es una niña y con el tiempo le quedará el recuerdo de un lugar hermoso y extraño, pero nada más.

Me ha escuchado sin moverse, pero en cuanto termino, vuelve a menear la cabeza y a caminar con grandes zancadas.

—Es muy arriesgado —insiste.

—Pero es su madre, Pete —intercede Loreen con dulzura—. ¿Qué harías tú en su lugar?

Pete parece reblandecerse un poco hasta que vuelve a hablar.

—Decirle que se fuera por donde…

—Venga ya, Pete —le digo ahora yo—. Necesito pasar algún tiempo con ella, nada más. No va a pasar nada. Yo mismo me haré responsable de lo que pueda suceder.

—Y, ¿qué? —me reprocha—. Te haces cargo tú, ¿y? ¿Crees que te van a reñir y mandar a casa dos días para que reflexiones sobre lo que has hecho? Esto es algo muy serio, Philip, y sabes de sobra cómo funciona todo esto. Si se enteran, van a hacer muchas preguntas. Y podríamos…

—No va a suceder nada —le repito—. Te prometo que todo saldrá bien. Pasaré un tiempo con ella, le diremos que el carruaje ya está arreglado y se irá.

—Pero si hasta vas a ir a apuntarle al taller de Cathy, por el amor de…

Nos interrumpe Tom entrando por fin por la puerta, con una caja de herramientas en una de sus manos.

—Bueno, a ver, ¿qué urgencia era esa que me ha hecho dejar una cerveza jodidamente buena a medias?

—No son horas todavía, Tom —le digo, estrechándole la mano.

—Es domingo, Philip, no me jodas. Llevo una semana de putos locos con esto de que la tormenta de nieve se acerca y si me apetece tomarme una cerveza, me la tomo. ¿Qué problema hay?

—Luego dirás que…

—¿Podemos irnos a ver ese carruaje y avanzar con esto, por favor? —nos interrumpe Pete al borde del colapso, haciéndonos reír.

—Muy bien, veamos lo que pasa con ese famoso carruaje —le dice Tom entre risas todavía, dirigiéndose de nuevo a la puerta.

—Me avisáis para llamar al cochero y que vaya al cobertizo —nos dice Loreen, que

prefiere quedarse en el acogedor hall del hotel en vez de salir con este frío al exterior.

Asiento con una sonrisa y le despido con la mano, volviendo a dirigirme a Tom para explicarle.

—Es lo que no le pasa —le empiezo a decir al salir, de camino al cobertizo en donde lo guardaron al llegar.

—¿Cómo que *lo que no le pasa*? —nos pregunta con el ceño fruncido.

—Las preguntas sobre esta locura, a él —le dice Pete, queriéndose quedar al margen.

Y Tom me dirige una mirada amenazante que da más ternura que miedo.

—Philip, no me jodas que me has hecho salir de mi casa en domingo sin ningún motivo.

—Es por mi madre —le digo por fin—. Está aquí.

—A ver, no veo a Erza cada día, pero no hacía falta que…

—Sisi, Tom —especifico mientras Pete abre el cobertizo—. Es Sisi la que ha aparecido en este carruaje.

Tom se queda paralizado, a medio camino entre el exterior y el cobertizo donde está el carruaje con los caballos. Se frota los ojos que hasta hace un segundo se le habían quedado demasiado abiertos y vuelve a mirarme, comprendiendo un poco ya de lo que todo esto se trata.

—Joder, Phil. —Y por fin reacciona como es él—. Dime en qué puedo ayudarte; lo que sea.

Miro a Pete y veo que se encoge de hombros lanzando una mirada al techo del cobertizo, resignado ante esta locura.

—Pasemos dentro y te explico —le digo a Tom, entrando por fin.

—Pero el carruaje no tenía ningún problema —insiste el pobre cochero, volviendo a revisar las ruedas en las que instantes antes Tom hizo su magia para que parecieran necesitar un arreglo urgente.

—Ya ve, Johann, estas cosas le pueden pasar a los mejores —le consuela Tom, dándole un par de palmadas en el hombro que el estirado cochero recibe con asombro.

—Pero yo… —Se frota la cara, visiblemente preocupado—. Si se llegaran a enterar…

—Puedes decirles que en realidad te diste cuenta de que algo pasó durante el camino y decidiste parar aquí para revisarlo, pero que no querías asustarlas. ¿Qué te parece? —le propone Tom, compadeciéndose del sufrimiento de aquel hombre.

Johann asiente y parece que empieza a sentirse más aliviado con esa idea.

—Sí, puede que les diga eso —dice como para sí mismo, volviendo a mirarnos a Tom y a mí al momento—. Necesitaría ruedas de repuesto; esto no es posible arreglarlo si no es con un cambio completo.

—Déjelo de mi cuenta, buen hombre —le responde Tom, evitando palmear de nuevo su hombro para no volver a asustarle como hace unos segundos—. Pediré las piezas y arreglaremos el carruaje para que puedan reanudar su camino lo antes posible, ¿de acuerdo?

—Sí, muy bien, claro —le dice Johann—. Muchas gracias, caballeros. —Y nos hace una pequeña reverencia con la cabeza—. Y ahora, si me lo permiten, iré a informar a la duquesa de este desafortunado nuevo incidente. Habrá que mandar una carta a palacio para que…

—Eso déjelo de mi cuenta —me apresuro a decirle yo—. Transmítale a la duquesa que yo mismo en persona telegrafiaré a palacio, que será más rápido que una carta.

—Magnífica idea, tiene razón —me dice Johann, algo turbado todavía por todo lo que le está sucediendo hoy—. De nuevo, gracias.

Repite la reverencia, contagiándonos el gesto a nosotros también.

—Vaya con dios —le responde Tom, haciéndonos a un lado para que salga de aquí.

Miro a mi amigo con cara de *qué ha sido esa despedida* y él se encoge de hombros, como si me estuviera diciendo *creía que se decía así antes*.

—No sé cómo agradecerte… —comienzo a decirle a Tom, pero él me corta a mitad de frase al levantar su mano.

—Es lo mínimo que se puede hacer en una situación como la tuya, Philip.

Pete, que llevaba en silencio todo el tiempo que el cochero ha estado aquí, vuelve a quejarse y a hacer gestos de agotamiento.

—Pete, te prometo que…

—No —me corta él también. Se acerca a la puerta y me mira antes de salir—. Espero que esto no se complique, porque si no, todos vamos a estar muy jodidos, Phil. —Se gira y nos da la espalda—. Muy jodidos —le escucho decir todavía, a pesar de estar ya alejándose de este cobertizo.

Cuando ya está lo suficientemente lejos como para que no nos oiga, Tom, que ha estado recogiendo sus cosas, se acerca también a la puerta.

—Y tiene mucha razón, Philip —me recuerda—. Intenta disfrutar todo lo que puedas de ella y deja que se vaya antes de que todo se complique tanto que no haya vuelta atrás. Ya sabes a lo que me refiero. —Y sale de aquí, siguiendo el mismo camino que tomó Pete hace escasos segundos.

Me quedo a solas con mis pensamientos un instante antes de salir yo también. Lo sé, es arriesgado lo que estoy haciendo, pero no puedo evitarlo. Necesito conocerla algo más.

Si pudiera conseguir que se quedara en Mist Rachs un par de días al menos…

Al salir del cobertizo, la nieve sigue cayendo sobre Mist Rachs. La tormenta se espera, pero todavía parece que tardará en llegar.

IV

Sara

—Es que lo sabía.

—No lo creo —sigue bromeando él, a pesar de la desastrosa situación que estamos viviendo.

—Sí, lo sabía, porque eres muy predecible, Luca —le reprocho.

Me mira de reojo un instante sin perder de vista el camino de tierra por el que hace ya unos minutos nos ha metido, asegurándome que llegaríamos antes al aeropuerto si íbamos por donde él creía que había que ir.

—¿Soy predecible? ¿En serio?

Frena el coche de golpe y siento un beso en la mejilla seguido de una risita triunfal cuando se da cuenta de que me he sorprendido con aquello.

—Tú encima sigue jugando; vamos a perder el avión por tu culpa y lo sabes.

—Y tú sabes que a tu editorial no le importaría pagarnos otro billete.

Me quedo en silencio sin querer hablar de ese tema. Porque sí, si llamo a la editorial, nos pagarían nuevos billetes, más noches de hotel y doce botellas de champagne si hiciera falta. Pero eso conllevaría enviarles un adelanto que no tengo todavía y no sé cuándo podré tener. La historia en la que me he metido está llevándome por lugares que no había pensado y todo lo que tenía en mente se está deshaciendo por momentos.

—Tú intenta llegar al aeropuerto a tiempo y ya está —le respondo con sequedad.

¿Demasiada?

Se hace el silencio durante unos segundos, pero con Luca eso es demasiado, está claro.

—Tendríamos que hablar de lo que está pasando, Sara.

Resoplo sin querer y él me lo nota, por supuesto. Le escucho suspirar de forma condescendiente, algo que me pone muy nerviosa.

—No me pasa nada, ya te lo he dicho —le reitero como llevo haciendo ya días.

—Sé que sí que te pasa algo, pero comprendo que no tengas por qué contarme todo. Sólo quiero que sepas que puedes hablar conmigo. Cuando lo necesites.

Su tono tranquilo y ese suave acento italiano me hace sentir fatal por no haberle contado mis miedos actuales. Sé que puedo contar con él. Ahora tenemos una relación y es con quien más a gusto he estado en toda mi vida. ¿Por qué entonces me sigo callando las preocupaciones y no cuento con él desde el principio?

—Luca, yo…

—¿Qué es eso? —me corta él, frenando el coche en seco.

Dirijo mi mirada hacia el sitio que Luca está mirando y me fijo en un cartel de madera con un nombre escrito en él: Mist Rachs.

—¿Qué coño es eso de Mist Rachs? —pregunto, buscando en mi móvil esas palabras para buscar información.

—¿Dónde estamos? —empieza a preguntarse él para luego dirigirse a mí—. ¿Aparece algo en internet?

—Sí, dice que eres rematadamente engreído por haber creído que podrías…

Me da un mordisco rápido en la oreja que me hace sonreír.

—Creo que tendríamos que entrar —me dice sin arrancar todavía—. De todas formas, me parece que ya hemos perdido el avión, así que descansemos en este pueblo, busquemos la forma de volver a Viena y reemprendamos el camino. Puede que alguien nos sepa decir algo.

—Espero que internet vaya mejor al entrar, porque se me ha quedado muerto el buscador —me quejo, bloqueando el móvil y volviéndolo a guardar—. Y si de paso deja de nevar, mejor que mejor. No voy a acostumbrarme en la vida a que haya zonas de por aquí en las que sea verano y tenga que ponerme la ropa de invierno.

Luca arranca y dejamos atrás el cartel de aquel pueblo, pasando por encima de un puentecito.

—A veces hay tormentas que no han estado nada mal —me recuerda, haciéndome pensar en aquella que nos pilló en mitad del camino de vuelta a Viena hace unas semanas, cuando pasamos una increíble y tórrida noche en esta furgoneta.

Algún día tengo que escribir en mis libros una escena parecida, al menos, en intensidad emocional; no me olvidaré jamás de aquello.

—¿Por qué tienen todo adornado como si fuera Navidad? —pregunto mientras observo por la ventana las casitas y los puestos de un mercadillo demasiado navideño para verano.

—Parece que en este pueblo nieva con una intensidad asombrosa —comenta él, también extrañado.

Pero mi atención se centra en un nombre que acabo de escuchar cerca de nosotros. En la calle alguien llama a una chica que corre, divertida, vestida con un traje de época. Ella se gira y se frota los brazos hasta que llega una mujer joven con el pelo de color fuego, que le pone por encima una prenda de abrigo a esa adolescente que parece estar disfrutando tanto.

—¿Has escuchado cómo han llamado a esa chica? —le pregunto a Luca.

—Se llamará Isabel.

—Pero le ha dicho Sisi.

—En la actualidad la gente también se llama…

—Pero en la actualidad la gente no viste así. Ni se parecen tantísimo a la verdadera.

—No lo digas —me corta, continuando su camino—. Puede que sea un festival que…

—O es ella y hemos viajado en el tiempo, Luca.

Aguanta una carcajada hasta casi estallarle un ojo.

—A un pasado algo extraño, con luces led por las calles y carteles luminosos de tiendas de todo tipo en donde mira, ahí por ejemplo te arreglan también el móvil.

—Estaba bromeando, tonto —le aseguro—. Pero no me digas que no es casualidad. A lo mejor es que es una descendiente o…

—O es un simple festival del pueblo, Sara.

—Soy escritora, ¿vale? Tengo imaginación —me quejo, haciéndole reír.

—A veces demasiada —me responde, echándome un rápido vistazo—. Y eso me encanta.

Veo que se van alejando la del pelo color fuego y la adolescente llamada Sisi, así que no tengo tiempo de comentar su dulce ocurrencia ahora.

—Voy a bajar y a preguntarles.

—Tenemos que buscar un sitio donde descansar —me advierte sin prestar demasiada importancia a lo que le estoy diciendo.

Se atusa un momento su pelo oscuro mientras parece querer encontrar alguna indicación concreta en esta calle.

—Tú puedes buscar algún sitio y yo mientras me informo de este misterio.

Sonríe antes de contestarme.

—Creo que estás demasiado metida en tu nuevo libro y crees ver cosas que no existen, Sara.

—¡No me digas que no es una gran coincidencia que yo esté documentándome sobre Sisi y vea a alguien tan parecido a ella corretear por un extraño pueblo!

Se lo he dicho con tanto entusiasmo que él no ha podido reprimir una reluciente sonrisa.

—Bueno, primero arreglamos esto y luego…

—¡Pero las voy a perder de vista! Frena y luego nos encontramos.

—Hace un momento estabas deseando llegar al aeropuerto —se queja.

Pero no hay tiempo para eso. Ambas están a punto de girar para meterse en una bocacalle y estoy segura de que van a volatilizarse. Y entonces perderé la oportunidad de mi vida. Porque aquí está pasando algo.

Y voy a averiguar qué es y por qué el destino nos ha guiado hasta aquí.

—¡Que me tiro de la furgoneta, Luca! ¡Las voy a perder!

Se echa a reír abiertamente y frena, acercándose a una de las aceras de la calle.

—Estoy seguro de que te habrías tirado —me dice mientras ve cómo me bajo a toda prisa—. ¿No me vas a dar ni un beso antes de ir a…?

—¡Luca, que se me pierden! ¡Luego hablamos!

Cierro la puerta mientras oigo todavía las risas despreocupadas de Luca, al que escucho decirme que tenga cuidado.

Cruzo la calle y me acerco a ellas por detrás. Vale, creo que no he pensado bien la estrategia a seguir y comienzo a darme cuenta de la tontería que he hecho. A lo mejor Luca tenía razón y es solamente alguien que va caracterizada de ella. ¿Cómo se me ha ocurrido pensar que esto podía significar algo? La verdad es que a veces sí que parece que vivo en un mundo paralelo al del resto de la humanidad. La mente me juega malas pasadas y me imagino historias que tendría que ver solamente en los momentos en los que me siento a escribir, nada más.

Joder, qué frío hace, y yo sin abrigo ni nada. Al menos no las he perdido. La pelirroja le señala a esa tal Sisi una pequeña tienda de ropa y ella se pone a dar pequeños saltitos, como si estuvieran yendo de excursión al mejor lugar del mundo y no a una boutique a comprar leotardos o a saber qué, porque vestida de esa forma…

Vale, genial, han entrado en esa tienda. Y se ha puesto a nevar con ganas. Y hace frío. Y yo voy en manga corta. ¿Entro y les pregunto? Espera, ¿qué les pregunto? *Hola, ¿eres Sisi, la pasada pero seguramente para ti futura emperatriz de Austria? Es que estoy documentándome para escribir tu historia precisamente y…* ¿Qué? Precisamente, ¿qué? ¿Cómo ella, si lo es, va a saber su futuro? Lo más probable es que no sea ella. Lógico, sí, vale, pero a veces me dejo llevar por mis impulsos y… Entonces le preguntaré si es descendiente de ella. O hace de ella en algún tipo de obra de teatro. O…

Pero, ¿qué narices hago yo aquí, espiando a dos personas… por nada?

Sigo mirando a través del cristal a una distancia prudencial, intentando aclarar mis locas ideas por una vez en la vida, preguntándome sobre lo que me ha llevado a bajarme de la furgoneta y cuánto tiempo va a estar Luca riéndose de esta nueva locura mía.

Creo que necesito empezar a pensar antes de actuar. Con unos segundos de margen, a lo mejor me valía para evitar meterme en jaleos.

Pero ahora, ¿qué hago?

V

Jenna

—Como comprenderás, necesitamos máxima discreción —le termino de explicar a Tyra con rapidez mientras la pequeña Sisi se divierte mirando toda la ropa que hay en la tienda.

—Tranquila, Jenna, esto es Mist Rachs —responde con una calma asombrosa—. Es extraño que esté habiendo tantos turistas en tan poco tiempo, pero imagino que Pete ya se encargará de investigar eso. Por lo demás, no va a haber problema con la gente del pueblo.

—¿Esto es normal para vosotros? —exclamo sin ser capaz de asimilar todavía todo lo que está sucediendo.

Ella asiente, sonriente.

—Ahora que formas parte de Mist Rachs, tendremos que ponerte al día.

—¿Reunión de chicas? —propongo con ilusión.

—Y con rapidez además —acepta ella, encantada con mi propuesta.

Así de sencillo tendría que ser siempre con la gente: conocer a alguien y que te admitan en su vida sin tratar de juzgarte antes o intentar encontrarte algún horrible defecto por el que rechazarte.

¿Por qué el mundo no puede ser como Mist Rachs?

—¿En serio podría ponerme esto? —escuchamos decir a Sisi, que levanta en su mano un pantalón vaquero algo rasgado y desteñido.

—¿Eso te gusta? —pregunto asombrada—. ¿No te parece una prenda extraña o…?

—Con esto podría ir al bosque; parece cómodo. Y no me rozaría con todo. Es perfecto. Además, vosotras vais con pantalones parecidos. Eso es que se puede vestir así, ¿no? Siempre he envidiado a los hombres por ponerse prendas tan cómodas mientras nosotras tenemos que ir siempre con horribles e incómodos vestidos.

Tiene todo el sentido del mundo.

—Entonces puedes probártelo y lo compraremos si te gusta —le aseguro.

A ella se le iluminan esos ojos claros tan expresivos. Tiene un… algo. Estás cerca de ella y te embarga una sensación de felicidad extraña de explicar. ¿Este es el efecto que tenía sobre la gente de su entorno? ¿Por eso se enamoró el emperador de ella nada más verla?

Es increíble lo rápido que estoy aceptando lo que está pasando en este pueblo y me esté haciendo este tipo de preguntas sin plantearme la posibilidad de haberme vuelto loca.

Sisi extiende los brazos en cruz y no comprendo qué es lo que está haciendo hasta que Tyra reacciona con rapidez.

—En Mist Rachs nos probamos la ropa detrás de esa cortina —le dice, señalando los probadores.

A Sisi parece hacerle una tremenda ilusión lo que Tyra le acaba de comunicar porque corre hacia esa parte de la tienda como si fuera a desaparecer en cualquier momento.

—Es una chica increíble —le digo en bajo a Tyra en cuanto Sisi se mete en el probador.

Ella hace un gesto de aprobación mientras comienza a coger diferentes prendas de la tienda.

—Y, ¿qué tal con Philip? —me pregunta.

—Bien, genial. Estábamos haciendo la mudanza cuando…

Me mira de reojo justo después de coger un abrigo de la talla de Sisi.

—Sabía que te quedarías —confiesa con una sonrisa en los labios—. Todas lo intuíamos.

—Y, ¿no os parece como… precipitado? No sé, me daba algo de vértigo tomar la decisión, porque han pasado solamente unos días.

—Esto es Mist Rachs, Jenna —me dice ella, acercándose al probador—. Aquí las cosas siempre suceden de otra forma y no nos extrañamos de nada. Tu lugar estaba aquí y por eso te quedaste, da igual el tiempo que tardaras en decidirlo. Mist Rachs es ahora tu vida, no te preocupes por las cosas que fuera de aquí le afectan a la gente, porque ya estás viendo que en este pueblo no funcionamos precisamente como en otras partes.

Sonrío ante sus acertadas palabras mientras ella pasa toda aquella ropa a Sisi por encima de la cortina, dándole unas sencillas explicaciones.

—Entonces, vosotras sois capaces de saber si alguien va a quedarse en el pueblo o están de paso —le comento, intentando saber un poco más de Mist Rachs.

Ella viene hacia mí y asiente antes de hablar.

—Por ejemplo, la persona que está fuera de la tienda, mirando de vez en cuando hacia dentro, no va a quedarse en el pueblo.

Me giro hacia donde Tyra ha señalado levemente con la cabeza y veo a una mujer de unos treinta años, de pelo corto color chocolate, ojos curiosos y semblante nervioso. Se da cuenta de que la estoy mirando y tuerce la vista hacia otro lado, separándose del escaparate.

¿De qué me suena a mí…?

—Esa mujer… Creo que… ¿No es Sara Fernández, la autora de Civitas?

Tyra se fija un momento en ella y arruga la frente al darse cuenta de quién es.

—¿Qué hace ella aquí?

—Ni idea —respondo—. Acaba de publicar hace poco su libro. ¿No tendría que estar en plena promoción?

—Bueno, esto es Mist Rachs. Puede que ella esté… En otro punto, ya sabes —me intenta explicar Tyra, echando un vistazo al probador, que sigue cerrado—. Además, mira qué ropa lleva.

¡Es cierto! Va con ropa de verano, igual que Sisi.

—Me asombra lo rápido que me estoy acostumbrando a pensar que puede haber llegado alguien de otro momento temporal —reconozco, haciendo sonreír a Tyra.

—Dile que entre, anda —me pide, señalando a Sara Fernández con la cabeza—. No queremos que se resfríe la talentosa escritora.

—Pero Sisi… —le recuerdo.

—Tranquila, yo me encargo de eso —me asegura, yendo hacia el probador.

Voy hacia la puerta y abro justo cuando ella está disimulando, mirando algo en el móvil con la boca abierta.

—Hola —le digo, haciendo que se gire hacia mí con rapidez y asombro—. ¿Necesitas algo de abrigo?

—¿Qué? —exclama con tono agudo, seguramente no sabiendo cómo explicar mil cosas.

—Vas en manga corta —le digo, señalando con la mirada sus brazos.

Ella parece darse cuenta en ese momento de su ropa y es como si a partir de entonces sintiera frío, no antes.

—Me vendría bien una chaqueta, sí —comenta—. En pleno verano y tenéis esto muy navideño; hasta nieva.

—Ya —contesto mientras abro la puerta de la tienda, no sabiendo qué decir.

—Cómo es el Tirol, ¿eh?

—Eh… Sí, es que…

Nunca se me ha dado bien mentir, lo reconozco. Si vivir en Mist Rachs implica mentir, lo voy a pasar muy mal.

Entramos a la tienda y Tyra la recibe con una agradable sonrisa. Que es digna de admirar, todo hay que decirlo, porque es domingo, ha tenido que abrir la tienda y encima nos atiende a todas con amabilidad.

Estas cosas solamente pasan en Mist Rachs, está claro.

—Buenos días —le dice a la escritora—. Necesitas algo de abrigo, ¿verdad?

—Bueno, sí…

Sara sigue nerviosa, como expectante por si le recriminamos que estuviera espiando desde la calle. Yo lo haría, pero dejo que Tyra maneje la situación; ella lleva más tiempo haciendo… estas cosas, no sé, yo creo que sigo esperando despertarme en mi antigua casa, antes de volver a mi antiguo restaurante con mi antiguo novio.

Y me puede dar algo como eso pase.

—Puedes mirar en esa zona de allí algo para este tiempo —le explica Tyra, señalándole un lado de la tienda—. Coméntame si necesitas cualquier cosa.

Sara asiente y va hacia esa parte de la tienda cuando sale Sisi del probador, radiante con su nuevo look moderno y natural.

—¡Es la ropa más maravillosa que he tenido en mi vida! —exclama, comenzando a dar vueltas sobre sí misma con entusiasmo.

Tyra y yo no podemos evitar sonreír al ver lo feliz que parece con unas sencillas prendas de invierno: vaqueros, camiseta, jersey, botas de nieve, abrigo y el conjunto de gorro, bufanda y guantes a juego. Está preciosa con esos tonos rojos y verdes oscuros que Tyra le ha elegido.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —le pregunta Tyra a Sisi mientras Sara observa de refilón la escena.

—Pues no lo sé —responde—. Estamos esperando a que el cochero encuentre el camino correcto, porque en unas horas el emperador nos…

Empiezo a toser, intentando tapar la explicación de Sisi. Eso llama más la atención a Sara, que frunce el ceño.

—En este pueblo nos tomamos muy en serio nuestros festivales —dice con una sincera y tranquila sonrisa Tyra a Sara, que abre los ojos y asiente, parece que empezando a atar cabos.

Sisi ni siquiera comprende lo que Tyra ha dicho, pero no está atendiendo: sigue mirándose al espejo, admirando su nuevo outfit con el que no pasará nada de frío durante su estancia en Mist Rachs.

—Nos llevamos entonces todo esto —le digo a Tyra, acelerando nuestra salida de la tienda—. Y ponle por si acaso algo más de ropa en una bolsa.

—Mi vestido está en… —comienza a decir Sisi, indicándonos con su dedo el probador.

—Yo me encargo, tranquila —le contesta Tyra, yendo hacia allí con un elegante y opaco portatrajes.

Sara se acerca al mostrador con un jersey, un abrigo y unos botines de esos tan calentitos por dentro y tan cómodos por fuera. En otra mano lleva ropa de hombre. Es extraño, porque creía que acababa de divorciarse hacía poco tiempo. ¿Ya estará con otra persona? ¿Será que viene del pasado y sigue con él? Me dan ganas de aconsejarle que deje a ese imbécil porque se cuenta que le fue infiel. Con lo buena que parece ella… Vale, sí, es cotilla, pero los escritores son un poco así, ¿no? Gracias a que lo son, indagan en sus personajes y acaban contando una historia. Les tendremos que perdonar este tipo de comportamientos.

—A lo mejor un par de conjuntos de lana también necesitabas —le indico, señalándole

las perchas junto al mostrador con guantes, bufandas y gorros conjuntados como el que lleva Sisi.

Ella coge al azar un par de ellos y asiente a modo de agradecimiento. Y yo juro que le comentaría por ejemplo algo sobre su libro, pero ahora me da miedo decir cualquier cosa. ¿Y si ella todavía no ha publicado nada y meto la pata?

—¿Quieres llevarte todo esto? —le pregunta Tyra al volver con el portatrajes de Sisi.

—Sí, por favor —responde ella, posando todo a un lado de la caja registradora.

—Lo tuyo lo llevarás todo puesto, ¿no?

Sara sonríe, percatándose de que eso es precisamente lo que tiene que hacer antes de salir de nuevo: abrigarse bien. Comienza a colocarse capas de ropa y Tyra le da una pequeña bolsa para guardar sus zapatos veraniegos al ponerse los botines.

—Entonces, ¿cuánto es? —pregunta la escritora cuando por fin está lista para enfrentar el frío de fuera.

Tyra le pasa una bolsa con la ropa de hombre antes de contestarle.

—Regalo de la casa.

—No, por favor, tengo que…

—No hay discusión posible.

—¿Es porque soy yo? —dice ella bajando el tono, como si se avergonzara—. De verdad que me gustaría poder pagarlo.

Vale, al menos ahora sabemos que ya ha empezado a publicar si cree que Tyra le va a regalar aquello por ser quien es.

—Para nada —le contesta—. Es que quiero pedirle un gran favor.

—Lo que sea, por supuesto —responde Sara.

—Tenemos una pequeña biblioteca y una librería chiquitita en el pueblo. Sería maravilloso para nosotros si se pudiera pasar por allí y dejara algún ejemplar firmado. En este pueblo adoramos leer, ¿sabe? Y usted escribe de forma increíble. En nuestro club de lectura la leímos hace poco.

—Faltaría más —dice con determinación y una extraña emoción para alguien que supuestamente es tan famoso—. Voy a llamar ahora mismo a mi… —Parece dudar si decir algo o no—. En un rato me paso. ¿Estarán hoy abiertos?

—Les llamo en un momento y, en cuanto les cuente quién va a visitarles hoy, van a llegar volando. —Sara se ríe antes de que Tyra continúe hablando—. ¿Cuánto vais a quedaros?

—En realidad... Teníamos que coger un vuelo en Viena, pero ya no llegamos así que ni idea —confiesa con sinceridad.

Tyra saca una tarjeta de debajo del mostrador y se la pasa.

—Id a este lugar; no tiene pérdida. Allí podréis calentaros un rato, descansar y coger fuerzas para el camino de vuelta.

Intuyo que le ha dado una tarjeta del Timeless.

—Muchísimas gracias por todo, de verdad —le dice Sara—. Y disculpad si habéis pensado algo raro al verme fuera. Yo es que… —Se ríe de forma nerviosa, rascándose la nuca—. Escuché que ella se llamaba Sisi —nos explica, señalándola con la cabeza— y creí que… Menuda tontería.

Vuelve a reírse, creo que de sus propios, y acertados, pensamientos.

—Tranquila, no pasa nada —le asegura Tyra mientras Sara se acerca a la puerta—. Espero que disfrutéis de Mist Rachs el tiempo que decidáis quedaros.

Nos saluda con la mano desde allí y sale tan contenta, ya preparada para el clima actual

y tranquila por las escasas pero tranquilizadoras averiguaciones que ha hecho.

—Qué guapa es —comenta Sisi cuando Sara se aleja de la tienda, cogiendo su móvil y llevándoselo a la oreja.

—Sí, sí que lo es —responde Tyra.

—Y vosotras también —nos dice.

Sonreímos ambas ante la dulzura de esta niña.

—Gracias, Sisi —le contesto—. Tú también lo eres.

—Yo no mucho —reconoce—. Mi hermana mayor sí que lo es. Y mucho más educada que yo. Mi madre siempre me riñe porque no hago caso a lo que me dice, pero es que hay tanto que hacer… No puedo estar todo el día cosiendo y aprendiendo lo que los tutores quieren que aprendamos. ¿No sería mejor salir ahí fuera y aprender de la naturaleza, de la gente y de los animales?

Me ha dejado con la boca abierta de forma literal. Ambas tardamos un segundo en contestar, porque las palabras de Sisi nos demuestran que los libros de historia que decían que era increíble tenían razón.

A lo mejor se quedaban cortos incluso.

—Eso merece que te lleves todo esto gratis —le dice Tyra, haciendo que Sisi comience a dar saltitos de emoción por toda la tienda.

—Tyra, te vas a arruinar si no le cobras a nadie —le advierto.

—Para los turistas de paso, tenemos un fondo, tranquila —me explica.

—Ah, para los que nos quedamos, ya no.

Ambas reímos, puede que contagiadas por el entusiasmo de Sisi, que sigue girando sobre sí misma por toda la tienda con su nueva ropa.

—Recuerda que tenemos pendiente una quedada de chicas —me dice Tyra antes de que Sisi y yo salgamos de su tienda.

—En cuanto se calme todo *esto* un poco, será lo primero que haga —le aseguro.

Salimos de allí y Sisi me mira con expectación.

—Y ahora, ¿dónde vamos? —me pregunta, esperando que le cuente un divertido plan.

Suspiro y le contesto.

—¿Tienes hambre?

Ella asiente repetidas veces y le indico con la cabeza que comencemos a caminar.

—Entonces en marcha, señorita.

Vamos a ver si Philip ya ha hecho sus deberes.

VI

Philip

Estoy de los nervios. Llevo así desde que mi madre llegó a Mist Rachs. No es algo que esperaba que me pasara en mi vida, la verdad. Sí, sé que hay una leyenda que… Pero la mayoría de gente viene por Mist Rachs una vez en su vida para no volver más. En el caso de mis padres, con más razón. Nadie podía saber de mi existencia y tuvieron que dejarme aquí para salvar mi vida y la suya propia. ¿Cómo imaginar que volvería alguno de ellos? Claro que ha vuelto, pero en un tiempo anterior a todo eso. ¿Querrá decir entonces que puede ser…?

No puedo seguir soñando, tengo que centrarme y vivir el presente, el aquí y el ahora, porque una oportunidad así no se vive todos los días.

—Puedes sentarte como si hubieras comprado tú el mobiliario.

André me mira con una sonrisa mientras me muestra una silla vacía en la barra, junto a la zona de los empleados.

—Van a venir de un momento a otro y quiero…

—Tranquilo, que si entran y no las recibes tú en persona, prometo no echarlas a patadas.

Me guiña un ojo y me insiste con la mirada para que me siente y deje la entrada libre de una vez; ya empieza a llegar gente para la hora de las comidas y creo que le estoy molestando un poco.

Cuando voy finalmente a ceder y a irme a sentar, veo aparecer en la puerta a Jenna con Sisi, vestida con ropa actual, bellísima con su melena castaña con bucles en cascada cayéndole por encima del abrigo y coronada por un hermoso gorro de lana.

Mi madre y mi chica: dos mujeres tan bellas que siento ganas de llorar de la emoción cuando llegan finalmente a mí.

Jenna besa mis labios un instante sin perder su sonrisa, preguntándome con la mirada que qué me parece mi madre.

—Está encantadora, Alteza.

Sisi sonríe antes de hablar.

—Sisi —me recuerda con esa dulce y contagiosa sonrisa.

—¿Ya nos apuntaste al taller de villancicos? —me pregunta Jenna, que nos observa a Sisi y a mí como si ella misma estuviera emocionada con todo esto.

—Perdona, sí —le respondo, girándome hacia ella y cogiendo su mano para acariciarla —. Mañana empezamos por la mañana. Tres días. —Y me vuelvo a girar hacia mi madre —. Espero que puedas quedarte hasta terminarlo para aprender alguno de los villancicos que más nos gustan en Mist Rachs.

—Me resulta curioso que hagáis un festival así en pleno verano —comenta Sisi—. Sois un pueblo peculiar.

—No sabes cuánto —le sale decir a Jenna, haciéndome reír.

Sisi se pone a mirar a su alrededor, quitándose los guantes.

—Esta taberna también es muy peculiar…

—Es de Philip —le dice Jenna con ¿orgullo?

Acaricio de nuevo su mano, agradeciéndole aquello.

—Me gusta tu taberna, Philip —comenta Sisi—. ¿Qué tipo de bebidas y comidas hacéis?

Esta es una pregunta algo complicada de responder, porque le van a resultar algo extraños muchos de los platos que preparamos.

Tiro de inventiva lo más rápido que puedo antes de contestar.

—Un poco de todo: me gusta mezclar platos de muchos lugares diferentes.

—¿En serio? —pregunta ella con emoción—. Me gustaría muchísimo probar antes de mi partida algo de lo que aquí preparáis.

—Cuando quieras, te prepararemos algo especial para que puedas comer todo lo que te apetezca —le prometo, encantado con que mi madre vaya a probar lo que hacemos en mi restaurante.

—La semana pasada terminó el taller de cocina que impartía Philip, pero a lo mejor le apetece hacer una excepción y te muestra cómo hace las cosas en persona —le propone Jenna, mirándome de reojo—. Es divertidísimo.

—¿Podría? —dice con entusiasmo Sisi.

Me encojo de hombros aunque estoy encantado con la idea.

—Si quisieras, podríamos preparar algo sencillo.

Ella aplaude en silencio, emocionada. Estoy pasando tiempo con mi madre biológica, con la archiconocida Sisi, y creo que todavía no me doy cuenta de lo que esto significa para mí. Ya pensaré en todas esas cosas más adelante; ahora solamente quiero disfrutarlo.

—Ahora tendría que volver a la posada —nos dice con pena ella— pero me gustaría veros después.

—Te acompañamos a… —comienzo a decirle.

—No, por favor —responde—. Ya os he robado suficiente tiempo esta mañana. Además, sé volver sola; tengo un buen sentido de la orientación.

En mi cabeza aparece Pete volviéndose loco porque he dejado pasear por Mist Rach a Sisi a su aire y me entran ganas de reír.

—Muy bien —le digo—, entonces, nos vemos en otro momento.

—Si necesito ponerme en contacto con vosotros, ¿cómo…?

Esa pregunta es bastante normal. Ella no conoce todavía lo que es un teléfono y menos un móvil.

No me extraña que Pete se estrese cuando vienen turistas de tan *lejos*: hay que tener cuidado con el conocimiento que se llevan de aquí.

—Puedes hablar con Loreen y ella sabrá decirnos —resuelve Jenna, a lo que yo asiento.

—Parto, pues —dice Sisi con graciosa solemnidad y hace una casi imperceptible reverencia. Coge unas bolsas de la mano de Jenna y se dirige a ambos—. Gracias por todo y hasta luego.

Sin darme cuenta, he hecho un gesto con la cabeza para despedirla, igual que el suyo. Veo cómo sale del restaurante, poniéndose de nuevo los guantes y emprendiendo el camino en dirección al Timeless sin dudar hacia dónde tenía que girar.

—Bueno, ¡ahora cuéntame! —escucho decir a Jenna mientras me tira del brazo con impaciencia.

Suspiro en cuanto pierdo de vista a mi madre y vuelvo a mirar a mi chica.

—Pete está haciendo sus gestiones y mis padres me han dicho que me pase luego a hablar con ellos, que me contarán lo que saben.

—Ah, que saben más de lo que te han contado hasta ahora.

Su voz parece la típica de los detectives de las películas y me hace tanta gracia que beso sus labios antes de responder.

Aunque si no me hubiera hecho gracia, también la hubiera besado.

—Creo que algo escondían, porque no se han sorprendido demasiado cuando les he

dicho quién ha llegado al pueblo.

—¡Jenna! —escuchamos a André casi gritarle al oído mientras se lanza a sus brazos—. ¿Vais a quedaros a comer? Porque hoy el jefe no parece tener ganas de trabajar.

—Te recuerdo que hoy libraba —le digo, empujándole con suavidad cuando la suelta.

—El jefe librando un domingo justo después del taller de cocina, claro —se queja—. Si es que…

Me río con su queja y miro a Jenna.

—¿Tomamos algo y luego seguimos con la mudanza? —le propongo.

—Tenemos en carta un nuevo postre increíble que a lo mejor os gusta —empieza a decir André como para convencernos, recordándonos nuestro propio postre, ganador del concurso de postres navideños de este año.

—Tengo entendido que la creadora es una cocinera excelente —voy bromeando con él mientras nos acompaña a una mesa libre, cerca de la cocina.

—El toque final se lo dio un increíble chef —comento, dándole un codazo y provocando que vuelva a reírse mientras me mira.

Nos estamos sentando cuando André posa unas galletas de jengibre en la mesa y nos dice que va a traernos algo que está seguro de que va a encantarnos.

Y nosotros, pacientes, esperamos mientras intentamos coger fuerzas por todo lo que ha pasado durante estas últimas horas entre caricias y besos.

VII

Luca

Cuando Sara me llamó, estaba mucho más tranquila que cuando bajó a toda prisa del coche. Además, parecía estar de un humor excelente, como normalmente suele estar. Es cierto que lleva unos días algo preocupada y que todavía no me ha contado por qué parece perder su sonrisa en intervalos de unos minutos, pero no quiero presionarla para que me cuente algo que puede no querer compartir con nadie. Al fin y al cabo nos conocemos desde hace pocas semanas y esto lleva su tiempo.

Me doy por satisfecho por estar dándonos una oportunidad, a pesar de nuestra peculiar situación. Y es que los medios ya se han enterado de lo que sucede entre nosotros y están publicando todo tipo de historias sobre el tema. Sara, una aclamada escritora, conociendo en un viaje a un guía turístico con el que recorre toda Austria, enamorándose y dejando ambos todo a un lado para seguir viajando. Nadie sabe la verdad y su editorial ha preferido vender que está dándose unas buenas vacaciones conmigo antes de que la gente siga comentando posibles nuevas historias para las que se está documentando.

Bueno, en realidad este viaje sí que nos lo estamos tomando como unas buenísimas vacaciones, aunque tengamos que trabajar a ratos.

—¿Te puedes creer que aquí no hay ningún restaurante de comida rápida ni nada parecido? —es lo primero que me dice al verme.

Hemos quedado en la plaza principal del pueblo y ha aparecido con varias bolsas en la mano.

—Ni un beso para el mejor guía del mundo —me quejo ante ella, haciendo pucheros.

Sara sonríe con mi tonta broma, deja las bolsas en el suelo y por fin me da un beso que se convierte en cinco, con un abrazo que dura unos cuantos segundos.

—¿Dónde dejaste la furgoneta? —me pregunta—. Tenemos que cambiarnos con urgencia de ropa o enfermaremos. Creo que va a caer una buena tormenta.

—Está en el aparcamiento de un hotel precioso que hay al final de la calle.

—¿Un hotel? —pregunta, frotándose los brazos—. Antes me dieron precisamente una tarjeta de un sitio para quedarnos. A lo mejor es el mismo.

Vuelvo a abrazarla y ahora soy yo quien le froto para hacer que entre en calor.

—Podríamos quedarnos al menos un par de días aquí —le propongo.

—Pero el avión…

—¿No eras tú la que querías averiguar qué hacía Sisi aquí? —le pregunto al ver su cambio de actitud.

—Me dijeron que era una especie de festival y que iba vestida de época por eso.

Sigue cayendo la nieve a nuestro alrededor mientras hablamos. Es increíble, hace unas horas estábamos agobiados de calor y ahora…

—Me parece que aquí pasa algo más que eso —le anuncio.

Su rostro denota atención absoluta, igual que cuando le cuento anécdotas históricas sobre cualquier personaje que se me ocurre.

—¿Qué crees que puede estar pasando?

—No lo sé, Sara, pero… Es una intuición. Entré al hotel para preguntar cómo llegar hasta el aeropuerto de Viena y solamente me dijeron que en cuanto saliéramos por el puente de la entrada, estaba el camino correcto.

—Bueno, es que eso es normal. Tú porque te empeñas en ir por caminos que…

—No —le interrumpo antes de que siga tomándome el pelo—. Es otra cosa. Pedí una habitación para que descansáramos un poco y cuando me dijo hasta qué día iba a quedarme, le pedí un calendario. ¡Y dijo que no tenía!

Sara parece que está aguantando la risa.

—¿Y?

—Es un hotel, Sara, ¿no tienen ni un calendario? Porque tuve que sacar yo el móvil para decirles la fecha.

—La verdad es que no saber calcular dos días y tener que…

—Sara, que está todo decorado como si fuera Navidad —le recuerdo, señalándole con la cabeza nuestro alrededor.

—Pero tú antes dijiste que…

—Lo sé pero es todo muy… extraño. Además, alguien en el hotel comentó de pasada que era domingo.

Ella frunce un instante el ceño, pero parece que no quiere darle mucha importancia a aquello tampoco, aunque estemos a martes.

—Estaría hablando de otra cosa.

—También vi de refilón en el salón junto a un árbol de Navidad un gran calendario de Adviento con los cajones abiertos hasta el número catorce.

A ella cada vez se le hace más difícil seguir poniendo excusas.

—Bueno, vale, quedémonos un par de días —concede—. Pero por favor, vayámonos a cambiar o me pasaré los dos días con cuarenta de fiebre en la cama.

Sonrío y la beso, envolviéndola en un fuerte abrazo.

—¿Mejor? —pregunto después.

—No te digo que no me gusten tus besos, pero preferiría entrar en calor cuanto antes, Luca.

Me hace reír su sincero comentario y comenzamos a caminar hacia el hotel. Rodeo sus hombros con mi brazo y sigo frotando su piel para que no tenga demasiado frío.

Pasear bajo la suave nieve que cae sobre este encantador y extraño pueblo mientras bromeamos sobre mil tonterías se va a convertir en otro de mis nuevos recuerdos favoritos de mi vida.

VIII

Jenna

Hemos venido a casa de sus padres, un encantador hogar con mil recuerdos por todos los rincones del mismo. La decoración navideña es antigua pero elegante y huele a eucalipto y pino en cada esquina.

Estamos los cuatro en el salón, sentados en unos acogedores sofás al lado de una llameante chimenea con una taza de chocolate caliente entre las manos. Max y Erza nos observan con una gran sonrisa, sobre todo cuando Philip me atusa el pelo o me llama la atención para decirme algo y me toca con suavidad el brazo. Pero las cosas no están como para detenernos en detalles así. Hemos venido porque tienen que explicarle cosas de su pasado y me ha pedido que le acompañe, así que he dejado todo y aquí estamos, esperando a conocer los detalles que seguramente afecten a Philip como todo lo que está pasando desde hace horas.

Porque lo de hoy está siendo de locura, aunque en Mist Rachs parezca que ya están acostumbrados a este tipo de *visitantes*.

Y para confirmar la solemnidad del momento, Philip deja su taza medio vacía encima de la mesa que tenemos enfrente, haciendo yo acto seguido lo mismo como muestra de apoyo; si dejar sin terminar esta delicia no es un acto de amor, nada lo es.

—Creí que me habíais dicho todo lo que sabíais sobre mis padres —les dice Philip, aunque no siento que sea con tono de reproche, sino de sorpresa.

—Había algo que no quisimos decirte porque te habría hecho mucho daño.

—¿Daño? —pregunta él.

—Es complicado, hijo —le dice su madre, revolviéndose en su sitio.

—¿Qué es lo que sabíais y por qué no os sorprendió que ella estuviera aquí?

Su padre suspira y mira a su madre. Y ahora es él quien toma la palabra.

—Ya conoces la leyenda del tercer retorno —le dice a modo de introducción.

—Eso… —pregunto.

Philip me mira y comprende: todavía no conozco las leyendas de Mist Rachs y me pierdo cuando comentan cosas relacionadas con ellas.

—Un visitante puede volver tres veces a Mist Rachs, no más —me explica—. A la tercera, si no se queda, nunca más encontrará el camino para regresar.

—Eso tendrías que habérmelo comentado antes, por si me daba por hacer gestiones durante la semana pasada —le digo con algo de angustia, imaginando qué habría sucedido si llego a irme tres veces de aquí.

No me quiero detener en ese horrible pensamiento y, por suerte, Philip me saca de esa pesadilla.

—Tu destino estaba aquí, Jenna, no pasa nada.

Acaricia mi mejilla mientras me dedica una arrebatadora sonrisa que me calma al instante. Acto seguido, dirige su mirada hacia su padre, indicándole que puede continuar.

—Cuando tu madre vino con tu padre —prosigue— nos dijo que ella ya había estado aquí cuando era una adolescente, antes de casarse con el emperador.

Ahora es Philip el que se revuelve, nervioso, en su asiento. Comienzo a acariciarle el brazo mientras con la otra mano aprieto la suya propia.

—No te dijimos nada porque no sabíamos si ella realmente ya había estado aquí o si volvería en un futuro —continúa el relato su madre—. No queríamos que pasaras tu vida esperando algo que podría no suceder jamás.

Philip calla, comprendiendo todo. Tiene lógica que hayan hecho eso sus padres adoptivos. De todas formas, no creo que Philip, conociéndole lo que le conozco, se haya enfadado con ellos; menos aún, sabiendo por qué lo hicieron.

—Es decir, que mi madre ha estado aquí dos veces —dice ahora él—. ¿Y si pudiera…?

—No, cariño —le corta su madre—, no te hagas eso. No empieces a pensar que puede que venga una tercera vez.

—Pero es inevitable que… —se queja él antes de que su padre tome de nuevo la palabra.

—Lo que tenga que ser, será —le dice—. Lo único que queremos que sepas es que tus padres te adoraban y les dolió infinitamente tomar la decisión de dejarte aquí. Lo hicieron porque ya sabes que no tuvieron más remedio.

Llegados a este punto, necesito preguntar algo que llevo todo el día sin comprender.

—Una cosita… —comienzo a decir, consiguiendo que los tres me presten atención—. ¿Por qué tuvieron que dejarle aquí?

—Podría haber corrido peligro —me responde él.

—Pero el resto de… de tus… ¿hermanos? siguieron viviendo allí, ¿no? ¿Por qué a ti precisamente te trajeron a Mist Rachs?

Philip me sonríe y siento que he podido decir una tontería que para ellos es evidente, pero no logro entender ese detalle. La emperatriz y el emperador huyendo a un pueblecito para dejar a uno de sus hijos en manos de desconocidos…

No llego a comprender los motivos que podrían haber tenido.

—Ella ya es de Mist Rachs —le dice Erza a Philip—. Ya puede saber ciertas cosas.

—Lo sé, mamá —responde él sin dejar de mirarme—. Es sólo que no ha habido tiempo para hablar de ello. —Y ahora se dirige a mí—. Jenna, mi madre biológica es Sisi, es cierto, pero mi padre no es el emperador.

Tardo unas milésimas de segundo en procesar aquello.

—Espera, ¿qué? —pronuncio con voz demasiado estridente.

—Sisi y el emperador… —prosigue—. Antes las cosas eran diferentes. Se casaron y tuvieron descendencia, pero ellos…

—No sentían lo mismo que sentís vosotros el uno por el otro —le ayuda su madre—. Al menos, no toda su vida.

—Vale… Comprendo, sí. Pero… ¿Sisi tuvo una aventura con alguien?

—No fue una aventura, por lo poco que pudimos ver nosotros —dice ahora Max—. Era… como lo vuestro.

—Vaya… ¿Se querían de verdad? —comento.

Philip me mira con asombro y se le escapa una tenue risita nerviosa.

—¿Me estás diciendo que me quieres o es mi imaginación? —me suelta así sin más, delante de sus padres, haciéndome enrojecer.

—¡Estamos hablando de…! —comienzo a decir, intentando evitar el tema de forma muy torpe, consiguiendo que los tres se rían.

—Hablaremos de esto en otro momento —me susurra al oído Philip, dándome después un tierno beso en la mejilla.

Tengo que cambiar con rapidez de tercio o voy a enrojecer tanto que pareceré un gorro de Santa Claus.

—A ver —empiezo de nuevo a hablar—. Sisi tenía una relación fuera del matrimonio con tu padre biológico, ¿no es así?

Philip asiente antes de responder de forma verbal.

—Eso es.

—Bien. Y, ¡quién era!

De nuevo los tres vuelven a reírse con mi tono desesperado. A lo mejor he sonado algo cotilla, pero todo esto me tiene desconcertada desde hace horas; necesito ir cerrando dudas. Al menos, las más sencillas de resolver.

Que tampoco es que sean sencillas, pero ya me entendéis.

Philip se remueve en su asiento, suspirando antes de responderme.

—No sé si conocerás un poco la historia de Sisi —comienza a explicarme—. Era alguien cercano a ella, más cercano de lo que la gente pensó que estaba, porque siempre cuidaron mucho todo para que nadie sospechara más de lo que hacían.

—Philip, te pido por favor que me des ya un nombre y ya luego me explicas lo que…

Vuelven a reírse y yo a desesperarme.

—Andrássy —dice por fin—. Mi padre biológico es el conde Gyula Andrássy.

Por supuesto que sé quién es. Al menos conozco el nombre y he visto alguna fotografía de él, aparte de haberme tragado cientos de veces las películas de la trilogía. Y ahora comprendo todo. El círculo se cierra. Ya puedo darle un sentido a lo que sucede.

—Ahora entiendo —le digo, resuelta—. Es por eso por lo que eres tan atractivo.

Los tres estallan en carcajadas, aunque las de Philip tienen un punto de orgullo en sus ojos.

Él no parece estar ya angustiado, pero yo sigo sin poder creerme del todo lo que lleva sucediendo durante el día de hoy. Si resulta que al final todo el pueblo tenía brotes psicóticos por el agua del río y me lo han contagiado, lo encontraría más lógico que de lo que me estoy enterando en estas últimas horas.

Pero me temo que, de episodios psicóticos, nada.

IX

Philip

—Muchas gracias, Loreen, eres maravillosa —le digo antes de colgar el teléfono.

He llamado al Timeless hace un momento para ver cómo estaba Sisi y el resto de la comitiva que llegó con ella. Parece que, salvo ella, ninguno ha querido moverse de sus habitaciones. Les han llevado la comida a las mismas y no han dado problemas. Sisi es otro cantar. Ha estado dándose una vuelta por el hotel, preguntando mil cosas y hablando con todo el que se cruzaba. Ya la conocen todos los que se alojan estos días allí y se saludan con familiaridad.

Mi madre biológica es tan increíble que no puedo evitar sentirme orgulloso de que me haya dado la vida precisamente ella.

—¿Todo bien? —me pregunta Jenna, que sigue tomando la sopa que preparamos para cenar al llegar a casa.

—Bien, bien —le confirmo, sonriente—. Todo preparado para empezar mañana el taller de villancicos.

No he terminado la frase y ya he recibido una bolita de pan por su parte, que impacta en mi nariz con suavidad.

—Te crees muy gracioso ahora, pero cuando me escuches cantar, a lo mejor no te resulta tan divertido que te estalle un tímpano.

—Eso suena a amenaza, chef —le digo, haciendo que sonría con aquella palabra que

tanto le ha costado conseguir.

—No me intentes ganar con zalamerías, porque lo del taller sabes que es un golpe bajo —contesta, volviendo a llevarse la cuchara sopera a la boca.

Sopla un poco y me mira antes de seguir comiendo.

—Estoy un poco nervioso —le confieso, terminando mi sopa.

—¿No cantas tan bien como crees y no quieres que yo me entere? —Le hago una mueca y ella sonríe—. Va a ser divertido pasar este tiempo con ella, no te preocupes.

Nos conocemos de dos semanas y ya me comprende mejor que nadie.

—Pero son muchas cosas de las que hay que preocuparse. Ella no puede sospechar demasiado y bajo ningún concepto puede enterarse de quién soy yo o de datos de su futuro.

—Ya me imagino. Sería muy raro si supiera todo lo que le va a pasar en la vida o que acaba de conocer a su futuro hijo cuando le doblas la edad.

—Por eso Pete sufre de úlceras de estómago —bromeo con una sonrisa que me delata.

Vuelven a lloverme un par de migas de pan que esquivo de milagro.

—Lo llevas muy bien, dadas las circunstancias —me dice volviendo a dejar la artillería de harina en su sitio—. Si yo estuviera en tu lugar y conociera a la que fue mi madre biológica…

—Bueno, en realidad estoy… Creo que sigo nervioso pero a la vez emocionado y con ganas de volver a verla. Me gustaría poder abrazarla y contarle mil cosas, pero sé que eso sería demasiado raro —confieso con algo de dolor. Conocer a tu madre, a la cual jamás pensaste que pudieras ver, y no poder siquiera tener contacto físico ni decirle que eres su hijo, es bastante doloroso—. Pero tú seguramente estés más perdida que yo en estos momentos.

Jenna sonríe y se encoge de hombros.

—Desde el primer día que pisé Mist Rachs supe que aquí pasaba algo, así que casi es un alivio saber por fin las cosas. Pero todavía me parece una locura.

—Siempre que alguien se queda a vivir aquí y empieza a enterarse de todo esto, le cuesta asimilarlo varias semanas —le cuento—. Sally se tiró un mes preguntándonos a cada uno de forma constante de qué época éramos.

Todavía me río al recordar lo graciosa que estaba nuestra vecina, agobiada por no saber si tenía que creerse lo que sucedía en Mist Rachs o huir de aquí.

—¿Sally? —pregunta Jenna—. ¿Sally Ross? ¿De la tienda de antigüedades?

—Sí, ella.

—Vaya, no sabía que no era de aquí.

—No eres la única que ha llegado de otro lugar y ha decidido quedarse.

—Las chicas quieren quedar para hablar de todas estas cosas —me cuenta, parece que encantada con el plan.

—Las dudas que vayas teniendo, puedes preguntármelas a mí o a cualquiera del pueblo. Creo que sabes que vamos a estar encantados de explicarte lo que necesites.

Ella asiente sin perder su hermosa sonrisa.

—Pues sí que tengo alguna pregunta, ahora que me lo dices. —Separo mi plano y apoyo los brazos sobre la mesa para escucharla con atención—. Tú eres algo así como un príncipe, ¿no?

Me da la risa, pero al ver que habla muy en serio, me calmo para responderle.

—No soy un príncipe, Jenna, solamente soy Philip.

—Pero eres hijo de una emperatriz —insiste—. Sus otros hijos lo eran.

—Ellos estuvieron allí y yo aquí; es diferente vida la que hemos llevado.

Y parece que tiene más dudas.

—¿No te da pena saber que no vas a poder conocerles?

Me encojo de hombros.

—Es algo sobre lo que no pienso. No puedo hacer nada, así que no es útil preocuparme por algo así.

—Me encantaría poder no preocuparme por lo que no puedo cambiar —me dice tan seria que vuelven a darme ganas de reír con su frustración.

Levanta la vista hacia mí de nuevo y parece que tiene más preguntas.

—Creo que vamos a tener que poner un límite al número de preguntas al día —le digo, temiendo que se pase la noche encadenando dudas.

Por suerte, aquello le hace gracia.

—Qué forma más sutil de decirme que quieres irte a dormir —se queja sonriente.

Me acerco a ella y le doy un suave pero intenso beso en esos carnosos labios que me volvieron loco desde el mismo instante en que la conocí.

—No tengo precisamente ganas de dormir, Jenna —le susurro antes de separarme de ella y recostarme en mi silla, bastante orgulloso por el efecto que mis palabras han causado en ella.

—En algún momento de la noche terminaremos y volveré a hacer preguntas.

—De lo segundo no tengo dudas, pero, ¿estás segura de lo primero?

Se levanta de golpe, haciendo ruido de cubiertos con ese rápido movimiento. Aquello me hace reír con ganas. Jenna agarra mi mano y tira de ella para que me levante. Sigo riéndome cuando me arrastra hasta la que desde ahora va a ser nuestra habitación.

Hacer el amor no es siempre algo solemne. Cuando existe esa complicidad que tenemos Jenna y yo, tan difícil de encontrar, se convierte también en una sucesión de momentos divertidos en los que hay risas mezcladas con caricias y besos que llegan a cada rincón de nuestros cuerpos.

La chimenea del dormitorio crepita y la nieve sigue cayendo sobre los tejados y el empedrado suelo de Mist Rachs mientras, aquí dentro, Jenna y yo hacemos magia.

Una más increíble que la que envuelve a este pueblo tan peculiar.

X

Sara

—Pero no nos podemos quedar aquí para siempre —le recuerdo a Luca, que me sigue enseñando ese dichoso papel.

Ha estado apuntando una especie de talleres que se imparten en este pueblo durante este extraño festival navideño en pleno verano. Lleva desde ayer preguntando a todo el mundo mil cosas y la gente ya empieza a sentirse interrogada incluso. Y no me extraña, porque cuando Luca se empeña en saber algo, llega hasta el final.

—No tenemos demasiada prisa, ¿no? Además, puedes empezar a escribir aquí.

—Sí, pero…

—¿Ves? Podemos quedarnos al menos un par de días.

—A ver, por poder…

—¡Decidido entonces! —exclama con la ilusión de un niño pequeño—. ¿A qué taller te apetece apuntarte mientras estemos aquí?

Suspiro, sabiendo que vamos a acabar haciendo alguno de esos talleres aunque me resista.

—Si estoy haciendo mil cosas no me va a dar tiempo a empezar a escribir —le digo mientras echo un vistazo al puñetero papel.

—No cuentes con las noches para ello —le escucho que me dice.

Levanto la vista hacia él y me contagia su sonrisa pícara. Me revuelvo encima de la cama, en donde estamos desayunando tranquilamente. Luca ha pedido que nos suban un par de bandejas con todo tipo de manjares y desde que hemos llegado creo que he engordado ya dos kilos.

Felizmente ganados.

—En fin. Hoy empieza uno de villancicos. Si quieres, podemos…

—¡Es el que tenía el primero de la lista! —vuelve a exclamar, cada vez más emocionado.

—Pues tendríamos que acabar pronto de desayunar para que nos dé tiempo a llegar —le insto, señalándole con la mirada su bandeja.

Comienza a comer el trozo de croissant que había dejado a medias antes, pero parece que de repente recuerda algo y se me queda mirando.

—¿Tú estás bien? —pregunta.

—¿Que si estoy bien? ¿A qué viene eso? —le digo con una risa que no puedo evitar que suene nerviosa.

—No tienes que contarme todo, lo sé, pero también sé que llevas días preocupada por algo y quiero que sepas que puedes contar conmigo para hacer locuras, pero también para sentarnos y hablar de lo que sea.

Asiento, aguantando las lágrimas como puedo. ¿Cómo he encontrado a alguien tan asombroso en un viaje de trabajo?

Beso los labios de Luca de forma superficial y su sonrisa se acentúa con ello.

—Lo sé, Luca —le respondo—. Sé que puedo contar contigo.

Creo que este breve silencio significaba que estaba esperando a que yo le contara lo que está sucediendo conmigo, pero al ver que no digo nada más, sonríe con algo de tristeza.

—Entonces, villancicos —dice, acariciando un instante mi mejilla y volviendo a dar un mordisco a su croissant.

—¿Sabes que de pequeña estaba apuntada en el coro de mi colegio? —le confieso, algo culpable por no ser capaz de contarle lo que tendría que decirle.

—¿No me digas? —Y parece volver a tener el humor de siempre—. Una pequeña y rebelde Sara Fernández deleitando a sus compañeros con canciones de misa.

Volvemos a reírnos como siempre, picándonos mutuamente y bromeando sobre las pequeñas cosas que nos vamos contando poco a poco. Los comienzos no suelen ser complicados y parecen estar hechos para disfrutar, nada más.

Salvo cuando llevas a tu espalda un pesado equipaje del que no sabes cómo deshacerte.

Luca

—¿Ves? Fue buena idea apuntarnos a este taller —le digo a Sara en bajo.

Ella me mira y me hace un gesto para que hable más bajo incluso.

—Fue idea mía apuntarnos a este en concreto —me recuerda.

—Pero…

—Shhh —me chista, volviendo a mirar al frente, en donde una mujer de unos cuarenta nos está explicando algo sobre la tradición de cantar villancicos en este lugar.

Me coloco detrás de Sara y abrazo su cuerpo. Ella posa sus brazos sobre los míos y se apoya en mi pecho sin dejar de prestar atención a aquella mujer.

—Perdona —escuchamos decir a alguien a nuestro lado. Nos giramos y vemos a una señora risueña de unos cincuenta que dirige toda su atención a Sara. Y ya sabemos de sobra lo que viene a continuación—. Eres Sara Fernández, la escritora, ¿verdad?

Veo a Sara sonreír con educación.

—Sí, soy yo —le responde en el mismo tono en el que me hablaba a mí hace un momento.

Pero aquella señora no parece tener problema con ello.

—Me dijeron que estuviste ayer firmando bastantes libros en la librería —le dice.

—Sí, los que había —contesta Sara.

—¿Hablaste con August?

—¿Quién?

—August, nuestro bibliotecario —le explica la señora—. Seguro que le encantaría conocerte. Ya se ha leído tu libro unas diez veces. Si tuvieras un momento libre para poder dejarte caer por la biblioteca del pueblo…

Veo a Sara volver a sonreír, esta vez con sinceridad.

—Me pasaré después por allí —le dice Sara, esperando que así esa mujer deje que sigamos escuchando.

—Estamos muy contentos de tenerte aquí —sigue ella diciendo. Y entonces me mira—. Bueno, y a tu marido también.

Sara se gira hacia mí y vuelve a mirar a la señora.

—Es muy amable —le contesta, creo que no sabiendo ni qué decir a eso.

Ha sido bastante raro, sobre todo por cómo la señora se nos ha quedado mirando después de decirlo. Era como si lo hiciera para ver nuestra reacción.

Por fin comprende que no vamos a hablar mucho mientras la mujer que imparte el taller siga explicándonos cosas y se aleja, volviendo a su sitio.

—Ha sido raro —reconozco, hablándole al oído mientras aprieto su cuerpo contra el mío desde atrás.

Se gira un segundo para contestarme.

—No supe qué decir, lo siento.

—No te preocupes, *bellissima*.

Beso su cabeza y siento su cuerpo acercarse más al mío después de aquello.

Hace frío, pero vamos bien abrigados con la ropa que ayer trajo Sara, después de su repentina persecución a aquella adolescente que vio al entrar al pueblo. Sigo pensando que lo que aquí sucede no es normal: ni la gente, ni el tiempo, ni todos los pequeños detalles de los que voy dándome cuenta y que Sara parece que está queriendo ignorar. Soy curioso por naturaleza y ella también, pero creo que ahora mismo mi chica no puede preocuparse por más cosas y por eso intenta racionalizar lo que aquí pasa. No es mi caso, así que voy a dar con lo que está ocurriendo aunque tengamos que quedarnos todo un mes.

Estoy pensando cómo trasladarle mis inquietudes a Sara cuando escuchamos una voz cantarina detrás de nosotros, a lo lejos. Todos nos giramos y vemos a la adolescente de ayer acercarse corriendo, saludando con la mano. Ya no va vestida como ayer, sino como alguien de este siglo.

—¡Perdón! —la escuchamos decir cuando está lo suficientemente cerca—. Los caballos tenían más hambre que nunca y no me he acabado de acostumbrar a estos ropajes.

Sara se gira con rapidez para que pueda apreciar su ceño fruncido por lo que acabamos de escuchar.

Y por fin coincidimos ambos a la vez en este cúmulo de sospechas que van rodeándonos desde que hemos llegado.

XI

Philip

—Tranquila, no pasa nada —le dice Jenna a Sisi en cuanto llega a nuestro lado, acalorada por la carrera que se ha debido de dar.

Reconozco que yo ya estaba preocupado, pero Loreen me escribió hace unos minutos para decirme que Sisi salió algo tarde del hotel.

—Tenía miedo de no llegar a tiempo y perderme algo —confiesa Sisi, que se dirige a Cathy—. Perdone por la demora; puede continuar.

Cathy aguanta la risa y asiente ante las palabras de Sisi. Ayer estuve poniéndole al corriente de la situación cuando vine a apuntarnos al taller y sabe por qué esta adolescente actúa de forma tan… peculiar.

Es entonces cuando Jenna, sin venir a cuento, abraza a Sisi. Esta se queda algo sorprendida con aquel gesto, pero no parece molesta, aunque ladea un poco la cabeza, como esperando una explicación.

—Así es como nos saludamos aquí cuando nos vemos —le dice Jenna.

—¿En serio? ¡Qué divertido! —le dice una emocionada Sisi demasiado alto.

Voy a chistarle para que deje que Cathy siga con el taller cuando me sorprende lanzándose a mis brazos. Ahora mismo tengo a mi madre abrazándome, algo que jamás creí que sería posible. Siento su pequeño cuerpo tan pegado al mío que incluso siento cómo le late el corazón de deprisa. Tiene un aroma dulzón y su abundante melena me hace cosquillas en la nariz. Me atrevo a abrazarla yo también durante unos maravillosos segundos antes de que ella se separe de mí para, ahora sí, atender a Cathy, que nos mira con una sonrisa, comprendiendo perfectamente la situación.

Joder, creo que voy a echarme a llorar.

—No sé cómo agradecerte… —comienzo a susurrarle a Jenna, a la que ahora mismo levantaría por los aires en un eterno movimiento circular mientras la beso apasionadamente.

Ella menea la cabeza, sonriéndome.

—Lo he hecho para que no te rías mucho cuando tenga que cantar —me responde.

Ahogo una carcajada como puedo y lo consigo al pegar mis labios a los suyos.

Es imposible poder describir el grado de felicidad que siento en este instante.

Y eso incluso asusta.

Jenna

Estamos ya en un aula que la iglesia del pueblo nos ha prestado para poder hacer el taller sin morir de frío en el intento. No me imagino tener que cantar a bajo cero mientras nos cubre la nieve tres palmos y estar en esas condiciones durante horas. Aquí, sin embargo, tenemos calefacción, bebida, comida y unos confortables asientos de los que me cuesta levantarme cuando Cathy nos pide que lo hagamos para alguna práctica.

—Los villancicos que os estoy repartiendo son los que aprenderemos en este par de días que dura el taller —nos va diciendo Cathy mientras nos da a cada uno un papel decorado con motivos navideños y las partituras de tres villancicos con sus correspondientes letras.

Cuando le entrega su papel a Sisi, esta lo mira extasiada.

—¿Qué tinta es esta? —pregunta, mostrándonos su papel.

—La imprenta del pueblo usa tintas especiales para el frío —le responde con rapidez

Philip, evitando tener que explicarle lo que es una fotocopiadora.

Ella abre la boca y asiente, tocando con delicadeza el papel, como si temiera que la tinta fuera a impregnarle sus dedos.

—¿Alguien conoce alguno de estos villancicos? —pregunta Cathy, volviendo al frente de la sala.

—Creo que el segundo es el que mis padres nos cantaban cuando éramos pequeños —comenta Philip en alto.

—Me encanta imaginarme a la alcaldesa cuando era sólo una niña —escuchamos a Massie decirle a Chas, su marido, que asiente ante esas palabras.

—Era una tiradora de pelo profesional —se queja Philip, haciéndonos reír a todos con aquel pequeño dato sobre Marie.

Y ahora que lo pienso, no sé si les ha contado a sus hermanas lo que está sucediendo. Imagino que están al corriente, pero ha sido todo de locura desde ayer, así que no me extrañaría que no hubiera podido hablar con ellas directamente. No al menos mientras yo he estado delante.

—Yo conozco el tercero —dice Sisi, levantando una de sus manos.

Cathy sonríe, como si lo hubiera incluido precisamente porque Sisi iba a asistir al taller.

—Un antiguo villancico que se cantaba en la zona de Baviera hace… tiempo —nos explica.

—Todas las navidades las vamos a pasar a Munich y lo cantamos después de celebrar mi cumpleaños —nos cuenta Sisi con emoción a todos.

—¿Cumples años durante las navidades? —pregunta Sara, la escritora que llegó también ayer y que se ha apuntado al taller junto a aquel chico tan guapo que la acompaña.

—En Nochebuena para ser exactos —le responde.

—Vaya, qué casualidad —escuchamos que dice el acompañante de Sara, cruzándose de brazos y echándose hacia atrás en su asiento.

—Creo que Pete está tardando en ir a hablar con ellos para ver qué está sucediendo —me susurra Philip.

Cathy creo que no quiere que nadie siga hablando de ninguna coincidencia si está relacionada Sisi en ella, así que pasa directamente a hablarnos del primer villancico y la charla anterior se detiene por suerte, no así las miradas que Sara y ese chico le echan a Sisi de vez en cuando.

¿Qué es lo que pretenden? ¿Saben quién es y buscan algo de ella o solamente sospechan?

Ahora comprendo por qué mis ahora vecinos querían saber cosas de mí nada más que me conocieron. Necesitaban saber si yo era alguien de quien podían fiarse o no. Mist Rachs es demasiado especial como para no tomar ciertas precauciones. Yo misma espero que Pete lo tenga todo bajo control.

Y pensar que antes el sheriff me incomodaba…

Tres horas de sufrimiento después, acaba el primer día de taller, dejándonos tiempo para hablar entre nosotros mientras tomamos algo de lo que nos han preparado para picar.

—No ha sido tan horrible, ¿no? —me dice Philip, yendo conmigo hacia la mesa con los aperitivos.

—Fue peor lo tuyo con el patinaje, lo reconozco.

Philip se ríe con aquel recuerdo y coge mi cintura, besándome la sien al llegar junto al resto.

—Tienes una voz… peculiar —comenta, ganándose un empujón por mi parte que le provoca más risas.

Qué bien se lo está pasando con su venganza.

—Oye, ¿dónde está…? —le pregunto por Sisi, mirando hacia los lados.

Él la señala con la cabeza mientras sonríe, cogiendo un vaso de vino especiado de la mesa. Sí, allí está, hablando con Tom y su mujer de forma distendida. Ríen y charlan, y no parece que haya ningún problema si está con ellos dos.

Pero entonces vemos que Sara y su acompañante se acercan a ella.

Philip se abre paso hasta allí en silencio, conmigo a su lado. Creo que no se fía tampoco de las intenciones de esos dos turistas que no sabemos de dónde ni de cuándo han aparecido.

—Hola de nuevo —le digo a Sara cuando estamos ya a su lado—. ¿Qué tal todo?

Ella me mira y me reconoce. Su sonrisa al menos parece sincera.

—¡Hola! —exclama ella—. Al final hemos decidido quedarnos unos días por aquí.

—Es un pueblo demasiado bonito como para no aprovechar el golpe de suerte que hemos tenido al encontrarlo —dice ahora su acompañante, uniéndose a la conversación y dejando a medias la charla que parecían haber comenzado con la madre biológica de Philip.

—¿Un golpe de suerte? —pregunta el propio Philip.

—Sí —le cuenta Sara—. Íbamos camino del aeropuerto de Viena cuando aquí el señorito dijo que conocía un atajo y… —Entonces Sara parece darse cuenta de algo—. Él es Luca.

¿Luca? Creo que su marido se llamaba de otra forma. José Ángel, Ricardo Antonio… No sé, pero Luca estoy segura de que no era. A lo mejor es un amante con el que estaba pasando unos días o es que está en otro punto de la historia que yo no conozco y es alguien con el que está de manera formal.

¿Cómo preguntarle a alguien de qué día y año viene sin sonar demente?

Philip se presenta primero y luego lo hago yo misma con ambos. En la tienda tampoco nos dijimos quiénes éramos, aunque Tyra y yo conocíamos de sobra a Sara.

—Ay, ¡aquí está nuestra escritora favorita! —escuchamos decir con ilusión a Massie, casi encima de nosotros.

Da un par de besos a Sara y a Luca como si les conociera de toda la vida. En realidad ella es así: conmigo se comportaba de la misma forma y fue la que primero me ganó de todo el pueblo. Además, ayudó a que Philip y yo…

—Espero que Massie no te esté agobiando para que le firmes doce mil libros o algo similar —comenta Philip con gracia.

—Bueno, eso no… —le dice Sara.

Philip se ríe y se gira hacia Massie.

—Qué le has pedido ya, a ver.

Ella levanta las manos a modo de rendición ante la risa de Philip y de la mía propia.

—Yo no le dije más que se pasara por la biblioteca a ver a August cuando tuviera un momento libre —nos dice—. Nada más, prometido.

—Eso es que ya has hablado con August y has quedado con él en que le pida que haga alguna charla o similar, ¿no es así, Massie? —insiste Philip, parece que conociéndola a la perfección por cómo se ríe ella.

—En realidad… —le responde, encogiéndose de hombros.

Todos nos reímos, incluidos Sara, Luca y Sisi.

—La verdad es que yo me iba a haber pasado ayer, pero al final el bibliotecario estaba

fuera del pueblo y no pudo llegar —nos explica Sara ahora. Y al ver el rostro de extrañeza de Philip, prosigue—. La chica de la tienda de ropa me pidió ayer que me pasara por la librería para firmar unos…

La carcajada de Philip le corta su frase antes de que pueda terminar.

—Tendrás que perdonarnos, pero en Mist Rachs somos así —le dice él—. Cogemos confianza rápidamente.

—A mí me parece maravilloso que seáis así —le responde—. Es algo estresante que la gente te trate de forma fría y lejana.

Puedo comprender por qué lo dice, igual que lo hacen Massie y Philip, que asienten ante sus palabras. Tiene que ser genial ser una reconocida escritora, pero a la vez debe ser horrible.

Luca besa la sien de Sara y al resto se nos dibuja una sonrisa en los labios.

—Entonces te encantará la propuesta que August va a hacerte —escuchamos a Massie, que no pierde de vista su objetivo.

—Massie… —le reprende con cariño su marido, acariciando el brazo de su mujer.

Sara, por su parte, sigue encantada con todos nosotros, a pesar de la insistencia de nuestra organizadora de eventos.

—Cumpliré mi promesa —le dice con firmeza.

Ahora estoy deseando saber qué es eso que han tramado entre August y Massie.

XII

Jenna

Tener un grupo de amigas magníficas para pasar una fría tarde invernal era algo que no me imaginaba que me sucedería el primer día que pisé Mist Rachs. Y, sin embargo, aquí estoy, en la cafetería de Chas, rodeada de gente que me ha acogido como una más, poniéndonos al día como si fuera nuestra rutina desde hace años.

—Yo no me quiero ni imaginar lo que está pasando.

—Está por una parte feliz porque ha podido conocerla —les explico mientras caliento mis manos colocándolas alrededor del vaso de chocolate que acaban de traernos—, pero claro, por otra parte…

— Ella se tiene que ir —me corta Jo, que ha podido venir finalmente porque tiene el día libre en el restaurante.

Asiento junto al resto en silencio. Es dura la situación por la que está pasando Philip desde el domingo. Este es el segundo día que Sisi está en el pueblo y sospechamos que pronto tendrá que irse. Es el propio Pete el que ahora está retrasando ese momento. Parece que está intentando hacer unas averiguaciones de… algo, no sé, me lo han intentado explicar, pero creo que mejor trataré de comprender algo más cuando todo se calme un poco; ahora no creo que sea capaz.

—Cuando mamá nos lo contó el domingo, no podíamos creérnoslo —habla ahora Olive —. Él tenía muy asumido que algo así no podría pasar. Pero claro, esto es Mist Rachs.

—En pocos días, Philip ha encontrado a la mujer de su vida y a su madre biológica —comenta Helen, dando acto seguido un sorbo a su vaso sin dejar de mirarme con una sonrisa que lo dice todo.

—Estamos tan felices por vosotros… —me dice Marie, apretando unos segundos mi mano con familiaridad.

—Así hemos reclutado a una gran chef en el grupo —bromea Tyra—. Necesitamos con urgencia que alguien nos traiga cosas ricas a estas reuniones.

Nos reímos con su directa petición cuando escuchamos una voz a nuestro lado.

—Chicas, que estoy delante —nos dice Chas, que ha venido a ponernos un plato de galletas navideñas para picar.

—Pero Chas, es que Jenna hace cada cosa… —le contesta Sally, apretándole el brazo con cariño—. ¿Tú has probado ese postre? Voy a engordar estas navidades doce kilos si sigo comiendo tantos por día.

Chas se ríe y menea la cabeza, alejándose de nosotras para seguir sirviendo al resto de mesas.

—Por cierto, ¿cuándo abres? —me pregunta Jo.

—Todavía queda mucho por hacer —le respondo—. A ver si para la primavera puedo tenerlo todo listo. Estos días me temo que no voy a hacer nada y creo que voy a esperar a que pasen las navidades para entrar de lleno en ello.

—Pues cuando abras, podríamos colaborar de alguna forma —dice Jo.

—Creo que eso ya tienen que tenerlo más que hablado Philip y ella —le responde por mí Sally.

—Bueno, todavía no tenemos muy claras las cosas, pero algo habrá —les digo.

Marie suspira y su hermana la mira, medio riéndose.

—¿Qué te sucede? —le pregunta.

—Es que estoy tan feliz por ellos…

Me hace una ilusión increíble poder compartir mi felicidad con gente tan maravillosa como todas ellas. Al parecer, quedan para tomar algo cada poco. Pero como no todas pueden ir siempre, una vez al mes como mínimo quedan para hacer algo juntas: acampadas, cenas… Y me han incluido a mí en este increíble grupo. ¡Y eso que acabo de llegar! ¿No os parece fascinante llegar nueva a un sitio y que, sin más, te incluyan en los planes de la gente sin tener que juzgarte primero para ver si eres merecedora de ello?

—¿No estarías pensando en Gabriel? —suelta Olive con tono cantarín, dándole un pequeño empujón a su hermana por encima de la mesa.

Todas comienzan a emitir ruiditos de sorna mientras veo a Marie enrojecer por momentos.

—Es solamente mi secretario, Olive, te lo he dicho muchas veces —se queja ella, algo avergonzada.

—Claro, sí…

—Pero os conocéis de antes —apuntilla Helen—. No es solamente un compañero de trabajo y ya.

—Pues sí, somos amigos desde pequeños, así que no, no hay nada entre nosotros —le responde Marie, que bebe chocolate para disimular.

—¿Conoces esa imagen del arcángel Gabriel que siempre se relaciona con él? —me pregunta Olive—. Pues así es el Gabriel de Marie.

—Que no es mi… —intenta ella explicar sin atreverse a levantar la vista siquiera.

—Rubio, de pelo rizado, ojos azules y unos mofletes que dan ganas de pellizcar —sigue contándome Olive mientras gesticula de forma tan graciosa que todas nos echamos a reír.

—Tiene casi cuarenta años, así que no creo que sus mofletes sean pellizcables —vuelve a quejarse su hermana.

—Bueno, tú haz lo que quieras con ellos, pero yo creo que…

Marie es ahora la que empuja a Olive mientras todas seguimos riendo.

Helen aprovecha para enseñarme una foto de Gabriel y Marie bailando. Me cuenta que fue en las pasadas navidades, en la fiesta del primer sábado de diciembre.

—Hacéis una pareja bellísima —reconozco, provocando que Marie vuelva a sonrojarse.

—Es solamente mi amigo —insiste con voz tan poco convincente que no hay duda de lo que sucede.

—¿De verdad sigues con eso, Marie? —le dice Tyra—. Todo el pueblo sabemos que entre vosotros hay más que amistad y parece que sois los dos únicos que no se quieren dar cuenta.

—Él… —Parece que Marie quiere hablar, pero no sabe cómo explicarlo—. Yo no quiero perder a Gabriel. Y sería muy complicado todo.

—¡Nada es complicado si se ama de verdad! —exclama de forma teatral su hermana, haciendo aspavientos dignos de una representación shakesperiana.

—Compadezco a quien vaya a ser tu pareja, porque menuda brasa le vas a dar con tanta verborrea —le suelta Jo entre las risas de todas, incluidas las de Olive, que se encoge de hombros y le da la razón.

—Oye, ¿alguien va a ir a ver la película de hoy? —pregunta ahora Sally, mirando un momento el móvil—. Una repostera y una princesa que cambian sus vidas por unos días y surge el amor con las parejas equivocadas.

—¡Me encanta esa temática! —exclama Olive con su mismo entusiasmo de siempre.

—Pero esa es la de mañana —corrige Marie—. Hoy es la de las navidades en el rancho.

—¡Ay, qué buena pinta! —vuelve a exclamar su hermana.

—Olive, a ti te gustan todas y cada una de las películas del ciclo navideño —le dice Sally.

—Año tras año —apuntilla Jo, ganándose un empujón de la aludida entre risas.

—¿Hacéis ciclos de películas navideñas? —pregunto con emoción.

—El cine de Mist Rachs tiene una buena programación todo el mes —me dice Marie—. Puedes ver todo en nuestra web. ¿No te lo ha contado Philip?

—Están ocupados con otras cosas en sus ratos libres, Marie —le dice Jo—. No se van a poner a leer la web del ayuntamiento, como comprenderás.

Todas estallamos en carcajadas sin darme tiempo a avergonzarme por ese comentario que sé que cada una de ellas da por cierto. Con razón.

De verdad, adoro a la gente de Mist Rachs.

Philip

Unas pequeñas manos agarran por sorpresa mi cintura y me giro al instante. Y ahí está ella, Jenna, con su radiante sonrisa y sus ojos brillantes clavados en los míos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto después de besar esos labios tan apetecibles que siguen sonriéndome.

Por desgracia, suelta mi cuerpo y se coloca a mi lado en la cocina del restaurante, dejando que siga preparando los platos de la cena.

—Acabo de venir de estar con las chicas tomando algo donde Chas —me explica—. Y te echaba de menos.

Dios mío, qué maravilloso es estar enamorado.

Acerco a mí un instante su cintura con la mano y vuelvo a besarla, aunque esta vez el beso dura escasos segundos.

—¿Lo pasasteis bien? —le pregunto mientras doy el toque final a los platos de pasta que André se va a llevar en breve a la sala.

—Me lo paso muy bien con ellas —me cuenta—. Todavía no me creo que esto sea ahora mi vida.

—Bueno, estar vagueando de vacaciones todo el día no es que sea…

Me gano un empujón por su parte mientras escucho su risa nasal a mi lado.

—Voy a cambiarme y te echo una mano —propone.

—Jenna, ¡no hace falta! —le digo antes de que salga de la cocina—. Era broma, de verdad. Vete a descansar a casa.

—Me quedo porque me apetece —responde, acercándose a mí un instante, sólo para besarme una vez más—. Cocinar contigo es mi plan favorito de la vida.

Ha dicho eso y ha salido de la cocina en dirección a mi despacho, con una sonrisa contagiosa que me deja una alegría infinita dentro de mí.

—Jefe, despierta —me dice André, dándome un toque en el brazo antes de coger todos los platos que ya he dejado preparados.

—Perdón, sí.

—¿Ha venido Jenna?

—¿Te cruzaste con ella?

—No, lo digo por tu sonrisa. Siempre sonríes así desde que ella llegó a Mist Rachs.

Se va de la cocina con los platos, orgulloso por el descubrimiento que cree que ha hecho

sobre mi persona. No es algo que yo no supiera, aunque se ve que soy demasiado transparente. Sí, estoy más feliz desde que ella está aquí. Las cosas las veo de diferente manera y mi espíritu navideño ha vuelto después de años de estar desaparecido.

—Bueno, pues yo ya estoy lista —escucho a Jenna de nuevo entrando en la cocina, toda de blanco, para echarme una mano con las cenas—. ¿Hacemos un poco de magia?

Echa un vistazo a la lista de los platos de hoy para hacerse una idea de lo que estamos preparando mientras se lava las manos.

—Esto es Mist Rachs —le recuerdo—. Estás en el sitio indicado para ello.

—Si tú estuvieras en lo alto del Everest, también estaría en el sitio indicado para hacer magia contigo, Philip —me responde.

Sé que no me ha explotado el corazón de felicidad porque todavía puedo sentir sus labios sobre los míos así que sí, definitivamente sigo vivo.

—¿Alguna novedad? —le pregunto ahora, volviendo a los platos.

—No mucha… Bueno, sí. No sabía que Marie estaba enamorada de su secretario. Parecen tan cuchis juntos…

Sonrío por su forma de decirlo.

—Llevan siendo así entre ellos toda la vida, pero juran que no sienten nada más.

—Ay, pero si a ella se le nota sólo con hablar un segundo de él. ¿Cómo no puede darse cuenta la gente de estas cosas cuando tienen un sentimiento tan fuerte? —La miro de reojo, recordándole que a nosotros nos pasó lo mismo—. No compares, que en quince días ya estamos incluso viviendo juntos.

Me echo a reír, aceptando que tiene toda la razón.

—Han sido unos días muy intensos —reconozco.

—Y siguen siéndolo —me dice mientras pica con rapidez unas zanahorias—. ¿Has sabido algo más de Sisi?

Me encojo de hombros antes de contestar.

—Pete está volviéndose loco con el tema. Ellos siguen aquí, pero no sé hasta cuándo.

—¿Has hablado con el resto de tu familia?

—¿A quién te refieres?

—Bueno, el resto de la comitiva que venía con Sisi también son familia tuya, ¿no?

Suspiro.

—Sí. Mi abuela, mi tía… Pero no, no he hablado nada con ellas. No son como Sisi; sería muy complicado tratarlas.

—Tenían pinta de estiradas —me dice, haciéndome reír de nuevo. Es entonces cuando deja el cuchillo y se me queda mirando—. Me va a dar mucha pena cuando Sisi se vaya, así que no me imagino lo que va a ser para ti.

—Tengo que quedarme con que he tenido mucha suerte por haberla podido conocer —le contesto.

—Ya, Philip, pero eso no quita para que vayas a estar triste. Es tu madre. Y, además, qué madre.

Me hace sonreír su forma de decir aquello.

—Tienes razón —le concedo—. Me dará mucha pena que se vaya porque no voy a poder verla más.

—Bueno, a lo mejor eso que comentabas con tus padres…

—¿Lo de la leyenda? —Y asiente—. Como dicen ellos, mejor no me hago ilusiones.

—Pero podría suceder.

Siento una infinita emoción durante los siguientes segundos, acariciando esa posibilidad, remota pero factible.

—Por ahora, preparemos estos platos y después vayámonos a terminar de decorar la casa —le digo al fin—. ¿Sabes que Massie nos ha apuntado para el concurso de decoración navideña de este año?

—Eso, ¿qué es? —pregunta ella sin dejar ahora de emplatar sopas.

—Todos los años se decide al final de las navidades la casa y el negocio mejor decorado. Yo hacía años que no participaba, pero Massie nos ha apuntado con el restaurante y la casa en cuanto vio que lo empezábamos a decorar.

Me mira con una sonrisa.

—De nada, ¿eh?

Río con ella un instante.

—Oye, que todavía no hemos ganado; solamente estamos participando.

—Ya, pero si no llega a ser por mí…

Me acerco a ella y acaricio su sonrisa con la mía propia antes de responder.

—Si no llega a ser por ti, no sería tan feliz.

Veo un precioso brillo en sus ojos con mis palabras.

—Ya, pero lo del concurso también es un puntazo, Philip, reconócelo —me suelta, haciéndome reír a carcajadas.

—Se os escucha desde la sala —nos dice André al volver a entrar en la cocina—. Así da gusto trabajar. —Y mira a Jenna en señal de agradecimiento.

—¿Antes no trabajabais a gusto? —le pregunto sin perder mi buen humor.

Él se encoje de hombros, aguantando la risa.

—Jefe, es que ahora estás radiante de felicidad cada segundo que pasas aquí —me explica— y antes… Bueno, antes se te iba la mente de vez en cuando. —Coge los platos de sopa que acaba de terminar Jenna, volviendo a la puerta—. Y lo de la decoración de este año es espectacular.

—¿Ves? —me dice Jenna cuando André sale de nuevo—. Este año tenemos posibilidades de ganar.

—¿Posibilidades? Pero, ¿tú has visto el nivel de este pueblo con la decoración?

Quita importancia a mis palabras con un gesto de su mano.

—Tenemos más posibilidades que el año pasado, ¿te vale así?

Vuelvo a reír, como siempre hago en su compañía. Acerco mis labios a los suyos sin moverme de mi sitio y ella recorre el espacio que me faltaba a mí para poder finalmente besarnos.

—Me vale que sigas aquí, conmigo.

Menea la cabeza de forma graciosa en cuanto le digo eso.

—Estás hecho todo un príncipe de cuento. Hasta hablas como uno.

Voy a desarrollar unos robustos abdominales si sigo riendo con tanta asiduidad como durante estos días con Jenna.

XIII

Jenna

—Te estás vengando de mí y eso no es algo recomendable al principio de una relación.

Philip sigue aguantando la risa todo lo que puede mientras Cathy nos explica en este segundo día de taller que mañana vamos a dar un pequeño recital en Mistletoe Square, junto al árbol navideño. Nos dejarán el vestuario antes de la actuación y cantaremos estos tres villancicos que ya casi nos sabemos después de tanto repetirlos durante dos días. Dos días de taller en los que he tenido que cantar más tiempo que en toda mi vida. Porque la gente normalmente canta cuando está solo, en la ducha, en un karaoke, en el coche… Yo no canto ni estando sola, porque no quiero escuchar la voz que tengo. Y ahora me dicen que, además de estos días de taller, vamos a cantar para todo el pueblo.

Tierra, trágame y escúpeme el día de Navidad por la mañana.

—Pero si no cantas tan mal —me susurra el muy tonto entre espasmos por las carcajadas que ahoga como puede.

Le doy un empujón para que se calle, pero Cathy nos ve y siente la necesidad de llamarnos la atención cual niños en el colegio.

Tierra, por favor, ¡trágame ya!

—A ver, qué pasa por ahí, ¿hay alguna duda? —escucho decir a Cathy.

—Es Philip, que hoy está muy gracioso —le explico y le miro—. Pero ya se callaba, ¿no?

—Es que Jenna está nerviosa por lo que estás contando del recital.

Le voy a poner sal en las natillas esta noche.

—¿No es fantástico? —nos dice Sisi, girándose hacia nosotros desde una fila más allá de la nuestra—. Yo estoy deseándolo.

—Jenna también —contesta Philip, que no puede más y se echa a reír.

Y wasabi. Sal y wasabi le voy a añadir a sus natillas. Verás tú las risas de esta noche.

—Jenna —me dice Cathy con una amable sonrisa—. En lo único que fallas todavía es en la forma de respirar cuando vas a cantar. Lo haces con demasiada tensión. Tienes que coger algo de aire antes para ir echándolo mientras cantas hasta volver a coger aire en la siguiente parte que se pueda coger.

Entona una parte breve de uno de los villancicos, marcando cada uno de los momentos en los que coge y suelta el aire.

Pero cuando termina, me hace un gesto con la mano.

—¿Qué? —pregunto, aterrada.

—Prueba tú y verás cómo es distinto ahora.

Todos me miran, lo sé. Todo el mundo está en silencio, esperando a que comience a cantar. Pero de repente la sala parece moverse hasta que siento que me agarran con firmeza por la cintura contra un pecho que siento familiar: el de Philip. Me giro hacia él y veo que sonríe sin soltar mi cuerpo. Y por si no fuera suficiente con eso, es él el que hace el gesto de coger aire y me espera para cantar aquella parte del villancico que Cathy me ha pedido que cante. Hago lo mismo que él hace, deteniéndome casi sílaba por sílaba, y vamos cantando hasta terminar ese fragmento sin casi darme cuenta y sin avergonzarme por mi voz. Es más, no he sonado como siempre; Cathy tenía razón. Mi voz estaba más ligera y segura respirando de esta forma. ¿Esto es cantar en realidad? Porque lo que antes hacía yo, no se parece en nada a lo que acabo de hacer ahora. Antes sonaba como si tuviera asma severo, pero ahora…

—Entonces, ¿todos hacíais esto para poder cantar? —pregunto al terminar, asombrada por el descubrimiento—. ¿Por qué nadie me había dicho nunca que se hacía así?

La gente comienza a reírse y toda la tensión anterior se esfuma. Es más, de repente no me importa la idea de ir a ese recital para cantar tres villancicos. Si me fijo bien en cuándo hay que coger aire en cada uno, a lo mejor puedo empezar a tararear mientras cocino incluso.

—¿Mejor ahora? —me pregunta en bajo Philip cuando Cathy prosigue con el taller, acariciando con su dedo pulgar mi cintura sin soltarme todavía.

—Ni te lo imaginas.

Sonríe al verme tan aliviada y me da un beso demasiado pequeño para mi gusto.

—Me alegro.

—Podías haberte vengado del todo, dejándome caer al suelo como en el taller de patinaje te pasó a ti.

Menea la cabeza sin perder su sonrisa, recordando aquellos primeros días del mes. Se acerca a mi oído y mis terminaciones nerviosas ya anticipan el cosquilleo interior que sentiré con las palabras susurradas de Philip.

—Nunca te dejaría caer.

No me hacía falta, pero me acaba de confirmar que él es el que tenía que ser.

Philip

Ir del brazo con Jenna por Pine Market mientras hacemos unas compras para la casa es como un maravilloso regalo. Va mirando todo, haciéndome preguntas sobre cualquier cosa y me derrite con sus ojos cuando los clava de vez en cuando en los míos para, acto seguido, continuar posando su mirada en cualquier nuevo puesto del mercado e indicarme que también necesitamos suavizante.

—Nos tenemos que dar prisa o nos pillará la tormenta de nieve antes de ir a casa a dejar todo esto —me advierte.

—Llevamos así varios días y todavía nada de tormentas de nieve —le recuerdo—. Puede que tarde todavía algo más en llegar.

—Pues en el móvil ponía…

—Tienes que descargarte la aplicación del ayuntamiento —le digo—. Así te van avisando de ese tipo de cosas.

—¿Como de las películas del ciclo navideño?

—Ah, ¿ya has oído hablar de eso?

—Me lo contaron las chicas ayer por la tarde y me preguntaron si no íbamos a ir a ver alguna peli.

La miro y veo su gesto de *por favor, vayamos un día a ver una película*.

—Elige una que te guste y le pido a Jo que me sustituya ese día, ¿te parece?

Y sí, por su sonrisa, creo que le ha gustado el plan.

—Philip, creo que no te haces una idea de lo feliz que me estás haciendo en tan solo unos días.

Me lo ha dicho tan firmemente que sus palabras se me quedan incrustadas en el pecho, donde estallan en fuegos artificiales de mil colores y formas.

—Yo creo que tú sí que te haces una idea de lo que eres para mí, ¿no? —le pregunto, a lo que ella asiente, regalándome una dulce sonrisa.

—Hoy en el taller… —comienza a decir, parece que sin saber bien cómo continuar—. Gracias, de verdad.

Observo su pestañeo como a cámara lenta y me deleito unos instantes en esos ojos avellana confitada que me atraparon hace ya más de medio mes. Nos detenemos en mitad del pasillo, entre el puesto de pretzels y el de especias. Un aroma dulzón y picante nos envuelve y mis labios necesitan volver a besar los suyos cuanto antes. Por suerte, ella tenía la misma necesidad que yo y alargamos el beso todo lo que podemos, pero nos vemos arrastrados por la gente hasta el puesto de las frutas deshidratadas, en donde despegamos nuestros labios, no así la mirada. Tengo en mi boca el sabor de los malvaviscos que hace un momento estuvo tomándose con un vaso de chocolate que pedimos al pasar por el mercadillo navideño; es ya para nosotros algo así como una tradición tomarnos el chocolate con todos los extras una vez al día. Por lo menos.

—Jenna —le digo todavía sin movernos—, no tienes que darme las gracias por nada. Toda mi vida te intentaré hacer feliz de forma inconsciente, sea como sea. Y no va a ser para que me lo agradezcas, sino porque de esa manera yo también seré feliz.

—¿Por qué no pude conocerte antes? —se queja con un tono gracioso en su voz.

—Porque entonces no habrías sido la chica de la leyenda.

Beso la punta de su nariz y volvemos a caminar, ahora hacia la zona de repostería.

—Te has ganado que te prepare unas natillas sin sal ni wasabi —me dice de repente.

Me echo a reír sin comprender el significado de esa frase. Me río porque ella ríe, feliz y tranquila, agarrando mi cintura con una mano y una bolsa en la otra. Me río con ella, sabiendo que estos momentos van a poder repetirse a lo largo de mi vida una y otra y otra vez. Me río y beso su sien y de nuevo vuelvo a reír unos segundos más. Reímos juntos entre bases de tartas y bolsas de levadura, con aroma a canela de Ceilán en rama y anís estrellado en el alma.

XIV

Jenna

Despertarme con un torrente de besos por mi cuello, provenientes del hombre de mi vida, es algo maravilloso. Pero si a esto le sumamos que puedo ver por la ventana cómo caen cientos de miles de copos sobre Mist Rachs mientras aquí dentro estamos en un dormitorio amaderado y acogedor, con la chimenea todavía encendida, comprenderéis que me dé igual que sea lunes, miércoles o domingo: desde hace días no consigo sentir otra cosa diferente a la felicidad absoluta.

—Llegaremos tarde al recital —le reprendo cuando veo que, si seguimos así, no vamos a cantar precisamente en la plaza.

Escucho su sonrisa nasal entre mi pelo, pero continúa con lo que está haciendo.

—Qué más quisieras —me responde.

Gracioso…

—Vale, vale, tú verás.

Me lanzo a su cuello yo también y comenzamos a rodar por la mullida cama entre risas y caricias.

Sí, hace días que no conozco otra cosa más que la pura felicidad.

Philip

—Si no te importa, me gustaría pasarme antes por el Timeless para recoger a Sisi —le digo a Jenna, terminando el café.

Ella sigue dándole vueltas al suyo con una cucharita coronada por un pequeño muñeco

de jengibre de una vajilla que encontramos al sacar todo lo de Navidad la semana pasada. Me mira y asiente, comprendiendo.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse? —pregunta, acercándose la taza a los labios acto seguido.

Me levanto de la silla y meto la taza y mi cuchara en el lavaplatos mientras le contesto.

—No lo sé, pero Pete ayer me dijo por teléfono que tenían que irse ya, que les dijéramos cuanto antes que ya estaba listo su carruaje.

—Entonces en cuanto les digáis eso…

Vuelvo a su lado y antes de besarla yo, ella ya ha pegado sus labios a los míos.

—Quería decírselo en cuanto pasara el día de hoy —le cuento—. El recital, la presentación de esa escritora… Sé que ambas cosas le hacen mucha ilusión, pero si al resto de su comitiva les anuncio que ya está el carruaje listo, van a salir cuanto antes.

Jenna asiente, comprendiendo. Solamente unas horas más con ella. Unas horas en las que poderla abrazar una vez más y tener alguna conversación, aunque no sea de ninguna importancia.

Atesorar recuerdos suyos, los únicos que tendré en mi vida.

—Es que no hay que apresurarse con los carruajes —me dice mirando su taza—. Mejor asegurarse de que todo está correcto con ellos antes de emprender la marcha.

La abrazo unos segundos con fuerza, haciéndola sonreír.

—Eres maravillosa, Jenna.

—Lo sé —contesta con sorna—. Y ahora vete o serás tú quien llegue tarde al recital.

—¿No vas a venir conmigo al Timeless?

—Creo que necesitáis pasar tiempo solos —me explica—. Os veré en la plaza. ¡Pero no tardéis o seré incapaz de emitir sonido alguno!

Me río sobre sus labios y le doy varios besos seguidos, alargando su risa un momento más.

—Prometo que llegaremos puntuales —le digo al salir de la cocina.

—Más te vale o meto el wasabi y la sal en el plato que menos te esperes —escucho que me amenaza cuando estoy abriendo ya la puerta de la calle, terminando de abrocharme todos los botones del abrigo y rodeando mi cuello con una bufanda.

Salgo de casa todavía con una gran sonrisa, algo que ya se ha convertido en rutina.

—Hombre, Philip, tú por aquí —me dice burlonamente Mathias en cuanto me ve entrar al hotel.

—Gracioso… —respondo, provocándole que sonría más abiertamente que antes—. ¿Podría alguien ir a avisar a Sisi y decirle que la espero para acompañarla al recital?

—Claro, ahora le digo a Helen que se pase para que baje cuanto antes —dice mientras saca su móvil y escribe algo rápido en él—. Listo. Oye, por cierto, alguien estaba preguntando antes por el carruaje. Quería saber si las piezas ya estaban disponibles.

—¿Te refieres a Johann, el cochero? —y asiente—. Pobre hombre. ¿Sabes dónde…?

—Allí le puedes encontrar.

Me señala la sala de desayunos con la mirada y me acerco a la puerta, viendo a Johann terminando un sencillo desayuno tradicional con unas galletitas de jengibre en un plato que ahora se acerca para comerlas.

—Buenos días —le digo al llegar a su lado—. ¿Me permite? —Señalo una silla frente a él. Johann asiente de buena gana al ver que soy yo—. Ya tenemos novedades sobre las piezas de

repuesto —le informo en cuanto me siento.

—¿Y bien? —pregunta ansioso.

—Mañana mismo podrán reanudar el viaje. Tom vendrá mañana por la mañana para poner a punto el carruaje y les indicaremos cómo volver a su camino para llegar cuanto antes.

—¡Magníficas noticias entonces, caballero! —exclama, ofreciéndome su mano por encima de la mesa, estrechándomela con firmeza—. Le transmitiré la noticia al resto en cuanto termine de comer estas exquisitas pastas.

—Son mías —le digo.

—Perdóneme, caballero —contesta con rapidez, acercándose más el plato—, pero esto me lo han servido a mí. Si desea probarlas, no tengo ningún…

Me echo a reír antes de explicarle.

—Le pido disculpas, Johann, me he expresado mal. Quería decir que soy yo quien las hace.

Se me queda mirando con sorpresa.

—¿Es posible que sea usted el cocinero que ha preparado estas delicias que llevo degustando desde mi llegada? Tengo que felicitarle enérgicamente por ello.

Veo a Mathias en el hall hacerme unas indicaciones, así que me levanto mientras soy yo ahora quien ofrece la mano a Johann para despedirme.

—Me alegra saber que le están gustando. Si me disculpa, ahora he de irme. Nos veremos mañana por la mañana, Johann.

Me estrecha la mano y asiente, levantando una galletita con la otra como si brindara con ella y una copa imaginaria a mi salud.

Qué simpático es este Johann, la verdad.

Salgo de la sala y veo en el hall a Sisi, preparada con su atuendo invernal, hablando animadamente con Mathias, que parece encantado a su lado. Y en cuanto ella se percata de mi presencia, su rostro parece alegrarse y da un par de palmadas silenciadas por los guantes de lana que ya lleva puestos.

—¡Qué agradable sorpresa, Philip! —me dice con una alegría contagiosa, dándome un fuerte abrazo como ahora hace siempre, desde que Jenna me echó un cable el primer día del taller—. Disculpa la tardanza, pero hoy tuve que desayunar con mi madre y mi hermana en vez de con Rodi. Ella suele dejarme escapar antes de aquí, pero mi madre y mi hermana no saben nada. —Y baja el tono a modo de confidencia—. Ellas piensan que me quedo todo el día en mi habitación, descansando y leyendo un libro.

Mathias y yo reímos encantados con ella.

—Pues si estás lista, ya podemos irnos al recital.

—¡Fantástico! —exclama ella, acercándose a la puerta y esperándome allí—. Estoy deseando llegar.

—Pasadlo genial —nos dice Mathias cuando estamos saliendo por la puerta.

Me giro un momento para despedirle con la mano y salimos por fin del Timeless.

Hace frío, pero mi cuerpo está cálido desde su abrazo.

XV

Sisi

—Me parece maravilloso poder pasear bajo la nieve en pleno verano —le voy diciendo a Philip en nuestro camino al recital. Doy unos pasos de elefante sobre la nieve por la cantidad que ha caído durante la noche pasada—. ¿Siempre nieva así aquí en esta época?

Él me mira con rostro apacible antes de responder.

—Sí, bueno… Sí que suele nevar bastante.

—¿Y Jenna? —le pregunto.

—Ella ha ido directamente a la plaza.

—Ah.

Se detiene un segundo ante mí, como si quisiera decirme algo, pero vuelve a reanudar la marcha.

—Vuestro carruaje estará listo para mañana por la mañana —me anuncia de repente.

—¡Vaya! Ahora no sé si alegrarme o ponerme triste por tener que dejar un sitio como este y a gente tan bondadosa como todos vosotros.

Le veo sonreír antes de mirarme.

—Todos te vamos a extrañar, Sisi.

—Y yo a vosotros. ¡Pero os escribiré!

¿Por qué sonríe pero parece triste?

—Por supuesto, claro, podremos seguir en contacto.

—A lo mejor un día puedo volver y comer esas galletitas que haces tan ricas y de las que no creo que pueda cansarme jamás —le digo para animarle un poco.

Y parece que lo he conseguido por cómo vuelve a sonreír al mirarme.

—Tienes una energía única —me dice ahora.

—Eso opina mi padre también —respondo, riéndome por la coincidencia—. Mi madre lo cree, pero no de la misma forma positiva que él. Siempre me anda recriminando que soy ingobernable.

—Y eso te encanta —afirma, haciéndome reír con él.

—Es que yo no creo que sea correcto tener que desposeer de libertad a nadie. Todos los que habitan este mundo, tendrían que ser libres para decidir sobre su vida y así todos podríamos ser felices.

Menea la cabeza, pero de forma que parece haberle gustado lo que he dicho.

—Pero existen los jefes y los gobernantes, por poner un ejemplo, ¿no es así?

—No se lo cuentes a mi madre, pero no creo que sea correcto dotar a nadie de poder ilimitado.

—Eso no suele ser nunca bueno, no. Pero tu familia está en varios tronos.

—Y yo tengo la libertad de opinar igualmente que ese poder que ostentan no me parece correcto —le explico para que entienda mi concepto de libertad—. Si alguien tiene demasiado poder es que se lo está quitando a otros. Y eso no es justo.

—Pero tú misma seguramente te acabes casando… bien. Un rey, por ejemplo.

—¡No, por favor! —me río—. Yo quiero ser libre toda mi vida. Si me casara con alguien así, dejaría de serlo.

Asiente, entendiendo.

—Pero imagínate por un instante que no sé… Que te casas con el emperador. —Se me escapa una media carcajada, pero él prosigue—. Tú también ostentarías un infinito poder.

—Entonces daría lo que fuera necesario para revertirlo —le digo—. Trataría de otorgar al pueblo toda la libertad que me dejaran darle. Intentaría que tuvieran herramientas para que pudieran construir y apuntalar su libertad, esa que nadie tiene derecho a quitarte. Esa que, en caso de casarme con alguien así, me habrían quitado a mí.

Se queda en silencio unos largos segundos, puede que pensando en lo que le acabo de decir.

—Es curioso que alguien como tú sea republicana —me dice sonriente, como complacido por ello.

—Pero no se lo digas a nadie o mi madre no volverá a dejarme ir al bosque a mí sola —le pido—. Siempre me dice que ese tipo de cosas se me ocurren durante mis paseos por la naturaleza.

—Y creo que tiene mucha razón.

Ambos empezamos a reírnos mientras seguimos caminando hacia aquella plaza, abarrotada ya de gente a estas horas de la mañana.

—Hay que cambiarse antes, ¿no es así? —le pregunto.

—Sí —me responde—. Venga, vamos o Jenna me reñirá por llegar tarde.

Vuelvo a reírme con aquello.

—Es una mujer encantadora, Philip —le aseguro—. Tienes una buena esposa.

—En realidad no estamos casados —confiesa.

—¿No? —pregunto asombrada—. ¿Cómo entonces…? Yo creí que vivíais juntos.

—Y lo hacemos.

—¿Sin estar casados?

—Aquí no pasa nada por hacer algo así —me explica mientras saluda con la mano a algunas personas con las que nos cruzamos—. Primero nos tomamos nuestro tiempo para conocernos y después ambos decidimos si queremos formalizarlo de alguna manera.

—Me parece una idea magnífica —le digo—. Yo también quiero hacer eso algún día.

—No sé yo si tu madre estaría muy de acuerdo.

—Pero seguro que mi padre me apoya en ello.

Se encoge de hombros, de nuevo con una extraña sonrisa.

—Claro, puede ser —es su corta respuesta.

—Y luego vendré aquí a vivir para poder estar comiendo galletitas todo el día.

Philip se echa a reír con ganas por mi promesa.

—Te estaremos esperando entonces —y me guiña un ojo.

¿No sería maravilloso poder vivir mi vida en un lugar como este?

Jenna

Cathy nos está felicitando a todos por el recital que acabamos de dar. La gente ha quedado encantada y nosotros estamos contentísimos por cómo hemos conseguido cantar estos tres villancicos después de sólo dos días de taller. Hay gente que repite cada año, otros que se unen en el recital para dar apoyo a los novatos como yo. Algunos simplemente queremos disfrutar de la Navidad de Mist Rachs.

Siento un beso en mi sien y sé de sobra que esos labios son los de Philip.

—Ha estado bien, ¿eh? —comenta mientras todos volvemos a cambiarnos para regresar a este siglo en cuestiones de vestuario.

—No ha estado mal —reconozco—. Aunque sigo prefiriendo el de patinaje.

Me hace cosquillas durante unos segundos como venganza y termina la sesión dándome

un beso demasiado breve para lo que me gustaría que hubiera sido.

—Luego tengo que pasarme un rato al menos por el restaurante —me dice ahora—. ¿Tú tienes planes?

—Hoy no, así que te acompaño. —Y entonces se me ocurre algo—. Podríamos decirle a Sisi que se pasara al cerrar al mediodía y hacemos con ella tus famosas galletitas de jengibre.

—¿Crees que querría? —pregunta con esperanza e ilusión mi tierno chef.

—Ella mismo dijo que le haría ilusión ver cómo cocinas y adora tus galletas —le recuerdo.

Mira hacia los lados, seguramente buscándola.

—Voy a decírselo ahora mismo. ¿Sabes que eres la mejor? —y vuelve a besarme antes de echarse a correr hacia Sisi.

Me parte el corazón ver a Philip tan feliz con Sisi, porque mañana va a quedarse destrozado por su partida. Sí, es algo que desde el principio sabíamos que iba a suceder, pero eso no lo hace menos duro.

No quiero que sufra, pero será algo inevitable.

XVI

Philip

Estoy esperando impaciente a que Jenna aparezca con Sisi para preparar unas galletas. Tengo todo ya preparado en la sala de los talleres. En realidad, lo he preparado ya varias veces por los nervios, pero nada de lo que hago me calma. Repaso cada cosa por si se me olvida algo: masas preparadas, ingredientes listos, moldes colocados y tres tazas de chocolate humeante encima de la gran mesa de madera para ser bebidos mientras cocinamos.

Por fin se oye ruido abajo. Son ellas. Las escucho hablar mientras suben las escaleras. Y ahí están ambas, charlando como si nada y riéndose por alguna cosa que parecía que estaban comentando hace un instante. Y en cuanto Sisi pone un pie en esta sala, sus ojos y su boca se abren al doble de tamaño. Lo observa todo en cuestión de segundos y creo que le ha gustado lo que ha visto.

Jenna le coge el abrigo y lo posa junto al suyo en la entrada mientras Sisi sigue dando vueltas por la sala, mirando todo con gran curiosidad.

—Bienvenida, Sisi —le digo, invitándola con la mano a que se acerque a la mesa, donde ya ha llegado Jenna para darme un suave beso en los labios.

—¡Esto es precioso! La decoración navideña, los muebles… Es todo tan acogedor… —dice Sisi, llegando a nuestro lado—. ¿Aquí cocinas?

—Bueno, se suele cocinar abajo, pero sí, aquí a veces también cocinamos —le cuento —. Como vamos a hacer ahora. ¿Estás preparada?

—¡Sí! —exclama con entusiasmo.

—¿Has cocinado alguna vez? —pregunto.

—Bueno… No —contesta, ya sin tanto entusiasmo, pero no perdiendo la sonrisa.

—Pues antes de nada, siempre hay que lavarse bien las manos —le digo, acercándome al grifo y haciéndolo yo mismo, dejando que a continuación lo hagan ellas dos.

—Vale, bien, ¿y ahora? —pregunta con emoción Sisi, volviendo a la mesa después de haberse lavado las manos concienzudamente.

—Ahora vamos a empezar a mezclar los ingredientes para la masa —le explico—. Los tenemos todos aquí encima de la mesa. Tú puedes batir la mantequilla con el azúcar si quieres. Luego vamos añadiendo ingredientes hasta que nos quede una masa espesa, pero no demasiado, para que no queden muy duras las galletas.

—Vale, perfecto —dice ella, asintiendo con cada palabra que digo. Coge el bol y comienza a batir como antaño; nada de batidora eléctrica hoy—. Dime cuándo tengo que parar, porque yo no…

—Tranquila, que él te avisa —le dice Jenna, que está colocando el papel de horno encima de la mesa para cuando tengamos que amasar la mezcla.

—¿Seguro que no habías cocinado antes? Porque se te da muy bien batir.

Ella sonríe con mis palabras y me mira de reojo.

—Es la primera vez —me cuenta—. En casa no nos dejan entrar en la cocina porque dicen que armamos mucho escándalo y nunca sé cómo llegan a hacerse las cosas que nos llevan a la mesa. Pero siempre he tenido curiosidad por aprender.

—Eres tú muy curiosa —le digo, haciéndola sonreír de nuevo.

—¡Gracias! —contesta, pero se da cuenta de algo—. ¿Eso para ti es bueno o malo?

Me río por la naturalidad que muestra siempre que habla.

—Eso siempre es bueno, Sisi.

—No para todo el mundo —se queja—. A veces me lo dicen para echarme en cara que esté donde no debo o que pregunte lo que parece que no puedo saber.

Cojo su bol, perfectamente batido, y lo poso en la mesa.

—Quien te diga eso no merece tu tiempo al escucharle —le digo—. Y ahora vamos a mezclar el jengibre, la levadura, la canela y el clavo. —Me giro hacia Jenna mientras Sisi está echando la cantidad exacta que he dejado en pequeños cuencos a su lado—. ¿Puedes acercarnos la harina, por favor?

Ella trae el cuenco con harina y lo posa al lado de Sisi.

—¿Esto también? —pregunta ella.

—Harina también, sí —confirmo—. Y cuando esté todo esto, lo mezclamos con el otro bol que has estado batiendo y añadimos después algún ingrediente más.

—Vale, bien. —Sigue mezclando todo unos segundos más hasta que parece que está satisfecha y me mira—. ¿Ya?

—Sí, creo que podemos pasar a juntar ambas cosas. —Y antes de que me dirija a Jenna, ella ya me ha acercado la miel para añadirla después.

Le doy un beso de forma automática, pero eso llama la atención de Sisi, que nos sonríe.

—Os queréis mucho, ¿no? —pregunta.

Jenna se atraganta con su propia saliva y yo me río por ello, acariciando su mejilla sin dejar de mirarla.

—Es la mujer de mi vida —respondo a Sisi con los ojos pegados a los de Jenna, que se queda sin habla.

—Ay, qué bonito —escucho a Sisi—. ¿Hace mucho que os conocéis?

—Ehm… —empieza a decir Jenna entre risas—. Bueno, hemos tenido un comienzo muy intenso… Hace unos días.

—Más de quince —especifico yo, haciendo reír a Jenna.

—Ah, perdón, más de quince, vale —me dice ella todavía con una sonrisa burlona en la cara.

—Claro, es que es bastante —nos dice Sisi sin dejar de mirarnos—. Y se os nota que os queréis. Siempre os miráis de una forma… Yo también quiero tener algo así algún día.

Jenna agacha la cabeza y me mira después, esperando a que yo hable.

—Estoy seguro de que algún día lo tendrás —es mi breve respuesta.

—Eso espero, porque mi padre seguro que no tendría problema, pero mi madre…

—La mezcla, que se os olvida que estamos cocinando —nos recuerda Jenna, cambiando de tema ágilmente.

Los tres seguimos preparando la masa hasta que queda en su justa espesura. Sisi juega con sus dedos pringosos mientras yo guardo aquella masa en el armario para dejar que repose, sacando otra que ya tenía preparada desde la hora de la comida para que pudiéramos hacer las galletas con ella.

—¿Te apetece darles forma? —le pregunto a Sisi, a la que veo aplaudir en cuanto empiezo a extender la masa ya reposada encima de la mesa—. Jenna, ¿nos alcanzas los moldes, por favor?

Ella saca todos los que tenemos navideños del armario de donde saqué la masa y los posa al lado de Sisi, la cual va viendo todos y eligiendo los que quiere usar mientras yo extiendo la masa con el rodillo sobre el papel de horno.

—Ahora marca la masa con cada molde —le indica Jenna en cuanto he acabado de extender bien todo—. Aprieta hasta abajo.

Sisi hace lo que le dice, primero con cuidado y luego divirtiéndose con cada galleta que hace. Quitamos la masa que sobra y vuelvo a amasarla para aprovecharla y hacer más galletas con ella, repitiendo Sisi el proceso de nuevo. Cuando ve que con los pequeños trozos que sobran empiezo a hacer pequeñas bolitas que aplasto en el papel junto a las otras galletas, se ríe.

—No tiras nada —me dice.

—Es que son los copos de nieve.

—¡Es verdad!

Sentir tanto entusiasmo por todo lo que le rodea y saber que prácticamente en horas todo eso va a terminar para ella por lo que empezará a vivir, es un dolor demasiado grande que no sé cómo mitigar. Dejando que se vaya de Mist Rachs es como si la enviara a la guerra, a una que sé de antemano que va a destrozarla. No puedo hacer nada para evitarle todo ese dolor: tiene que vivirlo.

Y dejar que lo haga lejos de mí, además.

—Puedes llevarte todas —le digo mientras las metemos en uno de los saquitos de tela que tenemos para pedidos especiales—. Así te las vas comiendo durante el viaje.

—¿De verdad que me las puedo llevar? —me pregunta—. ¡Son muchas!

—Entonces te durarán más tiempo.

Se me lanza a los brazos y siento ganas de llorar al pensar en el poco tiempo que me queda de estar a su lado.

Va a ser una partida demasiado dura y no sé cómo voy a poder sobrellevarla.

—Gracias por todo esto —me dice al soltarme—. Por esta clase, por las galletas y por ser tan amable conmigo. Eres una gran persona —y añade—: Tus padres tienen que estar muy orgullosos de ti.

No he podido retrasar la caída de una lágrima y ella lo ha visto. Se sorprende cuando lo ve y me mira con extrañeza.

—Perdona, es que estos días mis padres pasaron un fuerte resfriado y estuve preocupado por ellos —le digo, intentando capear la situación.

—Es muy bonito que te preocupes por ellos de esa forma —me contesta sin salir de su asombro—. Ojalá algún día yo tenga un hijo que se preocupe tanto de mí como lo haces tú con tus padres.

Vuelve a abrazarme y lo agradezco porque me da tiempo a calmar las nuevas lágrimas que corren por mis mejillas. Jenna frota mi espalda y me sonríe, secándomelas ella misma con sus dedos. Cuando Sisi se separa, vuelve a verme sonriente como siempre.

—Ha sido un placer enseñarte a hacer galletas —le aseguro.

Ella hace una pequeña reverencia con naturalidad y nos mira tanto a mí como a Jenna, sonriente.

—Si queréis, podemos ir a la presentación que va a hacer Sara de su libro —nos interrumpe Jenna con un pequeño carraspeo—. Es dentro de unos minutos y seguro que nos divertimos allí.

—Yo no tengo que volver a la posada hasta la hora de la cena —nos dice Sisi, encantada con encadenar planes divertidos hasta el infinito, guardando las galletas en su bolso y cogiendo el abrigo del perchero de la entrada con una rapidez asombrosa, provocándonos con ello la risa a Jenna y a mí.

—Muy bien, vayamos entonces —les digo, acercándome con mi chica a la entrada a por nuestros abrigos también—. Vamos a que Sara nos dé una pequeña clase de historia.

—Estoy aprendiendo mucho más durante estos días que en las clases con los tutores —nos confiesa Sisi mientras bajamos las escaleras.

Reímos felices, intentando olvidar el momento de la despedida y centrándonos en las horas previas que todavía nos quedan por vivir.

XVII

Sara

Normalmente me ponen nerviosas las presentaciones o las firmas de libros. Es como si supiera que alguien va a aparecer para decirme que en realidad soy un fraude, que no merezco lo que estoy viviendo y que me ponga a buscar trabajo de algo que sea real y no este cuento que estoy viviendo desde que oficialmente me dedico sólo a escribir. Con cada palabra que pronuncio en público, espero la aparición de una persona que me suelte todo eso y más. Cierto, nadie hasta ahora ha hecho algo así en ningún evento de los que la editorial ha organizado, pero el miedo sigue ahí. Nerea, mi mejor amiga y representante, dice que poco a poco se me irá quitando la tontería y que me centre en disfrutar de lo que estoy viviendo ahora, pero todavía sigo sintiendo pequeños ataques de pánico antes de empezar cada evento.

Como decía, por lo general suelo estar nerviosa antes de ponerme frente a un grupo de personas que vienen a verme con respecto a mi libro, pero en esta ocasión no ha sido así. En este pueblo me he sentido tranquila por primera vez en muchos meses. La gente sonreía frente a mí mientras me colocaba junto al bibliotecario y el librero del lugar, los cuales me presentaron ante todos. Parecía que habían asistido todos los habitantes de este pueblo por lo llena que estaba la sala de esta luminosa y acogedora biblioteca. Y ha sido divertido. Sí, he disfrutado hablando con ellos de lo que he escrito. Tanto que estaba deseando que llegara el turno de preguntas para poder hablar con el resto del público.

Cuando consiga hablar con Nerea y le cuente esto, no me va a creer.

—Gracias por no tratarla de loca en tu libro —me dice la alcaldesa en persona, ya charlando en corrillo después de la presentación—. Disfruté mucho de su lectura por ese motivo.

—Es que no estaba loca, por mucho que los *señoros* de la época quisieran hacerle creer eso al resto —contesto—. Y ya es hora de que se digan las cosas claras.

—El mote de Juana *la loca* es algo que me molesta demasiado —dice ahora la dueña de la tienda de ropa.

—Además es que nadie sabe de quién hablas si dices Juana I de Castilla —argumenta otra mujer a su lado.

—Y estaba relacionada con los Habsburgo —añade Luca—. Como la emperatriz Sisi.

Lo ha dicho con una intención bien clara: esa chica que tanto se me parecía a la propia Sisi está en el grupo de al lado y le ha escuchado decir eso por cómo se ha girado hacia él, frunciendo el ceño como si no lo hubiera comprendido del todo.

—Bueno, todos los de la realeza siempre están emparentados unos con otros —respondo —. Los matrimonios concertados eran precisamente para eso.

—Y, ¿te costó mucho documentarte? —me pregunta ahora Jenna, la chica que conocí en la tienda de ropa el primer día, con la que no dejo de coincidir desde que llegué.

Veo un movimiento extraño en el grupo de al lado antes de contestar. Aquella chica se aleja con disimulo y se pierde entre los pasillos de la biblioteca mientras la pareja de Jenna hace amago de ir detrás de ella, pero la propia Jenna le agarra el brazo y parece hablarle con la mirada hasta que él desiste de irse de su lado.

—Es una parte de la historia de mi país que siempre me llamó la atención, así que he leído mucho sobre ello en los últimos tiempos —les cuento—. Pero la visita que hice a Tordesillas me animó a empezar a escribir la versión que no suele contarse en los libros oficiales de historia.

La charla dura unos minutos más hasta que Jenna no puede retener a su pareja, que

finalmente se va del grupo, parece que a buscar a aquella chica. Y sí, le doy la razón a Luca: es un pueblo extraño y todo aquí me suscita recelo, pero es una locura lo del viaje en el tiempo que él se empeña en desarrollar cada vez con más complejidad. Es imposible. Y sí, me llamó la atención al principio aquella adolescente, pero no, es imposible.

Ni Luca y yo hemos viajado en el tiempo ni ella es la verdadera Sisi; de eso no me cabe duda alguna.

Luca

He mencionado a la emperatriz Sisi a propósito para ver cómo reaccionaba la que tanto se parece a ella. Estaba en el grupo de al lado, charlando con más gente del pueblo. Vale, sí, es bastante loco pensar en viajes en el tiempo, pero es que sé que aquí sucede algo y ella tiene que ver con la extraña situación que Sara y yo estamos viviendo. Porque dijo de broma lo de que esa chiquilla era Sisi, pero, ¿y si lo es?

Joder, me estoy volviendo loco y empiezo a pensar que me he dado un golpe en la cabeza y todo esto está solamente en la imaginación de alguien que permanece en coma desde entonces.

Sí que es una locura, y lo reconozco, pero tenía curiosidad por ver la reacción de esa chica al mencionar a Sisi y los Habsburgo. Y llamé su atención al decir aquello. Se me quedó mirando como sorprendida, pero no como si alguien le hubiera descubierto, sino como si no entendiera lo que yo estaba diciendo. Y mi mente vuela y se pregunta si no será porque ella todavía no es emperatriz y le sonaron raras mis palabras.

Me parece que se me está pegando de Sara toda esta forma de actuar.

El caso es que ella se fue de su grupo casi al momento y eso me ha dejado intrigado. La última vez en mi vida que un lugar me interesó tanto como este pueblo fue cuando me quedé a vivir en Viena.

¿Puede que Sara y yo hayamos encontrado nuestro nuevo hogar?

—Sé lo que pretendías —escucho a mi chica en bajo a mi lado, apartándose un poco del gentío por fin.

—¿Yo? ¿Con qué?

Mi voz suena con un timbre demasiado agudo que me delata.

—Creo que simplemente es alguien del pueblo, nada más —me dice en tono confidente.

—Pero es que…

Ella aprieta mi mano para que me tranquilice.

—Si tanto interés tienes en averiguar la verdad, a lo mejor tendrías que preguntarle directamente lo que crees que sucede y si es cierto.

A veces mi chica deja a un lado su loca personalidad y me da este tipo de soluciones tan sencillas e inteligentes que sin ella no se me ocurrirían.

Beso sus labios y no quiero esperar ni un segundo más. Dejo atrás a Sara, que vuelve a conversar con la gente del pueblo, y me pierdo entre las galerías de libros que pronto me envuelven por completo, decidido a encontrar a esa chica y preguntarle sin rodeos si tiene algo que ver con Sisi y, de paso, si ella entiende qué es lo que sucede en este extraño pueblo.

XVIII

Sisi

Llevo ya días en este peculiar pueblecito en donde todo lo que me encuentro es extraño y nuevo para mí. Máquinas y aparatos metálicos rodean a las gentes del lugar. Nunca había visto algo así en mi vida, ni siquiera en mi imaginación. Me alegro de que el resto no quiera salir de la posada, porque les daría jaqueca al instante. A mí me gusta la aventura, como a papá, y aun así todo esto me parece excesivo.

Y sé que algo sucede, que algunos me miran con curiosidad y otros evitan, por el motivo que sea, hablar demasiado conmigo. Sí, sé que está pasando algo y no consigo averiguar qué es.

En realidad, no lo conseguí hasta ahora.

Después de ver que aquel hombre me miraba mientras pronunciaba mi nombre junto a la palabra *emperatriz*, algo me hizo salir de allí con prisa. Quería simplemente alejarme de todos y pensar un rato en soledad. Estar entre libros siempre me ha reconfortado, así que terminé vagando por entre los casi interminables pasillos de esta biblioteca tan apacible.

Hasta que llegué a la zona de historia.

Mis ojos fueron recorriendo los distintos estantes, viendo diferentes libros de personajes famosos, algunos conocidos, pero otros… Lo realmente extraño fue cuando vi una balda entera con libros en los que podía leer mi nombre junto a esa enorme palabra, *emperatriz*, que a cada tomo se hacía mucho más grande ante mis ojos. ¿Por qué alguien habría escrito un libro sobre mí, si no he hecho nada en mi corta vida más que disfrutar de mi libertad junto a mis hermanos?

No tuve que hacerlo, ahora lo sé. No tuve que abrir ninguno de aquellos libros, pero la curiosidad pudo con mi voluntad y mi temor a encontrar lo que no debía ser encontrado. Era yo. En todos y cada uno de esos libros se hablaba de mí, de una yo adulta, siendo emperatriz del imperio, reina y mil títulos más que no he podido ni memorizar. Era yo, pero no me podía reconocer. En todas esas ilustraciones aparecía con vestidos lujosos y joyas de todo tipo que lucía con una mirada triste y sin esperanza.

Quise saber por qué mis ojos estaban apagados mientras seguía sin comprender cómo era posible que esos libros existieran. Mientras trataba de comprender esto último, las palabras *tragedia*, *desdichada*, *enfermedad* y *muerte* saltaban hasta mí desde aquellas páginas. No quería seguir leyendo, pero no podía evitarlo. Nombres y fechas, datos históricos, situaciones no vividas y familiares conocidos se metían en mi cabeza a borbotones.

Estaba a punto de colapsar cuando una voz detrás de mí interrumpió el momento en el que leía algo de un tal Lucheni. Algo que, estoy segura, no debe ser leído.

—¿Estás bien?

Me giro hacia mi izquierda y veo a Philip con una sonrisa cariñosa, pero algo preocupado. Me pregunta con la mirada si puede sentarse a mi lado, así que le hago sitio, apartando un poco todos los libros que he ido amontonando a mi alrededor durante este rato de locura.

—¿Todo esto es cierto? —le pregunto en cuanto se sienta junto a mí.

Él observa aquellos libros, uno a uno, tomándose su tiempo para responder.

—Sisi, yo…

—¿Es cierto? —insisto—. ¿Todo esto es lo que va a sucederme en la vida? ¿Soy una especie de Fausto que ha viajado por el tiempo y el espacio?

Mi corazón se acelera por momentos, esperando la contestación que tarda en llegar unos interminables segundos.

—Es culpa mía —confiesa con dolor—. Nunca tuve que dejar que te quedaras. Tendría que haberos facilitado vuestra marcha del pueblo en cuanto llegasteis. Pero…

—Entonces… ¿Estamos encerrados aquí de por vida?

—¡No! —se apresura a decirme—. Ya te dije que mañana podréis volver, no te preocupes. Es urgente que emprendáis de nuevo vuestro camino.

—¿Por qué tanta prisa ahora? Después de ver lo que va a ser mi vida, no estoy tan segura de querer irme de aquí.

Ahora Philip parece aterrado.

—Tienes… Tienes que hacerlo, Sisi. —Respira hondo y prosigue—. La historia es la que es. Por mucho que intentaras cambiarla, otra cosa similar sucedería para que volviera a haber… equilibrio.

—Pero yo no quiero sufrir —protesto—. ¡Quiero ser libre y vivir una vida feliz! ¿Por qué no puedo tener eso?

Cada vez sus silencios son mayores, pero también su calma es más evidente. Mira hacia el exterior, en donde una hermosa nieve sigue cayendo, como intentando sepultar este pueblo por siempre jamás. Vuelve a mirarme y coge mis manos entre las suyas antes de proceder a explicarme.

—Vas a serlo —me asegura—. Pero el ser humano no es feliz de forma constante. Tenemos momentos de felicidad, como cuando conocemos por primera vez a alguien que será importante en nuestra vida, o como cuando conseguimos alcanzar una meta que creíamos imposible. Pero también hay momentos tristes. Decir adiós a una persona querida es algo que nadie quiere vivir y, sin embargo, no estamos libres de ello. Pero tú… —Coge de nuevo aire y prosigue—. Tú vas a ser admirada y amada allá donde vayas y por toda la eternidad, Sisi. Vas a ser toda una revolución —me dice con una sonrisa—. Van a querer seguir tus pasos, dar la vida por ti.

—No quiero que nadie más muera por mi culpa —le corto en ese punto—. Eso no es algo que tenga que agradarle a nadie.

Asiente aunque en un primer momento se ha sorprendido con mi interrupción.

—Tienes toda la razón —afirma—. Lo que quiero decir es que tienes que vivir esa vida para poder conocer a gente maravillosa que te dará todo su amor incondicional.

—Gente a la que también perderé —le recuerdo—. Ver morir a mis hijos va a destrozarme, Philip. ¿Cómo voy a darles la vida si sé cómo y cuándo van a morir? —Y entonces se me ocurre algo que me hace mantener un hilo de esperanza—. Podría intentar…

—Por mucho que lo intentaras, la historia es la que es —me repite.

—Pero ahora… Ahora sé cosas —me apresuro a explicarle, como si pudiera negociar con él de forma directa—. Puede que… Puede que si…

Pero por cómo me mira, sé que no cree que sea posible cambiar nada.

Voy a volver a protestar cuando escuchamos ruido detrás de nosotros. Nos giramos y vemos pasar de largo al hombre que siempre acompaña a Sara, la escritora que ha dado la charla hace un rato.

—Creo que sería mejor regresar con el resto —me dice Philip, levantándose con desgana y tendiéndome la mano desde arriba para ayudarme a que me levante—. Seguramente se estén preguntando dónde estamos.

—¿Sabes? Eres de los que mejor me caen de todo el lugar —le voy diciendo mientras volvemos junto al resto, dejando atrás aquellos terribles libros que ojalá pudiera borrar de mi mente—. Siempre voy a recordarte, Philip.

Él sonríe con una alegría contagiosa.

—No te imaginas lo que esas palabras significan para mí, Sisi —es lo último que me dice antes de volver a estar rodeados de gente.

XIX

Sara

Luca ha regresado a mi lado minutos después de que la gente empezara a abandonar la sala.

—Pensé que tendría que irme yo sola al hotel a cenar. —Pero él ni siquiera me da un beso—. Luca, ¿pasa algo?

Él parece volver de dondequiera que estuviera su mente y al menos ahora me mira.

—Perdona, *bellissima.* —Y me da un breve beso con una sonrisa algo fingida—. Te ayudo a terminar de recoger todo esto.

—¿Qué ha sucedido? —insisto.

Le conozco demasiado bien a pesar del poco tiempo que en realidad hemos pasado juntos como pareja. Alguien diría que escasas semanas no se pueden tener siquiera en cuenta, pero ese alguien no somos nosotros, así que me importa una mierda su opinión.

—Aquí no —dice secamente.

—Me asustas por momentos —reconozco, dejando mi maletín en la mesa, en donde hace un rato hice la presentación.

—Porque te encanta el drama —contesta el muy bromista.

Veo que está sonriendo y es ahora él quien coge el maletín y se lo cuelga del hombro, haciéndome un gesto con la cabeza para que salgamos. Nos despedimos de las pocas personas que todavía quedaban en la sala y avanzamos hacia la salida de la biblioteca.

—¿Estás practicando conmigo para ver qué tal se te daría a ti escribir una historia de misterio?

Sonríe de forma nasal, pero no responde hasta que salimos a la calle y nos mezclamos entre la gente.

—Es ella —dice casi sin pestañear.

—Ella…

—Ella, sí, es Sisi —pronuncia en bajo, casi de forma imperceptible. Se me escapa una media carcajada gutural cuando vuelve a hablar—. No es broma, Sara. Ella es Sisi y tengo pruebas.

—Claro, pruebas —suspiro, algo cansada por todas las emociones del día de hoy—. Tengo hambre. Podríamos ir a…

—No me crees, ¿no? —me corta, algo molesto conmigo. Saca su móvil, busca algo en él y me lo pasa—. Escucha lo que dicen. Les grabé cuando estaban hablando en la biblioteca.

—Que has hecho, ¿qué? —Vuelvo a reírme, cogiendo su móvil después de que me insista—. Luca, estás actuando más como yo lo haría que como harías tú. Y tiene que haber alguien cuerdo en esta pareja o no sé cómo vamos a…

—Tú escucha lo que dicen, ¿vale? —me pide, poniéndose un poco más nervioso con cada palabra que pronuncia—. Y luego me dices lo que opinas de ese vídeo y si sigues creyendo que estoy loco.

Parece ir en serio. Muy en serio.

—Veré ese vídeo en cuanto me invites a una manzana caramelizada —le propongo, señalándole con la cabeza el mercadillo navideño del pueblo, que a estas horas de la tarde está en pleno apogeo, resplandeciente y bullicioso, incitando a que te pierdas durante un rato entre sus puestos.

Luca mira hacia donde le señalo y sonríe por fin con algo más de entusiasmo.

—Busquemos una gran manzana, no tan dulce como mi *bellissima* Sara, porque eso

sería imposible de imaginar —me dice, agarrando mi cintura y besando mi sien sin dejar de caminar en esa dirección.

—Los italianos sois siempre de un empalagoso…

Y sé que me he ganado estas cosquillas a pulso, pero qué bien sienta volver a reír con él.

Luca

—¿No te ha parecido suficiente un taller de villancicos? —le digo, haciéndole rabiar.

—Pero habría sido genial, no me digas que no.

—Con llevarte unas galletitas de esas en una bolsa antes de irnos, creo que es suficiente, Sara; no hace falta aprender a hacerlas.

—Pero aprendían a hacer un montón de postres navideños —sigue contándome—. Y me dijeron que luego ella y Philip compitieron por ver quién hacía el mejor postre. ¡Y al final ambos postres se complementaban!

—Te sale la vena de escritora con esa escena y lo vives demasiado.

Un pequeño puño golpea con escasa fuerza mi abrigo de plumas, cortesía de la tienda de ropa de este pueblo.

—No te burles de mí —se queja—. Es una historia bonita, ¿no crees?

Abrazo a mi chica por la cintura, acercando mis labios a los suyos.

—La nuestra sí que es una historia de diez.

—De diez… —se queja una vez más, no satisfecha con esa descripción.

—¿De veinte?

Va a revolverse para expresarme con otro puñetazo que no le gusta que le haga rabiar, pero la abrazo con más fuerza aún si cabe, hundiendo mi rostro en su cuello.

Sara siempre huele a felicidad y bienestar absoluto.

Alguien nos interrumpe para saludarnos. Es aquella señora tan amable, Massie, que parece estar en todas partes constantemente. No se detiene más que unos segundos para desearnos que pasemos una buena noche y sigue su camino, haciendo lo mismo con el resto de gente que está en las mesas contiguas a la nuestra, disfrutando como nosotros de un buen chocolate con todos los extras habidos y por haber.

—Se me sigue haciendo raro tomar algo así en pleno verano —comenta Sara, separándose un poco de mí y cogiendo su vaso entre las manos.

—Aquí no es pleno… —Detengo mi frase en cuanto veo su exagerado gesto de desesperación—. ¿Qué? Ni siquiera has visto el vídeo todavía. Cuando lo hagas, sabrás que…

Se acerca mi móvil por fin, aunque con desgana.

—Muy bien —dice—. Aunque no hayamos comido al final esa dichosa manzana, veré el vídeo que mi guía turístico aficionado a las novelas de detectives ha grabado. —Comienza a verlo, pero como no escucha nada, se acerca el teléfono a la oreja. Y es entonces cuando me mira y veo sus ojos abriéndose cada vez con más intensidad. Segundos después, se despega el móvil y me lo pasa, como si tuviera miedo de él—. ¿Qué es lo que acabo de escuchar? Porque no puede ser lo que…

—Es exactamente lo que has escuchado.

—Pero entonces… Luca, ¿qué vamos a hacer ahora? Hemos conocido a Sisi, estoy escribiendo sobre ella. Esto sigue sonando a locura. —Se frota la cabeza con ambas manos y se ajusta el gorro de nuevo—. ¿Cómo ha podido suceder? Es decir, este pueblo… Es de nuestra época. ¿Qué hace ella aquí? —Agita su cabeza antes de seguir hablando—. Es que no puede ser, tiene que haber una explicación coherente para todo esto.

—Pues yo no se la encuentro y llevamos aquí ya cuatro días.

Esta vez se frota la cara antes de llevarse las manos a la cabeza.

—Es una locura —dice con la mirada perdida un segundo para luego volverse hacia mí —. Tenemos que hablar de esto con calma cuando lo hayamos asimilado. —Y deja vagar la vista a nuestro alrededor, en donde gente de todo tipo ríe, bebe, come y pasea por entre los puestos que hay en este animado mercadillo navideño—. Y parece todo tan bonito y normal… Todos son muy amables.

—Sí, lo son —reconozco—. No creo que sean tampoco malas personas, Sara.

—Me refiero a que ellos deben saber quién es ella y no sé, puede que la hayan traído para… —Se frota otra vez la cara—. No sé, es que no quiero ni siquiera intentar sacar conclusiones o teorías, pero es todo tan loco que no puedo evitarlo, Luca.

Alargo el brazo para acariciar su mejilla. Al instante ella sonríe, mirándome. Siento mi otra mano siendo agarrada por la suya y ambos parecemos estar en calma por fin.

—Acabemos de tomarnos esto, demos una vuelta y volvamos al hotel, ¿de acuerdo? —propongo—. Y mañana será otro día.

Suspira, asintiendo con la cabeza. Una pequeña sonrisa asoma en sus labios antes de responder.

—Pero me debes una manzana caramelizada —me recuerda, haciéndome reír de nuevo junto a ella.

Sara

—En este pueblo no deja nunca de nevar; es increíble —comenta Luca en nuestro paseo de vuelta al hotel.

Nos hemos metido por una calle menos concurrida que por la principal. No es tan amplia, pero por ello es más acogedora, con casas unifamiliares adornadas todas con motivos navideños. Se puede ver por las ventanas más decoración interior, luces cálidas y personas disfrutando de la noche en este tranquilo pero demasiado extraño pueblecito.

—A mí me gusta la nieve —le digo, apoyándome un instante en su hombro.

Besa mi cabeza en cuanto lo hago y me acerca más a su cuerpo con su mano en mi cintura.

—A mí también desde cierta ocasión.

—Fue una noche perfecta —digo al recordar nuestra primera vez.

Una furgoneta en mitad de las montañas de camino a Viena, de noche y durante una repentina tormenta de nieve. Fue lo más bonito que me había pasado en la vida hasta ese momento y siempre voy a recordarlo con emoción.

—No mientas, que pensaste que íbamos a caernos por el primer precipicio al que la tormenta nos arrastrase. Por eso te agarrabas tan fuerte a mí, ¿no?

Me echo a reír con Luca. Él siempre está de buen humor, animando mis días de forma natural con su sola presencia. Y eso, para alguien como yo, es una delicia en estos momentos.

—Luca, creo que te debo una explicación de por qué estoy desde hace días un poco menos…

—¿Menos loca?

Le saco la lengua mientras él se ríe por su propio comentario.

—Estoy teniendo problemas familiares y no sé cómo… No sé qué hacer. Ni siquiera sé qué pensar sobre lo que sucede y quiero antes aclarar mi mente para saber cómo contártelo.

Él asiente con una dulce sonrisa de comprensión. Besa de nuevo mi cabeza antes de responder.

—Ya te dije que podías contarme lo que quisieras, como y cuando lo estimaras oportuno, Sara —me asegura—. No tienes que sentirte en la obligación de contarme nada ni de hacerlo en un momento que no creas que es el oportuno.

—Lo sé, pero me siento mal porque sé que tú sabes que yo no te estoy contando algo y no quiero que pienses que es porque no confío en ti.

Nos quedamos quietos en mitad de la calle, mirándonos a los ojos y dejando que la nieve siga posándose sobre nuestras cabezas encapuchadas. Luca acaricia mi mejilla sin dejar de mirarme y sonreír.

—Si crees que yo puedo ayudarte en algo o, simplemente, necesitas desahogarte, yo estaré siempre aquí. Da igual que no me hayas contado algo en semanas, meses o años. Siempre, ¿me oyes? Siempre estaré aquí para ti.

Un beso de Luca después de semejante frase es algo mágico e imposible de describir.

La magia se rompe cuando el móvil de Luca suena.

—¿A estas horas? —pregunto extrañada.

Él parece también extrañado hasta que ve la pantalla. En ese momento su gesto se torna más que asombrado.

—Tengo que cogerlo —me anuncia, llevándose el móvil a la oreja—. ¿Sí? ¿Hola? —Pero creo que su interlocutor no le escucha—. ¿Me oyes?

Empieza a moverse por la calle, intentando coger mejor cobertura. Yo me quedo esperándole junto a una farola que da luz cálida a su alrededor. Me parece una estampa de cuento las vistas que tengo desde aquí, con toda la calle llena de luces navideñas mientras la nieve cae lentamente sobre ellas. Saco el móvil para hacerle una foto, y ya van tres millones estos días, cuando escucho una voz detrás de mí que hace que me sobresalte.

—¿Dando un paseo a estas horas, señorita?

Al girarme veo que es un hombre vestido de… ¿Tiene una placa de sheriff? ¿En serio?

—De vuelta al hotel, señor —le contesto.

—¿Por esta calle?

Me quedo un poco sorprendida por la pregunta, pero contesto con sinceridad igualmente.

—Estaba menos concurrida que la otra y queríamos un poco de tranquilidad antes de llegar al hotel.

—Los turistas siempre van por la principal.

Me estoy perdiendo algo, estoy segura.

—¿Está prohibido entrar en esta calle? —le pregunto, por si acaso.

—No hay ninguna prohibición, señorita, pero me ha parecido extraño ver a unos turistas por aquí a estas horas, detenidos además frente a esta casa.

Miro la casa que el sheriff ha señalado con la vista y no veo nada extraño en ella. Es como las demás: unifamiliar, adornada, bonita, acogedora.

—Ha coincidido que…

—Y sacando fotos —me interrumpe—. Llevan días por aquí y nadie sabe cuánto piensan quedarse.

Esto ya me parece demasiado.

—¿Le molesta por algún motivo nuestra presencia en el pueblo?

—Hacen demasiadas fotos, preguntan lo que no deben y meten las narices en donde nadie les ha dejado hacerlo —me dice con seriedad extrema.

—Y ahora, ¿qué hago yo con esa información? ¿Cojo mis cosas y me voy rápidamente porque no les he dado al llegar un panfleto con mis planes?

—Puede que quiera explicármelos ahora mismo, en comisaría.

—¿Perdone?

Me da la risa porque esto me parece muy surrealista.

—Buenas noches, agente, ¿pasaba algo? —escucho a Luca a mi lado.

Por fin.

—Soy el sheriff del pueblo, caballero —le corrige.

—Ah, bueno, *sheriff* —dice Luca con una medio sonrisa por esa corrección.

—¿Le hace gracia mi cargo?

Ya empezamos con Luca también.

—¿Le sucede algo, sheriff? —le dice Luca, sorprendido con los modales de este.

—Me gustaría que me dijeran qué están haciendo en este pueblo.

—¿Pasear? —le contesta con sorna.

—Querría saber los motivos por lo que han venido —insiste el sheriff, nada contento con lo poco que está sacando de nosotros.

Pero es que ni siquiera sé lo que quiere sacar.

—Porque nos ha dado la gana, ¿algo más?

—Luca… —le reprendo.

—¿Qué? Él está siendo maleducado, así que yo le contesto de la misma forma.

—Soy la autoridad en este pueblo y usted debe… —comienza a decir, pero Luca ni siquiera le deja terminar.

—Sheriff, si no va a detenernos por pasear, le sugiero que nos deje continuar nuestro camino.

—Usted no tiene que sugerirme nada, caballero —le dice cada vez de peor humor.

Al final vamos a terminar en comisaría, verás tú.

—¿Se puede saber qué le pasa? —pregunta Luca con voz aguda, no comprendiendo nada de lo que quiere este sheriff de nosotros.

—Déjenme sus móviles —nos dice ahora.

—¿Por qué motivo? —pregunto yo.

—No tengo que darles un…

—Sí tiene que hacerlo para que sea legal —insisto.

—Eso será de donde es usted, no aquí. —Y extiende su mano hacia nosotros—. Sus móviles. Ya.

—Mire, sheriff —le digo, más que harta—, nosotros no vamos a darle nada a usted. Vamos a seguir nuestro camino y nos vamos a olvidar de lo que ha pasado esta noche, ¿de acuerdo?

—Y si no le gusta nuestro plan, se come unas galletitas para pasar el mal trago —le dice Luca, cabreándole más.

—Caballero, no me gustan sus formas —le espeta el sheriff a punto de sacar las esposas, estoy segura.

—Y a mí las suyas tampoco —le dice—. Y si no nos deja pasar, en cuestión de

segundos va a tener a todas las cámaras del mundo en estas calles para intentar hablar con la emperatriz más famosa de la historia cuando todavía no lo era.

La cara del sheriff es de preocupación absoluta y ahora sí que no cabe duda de que es ella.

—No tiene pruebas que… —comienza a decir, pero Luca le interrumpe.

—Tengo un vídeo a buen recaudo de ella misma confirmándolo, sheriff. Y ahora, si nos disculpa, queremos seguir con nuestro paseo. Buenas noches.

El sheriff no se atreve a moverse siquiera, así que pasamos por delante de él sin problema, continuando nuestro camino hacia el hotel.

—¿Por qué le dijiste eso? —le pregunto cuando estamos lo suficientemente lejos.

—Porque me cabreó —me responde, algo alterado todavía—. ¿Quién es él para ponerse como se puso por nada?

—Sí, fue muy raro. Yo solamente estaba sacando una foto a la calle y de repente empezó a decirme que por aquí no pasaban los turistas y que era raro que nos hubiéramos detenido frente a esa casa.

—¿Qué casa?

—¿Y yo qué sé?

Nos miramos ambos y en un par de segundos estamos riéndonos de lo absurdo que ha sido todo lo que ha pasado con aquel sheriff.

—A lo mejor era un loco que se había escapado de algún hospital cercano —comenta ahora, ya de mejor humor—. Un sheriff. ¿De dónde salió? ¿Del Lejano Oeste?

—Hay sitios en los que todavía…

—No aquí, Sara. Ese tipo estaba loco.

—Pero ya hemos llegado y ahora quiero olvidarme de todo eso —le digo, señalándole el hotel con la cabeza y una sonrisa que espero que comprenda.

Y, por supuesto, lo hace por cómo sonríe él mismo.

—Estoy deseando quedarme amnésico.

Me echo a reír con él mientras vamos entrando al hotel, en donde todavía hay gente aquí y allá, disfrutando de una noche más en este peculiar pueblo que no sé si podré entender jamás.

XX

Philip

—Da gusto cuando llegamos pronto a casa para cenar tranquilamente —me dice Jenna mientras terminamos de meter todo en el lavaplatos.

—Dale las gracias a Jo por cubrirme turnos tantas veces.

—Creo que vas a tener que subirle el sueldo.

—Y contratar a más gente —aseguro.

Jenna ríe mientras nos besamos en mitad de la cocina. Rozo mi nariz con la suya, haciendo que su sonrisa me inunde por dentro. Sus dedos se hunden en mi pelo justo cuando vamos a volver a besarnos pero nos interrumpe el timbre de la puerta, que suena con insistencia además.

—¿Quién puede ser a estas horas? —pregunta Jenna cuando me separo de ella para ir a averiguarlo.

Y en cuanto me acerco a la mirilla, veo a un impaciente Pete esperando a que le abra.

—Pete, ¿qué haces aquí a estas horas? ¿Va todo bien?

Él pasa hasta el salón sin abrir la boca para decirnos *buenas noches* siquiera. Parece enfadado. Mucho. Y empieza a darme miedo lo que nos pueda haber venido a decir.

—Seré directo —nos dice por fin en cuanto estamos los tres frente a frente en mitad del salón—. Los dos turistas saben quién es Sisi y tienen un vídeo que lo demuestra.

—¿Cómo? —pregunta Jenna.

—Me lo acaban de confirmar —dice Pete—. Tienen un vídeo y estoy seguro de que podrían incluso difundirlo.

—Pero, ¿hablamos de Sara y de Luca? —insiste Jenna—. Ellos no harían algo así, estoy segura.

—Estaban hace un momento rondando por fuera de vuestra casa —le dice Pete, que sigue igual de nervioso—. Les di el alto por ese motivo, porque me pareció sospechoso ver a dos turistas por esta calle, haciendo fotos y precisamente frente a vuestra casa. Llevan días haciendo demasiadas preguntas y comentarios extraños. Y ahora esto.

—Bueno, pueden haber venido por esta calle para cruzar directamente por el parque y llegar al hotel —hablo yo, intentando mantener la calma.

—Un turista iría por la principal —insiste Pete—. Las probabilidades de que se desvíen por otra calle a estas horas son mínimas.

—A ver, Pete, que hay vida más allá de los ordenadores y los cálculos —le digo, intentando tranquilizarle—. El ser humano a veces actúa de forma…

—¡De forma estúpida! —me suelta sin calmarse, sino todo lo contrario—. Porque esto sabes que es por tu culpa, ¿verdad? Alguien podría descubrir lo que sucede y sería un puto caos, Philip. ¡Un puto caos! Pero tú estabas preocupado por pasar un rato con tu madre y el resto no te importó.

—Eso es muy injusto, Pete —sale en mi defensa Jenna.

Pete se gira hacia ella y la señala un segundo con el dedo.

—Tú no te metas, porque no sabes todavía ni la mitad como para comprender lo grave que podría ser esta situación.

—Pete, contrólate, haz el favor —le digo, tratando de no alterarme yo también.

—Y lo hago, Philip —me dice mirándome ahora a mí—. Lo hago y mucho. Porque ahora mismo hay dos turistas que afirman tener en su posesión un vídeo en donde aparece tu

madre confirmando que es quien es. Y quién sabe si estaban frente a esta casa porque saben algo más. ¿Te imaginas la catástrofe que sería que una mínima parte se conociera públicamente?

—Pero Sara y Luca no van a hacer nada —insiste Jenna—. Hablaremos con ellos mañana mismo.

—No son trigo limpio —continúa hablando Pete—. No me gustan. Tienen que irse cuanto antes.

—Pero Pete —le digo ahogando la risa para no enfadarle más—, no podemos echar a dos personas del pueblo porque te caigan mal, compréndelo.

—No es que me caigan mal, es que algo traman.

—A ver, recapitulemos —le pido—. Has visto a Sara y a Luca por nuestra calle.

—Frente a esta casa —especifica.

—Vale, precisamente frente a esta casa —le concedo— haciendo una foto, ¿no es así?

—Exacto.

—¿Hacían la foto a nuestra casa? —le pregunto.

Tarda un par de segundos en contestar.

—Hacia delante —responde.

—¿Cómo es eso?

—Pues… —Y empieza a hacer gestos cómicos para mí, pero sigo aguantando y no me río o le voy a enfadar más—. En realidad, ella estaba haciendo una foto enfocando hacia el final de la calle.

—Yo he hecho fotos así por todo el pueblo —asegura Jenna—. Es que de noche Mist Rachs está precioso con toda esa nieve sobre las luces navideñas. Sara seguro que estaba haciendo lo mismo.

—Pero era vuestra casa —insiste una vez más Pete.

—En Mist Rachs no tenemos calles tan grandes como para que eso sea un dato significativo, Pete —intento razonar con él—. Hay muchas probabilidades de que estuvieran aquí enfrente sin saber siquiera que era nuestra casa.

Reflexiona sobre ello, pero al cabo de unos segundos vuelve a la carga.

—¿Y lo del vídeo que tienen?

—Si les estabas tocando tanto las narices como me imagino, podrían haberlo dicho sólo para que les dejaras en paz —le digo—. Que nos conocemos, Pete, y a veces eres muy tocapelotas.

No parece contento con mi descripción sobre su persona, pero se queda callado porque sabe que tengo razón.

—Pero si han amenazado con que tienen un vídeo así es porque saben quién es Sisi.

Ahí lleva toda la razón.

—Pero Sara y Luca aman la historia —interviene ahora sabiamente Jenna—. Ninguno de ellos haría nada que pudiera dañarla, por muy enfadados que estuvieran.

—De todas formas, como te decía antes Jenna, podemos hablar con ellos mañana sobre este tema y luego te contamos lo que nos han dicho, ¿te parece bien?

Menea la cabeza, nada contento con esta situación. Y antes de que vuelva a hablar, sé que va a ser para repetirme que soy yo el culpable de todo esto.

—Si esta situación no se arregla, vamos a tener serios problemas, y todo porque no me has querido hacer caso. —Y me levanta el dedo—. Bien que te dije que les mandáramos de vuelta a todos en ese mismo instante, que no era nada buena su presencia. Pero no, el gran chef Philip quería tener trato con su madre cuando era adolescente sin importarle la seguridad del

resto del pueblo.

—Pete, tenías razón, ¿de acuerdo? —le digo—. ¿Así mejor? Tenías razón y tuve que dejar que se fueran ese mismo día.

—Pero es normal que tú quisieras pasar algo de tiempo con tu madre —se queja Jenna, al no comprender las implicaciones que tendría para todos nosotros un solo error como cualquiera de los que en realidad estoy cometiendo desde que Sisi llegó.

—Yo también querría hacer que volviera Annie y, sin embargo, sigo cuidando de todo esto —se queja Pete.

—¿Annie? —me pregunta Jenna en bajo.

—Mi hija —le responde Pete, habiéndola escuchado perfectamente—. Porque daría lo que fuera por poder volver a estrecharla entre mis brazos, pero no a costa de poner en peligro tantas cosas.

Jenna me parece que no quiere saber la historia porque intuye que es triste. Y lo es, demasiado como para contarla durante unas fiestas como estas.

—Pete, perdóname —le pido con sinceridad—. Comprendo perfectamente lo que me estás echando en cara y asumo…

Me corta con un gesto brusco de su mano.

—Si mañana por la mañana no se van todos ellos por su propio pie, iré yo a echarles uno a uno, tanto a tu madre y su comitiva como a los otros dos metomentodos —amenaza—. No hay más negociación que esa. ¡Se van y punto!

—Hablaremos con todos —le prometo—, pero tú ahora cálmate. Vete a casa ya, Pete, descansa y mañana verás cómo se ha arreglado todo. —Y al ver que todavía quiere añadir algo, lo hago yo—. Por favor, Pete.

Parece dudar por un instante si seguir riñéndome como si fuera todavía un niño pequeño que tiene que entregar al día siguiente un trabajo y ni siquiera tiene las cartulinas para hacerlo. Finalmente creo que le doy verdadera lástima porque suspira y se gira en dirección a la puerta, pasando su mano por mi hombro de forma afectiva.

—Mañana hablamos —nos dice desde la puerta. Y entonces se acuerda de algo y se gira hacia Jenna—. Siento mis modales. Sólo espero que pronto comprendas la importancia de todo esto.

Jenna asiente y Pete abre la puerta y sale, dejándonos dentro a solas, algo aturdidos todavía. Pasados unos segundos me dejo caer en el sofá, como si una losa hubiera impactado sobre mí en cuanto Pete se fue. Tiene toda la razón, lo sé. No tuve que dejar que mi madre se quedara, pero… He puesto a todos en peligro y eso no me lo voy a perdonar si pasa algo. Y sí, es mi culpa, y alguien tenía que decírmelo. Puede que el resto de vecinos no hayan querido dañarme al comentarme algo así, pero el trabajo de Pete es velar por el bienestar de todos. Le pierden a veces las formas, sí, pero no puedo reprocharle nada más. Espero de verdad que mañana todo se arregle o si no…

—Phil —me dice suavemente Jenna, que acaba de sentarse a mi lado. Posa su brazo sobre mis hombros y siento sus labios pegados a mi sien durante unos maravillosos segundos—. ¿Te encuentras bien?

Levanto la vista y la miro, tan radiante y bella como la primera vez que la vi. Sí, exacto, hace poco más de quince días, pero creo que entendéis a lo que me refiero.

Parece realmente preocupada por mí.

—Sí, estoy bien. Estoy bien —me repito, como si con eso fuera a estarlo de verdad—. Mañana todo se arreglará y volveremos a la normalidad.

—Claro que sí, ya verás —sigue animándome.

—Y tendremos que hablar de Mist Rachs y resolver todas las dudas que seguro que tienes.

Le sonrío y ella contesta a mi sonrisa con la suya propia.

—Ahora lo importante es que mañana puedas despedirte de tu madre como mereces y te quedes con un bello recuerdo de ella.

Sigue acariciando mi mejilla y peinando mi pelo con sus dedos, algo que me acaba relajando por completo. La vida se ve de otra forma si a tu lado tienes a alguien que sabes que estará ahí, tanto si estás en la cima como si te hundes sin remedio. Estará y te apoyará, ayudándote a salir. Y sé que Jenna es esa persona para mí.

Me giro hacia ella y la beso sin pronunciar palabra. A partir de este momento nos comunicamos con caricias y suspiros, un lenguaje que sólo nosotros comprendemos.

Está llegando una gran tormenta de nieve a Mist Rachs, pero hoy no. Hoy sólo existimos, aquí y ahora, Jenna y yo.

XXI

Luca

Saber por primera vez en la vida con quién quieres despertarte cada día es algo a lo que me ha costado muy poco adaptarme. Soy una persona que ni siquiera sabe bien dónde quiere establecer su hogar, no he decidido ni el país, pero sé que, sea donde sea, ella tiene que estar conmigo. Sara, la loca, dulce, inteligente y hermosa Sara Fernández. Quiero que sea ella a la que vea cada día al despertar, ya sea en mitad de un bosque o en un estudio de treinta metros en Manhattan. Hasta ahora no había tenido un hogar, pero a ella sí la veo como tal.

Ella es mi hogar.

Si esto fuera una película, ahora pasarían a enfocar a una sigilosa mujer que duerme apaciblemente, tan perfecta que podría levantarse e ir a un cóctel de gala en Los Ángeles. Sin embargo, Sara es más, mucho más que eso, y por ello se la puede observar con una pierna por dentro de las mantas y otra por fuera, con la boca medio abierta, ocupando media cama (incluyéndome a mí, ya que uno de sus brazos reposa sin sentido sobre mi pecho) y emitiendo de vez en cuando algún ruidito nasal que me indica que ha descansado perfectamente esta noche. O eso quiero yo creer que significa. Esa es mi Sara, la despeinada chica con marcas de sábanas en la cara que, en cuanto se mueva, va a revolver toda la cama detrás de ella.

Efectivamente, Sara va despertándose y una de sus manos se choca contra mi cara después del último brusco movimiento que hace para cambiar de postura, intentando alargar un poco más el sueño. A mí me da la risa y, con mis carcajadas, Sara parece despertar, algo molesta por el ruido desde primera hora de la mañana.

—Qué ganas puedes tener de reírte a estas horas —se queja sin querer abrir los ojos.

Abraza mi pecho y frota su mejilla contra mí de forma mimosa.

—Perdone usted, señorita escritora. ¿Desea que le traigan el desayuno a la cama?

—Mmm… No —dice finalmente—. Nos damos una ducha y bajamos a desayunar.

—Es pronto todavía —le advierto—. Podemos quedarnos en la cama un rato más si quieres.

Abre con dificultad un ojo para mirarme y empieza a sonreír. Se lanza entonces a mi boca, besándome mientras ríe conmigo, sin sentir preocupación por absolutamente nada en este preciso momento, una sensación que pocas veces se tiene en la vida y que, cada vez con más frecuencia, me pasa estando a su lado.

Sara

Desayunar en este lugar es una delicia. También lo es el hecho de llevar cuatro días sin hacer nada más que descansar, lo reconozco. Creo que he engordado doce o veinte kilos por tantos dulces que estoy comiendo. Lo sabría si me pesara alguna vez en mi vida, pero como no lo hago, sigo comiendo sin problema. La vida está hecha para disfrutarla y no para estar pensando en cuántas calorías tiene este plato de galletitas de jengibre que siempre nos traen a la mesa de desayuno. ¿Qué más da? Están ricas y disfruto comiéndolas.

A veces eso es lo único que cuenta.

—¿Estás escuchando? —me dice Luca, interrumpiendo mi momento galletita.

—El qué.

—Los de la mesa de al lado dicen que se avecina una tormenta de nieve.

—Yo creía que vivían en una de manera constante.

Arruga la nariz a modo de burla y yo le saco la lengua.

Todo muy adulto.

—Habría que ir pensando en volver antes de que nos pille esa tormenta.

Me dice aquello con tanta pena que me hace hasta gracia.

—Sí, tenemos que volver —confirmo—. Ya hemos hecho un alto en el camino, pero…

¡Y ahora suspira!

—En fin.

—Luca, ¿te da pena irte? —Él se encoge de hombros y a mí me da la risa—. ¡Pero si ayer mismo ese sheriff por poco nos echa a patadas!

—Bueno, pero el resto de gente es encantadora y el lugar es una maravilla —protesta—. Los niños son felices, los adultos te acogen como a uno más, no hay maldad alguna en ninguno de ellos… Y en este pueblo no hace falta coche ni un desembolso muy grande para montar un negocio.

No le ha hecho mucha gracia mi carcajada, pero lo disimula.

—Luca, que parece que te querías quedar a vivir aquí. —Y al ver su cara, vuelvo a reírme—. Tú tienes un problema, ¿eh? Te quieres quedar a vivir en cualquier sitio al que vas.

—A veces no —se queja.

—Dime un solo sitio en el que no hayas pensado algo así, a ver. —Me cruzo de brazos, esperando, pero podría esperar de por vida por cómo comienza a pensar en ello—. ¿Ves? Cada vez que vamos a un sitio, tú te planteas quedarnos allí para siempre.

—Tampoco hemos ido a tantos juntos —sigue quejándose por mis risas.

Acerco mi mano a la suya y se la agarro, acariciándole por encima con mi dedo pulgar y haciéndole sonreír.

—Sé que tenemos que pensar en un sitio en donde establecernos, pero siento que este no es ese lugar.

—¿Cómo puedes saberlo? —me pregunta sinceramente—. Es un sitio perfecto.

—No sé, pero eso se siente de alguna forma.

—Pues yo desde hace semanas siento que contigo podría vivir incluso en el pico de la montaña más alta del planeta.

Estoy aprendiendo a diferenciar cuándo habla el italiano con labia y cuándo lo hace mi Luca. Y esa frase la ha dicho el segundo, así que me ha dejado durante segundos totalmente bloqueada.

—¿Qué te parece si probamos a vivir una temporada en tu casa de Viena y otra temporada en la mía de Madrid? —propongo—. Así empezamos a descartar lugares. Es un

comienzo, ¿no?

Se queda un momento pensando, pero parece que le ha gustado la idea y me lo hace saber primeramente con su sonrisa.

—Podemos empezar por Viena si te parece bien.

—Me parece bien —confirmo, alzando el vaso de zumo de naranja en alto, brindando con él por nuestra decisión.

—¿Sabes? Este tema me estaba quitando el sueño últimamente —me confiesa ahora—. Pensaba que si no nos decidíamos rápido por un lugar para vivir, podrías empezar a pensar que esto no iba a ninguna parte.

Mi tierno Luca.

Acerco mis labios a los suyos y los beso detenidamente hasta volver a verle sonreír.

—Ni se me había pasado por la cabeza algo así —le aseguro—. Pero para otra vez que tengas estas movidas mentales repentinas, puedes preguntarme directamente y así saldremos antes de dudas.

Ahora es él quien me besa a mí.

—Creo que necesitábamos este alto en el camino para poder seguir adelante.

Asiento, totalmente de acuerdo con sus palabras.

—Entonces, ¿ya podemos hacer las maletas y volver al trabajo?

Sonríe de medio lado, meneando la cabeza con mi no tan buen plan de regreso a la vida real.

—Volvamos. Ya estamos preparados.

XXII

Sisi

Extraño desayunar con mis hermanos pequeños. Ellos dan una alegría que aquí no se ve por ninguna parte. Mi madre es alguien que siempre está triste y a quien no le gusta que le importunen con voces fuera de lugar. En realidad tiene mucha paciencia con todos nosotros, porque siempre estamos buscando una nueva fuente de diversión en cualquier cosa que pase frente a nosotros y ella, apacible y comprensiva, trata de enseñarnos que ese no es el camino que debemos seguir en la vida. Que hay que ser comedidas y respetuosas. Que la educación y las buenas formas lo son todo.

Pero para eso ya está Néné.

Ella sí es como a mi madre le gustaría que todos fuésemos. Sabe comportarse en todas partes y nunca levanta el tono por encima del de nadie. Es completamente perfecta, aunque a veces mi padre cambia *completamente* por *desesperantemente*. Ella es buena, demasiado, y a mí sin embargo siempre me llaman la atención las cosas que me prohíben hacer y los retos que parecen imposibles de alcanzar.

Todavía no me explico por qué han querido que les acompañe en este viaje. Ellas han sido invitadas por tía Sofía y, por lo poco que he podido leer ayer, es para comprometerse con nuestro primo el emperador. ¿Por qué he tenido que venir yo con ellas? A mí ni siquiera me habían invitado. ¿Qué necesidad tenían de que yo les acompañara en un momento como este?

No es justo. No es justo para nadie. Mi hermana está educada para ser toda una emperatriz y yo sólo aspiro a ser dueña de mi propia libertad. Ella estoy segura de que sería muy feliz desempeñando su papel en la corte de Viena. Sin embargo yo…

Yo estoy hecha para correr por los bosques, perderme entre ellos y cabalgar durante horas hasta que el caballo tenga que descansar. ¿Qué voy a hacer yo en un lugar tan estricto con gente que, no tengo duda, va a odiarme por no ser como ellos?

¿Qué puedo aportar, si yo no formo parte de ese mundo?

—Por favor, Sisi, pásame el pan —me pide mi madre, bebiendo un trago de café mientras tanto.

Le paso la bandeja con el pan y vuelvo a mi plato.

—Sisi, la mermelada, por favor —me pide ahora Néné. En cuando se la doy, me sonríe —. Gracias. Estás hoy muy callada —advierte.

—Hoy nos vamos —es mi explicación.

—¡Por fin! —comenta mi madre, como si eso fuera un alivio—. Estoy harta de estar encerrada en este cuarto y ver nevar por la ventana.

Mi hermana hace un gesto gracioso con los ojos sólo para mí y tengo que aguantar la risa como puedo.

—Espero que tía Sofía no esté enfadada por nuestra tardanza —comenta Néné, mirando a mi madre.

Ella suspira, como si no hubiera dejado de pensar en ello durante estos días.

—Esperemos que, aun así, todo vaya bien. —Y acaricia el rostro de mi hermana—. Tenemos grandes planes para ti, cariño. —Ahora se gira hacia mí—. ¿Sabes por qué vamos al encuentro del emperador?

—¿Para felicitarle por cumplir años porque se siente solo? —finjo.

—Qué cosas tienes, Sisi, de verdad —dice mi madre, algo molesta por mi comentario.

Mi hermana sonríe y acaricia mi mano.

—Tía Sofía nos ha invitado al cumpleaños de nuestro primo porque quiere… —comienza a decir Néné, pero no sabe ni cómo explicarlo.

Va a ser un dolor inmenso ver que yo seré la culpable de sus desvelos para toda su vida. Por mi culpa, ninguna de las dos seremos felices jamás.

—Tu hermana se va a convertir en la emperatriz de Austria —me anuncia con emoción mi madre, volviendo a acariciar a mi hermana—. Lo hemos hecho muy bien contigo, Néné.

Parece orgullosa de ella. La mira con adoración y un cariño infinito. Como yo también la miro. Adoro a mi hermana y saber que voy a causarle dolor me ha quitado el sueño desde que lo supe ayer.

—¿No dices nada, Sisi? —me pregunta Néné.

—Sí, yo… Te voy a echar de menos en casa —es lo único que sale por mi boca.

Néné me abraza sin levantarse de la silla, encantada con mis palabras.

—Podrás venir a visitarme siempre que quieras, Sisi —me promete.

—Siempre que puedas recibirla —apostilla mamá—. Una emperatriz tiene trabajo ineludible y no puede dejar que su hermana pequeña le interrumpa y ande correteando por palacio.

Pero Néné me hace un gesto para que no dé importancia a lo que dice mi madre. Se acerca a mi oído y susurra sus siguientes palabras.

—Para ti, yo siempre tendré tiempo, hermanita.

Y me acaba de partir el alma.

—¿Hoy vas a dormir la siesta antes de partir? —me pregunta Rodi mientras prepara mi equipaje.

Va a abrir la bolsa en donde tengo la ropa que uso aquí cuando la freno.

—Eso de ahí no voy a llevármelo, Rodi, déjalo —le digo.

Ella al momento aparta la bolsa y no la toca, continuando con el resto de vestidos.

—Va a ser emocionante, ¿no crees? —va comentándome mientras tanto—. Todo el mundo en palacio es muy elegante. Y dicen que el emperador es guapísimo; tu hermana tiene mucha suerte.

No creo que mi corazón soporte todo esto mucho más.

—Rodi, quiero dormir un poco antes de partir —le comunico—. ¿Podrías dejarme sola, por favor?

Ella me ve sentada en la cama, esperando a que me deje a solas, y sonríe. Se acerca a mí y acaricia mi mejilla con cariño.

—No te preocupes —me dice—. Algún día aparecerá algún hombre de buena familia con el que puedas formar la tuya propia.

Y dicho esto, se va de mi cuarto, dejándome por fin sola.

¿Quiero eso en mi vida? ¿Quiero que todo gire alrededor de otra persona? ¿Quiero perderme en protocolos ridículos, en maternidades dolorosas o en soledades imposibles de llenar? ¿Quiero destrozar la vida de mi hermana y la mía propia? O por el contrario, ¿quiero tomar las riendas de mi propia vida y vivirla como yo quiera, como cualquier ser humano tendría que hacer?

Me acerco a la puerta con decisión y la abro un poco para ver si hay alguien en el pasillo. Nadie, todo despejado. Salgo de aquí y me echo a correr hasta el cobertizo donde están los caballos y el carruaje al que vendrán dentro de muy poco a cambiar las piezas para podernos ir.

—Vosotros tampoco sois dueños de vuestra propia vida y eso no es muy justo —les digo—. Pero eso va a cambiar. —Les suelto y abro de par en par la puerta del cobertizo, volviendo con los caballos y dándoles una palmada a todos menos a uno—. ¡Vamos, huid! ¡Sed libres y felices! ¡Vamos! —Los caballos salen al galope de aquí y me quedo a solas con el único que queda—. Y tú, amiguito, antes de ser libre, tienes que ayudarme a mí, ¿de acuerdo?

Parece que lo ha entendido por cómo relincha ante mis palabras, asintiendo con su cabeza incluso. Monto a horcajadas en él —si lo viera mi madre…— y salgo yo también del cobertizo.

No voy a dejar que me hagan vivir una vida que no he elegido por voluntad propia.

El emperador va a tener que aprender que sí que se le pueden dar calabazas.

XXIII

Philip

Jenna y yo hemos venido al Timeless. Tom iba a traer en breve las piezas que le faltaban al carruaje para que puedan irse y quería despedirme, así que Jenna me ha acompañado. Creo que sabe que este no va a ser un momento sencillo y prefiere pasarlo a mi lado.

Y no sabe cuánto se lo agradezco.

—Luego podemos volver a la cama y quedarnos allí hasta el turno de comidas —propone Jenna antes de entrar al hotel.

Le sonrío, agradecido por los ánimos.

—No sé qué haría yo sin ti.

—No ganar el concurso de decoración navideña —contesta ella—. Eso, seguro.

Me hace reír en una situación así y no puedo hacer otra cosa más que besarla con todas mis ganas.

Loreen nos ve entrar y su gesto ya me alarma un poco. No parece tan afable como de costumbre y al instante sé que ha sucedido algo. El corazón se me desboca y no sé si prefiero huir de aquí y no saber lo que ha pasado antes que enfrentarme a la realidad.

Con lo bien que había empezado la mañana…

—Te íbamos a llamar ahora mismo —me dice, viniendo hacia nosotros—. No está.

—¿Cómo que no está?

Y he entendido perfectamente, pero es que mi cerebro se niega a aceptar lo que sé que esas dos palabras significan.

—Tom ha ido con Johann al cobertizo para arreglar el carruaje y los caballos estaban sueltos y fuera de allí. Menos uno —comienza a contarme con la voz afectada, como si hubiese estado corriendo durante horas—. Es como si alguien les hubiera soltado. El resto ha vuelto, imagino que por miedo al tiempo de tormenta, pero uno de ellos… Me avisaron y me temí lo peor, así que fue a buscar a Sisi y nadie la ha visto desde hace media hora.

—Puede haber ido al pueblo a despedirse —empieza a decir Jenna, que creo que en el fondo también sabe lo que todo esto significa, pero está en modo negación.

Que es de donde tengo que salir yo con urgencia.

—Hay que darse prisa y buscarla cuanto antes —les digo—. ¿Alguien está en ello ya?

Pero el silencio de Loreen me augura algo aún peor.

—Las huellas de los caballos —dice—. Todo indica que se han adentrado en el bosque, Philip.

Me llevo las manos a la cabeza de forma automática, no sabiendo cómo reaccionar a esto.

—Joder —es lo único que soy capaz de decir.

—Pues vayamos a… —comienza a decir Jenna, sin comprender.

—Es muy peligroso —le cuenta Loreen—. Ya has visto las cosas que suceden en Mist Rachs, ¿verdad? Pues ahora imagínate… Es como cuando en el restaurante sacáis la basura del día. Ese bosque es una especie de vertedero al que llegaría la basura de todo un año del restaurante. Si te adentras en él, puedes acabar en un sitio o un tiempo impredecible y no poder volver jamás.

—La emperatriz no habría llegado a existir como tal y toda la historia se reescribiría —añado.

—Tú incluido —dice Loreen con extremada preocupación—. Hay que avisar a Pete.

Esto se nos ha ido de las manos y es de los pocos que pueden entrar en el bosque.

—Sí, claro, por supuesto —le respondo—. Yo mientras tanto…

Yo, ¿qué? ¿Entro en el bosque por mi cuenta? ¿Qué voy a conseguir con ello? ¿Perderme en él y no volver jamás?

—Tú sigues aquí —escucho que me dice Jenna mientras Loreen está al teléfono con Pete—. Eso significa que todavía Sisi… Que la historia no ha cambiado, ¿no?

—El bosque es demasiado peligroso —le explico—. En cualquier momento puede dar un paso y…

—Pero algo hay que hacer —me dice con frustración—. No podemos dejar que Sisi se pierda para siempre. Habrá algún plano para poder entrar sin peligro.

—No te imaginas lo que es ese bosque. Es del sitio que más leyendas hay en el pueblo.

—Pero alguna tendrá un final feliz.

Y entonces lo recuerdo.

Mierda.

—Pete ya viene para aquí —me interrumpe Loreen los pensamientos, afortunadamente —. Y no está de muy buen humor —me avisa.

—Imagino.

—Salgamos fuera para esperarle en el cobertizo —nos propone—. Esperemos que podamos hacer algo para que esto no se convierta en tragedia.

Los tres salimos del hotel como si estuviéramos a punto de desaparecer de la faz de la tierra.

Y es que en realidad eso es lo que podría pasar conmigo en cualquier momento.

Hemos pedido a Johann que nos espere en su dormitorio, asegurándole que todo va a ir bien y que no avise todavía a nadie de lo que ha sucedido. Al cabo de unos pocos minutos, vemos aparecer a Pete, casi corriendo, por el camino que lleva hasta el cobertizo.

Va a estar recordándome esto toda su vida.

O eso espero.

—¡Te lo dije! —va gritando antes incluso de llegar—. ¡Es que te lo dije, joder!

—No parece contento, no —comenta Tom.

—Vale, Pete, lo sé, pero ahora hagamos algo y dejemos los reproches para luego, por favor —le pido en cuanto llega hasta nosotros.

Resopla, intentando aguantar las ganas de seguir echándome esta situación en cara, pero sabe que tengo razón y que es urgente que se resuelva cuanto antes.

—Si ha entrado en el bosque, hay que ir a buscarla ya mismo —nos dice.

—Pero no todos conocemos el bosque como para sobrevivir a él, Pete —le recuerda Tom—. ¿Cómo vamos a hacerlo?

Se frota la cara y en segundos parece que vuelve a guardar una calma que nos hace falta a todos ahora mismo.

—Yo puedo entrar —nos dice, y me mira—. Hay otra persona que también puede. Y, sinceramente, me vendría muy bien.

—No, Pete —le digo—. Eso fue distinto y lo sabes. No voy a permitir…

—¿Ahora el señorito no quiere arriesgar a nadie más? —se queja Pete ante mi negativa —. Si voy yo solo, tardaré demasiado tiempo. Necesito que entre él también.

—No va a hacerlo —me niego—. Estuvo traumatizado durante días por aquello.

—Pero sobrevivió —me recuerda Loreen—. Y la trajo de vuelta sana y salva.

—Es eso o la catástrofe, Philip —sentencia Pete—. Además, tú no decides sobre él. Es mayorcito como para saber qué tiene que hacer.

Está marcando un número de teléfono y veo cada vez más cerca que toda mi vida vaya cayendo como un endeble castillo de naipes.

—¿A quién se refiere? —me pregunta Jenna en bajo.

Suspiro, teniendo que pronunciarlo en alto.

—A mi padre.

—¿En serio? —me dice con sorpresa.

—Mi hermana Olive se adentró en el bosque cuando era pequeña porque decía que quería… Bueno, esa es otra historia —simplifico—. Cuando mi padre se enteró de que se había metido en el bosque, se fue él detrás para buscarla. Estuvieron allí dentro cinco horas, pero cuando ya pensábamos que no íbamos a volver a verlos jamás, aparecieron sanos y salvos.

—Pero eso es fantástico —me dice ella—. Seguro que puede entrar y…

—No es tan maravilloso como parece —le corto—. Mi padre ni siquiera ha podido hablar de ello en todos estos años. Tuvo pesadillas con eso durante mucho tiempo y no pudo decir ni una palabra en días.

—¿Y Olive?

—No se enteró de mucho. Nos contaba cosas muy extrañas que achacábamos a su edad, pero…

—Ya viene hacia aquí —nos anuncia Pete colgando el teléfono.

—Si él entra, yo también —le digo.

Y por su cara, sé la respuesta.

—No me toques los cojones hoy, Philip, que no estoy para bromas.

—Yo voy con él, Pete —insisto—. No puedo dejar que entre solo por mi culpa.

—Le he explicado la situación y no ha dudado ni un momento —me cuenta—. Va a entrar porque quiere hacerlo, ¿de acuerdo? Déjate de heroicidades; tú nos estorbarías. Lo mejor que puedes hacer ahora es quedarte aquí y esperar. Nada más.

Pete va hacia la entrada del camino para esperar a mi padre y evitarme un rato más, estoy seguro. Está tan enfadado y tiene tanta razón en estarlo que me quedo callado sin protestar más. Jenna acaricia mi brazo y Loreen frota mi espalda un momento, comprendiendo la situación que estoy pasando.

—Phil, todo va a salir bien —me dice Tom para intentar calmarme—. Esta tarde seguro que estamos todos recordándolo entre risas.

Ojalá.

XXIV

Jenna

—Tranquilo, que no vas a desaparecer. Al menos, no hasta que pueda tener mi venganza por quedar por encima de mí aquel último año —le dice Tom a Philip.

—Entonces, ¿ya has aprendido a descolgarte por las chimeneas en este tiempo? —le pregunta Philip, tratando de ser amable con Tom, que se está esmerando en hacerle sonreír.

—Antes de que Jenna piense que os habéis vuelto locos, habría que explicarle de qué estáis hablando —les interrumpe Loreen, que me mira—. Es un concurso de Santa Claus que todos los años organizamos para ver quién es el mejor. Hay pruebas de trineos, de repartir juguetes, de escalada…

—Dime que no me he perdido eso —le pido, deseando ver semejante concurso.

Philip sonríe ante mi frase y frota mi espalda, medio abrazándome después.

—Se hace el día antes de Nochebuena, tranquila —me responde.

—Y tú, ¿te presentas?

—Llevo unos años sin presentarme. Ya sabes, eso de la Navidad no me hacía demasiada ilusión.

—¿Y este año?

Creo que le hace gracia mi insistencia.

—Parece una tontería, pero hay que prepararse físicamente para presentarse a ese concurso. Ya me verás al año que viene para echarte unas risas —me tranquiliza y suspira—. Si es que llego a existir para entonces.

Loreen sonríe y menea la cabeza, mirándole.

—Voy a entrar a por algo de beber —nos dice—. ¿Alguna petición especial?

—No te molestes, Loreen —le dice Tom—. Estamos bien.

—Una tila no nos vendría mal a ninguno —insiste, comenzando a caminar hacia la entrada del hotel.

—Voy contigo. —Y le doy un beso rápido a Philip—. Ahora vuelvo, ¿de acuerdo?

Me sonríe mientras asiente y me reúno con Loreen, que me estaba esperando en las escaleras para entrar juntas.

—Esto no tiene buena pinta, ¿no? —le pregunto cuando ya estamos las dos a solas.

—Tú tranquila, que Pete es muy gruñón, pero va a acabar solucionándolo.

—Eso espero.

Suspiro, algo agobiada por todo lo que está pasando. A principios de mes, mi mayor preocupación era saber dónde iba a irme a vivir y qué trabajo sería el siguiente que encontrara. Y ahora mismo estoy preocupada por si mi novio deja de existir a causa de que su madre de adolescente se ha escapado porque no quiere volver a su tiempo y convertirse en la emperatriz Sisi.

Un poco loco todo esto sí que es.

Loreen me ha dejado en el hall de entrada mientras ella se ha ido a coger algo de bebida. Estoy esperando allí cuando Sara y Luca aparecen bromeando entre ellos, bajando las escaleras en dirección precisamente al mostrador en donde espero a Loreen. En cuanto me ven, sus sonrisas me lo dicen todo: Pete exageraba, porque ellos no pueden estar detrás del macabro plan que él pensaba.

—¡Jenna! —dice Sara, acercándose a mí—. ¿Qué haces tú por aquí?

¿Se lo cuento? Porque estoy algo perdida todavía con el protocolo a seguir en cuanto a

asuntos misteriosos del pueblo.

Bueno, probemos a tantear el asunto.

—Sisi tiene un pequeño problema y hemos venido a ver si podíamos hacer algo.

Sus rostros se tornan preocupados al instante.

—¿Hay algo que podamos hacer nosotros? —pregunta Luca—. Lo que sea.

—La verdad es que ni yo sé lo que podría hacer para ayudar. Yo estoy aquí plantada sin hacer nada; son otros los que están haciendo lo que pueden.

—A veces dar apoyo es muy importante —me asegura Sara, posando su mano en mi hombro.

Aparece Loreen con una bandeja de bebidas humeantes y ve a Sara y Luca a mi lado.

—Hola —les dice con infinita amabilidad—. Todavía no he preparado los papeles para vuestra salida. Tenéis que disculparme, pero ha surgido un imprevisto y… Ahora mismo le pido a Helen o a…

—No pasa nada —le interrumpe Sara—. Nosotros podemos esperar.

—¿Os vais ya? —les pregunto.

—Sí —dice Luca—. Tenemos que volver al trabajo y… —Se miran entre ellos con amor—. Nuestra estancia aquí ha dado sus frutos, así que…

Un sudor frío recorre mi espalda al escuchar eso. ¿Se referirán a lo que ayer nos decía Pete con preocupación? ¿Tenía razón también con respecto a ellos? Y en mi vida he aprendido que, cuando no sepas algo, es mejor intentar salir de dudas de forma directa antes que hacerte tremenda historia en la cabeza.

—¿Os referís a lo de Sisi?

Ellos me miran, parece que sin comprender.

—¿Cómo dices? —pregunta Sara, realmente contrariada.

—Ya sabéis quién es y tenéis pruebas, así que a lo mejor queréis usar lo que…

—¡No! —exclama Luca, indignado—. A ver, sí, sabemos… Sabemos quién es —dice, bajando el tono—. Nos resulta algo asombroso que no podemos explicar, eso es cierto, pero jamás usaríamos esa información para absolutamente nada.

Lo dice de forma tan tajante que no puedo hacer otra cosa más que creerle.

—Estoy escribiendo sobre ella —nos cuenta Sara—. Espero que esto no salga de aquí, porque mis editores y mi repre me matarían si saben que lo he contado. —Sonreímos con ella con complicidad—. Le tengo un afecto y un respeto infinito. Os aseguro que nunca podría hacer nada que le dañara de alguna forma.

—Amamos la historia —prosigue Luca—. Cada uno en nuestro campo: ella como escritora y yo como guía turístico. Sabemos que no nos conocéis lo suficiente, pero os aseguramos que, aunque tuviéramos pruebas, antes nos haríamos cortar la lengua.

—A ver, yo preferiría cortarle la lengua a otro —le dice Sara.

—Pero nosotros somos los que tenemos la información —razona con ella—. Así que somos nosotros los que…

—Bueno, pero el otro en ese caso también, así que le cortamos la lengua para que no lo cuente.

Luca se cruza de brazos.

—¿Y tú sabes cortar lenguas?

—¡Tú tampoco y nos la quieres cortar a nosotros!

En este punto, Loreen y yo nos echamos a reír. Estos dos tienen un grado de locura maravilloso.

—Nosotras tenemos que irnos ahora, pero prometo que avisaré a Helen o a Mathias para que os preparen todo para vuestra salida —les asegura Loreen.

—De verdad que no es necesario —le dice Sara—. Podemos esperar por aquí.

Recibo en ese momento un mensaje de Philip: *Si necesitáis ayuda, puedo entrar y echaros una mano con las bebidas*. Es un cielo. Está en una situación límite y se preocupa por si no podemos llevar una bandeja hasta el cobertizo.

—Es Philip —le digo a Loreen.

—¿También ha venido a ayudar? —pregunta Luca.

Loreen me mira, no sabiendo si les he contado algo.

—Les dije que Sisi tenía un pequeño problema y habíamos venido a ayudar.

Ella asiente con su particular sonrisa dulce.

—De verdad que queremos ayudar —nos asegura Sara.

Loreen asiente y ni siquiera se toma unos segundos para reflexionar sobre ello.

—No creo que nos venga mal un poco de apoyo emocional en este momento —les dice —. Estamos en el cobertizo. Si queréis venir, podéis acompañarnos a Jenna y a mí hasta allí.

—Claro, ¡por supuesto! —le dice Luca rodeando la cintura de Sara, como si esa fuera toda la preparación que necesitan para salir del hotel.

Philip se extraña al vernos aparecer con ambos, pero no parece molesto. Es más, les saluda con amabilidad en cuanto llegan. Loreen reparte las bebidas calientes y todos nos quedamos un segundo en silencio, observando el camino de tierra, ahora cubierto de nieve por completo, por el que Pete se fue hace un rato para esperar al padre de Philip.

—Son de los buenos —le digo en bajo a este, señalando con la mirada a Sara y Luca.

Philip me mira y sonríe.

—Pete se equivocaba en eso entonces —dice—. Esperemos que también en otras cosas.

—Todo va a ir bien, ¿de acuerdo?

Él asiente con sonrisa triste y suspira una vez más.

—Este carruaje está increíblemente conservado —observa Luca, mirando hacia atrás un momento.

—Es en el que llegó Sisi —les dice Loreen.

—Joder —exclama Sara, acercándose de forma inconsciente. Y dándose cuenta de algo, frena en seco y nos mira—. Perdón, ha sido…

—Puedes acercarte a verlo —le dice Philip con una amable sonrisa—. Es normal que sientas curiosidad.

Luca y Sara se acercan al carruaje, emitiendo sonidos de absoluta emoción cuando se asoman dentro.

—Estos turistas… —le escucho decir a Tom, que me mira guiñándome un ojo.

—Siempre molestando, hay que ver —respondo con sorna porque yo hasta hace unos días era también una simple turista en este pueblo.

Y parece que han pasado doce siglos por lo menos desde entonces.

—Tú nunca fuiste una turista —me dice Philip.

—Ah, ¿no?

—Sabíamos que ibas a quedarte —me explica Loreen.

—Aunque Pete no las tenía todas consigo —añade Tom—. Andaba preocupado porque le dije que a tu coche no le pasaba nada y que, aun así, no te habías ido.

Sonreímos tímidamente con esa anécdota que no conocía y volvemos a mirar hacia el

camino por el que esperamos que Pete aparezca más pronto que tarde.

—¿En este pueblo nunca deja de nevar? —comenta Sara, frotándose los brazos junto a Luca, volviendo a nuestro lado.

—Se espera la tormenta de nieve de cada año —les explica Tom— y siempre nieva así días antes.

—Ah, que todos los años hay una tormenta de nieve sí o sí —dice Luca.

—Sí, más o menos —responde Loreen.

Justo en ese momento vemos por fin a Pete dirigirse al cobertizo de nuevo. Viene solo y eso me preocupa. ¿Max al final no ha venido para ayudar o qué es lo que ha sucedido?

En cuanto ve que Luca y Sara están con nosotros, sus ojos parece que van a lanzar rayos para acabar con ambos.

—Está todo bien —le digo antes de que él lo haga—. Están con nosotros.

Pero no parece creerme.

—Es cierto, Pete, no te preocupes —le dice con suavidad Loreen.

Al menos a ella sí le ha hecho caso.

—Bueno, Max ya ha entrado y yo voy a hacerlo ahora también —nos cuenta sin más preámbulos—. Si todo va bien, saldremos con ella. Si no, ha sido un placer.

—Pete, no te pongas dramático a estas alturas, que nos conocemos —le dice Tom, tratando de desdramatizar un poco esta situación.

—¿Mi padre ya ha entrado? —pregunta Philip algo contrariado—. No le hemos visto llegar.

—Ha venido con tu madre —nos explica—. Y me han dicho que tenían que entrar los dos juntos.

—¿Y les has dejado así como así? —le dice Philip, al borde del colapso—. ¡Mi madre nunca ha entrado al bosque!

—Fueron tajantes —le dice—. O entraban los dos o no entraban. ¿Qué querías que hiciera? Te recuerdo que estamos en una situación límite.

—Joder… —es lo único que le contesta Philip.

Él sabe que no puede discutir una verdad tan demoledora y lo único que hace es frotarse la cara con desesperación.

—Bien, como decía —vuelve a hablar Pete—, yo ahora voy a entrar. Quedaos aquí y no arméis ningún lío más en mi ausencia; me conformo con eso.

Acto seguido se gira y nos da la espalda. Camina con decisión hacia el límite del bosque, en donde se detiene un instante. En cuanto vuelve a avanzar, le perdemos de vista casi al instante en una densa bruma de nieve y frío que parece que se lo traga por completo.

Da algo de miedo, la verdad.

—¿Sisi se ha metido en el bosque con este tiempo? —pregunta tímidamente Sara.

—Podemos entrar nosotros también si… —se ofrece Luca.

—Es un poco más complicado que todo eso —les corta Loreen sin dar demasiadas explicaciones—. Nosotros vamos a esperar aquí y dejar hacer a los que saben de esto.

—Claro, claro —concluye Luca—. Espero que vaya todo bien.

—Esperemos, sí —les digo yo sin dejar de mirar el punto exacto por el que Pete ha entrado al bosque.

—Esperemos —repite Philip, que rodea mi cintura y apoya su cabeza sobre la mía.

Y nos jugamos demasiado en este momento, lo sé, pero no voy a perder tan fácilmente la esperanza.

No en Mist Rachs.

XXV

Sisi

Avanzo con dificultad sobre el caballo por la poca visibilidad que hay en este bosque. Nunca he tenido problemas para moverme en la naturaleza, sea donde sea y en cualquier tipo de circunstancia, pero esto es diferente. Lo he notado a los pocos minutos de haber entrado. Es como si todo mi ser estuviera gritándome que saliera rápidamente de aquí, pero lamentablemente no sé cómo hacerlo.

—Caballito, tú también notas eso, ¿verdad? —le pregunto, agachándome un poco sobre él.

Relincha, dándome la razón. No deja de tirar hacia atrás, como si quisiera volver sobre sus pasos y no seguir avanzando. Es listo, puede que más que yo, que sigo insistiendo para que caminemos unos metros más.

Me estoy planteando seriamente dar la vuelta y huir en otra dirección cuando una extraña luz frente a nosotros nos ciega tanto al caballo como a mí. Este reacciona con brusquedad y, asustado, se encabrita y me tira al suelo, comenzando a galopar hacia donde llevaba desde el principio queriendo ir. Yo me quedo sola en mitad de un extraño bosque y frente a lo que todavía no sé qué es.

Y entonces la niebla desaparece lo justo como para ver una figura de una bella mujer mayor, con el pelo más hermoso que he visto en mi vida y unos ojos brillantes, llenos de emoción y poco asombro, que me observan con curiosidad. Me resulta familiar y no logro entender por qué.

—Así que era aquí —la escucho decir.

—¿Quién…?

Me quedo en el suelo sin atreverme a mover siquiera.

—Creo que, si te fijas un poco, puedes saber quién soy —responde de forma enigmática —. Porque sé perfectamente que lo estás pensando desde el principio.

—No, yo no…

Sonríe sin moverse del sitio. Me fijo en que lleva ropas de viaje y sujeta una especie de hatillo en una de sus manos. ¿Ese es todo el equipaje que lleva consigo?

—Te ayudaría a levantar, pero no creo que fuera aconsejable —vuelve a hablar.

—No, si yo prefiero seguir en el suelo.

Ríe levemente con mi comentario.

—Dios mío, pero si hasta era graciosa de joven —comenta.

—¿Soy graciosa?

—*Yo* lo era, sí. —Y al ver que sigo sin decidirme a continuar, opta por hacerlo ella—. Sí, Sisi, soy tú… con unos años más.

Intento echarme hacia atrás, pero por alguna razón, no siento el suficiente miedo como para impulsarme con fuerza.

—¿Cómo puede ser posible?

—Estás en Mist Rachs —dice, como si aquello lo explicara todo—. No hay mucho tiempo, porque en un instante volverás al pueblo.

—No, no pienso dejar que…

—Vas a hacerlo —me interrumpe—. Vas a vivir la vida, una de la que sabes algunas cosas, pero… —Y hace girar sus ojos en una completa circunferencia—. Dios mío, hay cosas que… No todo es como piensas ahora. Y sí, habrá momentos muy duros que no podrán ser

compensados con nada, pero otros… Otros momentos serán inolvidables. Créeme, vas a querer vivirlos.

—¿Qué momentos? —pregunto con escepticismo.

Sonríe, como si supiera perfectamente lo que deseo escuchar.

—Amor puro y verdadero.

Me deja un instante sin habla. Ella, yo, por supuesto que sabe por qué. Es lo único que podría haberme dicho para hacerme cambiar de opinión con respecto a mi huida. Porque hay muchas clases de amor, mal llamado de esa forma, que la gente puede experimentar a lo largo de su vida. Pero el verdaderamente puro es difícil de encontrar. Y si me estoy diciendo a mí misma que es así, si una alucinación por la caída o lo que sea que es esta aparición me dice que eso es precisamente lo que voy a vivir, con las mismas palabras que empleo en mi mente para referirme a algo así, tengo que mantener una pequeña esperanza en mi futuro.

Y una vez que sientes que tienes fe en algo, nada puede hacer que cambies de opinión.

Ella mira hacia mi espalda y sonríe, como si estuviera viendo a alguien que conoce. Al instante siento unas manos sobre mis hombros, que agarran mis brazos después, ayudándome a levantar.

—Sisi, estábamos todos muy preocupados por ti —me dice un hombre a mi espalda—. ¿Te encuentras bien?

Me giro hacia él y veo a un señor con rostro afable pero algo alterado, con su capucha cubierta de nieve y ojos tranquilos. Dan ganas de abrazarle y eso es lo que hago ahora. Puede que me haya acostumbrado con demasiada facilidad a la forma que tienen en este lugar de saludarse. Él sonríe con aquello, feliz, y me devuelve el abrazo.

—Es por el puente, ya sabes —oigo a otra persona a nuestro lado.

Miro en dirección a esa voz y puedo ver a una mujer mayor, de la edad de este hombre, que está mirando a mi yo del futuro. Ambas parecen conocerse muy bien. Esta última luce un hermoso abrigo marrón, casi blanco por la nieve, y frota sus manos enguantadas para entrar en calor.

—¿Todo sigue bien? —le pregunta mi yo del futuro como con miedo.

—Ya sabes que sí —responde ella.

—Tenemos tanto de lo que hablar…

—Por el puente, querida —le insiste esta mujer—. Ahora nosotros tenemos que irnos, pero espero poder verte cuando cruces.

Mi yo futura asiente.

—Gracias —les dice a los dos—. Gracias por tanto.

—Hasta dentro de un suspiro —le responde la señora.

—Eso espero —añade el señor, que sigue sujetándome con cariño, haciendo sonreír a ambas.

Mi yo del futuro me mira un instante antes de girarse y darnos la espalda. Un nuevo foco de luz me deslumbra y cierro los ojos de forma inconsciente. Cuando vuelvo a abrirlos, ella, o yo, ya no está.

—¿Qué es lo que ha pasado? —les pregunto—. ¿Quiénes sois vosotros?

—Somos los padres de Philip —me dice aquel hombre—. Y eso que acabas de ver es el motivo por el que es peligroso entrar aquí. Un paso en falso y podrías haberte perdido para siempre.

—Lo siento, yo sólo quería… Yo no quería…

No sé cómo explicarlo, sinceramente.

—Lo sabemos —me corta la mujer, abrazándome con fuerza—. Todo va a ir bien. —E interrumpe el abrazo para mirarme—. Cuando en tu vida sientas que necesitas un lugar donde refugiarte, sea por el motivo que sea, piensa en Mist Rachs y ponte en camino; el destino te traerá de vuelta con nosotros.

—¿Entonces puedo volver siempre que quiera? —contesto con emoción.

Ambos se miran y luego vuelven a mirarme a mí.

—El destino te traerá de vuelta cuando tenga que hacerlo —contesta el hombre de forma enigmática—. Y ahora, volvamos. Tenemos a todos preocupados y vas a resfriarte si sigues aquí.

—¿Estaban preocupados? —pregunto, comenzando los tres a caminar—. ¿Mi madre y mi hermana lo saben? ¿Saben que me escapé?

—No hemos querido asustarlas, así que volvamos antes de que… —Ese hombre frena en seco, deteniéndonos con la mano—. Por ahí no, dad un paso a la izquierda y continuad. —Y sigue hablando—. Tranquilas, en un abrir y cerrar de ojos estaremos a salvo.

¿A salvo de qué exactamente? Pero mi cabeza no creo que hoy sea capaz de asumir más situaciones extrañas, así que guardo esa pregunta para más adelante.

Puede que para hacerla unos años después.

Philip

—Pero el caballo ha aparecido solo —insisto—. No venía Sisi encima y eso es mala señal.

—Estoy seguro de que dentro de poco van a aparecer todos sanos y salvos —me repite Tom una vez más.

Se hace el silencio durante unos segundos y justo cuando voy a volver a expresar mis inquietudes, vemos aparecer unas figuras a lo lejos, saliendo del bosque.

—Por favor, decirme que son ellos —digo en alto, no atreviéndome siquiera a fijarme lo suficiente para no llevarme una decepción.

Mi corazón bombea tan fuerte que temo desmayarme sin saber quiénes están acercándose al cobertizo con paso ligero para no ser engullidos por la nieve que cada vez cae con más intensidad.

—¡Son ellos! —escucho que Jenna exclama. Y me agarra el brazo—. Philip, ¡son tus padres con Sisi y Pete! ¡Están bien!

Caigo al suelo de rodillas y hundo el rostro entre mis manos, dando gracias infinitas por el milagro que acabamos de vivir. Todavía tengo miedo de abrir los ojos y que haya sido un espejismo, pero una mano se posa sobre mi hombro y una voz familiar me habla con tono calmado, infundiéndome tranquilidad.

—Querido, todo está bien —me dice mi madre adoptiva, haciendo que abra los ojos—. Lo hemos conseguido.

Y me atrevo a abrirlos. Lo hago y veo a todos abrazarse entre ellos, emocionados porque el pueblo está a salvo una vez más. Incluso Pete hace una carantoña a Sisi con una medio sonrisa, aunque después me mira y viene hacia mí. Alarga su mano para que le coja. Me levanto con su ayuda y me deja de piedra cuando me abraza durante unos extraños segundos.

—Espero que me invites a tu mejor plato, porque esto lo ha valido —me dice.

—Todo el mes si quieres —le aseguro.

Sonríe y me da unas palmadas en el hombro, alejándose unos pasos de mí para hablar con Tom.

—Ella está bien —escucho que dice Jenna a mi lado—. Algo agobiada pero bien. ¿No

vas a ir a darle un abrazo?

Doy unos pasos en dirección a Sisi, que está charlando con mis padres sobre algo que parece hacerle sonreír. Es entonces cuando siente que me aproximo y se gira hacia mí. Sonríe. Extrañaré tanto esa sonrisa a partir de hoy que vuelve a romperse mi corazón en pequeños pedazos que tendré que ir recomponiendo poco a poco. Porque al menos ella está bien. Ha vuelto y todo se ha arreglado. Ahora solamente me quedará la pena por perderla de nuevo, esta vez habiéndola conocido, una pérdida amarga dentro de la felicidad de haber podido estrecharla entre mis brazos como hago ahora con fuerza hasta que escucho que se ríe.

—Estábamos todos muy preocupados —le digo al separarme, tratando de no perder demasiado la compostura.

—Tenéis que perdonarme —me dice—. Entré en pánico y no sé por qué hui.

—No pasa nada —le aseguro—. Lo importante es que ya estás aquí y no te ha sucedido nada.

—¿Mi madre y mi hermana se han enterado de esto? —pregunta con algo de miedo.

—Siguen esperando tranquilamente a salir del pueblo —le digo.

Ella suspira y vuelve a sonreír después.

—Todavía siento que no quiero irme —confiesa—. Sé que debo hacerlo, pero saber cómo va a ser mi vida es algo…

Vuelve a parecer triste, como si una losa le cayera encima cada vez que piensa en su futuro. Y no la culpo. Si yo supiera que esa sería mi vida, también querría huir lejos y no volver jamás.

Luca se acerca a ella y posa su mano sobre su hombro un momento con ternura.

—Te aseguro que no todo en tu vida va a ser como lo pintan en los libros de historia —comienza a decirle—. Habrá momentos y… momentos. Normalmente los más felices no los cuentan los historiadores, porque las personas los guardan para sí mismos.

—Para que nadie se los robe —le dice ella, intentando comprender.

Él asiente con la cabeza.

—Tienes que volver y vivir la vida que los historiadores no conocen sobre ti o no quieren contar.

Sisi creo que ha comprendido perfectamente esas sabias y reconfortantes palabras porque parece mucho más tranquila que antes, incluso aliviada. Tanto que se dirige a Sara, cogiéndole la mano.

—Tú eres escritora, ¿verdad? —le pregunta.

—Sí, yo… Lo soy, sí —responde ella a punto de colapsar por el grado de intimidad con alguien como Sisi.

—Te pido que escribas sobre mí —le dice—. Hazlo, porque sé que tú lo harías de una forma diferente al resto. Hazlo contando no solamente lo triste. Haz hincapié en los momentos buenos, en los cotidianos, en esas pequeñas cosas que nos hacen felices. Haz que la gente me vea de una forma diferente a como he leído que me ven en aquellos libros. No quiero que se refieran a mí como si estaba loca porque fui infeliz. Estoy segura de que seré mucho más que eso y confío en que tú me hagas justicia.

Sara está llorando con aquella petición. No es capaz de hablar hasta después de unos segundos asintiendo con la cabeza.

—Te prometo que lo haré —le dice a Sisi, que parece que con aquello se da por satisfecha.

—Tengo mucho que agradeceros a todos vosotros y a todo el pueblo de Mist Rachs —

nos dice ahora—. Doy gracias a la divina providencia por haberme traído hasta aquí justo antes de comenzar esa vida que tan diferente va a ser a como imaginé que sería. Creo que ahora sí voy a saber enfrentarme a todo lo que vendrá y es gracias a vosotros. La bondad del ser humano es capaz de mover montañas y cambiar el destino de millones de personas. Os echaré de menos toda mi vida.

—Vas a ser una gran emperatriz y una mejor persona —le digo desde el fondo de mi corazón—. Majestad.

Me inclino hacia ella, haciendo una reverencia, y todos hacen lo mismo después. Sisi no se mueve. Se queda quieta en mitad del círculo improvisado que hemos formado alrededor de ella mientras le expresamos nuestra admiración, cariño y respeto con una fórmula que ella puede entender perfectamente. Nadie habla, todo se hace en el más absoluto silencio. Vemos lágrimas rodar por las mejillas de Sisi, que ni siquiera entonces rompe el aura que se ha levantado en este cobertizo. La nieve sigue cayendo fuera mientras aquí el tiempo se ha detenido.

La historia tiene que avanzar, pero este momento es sólo nuestro y así lo queremos recordar.

XXVI

Jenna

—¿Seguro que no nos va a alcanzar la tormenta de nieve? —vuelve a preguntarnos Johann, el pobre cochero que está todavía preocupado mirando al cielo, pensando que toda esa nieve va a provocarles un accidente o algo peor.

—Le aseguro que, a pocos metros más allá del puente, la nieve cesará y tendrán un viaje sin más interrupciones —le explica Pete por tercera vez.

Hemos venido a despedir a Sisi a la salida del pueblo, desde donde la veremos desaparecer hasta que cruce el puente y, al parecer, algo más. Algo he escuchado en estas horas sobre eso del puente, pero todavía no lo comprendo bien.

Hay tanto que tengo que aprender sobre este pueblo…

—Y haré cada semana muchas galletitas como me habéis enseñado a hacer —le sigue diciendo Sisi a Philip. Y se ríe—. Bueno, a lo mejor, no todas las semanas.

Ella ya está dentro del carruaje junto a su hermana, su madre y la institutriz. Sisi es la única que se asoma por la ventana para hablar con nosotros y los únicos que parecen tener interés en las otras tres mujeres son Sara y Luca, que han decidido retrasar unos minutos su partida para despedirse ellos también. La madre se queja dentro, instando al cochero para que emprenda el camino de una vez, la hermana suspira de puros nervios y la institutriz sonríe, viendo a Sisi despedir a todos con buen ánimo.

—Piensa en nosotros alguna vez, querida —le dice Erza—, y vuelve cuando creas que lo necesitas. Aquí siempre te recibiremos con los brazos abiertos.

Creo que esas palabras han calado hondo en Sisi, porque ya sabemos que, cuando ella realmente lo necesitó, volvió y precisamente dejó a Philip con Erza y Max; por algo fue.

El carro se mueve y todos nosotros caminamos unos pasos junto a él.

—Os voy a extrañar a todos —nos dice, algo alejada ya, casi entrando en el puente—. Sed tan felices como podáis y, por favor, ¡recordadme de esta forma!

Sigue despidiéndose, agitando su mano hacia nosotros con rapidez, hasta que cruzan por completo el puente y el carruaje desaparece en la primera curva del camino. Se hace el silencio entre nosotros. Incluso las risas provenientes del mercadillo navideño parece que se han apagado un instante.

—Voy a necesitar muchos chocolates con virutas para pasar la pena —escuchamos que dice Olive, que se ha acercado a despedirse también junto a Marie.

Su hermana sonríe ante ese comentario.

—Tú siempre aprovechando para comer dulce —le dice.

—Bueno, cada una se recupera emocionalmente de una forma distinta —le contesta su hermana pequeña, encogiéndose de hombros y haciéndonos sonreír al resto.

Philip la abraza un instante y besa su cabeza con cariño.

—Ay, hermanita —dice con un suspiro.

Y ella, encantada con el abrazo, no se separa hasta que es el propio Philip quien lo hace.

—Nosotros vamos a irnos ya —nos anuncia Sara—. Escondimos la furgoneta en la calle de al lado por si ellos lo veían.

—Aprendéis rápido —les dice Pete, que no podía perderse un momento así, no sé bien si porque realmente quería despedirse o asegurarse de que todos abandonaban hoy mismo Mist Rachs.

Caminamos todos en dirección a la furgoneta de Sara y Luca, a pocos metros de

distancia, de forma automática. Ellos nos abrazan a todos antes de montarse y se siente como una triste despedida aunque, en esta ocasión, al menos podremos saber de ellos y estar en contacto de alguna forma.

—Me voy enamorada de vuestro pueblo —nos dice Sara desde el asiento del copiloto después de ponerse el cinturón de seguridad.

—Os seguiremos la pista —comenta Luca para hacer rabiar a Pete, que en un primer momento le mira receloso y luego, al ver la sonrisa burlona de Luca, le hace un gesto con la mano para decirle que prefiere ignorarle a contestarle.

—¿En Mist Rachs las despedidas siempre duelen tanto? —le pregunto a Philip cuando vemos a Sara y a Luca desaparecer por la misma curva que hace unos instantes lo hizo el carruaje de Sisi.

Suspira y posa su brazo encima de mis hombros, caminando junto al resto de vuelta a Mistletoe Square.

—Bueno, a veces —responde, y se acerca un poco más a mí—. Pero es genial cuando alguien querido por todos se queda a vivir en Mist Rachs.

—¿Ah, sí? —le pregunto, ya bromeando—. ¿La gente aquí siempre quiere a los que se quedan?

Se encoge de hombros y acaricia mi pelo mientras tanto.

—Suele ser así, sí —me dice. Se detiene en ese momento, quedándonos rezagados de la comitiva. Da un toque cariñoso a mi capucha para que me cubra por completo de la nieve y me rodea con sus brazos sin dejar de mirarme a los ojos—. Al menos, eso me ha pasado contigo.

—¿Qué es lo que dices que te ha pasado? —pregunto, creyendo que seguimos bromeando.

—Que te quiero, Jenna. Te quiero desde el primer instante en que te vi. Te quise a pesar de que creía que no podía hacerlo. Te quise y te quiero, y sé que eso jamás va a cambiar.

No me importa que nieve algo racheado y varios copos estén golpeando mi rostro, porque además Philip trata de limpiármelos con rapidez y cariño. He sentido que mis pulmones detenían su movimiento y mi corazón lo doblaba. Esas palabras han sido tan inesperadas como maravillosas y nunca imaginé que un *te quiero* tuviera tanta fuerza.

Pero cuando el amor de tu vida te lo dice, es algo completamente distinto a los *te quiero* vacíos que todos hemos escuchado en cientos de ocasiones. Dicho por Philip, esas dos palabras han tomado un significado distinto al que la gente cree que tiene.

Porque en su boca es más, mucho más.

—Te quiero, Philip —consigo contestarle por fin—. Te quiero por ti mismo y por hacer que haya encontrado mi hogar en la vida. Y no me refiero solamente a Mist Rachs: mi hogar desde hace semanas eres tú.

Cuando dos personas se confiesan sentimientos tan profundos, los besos adquieren matices distintos. En esta ocasión, Philip y yo nos besamos con esa calma que sólo se siente con alguien a quien quieres y te quiere de verdad. El amor tendemos a pensar que tiene que ser desbocado y en constante erupción, cuando en realidad es pausado y te hace sentir plena y tranquila como nunca antes te habías sentido.

Quién me iba a decir hace poco más de quince días que estaría confesándole mi amor al hombre de mi vida en mitad de un pueblo tan singular como Mist Rachs.

Y lo que intuyo que todavía nos queda por vivir en este lugar.

XXVII

Luca

Hace tan solo diez minutos que hemos salido de aquel extraño pero increíble pueblecito y ya tenemos la ciudad de Viena frente a nosotros. No me puedo explicar cómo ha sucedido, pero es como si no hubiera pasado ni un minuto desde que entramos en Mist Rachs. El tiempo allí dentro corría, pero aquí fuera se había detenido. Y en otras circunstancias me gustaría saber qué ha pasado, pero después de todo lo vivido, me llevaría varias vidas comprenderlo, así que prefiero dejarlo en el recuerdo sin hallar explicación.

—Sí, podría tener ya unos cuantos capítulos esta misma semana —va diciéndole Sara a Nerea por teléfono.

Casi al salir de allí, sonó su móvil y han estado hablando de los planes editoriales que tienen abiertos por ahora. Creo que Sara va a tener mucho que escribir sobre esta historia e imagino que será la más especial. Haber conocido a la protagonista de una novela histórica no se consigue todos los días, más aún si lleva muerta tantos años.

Sé que ha colgado por cómo suspira.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Tengo mucho trabajo por delante —me cuenta—. Pero creo que en esta ocasión voy a llevar los plazos sin problema.

—No se lo van a creer en la editorial.

—Bueno, me retrasaré un poco para que no se acostumbren demasiado.

Río con ella, viendo que vuelve a ser la misma Sara que conocí, con el mismo ingenio y chispa que me enamoró de ella.

—Menuda aventura está siendo este viaje, ¿eh? —le comento ahora, sintiendo que ya empiezo a extrañar ese pueblecito que acabamos de dejar.

—La verdad es que… Luca, tengo una pregunta un poco extraña que hacerte.

—Cómo no.

La escucho reírse antes de proseguir.

—Ya sabes que no me manejo bien con los idiomas —me recuerda—. En español y, si me apuras, algunas palabras en inglés para sobrevivir. Así que he estado pensando algo desde hace un rato. ¿En qué idioma hablaban en Mist Rachs?

Me quedo pensativo un instante y de repente algo estalla de forma brutal en mi cabeza.

—Joder, no me había dado cuenta de eso —confieso—. Si te soy sincero, no creo que pueda entender nada de lo que ha pasado durante estos últimos días.

—Puede que lo mejor sea dejarlo así.

Se hace un momentáneo silencio, como si lo necesitáramos para asimilar que acabamos de vivir una situación atípica por completo que nunca comprenderemos y que jamás volverá a pasar.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Al aeropuerto? —pregunto al cabo de un rato.

Ella mira por la ventanilla un momento y luego siento que se gira para mirarme a mí. Me detengo en un semáforo y puedo observar su rostro sereno, sus bellas facciones y esos ojos despiertos que están hablándome sin palabras.

—Vayamos a tu casa y no salgamos de allí hasta que tengamos agujetas incluso en el cerebro.

Empiezo a reírme con ganas y los coches de atrás me tienen que avisar de que tengo que arrancar, porque ni siquiera he visto el semáforo ponerse en verde. Río como nunca y lo hago

con mi chica, la alocada Sara de los comentarios totalmente fuera de lugar que siempre van a sorprenderme y maravillarme.

Porque el amor es un poco eso, ¿verdad? Nunca sabes cuándo va a llegar el verdadero y definitivo y, cuando lo hace, te estalla en las entrañas como mil carcajadas a la vez.

Eso es para mí estar con Sara.

XXVIII

Sisi

Mi madre y mi hermana se afanan en arreglarse lo más rápido y mejor que pueden. Todas las atenciones recaen sobre mi hermana: su vestido, su peinado… No encontramos la ropa adecuada para una presentación ante el emperador; creo que con tanto vaivén temporal se nos ha perdido parte del equipaje, a saber dónde. Están haciendo lo que pueden con Néné y a mí me han dejado algo apartada. No me malinterpretéis: estoy encantada. Observo la escena desde un rincón mientras me peino yo misma un poco. Algo sencillo, porque un peinado más elaborado me llevaría más tiempo del que dispongo. Mis mejillas todavía están sonrojadas después del frío de Mist Rachs y mis ojos brillan a causa de la sensación de azúcar a raudales dentro de mí por las galletitas que estoy comiéndome mientras espero a que todas estén listas para salir.

Y ahora que lo pienso, puede que se olviden de mí. Puede que, con tanto ajetreo y nervios, no se percaten de que yo estoy en este rincón de la sala, comiendo unas galletas del futuro mientras me peino un poco después del extraño viaje que hemos tenido. Seguramente nadie se diera cuenta de mi presencia y sigo pensando que así será hasta que escucho una voz que me llama.

—Sisi, vamos —me dice mi hermana—. Tenemos que salir ya.

—No hay que hacer esperar al emperador —nos dice mi madre desde la puerta, metiéndonos prisa.

Mastico la última galleta y cojo otra que guardo en mi bolso, porque intuyo que las que vamos a esperar vamos a ser nosotras y tengo hambre. Me comería en este momento doce salchichas, pero galletas es lo único que tengo a mano.

Cuando me reúno con ambas, Néné me sonríe y acaricia uno de los bucles de mi pelo, que tengo suelto sobre la mejilla.

—Por poco nos olvidamos de ti con tantos nervios, hermanita —me dice con dulzura.

De nuevo un fuerte dolor en el pecho me invade al saber lo que va a pasar a continuación, pero me he prometido a mí misma enfrentarme con valentía a lo que tenga que venir.

—Néné —le digo cuando ya escuchamos que nos están presentando fuera—, sabes que te quiero, ¿verdad?

Ella me mira sin comprender por qué le digo algo así en este momento.

—Claro, Sisi, yo también a ti.

Agarro su mano, reteniéndola unos segundos más aunque ya han dicho su nombre y tiene que salir de inmediato. Ella mira mi mano, pero no la suelta aun así.

—Prométeme que, pase lo que pase, seguirá siendo así entre nosotras.

—Pero Sisi…

—Nos querremos de por vida —insisto.

Mi hermana no sabe lo que me sucede, pero aun así se acerca a mí y besa mi mejilla.

—Claro que sí, hermanita —me asegura—. Pase lo que pase, tú y yo nos querremos siempre.

Salimos a la inmensa sala en donde una comitiva real nos está ya esperando, incluyendo a mi madre, que tiene los ojos casi fuera de las órbitas. Porque ahí está él también, nuestro primo, el emperador. E impresiona más de lo que había imaginado. Es atractivo e imponente. No parece estar muy interesado en nada de lo que acontece en esta sala. Más bien parece que está esperando que pasen los minutos para irse a cazar o a regar los rosales de palacio; en realidad no sé mucho

sobre lo que hace un emperador. Hace guerras y cosas así. Nada que ver con la vida que llevaban todos en Mist Rachs.

Dios mío, cómo extraño ya ese lugar.

La recepción da lugar y comienzan las charlas insustanciales y aburridas mientras nos presentan a cada una. Yo, por supuesto, soy la última. Y tardan tanto que decido que me da tiempo a comerme la galleta que había traído en el bolso. Pero justo cuando la he metido en la boca, escucho mi nombre y veo que es al emperador a quien se lo están diciendo, haciendo que ahora todos los ojos se posen sobre mí.

Hago una reverencia ante él. Seguramente no quiera decirme nada, como ha hecho con mi madre y mi hermana. El señorito se aburre en presencia de todo el mundo al parecer. Pero, por lo que sea, algo le hace gracia en mí. Puede que se haya dado cuenta de que tengo la boca llena y que en este momento no podré hablar si me hace una pregunta. Es capaz de hacerlo sólo por molestar.

No, por favor, no lo hagas.

—Hace tiempo nos conocimos —me dice con una sonrisa encantadora—. Pero erais más pequeña. —Y se acerca a mí, bajando el tono—. Y menos comilona.

Por poco me atraganto y me ahogo delante de él.

—Hmmm —le digo como puedo, esperando que sea suficiente.

Pero no, no lo es.

—¿Habéis tenido buen viaje?

¡Por qué no se lo pregunta a mi madre o a mi hermana!

Trago con gran rapidez, tanto que me atraganto un poco, tosiendo discretamente para aclararme la garganta. Él parece estar divirtiéndose con todo esto y yo, sin embargo, lo estoy pasando fatal.

—Algo agitado, pero estábamos deseando llegar, Majestad —contesto.

—Vaya, entonces sí sabéis hablar —me dice—. Temía que hubiera desaprendido en estos años.

—La espera es larga y mi estómago también —me disculpo.

Pero eso hace que el mismísimo emperador estalle en una sonora carcajada. Y cuando se calma, la cosa no mejora. Se acerca un poco más a mí antes de volver a hablar.

—¿Jengibre y… canela?

—Ehm… Sí, Majestad.

—Muy navideño para el verano, ¿no creéis?

—La Navidad, cuando se vive con intensidad, se hace durante todo el año.

De nuevo se ríe, encantado con las respuestas que le doy. En realidad lo estoy pasando fatal, sintiendo que todos nos observan, cada vez con mayor intriga. No me conoce nadie y, de repente, el emperador está riendo a carcajadas con una completa desconocida para la Corte.

Insólito para ellos cuando menos.

—Ahora he de irme —me dice—, pero me gustaría que participarais en cada uno de los eventos relacionados con mi próximo cumpleaños. —Y se gira hacia su madre, que asiente muy a regañadientes. El emperador vuelve a mirarme, más que sonriente—. En realidad, soy el emperador, ¿no es así? Puedo posponer ciertas obligaciones. —Y extiende su brazo, doblándolo hacia mí—. ¿Querríais acompañarme a pasear unos minutos por los jardines?

Así que sí, aquí empezaba todo. No es como había leído que sucedía y ahora un pequeño haz de esperanza se cuela en mi corazón. Puede que esto signifique que mi vida no va a ser como he leído que era. ¿Tendré la suficiente fuerza como para cambiar algo de la misma o el destino es

ineludible, haga lo que haga?

Solamente hay una manera de averiguarlo, y es dar un paso hacia mi propio futuro.

—A mi hermana y a mí nos encantaría, Majestad —le respondo, dejándole perplejo por aquello.

Pero su buen humor está lejos de desaparecer.

Cuando todas las personas presentes empezaban a cuchichear, él las silencia mirando a Néné y extendiéndole de la misma forma que a mí su otro brazo. Ella le mira, más que encantada, y le agarra con delicadeza pero firmeza. El emperador me mira y me hace un gesto con los ojos, como preguntándome si todo está ya a mi gusto y tengo a bien coger su brazo por fin.

Y lo hago. Doy ese paso y dejo reposar mi mano sobre su antebrazo. Cojo aire antes de pasar por delante de tía Sofía, que me mira a punto de estallar en llamas, y de mamá, que no sabe ni qué gesto ponerme. Yo miro a mi hermana y veo que sigue feliz aunque contrariada por la situación, ya que el emperador no deja de prestarme atención.

Mi futuro acaba de empezar y tiemblo por dentro durante un instante, pero vuelvo a recordar que voy a enfrentarme a todo con valentía y me calmo.

Vista al frente y adelante. Y que los historiadores digan lo que quieran, porque hay una escritora que contará lo que se tiene que contar y unos amigos en un pueblecito singular que me recordarán como soy en realidad.

Pero esto no ha sido todo…

Marie

Menudos días de locura que está viviendo Mist Rachs. Como alcaldesa, debo mantener la calma y velar por el bienestar de todos los vecinos, aunque reconozco que a veces ciertas situaciones están a punto de superarme.

Solemos tener visitantes de vez en cuando. Algunos pasan un par de días, visitan el mercadillo, hacen unas compras navideñas y se van. Otros, como por ejemplo Jenna, deciden quedarse a vivir aquí y a formar parte de nuestra pequeña familia. Y después aparecen los que traen de cabeza a Pete porque son impredecibles y no sabemos cómo puede eso afectar a nuestro pueblo. Es en esos momentos en los que me pregunto qué me llevó a presentarme a alcaldesa el año pasado.

—Necesito un respiro, Gabriel —le digo en cuanto entro a la zona de mi despacho, donde le veo levantarse de la silla con rapidez para, seguramente, darme cientos de recados que son más que urgentes.

—¿Todo bien? —me pregunta, comprendiendo que hoy estoy agotada.

—Con ganas de terminar la jornada —reconozco con una sonrisa—, pero bien, Gabriel. Muchas gracias por cubrirme hoy aquí; ha sido un día de locura.

—Pero todo salió bien, ¿no es así?

Voy hacia la puerta de mi despacho, pero me giro hacia él antes de entrar. Me está mirando con rostro afable y una sonrisa tan sincera como bella. Estar cerca de él siempre me calma y hoy no es la excepción.

—Por ahora, Mist Rachs sigue en pie —le contesto, haciéndole reír—. Porque estoy segura de que tienes noticias sobre la tormenta de nieve, ¿verdad?

Él asiente con algo de culpabilidad porque sabe que tengo razón. Le hago un gesto con la cabeza para que pase conmigo al despacho, pero en cuanto nos acercamos ambos a la puerta, nuestros cuerpos colisionan y los papeles que Gabriel llevaba en las manos salen volando, cayendo al suelo acto seguido.

—No te preocupes —me dice en cuanto me agacho con él para ayudarle a recogerlos—, ya lo hago yo. Tú entra y ahora…

—No seas tonto, Gabriel —le corto, siguiendo recogiendo aquí y allá papeles—. Entre los dos lo hacemos antes.

Voy a alcanzar el último papel que queda en el suelo cuando ahora son nuestras manos las que chocan, produciéndome unas cálidas cosquillas por todo el cuerpo con ese repentino pero escaso contacto con la piel de mi amigo Gabriel.

—Disculpa —me dice, cogiendo él mismo el papel—. Ya está todo.

Nos levantamos a la vez y juraría que en este instante estamos demasiado cerca el uno del otro, pero seguro que son imaginaciones mías. Él sólo está esperando a que yo entre a mi despacho para pasar él detrás y cerrar la puerta.

Sí, es eso, nada más.

—Y bien —le digo al entrar, dejando el abrigo en el perchero y sentándome detrás de mi mesa—. En una semana es la tormenta de nieve, como esperábamos, ¿no?

—No hay novedades —me indica, sentándose frente a mí—. Por ahora todo parece apuntar a una nueva y tranquila tormenta en la que disfrutar de unas horas en casa sin hacer nada… salvo trabajar.

Río con él, porque en realidad coordinar una tormenta de este tipo es algo que por suerte en Mist Rachs no es estresante, pero mientras todos están en sus casas, cenando a la luz de las velas, nosotros tenemos que estar en constante comunicación con Pete y los servicios de emergencia, por si hay algún imprevisto que tengamos que solucionar.

—El año pasado no tuvimos mucho trabajo —le recuerdo.

—Tienes razón —me concede—, pero nunca se sabe y es mejor estar preparados para cualquier cosa.

Miro un instante a Gabriel antes de contestarle.

—Ay, qué haría yo sin un secretario tan bueno como tú al lado.

He dicho lo que estaba pensando, ni más ni menos. Pero, al ir diciéndolo, me he dado cuenta de cómo estaba sonando: de la misma forma en la que le ha sonado a él, a juzgar por sus ojos sorprendidos, que me miran sin saber cómo responderme.

—Te las apañarías muy bien, Marie —contesta al fin—. Yo no soy más que…

—No te quites mérito —le pido—. Estás haciendo una labor increíble y te estoy muy agradecida.

—Vaya… Muchas gracias, Marie.

—Es la verdad. Todos los preparativos para la tormenta los estás organizando perfectamente y la idea de enviar un kit a cada vecino a casa con las cosas esenciales durante esas horas, está causando furor.

Parece orgulloso cuando le recuerdo la idea que tuvo hace semanas.

—La verdad es que todos nos preguntan por esos kits porque tienen ganas de recibirlos —admite con una gran sonrisa.

—Incluso yo tengo ya ganas de recibirlo —confieso, haciéndole sonreír más aún.

Y qué bonita sonrisa tiene.

—Hoy quería pedirte un favor —se atreve a decirme, aclarándose la garganta antes de seguir hablando—. Necesito salir un poco antes para ir a recoger a mi hermana y una amiga a la estación del pueblo de al lado.

—Vaya, ¿Sandrine por aquí? Hace mucho que no la vemos. Por supuesto que puedes salir antes, Gabriel, faltaría más.

—Es que el internado les ha dado unos días antes las vacaciones y…

—Así disfrutará más de la Navidad de Mist Rachs. Y, además, viniendo con una amiga. ¿La conocemos?

—No tengo ni idea —me cuenta—. Sólo me ha dicho que viene con una amiga que no tiene con quién pasar las navidades y que es una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —pregunto.

—Lo sé, lo sé —dice, anticipándose a mis propios pensamientos como siempre suele hacer—. Ya he avisado a Pete para que esté atento.

Asiento, sonriendo ante lo que siempre me ha hecho gracia. Con Gabriel muchas veces no tengo ni siquiera que hablar porque él ya sabe lo que voy a decir con antelación. Eso es porque llevamos desde pequeños siendo amigos y nos conocemos bien. Las chicas tienen otra opinión diferente, pero sé muy bien que esto tiene que quedarse en una amistad y en una relación laboral. Así es como nos ha ido bien hasta ahora y no puedo arriesgarme a perder a mi mejor amigo por las fantasías de mis amigas.

—Bueno, y ahora, ¿qué es todo lo que me traes para firmar?

—Qué bien te lo sabes —me dice, riendo y pasándome unos papeles—. Son las solicitudes de obra para el local de Jenna y las de reparación del castillo para el año que viene.

Cojo un bolígrafo para firmar todo cuanto antes.

—Grandes cambios se vienen y vamos a poder vivirlos juntos, Gabriel —le comento. Pero al ver su gesto nervioso, creo que no me he expresado bien y por eso no lo ha entendido—. Jenna y el castillo son cosas que ya sabes…

Y ahora parece algo decepcionado.

—Sí, claro, ehm… Son situaciones que… —Y fija la vista en los papeles—. Tienes que firmar en el recuadro que pone…

Nuestras manos vuelven a chocar a mitad de camino y juraría que él se ha estremecido con ese nuevo roce.

—Hoy tenemos el día algo espeso —comento, quitando importancia al momento.

—Estoy un poco patoso.

—Los nervios por ver de nuevo a tu hermana pequeña.

—Claro —me responde—. No la he visto desde el verano.

—Puedes irte si quieres ahora —le propongo.

—Pero puedes necesitarme y…

—No te necesito, Gabriel. —Ha sonado fatal eso—. En realidad siempre te necesito. —Pero ahora ha sonado peor la rectificación—. Es decir, que tú para mí…

¡Qué me está pasando!

—Soy un buen secretario y un mejor amigo —me dice, echándome una mano.

—¡Exacto! —exclamo con alivio—. Y como te decía, puedes salir ahora si quieres. Me las apañaré yo sola, te lo prometo.

No parece muy convencido cuando se levanta de la silla, llevándose todos los papeles ya en orden.

—Pero si necesitas algo, prométeme que… —insiste desde la puerta.

—Venga, anda, que te mereces unas largas horas con tu hermana —le corto.

Asiente y sonríe al fin.

—Muchas gracias, Marie. Nos vemos mañana.

Y dicho esto cierra la puerta, dejándome sola y con una sensación extraña en mi interior que suelo sentir siempre que él se va.

Gabriel

Sé que ella me ve como un buen amigo y trabajador. Lo sé, y nunca me he hecho ilusiones con respecto a la relación que nos une. Sé que no va a pasar nada entre nosotros y eso es algo que hace tiempo he superado. Pero a veces siento algo de desazón cuando me recuerda con tanta insistencia que somos buenos amigos o que trabajamos juntos y nada más.

¿Por qué recordármelo tantas veces?

Hubo una época en la que incluso me dolía su presencia porque sentía deseos de abrazarla o mirarla con más intensidad de lo que se mira a una buena amiga. Nunca me atrevería a hacer algo semejante. Ante todo, respeto profundamente nuestra amistad. Pero cuando rozo su piel o estamos tan cerca el uno del otro en el trabajo, no puedo evitar que mi imaginación vuele hacia futuros imposibles.

Y el golpe con la realidad es tremendo.

Sólo espero que algún día todo esto pase y pueda estar en su presencia sin sentir esas extrañas cosquillas en el pecho que me llenan de felicidad y desazón.

Espero a Sandrine terminando un vaso de chocolate caliente para no congelarme en el andén de la estación por donde está entrando ya el tren. Tiro el vaso en la papelera más cercana y froto mis manos enguantadas. Tenía ya ganas de ver a mi hermanita. La adoro. Adoro pasar tiempo con ella, todo el posible. Adoro sus intrigantes e ingeniosas preguntas o sus charlas sobre temas de los que yo ni siquiera comprendo la mitad de lo que hablamos. Su cociente intelectual está muy por encima de la media y a mis padres hace años les recomendaron que fuera a un colegio acorde a sus capacidades. En el colegio de Mist Rachs la pobre se aburría demasiado y tenía unas notas que para nada se correspondían con su inteligencia. Fue cambiarle de entorno educativo y mi hermana comenzó a aprovechar más los estudios. Yo creo que ahora es mucho más feliz en ese internado y me alegra que no note tanto la ausencia casi constante de mis padres. Y, además, ya ha hecho amigas.

Me alegro tanto por ella…

El tren se detiene con un chirrido que dura unos segundos hasta que termina en lo que me parece un suspiro de alivio, como si la propia máquina estuviera satisfecha por el trayecto realizado. Aquí no nieva. Está todo más gris que en Mist Rachs, que todo es color. Aun así, en cuanto mi hermana baja del tren, todo se ilumina a su alrededor. Me busca durante unos segundos hasta que ve mi mano levantada. Es entonces cuando aquella chica de diecisiete años, de bucles rubios y ojos azul intenso, se lanza a mis brazos, girando alrededor de nosotros mismos sin despegarnos.

—¡Hermanito! —me dice sin soltarme todavía—. No sabes las ganas que tenía de verte de nuevo.

—Lo noto, lo noto —contesto como puedo, intentando no quedarme sin aire por lo fuerte que está apretando mi cuello.

Ella ríe, divertida, y me suelta lo justo como para dejarme respirar.

—Ven —dice cogiendo mi mano—, tengo que presentarte a mi amiga.

—Ya tengo ganas de conocerla, la verdad. Me tienes intrigado desde que me dijiste que vendrías con alguien.

—Es que quería que fuera una sorpresa. —Entonces señala a una mujer de unos treinta años, de pelo liso y negro intenso y unos ojos oscuros en donde podrías perderte con facilidad—. Gabriel, te presento a Cynthia, mi profesora de arte. —Y mira ahora a esa mujer—. Cynthia, este es mi hermanito del que tanto te hablo siempre.

Tanto ella como yo nos quedamos unos segundos sorprendidos, pero conseguimos reaccionar y nos damos la mano amigablemente.

—Cuando Sandrine me hablaba de su *hermanito*, pensaba que se refería a otra cosa —confiesa, haciéndome reír.

—Me ha pasado lo mismo cuando me dijo que venía con una amiga —le digo yo, todavía entre risas.

—Ya veréis lo bien que nos lo vamos a pasar en estas navidades, chicos —nos dice mi hermana, agarrándonos a cada uno con un brazo y colgándose unos segundos de nosotros, echándose a correr al momento, maleta en mano—. ¡Vamos al coche! ¡Tengo muchas ganas de llegar a Mist Rachs y tomarme un chocolate del mercadillo!

Cynthia y yo nos miramos y nos encogemos de hombros. Creo que ambos ya conocemos el carácter de Sandrine y no nos sorprende que reaccione repentinamente de esta forma así que nos limitamos a sonreír y comenzamos a caminar hacia la salida.

—Por favor, permíteme que te ayude con el equipaje —le digo, cogiéndole una de las dos maletas que trae.

—Muchas gracias —me dice ella—. Y gracias por dejar que pase las navidades con vosotros. Mi familia… —Pero no parece tener ganas de hablar de ese tema—. Gracias. Sandrine me ha hablado tanto de vuestro pueblo que estoy deseando conocerlo. Necesitaba un lugar tranquilo para pasar estos días.

Trato de que no me vea la sonrisa que se me ha escapado al escuchar el adjetivo de tranquilo unido a Mist Rachs. Si tan sólo ella supiera la mitad de las cosas que suelen pasar…

—Estoy seguro de que vas a disfrutar de estas fiestas —respondo sencillamente.

Me mira, sonriente y feliz.

—No me cabe duda, Gabriel.

Y lo dice con tanta determinación que incluso yo puedo sentir que esta Navidad va a ser muy especial.

Christmassy
art of trust
(Arte navideño de confianza)

3

Cuenta la leyenda…

Cuenta la leyenda que hace muchos años en Mist Rachs vivía una peligrosa bruja. Tenía su hogar en mitad del bosque y nadie osaba acercarse a aquel lugar para no enfurecerla. Se escuchaba a veces una risa estridente, una explosión seca o cuervos graznando a lo lejos, pero nadie del pueblo se atrevía jamás a importunarla en su territorio.

En aquella época, había una chica y un chico a los que siempre se les veía juntos. Eran amigos desde la infancia y compartían risas y penas. Michael y Anna habían ido juntos a la escuela y desde entonces se habían vuelto inseparables. Ambos estaban enamorados, pero ninguno se atrevía a confesarle al otro lo que sentía, aunque en el pueblo todos estaban convencidos de que acabarían formando una familia más pronto que tarde. Ellos, sin embargo, dedicaban sus días a trabajar y salían a dar un paseo siempre que libraban. Ella le llevaba a él unos dulces que preparaba en la panadería y él le llevaba unas fresas del huerto de su casa. Disfrutaban de una agradable merienda en compañía, pero luego cada uno volvía a irse a su casa.

Un día, Anna estaba saliendo de trabajar cuando vio a lo lejos, en los límites del bosque, una pequeña niña jugando despreocupada. Era la hermana pequeña de Michael, que no se daba cuenta de lo cerca que estaba del límite mientras recogía flores aquí y allá. Anna trató de llamarla de lejos, pero aquella niña no contestaba. Seguía acercándose cada vez más al bosque, hasta que de repente se perdió entre los matorrales.

Anna no se lo pensó ni un segundo y se echó a correr hacia aquel lugar para intentar rescatarla. Y aunque la hermana pequeña de Michael salió sana y salva horas después, Anna seguía sin aparecer.

Michael se volvió loco durante las horas que ambas estuvieron perdidas. Cuando su hermana apareció y les contó que Anna había ido a rescatarla al bosque, todos temieron lo peor. La daban por muerta, imaginando que la bruja la habría capturado, y nadie quería ir a buscarla, como ella había hecho con la hermana de Michael. Pero este no se iba a rendir tan fácilmente. Se despidió de su hermana, pensando que jamás volvería a verla, y se adentró en el bosque para buscar a su amiga y amada. Tenía que encontrarla y tratar de salvarla, aunque fuera lo último que hiciera.

Caminó por horas, perdiéndose entre aquella extraña vegetación. Tenía frío, hambre y sed, y sus fuerzas empezaban a fallar cuando a lo lejos vio un hilo de humo salir hacia el cielo. Al acercarse, se dio cuenta de que provenía de una pequeña casa de madera con chimenea, ubicada frente a él, en un pequeño claro del bosque. Tenía las luces encendidas y el aroma que emanaba era como de hierbas y azufre. Se acercó sigilosamente a una de las ventanas para ver si allí estaba Anna y efectivamente, la vio a través de uno de los cristales, atada con una cuerda en mitad de la estancia a una columna de madera. No parecía haber nadie con ella, así que abrió rápidamente la ventana y pasó dentro, para sorpresa de su amiga.

Comenzó a soltar a Anna mientras ella le pedía que se fuera, que la terrible bruja estaría al llegar. Él siguió desatando la cuerda que le impedía mover manos y pies, y luego lo hizo también para liberarla de la columna. En un momento tan peligroso como aquel, reconocieron lo que en realidad sentían el uno por el otro, jurándose amor eterno a partir de entonces. Pero cuando estaban a punto de huir por la ventana, una fuerza extraña les arrastró hacia el centro de la estancia de nuevo. Ante ellos se materializó la bruja, una mujer muy, muy mayor, con horrible nariz y verrugas por toda la cara. Su pelo, verde oscuro y mal peinado, brillaba con destellos amarillos. Sus manos, firmes pero torcidas, se extendían hacia ellos, como si fuera eso lo que les retenía allí. Fue entonces cuando pronunció su maleficio: por haberse adentrado en su territorio

sin permiso, quedarían condenados de por vida a no reconocer el amor que se profesaban en realidad. Michael y Anna se miraron, aterrados, y comenzaron a suplicarle que tuviera clemencia, porque una vida sin amor no merecía ser vivida. La bruja, que era terrible y extremadamente peligrosa, se apiadó por primera vez en su larga vida. Y quiso hacer un trato: ella sólo necesitaba a uno de ellos, así que el otro podría irse. Les dejó que decidieran a quién querían que liberara y quién se quedaría con ella. Pero ambos fueron firmes: preferían sufrir juntos la mayor de las desgracias que dejar al otro atrás. Les tentó diciendo que, el que huyera, podría ir en busca de ayuda, pero ninguno de los dos se quería arriesgar a dejar al otro ni por un segundo más. La bruja parecía volver a sorprenderse con aquella actitud, así que, cuando ambos volvieron a suplicarle que les perdonara, les aseguró que podrían reconocerse como algo más que amigos si conseguían liberarla a ella de su propio maleficio. Les dio de plazo cinco días, justo hasta Navidad; a partir de entonces, su amor quedaría tapado por un fuerte velo que jamás podrían quitarse de encima.

Ambos se quedaron pensativos. ¿La bruja estaba maldita? ¿Cómo podía ser eso posible? Salieron ambos de allí sin que la bruja les pusiera ningún impedimento. Caminaron juntos, cogidos de la cintura, hasta los límites del bosque, en donde les recibieron sus vecinos, dando saltos de alegría por semejante milagro. Pero no duró mucho su júbilo, ya que Michael y Anna procedieron a contarles lo que había acontecido. Todos ellos escucharon con asombro lo que ambos les contaban sobre aquella temible bruja que había mostrado misericordia con ellos y no ejecutaría su maldición si conseguían liberarla a ella de su propio maleficio, uno que no les contó siquiera.

Pasaron días pensando cómo librar a la bruja de su propia maldición para evitar que ella les maldijera, pero no conseguían dar con una solución. Al cuarto día, todo el pueblo se reunió en la plaza y trataron de resolver el problema, pero no encontraban más que pegas insalvables. Parecía que Michael y Anna estarían malditos por toda la eternidad y comenzaron a llorar amargamente por su aciago destino.

Fue entonces cuando Belmont, el hombre más anciano del pueblo, alzó la voz ante aquel relato: él sí creía saber de qué estaba hablando aquella bruja. Y, aunque había guardado silencio durante más de medio centenar de años, creía que ya era hora de contar lo sucedido. Les comenzó a relatar una historia muy parecida a la que ellos dos habían sufrido, pero con consecuencias muy diferentes. Y es que la bruja no era tal, ni él era el hombre más anciano del lugar. Para asombro de todos sus vecinos, confesó ser en realidad Annette, y la conocida bruja dijo que era el Belmont real. Ambos habían corrido la misma suerte que Michael y Anna salvo que, quien les había lanzado la maldición, había sido un horrible brujo. Cuando les dio a escoger quién debería irse y quién quedarse, acordaron que fuera ella la que huyera para pedir ayuda, quedándose él en aquella casa con el terrible brujo. Pero cuando le hicieron saber su decisión, este se echó a reír y les comunicó que no habían pasado la prueba, así que la maldición sería a perpetuidad, cambiándoles las almas de cuerpo y arrastrando con un viento huracanado a Annette hacia el pueblo con el cuerpo de Belmont y a este convirtiéndole en una bruja rencorosa y despiadada, tomando el lugar del brujo, que quedó liberado de aquel lugar y nunca nada más se supo de él. Annette no se atrevió a volver al bosque, temiendo las represalias de él convertido en bruja, y Belmont no quiso regresar al pueblo jamás.

Michael y Anna lamentaron que les hubiera sucedido aquello y comenzaron a comprender. Todo el pueblo quedó asombrado por este descubrimiento, aunque no sabían cómo ayudar a ninguno de sus cuatro vecinos. Anna fue la primera que habló, sabiamente, sobre lo que pensaba que habría que hacer: no se puede en realidad poner límites a perpetuidad al amor

verdadero. Este se abriría camino, fuera como fuese, y ellos lo iban a intentar.

Planearon ir al día siguiente al bosque junto con el anciano que en realidad era Annette. Anna estaba segura de que, una vez que ambos volvieran a verse, ese maleficio terminaría. Porque el amor podría reconocerse aunque sus cuerpos fueran diferentes.

Pero no lo tendrían nada fácil.

Como si los mismísimos dioses supieran lo que tramaban, cuando a la mañana siguiente emprendieron el camino hacia aquella casa, comenzó a caer una fuerte nevada que les impedía avanzar. Anna buscó desesperadamente unas hierbas especiales que sabía que derretirían la nieve en cuanto fueran lanzadas sobre ella y consiguieron seguir avanzando de ese modo. Más adelante, un enorme árbol cayó frente a ellos. No había forma de saltar por encima y tampoco eran capaces de rodearlo, ya que parecía cruzar de punta a punta el bosque. Entonces Michael comenzó a cavar el terreno para pasar por debajo del mismo. Al cabo de unos minutos, los tres lograban seguir su camino. Pero cuando la casa de la temible bruja, que en realidad no lo era, apareció ante ellos, esta empezó a vibrar, moviéndose aquí y allá, y desapareciendo en uno de esos vaivenes. Los tres se comenzaron a preguntarse cómo llegar entonces a la casa, si ni siquiera la podían ver. Fue entonces cuando el anciano, que no lo era, sonrió y les indicó el camino a seguir, encontrando la casa en escasos minutos de camino, detrás de una arboleda. Cuando Michael y Anna le preguntaron que cómo supo dónde estaba, él les respondió que sintió la fuerza del amor de Belmont y esto fue lo que le indicó el camino.

Una vez entraron en la casa, la bruja, que no era otra más que Belmont, les salió a recibir. Se quedó asombrada al ver quién les acompañaba. Ni siquiera prestó atención a Anna o a Michael; sólo tenía ojos para el anciano que era en realidad Annette. Comenzaron a acercarse el uno al otro sin pronunciar palabra. En cuanto las puntas de sus dedos se rozaron, un potente chisporroteo salió de ellos y les envolvió unos segundos. Nada más que Michael y Anna pudieron volver a ver a ambos, se sorprendieron al darse cuenta de que, ante ellos, ya no estaba el hombre más anciano del pueblo ni la bruja más malvada del bosque, sino una pareja de su edad, mirándose con amor antes de fundirse en un abrazo mientras se besaban por primera vez en mucho tiempo. Annette y Belmont habían vuelto a la edad que tenían cuando ese brujo les lanzó el maleficio y ambos dieron las gracias a Michael y Anna por hacer esto posible. Ellos no sufrieron ninguna consecuencia tampoco y las dos parejas pudieron volver al pueblo para contar a sus vecinos lo sucedido. Hubo un enorme revuelo a su vuelta y todos decidieron festejar aquella hazaña con una gran fiesta en honor a los cuatro valientes enamorados.

Desde entonces, los habitantes de Mist Rachs recuerdan a todos los enamorados que tienen que ser valientes y mostrar su amor hacia el otro. Si no se hace así, una terrible maldición podría cernirse sobre ellos.

Los niños cantan en el recreo la aventura vivida por estas cuatro personas con una tonadilla conocida por todos desde hace muchos años: Cinco días, dos parejas, dos maleficios que romper. Tres hazañas, tres personas para salvar a quien atrapado esté.

Y el bosque… Quedó libre de brujos y brujas desde ese momento, pero no fue ni mucho menos el final de ese tenebroso lugar, convertido durante unos años en un sitio tranquilo por donde los vecinos podían pasear. Años más tarde sucedió algo que hizo que todo cambiara.

Pero esa es otra leyenda que deberá ser contada más adelante.

Y ese momento está casi a punto de llegar.

I

Cynthia

Nieve por doquier, villancicos en cada esquina, olor a abeto y a dulces navideños. Eso es lo que acabo de ver y sentir de golpe al pasar por el pequeño puente que da acceso al pueblecito de Mist Rachs. Antes de cruzarlo, la nieve no parecía ir a aparecer siquiera en el cielo, y ahora una preciosa y suave capa lo cubre todo a lo largo de la que parece ser la calle principal. La gente que pasea por la misma disfruta de una mañana tranquila, llevando bolsas aquí y allá, charlando entre ellos, como si las preocupaciones mundanas no les afectaran lo más mínimo.

—Es bonito, ¿verdad? —me dice Sandrine desde la parte de atrás del coche, asomándose para hablar conmigo.

Gabriel, su hermano mayor, sonríe mientras sigue conduciendo.

—Es bastante asombroso —reconozco.

—Ya te dije que Mist Rachs era especial —responde ella, volviéndose a sentar hacia atrás—. ¡Mira, si es Tyra! —exclama con emoción. Baja su ventanilla mientras Gabriel se detiene—. ¡Eh! ¡Tyra!

Veo a Sandrine saludar a alguien con la mano por fuera del coche y me fijo en la persona a quien va dirigido todo aquel despliegue de atenciones. Es una chica que tendrá mi edad, con el pelo lleno de bucles de colores, tez oscura y poco más puedo ver de ella, porque está abrigada de arriba abajo con ropa muy original. Carga un par de cajas en la mano, dificultándola un poco caminar. Aun así, se gira hacia el coche y sonríe con sinceridad, acercándose a nosotros.

—Vaya, vaya, pero si está aquí la más listilla del lugar —le dice con cariño a Sandrine mientras posa las cajas en el suelo. Y mira ahora a Gabriel—. ¿Hoy te dieron el resto del día libre?

—Tenía que ir a recoger a mi hermana y a… —Me mira y sonríe antes de continuar hablando—. Ha venido con una amiga del internado.

—¡No me digas! ¿Un nuevo turista? Pete va a… —Se asoma para verme entre el asiento del conductor y el propio Gabriel hasta que sus ojos se cruzan con los míos—. ¿Tú eres la amiga de Sandrine?

Se echa a reír al darse cuenta de que no soy una amiga al uso. Sandrine me convenció para pasar las navidades aquí y dijo que avisaría a su hermano de que iba a venir. Claro que nunca pensé que le dijera que yo era una amiga, sin especificar que soy su profesora de arte en el internado de altas capacidades al que ella asiste. En realidad no iba a venir. No tenía ganas de fiestas ni nada parecido. Iba a encerrarme en la habitación del internado todos estos días, comiendo dulces de manera infinita y viendo películas tétricas para contrastar un poco con la mierda de ambiente navideño que hay siempre por todas partes. No es que odie la Navidad ni mucho menos; lo que odio es que todos quieran comportarse como si fueran santos bajados del cielo… pero los que en realidad te gustaría que, al menos, disimularan un poco, no se molesten en hacerlo. Que digo yo, que ya que la gente finge en esta época, que lo haga todo el mundo, no sé, por mostrar un poco de humanidad una vez al año al menos.

Aunque no sea real.

Sonrío a aquella chica desconocida llamada Tyra y saludo con la mano antes de contestar.

—Aquí Cynthia, la amiga barra profesora de Sandrine.

—¿Profesora? —pregunta ella con sorpresa—. ¿De qué? Porque para dar clase a cerebritos…

—De arte —respondo algo cohibida.

Porque siempre que digo que doy clases de arte, la gente no me suele tomar en serio y piensa que es algo que usan en el internado de relleno. Y nada más lejos de la realidad.

Tyra, sin embargo, abre sus ya de por sí enormes ojos verdes y su sonrisa se vuelve más luminosa aún.

—Vaya, eso es interesante —dice, volviendo a coger sus cajas acto seguido—. Chicas, os dejo, que tengo que llevar esto a la tienda, que luego he quedado, pero ya nos veremos.

Gabriel y Sandrine se despiden de Tyra y volvemos a ponernos en camino, torciendo hacia la derecha hasta entrar en una bocacalle con menos gente pero igual de acogedora.

—Tenemos que ir a la tienda de Tyra a renovar vestuario —me dice Sandrine, apretándome el hombro.

—¿Tiene una tienda de ropa? —le pregunto.

—La mejor tienda de ropa del mundo —comenta Gabriel, que abre con un mando el garaje de una casa unifamiliar adornadísima por fuera.

Bajamos ya dentro del garaje y entramos en la casa con las maletas por una puerta de metal. Y si lo de fuera estaba adornado en exceso, el interior no se queda atrás. Al subir unas estrechas escaleras me encuentro un amplio salón con chimenea tan acogedor que querría tirar todo aquí mismo e irme a sentar en el sofá frente al fuego. Calcetines en la repisa de la chimenea, un árbol de Navidad justo al lado, guirnaldas por doquier…

—¿Qué os pasa en este pueblo con la Navidad? —pregunto con absoluto asombro por todo lo que estoy viendo.

¿Eso de ahí es un plato con galletitas de jengibre?

Gabriel se acerca precisamente a ese plato y me lo ofrece. Y yo no puedo negarme a probar lo que resulta ser un verdadero manjar.

—Nos gusta celebrar estas fiestas —me cuenta él con sonrisa amable.

—Y hacemos un montón de actividades —dice ahora Sandrine—. ¿Recuerdas que te conté que hacíamos talleres y concursos durante todo el mes?

—Bueno, pensé que sería algo como un concurso de tarjetas de Navidad.

Gabriel y Sandrine sonríen, con ganas de reírse a carcajadas.

El primero viene hacia mí, posando su mano en mi hombro y dándome un ligero apretón.

—Cynthia, vas a vivir unas navidades inolvidables —me dice de forma enigmática—. Venga, vamos a dejar las maletas, os instaláis y nos vamos a comer algo fuera.

—¿Podemos ir a ver a Philip? —le pregunta Sandrine mientras subimos otras escaleras, al fondo de esta planta—. Tengo ganas de probar el postre de este año. —Y se gira hacia mí—. Philip es el chef del pueblo y cada año hace un taller de postres navideños y luego un concurso. El que gana, se sirve durante todas las navidades en su restaurante. ¡Y están deliciosos!

Gabriel va sonriendo de camino a nuestros dormitorios.

—Iremos al restaurante a comer —le promete—, aunque no sé si él estará.

—¿Y eso? —le pregunta con asombro.

—Han pasado algunas cosas estos días.

—Pero, ¿él está bien? —insiste Sandrine.

Su hermano sonríe para tranquilizarla.

—No te preocupes, que estos días le podrás ver —le asegura—. E imagino que también a su novia.

—¿Novia? —casi grita ella—. ¿Por qué nadie me ha contado algo así?

Por la sorpresa que se ha llevado, parece que ese tal Philip es todo un personaje.

Su hermano se detiene frente a una puerta en concreto y me mira.

—Este es tu dormitorio, Cynthia. —Y se gira hacia su hermana—. Y lo mejor de todo: tiene el restaurante y su propia casa decorados de arriba abajo.

Sandrine empieza a gritar de pura emoción. Y, aunque no sepa por qué, tengo ganas de conocer más sobre esa historia, pero también ver a fondo todo lo que este pequeño pueblo me va a ofrecer en estas semanas.

Entro en el dormitorio con mi maleta y dejo a los hermanos fuera, poniéndose al día. Por dios, ¡qué habitación! ¿Todo en este pueblo tiene que ser tan acogedor?

Me tiro en la mullida cama y cierro los ojos, pero los abro rápidamente al ver las caras de mis padres mirándome de forma acusadora.

Necesito un poco de magia navideña para descansar al menos unos días de tanta mierda.

Espero que me pueda dar algo de eso Mist Rachs.

II

Tyra

—Creímos que no ibas a poder venir hoy —le digo a Jenna en cuanto aparece en la plaza donde habíamos quedado todas, corriendo desde el restaurante con su melena pelirroja al viento.

—Le dije a Philip que necesitaba hablar con vosotras con urgencia y salí corriendo —nos cuenta, acalorada y con la respiración agitada todavía.

—Mi hermano tiene que estar todavía algo afectado —dice Marie mientras se frota las manos enguantadas, dando pequeños saltitos en el sitio.

—La verdad es que pensé que estaría hecho polvo —nos cuenta ella—, pero esta tarde decidió ir al restaurante a dar las cenas y allí dentro era otro.

—Y tú estás de vacaciones, claro —le digo, picándola y dándole un codazo, haciendo que se ría.

La nieve cae tan suave a estas horas de la tarde que no nos importa estar sin paraguas. Mist Rachs está igual de bella cuando nieva que París bajo la lluvia.

Sally viene hacia nosotras después de haber ido a comprarse el primer chocolate de la tarde. Por la mañana ya se tomó un par en los descansos que hicimos en el trabajo; es una adicta al chocolate caliente de nuestro mercadillo.

—¡Ya estoy, chicas! —nos dice, y ve a Jenna—. Vaya, ¿y Philip?

—Phil en el restaurante, nosotras aquí, ¡vámonos a dar una vuelta ya! —les pido, generando risas entre ellas, pero haciéndome caso finalmente.

Comenzamos a pasear por los puestos del mercadillo mientras unas nos hacemos con un vaso de vino caliente especiado y otras con más chocolate con nata por encima, coronado con un bastón de caramelo. Esto último es demasiado dulce para mí. Yo necesito algo fuerte con lo que entrar rápido en calor, por eso siempre voy al puesto de Pascal, el enólogo por afición de la zona, que siempre nos deleita con sus especialidades en uno de los mejores puestos del mercadillo. Vino caliente con una ramita de canela, clavo, anís estrellado, azúcar moreno y una rodaja de naranja.

No me digáis que no se os hace la boca agua con semejante delicia.

—Yo todavía no he empezado siquiera a preparar los regalos —nos cuenta Jenna, algo estresada.

—Normal, con tanto ir y venir en el tiempo y el espacio…

Jenna ríe con mi comentario y me abraza unos segundos, haciendo que por poco se me derrame el vino con ese movimiento.

—Yo hoy quería haber terminado de hacer todo, pero se me complicó el día —dice Marie.

—Se te fue Gabriel y… —bromea con ella Sally, haciéndola cosquillas para que sonría un poco.

—Le vi con su hermana hoy entrando en Mist Rachs —les cuento—. ¡Está cada día más mayor!

—Bueno, vamos creciendo, pero él no es que… —dice Marie, creyendo que lo he dicho por Gabriel.

Me echo a reír con su equivocación.

—Me refiero a Sandrine, Marie. Su hermana está más mayor —le explico, todavía entre risas, provocando las de nuestras otras dos amigas—. Tu Gabriel está igual de arcángel que siempre.

—Que él no… —comienza a decir, algo avergonzada.

—No hay quien os entienda a ninguno —corto a Marie antes de que continúe con lo de siempre—. Lleváis toda la vida así los dos y no hay forma. Ojalá tener algo como lo vuestro, Marie, aunque yo no la cagaría tanto como vosotros.

Va a protestar de nuevo cuando Sally media en la conversación.

—Es que no lo entiendo —dice, dando un trago a su chocolate antes de seguir—, os gustáis y no hacéis nada. ¿Estáis esperando a que uno de los dos se canse y se vaya con otra persona o qué?

—A ver si la chica que iba a su lado en el coche… —pienso en alto. Y al ver las caras de mis tres amigas girarse hacia mí, cual niñas del exorcista, temo por mi vida e intento aclarar la situación—. Dijo que era la amiga de Sandrine.

—Ah, vale —suspira Sally.

—Aunque era su profesora de arte.

—¿Su profesora? —pregunta Jenna.

Marie intenta disimular su malestar, pero si lo hace dirigiendo la mirada al cielo, moviendo la cabeza con rapidez, más bien lo que parece es que está intentando descontracturarse el cuello. Cada una tiene sus técnicas para disimular, pero las suyas son las peores que he visto en mi vida.

—Pero sería fea, ¿no? —me dice Sally con ojos de *di algo malo de ella porque nuestra amiga va a colapsar*.

—Es que… —comienzo a decir, no siendo capaz de mentir de esa forma.

Porque no era fea para nada. Esa combinación oscura en pelo y ojos contrastaba con una luz especial que irradiaba de toda ella. Parecía no querer llamar la atención y, sin embargo, era como si Mist Rachs le hubiera puesto un foco con luz iridiscente que le acompañara durante toda su estancia.

—Bueno, pues entonces era antipática —insiste Sally, dispuesta a no creer que Gabriel en realidad pueda estar interesado en esa profesora de arte.

—La verdad es que sólo dijo una frase —reconozco.

—¿Ves? —dice ella, aferrándose a mis palabras, mirando a Marie—. A Gabriel seguro que ni siquiera le cae bien.

—Da igual, Sally —le dice ella—. Si Gabriel quiere…

—En serio, necesito conocerle ya —nos dice Jenna, que todavía no ha tenido la oportunidad de encontrarse con el flamante amigo de la infancia de Marie.

—Pues pásate mañana por el concurso de envolver regalos —le digo—, porque hace unos días vino a la tienda a apuntar su nombre y el de su hermana.

—Ay, es cierto, que este año Massie lo organiza en tu tienda —comenta Sally—. Puede que también se pase esa profesora y así salimos de dudas. —Y mira a Marie—. Deberías ir tú también.

—Pero Sally, que tengo mil cosas que… —se queja ella, empezando a poner excusas.

—Eres la alcaldesa y tienes que supervisar un concurso navideño —le recuerdo—. Tampoco sería algo tan extraño.

—A mí me apetece ver eso —dice Jenna—. Se lo comentaré a Philip para ver si podemos pasarnos también.

—A ti te apetece ver a Gabriel —le digo, haciendo que se eche a reír. Y miro a Marie—. Vas a venir. Y lo sabes.

Ella agacha la cabeza un instante, algo nerviosa, pero asiente y sonríe cuando vuelve a

mirarme. Todas ven ese gesto, así que empezamos a plantear mil escenarios con respecto a Gabriel y esa nueva turista que tenemos en el pueblo hasta que nuestros vinos y chocolates varios se van terminando y es hora de volver a casa. Cada una toma un camino diferente en solitario aunque sólo durante escasos minutos; las distancias en Mist Rachs son extremadamente cortas.

Todavía tengo ciertos recuerdos de cuando vivía en Estocolmo, sobre todo, en momentos así. Las distancias eran mucho más largas, la gente menos amable y todo en general estaba bañado de un clima impersonal que te hacía tomar distancia de cualquier persona o cosa. Bueno, en realidad esto se podría decir de cualquier lugar del mundo si lo comparamos con Mist Rachs. Porque Estocolmo es grandiosa, su arquitectura espectacular. Y reconozco que las distancias habrían sido mayores si hubiera vivido en Londres o París. Pero era… Era muy diferente de Mist Rachs. Y cuando vine a parar aquí, por circunstancias del destino, algo en mi cabeza estalló. Supe que no volvería a mi casa, porque acababa de encontrar mi verdadero hogar. Nada me unía a mi ciudad natal en realidad, sólo recuerdos dolorosos que aquí no me han vuelto a molestar.

Abro la puerta de mi hermosa casa unifamiliar, adornada por dentro y por fuera. Cien metros en dos plantas con una pequeña buhardilla, todo para mí. El primer año, la gente que conocía en Estocolmo me llamó loca por dejarlo todo y mudarme aquí yo sola, pero a mí no me importó. Ellos siguen llevando esas tristes vidas que llevaban hace años. Yo, sin embargo, tengo gente a mi alrededor a la que quiero y que me quieren realmente como yo soy. Vivo una vida de ensueño en un lugar que es la perfección caída del mismísimo cielo.

No puede haber una vida mejor que la que yo estoy viviendo.

Me doy una ducha caliente, me pongo mi pijama de invierno favorito y me hago algo rápido de cena mientras veo la televisión y repaso la programación del ciclo de cine navideño del pueblo para este fin de semana. Creo que me pasaré a ver alguna película. A lo mejor las chicas quieren apuntarse. Escribo en el grupo que tenemos y se lo comento. Cinco segundos después, todas salvo Olive, que al parecer no se encuentra bien desde hace unas horas, han confirmado que quieren ir el finde a ver cualquiera de las películas que hay programadas en el cine del pueblo. ¿Sabéis cuánto tardaba en hacer planes en Estocolmo, con gente con quien en realidad no me apetecía salir para que, al final, hubiese siempre algún problema o ni siquiera se acabara quedando? Creo que tenéis vuestras propias experiencias en mente y lo más seguro es que no difieran mucho de las mías.

Sí, Mist Rachs puede parecer extraño cuando vienes por primera vez. Es todo tan distinto del resto del mundo que no sabes ni qué pensar.

Pero te acabas quedando.

III

Marie

—¿Seguro que no quieres quedarte aquí a comerlo? —me pregunta Jenna—. Nos sentamos en la parte de atrás y cenamos tranquilas las dos.

—No te preocupes, de verdad. Me apetece llevármelo a casa y cenar allí tranquilamente —le aseguro, cogiendo mi bolsa con la cena que mi hermano acaba de prepararme hace un momento.

—Marie, que seguro que esa chica no… —comienza a decirme, algo preocupada por si lo que me pasa es que estoy triste.

—No es nada de eso —le digo—. De verdad que no me pasa nada. Gabriel es un amigo y un compañero de trabajo, nada más.

—Bueno, pero si os conocéis desde hace tanto tiempo y…

—Eso no significa nada.

—Ya, bueno, pero cuando las chicas hablan de él, tu cara se ilumina, Marie. Y sé que no llevo tanto tiempo aquí, y no te conozco tanto como las otras, pero se te nota muchísimo que Gabriel te importa mucho más que como un amigo o un compañero.

Si en el fondo sé que tiene razón, pero si digo en alto algo así, temo que no haya vuelta atrás.

—Le quiero mucho y por eso quiero que sea feliz con quien él decida estar.

Y no he mentido con mis palabras, sólo con la sonrisa que he forzado mientras lo decía.

Y creo que Jenna me lo ha notado por cómo sonríe ella ahora.

—Claro, sí. Pero mañana vete al concurso de envolver regalos.

Me echo a reír con ella y su incansable tozudez, esa que le ha llevado a mudarse a nuestro pueblecito, desafiando mil problemas personales y laborales. Esa misma tozudez que enamoró a mi hermano, al que cada día que pasa, le hace más feliz.

La misma tozudez que yo no soy capaz de tener en temas de amor; sólo en el ámbito laboral. Y hasta hace bien poco pensé que así era feliz, que ser la alcaldesa de mi lugar de nacimiento era mi sueño y podría llevar a cabo mil ideas para mejorar la vida de todos los vecinos. Y a ver, no me malinterpretéis: sigue siendo un sueño hecho realidad. Pero…

Algo falla. Y ese algo no quiero que tenga que ver con cierto chico de rizos de oro que trabaja conmigo desde la campaña que me llevó a la alcaldía.

Salgo del restaurante, despidiéndome de todos, y justo en la puerta me encuentro con quien no tendría que haberme encontrado hasta mañana.

—Gabriel, ¿qué…? —balbuceo de forma penosa.

Él se limita a sonreír.

—¿Viniste a…? —Entonces ve la bolsa de papel en la mano—. Cena para llevar, ¿no?

—Sí, exacto. ¿Y tú?

—Estoy esperando a mi hermana y a su amiga para entrar a cenar, pero… —Se gira hacia atrás, como si estuviera buscándolas—. Se entretuvieron en el mercadillo y no parece que les importe que ya empiece a nevar fuerte a estas horas.

Se ríe levemente, haciendo que sus rizos se muevan al compás de sus palabras.

Así que su hermana y su amiga están al llegar.

—Sigue extrañándome que estemos teniendo días de nieve tan fuerte, faltando tanto para la tormenta todavía —le comento.

—Habrá que hablar mañana por la mañana con Pete, a ver lo que está pasando. —Se

queda mirándome de forma extraña y vuelve a hablar—. Gracias por dejarme salir antes hoy.

Le hago un gesto con la mano para indicarle que no tiene que dármelas.

—No es nada, Gabriel —le aseguro—. Además, no hace falta que me estés agradeciendo cada cosa, de verdad.

—Bueno, eres mi jefa.

—Gabriel… —me quejo como siempre que me llama así.

Él sonríe de forma tan bonita que me arde el corazón en el acto.

—Lo sé, lo sé, es sólo que… Bueno, que yo…

Justo cuando su sonrisa se volvía más enigmática que nunca, Sandrine aparece por detrás de él, tirándosele encima con entusiasmo.

—¡Ya estamos aquí! —le anuncia, como si saltar sobre su espalda no hubiera sido suficiente aviso.

Y entonces la veo a ella. Esa debe ser la chica de la que hablaba Tyra esta tarde. Y tenía razón. Es bellísima, con esa melena negra y unos ojos profundos que parecen mirar más allá de lo que ve a simple vista un humano normal. Sonríe, ajena a todos mis pensamientos. Y me mira sin ningún tipo de preocupación.

Voy a decir algo cuando Sandrine se me tira encima con su alegría de siempre.

—Sandrine, pero deja a Marie, que vamos a quedarnos sin alcaldesa en Mist Rachs por tu culpa —le regaña su hermano con cariño, haciéndola reír.

—Perdona —me dice ahora ella, soltándome y dejando que vuelva a respirar—. Es que hacía mucho que no te veía y estoy tan feliz de volver a estar aquí…

—No pasa nada —le digo—. Espero que tengas unas navidades más que perfectas.

—¡En Mist Rachs eso es algo seguro! —exclama, volviéndose a emocionar.

Su hermano la agarra, temiendo que empiece a tirarse encima de todos los vecinos que pasen por aquí.

—Marie, te presento a Cynthia —dice él sin soltar a su hermana todavía—. Es una profesora de Sandrine que ha venido con ella a pasar las navidades aquí. Cynthia, ella es Marie, la alcaldesa de Mist Rachs.

Ella sonríe, yo también. Sí que parece simpática. Da unos pasos hacia mí y nos saludamos con dos tímidos besos.

—En mi primer día y ya me presentan a la alcaldesa —comenta ella después.

—Mi hermano es su secretario, ¿sabes? —le dice Sandrine con orgullo, mirando a su hermano con amor.

Cynthia la mira para contestarla.

—Entonces me ha invitado una de las más importantes familias del pueblo, vaya.

Sandrine sonríe, feliz por el cumplido.

—Espero que disfrutes de nuestro pequeño pueblo —le digo, poniéndome en modo alcaldesa, cosa que Gabriel nota por cómo medio frunce el ceño.

—¡Gracias! —me responde, pasando los brazos por encima de los hombros de Sandrine, abrazándola por la espalda de esa forma mientras sigue hablando—. La verdad es que en unas horas aquí, ya estoy disfrutando como en mi vida.

Siento que lo dice de verdad. Y lo que también siento es una punzada de dolor cuando, al decir aquello, mira a Gabriel y este sonríe. A Sandrine se la ve feliz con aquello. Les mira a ambos como si estuviera encantada con lo que está viendo.

Y yo me quiero esconder debajo del subsuelo y más allá.

—Bueno, os dejo, que se me va a enfriar la cena —les digo con una rapidez asombrosa,

comenzando a caminar hacia el lado que no es en realidad, porque mi casa está a mi espalda.

Escucho que me despiden despreocupadas, pero la voz de Gabriel la escucho de repente más cerca de mí que la de su hermana y la amiga de esta.

—Marie —me dice—. ¿Va todo bien?

—¿Eh? Sí, claro —miento, deteniéndome un momento—. ¿No ibas a ir a cenar? —Y le señalo con la cabeza a sus dos acompañantes, que están todavía en la puerta del restaurante, cobijándose de la nieve bajo el tejadillo del mismo.

—Sí, pero es que… No te habrá sentado mal que Sandrine invitara a Cynthia, ¿no?

—¡Por supuesto que no! ¿Por qué iba a sentarme mal algo así? Lo importante es que seas feliz, y si esto es lo que…

—¿Seas?

Veo su gesto de absoluta extrañeza y rebobino unas palabras para ver qué he dicho para que me mire así.

—Eh… Sí, bueno, que si te gusta que Cynthia… Que a ver, es tu casa, y si…

No, no voy a poder salir de este bucle, lo sé.

—Me estaba refiriendo a que si Pete te ha puesto muchas pegas por esto —me dice Gabriel, apiadándose de mí y sacándome a rastras del embrollo que estaba armando yo solita.

—¡Para nada! —vuelvo a exclamar, como si hoy me hubiera comido una bocina—. No me ha llamado para quejarse, así que debe ser que lo tiene todo controlado.

—Menos mal —dice con alivio—, porque con tanto turista estas navidades, pensé que estaría subiéndose por las paredes.

Me río con él como fórmula de cortesía, porque en realidad es una risa nerviosa en toda regla. Y creo que él también lo sabe.

—Bueno, pues…

Le muestro la bolsa con la cena, seguramente ya a punto de entrar en modo congelación.

Sonríe, frotándose los rizos.

—Sí, perdona. —Y da unos pasos hacia atrás—. Nos vemos mañana en la oficina.

—Pasadlo bien —le respondo.

—Que aproveche —me dice antes de girarse por completo hacia Sandrine y Cynthia.

En cuanto los tres se reúnen, entran al restaurante y me quedo aquí sola en la calle, con una cena que voy a tener que recalentar en cuanto llegue a casa, sumida en unos pensamientos que no tendría que estar teniendo. Es mi amigo, me repito por enésima vez como he hecho desde que somos niños. Es solamente mi amigo y así va a seguir siendo. Es un muy buen amigo que, además, trabaja conmigo. Y no voy a tirar a la basura lo bien que nos va por nada del mundo.

Él merece ser feliz con quien decida serlo, y no creo que esa sea yo precisamente. Creo que es Cynthia. Que, ¿por qué sé eso, si no sé nada sobre ella ni sobre la relación que tiene con Gabriel?

Porque nada más verla he sentido que iba a quedarse.

IV

Gabriel

Ha sido un buen primer día con Sandrine. Ella ha disfrutado de su comienzo de vacaciones, yo he podido tomarme un descanso en el trabajo… Y Cynthia creo que ha quedado satisfecha con lo que ha visto. Mist Rachs suele tener ese efecto en todas las personas que vienen y ella no iba a ser menos, eso estaba claro.

—¡Granjero en Laponia! —exclama Sandrine a los cinco segundos de haber empezado yo a gesticular.

—¿Cómo lo haces? —pregunta con absoluto asombro Cynthia al comprobar que ha vuelto a ganar.

Hemos llegado hace un rato a casa, pero ninguno teníamos sueño, así que nos quedamos en el salón a jugar a adivinar la película, edición navideña. Este año estuvimos buscando qué incluir en el kit para la tormenta y pensamos que un pequeño juego podría gustarles a los vecinos. En realidad es algo sencillo que preparé con tarjetas y fichas de películas del ciclo navideño que hacemos en nuestro cine. No nos ha dado tiempo a sacarlo este año, pero ya lo tenemos pendiente para el kit del año que viene. Las tarjetas que hice de prueba recordé que las tenía aquí en casa y me pareció que sería divertido jugar a esto los tres. Sandrine y yo casi nos sabemos las películas de memoria y eso se está notando desde el principio. Sin embargo, Cynthia no está muy puesta en cuestiones de películas navideñas, así que le está costando más sumar puntos, pero se está riendo igual que nosotros dos.

Mi hermana hace una marcada reverencia ante nosotros dos, sabiéndose ganadora con esta nueva puntuación.

—Años de entrenamiento navideño han dado sus frutos —comenta ella—. Para que luego mamá y papá digan que me centre más en los estudios. —Saca su móvil del bolsillo del pantalón y comprueba la pantalla un segundo. Se le iluminan los ojos de una forma especial y no acierto a imaginar por qué—. ¡Me llaman! ¡Hora de irme a dormir! ¡Buenas noches!

Se va corriendo escaleras arriba, agitando un segundo su mano para despedirnos y cogiendo la llamada en cuanto abre la puerta de su dormitorio, encerrándose allí.

Me quedo mirando a Cynthia con los ojos muy abiertos sin entender este repentino cambio.

—Ya sabes… —me dice de forma enigmática desde su sillón.

—No, ¿qué tendría que saber?

Gesticula, pero está claro que esto no se le da nada bien.

—El amor —explica sencillamente al final, viendo que no iba a entender nada si no lo hacía así.

—¿Cómo que…? ¿Tiene pareja?

—Ella es más lista que eso —me cuenta—, pero se lo pasa bien.

—¿Que se lo…? —Me revuelvo en mi sitio, de repente demasiado incómodo—. Casi prefiero esperar a que me lo cuente ella con mucho tacto y cero unidades de detalles explícitos.

Cynthia se ríe con mi puntualización.

—Es buena chica, y muy lista, aparte de inteligente —dice—. No tendrá ningún problema.

—¿Lista e inteligente no es lo mismo?

—Bueno, yo hago esa distinción. La inteligencia es por lo que ella está en ese internado estudiando, pero ser lista… Es… Espabilada —me explica, haciéndome entender.

—Mi hermanita pequeña se llevó todos los genes buenos al parecer. A mí me tocaron los de no enterarme de las cosas aunque sucedan delante de mis narices y los de estropear cualquier situación idílica.

Vuelve a reírse, espero que conmigo y no de mí.

—Estás en política —me dice—. Hay que valer para eso, y valer mucho.

—Estar en política en un pequeño pueblo como Mist Rachs —le voy explicando mientras me levanto y comienzo a recoger todo— significa que conoces a los vecinos y sabes cómo gestionar un temporal o un concurso de tartas veraniegas.

Ella me ayuda y me pasa las tarjetas del juego que quedaban más en su lado que en el mío.

—¿También te han tocado los genes de la modestia extrema y los de minusvalorar lo que eres y haces? —pregunta, dándome en mano las últimas tarjetas.

—Yo lo llamo realismo.

Veo cómo sonríe frente a mí.

—Eres una persona muy curiosa, Gabriel —dice—. Ya me lo había comentado tu hermana.

—Mi hermana comenta demasiadas cosas desde su imaginación, pero me temo que suele distar demasiado de la realidad.

Sonríe de nuevo de una forma extraña.

—Creo que tu hermana te conoce muy bien —me asegura, todavía inmóvil frente a mí, con una sonrisa más que enigmática en los labios—. Recuerda que va a un internado de altas capacidades.

Ahora somos ambos los que sonreímos.

—Bueno, y… ¿Qué tal tu primer día en Mist Rachs? —le digo cambiando de tema mientras guardo las tarjetas en su respectiva caja, en el armario del salón.

—Ha sido un día interesante… y extraño.

Me giro hacia ella y le hago un gesto para señalarle las escaleras.

—Has definido muy bien nuestro pequeño pueblecito —le respondo mientras subimos en dirección a nuestras habitaciones—. Y además, uno nunca se acostumbra del todo a algo así.

—No me extraña. Es tan perfecto que durante todo el día he llegado a dudar que sea real. ¿Sois de aquí o…?

—Sí, nosotros sí, nacimos aquí —le cuento—. Igual que nuestros padres, y nuestros abuelos…

—Ah, creí que…

—¿Qué?

Llegamos al final de la escalera y nos detenemos un momento para continuar hablando.

—No, que yo… No me quiero meter donde no me…

—¿Tiene que ver con nuestros padres? —Ella asiente, algo avergonzada—. Puedes hablar de ellos todo lo que quieras, no te preocupes.

—En realidad es… Creía que erais de fuera y que tu hermana y tú os habíais mudado no sé… porque era más acogedor que… —Se ríe con nerviosismo, frotándose la cabeza—. Perdona, creo que me hice una impresionante historia en mi cabeza sin darme cuenta, nada más.

—Ya veo, ya —le digo de buen humor—. Me imagino que te resulta extraña la ausencia demasiado prolongada de mis padres en la vida de Sandrine, ¿no?

—Mmm… Algo, sí, pero que yo no tengo ningún… —comienza a disculparse.

—Tranquila, no pasa nada. Ellos tienen un trabajo que requiere estar mucho tiempo

fuera de aquí. Tener una empresa de traducción ya no es lo que era y les llaman de muchos lugares para que vayan a trabajar en distintos ámbitos. Y sí, se les extraña demasiado, pero el trabajo es el trabajo. Imagino.

Se queda unos segundos en silencio, observándome con curiosidad.

—Ojalá esa frase no tuviera ningún sentido —responde de forma misteriosa y deja escapar un largo suspiro—. Buenas noches, Gabriel. Y gracias por dejar que pase aquí las navidades.

Aprieta mi brazo una décima de segundo y camina los pocos pasos que la separaban de su dormitorio, entrando en él y cerrando tras de sí.

¿Qué habrá querido decir con eso último?

Y, ¿por qué Cynthia parece que va a quedarse aquí?

V

Marie

Para un día que quiero estar en el despacho antes de que todos entren, voy y me quedo dormida. Soy un desastre en muchas cosas, pero no lo había sido en mi trabajo hasta ahora. Maldita sea… ¿Qué le ha pasado a mi móvil y a las diez alarmas que pongo para evitar precisamente lo que ha sucedido hoy?

Después de tres resbalones por la calle, lo cual me recuerda que debemos despejar mejor la nieve a primera hora de la mañana de las aceras, y una considerable carrera desde mi casa hasta el ayuntamiento, llego al edificio ubicado a un lado de Mistletoe Square. Subo corriendo la enorme escalinata, quitándome de encima lo que me queda de nieve en el abrigo y el gorro de lana, y llego a la primera planta entre saludos varios, aunque menos que normalmente. Agradezco que todos estén a lo suyo, ocupados en resolver problemas de los vecinos en vez de comprobar que, por primera vez en mi vida, llego tarde a un sitio.

Llevo rogando todo el camino para que Gabriel esté ocupado en mil cosas y no me lo cruce hasta la primera reunión de la mañana, pero claro, hoy el universo quiere hacerme sufrir de mil formas diferentes por lo que sea, así que nada más pasar a la zona de la alcaldía, me lo encuentro allí de pie, junto a su mesa, justo al lado de la puerta que da a mi despacho. Parece estar ocupado revisando el móvil mientras se quita con agilidad su abrigo oscuro de paño para colgarlo en el perchero.

Escucha el ruido de la puerta y se gira al instante, abriendo tanto los ojos al verme que pareciera que ha visto un fantasma.

—Marie, pero, ¿qué te pasa? —pregunta, viniendo hacia mí con preocupación.

—Perdón, ya me pongo con todo ahora mismo. Es que…

—¿Qué haces aquí tan pronto?

Esa pregunta me deja un poco descolocada, pero comprendo todo cuando escucho una alarma en mi móvil, comenzando a sonar en ese instante. Lo saco y miro la hora.

Maldita sea.

—Creí que me había dormido y, al parecer, he llegado una hora antes —le explico para asombro de mi amigo. Entonces me doy cuenta de algo—. ¿Qué haces tú a esta hora aquí?

Y ahora es él el que parece quedarse mudo.

—Quería adelantar trabajo —me dice después de unos largos segundos—. Si has salido tan rápido de casa, no habrás desayunado, ¿no? —Y coge de nuevo su abrigo—. Espera dentro y te traigo…

Agarro su brazo y le freno antes de que eche a correr para traerme el desayuno.

—Gabriel, eres mi secretario, no mi camarero —le recuerdo—. Saldré ahora a por algo y… —Mira que soy ridícula. ¿Por qué me estoy comportando así? Somos amigos y no va a cambiar nada aunque él ahora esté con esa chica, así que trato de actuar como lo haría normalmente—. ¿Tú has desayunado?

—Eh… No tengo hambre —responde—. Luego si eso…

—Si quieres, podemos ir a por unos cafés donde Chas. Y le pedimos churros de crema.

Su sonrisa hace aparición por fin.

—Bañados en chocolate —añade a la propuesta.

—Como los que tomábamos durante la campaña —le recuerdo, sonriendo ahora yo también.

Durante esa época, nos hicimos más amigos aún si cabe. Pasábamos muchas horas

juntos, preparando un proyecto para el pueblo que le diera otra vida a Mist Rachs. Porque las cosas estaban complicadas en esa época, pero nosotros no estábamos dispuestos a rendirnos. Teníamos que dar un giro a todo para que las cosas cambiaran, pero sin que en realidad lo hicieran. Y ese equilibrio en Mist Rachs es difícil alcanzarlo, pero lo conseguimos sobre el papel, y la gente del pueblo creyó en nosotros.

Y ahora lo estamos llevando poco a poco a cabo.

Coge su abrigo y se lo vuelve a poner. Deja los papeles encima de su mesa y viene hacia mí, caminando ya conmigo hacia la salida.

—Luego nos podemos traer unas galletitas de tu hermano para picar mientras trabajamos.

Hoy sus ojos le brillan con más intensidad y no quiero saber el motivo.

—Eso está hecho —le contesto, sonriendo como puedo.

Gabriel

—Dios mío, voy a reventar.

Marie se ríe con su dulzura de siempre por mi comentario. No sé qué le sucedió hoy para haber llegado tan pronto ni entiendo por qué parecía tan callada al principio, pero fuera lo que fuese, ya quedó atrás. Por fin vuelve a ser la de siempre conmigo.

Nos hemos comido cada uno cuatro churros rellenos de crema con chocolate por encima y acabamos de terminar el café que nos quedaba en las tazas. Me siento tan feliz después de este increíble desayuno junto a Marie que querría gritar de emoción, pero entonces pensaría que me he vuelto loco y no quiero asustarla, así que me limito a seguir sonriendo.

—Tenemos que irnos a trabajar —me recuerda mientras se levanta de la silla, sacando un billete de la cartera para pagar.

—¿La siguiente yo? —le pregunto, deseando que me diga que habrá más desayunos así junto a ella.

Me mira y en un primer momento su rostro no parece que sea el de alguien que va a contestar positivamente a la pregunta, pero va cambiando el gesto hasta contestar.

—Tenemos muchos eventos navideños todavía por repasar, así que habrá que coger fuerzas cada día.

Vuelvo a querer gritar de emoción hasta que mi cerebro me mata todas las ilusiones, recordándome que Marie es una amiga y compañera de trabajo, pero nada más.

Chas nos da una pequeña bolsa con galletitas de Philip que le pedimos que nos preparara nada más entrar y salimos de la cafetería para volver al ayuntamiento, el lugar en el que más feliz soy desde hace tiempo.

Marie no sabrá nunca cómo ha llegado a cambiar mi vida con la propuesta que me hizo, hace ya dos años, para preparar las elecciones del año pasado y entrar a trabajar en su equipo después de eso. Yo no sabía muy bien qué hacer en ese momento con mi vida. Me había ido a trabajar hace años a una importante empresa de marketing en la ciudad cuando mis padres mandaron a mi hermana a estudiar al internado. Sentí que era algo que tenía que probar. Hasta entonces, había trabajado a distancia, yendo y viniendo a visitar a distintos clientes. No podía dejar sola a mi hermana en Mist Rachs si me iba a trabajar a otra parte, y mis padres no podían dejar sus trabajos de la noche a la mañana. Pero más adelante, con la ausencia de toda mi familia en casa, aquello se me hacía cuesta arriba. Los años que estuve en aquella empresa, me di cuenta de que algo fallaba. Siempre pensé que ese era mi sueño, porque muchos ansiaban alcanzar precisamente lo que yo tenía. Pero esa vida no era para mí. El estrés, la presión, las zancadillas

de todos los compañeros, el clima de competitividad constante que los directivos fomentaban… Sí, esa vida podría ser el sueño de muchos, pero no era mi sueño.

Fue entonces cuando Marie contactó conmigo. No habíamos perdido el contacto, por supuesto, y siempre que iba por Mist Rachs, quedábamos y nos poníamos al día, aunque estar a su lado siempre me proporcionaba tristeza y felicidad a partes iguales, y no sabía bien cómo lidiar con ello. Me contó sus planes en aquella conversación telefónica, me dijo que quería que el pueblo siguiera siendo lo que era, pero dándole el toque justo moderno que necesitaba para salir adelante. Las cosas no estaban muy bien al parecer. Había que sanear cuentas y… El caso es que acepté sin condiciones en esa misma charla. Volvería a Mist Rachs, le ayudaría a hacer un proyecto para el pueblo y, si ganaba, me quedaría a su lado, como secretario. Ella quería que fuera teniente de alcalde en un primer momento, pero aquí esa figura siempre se le dejaba al líder de la oposición. De todas formas, yo no quería tener ese tipo de responsabilidad. Había tenido suficiente en aquella empresa y necesitaba algo tranquilo. Pero cerca de ella, a poder ser. Fue entonces cuando se le ocurrió este otro puesto para mí y acepté la propuesta, aunque no había necesitado nada para hacerlo; al primer minuto de conversación ya le habría confirmado que la ayudaría a que fuera alcaldesa.

Desde entonces, mi vida ha sido otra. Todo cambió y fue para bien. Y sí, se me hace duro estar a su lado como compañero y amigo nada más, pero jamás pondré en riesgo lo que ambos hemos conseguido tener.

—Vale, entonces ya están todos los kits preparados para enviar en cuanto lleguen los libros de relatos —dice Marie, revisando los papeles—. ¿Se sabe algo nuevo de la tormenta o todo en orden?

—Nada nuevo, pero…

Ella parece interesarse por ese *pero*, porque apoya sus manos en la mesa, mirándome tan fijamente que algo dentro se me remueve.

—¿Te han dicho algo?

—No, no me dicen nada —le respondo—. En realidad es una tontería.

—Nada de lo que tú opines me parece una tontería. —Y se da prisa en corregir su frase —. Es decir, que confío en ti, eres bueno en lo que haces y… Bueno, el caso es que crees que hay un pero, ¿no?

Parece nerviosa después de decir aquello, así que le explico todo lo más claramente que puedo.

—Normalmente los días anteriores a la tormenta había algo de nieve, sí, pero… ¿No crees que está habiendo este año demasiados días, y bastante cantidad?

—Sí, es cierto, puede que tengas razón. Pero nos han asegurado que igualmente todo va bien —me dice, más para autoconvencerse que para que yo se lo confirme.

—Sí, me dicen que como siempre.

Se hace un breve silencio que se rompe con sus palabras.

—Pero no te convence —afirma, leyéndome la mente. Yo asiento—. ¿Qué crees que se podría hacer entonces?

Y lo dice de verdad. Se fía de mi criterio, por encima del de los expertos. Eso me provoca escalofríos por todo el cuerpo.

—Normalmente aconsejamos extremar la precaución el día antes, pero este año yo lo haría al menos con tres días de antelación. Hacer una buena compra, ponerse cómodos en casa… Por si acaso. No sé, es… Tengo una corazonada.

—Vale —me dice—, haremos eso. Sacaremos un comunicado para que la gente tenga provisiones en su casa. —Comienzo a apuntar en mi libreta mientras ella habla—. ¿Qué día ponemos como…?

—Desde el mismo lunes —respondo—. Normalmente llega la noche de Nochebuena, así que este año… El lunes es mejor que la gente ya se vaya pronto a su casa, el mercadillo cierre a mitad de tarde…

—Muy bien, pues desde el lunes.

Suspiro, sintiendo algo de vértigo con todo esto.

—Puedo equivocarme, Marie —reconozco—. Puede ser solamente una corazonada y que luego…

—Prefiero que la gente esté en sus casas pronto durante un par de días más que arriesgarme a que les pase algo —dice con firmeza—. Saca el comunicado hoy mismo, por favor. Asumiré la responsabilidad si hay alguna queja.

—No, pero si yo he sido quien…

—Soy alcaldesa para lo bueno y para lo malo, Gabriel —me recuerda con una sonrisa —. No te preocupes. Como mucho, pasarán unas cuantas horas más en casa disfrutando del maravilloso kit que has ideado.

Esa dulce sonrisa me tranquiliza al instante, como siempre me sucede. Todo lo que Marie dice, lo hace de tal forma que no tienes más remedio que asentir con gusto y darle la razón. Te hace sentir bien, pase lo que pase.

Ojalá pudiera hacerle sentir yo así también.

—Tendré que trabajar duro durante meses para incluir en el del próximo año el juego de las películas —comento.

Ríe encantada con mis palabras y eso me hace feliz.

Maldita sea, ella me hace feliz.

—Oye, y… —comienza a decirme ella, como si no quisiera mantener ningún silencio entre nosotros aunque sea con risas de por medio—. ¿Qué tal ayer? Con tu hermana y su amiga, ya sabes.

—¡Bien! Muy bien —le respondo—. Mi hermana está eufórica por celebrar la Navidad en casa.

—A su amiga espero que le guste esta época.

—Si no, lo va a pasar realmente mal.

Río con Marie un instante, aunque ella creo que quiere decir algo más.

—Parece muy maja. La amiga de tu hermana, quiero decir. Tu hermana ya sé que lo es.

Su risa nerviosa se me escapa.

—Pues sí, es bastante maja, sí. Sandrine tiene suerte de tener una profesora como ella, la verdad.

—Sí, ella es… ¿Vas a participar en el concurso de envolver regalos de esta tarde? —dice, cambiándome de tema de nuevo de forma extrañísima.

—Eh… Pues sí. Fui el otro día a apuntarme.

—¿Y tu hermana?

—La apunté a ella también.

Tres segundos después, vuelve a hablar.

—Puede ir si quiere la amiga de tu hermana aunque no se haya apuntado, que seguro que Tyra no tiene ningún problema.

—La verdad es que no le pregunté si le apetecía venir —le digo—. Le comentaré hoy al

mediodía.

—Yo a lo mejor voy también.

A mí hoy se me está escapando algo.

—¿Tú? Pero si de pequeños te tenía que forrar yo los libros porque te acababas forrando tú en vez de…

—Pero es que antes voy a ir al taller —replica.

—Es un taller de una hora, Marie, no creo que…

Intento aguantar la risa, pero es que tendríais que ver la poca maña que tiene Marie para las cosas manuales. En el colegio era yo quien usaba por ella el pegamento porque, no sé cómo, pero terminaba con el pelo lleno de trozos de papel brillante pegado y la lámina vacía. Era algo realmente sorprendente.

—Este año me he propuesto hacer cosas nuevas, ¿sabes? —me dice, algo ofendida por mis risas—. Y a lo mejor consigo aprender a envolver regalos. Esa es mi primera meta.

—Bueno, eso está bien, sí. Entonces imagino que nos veremos esta tarde, ¿no? Compitiendo por el regalo mejor envuelto.

—Exacto.

La noto algo enfadada.

—Marie, ¿te ha sentado mal que yo…?

—No, para nada —responde rápidamente—. Tú puedes ir con quien quieras, porque en realidad nosotros…

—¿Qué?

—¿Eh?

—No entiendo a lo que te refieres.

—¿A qué?

¿Me está intentando volver loco?

—Marie, ¿estás bien? Hoy te noto…

—¿Yo? —Se echa hacia atrás en su silla, riendo de forma extraña—. Estoy perfectamente bien, ¿no me ves?

—No te preocupes por lo de la tormenta, porque seguro que nos las apañamos.

—Ya, eso, sí… La tormenta. —Vuelve a incorporarse y a ponerse seria de repente—. Hay que centrarse ahora en eso. Bien, a ver, ¿actividades tendríamos que suspender por precaución?

—Pues… —Rebusco en mis papeles el calendario navideño de actividades y calculo por fechas y horario—. Puede que la función de Navidad del colegio pueda desarrollarse sin problema, pero el concurso de Santa Claus… Está complicado. La guerra de bolas de nieve es después de la tormenta, así que si no se alarga demasiado, podría hacerse. El turno de noche del ciclo de películas esos días habría que cancelarlo, claro. El belén viviente es mejor que no salga a partir de cierta hora y la apertura de las últimas ventanas del calendario de Adviento, o bien las pasamos a la mañana o… —Su suspiro corta mi frase—. Marie, ¿estás bien?

Tuerce el gesto de la boca y menea levemente la cabeza.

—¿Qué haremos si la tormenta se descontrola? ¿Y si no podemos poner a salvo a todo el mundo y alguien se queda sin comida o se le estropea la calefacción? ¿Y si no les llega la reserva de leña para la chimenea? ¿Qué pasará sí…?

—Marie, cálmate —le pido, viendo que está a punto de hiperventilar—. No va a pasar nada de eso, ¿de acuerdo? La tormenta de las navidades pasadas fue bien, así que este año no será diferente.

—Pero… —insiste, todavía nerviosa.

—¿Sabes? El año pasado estuve echándole un vistazo a los planos del subsuelo, por si había que echar mano de eso —le cuento.

Frunce el ceño.

—¿El subsuelo? ¿La parte de debajo de Mist Rachs? —pregunta, señalando con el dedo nuestros pies.

Asiento antes de responder.

—Exacto. En el archivo local que tiene la biblioteca, hay unos cuantos planos de todos los callejones que sigue ese laberinto subterráneo. ¿Sabías que cada casa está comunicada con cada punto de la ciudad?

—Sabía que había unos pasadizos subterráneos, pero no sé exactamente… Hace mucho tiempo que nadie los usa. Deben estar en pésimas condiciones.

—Podría sernos de utilidad todo lo de ahí abajo algún día —le digo—. Cuando llegue la primavera, tendríamos que plantearnos bajar para ver cómo podemos darle uso. De todas formas, si durante la tormenta se necesitara, podríamos tener esa opción como último recurso. Mientras tanto, comencemos a organizar todos los cambios de las actividades, ¿te parece?

—Bien, muy bien —dice, observando el papel sobre el que he ido señalando cada cosa que habría que cambiar de horario o directamente cancelar. Y levanta la vista—. ¿Te pones con ello ahora?

—Claro, sin problema. ¿Quieres que convoque a la gente para que les expliques todo?

—No mareemos tanto a los vecinos. Mejor manda el comunicado por escrito.

—Sé que lo haces para no molestarles, pero puede que si los convocamos en Mistletoe Square, se enteren todos de lo que vamos a hacer. Con comunicados por escrito, en la televisión o por radio, habrá algunos vecinos a los que no les llegará el mensaje. Avisar de una convocatoria urgente de la alcaldesa llama más la atención y todos al final o bien irán o hablarán de ello durante días.

—Tienes razón —me dice—. Vale, prepara todo y avísame cuando esté.

—Te redacto algo rápido.

—Perfecto, sí. Gracias, Gabriel.

No me he dado cuenta de cómo nos hemos quedado de cerca mirándonos y temo que se sienta incómoda con esto, así que me levanto de la silla con rapidez.

—Me pongo ahora mismo con ello, a ver si al mediodía puedes dirigirte ya a los vecinos.

Salgo de su despacho mientras escucho un *de acuerdo* lejano y un *gracias* casi imperceptible. Tengo que olvidarme de Marie en ese sentido, pero no sé cómo hacer algo así.

Menos aún pasando cada vez más tiempo con ella.

VI

Cynthia

Sandrine y yo hemos salido un rato para ver el pueblo hasta que su hermano acabe de trabajar. Y no he visto cosa igual en mi vida. Nieva suave sobre nosotras mientras paseamos por los puestos del mercadillo, viendo el gran calendario de Adviento a un lado de la plaza del pueblo, al otro lado de donde tienen ubicado un elegante y enorme árbol de Navidad. La gente nos saluda al pasar, nos ofrecen galletas de jengibre al tomarnos un café y nos desean buena mañana con una sincera sonrisa. Da un poco de miedo, la verdad, pero Sandrine no parece asustada con todo aquello, así que continúo, cada vez menos recelosa, caminando por las adornadas y bellas calles de Mist Rachs.

—¡Philip! —grita Sandrine al ver a un chico guapísimo, abrazado a una pelirroja de quitar el hipo—. ¿Esta es la novia de la que todos me han hablado desde que he llegado?

—¡Sandrine! —le digo sin poder evitar reírme, igual que hacen ellos dos con esas palabras.

Philip y esa chica se separan y me saludan, dándome la mano.

—Exacto —le confirma Philip—, ella es Jenna, mi novia.

Sandrine aplaude emocionada y abraza con fuerza a esa chica tan jovial que está encantada con semejante muestra de afecto.

—Has conseguido que Phil adorne el restaurante y su casa como antes, así que ya te adoro —le dice Sandrine a Jenna, la cual mira con una sonrisa preciosa a Philip y este, a su vez, le copia su sonrisa.

—Me costó como una semana, pero lo conseguí —le cuenta ella.

—No es que fuera complicado entonces —comento, más por intervenir en la conversación y que no piensen que estoy aquí plantada, esperando a irme.

—Para mí no —me explica Jenna—, pero en este pueblo las cosas… Son diferentes. ¿Tú eres la amiga de Sandrine, que vino con ella ayer?

—Las noticias vuelan aquí también —le digo—. Sí, soy Cynthia. Llegué ayer y todavía estoy alucinando con todo esto. ¿Todos los años es así?

—Yo no tengo ni idea, porque no hace ni veinte días que llegué —me cuenta Jenna, mirando a Philip para que sea él quien responda.

—En Mist Rachs nos ponemos intensos en Navidad —dice él de buen humor.

—Espera, ¿menos de…? —le digo a Jenna.

Porque he calculado rápidamente y no me salen las cuentas. Sandrine no conocía a Jenna, así que tiene que ser nueva en el pueblo. Y dice que ha llegado no hace ni veinte días. Pero ya son novios.

Aquí pasa algo raro.

—Como te decía, las cosas en este pueblo son diferentes —me explica, encogiéndose de hombros mientras Philip le da un tierno beso en la sien—. Si quieres, te podemos explicar algunas antes de que te vayas. Tienen unas leyendas increíbles que yo todavía estoy descubriendo, así que podríamos meterles presión juntas para que nos las contaran a las dos.

—Me encantaría; soy fan del folklore en todas sus formas.

—¡Genial! Pues este fin de semana vamos a ir a ver unas películas al cine del pueblo —dice—. Hacen un ciclo de cine navideño durante todo el mes y hemos quedado unas cuantas para ir el sábado por la tarde.

—¡Yo también me apunto! —dice Sandrine, dando por hecho que voy a decir que sí. Y

me mira—. Te vendría genial para poder tener posibilidades de ganarnos a mi hermano y a mí al juego de ayer por la noche.

Me echo a reír al recordarlo.

—Muy bien, pues el finde toca cine navideño —les confirmo.

¿He hecho felices a unos desconocidos por aceptar una invitación que creí que hacían por quedar bien? No entiendo nada desde ayer, de verdad os lo digo.

Nos despedimos de ambos y seguimos caminando. Sandrine quiere ir a ver a unos amigos a la hora del recreo en el colegio del pueblo, así que damos media vuelta y nos dirigimos hacia allí. Con las distancias tan cortas que hay en este lugar, puedo ver de lejos el cartel del colegio en el que pone Evergreen School en tonos verdes y blancos. Es un edificio de dos plantas de madera con el tejado rojo, con base de cemento. Parece la típica cabaña que podrías encontrarte en mitad de un bosque, pero algo más grande. A un lado tiene una especie de patio con chicas y chicos de todas las edades. Un par de ellos se acercan corriendo a Sandrine, sin dejar que llegue siquiera a la zona del colegio. Me quedo a un lado, vigilando. Y no sé por qué, si en realidad en este pueblo no parece pasar nada y Sandrine lo conoce como la palma de su mano. Será deformación profesional.

—Sandrine, si quieres, te puedo esperar en casa en una hora.

Ella se gira y me mira, todavía sonriente por los comentarios que le están haciendo sus amigos, diciéndole que la extrañaban y que la ven genial.

—¿No te importa? —pregunta con miedo a que le diga que mejor siga paseando conmigo un rato más.

—Para nada —le respondo—. Nos vemos a la hora de comer, ¿vale?

—¡Vale!

Ella vuelve a girarse hacia sus amigos, a los que se van sumando cada vez más, y comienzan a caminar hacia el colegio, así que yo me doy media vuelta y me acerco a uno de los puestos del mercadillo que vi antes. Estaba deseando probar el vino caliente especiado. Lo acompaño de un pretzel y en cuanto le doy el primer bocado, casi se me caen lágrimas de emoción al comprobar lo riquísimo que está. Y el vino… Por dios, esto no puede ser real. ¿Cómo hacen las cosas en este pueblo?

Camino por la calle principal mientras me tomo el vino y el pretzel con calma, observando cada detalle de la misma. Todo bellamente adornado. Todo. Absolutamente todo. Cada rincón, árbol, farola, tienda… Hay incluso elegantes guirnaldas de luces cálidas que cruzan de un lado al otro sobre nuestras cabezas. Todo huele a galletitas de jengibre, a pino y eucalipto, a bollería y pan recién horneado. Es como si alguien se hubiera esmerado en crear el pueblo navideño perfecto para filmar una historia de Hallmark.

Espeluznantemente bello.

—Perdone, ¿es usted la nueva turista?

Dirijo mi mirada hacia el lugar de donde proviene esa voz y veo a un hombre vestido con traje de sheriff, como en las películas antiguas, con las manos en el cinturón y cara de pocos amigos, mirándome fijamente.

—Sí, he llegado ayer. Con Gabriel y su hermana Sandrine.

—Y usted es… —insiste sin cambiar su gesto severo.

Estaba claro que en este pueblo no todo era perfecto.

—Me llamo Cynthia. Soy la profesora de arte de Sandrine en el internado.

—Y ha venido aquí a pasar las fiestas. Con una de sus alumnas.

No parece muy convencido.

—Nos llevamos bien. Perdone, ¿pasa algo conmigo? ¿He hecho algo o…?

—No, para nada. Simplemente estaba preguntándole —responde él, todavía demasiado serio para lo que he visto en este pueblo—. ¿Va a quedarse todo el mes?

—¿Necesita esos datos por algún motivo?

—Soy el que tiene que mantener a salvo a la gente de este pueblo.

—Me parece muy bien, pero yo no soy ninguna amenaza.

Sonríe, pero no de la forma que me habría gustado.

—Eso yo no tengo por qué asumirlo sin más.

—Pero yo sí que tendría por qué saber qué quiere usted antes de seguir contestando a sus preguntas. Así que, si no va a explicarme sus motivos, buenos días.

Comienzo a caminar con rapidez para perderle de vista cuanto antes, no vaya a ser que acabe presa en mi segundo día en este pueblo.

—Oiga usted —sigue hablando detrás de mí—. ¿A dónde cree que va?

No respondo y continúa siguiéndome, cada vez más cerca. Y cuando siento que agarra mi brazo, alguien sale como de la nada y le agarra a él del otro brazo.

—Pete, ¿qué pasa? —le pregunta una chica con el pelo de colores y tez morena.

Espera, ¿no es con la que Gabriel y Sandrine se pararon a hablar desde el coche cuando llegué ayer al pueblo?

—Tyra, si dejas sola tu tienda, pueden robarte —le contesta él sin soltarme todavía.

—¿En Mist Rachs? —le pregunta con tono de sorna—. ¿Cuántos robos atiendes al año, Pete? —Al ver que él no contesta, sonríe y vuelve a hablarle—. Anda, suelta a nuestra invitada.

Él tarda todavía unos segundos en reaccionar, pero me suelta.

—¿Invitada? —le pregunta este tal Pete—. Es invitada de Gabriel y Sandrine, no tuya.

Ella agarra mi cintura, sorteando el gran cuerpo del sheriff, y me acerca a ella.

—Sí que lo es. —Y me mira—. Estás invitada a entrar en mi tienda. ¿Vienes?

—¡Sí, por favor!

Tyra ríe con mi tono de súplica evidente y vuelve a mirar a Pete, soltándome al arrastrar mi cuerpo lejos de él.

—¿Ves? Mi invitada. Y Pete, vamos a tener que darte unas clases sobre cómo tratar a la gente, porque te vemos un poco desubicado últimamente.

Le deja con la palabra en la boca y me empuja hacia el interior de una tiendecita muy coqueta de ropa, con los adornos justos para ser elegante y no recargado. Huele a hoguera hecha en un bosque aquí dentro, y dan ganas de sentarse y contarse unas cuantas historias frente a un fuego crepitante, en mitad de una oscura noche.

Tyra cierra la puerta para que no nos congelemos de frío y viene hacia mí.

—Oye, gracias por lo que has hecho —me apresuro a decirle—. No sé qué es lo que pasaba, pero de repente vino ese señor y… Yo juro que no estaba haciendo nada salvo tomarme esto por la calle.

Ve en mis manos el vaso de vino y el pretzel a medio comer y se echa a reír.

—Eres de las mías —comenta, yendo hacia el mostrador y sentándose en él de un salto —. La gente en este pueblo se muere por una taza de chocolate caliente con galletitas de jengibre y yo soy más de eso que tomas tú precisamente. —Y como sigo sin abrir la boca, señala con la mirada a mi pretzel—. ¿Puedo darle un bocado? Llevo sin comer uno desde hace tres horas y ya lo extraño.

—Puedes comerte lo que queda; a mí se me ha quitado el hambre.

Se lo ofrezco, acercándoselo a la boca, pero ella sólo le da un mordisco, mirándome de

reojo al hacerlo.

—No le hagas caso a Pete —me dice ahora, bajándose del mostrador—. Está un poco estresado este mes, pero es buena gente. Aunque va a tener que calmarse y volver a tratar a los turistas con respeto, como si fueran seres humanos con derechos, ya sabes.

Sonrío cuando me guiña un ojo al decir aquello. ¿Por qué siento que quiero quedarme en esta tienda para siempre? Que me muestren un poco de amabilidad no quiere decir que tenga que emocionarme de esta manera.

—Bueno, yo… Creo que tendría que irme para dejarte trabajar.

Me voy a girar hacia la puerta, pero ella habla antes.

—Espera un momento —me dice, haciendo que la mire. Ella observa algo en la calle mientras continúa hablando—. Pete está a punto de torcer en esa esquina. —Me giro hacia donde ella está mirando y veo que es cierto, y que, de paso, él echa un vistazo en nuestra dirección antes de desaparecer por la calle de la derecha—. Está, ya puedes irte. Si quieres.

Voy hacia la puerta, ahora sí. Estoy todavía algo descolocada por lo que acaba de pasar y necesito tomar un poco el aire. Antes de salir, me giro hacia ella, que está rodeando el mostrador para sentarse con gracia en un taburete alto al otro lado.

—Muchas gracias por todo, Tyra.

—De nada, Cynthia —contesta ella con una sonrisa que me llena de paz el alma.

—¿Te acordabas de mi nombre?

—Tengo buena memoria —me dice a modo de breve explicación, encogiéndose de hombros sin dejar de sonreír.

Salgo de allí en dirección a ninguna parte, como llevo haciendo la práctica totalidad de mi vida.

Y no me ha ido mal, porque eso me ha llevado hasta aquí.

Tyra

Tendría que haber hecho inventario a mitad de mes, como hago cada año en diciembre. Es una tremenda locura si no. Pero me comprometí con Massie a albergar este año el pequeño taller de envolver regalos y el concurso posterior y, aunque es algo modesto, llevo toda la semana despejando la trastienda para el taller e ideando una especie de toldo para colocar en el exterior, ya que el concurso tiene que ser público. Pues bien, el inventario de mitad de mes se fue a la mierda y hoy me he pasado media mañana rebuscando entre toda la ropa para encontrar las cosas para un pedido. Y claro, el pedido ha salido tarde y mi mañana se ha perdido casi por completo.

Estoy terminando de colocar en un rincón todo para montar lo del concurso de la tarde cuando Edmund, el auxiliar del ayuntamiento, entra con rapidez, dejando pasar también parte del frío del exterior hasta que la puerta vuelve a cerrarse del todo.

—Tyra, en una hora en Mistletoe Square va a hablar Marie de algo urgente —dice con rapidez, casi sin aliento.

—Sigo pensando que tendríamos que hacer un grupo en redes o algo similar para que no tengas que ir de acá para allá todo el día —le digo sin dejar de hacer mis cosas.

—Eso, al buzón de sugerencias —me pide, abriendo de nuevo la puerta—. No me hagas llevar ahora ese recado para allá, porque hoy voy justo de tiempo.

Le despido con la mano y continúo haciendo mis cosas cuando la puerta vuelve a abrirse.

—Edmund, ¿no ibas justo de…? —Pero al levantar la vista, veo a Sandrine y a Cynthia

frente a mí, sonrientes ambas—. Vaya, ¿qué os trae por aquí?

—Venía a traerte esto —me dice Cynthia, acercándose a mí con una bandeja de cartón en donde veo un vino especiado y un pretzel—. Para agradecerte lo de antes.

Creo que se me nota la ilusión que me ha hecho este detalle y por eso sonríe cuando cojo la bandeja.

—No tenías por qué hacer esto —le aseguro, dando un bocado al pretzel—, pero gracias.

Se hace un instante el silencio entre las tres hasta que Sandrine habla.

—¿Vas a ir luego a ver a Marie a la plaza?

—Eh… Sí, claro —le respondo, mirándola a ella—. ¿Tú sabes de qué va el tema?

Sandrine niega con la cabeza.

—Entonces nos vemos en un rato allí —me contesta.

Se da la vuelta y va hacia la puerta. Cynthia se queda ahí de pie, frente a mí. No sé por qué no se mueve, así que sólo se me ocurre la mayor idiotez del mundo: le ofrezco mi pretzel. Porque podía haber hecho un comentario gracioso o haberme despedido de ella, haberle dado de nuevo las gracias… No, yo cojo y le ofrezco de mi comida, como un niño pequeño queriendo compartir la merienda con su amigo en el parque.

Por suerte, ella lo ve y sonríe con sinceridad. De hecho, da un bocado y hace un gesto con los ojos como diciéndome está riquísimo. Se da media vuelta y sale con Sandrine de la tienda. Yo me quedo dentro, bastante descolocada.

Y es que no sé por qué no siento, como con cualquiera de los otros turistas que llegan, si Cynthia va a quedarse en Mist Rachs o se va a volver a ir.

VII

Marie

—No hace falta, Gabriel, ya lo hemos repasado y está todo correcto —le aseguro.

—De todas formas, yo estaré justo abajo por si necesitas algo.

Sonrío con aquello.

—Gabriel, sólo voy a darles unas recomendaciones —le recuerdo—. Espero que no me resulte difícil. Salimos en un rato, les explico en pocos minutos y nos vamos cada uno a nuestra casa. —Entonces me acuerdo—. Hasta el concurso de envolver regalos, claro.

Él se medio ríe en cuanto le menciono aquello.

—Con eso también te puedo echar una mano si lo necesitas.

No quiero que me eches una mano con eso. Lo que yo quiero es…

—Espero que tampoco haga falta —contesto, evitando decir lo que en realidad pienso, porque el miedo a perder a un buen amigo me ha estado paralizando toda la vida. Incluso cuando le pedí que me ayudara con la campaña y todo lo demás, sentí que tenía que medir mis palabras para que no pensara nada raro de aquello. Es extraño, pero cuando decidí presentarme a alcaldesa, sólo pensaba en pedirle ayuda a Gabriel, aunque hacía ya tiempo que tenía un trabajo fuera de Mist Rachs y no había indicios de que quisiera volver.

—Voy a preparar todo fuera y nos vamos en cinco minutos, ¿de acuerdo? —me dice, yendo hacia la puerta. Justo cuando va a salir, Frederick, el teniente de alcalde, se cruza en su camino.

—Siempre en medio —escucho que este le dice a Gabriel en tono jocoso, dejándole salir del despacho para entrar él. Cierra la puerta cuando lo hace y se me queda mirando con una sonrisa que anticipa la conversación que vamos a tener—. Mi queridísima alcaldesa, ¿qué tipo de comunicado vas a hacerle a los vecinos y por qué yo no he sabido nada hasta hace un rato?

Camina entonces hacia mi mesa, tirándose sobre una de las sillas, todo lo largo que es. Se pasa los dedos entre su pelo oscuro y no deja de mirarme con esos ojos grises y su sonrisa de niño rico que puede permitirse el lujo de hacer y decir lo que le plazca.

—Edmund fue a avisarte hace un rato por todas partes, ya que no me cogías el teléfono en tu despacho —le explico.

—Claro, mujer, porque estaba tomando algo donde Chas. No vamos a pasarnos el día trabajando, ¿no? —Da una palmada en la mesa mientras ríe con aire de suficiencia—. Y tú deberías trabajar un poco menos, Marie, porque no es bueno para la salud estar día y noche preocupada por todo, ¿sabes? Tendríamos que salir tú y yo por ahí de fiesta un día.

—Frederick, te he dicho muchas veces que…

—Pero si esto es un ayuntamiento de un pequeño pueblo, Marie —me corta, sabiendo perfectamente lo que voy a decirle—, esto no se considera trabajar juntos siquiera. Además, a cierta edad tendría que gustarle a una mujer que un yogurín como yo le proponga…

Voy a explotar ahora mismo. Ya.

Me levanto de mi silla, dispuesta a cualquier cosa.

—Frederick, sal ahora mismo de mi despacho —le insto con un tono de voz que no le cabe duda de que va muy en serio.

Se me queda mirando con sorpresa, pero ni se mueve.

—Pero Marie, mujer, que yo lo único que te…

—Te he dicho muchas veces que no me hables de nada más que de trabajo —le recuerdo, y espero que esta vez se le quede grabado en la mente—. Así que, si no tienes más que

decir sobre algún tema laboral, sal ahora mismo de mi despacho.

—¡Vale, vale! —dice levantando las manos, pero todavía tirado sobre la silla—. Muy bien, pues hablemos de trabajo. ¿Vamos a dar el discursito juntos o qué?

Me siento de nuevo, realmente agotada.

—Hay que advertirle a la gente de la proximidad de la tormenta —le explico—. Es sólo eso. Si quieres estar a mi lado cuando les…

—Siempre quiero estar a tu lado, Marie. —Y cuando ve mi gesto de nuevo, rectifica al instante—. ¡Por trabajo! Siempre quiero estar a tu lado por trabajo. Hay que ver cómo malinterpretas tod.

Que alguien me recuerde por qué hay que ceder el puesto de teniente de alcalde al líder de la oposición, porque es una tradición de Mist Rachs que estoy a punto de destrozar para siempre.

—Salimos en cinco minutos hacia Mistletoe Square —le anuncio.

—Entonces te espero en el coche.

—¿Qué coche?

—El oficial, claro.

—¿Qué coche oficial? —Froto el puente de mi nariz, tratando de calmarme—. Esto es Mist Rachs, por el amor de dios, Frederick, ¿cómo vas a ir en coche hasta la plaza que tenemos justo al lado?

—Es que le quitas toda la emoción a este trabajo —se queja.

—Frederick, entendería que te quisieras ir de nuevo a la ciudad para trabajar en la empresa de tu padre, porque en realidad Mist Rachs no…

—¡Para nada! —me corta—. Además, mi padre está encantado con tener aquí influencias. Le gusta mucho este lugar.

¿Por qué iba a interesarle un pueblo tan pequeño a alguien que dirige multinacionales?

—En cinco minutos en la puerta principal, Frederick —le repito, esperando que se vaya al verme levantar de nuevo de mi silla.

Y lo entiende, aunque a regañadientes. Se levanta también, emitiendo un largo suspiro.

—Muy bien, pues en cinco minutos, señorita alcaldesa.

—Señora alcaldesa —le corrijo.

—Bueno, no estás casada todavía, aunque si quieres que yo…

Odio profundamente esa risa socarrona que siempre utiliza para dirigirse a mí.

—Frederick, lárgate ya.

Lo he dicho con tanta contundencia que ni siquiera se molesta en volver a abrir la boca para despedirse. Va hacia la puerta y justo al abrir vuelve a encontrarse con Gabriel. Ambos se miran con cara de pocos amigos y por fin Frederick se va y mi mejor amigo entra, cerrando la puerta.

—Todo listo —me anuncia con voz de estar aguantándose las ganas de insultar al baboso teniente de alcalde.

—Bien, pues pongámonos en camino —digo, yendo hacia él—. Frederick quiere estar a mi lado cuando le hable a los vecinos.

—¿Por qué querría…? —pregunta con indignación—. No trabaja ni una hora a la semana, ¿y sólo aparece cuando hay que figurar?

Me encojo de hombros porque tiene toda la razón.

—No puedo decirle que no. Es el teniente de alcalde.

En realidad yo no quise que lo fuera. Se lo ofrecí a Gabriel, pero este lo rechazó para

seguir con la maldita tradición. Dijo que no quería tanta responsabilidad y que no podíamos acabar con algo que habíamos mantenido tanto tiempo en el pueblo. Que era una deferencia de buena voluntad y educación hacia el adversario y no sé cuántas tonterías más, porque Frederick ni siquiera es de aquí, ni se preocupa por el pueblo, ni tiene ninguna propuesta más allá de pagar menos impuestos porque así cada uno tendría más dinero para gastárselo en lo que le viniera en gana. No le ha entrado todavía en la cabeza que todos esos impuestos hacen que los servicios de Mist Rachs sean los mejores en toda la región y que garantizan la igualdad y una vida más que digna para todos los vecinos del pueblo.

—Tendrías que plantearte destituir a ese cerdo —dice de repente, sorprendiéndome sus palabras.

—Te recuerdo que fuiste tú quien no quiso aceptar ser teniente de alcalde en lugar de él. —En cuanto le digo esto, agacha la cabeza. Creo que me he pasado—. Lo siento, Gabriel, no quería… Estar cerca de Frederick me pone de muy mal humor y no quiero pagarlo contigo, perdóname.

Vuelve a mirarme y me sonríe con tristeza.

—Pensé que lo mejor era no cambiar todo nada más entrar —me vuelve a explicar como en aquella conversación—. Pero reconozco que tú tenías razón. Y lamento que me hicieras caso. Lo lamento de veras.

Poso mi mano sobre su hombro mientras sigue mirándome con esos ojos tan claros que te envuelven como si de un alud se tratase.

—Vámonos, anda.

Salimos mi mejor amigo y yo del despacho con el ánimo por los suelos, pero cuidar de Mist Rachs tiene que ser ahora mismo la prioridad, así que tendremos que dejar a un lado todo para estar preparados para la tormenta de nieve.

Gabriel

Odio a ese Frederick. Es que no lo soporto. Es un baboso y sé que molesta a Marie en cada oportunidad que tiene. Ella me ha pedido que no intervenga y cada vez que le veo, siento que voy a explotar, pero no digo ni hago nada. Y mira que soy alguien pacífico y trato de comprender a todo el mundo, pero con este Frederick no quiero ni esforzarme. Simplemente sueño con que un día deje de molestar y se vaya de Mist Rachs.

—¿Es tan grave la situación? —me pregunta Sandrine a mi lado mientras escucha las recomendaciones que está dando Marie frente a todo el pueblo.

—Puede que lo sea, sí.

—Entonces habrá que ir a por reservas de chocolate caliente.

Me encanta que mi hermana sea tan inocente todavía.

—Tranquila, que todavía tenemos tiempo.

Siguen escuchándose lamentos por tener que cancelar actividades y mover otras. Entiendo que organizar algo así es costoso, pero lo primero es la integridad de los vecinos, así que, si hay que cancelar algo, no queda más remedio que hacerlo.

—Tyra —escucho que le dice Sandrine a mi lado—, ¿lo tuyo de esta tarde…?

Ella me mira, asomándose a un lado de mi hermana.

—¿Voy a poder hacer el concurso? —susurra en alto para que pueda escucharla.

—Por ahora, creo que sí —le confirmo en el mismo tono.

—Cynthia —oigo que le dice Tyra sin dejar de susurrar. Esta está a mi otro lado, así que ahora la que se asoma es ella, sorteándonos a mi hermana y a mí—. ¿Te apuntas al concurso de

esta tarde?

—¿Concurso? —pregunta ella.

—De envolver regalos —responde Tyra.

A Cynthia parece encantarle la idea.

—Vale, iré.

Tyra sonríe en exceso con la noticia y por fin vuelve a hacerse el silencio después de tantos susurros alrededor. Terminamos de escuchar a Marie hasta que esta baja de la tarima desde donde estaba hablando. Viene a reunirse con nosotros mientras la gente sigue preguntándole si es tan grave lo que se avecina. Ella intenta calmarles a todos, pero de repente escuchamos la voz de Frederick desde la tarima todavía.

—No os preocupéis —les dice a todos con esa sonrisa de prepotencia tan asquerosamente suya—. Es una tormenta como la de cada año, nada más. La alcaldesa está un poco nerviosa, a saber por qué. Serán temas personales. —Me gustaría tanto subir ahí y hacer que dejara de reírse…—. Yo os aseguro que no va a pasar nada, así que seguid con vuestras cosas como siempre, porque…

Marie casi se echa a correr hacia la tarima. Bueno, casi no. En realidad ha llegado antes de que el inaguantable teniente de alcalde termine su frase. No escucho lo que le dice, pero ha tenido que ser algo muy fuerte para que él se haya echado a un lado primero y se haya bajado de allí a continuación, alejándose sin más de la gente, volviendo al ayuntamiento.

—Sé que todas estamos nerviosas por la tormenta de este año —vuelve a decirle a la gente, que ya no sabía qué pensar con la última intervención de Frederick—, pero tenemos que seguir las recomendaciones para que todos estemos seguros y podamos disfrutar de un nuevo día de Navidad sin incidentes. Si alguien tiene alguna duda sobre todo esto, ya sabe que el despacho de la alcaldía está a su disposición. Os repito: las actividades de hoy siguen como hasta ahora y a partir de mañana empezaremos a programar todo lo que se pueda hasta el mediodía, evitando las horas en las que la nieve pueda dificultar el transcurso de las mismas.

Creo que la gente se ha calmado un poco con el tono tranquilo de Marie; es uno de los maravillosos efectos que siempre ha tenido sobre la gente. Ella vuelve a bajar y entonces puedo ver con claridad que esas mejillas enrojecidas no son a causa del frío.

—¿Va todo bien? —le pregunto en bajo cuando ella me separa del tumulto, llevándome directamente hacia el ayuntamiento sin tan siquiera pararse a hablar con nadie.

—Creo que he metido la pata —me dice con excesiva angustia, sin tan siquiera mirarme.

—¿Tú?

Y mi tono de incredulidad le hace sonreír.

—Le amenacé con bajarle por las malas si no se iba él.

—¿Y se fue sin más? ¿Por decirle eso?

No me lo puedo creer.

—Bueno, también le dije que si volvía a hacer algo así, yo misma me encargaría de sacarle del ayuntamiento.

—¡Bravo! —exclamo, emocionado por ver que Marie por fin le ha plantado cara al impresentable de Frederick.

—Pero ahora tenemos un problema. O eso creo —me anuncia—. Y me parece que me vas a odiar por ello.

—¿Odiarte? ¿Yo a ti? Marie, por favor.

Se detiene a las puertas del ayuntamiento y me mira fijamente con seriedad.

—Le dije que estaba deseando quitarle de teniente de alcalde para que tú ocuparas su lugar —me cuenta, angustiada—. Y él me respondió por encima de su cadáver.

—Pues si quiere que pasemos por encima de él, eso está más que hecho, vamos. Y no te preocupes, porque…

—No, no lo has entendido —me corta—. Dijo, literal: por encima de su cadáver.

Y creo que ahora sí que he comprendido el sentido de esa frase. Un escalofrío me recorre de arriba abajo. Porque todos sabemos que Frederick tiene contactos, y no de los buenos. Es algo así como un infiltrado en Mist Rachs. No es parte del pueblo, no se relaciona con nadie. En cuanto termina su jornada, la cual se la pasa tomando café y algún que otro vino, se larga del pueblo y no vuelve hasta el día siguiente. No se preocupa por nada de lo que sucede aquí y obviamente en esta ocasión las cosas no iban a ser diferentes. Y si le ha dicho aquella frase a Marie, es por algún motivo, más aún si se ha ido directo al ayuntamiento.

—Bueno, no pasa nada —le digo para que deje de preocuparse—. Ha dicho aquello porque estaba enfadado, nada más.

No me lo creo ni yo, pero no me gusta ver a Marie preocupada.

—¿Tú crees?

Esa mirada esperanzada me pide que se lo confirme.

—Por supuesto que sí. Le plantaste cara delante de todo el mundo y eso le enfadó, nada más.

—Ya. La verdad es que es una tontería, ¿no? ¿Qué iba a hacer en realidad Frederick? ¿Llamar a su padre para quejarse de ti?

Ahora ríe, ya despreocupada. Yo sonrío para que crea que todo va bien, aunque en cuanto entramos en el ayuntamiento temo que Frederick haya soltado un veneno que me afecte sólo a mí y trato incluso de respirar menos veces por si acaso. Va a ser divertidísimo a partir de ahora venir a trabajar.

VIII

Marie

Pero yo para qué me meteré donde sé que no debo hacerlo. Si de siempre he sido una negada en esto de hacer manualidades, ¿pensaba que, si las hacía delante de todo el pueblo, me iban a salir mejor?

No estoy haciendo más el ridículo porque no me he entrenado lo suficiente. A lo mejor tendría que hablar con Massie para organizar un concurso de hacer el ridículo. Así ganaba alguno al menos. Porque está claro que si lo que quería era estar más cerca de Gabriel, porque mis amigas están provocando que pierda la cabeza con este tema, estoy consiguiendo algo que nada tiene que ver con eso.

La gente exclama, asombrada, lo increíble que le están quedando los regalos a Cynthia. También escucho risas seguidas o precedidas por mi nombre. El resto lo hace bastante normal, así que no llaman tanto la atención como la mejor y la peor del concurso. Adivinad quién es quién.

Sí, exacto.

—Si le pones algo de celo en el lado izquierdo, puedes fijarlo mejor y volver con el derecho —le escucho decir a Gabriel.

Le miro un instante y luego vuelvo a mirar al gran reloj que tenemos a un lado de la larga mesa, en donde estamos todos envolviendo cajas vacías de diferentes tamaños y formas. Me quedan dos minutos para terminar al menos tres de los cinco paquetes y yo ya lo doy por

perdido.

—Ni siquiera he entendido lo que has dicho —le respondo, bastante enfadada todavía conmigo misma.

Él me mira y entonces hace una idiotez. Rompe el envoltorio que ya tenía terminado y coge otro papel, posándolo debajo de la caja.

—Mira —me dice, comenzando a hacer lentos movimientos con el papel—. Primero pon esta esquina por aquí de esta forma. —Espera a que yo haga lo mismo y continúa—. Ahora coloca un poco de celo en esta parte sin soltar con la otra mano. —Intento hacer lo mismo, pero se me escapa el celo, que sale volando hasta su mejilla. Gabriel se echa a reír y lo agarra con rapidez. Suelta su propia caja y viene corriendo hacia la mía, cortando el celo con sus dientes mientras tanto.

—¿Qué haces? —le pregunto—. ¡Ibas a quedar segundo!

—Toma, pon este trozo de celo aquí —me dice con urgencia, ignorando mis palabras.

Yo hago lo que me dice, o lo intento, porque al hacerlo en realidad he pegado el celo en su dedo. Gabriel se echa a reír y trata de quitárselo, pero no hay forma.

—Espera, voy a coger otro trozo de…

Intento alcanzar el celo, pasando mi brazo por delante de su cuerpo. Huele a abeto y a pastel de fresa, y eso me desconcentra. Me quedo mirándole un instante y me pierdo en su sonrisa hasta que él reacciona.

—Parte un trozo pequeño de celo y ponlo aquí. —Y señala con la cabeza donde quiere que lo coloque.

Hago lo que me pide y, ahora sí, lo consigo.

—Vale, ¿y ahora? ¡Nos queda un minuto!

Gabriel se ríe de tal forma que me contagia a mí y a parte de los vecinos que están observando lo que hacemos.

—Yo creo que eso no está permitido —se queja Massie, que atiende con rigurosidad todo lo que los concursantes estamos haciendo.

—Ay, Massie, déjales, que nos estamos divirtiendo mucho viéndoles —le dice Tyra, provocando las risas del resto de asistentes.

—Les tenemos en el bote —me dice Gabriel en bajo mientras continúa ayudándome a terminar de envolver mi tercera caja.

—Pero creo que no por lo que debería ser.

Se ríe conmigo y coge con rapidez la cuarta caja. Redonda. Y nos echamos a reír en cuanto nos miramos.

—Esta va a ser más difícil, así que vayamos a por la última mejor —me dice, cogiendo una con ninguna forma concreta, bastante grande y poco manejable—. Vamos a ello, que nos da tiempo.

—¡Pero este es mucho más difícil!

Casi no escucho las risas de nuestros vecinos, sólo veo la sonrisa en el rostro de Gabriel.

—Venga, que nos da tiempo —me anima mientras intenta abarcar toda la caja con un trozo enorme de papel.

Yo le ayudo, o eso creo que hago, porque en realidad nos liamos entre los dos y se nos acaba resbalando la caja, el papel sale volando y se nos cae encima de nuestras cabezas, cubriéndonos a ambos. Nos estamos riendo todavía cuando nuestras miradas se cruzan, escondidas bajo aquel papel navideño. La alarma que anuncia el final del concurso suena en ese momento.

—Creo que no hemos ganado —le digo, intentando disimular que se me va a salir el corazón por lo cerca que tengo sus labios de los míos.

Él, de hecho, los mira y se muerde el suyo inferior, provocándome pinchazos en el estómago.

—Pero no hemos perdido —responde en un suspiro que me deja sin aliento.

—Gabriel…

—Dime, Marie.

Si sigue hablando de esa forma, voy a explotar.

—Yo… Creo que yo…

Alguien levanta el papel que nos cubría hasta hace unos segundos, aunque no nos dejamos de mirar a pesar de ello.

—¡Habéis perdido! —nos anuncia Massie—. Vamos a entregar el premio a la ganadora.

Gabriel y yo intentamos recomponernos, ahora que la gente está más entretenida felicitando a quien haya ganado. Y ya no me importa mucho quién haya sido, porque siento que yo tengo algo mejor a mi lado.

—Deberíamos… —dice Gabriel, haciendo un gesto para que nos movamos.

—Sí, sí, claro, vamos a… —Y me giro hacia donde todos están ahora—. ¿Quién ganó?

Vemos a Massie y a Tyra haciendo entrega del vale del restaurante de Philip a Cynthia, que lo coge con emoción y lo agita frente a todos los presentes. Viene entonces corriendo hacia Gabriel y le abraza.

El paso que he dado hacia atrás ha sido considerable, a juzgar por lo lejos que me siento ahora de él.

—¡He ganado! —le dice—. ¡Ha sido emocionante!

—Me alegro de que te lo hayas pasado tan bien —le responde Gabriel, igual de emocionado que ella.

—No sabía que podía ser tan divertido. ¡Ahora quiero participar en mil cosas más!

Gabriel ríe, igual que lo hacía hasta hace unos segundos conmigo.

—No es un concurso, pero puedes venir con nosotras este finde al ciclo de cine navideño del pueblo —tercia ahora Tyra, que se ha acercado a ellos.

—Me hablaron de eso, sí —le dice Cynthia—. Habrá que ir, sí.

—¡Genial! —exclama Tyra, que me mira—. ¿Has oído? Tenemos a una nueva integrante en el grupo, Marie.

Sonrío como puedo, porque en realidad Cynthia me cae bien. Y seguro que le hace muy feliz a Gabriel.

Y eso es todo lo que quiero.

Tyra se acerca a mí y deja a Cynthia, Sandrine y Gabriel hablando.

—Ha estado bien el concurso, ¿eh? —me dice, dándome un codazo cómplice que no entiendo.

—Ha sido un desastre, Tyra.

Le señalo con la mirada a Gabriel y Cynthia. Ella le enseña el vale que tiene en las manos, imagino que diciéndole que compartirá la cena con él.

—No creo que sea como lo estás viendo en este momento, Marie —me dice mi amiga.

—Creo que es incluso peor.

Me coge por los hombros y me aprieta contra ella, dándome un fuerte beso en la cabeza.

—Ay, Marie —dice ella con voz lastimera—. No te preocupes por ellos, de verdad. Me parece que Gabriel habría preferido quedarse debajo del papel de regalo contigo toda la tarde.

Y por si fuera poco, escucho la voz de quien menos falta me hacía en este momento.

—Está claro que lo de la tormenta no era más que una forma de llamar la atención. ¿Se le ocurrió a tu amigo o a ti?

Ambas miramos a Frederick, plantado ahí a nuestro lado, mirando hacia Gabriel.

—Hemos avisado de que a partir de mañana… —comienzo a decirle.

—Ya, ya, a partir de mañana —me corta él, sonriendo con malicia—. Bueno, a ver en qué queda toda esa alarma.

Me mira un instante antes de darse la vuelta y alejarse de nosotras, con las manos en los bolsillos del abrigo y la mirada al frente, altiva, como todo él.

—El teniente de alcalde es un tanto imbécil —comenta Tyra.

—Un tanto bastante —reconozco.

—¡Vaya! ¿La dulce Marie reconociendo algo así?

Le doy un codazo para que deje de reírse, pero no lo consigo. Al final acaba contagiándome la risa y se me va pasando la tristeza que siento al ver a Gabriel y Cynthia todavía allí, junto a Sandrine, como una feliz familia que hace planes para estas navidades en los que, obviamente, no me incluyen a mí. Nunca he intentado abrirme a él, ni siquiera he querido indagar en mis propios sentimientos por si me daba cuenta de lo que en realidad todo el mundo me decía que yo misma sentía hacia él. ¿Por qué ahora me duele tanto verle siendo tan amable con esa chica? ¿No soy yo la que siempre he querido que Gabriel fuera feliz?

¿Acaso pensaba que esta situación iba a tener un desenlace diferente al que está teniendo?

Sí, siempre he sido demasiado ilusa, pero por favor, no os riais demasiado de mí.

IX

Cynthia

Llevo dos días en Mist Rachs y juro que ya siento a esta gente como parte de mi propia familia, aunque con la real no tengo trato desde hace tiempo. Y duele. Duele que unos desconocidos me hagan sentir tan bien en solo dos días y, sin embargo, la familia de sangre me destroce con su indiferencia. Duele y a la vez reconforta sentir que tienes cerca de ti a alguien que te trata de la forma en la que todos los vecinos de Mist Rachs lo hacen.

Es por eso que no voy a permitir que esta vez ciertas cosas rompan ese vínculo que estoy creando con ellos, como sucedió con mi familia.

—Pero, ¿se quedan aquí hasta Navidad? —pregunto, algo asustada.

Hemos venido por la mañana Sandrine y yo a ver la puesta en marcha del belén viviente de Mist Rachs. Están todos perfectamente caracterizados, pero no se limitan a estar quietos en un recinto. Se pasean por toda la plaza, saludando a la gente sin salirse del papel. El único que no es real es el bebé, porque a esta temperatura sería más que peligroso.

En Mist Rachs se ve que piensan en todo.

—Van yendo y viniendo —me cuenta Sandrine—. Hoy es el primer día que salen, pero se pasean por la zona hasta la mañana de Navidad. Aunque muchos años siguen apareciendo de vez en cuando.

Esto, por lo que sea, le hace gracia. Imagino que está recordando algún momento entrañable del pasado y de ahí que la sonrisa dure en su cara más tiempo de lo normal.

Veo a lo lejos a Jenna y a Tyra que, al vernos, se acercan a nosotras.

—¡En un par de horas en la puerta del cine! —es lo primero que dice Jenna al llegar, abrazándome después.

Su pelo siempre huele a canela y dulces.

—Jenna, te han escuchado a diez kilómetros de distancia —se queja Tyra, aunque ríe igualmente.

Jenna la mira, pero se encoge de hombros y vuelve a mirarnos a Sandrine y a mí.

—Habría sido más navideño ir de noche —se nos queja con pena.

Dirige su mirada hacia el cielo un instante, ya que la nieve cae en poca cantidad, pero lo hace de forma constante.

—Mi hermano y Marie parecían preocupados —dice Sandrine, algo nerviosa al acordarse de lo que ayer la alcaldesa le comunicó a todo el pueblo.

—¿Creéis que será tan grave? —nos pregunta Jenna—. Yo nunca he vivido una tormenta de nieve aquí y empiezo a preocuparme.

—Tú vas a estar demasiado ocupada con Philip, encerrados en casa durante horas, como para preocuparte de nada más.

El comentario de Tyra nos hace reír al fin, cosa que estábamos deseando.

Jenna tiene que irse al restaurante y Tyra la acompaña antes de volver a su tienda, quedándonos solas de nuevo Sandrine y yo.

—¿Hoy no vas a quedar con la gente del colegio? —le pregunto mientras rodeamos a la gente del belén viviente.

José está quejándose de ser un incomprendido mientras María ríe con aquello hasta que un pastorcillo amenaza con soltar una docena de palomas y se le pasa el buen humor. Está en todo esta gente. Es un verdadero *show* ver cómo interactúan entre ellos y con los vecinos que se acercan a esa zona.

Sandrine mira su reloj un instante y luego dirige la vista hacia el colegio del pueblo, en donde todo está tranquilo todavía, aunque no por mucho tiempo.

—A lo mejor me puedo pasar y echar una mano con lo de la función —comenta.

—¿Función?

—Todos los años hacen una en estas fechas —me explica—. Este año va a ser el lunes por la mañana y participan todos los alumnos. Ayer me comentaban que estaban un poco agobiados los organizadores, así que a lo mejor podría…

—Es buena idea —le digo, animándola.

Se gira hacia mí justo después de volver a dirigir la mirada hacia el colegio.

—¿Te importaría que…?

Le hago un gesto con la cabeza para que vaya mientras sonrío. Sandrine se echa a correr y vuelvo a quedarme sola, a tiempo para devolver una llamada que hace rato he estado cortando.

Ojalá no me arrepienta de marcar este número.

Marie

—Me encanta cómo han quedado —le digo a Gabriel—. Has tenido muy buena idea.

Él sonríe, orgulloso.

—Así la gente puede entretenerse mientras dure la tormenta —comenta mientras sigue pasando las páginas del pequeño libro que hemos editado con relatos navideños. Tuerce el gesto antes de continuar hablando—. Aunque como dure mucho, van a terminar aprendiéndoselos de memoria.

Poso mi mano sobre su hombro y sus ojos se encuentran con los míos. Siempre parecen brillarle de forma especial, cristalina, como si se echara cada mañana unas gotas de purpurina a modo de lentilla.

—Por ahora, la tormenta no ha llegado —le recuerdo—. Tenemos tiempo para ultimar detalles. Lo único que me duele es que no puedas estar más tiempo con tu hermana. Y con su amiga.

—No te preocupes; se entretienen juntas —me dice—. Ya pasaré tiempo con ellas cuando llegue la tormenta. —Se levanta del suelo en donde nos habíamos sentado hace un rato para revisar los libros de relatos—. Mientras tanto, habrá que seguir gestionando todo. ¿Pido que se envíe ya todo?

Asiento y veo que se gira hacia su mesa. Estamos fuera de mi despacho, en su zona de trabajo. Me levanto también del suelo y me acerco yo también mientras se sienta al otro lado, comenzando a teclear algo en el ordenador.

—¿Has visto hoy a Frederick? —le pregunto.

Gabriel niega con la cabeza sin perder de vista su pantalla mientras continúa tecleando rápidamente.

—No desde ayer. ¿Tú?

—Yo tampoco.

—En él es normal. Se habrá ido con su padre a pasar unos días o de viaje a las Maldivas, que allí no hay ninguna tormenta que gestionar.

—No sé por qué no me gusta que no haya aparecido más —le confieso.

Me mira un segundo de reojo por encima de la pantalla y sigue tecleando.

—¿Le echas de menos?

—¿Qué? —exclamo con voz demasiado aguda hasta para mis oídos—. ¿Por qué dices algo así?

—No has contestado, así que…

—Porque me ha parecido una tontería —me apresuro a decirle—. Sabes que ni siquiera le quería tener de teniente de alcalde; no me fío de él.

—Bueno, no sé. Cosas más raras se han visto. —Detiene sus dedos un instante y me mira—. ¿Pido que el reparto lo hagan esta misma mañana?

—Sí, que lo… Sí, esta mañana. —Y vuelvo al tema anterior—. Frederick me parece un mal político, un mal vecino y una mala persona, así que sigo sin entender tu pregunta de antes.

Medio sonríe desde su asiento.

—Era sin mala intención —se disculpa—. Por hablar de algo, ya sabes.

No, no sé. Y no sé tampoco por qué sigue tan ausente, como a kilómetros de mí.

Tyra

—Por ahora yo creo que nada más —dice Loreen—. Aunque si pudieras añadir en el siguiente envío las zapatillas de la otra vez…

—¿Ya habéis acabado las últimas cincuenta? —le pregunto más que sorprendida.

—Estamos teniendo muchos clientes en el hotel últimamente —me responde, encogiéndose de hombros.

—Ya, es cierto. Oye, hablando de eso, vamos a tener que hacer algo con Pete.

—¿Con Pete? ¿Qué ha pasado? —dice con extrañeza.

—Ayer tuve que salir a mediar entre él y Cynthia, la amiga de Gabriel y Sandrine. La tenía incluso agarrada del brazo. Creo que está demasiado estresado.

Loreen primero se sorprende con lo que le cuento y luego deja escapar un suave suspiro.

—Desde que su último ayudante se fue…

—No, seguramente desde lo de Anna —le corrijo, mencionándole a la hija de este.

Y asiente, así que me da la razón.

—Habrá que hablar con Marie para ver qué se puede hacer, porque no podemos dejar que vaya atemorizando a la gente por ahí.

El ruido de la puerta nos interrumpe. Ambas miramos hacia allí para ver quién entra y vemos a una sonriente pero tímida Cynthia que se acerca a nosotras con una bandeja de cartón en sus manos.

—Si molesto, yo… —comienza a decirnos.

—No, para nada —le responde con rapidez Loreen, que extiende su mano hacia ella—. Me llamo Loreen. Tú eres Cynthia, ¿no?

—Vaya, ¿cómo sabes…? —pregunta mientras se dan la mano.

—Esto es Mist Rachs —le contesta ella con naturalidad, y Cynthia parece comprenderlo —. Bueno, yo ya me iba. —Y me mira—. Acuérdate para la próxima vez de las zapatillas.

—Me lo apunto ahora mismo, no te preocupes.

Nos despide ya desde la puerta y sale de la tienda, dejándonos solas, la una frente a la otra, mientras este repentino silencio amenaza con tragarnos en cualquier momento.

Ella es la que antes reacciona. Posa la bandeja con un par de vinos especiados y dos pretzels en el mostrador y saca uno de cada, pasándome después lo restante a mí.

—Pensé que necesitarías reponer fuerzas antes de cerrar para ir al cine —me dice, llevándose su vaso a los labios.

Creo que mi sonrisa contesta a sus palabras antes de decir nada. Cojo mi pretzel y le doy un bocado. Mis papilas gustativas me dan las gracias con fervientes aplausos y mi estómago lo agradece antes incluso de que le llegue un solo pedazo.

—No te imaginas qué ilusión me hacen estas cosas —le aseguro, todavía terminando de masticar el trozo de pretzel, dando un trago de vino después.

—Creo que pasar las navidades aquí me va a hacer engordar mínimo un par de kilos si sigo así.

Me río con su comentario, porque fue exactamente el mismo que hice yo en su momento cuando llegué hace años.

—Eso entonces significará que has aprovechado bien la estancia en Mist Rachs. —Me mira de forma extraña, ladeando un poco la cabeza—. Aunque para eso vas a tener que ver muchas películas navideñas.

—En un rato empezaré con ello —me dice, acercando el vaso a sus labios.

Yo hago lo mismo con el mío, sin dejar de observar cómo sigue bebiendo. Sus ojos oscuros hacen que sienta algo de vértigo, aunque no por ello aparto la mirada.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —pregunto lo que llevo pensando un buen rato.

Demasiado, puede ser.

No parece saber qué contestar, porque se piensa la respuesta.

—Hasta que comiencen las clases en el internado —me dice—. Sandrine y yo entonces nos iremos hasta que acabe el curso.

—¿Y después?

Esboza media sonrisa con mi nueva pregunta.

—Todavía no sé ni qué película iremos a ver hoy, como para saber lo que haré en unos meses.

—Pero al parecer sí que sabes que te irás al empezar el curso de nuevo.

—Porque tengo trabajo.

No está comprendiendo bien a dónde quiero ir a parar. En realidad, yo tampoco sé a qué vienen estas preguntas. Y eso que las estoy haciendo yo.

—Y… ¿A qué te dedicabas antes de dar clase de arte a cerebritos como Sandrine?

Esta pregunta ya está mejor, ¿no?

—En realidad, siempre he dado clases de arte —me cuenta. Parte un pequeño trozo de pretzel con los dedos y se lo queda mirando mientras continúa hablando—. Sólo pintaba en mis pocos ratos libres.

—¡Pintas! —¿He sonado demasiado entusiasmada? Creo que sí, porque Cynthia ha levantado la cabeza de golpe y me mira frunciendo el ceño—. Eso… Eso es genial, ¿no? Podrías aprovechar que estás aquí para…

Su suspiro me interrumpe.

—Hace años que lo hago —me aclara.

Lo dice de forma tan rotunda que me parece que no quiere que le pregunte el motivo.

—Pues deberías animarte estos días.

—No he traído…

—Sally suele recibir material de pintura para hacer sus restauraciones —me apresuro a decirle—. Seguro que ella puede darte algo con lo que pintar mientras estés aquí.

Sigue con el ceño fruncido, pero me mira ahora con curiosidad.

—Menuda insistencia con que pinte —me dice.

—A Mist Rachs hay que venir para hacer lo que antes no nos hemos atrevido.

Pone un gesto divertido por mi frase.

—¿En serio?

Asiento.

—Siempre.

Nos quedamos unos segundos en silencio, sin movernos y creo que sin respirar también. Sólo nos separa el mostrador de la tienda y nuestros vasos de vino están a pocos milímetros de distancia el uno del otro, por lo que casi siento el calor de sus dedos junto a los míos. Porque estoy segura de que no proviene del vino.

Es algo muy distinto.

—¿Esa tal Sally va a ir a ver la película de hoy? —pregunta, acercándose de nuevo el vaso a su boca.

Imito su gesto de forma inconsciente.

—Allí estará, sí.

Bebe un sorbo antes de contestarme.

—Habrá que volver a probar.

Empiezo a pensar que Pascal ha echado algo diferente este año al vino, porque no entiendo por qué me siento como flotando en una nube, algo mareada, con cada sorbo que le doy al vaso.

Y, aun así, quiero mucho más.

X

Marie

Mi nerviosismo va en aumento con cada día que pasa este mes. Las navidades anteriores ya era alcaldesa, casi recién elegida y, aun así, no estaba tan estresada como en esta ocasión. Puede que sea por la tormenta. Sí, seguramente sea por eso. Todo va a salir bien, no dejo de repetirme a todas horas. Y, sin embargo, mi inquietud crece por momentos.

Estoy llegando ya al lugar en donde hemos quedado y sigo nerviosa. Porque nieva. No deja de nevar de forma constante desde hace días. Y lo normal en Mist Rachs es que nieve de esta manera cuando va a llegar ya la tormenta. Esto es casi una semana antes de lo previsto. Hemos cancelado o movido todas las actividades de la tarde y de la noche para que a esas horas los vecinos puedan estar ya en sus casas, por si acaso. Por eso hemos venido al mediodía al cine, para que estemos todas a salvo antes de las cinco, ya al calor de una chimenea bien cargada.

Ya están allí, al fondo, esperando frente al pequeño teatro antiguo del pueblo, que hace las veces de cine, lugar de reunión, de asamblea popular y varias más que se nos suelen ocurrir sobre la marcha. Es pequeño, pero cabría todo el pueblo y unos cuantos más si hiciera falta. Además, en Navidad está precioso, con sus luces antiguas y sus adornos *vintage* por dentro y por fuera. Es un lujo tener algo así en Mist Rachs y Johann, el jefe del lugar, nos lo hace saber cada vez que llamamos cine al teatro o le pedimos permiso para representar la obra de fin de curso del colegio. Nos riñe con cariño porque piensa que no sabemos apreciar lo que tenemos. Y puede que en realidad sea así en muchas de las cosas de la vida, pero amamos y respetamos nuestro pequeño teatro, aunque a veces lo llamemos de formas diferentes.

Sí, exacto, como la vida misma.

—Perdonad que llegue un poco tarde —me disculpo al llegar—. Fui a ver si estaba todo lo de… ¿Gabriel? ¿Qué es lo que…? ¿Qué haces aquí?

Venía tan deprisa y en mi mundo que ni siquiera me he dado cuenta de que Gabriel estaba justo frente a mí al llegar.

—Me… Me llamó Philip hace un rato para preguntarme si yo también iba a venir y…

Parece algo cortado, como si temiera que fuera a sentarme mal verle aquí. Me giro hacia la dirección que apunta con el dedo Gabriel y veo a nuestro flamante chef, al que Jenna le da un codazo, no sé por…

Ah, creo que me imagino el motivo.

—Bien, genial —respondo, mirando a Jenna un segundo para que sepa que me he dado cuenta de lo que ha hecho—. Entonces ya estamos todos, ¿no? ¿Sandrine no viene?

—Ha quedado con los del colegio para ayudarles con la función del lunes —me explica Cynthia con cara de no haber roto un plato en su vida.

El caso es que creo que es así, que jamás ha hecho nada malo y que sería perfecta para Gabriel. No como yo, que no dejo de trabajar, no soy capaz de desconectar al salir del ayuntamiento y no consigo decir lo que siento realmente a mi mejor amigo, algo que, además, ya no haré.

Parece feliz con ella y no voy a interferir en eso.

—¿Olive todavía está con gripe? —pregunta Sally, mirando su móvil un instante.

—La fui a llevar antes algo de comida a casa de mis padres y no quería ni salir de la cama —nos cuenta Philip.

—Para una vez que coge una gripe, la agarra por veinte años —digo yo, intentando no parecer nerviosa como me he sentido nada más llegar y ver a Gabriel.

—Bueno, entonces vamos a ver si el jardinero nuevo del barrio se casa al final con la empresaria de éxito, ¿no? —dice Sally, haciendo mención a la película de hoy, dando una palmada en el aire para ver si nos movemos y entramos ya.

Vamos pasando poco a poco al interior del pequeño teatro, situado al otro lado de la plaza, saludando a Johann al entrar y pagar nuestra entrada.

Me acerco a comprar unas palomitas y un botellín de agua, pero se ve que Gabriel tenía el mismo destino en mente y nos chocamos al llegar al coqueto quiosco de dos ruedas, situado a un lado de la puerta de la sala.

—Perdona, yo… —me disculpo como puedo.

—No pasa nada —me asegura, y señala el puesto de palomitas—. ¿Unas dulces y agua?

Asiento, sonriendo al darme cuenta de que recuerda un detalle así de mí.

—¿Unas saladas grandes y refresco de cola?

—Tenemos buena memoria los dos —dice.

Cynthia aparece entonces y él la mira con una preciosa sonrisa.

—¿Me pides unas palomitas bien grandes? —le pregunta ella, mirando el puesto con ganas de lanzarse a él.

Y también al puesto de palomitas.

Bueno, en realidad sólo miraba las palomitas, pero no sé, en mi cabeza las cosas van más allá.

—Claro —le responde él, haciéndome sentir que quedo a un lado—. ¿Y de beber?

—Algún refresco. ¿Hay de cola? —pregunta ella.

—¡Vaya! Igual que yo en todo —le dice él con sorpresa, riéndose por esa coincidencia.

—Esto es un cine —escucho ahora a mi lado a Tyra, dirigiéndose a ellos—. Es lógico que la gente pida palomitas y refrescos.

Me mira un segundo y me guiña un ojo, aunque eso no disipa mis pensamientos catastrofistas. Además, ellos siguen riendo y comentando lo que parece ser un chiste interno que sólo a ellos les hace gracia.

—¿Te ha sentado mal que le dijera a Philip que le llamara? —oigo a mi otro lado a Jenna, susurrándome al oído para que ellos dos no nos escuchen.

—Vaya, Jenna, te has adaptado perfectamente a Mist Rachs —le dice Tyra, que sí que ha escuchado lo que ha dicho—. Todas te lo agradecemos.

—¿Hoy regalan las palomitas? —nos pregunta Helen, a la que Loreen le dio la tarde libre en el hotel para que pudiera venir con nosotras.

—Perdona, pasa —le digo, haciéndome a un lado.

—¿No vas a…? —me pregunta ella.

—Es que no tengo mucha hambre —respondo, no pudiendo evitar mirar a Gabriel, que está jugando a robar palomitas a Cynthia con la boca, ante las risas de esta.

Jenna, Tyra y Helen se me tiran encima al momento, riéndose por mi triste reacción. Sé que quieren animarme, pero no sé cómo voy a hacerlo si no dejo de ver a Gabriel con aquella chica que, además, me cae tan bien.

Es horrible. Todo un drama.

—¿Todavía no hemos visto la película y ya estamos emocionándonos? —nos pregunta Philip cuando estaban soltándome, dándonos un abrazo grupal y haciendo que vuelvan a rodearme tropecientos brazos al instante.

—¡Yo también quiero! —escucho de lejos a Sally. No la veo, pero siento que algo se ha movido a mi alrededor y todos se ríen con aquello.

Al final termino riéndome por lo tontos que pueden llegar a ser mis amigos.

Menos mal que les tengo a ellos.

—Pero por favor, que la película va a empezar en cinco minutos —oímos a Johann a nuestro lado—. ¿No vais a querer palomitas entonces?

No tardamos ni cinco segundos en separarnos, volviendo a hacer cola para que el atento Johann, que es dueño, acomodador y vendedor de entradas y palomitas en el cine —perdón, teatro— nos sirva a cada uno lo que pedimos. Gabriel y Cynthia han entrado ya a la sala. Les vemos sentados en mitad de la misma, comiendo palomitas y charlando amistosamente. Todos empezamos a acomodarnos alrededor mientras otra gente va llegando con prisa para que Johann no les riña por llegar tarde al inicio de la película.

Me siento la última de la fila, al lado del pasillo, pero Sally me levanta de allí casi a la fuerza.

—¿Qué pasa? —le pregunto mientras soy arrastrada por todos hasta casi la mitad de la fila.

Me dejan caer por fin justo al lado de Gabriel, que se gira en ese momento hacia mí, sorprendido por verme ahí sentada de repente.

—Vaya, ¿y Sally? —pregunta.

—¡Es que soy mucho de ir al baño y así no os molesto! —grita desde el fondo de la fila mientras todos nuestros amigos se ríen, intentando disimular como pueden.

Y pueden mal.

Fatal, además.

Gabriel se encoge de hombros y simplemente me sonríe. Mira hacia la pantalla un instante, en la que todavía Johann no está proyectando nada, y tamborilea con sus dedos en su propia pierna.

—¿Sabemos algo de Frederick? —me pregunta.

¿Otra vez con eso?

—No, no sabemos nada —respondo de mala gana.

Parece que últimamente sólo nos dirigimos la palabra para hablar del teniente de alcalde.

—Perdona, no quería molestarte —se disculpa, acercándose a mí—. Es sólo que estoy algo nervioso por lo que ha pasado con él. No me gustaría que hiciera alguna tontería.

—Seguro que se le acaba pasando —le intento tranquilizar—. Volverá después de la tormenta, cuando ya esté todo bien, y seguirá molestándonos como siempre.

—Lo último se lo puede ahorrar —me dice, haciéndome sonreír con su propia sonrisa.

Escuchamos una leve risa al otro lado de Gabriel, proveniente de Cynthia y Tyra, que están hablando en voz baja mientras pican palomitas la una de la otra.

—Cynthia se ha adaptado genial al pueblo —comento, intentando sonar amable.

—Es una mujer increíble —me dice, rompiéndome con cada palabra un poquito más. Y se acerca más a mí—. ¿Tú también sientes que va a quedarse?

Trato de seguir sonriendo mientras asiento.

—Espero que seáis muy felices, de verdad.

Su gesto es algo confuso cuando le digo eso. Imagino que no querrá hablar de algo así tan pronto; se estarán todavía conociendo.

Johann apaga las luces de la sala y comienza a proyectar los primeros fotogramas de la película de hoy. Se hace el silencio e intento concentrarme en la pantalla. Por lo general, antes del primer segundo ya estoy dentro de la historia si tiene temática navideña, pero esta vez pasan

diez largos minutos hasta que soy capaz de concentrarme y disfrutarla.

Gabriel

—¡Tenemos que repetirlo! —dice Sally con emoción al salir del cine.

—Mañana mismo —le responde Jenna, uniéndose al entusiasmo de la primera, seguida por el resto.

—Creo que la de mañana va de un músico que vuelve a su pueblo después de años fuera y se encuentra con el amor de su juventud —nos explica Tyra.

—Ese cliché es mi perdición —reconoce Sally—. ¿Mañana aquí a la misma hora que hoy?

Todos asienten con emoción por repetir mientras Johann echa el cierre; ya es la hora que hemos decretado para que las actividades cesen hasta que la tormenta pase por fin, así que las calles están bastante vacías en estas primeras horas de la tarde. Cada uno se va despidiendo del otro, tomando caminos diferentes. Cynthia quiere ir a probarse unos complementos de invierno que Tyra le ha comentado que tiene en la tienda, así que de repente nos hemos quedado solos Marie y yo en mitad de la plaza, no sabiendo todavía cómo ha pasado. Por suerte, Marie se echa a reír y quita hierro al asunto.

—¿Vas a casa ya? —me pregunta.

—Seguramente me esté esperando allí Sandrine. ¿Tú?

—Quería comprarme un chocolate caliente e irme también a casa.

Le hago un gesto con la cabeza, señalándole el mercadillo vacío y con todos los puestos cerrados. Ella se da cuenta y se tapa la cara con las manos, echándose a reír después.

—Me parece que se te ha fastidiado el plan —le digo.

—Pues además no tengo chocolate en casa; se me olvidó comprarlo hoy por la mañana.

¿Se lo digo? ¿Lo hago? Si lo hago, ¿lo verá mal? ¿Se ofenderá?

Mira, no sé, yo creo que es algo bastante normal entre amigos, así que lo suelto.

—Yo tengo un arsenal considerable en casa. Si quieres pasarte, te preparo uno con todos los extras.

—No quiero molestar, Gabriel, que tienes una invitada muy especial en tu casa y podría… No sé, le podría molestar que yo…

No entiendo lo que me está diciendo, así que sigo con mi ofrecimiento.

—Tengo los *sprinkles* que te gustaban hace años.

Y sus ojos se iluminan.

—¿Los de los árboles de Navidad con bolitas rojas?

Asiento.

—Y bolas de chocolate rellenas de marshmallows.

—Bueno, mira —me dice, casi ni dejándome terminar la frase—, voy a aceptar tu invitación, porque ya que insistes tanto…

Me echo a reír cuando agarra mi brazo y tira de mí en dirección a mi casa.

—Sí que tienes antojo de chocolate —comento de camino—. Pensé que con las palomitas tendrías suficiente azúcar por hoy.

—En Navidad, nunca es suficiente azúcar —me aclara.

—A lo mejor por eso eres tan dulce. —Y no me doy cuenta de lo que he dicho hasta que veo cómo me mira—. Perdón, quería decir que… Bueno, perdón, a secas.

Estoy avergonzado, pero tampoco voy a ponerme a inventar una mentira que, además, no va a tener ningún sentido. Y Marie siempre ha sabido cuándo miento y cuándo digo la verdad,

así que ni me molesto.

Y, por suerte, no parece que le haya sentado mal mi comentario.

—Siempre eres un amor de persona con todo el mundo —me comenta, como si decirle aquello lo achacara a mi personalidad y no a lo que en realidad siento por ella.

Hemos llegado a mi casa, a dos puertas de la suya, y saco las llaves para abrir.

—Sí, bueno… —Dejo que pase ella primero y así voy pensando cómo terminar la balbuceante frase que he empezado. Y opto por no terminarla—. Puedes sentarte en el sofá —le indico, yendo hacia allí para encender la chimenea.

—Prefiero ayudarte con el chocolate.

Prendo el fuego con la leña que siempre dejo preparada en la chimenea y me acerco a ella. No tendría que estar nervioso, porque Marie y yo pasamos mucho tiempo juntos en el ayuntamiento, pero también en nuestras propias casas, preparando cosas del trabajo desde que fue la campaña. Antes de que yo me fuera de Mist Rachs, también éramos inseparables. Es por eso que no entiendo por qué siento vértigo al tenerla hoy aquí.

—Pues… Parece que Sandrine no ha llegado todavía —digo mientras arranco por fin a andar en dirección a la cocina, seguido de ella.

—A lo mejor está arriba en su dormitorio.

—Se la escucharía.

Se ríe con mi comentario y entra conmigo en la cocina.

—Lo tienes todo preparadísimo —me dice, viendo que tengo en una bandeja todos los ingredientes necesarios—. Cynthia tiene que estar encantada aquí.

—No te creas; es más de salado. Se trae un pretzel y un vino especiado cada día.

—Me dio la impresión en el cine de que teníais gustos muy similares.

—Si se entera Johann de que has llamado cine a su teatro, le entrarían sudores fríos —le recuerdo.

Ella ríe de forma dulce y pausada, amenizándome mientras preparo dos tazas de un buen chocolate caliente navideño.

—Oye… ¿Crees que va a pasar algo este año? —pregunta. Cuando ve que la miro sin comprender, me explica—. Con la tormenta, ya sabes.

—Estamos preparados, ¿no?

—Sí, pero si empieza de forma inesperada o dura demasiado tiempo…

Creo que está preocupada de verdad. Puede que tenga yo parte de culpa, por confiarle mis temores hace días, pero creo que era mi deber comunicarle lo que pensaba sobre lo que estaba pasando.

—Si sucede cualquier cosa, vamos a poder arreglarlo. —Me mira con algo de angustia al ver que doy por hecho que algo podría pasar. Dejo todo y poso mis manos sobre sus brazos, a la altura de los codos, y continúo hablándole mientras le doy un ligero apretón, indicándole que estoy aquí, con ella, a su lado; como siempre ha sido—. Juntos, ¿de acuerdo? Pase lo que pase.

Sus ojos color escarcha de nieve sobre hierba se clavan en los míos y creo que me empiezo a derretir. Creo que ella también lo nota, pero no parece querer alejarse. Y empiezo a pensar que se siente incómoda, así que suelto sus brazos al instante. Pero algo extraño sucede, y es que Marie acaba de poner sus manos sobre mi cintura. Intento no hacer ningún movimiento que provoque que ella se retire. Casi ni respiro por miedo a que se aleje de mí. Incomprensiblemente nuestras bocas se aproximan y puedo sentir su cálida respiración sobre mis labios, haciéndome estremecer.

—¡Ya estoy en casa!

La puerta principal se abre a la vez que Sandrine anuncia su llegada con entusiasmo. Sus manos sueltan mi cintura, mis labios dejan de sentirla respirar y nuestros cuerpos toman distancia, la suficiente como para volver a extrañarla aunque la tenga frente a mí, con mirada asustada por lo que casi sucede entre nosotros.

—Lo siento —me dice en voz baja—. Yo no… Perdóname.

Voy hacia ella y acaricio su brazo.

—Marie, yo quería decirte que…

—Ya, ya lo sé, y perdona por lo que yo… No quiero meterme en…

Se vuelve a alejar, dando un par de pasos hacia atrás.

—Pero no pasaría nada, Marie. Te aseguro que…

—¿Hay chocolate caliente para cenar? —nos interrumpe Sandrine, que acaba de entrar en la cocina—. Si es que tengo que venir yo, la hermanita pequeña, para que mi hermano mayor coma en condiciones. —Al ver que ninguno de los dos hemos hablado, nos mira de forma intermitente—. ¿He interrumpido alguna reunión política o algo?

—No, no es… —empieza a decirle Marie, yendo hacia la puerta—. Tengo que irme antes de que empiece a nevar con más fuerza.

—No caía mucho ahora —le comenta ella—. Mi hermano creo que es un poco exagerado.

Pero ella ya está saliendo de aquí con prisa.

—¡Marie! ¡Espera! —le digo, yendo detrás de ella. No escucho lo que Sandrine me dice. Salgo corriendo hacia la puerta principal, en donde ya está Marie cogiendo su abrigo y abriéndola—. No hace falta que te vayas tan pronto —le digo, consiguiendo que al menos me mire.

—Creo que sí que tengo que…

—Marie, por favor, tenemos que hablar.

Pero eso parece horrorizarla.

—No hace falta, de verdad —me asegura—. Sé todo lo que tengo que saber para no volver a acercarme a ti.

—¿Cómo?

Pero me parece que no le ha quedado suficientemente clara mi frustración actual, aunque haya exclamado eso con asombro absoluto.

—Te prometo que no voy a…

—Pero Marie, ¿de qué hablas?

Me acerco algo más y, aunque parece que va a dar un paso hacia atrás de nuevo, no lo hace en esta ocasión.

—Sé que somos buenos amigos —me dice a modo de explicación.

—Ya, eso ya lo sé. Y te aseguro que no querría perderte por nada del mundo.

Doy un paso más hacia ella hasta volver a estar a la misma distancia.

—Yo tampoco a ti, te lo prometo.

—Y aun así podríamos…

—¿Qué hacéis en la puerta? Hace demasiado frío —nos dice Cynthia, colándose por la rendija que había abierto hace un momento Marie, pasando entre ambos hacia la cocina—. ¡Sandrine! ¡Ya estoy en casa! —grita por el pasillo—. ¿Preparamos algo de cenar?

—Me voy —dice Marie con rotundidad.

—No, espera, por favor —le ruego—. Quédate a cenar o… A lo que quieras, pero quédate.

Marie niega con la cabeza mientras hablo y abre más la puerta, ahora sí, dando no uno, sino varios pasos en esa dirección.

—No, no puedo, Gabriel —dice con angustia.

Sus ojos parecen estar a punto de romperse.

—Pero, ¿por qué no…?

—No puedo, lo siento.

Me da la espalda y sale corriendo, alejándose de mí con tanta rapidez que me deja completamente descolocado. Iría detrás de ella; su casa está a pocos pasos de la mía, pero me parece que no quiere verme en este momento. ¿Habré sido el culpable de romper nuestra amistad? ¿No sabrá cómo decirme que fue un error incluso acercarnos demasiado?

Froto mi cara mientras cierro la puerta, bloqueando por fin la nieve que estaba cayendo en la entrada, y me dirijo a la cocina con Cynthia y Sandrine, que ya están divirtiéndose mientras preparan algo para la cena.

—¡Hermanito! Te toca pelar las patatas y hacer la salsa —Y al darse cuenta de que vengo solo, añade—: ¿Dónde está Marie?

—Se tuvo que ir —respondo, tratando de disimular mi angustia.

—¿Y eso? —me pregunta Cynthia en bajo, creo que comprendiendo que algo no va bien.

—Tiene que venir un día a cenar con calma —comenta Sandrine, ajena a todo—. Siempre va con prisa desde que es la alcaldesa. Y tiene que descansar un poco también. —Y se gira hacia mí, dejando de batir huevos—. Hermanito, invítala estas navidades un día, haz el favor.

Yo no sé ahora mismo ni qué responder a eso. Cynthia me lo nota y posa su mano sobre el hombro de Sandrine, que ha vuelto a sus cosas.

—Claro, estas navidades la invita, cielo —le dice sin dejar de mirarme. Me pregunta si estoy bien con los labios, sin emitir sonido alguno, pero yo no quiero ni responder.

—Bueno, patatas, ¿no? —pregunto, tratando de pensar en otra cosa.

—Y salsa —me recuerda mi hermana.

—Y salsa, por supuesto —le confirmo.

Seguimos los tres haciendo la cena sin hablar más de Marie. Cynthia viene hacia mí y aprieta mi hombro un instante, aunque no me dice nada más. Hoy no puedo hablar, y no sé si quiero. Me gustaría hacer como si nada de lo que acaba de pasar hubiera sucedido en realidad, pero tarde o temprano voy a tener que enfrentarme a la realidad. Pero no ahora. No este fin de semana.

Necesito evadirme y descansar.

XI

Gabriel

—No, de verdad, hoy prefiero quedarme en casa, Philip.

—Pero tío, ven conmigo —me vuelve a pedir.

—De verdad que no… No puedo.

—¿Cómo que no puedes? Es domingo, no trabajas y ha salido el sol.

—Y sigue nevando aun así. Quiero prepararlo todo para que…

Un sonido de queja me llega del otro lado de la línea telefónica.

—No me vengas con esas, Gabriel, ¿qué pasa?

Cojo aire, como si me llevara faltando desde que ayer Marie se fue de casa.

—Es… Es Marie.

—¿Qué pasa con ella?

—Lo he estropeado todo.

—¿Qué es lo que has estropeado tú, si eres el ser más…?

—Más tonto del universo —termino yo por él la frase.

—Ser bueno no es ser tonto, Gabriel —me dice muy serio—. Dime qué ha pasado con Marie, anda. Verás cómo no es nada en realidad.

—Es que… Ayer creo que estuvimos a punto de… Creo que por poco pasa algo. Entre nosotros, ¿sabes?

—No me… ¿En serio? —exclama, creo que con emoción—. Espera… ¿Cómo que *crees* y *casi*?

—No estoy muy seguro. Estábamos tan cerca que… Pero de repente no entiendo qué paso, pero Marie se fue de casa y…

—¿Fuisteis a tu casa? Vaya…

—No tiene gracia, Phil, esto es un drama. Es mi mejor amiga y a lo mejor la he perdido.

—Y tu trabajo de paso.

—Philip —le pido, intentando que deje de tomarse a cachondeo esto.

—Pero Gabriel, si todo el pueblo sabe que ambos estáis enamorados desde hace mil años.

—No lo… Somos amigos.

—Por favor… —exclama con tono cansado—. Y, ¿ese es el motivo por el que no quieres ir hoy al cine? ¿En serio?

—Necesito calmarme antes de verla en el ayuntamiento —le explico.

—No vas al cine… porque va a ir Marie… —dice lentamente. Escucho un murmullo de fondo antes de que vuelva a hablar—. Pero Marie no va a ir hoy.

—¿Cómo? ¿No va?

—Eh… No, no va. Así que tú ven y así te despejas un poco, ¿de acuerdo?

—No va por mi culpa —le digo, teniendo un nuevo tema con el que martirizarme lo que me queda de domingo.

—No, qué va, Gabriel, ¡no tiene nada que ver con eso! Ella no va… porque… Porque ayer se resfrió. Eso tiene sentido, sí…

—¿Eh?

—¿Qué? Ah, no, que digo que ayer… Ayer se fue de tu casa y cogió frío. Y prefiere quedarse hoy en casa.

—¿Crees que tendría que llamarla para ver si necesita que…?

—¡No, no la llames! —me dice con rapidez—. Es que… A ver, no puedes llamarla hoy porque es mejor que… ¡Que esperes a verla mañana!

Me quedo reflexionando unos segundos sobre lo que me acaba de decir.

—Bueno, sí, tienes razón. Además, si está en casa, estará bien. Y a lo mejor mañana ya estamos los dos más tranquilos y…

—¡Exacto! —me corta Philip—. Bueno, entonces vienes, ¿no?

—Bueno, vale, no creo que me haga daño salir un…

—¡Magnífico, Gabriel! Bien, pues nos vemos en un rato, ¿eh?

Colgamos después de una apresurada y más que extraña despedida. Puede ser cierto lo que he dicho: no me vendría mal despejarme hoy un poco. Dejaré que pase el día de hoy para ver si los dos estamos ya más tranquilos mañana. Puede que no haga falta siquiera que lo hablemos. O a lo mejor mañana los dos nos podemos reír de lo de ayer, tomándonoslo como una tontería, continuando como siempre, siendo amigos y nada más.

No me perdonaría jamás haber roto la amistad más importante de mi vida.

Tyra

Odio hacer inventario. Lo odio, pero tenía que hacerlo, porque ya llevaba retraso esta vez. Y hasta dentro de un rato no tengo que ir al cine, así que espero poder terminar todo a tiempo.

O no, porque hoy tengo a un par de magníficas ayudantes conmigo que están haciéndome pasar una mañana de inventario más que increíble.

—La de gorros que tienes, Tyra —comenta Sandrine, llevando en la cabeza unos cuantos superpuestos.

—Eso va en la zona de la caja, en el mostrador que… —Ella va colocándolos justo donde le estaba señalando, así que no necesito seguir explicándole—. Has salido muy lista.

—Por algo voy a ese internado —dice ella, haciéndome reír.

Cynthia sonríe mientras etiqueta bufandas como le enseñé a primera hora de la mañana con los guantes. Me mira de reojo, sentada a mi lado en unos cojines que tiramos hace horas en el suelo.

—¿Son todos así en ese internado o se ha colado alguna vez alguien normal? —le pregunto a Cynthia.

—No se suele querer colar ninguno normal —me dice—. Se volvería loco en esas clases.

—¿Tan horribles son?

—¡Son geniales! —me cuenta Sandrine, que sigue llevando aquí y allá artículos que ya hemos inventariado Cynthia y yo.

—¿Es mejor que el colegio de aquí? —le pregunto.

—Aquí tengo también amigos —me explica—, pero me aburría un poco. Agatha es una profesora genial, pero…

Cynthia y yo nos miramos, comprendiendo.

—Y mañana es la función, ¿no? —digo.

—¡Sí! —contesta ella.

—¿Ya tenéis todo preparado?

Estos días Sandrine les ha estado ayudando a terminar de preparar todo. Se hará mañana por la mañana y cada año hay nervios y emoción en todos los que participan. Y también en los que van a verla, aparte de risas veladas con graciosas equivocaciones y demás eventualidades

que suceden en una función de este tipo.

—Dentro de un rato voy para terminar de ayudarles con el vestuario y con el decorado, así que salid pronto del cine, que tenemos que montar todo antes de que se haga tarde, que luego Johann nos riñe por hacerle cerrar a horas intempestivas.

—Pondremos la película a doble velocidad para que podáis llegar a… —Suena mi móvil y veo el nombre de Jenna en la pantalla—. Me pillas haciendo inventario y como no te des prisa en hablar, no llego al cine.

—¡Esto es urgente! —me dice con emoción—. Vamos a ir al cine, pero no vamos a ir, ¿de acuerdo?

—Eh… A ver si lo he entendido bien. Dices que vamos a ir y no vamos a ir a la vez. ¿Es el cine de Schrödinger o…?

—A ver —me corta—, que vamos a ir hasta el cine, pero luego nos vamos a ir.

—¿Dónde vamos a…?

—No sé, pues cada uno donde quiera.

—Pero entonces, ¡para qué vamos a ir hasta el cine!

Me está volviendo loca.

—¿No vamos a ir hoy al cine? —pregunta Cynthia, no comprendiendo mis frases.

Es que ni yo las estoy entendiendo ya.

—Por ahora sólo he entendido que vamos, pero no entramos —le explico, y vuelvo a dirigirme a Jenna—. ¿Es algo así el tema?

—¡Exactamente! —me confirma—. Vamos, esperamos a que lleguemos todos y ya nos vamos. Bueno, Gabriel y Marie no se van.

—¿Ellos no?

—No, porque ellos se quedan.

—Ellos sí entran al cine —digo, por aclararme un poco con todo este embrollo.

—Sí, eso, ellos sí van a ver la peli.

—Y nosotras no.

—Aham, nosotras no la vemos.

—¿Me quieres explicar de una vez todo este lio, por favor?

Sandrine se echa a reír al verme tan absolutamente perdida y Cynthia sonríe mientras sigue etiquetando para adelantar trabajo antes de irnos a donde luego no vamos.

O algo así.

—Es que Marie ayer estaba un poco… —comienza a decirme.

—Sí, no estaba en su mejor momento, no.

Ayer por la noche estuvimos hablando en el grupo que tenemos en el móvil y nos contó lo que no había pasado con Gabriel. Y empiezo a entender por dónde va todo.

—Hoy Philip llamó a Gabriel para ir al cine y le dijo que no quería ir porque iba a ir Marie —sigue contándome.

—Pues qué imbécil.

—¿Quién es imbécil? —pregunta Sandrine.

—Tu hermano —le digo.

—Ah, sí, sí que lo es —me confirma, volviendo a sus cosas mientras Cynthia se echa a reír.

—El caso —prosigue contándome Jenna— es que le empecé a decir a Philip lo que le tenía que decir a Gabriel para que sí que fuera. Y no te imaginas lo que me costó, porque Phil es un cocinero genial, pero no se le da nada bien eso de mentir.

—Y conseguisteis que accediera a ir —resumo.

—Sí, y luego yo llamé a Marie y al final también va a ir, pero no quería por el mismo motivo —me dice Jenna.

—Y vamos a llegar allí todos, vamos a esperar a que entren en el cine y… ¿Nos echamos a correr o algo así? —pregunto, porque no veo claro el procedimiento que vamos a seguir.

Jenna parece pensar en esto unos segundos antes de contestar.

—Mejor entramos en el cine y, cuando empiece la peli, nos vamos.

—Entonces al final sí que entramos —le digo.

—¿Vamos al cine o no? —me pregunta Cynthia.

—Ojalá lo supiera —le contesto, perdidísima con todo todavía.

—¡Pero si es muy sencillo! —se queja Jenna al otro lado de la línea—. Vamos al cine, entramos, nos sentamos…

—Ah, que también nos sentamos.

—Sí, a ver, nos sentamos —intenta seguir explicándome—. Pero cuando apaguen las luces, todos nos levantamos y nos vamos de allí. Así les dejamos solos a Marie y a Gabriel para que hablen. Porque ella sigue pensando que Gabriel está enamorado de Cynthia y no hay forma de hacerle entrar en razón.

Miro de reojo a mi compañera de inventario y ella parece sentir que lo hago, porque levanta la vista un instante, sonriéndome al hacerlo.

—Johann va a estar feliz por vendernos entradas, palomitas y refrescos a todas, pero luego no tener que aguantarnos.

Ahora es Sandrine la que ríe, imaginándose por un momento al cascarrabias de Johann feliz.

—Bueno, pero lo has entendido, ¿no? —me pregunta Jenna algo frustrada también por no estar haciéndose entender del todo.

—Sí, vale, comprendido. Le explico ahora a Cynthia todo esto y nos vemos allí en un rato —le confirmo—. Para irnos después.

—¡Eso es! —exclama con emoción por haber sido capaz de explicarse al fin—. Espera, ¿está ahí contigo?

—Sí.

—Ah.

—¿Qué?

—No, nada.

—No, ¿qué? —insisto.

—Que a lo mejor podías preguntarle si Gabriel…

—Nos vemos en un rato, Jenna —le digo, cortando su frase antes de que la termine.

Colgamos y me hago un esquema mental con todo lo que tengo que decirle a Cynthia sobre lo que acaba de contarme Jenna. Y va a ser complicado de explicar, pero lo intentaré.

—Llegamos al cine y nos vamos para dejar a Gabriel y a Marie que hablen sus cosas.

—Ah, vale —dice ella, entendiendo a la primera.

—Me alegra no tener que explicarte más, porque no sé cómo habría conseguido hacer tamaña proeza.

Ella se echa a reír con Sandrine, que ha terminado de colocar todos los gorros y está ahora con las bufandas que Cynthia le ha pasado hace un momento.

—¿Queda mucho más? —pregunta la pequeña sabionda, echando un vistazo a la

trastienda.

—Sólo lo de aquí, nada más —le confirmo.

—Entonces voy a avisar a los amigos para decirles que en un rato voy al colegio para terminar todo —nos dice, tecleando algo en el móvil.

Suena ahora el de Cynthia, pero le echa un vistazo y corta la llamada, siguiendo con lo que estaba haciendo sin inmutarse. Vuelven a llamarla y ahora coge el móvil con algo de nerviosismo y lo apaga, suspirando después.

—¿Tu ex? —le pregunto para quitar hierro al asunto, ya que se ha dado cuenta de que he visto lo que ha pasado.

—Ojalá —responde secamente.

—Entonces es un familiar queriendo que pases con ellos las fiestas.

Me mira sorprendida.

—¿Cómo has…?

Me encojo de hombros.

—Tengo un don —bromeo—. Si quieres salir a hablar con…

—No, no quiero —me asegura—. Ya hablé todo lo que tenía que hablar en su momento y no tengo que decir ni escuchar nada más. —Me quedo en silencio, no sabiendo qué responder a eso, y parece que ella lo nota—. Perdón, es que…

—No, no pasa nada —le aseguro—. Si no quieres hablar con alguien, haces bien en no cogerle el teléfono, eso es todo.

—Eso creo yo.

Aunque me parece que no lo dice muy convencida.

Sandrine me mira de reojo con cara de circunstancia y se encoje de hombros como yo.

Seguimos las tres terminando de inventariar entre comentarios neutros y risas varias, haciendo que Cynthia vuelva a estar como antes de la misteriosa llamada.

XII

Marie

La verdad es que me apetecía entre cero y nada salir hoy de casa después de lo de ayer. Quería quedarme encerrada viendo una película tras otra, tragando litros de chocolate caliente con galletitas de mi hermano y tratando de pensar en algo que no fuera el tremendo ridículo de ayer con Gabriel. Porque lo fue, seamos sinceras. Creo que le hice sentir incómodo. Y luego llegó su hermana. Y trataba de explicarme que en realidad estaba enamorado de Cynthia, pero yo no quería escuchar. Y después llegó ella en persona, y ya no pude más y tuve que irme. Y no fue como en las películas, que viene detrás, me gira y me dice que en realidad siempre me ha amado y que quiere pasar el resto de sus días conmigo a su lado. Nada de eso pasó. Yo salí de su casa y él cerró la puerta como si nada. Claro, había llegado ya el amor de su vida y no iba a dejarla tirada por una amiga. Conmigo ya hablará mañana. O ni eso. Bueno, en realidad prefiero no hablar sobre lo de ayer. No quiero que me diga con cara mustia que somos amigos, que me quiere, pero que ama a otra mujer. Que yo estaré feliz si él lo está, aunque sea con otra.

Pero gracia no me hace, la verdad.

Y sí, me apetecía quedarme en casa, pero Jenna me ha insistido tanto que no he podido seguir negándome. Además, me ha asegurado que no va a ir Gabriel. Claro, porque no quiere verme hasta que sea absolutamente necesario. Si es que encima trabajamos codo con codo. Menuda situación más tensa vamos a tener que vivir mañana.

Es que soy tonta. ¿Por qué le puse las manos en la cintura? ¿Por qué, por qué, por qué? Ayer me di tantos golpes con un cojín al llegar a casa y hacerme esta misma pregunta que temí que me acabara saliendo un bulto en la frente. No lo entiendo, todo iba bien, somos amigos, trabajamos juntos y ya. Pero claro, me creo las historias que mis amigas se arman en la cabeza y acabo haciendo tonterías.

Y nunca más.

Veo a todos ya a la puerta del teatro de Johann y Jenna me saluda con la mano ya de lejos. Viene hacia mí corriendo y me agarra por los hombros, caminando conmigo.

—Me alegra que hayas venido al final —me dice.

—Bueno, yo…

—Porque las cosas se arreglan hablando, ¿sabes?

La miro sin comprender.

—¿Cómo?

—Y todos te queremos —añade.

—Sí, claro. Yo también os… —Es entonces cuando veo a Gabriel entre los demás, mirándome con sorpresa absoluta, igual que hago yo—. Yo también os voy a…

—¿Te he dicho ya que te queremos? —me corta Jenna, abrazándome hasta casi dejarme sin respiración.

Gabriel mira a Philip, que se encoge de hombros, y creo comprender lo que ha pasado aquí. Y me muero ya mismo de vergüenza. Él también al parecer, pero reacciona mejor que yo, ya que me dice *lo siento* con los labios y se encoge de hombros, entrando con todos al cine.

Mierda, y yo ahora, ¿qué hago? ¿Entro? ¿Me voy? Quedaría horrible si me marcho ahora. Todos se sentirían fatal porque parece que se han esforzado para que ambos estemos aquí hoy. Gabriel ya está entrando y se ve que no le ha molestado mucho. Y en realidad ya me había hecho a la idea de ver otra película navideña hoy.

Entro, ¿no?

Entro.

Compramos todos nuestras palomitas, nuestras bebidas y pasamos a la sala. Hoy no insisten para que nos sentemos juntos. Bueno, algo es algo. Y entonces empiezan a levantarse todos ellos, despidiéndose y saliendo se la sala igual que entraron, hace escasos segundos. Todo es tan rápido que en un suspiro estamos Gabriel y yo solos en la misma fila, mirándonos sin comprender y comprendiendo a la vez muy bien lo que ha pasado.

Y nos echamos a reír.

—¿Puedo…? —me pregunta él, señalando el asiento de al lado.

—Sí, claro —le digo, y en cuestión de segundos le tengo a mi lado, palomitas y bebida en mano.

—Voy a arriesgarme y decir que nuestros amigos querían que nos quedáramos solos por algo.

Río de nuevo con él por su acertada conjetura.

—No nos merecemos a unos amigos así —reconozco, todavía entre risas que van bajando de volumen, ya que el resto de gente que está en la sala al final acabará por quejarse.

—Tú te mereces a esos amigos y más, Marie. —Me quedo muda con su frase y él se da cuenta enseguida—. Perdona, a lo mejor te estoy volviendo a hacer sentir incómoda y lo que no quiero es que…

—¿Incómoda? —pregunto—. Eres mi mejor amigo, Gabriel, no podrías hacerme sentir incómoda con nada de lo que dijeras, y menos con algo tan bonito como eso.

Se hace el silencio entre nosotros mientras sus ojos me observan, pensativo.

—Claro, sí, perdona —dice, bajando un instante la mirada para luego volver a levantarla hacia mí—. Soy tu mejor amigo y los mejores amigos no hacen esas cosas.

Sonríe, sí, pero algo me dice que no lo hace con ganas.

—¿Pasa algo, Gabriel?

—No, nada.

—Puedes contarme lo que sea.

Vuelve a sonreírme y es lo último que veo antes de que Johann apague las luces.

—Lo sé. Eres mi mejor amiga, ¿no?

Y su frase se me clava de manera demasiado profunda, allá donde no soy capaz de llegar para arrancármela.

—Podemos tomarnos algo en mi casa —propone al salir, ya fuera del teatro, donde empiezan a entrar los que organizan el festival del colegio que se celebra mañana.

—No, de verdad, mejor me voy a casa a descansar; esta semana va a ser muy dura.

Sandrine aparece por detrás de Gabriel y me hace un gesto con el dedo sobre sus labios hasta que le abraza por detrás, asustándole.

—Hermanita, vas a matarme de un susto un día de estos —se queja él, aunque lo diga riéndose.

—Ayer te fuiste muy pronto, Marie —me dice ella ahora, ignorando las palabras de su hermano—. Tienes que venir a cenar un día con nosotros, ¿lo prometes?

Hoy todo el mundo se ha propuesto que Gabriel y yo pasemos más tiempo juntos del necesario, está claro.

—Ahora tenéis mucho lío en casa —le recuerdo a Sandrine.

—No, no tenemos… —comienza a decirme, y entonces cae en algo—. ¿Lo dices por Cynthia? ¡Pero si ya es como de la casa! —Y su risa al decir aquello no es que precisamente me

reconforte—. Vente, por favor, que en unas semanas me iré de nuevo y me haría ilusión ponernos al día las dos. Como antes de irme. Era de mis momentos favoritos de la vida.

Sonrío por el recuerdo que me ha venido a la mente con sus palabras. Sandrine y yo siempre nos hemos llevado bien. Nos contábamos mil cosas y compartíamos secretos a pesar de la diferencia de edad entre las dos. Eran tiempos hermosos, en los que sentía que Gabriel y yo sólo éramos y podríamos ser mejores amigos.

Todo era sencillo y hermoso.

—En cuanto pase la tormenta, ya veremos cuándo…

Su abrazo no deja que termine mi frase. Gabriel sonríe al vernos, en silencio, esperando a que su hermana me vuelva a dejar respirar. Después de esta maravillosa interrupción, Sandrine se va dentro del teatro para seguir echando una mano al resto y Gabriel y yo nos volvemos a quedar solos.

—Tienes una hermana increíble —le digo.

—Los tuyos no lo son menos.

Y creo que ahora mismo me vendría bien una charla con Olive.

—Bueno, pues…

—¿No vas a venir entonces? —insiste—. Mi hermana dijo que…

—Más adelante —le prometo—. Cuando todo pase.

Y no sé si se da cuenta de lo que quiero decir con ese *todo*, pero no me estoy refiriendo sólo a la tormenta.

—Claro, sí, disculpa por…

—Parece que últimamente nos tenemos que estar pidiendo perdón por cualquier cosa —le digo.

Su sonrisa es de agradecimiento, porque con esto intento decirle que no lo haga más, que no me pida perdón por lo que sólo están en su cabeza. Que los amigos no tienen que disculparse tantas veces, porque en realidad no hacen o dicen las cosas para herir al otro. Y nuestra dinámica no va a cambiar por un malentendido puntual de ayer.

O eso espero.

—Mañana nos vemos en el ayuntamiento —le digo.

Sonríe y asiente.

—Claro, sí. —Se hace el silencio un instante y continúa hablando—. Hasta mañana entonces, Marie.

Yo también sonrío y asiento.

—Hasta mañana, Gabriel.

Me giro y le doy la espalda antes de volver a hacer una estupidez como la de ayer. Por suerte hemos podido arreglarlo, o eso creo. Pero si cometo el mismo error dos veces, no sé si se podría hacer algo para salvar nuestra amistad.

Me voy directa a casa, bajo la suave nieve que cae y sobre una fina capa a medio cuajar en el suelo. Pero al llegar a mi puerta, siento que hoy necesito más que nunca a mi hermana, así que camino unos cuantos metros más, girando en la esquina y llegando a la casa de mis padres, donde Olive se queda siempre que viene a pasar una temporada, y llamo a la puerta, esperando que alguien me abra antes de que me caiga demasiada nieve encima. Por suerte mi madre ha llegado antes de empezar a sentir frío siquiera.

—Cariño, ¿tú otra vez por aquí? —me pregunta, medio riéndose.

Paso al hall de la entrada y ella cierra la puerta.

—Venía a ver a Olive —le digo mientras me quito el abrigo y el gorro, llenos de nieve.

Mi madre me ayuda a posar todo en el perchero de la entrada mientras habla.

—Hoy ha bajado ya al salón —me cuenta.

—Algo es algo. ¿Y papá?

—Con ella. Estábamos los tres viendo una película navideña, ya sabes.

Cada Navidad en casa de mis padres veíamos mínimo una película de ese género al día, mientras Philip hacía galletitas en el horno y nos comíamos toneladas durante esas semanas. Eran buenos tiempos, en los que no había más preocupaciones que elegir nueva película cada día y poco más.

Porque en esa época estaba claro que Gabriel era sólo mi mejor amigo.

Paso hacia la zona del salón y ahí están ambos, sentados en el sofá frente a la chimenea, viendo una película con una manta por encima cada uno. Olive se gira al escuchar ruido detrás de ella y me mira con una sincera sonrisa.

—Si sigues viniendo tanto a casa, mamá y papá van a tener que habilitarte tu dormitorio de nuevo —dice con voz gangosa todavía.

Me tiro prácticamente encima de ella, provocándole la risa.

—Tenía ganas de ver a mi hermanita —le digo después, a modo de disculpa por haberle caído encima hace un momento.

—¿Qué tal está todo en el exterior? —me dice con voz de pena—. ¿Alguna cosa reseñable? —La abrazo tan fuerte al preguntarme aquello que sabe rápidamente de qué puede tratarse lo que me sucede—. Papá, ¿podrías traerme algo de cena, por favor? Parece que ya voy teniendo algo de hambre y quiero aprovechar antes de que se me vaya.

Mi padre nos mira y entiende. Se levanta sonriendo, yendo hacia la cocina.

—Tardaré unos minutos —nos anuncia—. ¿Tú vas a cenar aquí también, Marie?

—No, gracias, papá. Quiero llegar a casa antes de que empiece a nevar más.

Escucho suspirar a mi padre de camino a la cocina, demasiado sonriente.

—Vale, ahora dime qué ha pasado con Gabriel antes de que me suba la fiebre —me dice mi hermana.

—Que es mi mejor amigo.

Lo digo con tanta pena que comprende nuevamente.

—Sabes que no es…

—Ayer estuvimos cerquísima de… algo. No sé. Y no pasó nada. Y hoy… Hoy es de nuevo mi mejor amigo, nada más.

Olive suspira y me abraza antes de que me pueda poner a llorar.

—Hermanita, si Gabriel te gusta, tendrías que decírselo claramente.

Me separo un poco de ella para mirarla.

—¿Cómo que claramente?

—Con palabras, ya sabes.

—¡Pero no puedo hacer eso! —exclamo asustada al pensar en una escena así—. Él es mi amigo, y trabajamos juntos. Y además, creo que está enamorado de Cynthia, y se ha quedado en su casa.

—Todo el mundo me habla de esa chica. Ya tengo ganas de conocerla.

—Es muy buena. Me cae bien —reconozco—. Y si él va a ser…

—Ni se te ocurra decir una frase tan de novela como esa —me advierte, levantándome incluso el dedo índice.

—Pero yo lo que quiero es que él…

—Esa frase tampoco —me corta una vez más.

Sonrío con ganas de nuevo de incluso reírme.

—Muy bien, entonces, ¿qué digo?

—Que hablarás con él.

Alzo la vista al techo con desgana y me gano un empujón de mi hermanita.

—Vale, cuando acaben las navidades, hablaré con él.

—No, cuando pase la tormenta.

—¿Tan pronto? —me quejo.

—No, si te parece, dejas una conversación así pendiente para dentro de doce años.

Suspiro, sabiendo que mi hermana tiene razón. Todo se complicaría si no hablara con él y le explicara que siento algo más que amistad, que no me lo tenga en cuenta y que en un tiempo podré ser la de siempre de nuevo. Quiero que sepa que voy a seguir siendo su amiga y alegrándome cuando él y Cynthia formalicen lo suyo. Porque, ante todo, le quiero, aunque sólo pueda ser como mi mejor amigo.

Hoy no me quiero ir a casa. Me gustaría quedarme con mi hermana y mis padres como si todavía estuviera viviendo aquí. Porque hace años nada de esto me habría preocupado: ni tormentas, ni Gabriel, ni tenientes de alcalde… Nada existía. Sólo estábamos Philip, Olive y yo junto a mis padres, alrededor de una mesa bellamente adornada, con el árbol iluminado de fondo, cantando villancicos y riendo por todo lo que se nos ocurriera en el momento.

A veces hay que volver al lugar en donde todo es paz para alcanzarla. Y eso es lo que he hecho hoy.

Y con esa paz, precisamente, me voy a casa.

XIII

Gabriel

Voy caminando hacia la zona de la alcaldía mientras reviso en mi agenda todo lo que tenemos que tener listo para antes de la tormenta. Kits repartidos, gente avisada, eventos reorganizados… Me parece que no nos queda nada por preparar. ¿Las quitanieves de la zona…? Vale, sí, recuerdo que llamamos el viernes pasado para advertirles, por si necesitábamos que pasaran por Mist Rachs. Lo único que queda es que Marie venga hoy con la memoria de este fin de semana borrada y todo sea como antes de que pasara lo que no pasó.

Ayer me habría gustado irme con ella a alguna parte y, con tranquilidad, hablar de todo. Marie no quería. Se encontraba a disgusto a mi lado, pensando que podría sacar ese tema, así que no dije absolutamente nada. No más Marie en mi cabeza si no es para pensar en ella como alcaldesa y mejor amiga. Nada más. Mis sentimientos van a quedar en un sitio a buen recaudo para siempre. Fin del sueño. Se acabó pensar tonterías de adolescente. Tengo que centrarme en el presente, en uno realista, y sé de sobra que eso no incluye a Marie más allá de lo que es ahora.

Llego por fin a mi mesa, pero me fijo en que la puerta de Marie está un poco abierta. Ella siempre cierra del todo. Es una manía que tiene desde pequeña: ir cerrando puertas a su paso, a veces incluso las ajenas. ¿Ella ya ha llegado? Miro mi reloj, pero todavía es pronto. Puede que le haya vuelto a pasar como el otro día y el despertador le haya fallado. Me acerco a la puerta para comprobarlo y justo cuando cojo el manillar para abrirla del todo, alguien la empuja desde dentro.

—Frederick, ¿qué hacías dentro del despacho de la alcaldesa? —le pregunto con recelo al ver el gesto de sorpresa que pone al verme allí.

Echo un vistazo al interior del mismo y veo que, efectivamente, Marie no ha llegado todavía.

—¿Tú qué haces aquí tan pronto? ¿Intentando ganar puntos para que te den mi puesto?

Voy a ignorar semejante comentario.

—No me has respondido —le recuerdo—. ¿Qué hacías ahí dentro?

—Esperar a la señorita alcaldesa.

—Es señora alcaldesa —le corrijo.

—No está casada, que yo sepa.

—Eso es tan rancio que ni siquiera a ti te pega decirlo, Frederick.

—Lo que tú digas.

Me hace un gesto de desdén con la mirada y pasa por delante de mí sin más.

—Frederick, te lo voy a repetir una vez más: ¿Qué hacías en el despacho de la alcaldesa?

Se gira hacia mí con suficiencia, mirándome de arriba abajo.

—Y si no te lo digo, ¿qué vas a hacer? ¿Pegarme? ¿Ahora también eres el guardaespaldas de Marie? No te puedes pegar más a ella porque ella es la que no quiere que lo hagas. Das pena.

—Por mucho que intentes picarme, no vas a conseguirlo —le advierto—. Llamaré a Pete para que te lo pregunte él mismo si quieres. ¿Qué hacías ahí dentro?

—La verdad es que no sé cómo no sois pareja, porque si tú das pena, ella es el patetismo personificado.

No me he dado cuenta de cómo he llegado a levantarle del suelo, agarrándole por la americana. Ha sido un impulso que llevaba tiempo reprimiendo en realidad.

—¡Gabriel! —escucho decir a Marie con asombro a mi lado—. ¡Haz el favor de soltar a Frederick!

Mis manos siguen sus órdenes y suelto al impresentable de Frederick, dejándole de nuevo en el suelo, por el que se tendría que mover arrastrándose cual babosa. Sin embargo, esta babosa humana se yergue con prepotencia ante mí, sonriéndome de forma asquerosa.

—Menos mal que la señorita alcaldesa ha llegado, porque temí que este loco me hiciera algo —se atreve a comentar el muy…

—Eres un impresentable —le respondo—. Y todavía no me has explicado qué hacías dentro del despacho de la señora alcaldesa.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Marie, que se ha colocado en medio de los dos.

—Eso me gustaría saber a mí —respondo, mirando a Frederick.

Y se ve acorralado cuando Marie se gira hacia él, esperando a que explique algo por fin.

—Sois unos paranoicos —nos dice, empujándonos para hacerse paso e ir hacia la puerta de salida—. Estáis fatal. Primero la tormenta y ahora esto. —Nos mira un instante, ya en el umbral—. Por cierto, ¿él sabe lo de tus claves?

Desaparece ante nosotros sin haber explicado finalmente qué es lo que hacía en el despacho de Marie y ardo de rabia por dentro. Sin hablar siquiera, voy hacia allí —hacia el despacho, porque hacia Frederick sería meterme en un serio problema ahora mismo— y, al entrar, miro alrededor para ver si algo llama mi atención.

—¿Qué haces, Gabriel? —me pregunta ella.

—Ha estado aquí por un motivo. ¿No ha mencionado algo de unas claves? ¿Qué tienes guardado con una clave?

—A lo mejor estaba esperándome para hablar conmigo —sugiere.

—Entonces lo habría dicho. —Sigo buscando algo que me parezca extraño o fuera de lugar, pero no hay forma de dar con ello—. Tiene que haber entrado por un motivo que le

mereciera la pena volver por aquí.

—En este despacho no hay nada que a él le interese. Puede tener acceso a todo siempre que quiera —me dice, tratando de racionalizar lo que ha pasado.

—Sé que entró por algo —insisto—. Ha hecho algo, o cogido algo… O dejado algo. ¿Una cámara?

La miro y veo su gesto medio torcido.

—Gabriel, tenemos mucho que hacer todavía —me recuerda—. La tormenta comienza el miércoles supuestamente y…

—Pero Frederick…

—Si ha hecho algo, nos acabaremos enterando —me dice, yendo hacia su silla y sentándose en ella, frente a la amplia mesa de despacho—. Ahora tenemos cosas que… —Suena su teléfono y lo coge sin un atisbo de desgana—. Alcald… ¿Agatha? —dice extrañada por la llamada de la profesora del colegio—. No, no hemos enviado ninguna… —Al parecer, Agatha está bastante nerviosa—. Vamos a ver, no hemos cambiado ninguna cosa a última hora. Todo sigue igual que lo que os contamos el otro día en la plaza. No ha habido otras directrices ni… —Y me mira, abriendo los ojos de forma bastante significativa—. ¿Un email?

Maldita sea… ¡Era eso!

Voy hacia el ordenador de Marie mientras ella continúa hablando por teléfono.

Está apagado.

—¿Cómo hizo para saber…? —pregunto cuando ella mete su clave.

—Agatha, por supuesto —sigue hablando con ella—. Podéis seguir con la función, claro. Y muchísima mierda.

Se ríe antes de despedirse de ella y colgar, suspirando después y frotándose la cara con las manos, algo estresada.

—Vamos a ver si ha mandado… —le digo mientras muevo yo mismo el ratón hasta la aplicación de emails—. No puede ser. No hay nada enviado en… —Me giro hacia ella, perplejo —. ¿Agatha te dijo que habían enviado un email?

—Sí, solicitando desde la alcaldía que se suspendieran todas las actividades desde hoy mismo —me cuenta—. ¿Por qué no hay ningún email así en la carpeta de enviados?

—Los ha debido de borrar para que no sepamos a quiénes ha escrito. Mierda.

Me alejo de la mesa, con ganas de gritar por primera vez en mi vida. Es tal la frustración que siento con el tema de Frederick que me hierve la sangre.

—¿Qué podemos hacer ahora? —pregunta ella, observando cómo camino con prisa y sin rumbo por delante de ella, de punta a punta del despacho.

—Tienes que mandar una nueva circular a todos a través de email.

—Pero eso va a volverles locos. ¿A quién van a creer, si acaban de recibir una…? —Vuelve a sonar el teléfono y nos tememos lo peor. Esta vez ni siquiera le dejan empezar a hablar a Marie—. ¿Massie? Sí, ha sido… No, no hemos sido nosotros, te lo aseguro.

Mientras Marie habla con quien es la encargada principal de organizar todos los eventos en Mist Rachs, yo empiezo a pensar rápido en la forma de solucionarlo para que la gente sepa que no tiene que cundir el pánico, y creo que he dado con ello.

—Dile que irás a la función navideña del colegio en un rato —le susurro.

Ella me mira frunciendo el ceño, pero me hace caso.

—Mira, precisamente íbamos a ir en un rato a ver la función del colegio. —Massie debe estar empezando a tranquilizarse, porque la sonrisa de Marie me lo dice todo. —No, para nada. Agradecemos que nos hayas comentado el error informático.

El error informático…

Cuelga y se tira hacia atrás en su asiento, resoplando de puro agotamiento mental.

—La función empieza en dos horas —le comento, repasando los horarios de todos los eventos de este año.

—Entonces tenemos tiempo todavía para intentar poner solución a este desastre, ¿no?

—Claro, no te preocupes —le aseguro—. Vamos a averiguar cómo accedió a tu ordenador y lo que… —Pero su gesto de culpabilidad me sorprende—. ¿Qué sucede, Marie?

—Mi clave —me dice, cabizbaja.

—¿Tienes idea de cómo supo tu…?

Asiente con culpabilidad.

—Siempre uso la misma para todo —me explica—. Es por ti.

—¿Por mí? —pregunto sin entender.

—Uso tu fecha de nacimiento —confiesa—. Y él sabe que tú y yo… Que somos muy amigos. Así que habrá sido lo primero que ha probado. Por eso dijo eso último de…

¿Usa mi…? Vale, ahora mismo no sé si sentirme emocionado o continuar con la frustración.

—Pero tú no tienes la culpa de todo esto, Marie —le digo, viendo que se siente realmente mal.

—Tendría que haber usado una menos obvia —se lamenta.

—No es tan obvia; yo no habría caído en que era esa.

La sonrisa que tiene ahora es demasiado triste.

—Ya, tú no habrías caído en eso en la vida.

No entiendo sus palabras, así que me centro en lo importante.

—Bueno, ahora hay que tratar de calmar los ánimos, así que vamos a ir a la función del colegio, revivir viejos tiempos y tratar de que todos vean que todo sigue igual.

—Vale, sí —me dice sin mirarme—. ¿A qué hora hay que salir de aquí?

—Ya mismo.

—Pero la función no empieza hasta…

—Sería bueno que antes nos diéramos una vuelta por el pueblo, porque así puede que haya gente que se nos acerque para preguntarnos por algún email y…

Ella parece comprender. Asiente lentamente, suspira y se levanta de su silla.

—Muy bien, pues salgamos ahora entonces.

Nos acercamos juntos a la puerta y ella, por primera vez en lo que lleva de alcaldesa, cierra con llave.

La miro con sorpresa.

—Vaya…

—Es que… —se apresura a disculparse, como si eso fuera algo horrible.

—Haces bien, Marie —le corto—. Espero que así evitemos más sustos con ese…

Me callo porque sé que no le gusta que le critique, pero esta vez es ella la que habla.

—Con ese impresentable de Frederick.

Lo dice con una rabia tan dulce que no puedo evitar soltar una carcajada.

—Me gusta cuando eres malhablada —bromeo con ella.

Marie aguanta la risa mientras me da un codazo, pero en cuanto empiezo a quejarme con exageración, no puede más y ríe conmigo mientras salimos del ayuntamiento.

El episodio extraño del fin de semana parece que ha terminado sin tener que hablar de ello. Y casi que me alegro.

XIV

Cynthia

Está siendo una mañana más que caótica. He venido con Sandrine a echar una mano de última hora para la función de su antiguo colegio y poder montar los decorados como dice que sólo yo sé. Es una lianta, pero no pude negarme cuando me hizo pucheros. Y eso que su hermano ni siquiera se había ido a trabajar, con lo cual era tan pronto que aún no había amanecido.

Como decía, ha sido algo caótica la mañana. Cuando ya estaba todo hecho y preparado, Agatha, la profesora, recibió un email diciendo que todas las actividades y eventos se tenían que cancelar ya mismo. Todos los alumnos se quedaron destrozados, pero Agatha les dijo que algo no le cuadraba y llamó directamente a la alcaldesa. Y efectivamente, había sido un error informático. Algo raro, sí, pero las chicas y chicos se pusieron de nuevo en marcha con ilusión.

Ya estamos esperando a que todo el mundo tome asiento para dar comienzo. Entre bambalinas hay nervios, risas y ensayos de última hora. Tyra se afana por colocar a todo el mundo su ropa de forma correcta para que se sientan cómodos con los disfraces que tienen que llevar. Sandrine me ha estado contando que cada año les ayuda a confeccionar todo el vestuario y viene el día del estreno para echar una mano. Es algo que me parece asombroso. Cuando vine con Sandrine, pensé que sería una pequeña y graciosa función escolar, pero en este pueblo se ve que la Navidad se la toman muy en serio, porque hasta algo como esto lo hacen a lo grande, con cambio de decorados cada poco, vestuario logradísimo, niños interpretando como actores profesionales y gente del pueblo y alrededores viniendo a verlo, llenando el teatro.

—Me alegro de que hayas empezado tan pronto a pintar —me dice Tyra a mi lado, terminando de colocar correctamente el traje de estrella a un chico.

—No ha sido nada —le respondo, quitándole importancia.

—A mí me parece que te ha quedado increíble todo —me asegura, llenándome de orgullo—. Son los escenarios más originales que han tenido en años. —Y mira a aquel chico, al que ya ha terminado de ajustarle todo—. ¿Verdad que quedaron increíbles todos los dibujos que Cynthia hizo?

—¡Son alucinantes! —exclama él, yéndose acto seguido con el resto de compañeros, preparados para salir al escenario en pocos minutos.

Tyra se levanta del suelo y viene hacia mí, quitándose polvo inexistente de su ropa.

—Lo que es alucinante es cómo os lo montáis todos en Navidad aquí —le comento ya en voz baja mientras Agatha sale al escenario para recibir al público.

—Nos gusta la Navidad —dice Tyra con una sonrisa. Y me mira—. ¿Y a ti?

—Me gustaba mucho.

—¿En pasado? —Me quedo en silencio sin saber cómo responder a eso y ella lo entiende—. Perdona, no quería…

—Familia —le resumo.

Ella asiente, abriendo levemente la boca.

—Entiendo. —Nos hacemos a un lado, ya que van a empezar a salir los primeros alumnos al escenario—. Tienes que pintar algo que te recuerde siempre las navidades en Mist Rachs —dice ahora—. Para cuando estés lejos de aquí, sepas que un año intentamos hacer que disfrutaras de nuevo.

—Lo estáis consiguiendo —le aseguro. Y me acerco a su oído—. Aunque ya no sé si es por tanto vino especiado.

Tyra se echa a reír con eso. Intento taparle la boca, pero su risa sigue colándose entre

mis dedos, corriendo brazo arriba hasta llegar a mi garganta, provocándome la risa a mí también. Me coge del brazo y tira de mí para escondernos detrás del último escenario, consiguiéndonos calmar ya lejos del bullicio.

Vuelve a sonar mi móvil, pero esta vez lo apago directamente. No me importa todo lo que haya fuera de este pueblo ahora mismo. Sólo quiero disfrutar de unas navidades como las de antes, riéndome y paseando bajo la nieve con un vino especiado en la mano. Eso es todo lo que pido durante estos días, así que empiezo a plantearme dejar apagado el móvil hasta volver al internado.

—De nuevo llamadas indeseadas —me dice Tyra.

—Sí, demasiado indeseadas.

—Si quieres algún día hablar de… De lo que sea…

Suspiro y me apoyo sobre uno de los escenarios de cartón que hace rato terminé de decorar. A lo mejor suena raro, pero siento que puedo contarle lo que sea a esta chica de rizos de colores que me mira con dulzura y comprensión, aun sin saber qué sucede en mi vida fuera de aquí.

—Es un poco complicado de resumir en realidad —le digo, sintiendo que quiero hablar de esto con alguien por primera vez en mi vida.

—No lo hagas. Cuéntame todo desde el principio —me pide ella, apoyándose a mi lado y mirándome con atención.

Y creo que necesito coger mucho más aire de lo que acabo de hacer.

—Tengo una hermana mayor que… Se llama Andrea. Nos queríamos muchísimo —comienzo a contarle—. Éramos inseparables de pequeñas. Nos llevamos tres años, pero a veces era como si fuéramos de la edad, porque jugábamos a las mismas cosas, salíamos con la misma gente… Yo habría dado lo que fuera por ella. Era como mi persona favorita del mundo.

Duele un poco todavía recordar esa época y Tyra parece notarlo. Me rodea los hombros con su brazo y me atrae hacia ella antes de hablar.

—Eso suena a relación idílica entre hermanas —me dice.

—Lo era, sí. Hasta que empezó a salir con Alfred.

—Mierda… Un tío.

—Un imbécil malnacido, más bien —respondo yo—. A mí no me caía bien desde el principio. Ella tenía veintiún años y él le sacaba cinco, y Andrea parecía que se tenía que amoldar a sus planes, pero él nunca a los de ella. Eso no me gustaba. Mi hermana decía que yo estaba celosa porque empezaba a pasar más tiempo con él que conmigo. Me llegó a decir que serían celos porque ella tenía un novio tan guapo y yo todavía no. Cosas que yo sabía que no podían salir de la cabeza de mi hermana en realidad. Pero es que, además, el muy asqueroso siempre estaba deseando quedarse a solas conmigo. Yo no sabía bien por qué. Hasta que cumplí los veintiuno.

—Mierda —vuelve a repetir.

Asiento al escucharla, porque sí, fue demasiada mierda.

—Dimos una fiesta en casa e invitamos a amigos y familia. Mi hermana fue con Alfred, por supuesto. Yo en un momento dado fui a la cocina, dejando a todos en el jardín, y cuando me di la vuelta, Alfred estaba justo detrás de mí, casi pegado a mi espalda. Le dije que qué hacía ahí, que volviera con todo el mundo, pero me empezó a mirar de forma extraña, diciéndome que ahora que ya era mayor de edad, lo que hiciéramos no sería ilegal. —Se me revuelve de nuevo el estómago al recordar aquella escena—. Y claro, comprendí que el asco que ese tipo me producía era por un buen motivo, que ni estaba loca ni sentía celos de nada.

—¿Te hizo…? —pregunta con miedo.

—No —me apresuro a responder—. Pero fue porque le di una patada en la entrepierna cuando me agarró de la cadera. —Tyra se tapa la boca con su otra mano, intentando no reírse, y eso me hace volver a sonreír por un instante—. Mi hermana y el resto entraron corriendo cuando escucharon a Alfred gritar como un cerdo. Pero cuando preguntaron qué había pasado, el muy capullo dijo que se había golpeado contra la encimera después de separarse de mí cuando yo quise besarle.

—¿Cómo? —exclama con indignación—. Pero ese tipo…

—Lo peor no fue eso. Lo más horrible de todo fue ver que la gente al instante le creyó. Pensaron que mi comportamiento con él era realmente por celos, porque yo quería algo con él, y a partir de ese momento mi vida se convirtió en un infierno.

—Pero tu hermana… Tu familia, ¿le creyó a él?

—Todos ellos, sí —le confirmo—. Todos le creyeron. Mi hermana dejó de hablarme, aunque le pedí mil veces que me escuchara. Mis padres me dijeron que me vendría bien irme a estudiar fuera de casa, que me pagarían la universidad donde quisiera si aceptaba ir a sesiones con un terapeuta.

—¡Venga ya!

Tyra parece indignada de verdad. Aun así no me suelta, y eso lo agradezco; siento que podría caerme en cualquier momento.

—Acepté irme de casa. Yo soy de California, no sé si lo sabías. —Niega con la cabeza —. Me mandaron a una universidad de Europa, a París. Supuestamente iba a continuar estudiando ingeniería, pero en cuanto llegué a la ciudad, todo cambió. Mi francés era horrible y a veces me costaba hacerme entender hasta para pedir el pan. Un día se me ocurrió garabatear unas viñetas en el papel que el panadero tenía sobre el mostrador. Éramos él y yo, en aquella panadería. Yo le pedía pan en la primera viñeta. En la segunda, salía y me lo comía. —Mientras Tyra se ríe, ya conmigo, prosigo—. Aquel hombre también se echó a reír al ver aquello y me gané una barra de pan gratis a cambio de regalarle esas viñetas. Y empecé a comunicarme de esa forma mientras iba aprendiendo mejor el idioma. Hasta que me di cuenta de lo infeliz que me hacía mi carrera y de lo increíblemente feliz que me hacía dibujar.

—Y cambiaste de carrera.

—Y mis padres dejaron de pasarme dinero —le cuento—. Así que, a partir de entonces, estaba yo sola con mis dibujos y una beca que pude conseguir de milagro el primer año. Dejé definitivamente de hablar con mi familia y… Hasta ahora.

—Entonces las llamadas… —me recuerda sin entender.

—Alfred no era tan magnífico como todos creían. —Sonrío con tristeza—. Andrea le encontró hace poco con una amiga suya en la cama y se están divorciando. Mi madre me llamó el otro día, estando yo aquí ya, y me lo contó. Ni siquiera sé cómo consiguió mi número. El caso es que me dijo que mi hermana estaba muy arrepentida por todo lo que había pasado, que al poco tiempo de haberme ido quiso hablar conmigo, pero no se atrevió. Y claro, cuando pilló a su flamante marido, padre de sus tres hijos, con una de sus mejores amigas en la cama, ató cabos. Le dije a mi madre que no quería hablar con ella, que sentía que su matrimonio hubiera acabado, pero que todos ellos me fallaron cuando más lo necesité. Pero Andrea ahora no deja de llamarme y…

—¿Tú quieres hablar con ella? —me pregunta.

—Yo no quiero arreglar nada entre nosotras —especifico—. Todo se rompió hace años y… Pero sé que siempre me quedaría algo por dentro que me diría que tuve que coger esa

llamada.

—Lo entiendo —me asegura—. Entonces sólo tienes esa opción, ¿no? Coger la llamada de tu hermana, escuchar lo que tiene que decirte y… Decidir.

Asiento, suspirando.

—Creo que es lo que tendré que hacer, sí.

Agacho la mirada hacia el suelo, pero siento que sus dedos se posan en mi barbilla y me gira la cara hacia ella, que sonríe de forma luminosa a pocos milímetros de mí.

—Puedes hacerlo durante estos días —propone—. Y cuando termines de hablar, nos vamos todas a tomar un vino especiado al mercadillo.

—Con un par de pretzels —añado, de mejor humor al pensar en ese plan.

—¿No te vale con uno ya?

—Después de esa conversación, lo raro sería que no me acabara todos los que a Pascal le quedaran ese día en el puesto.

Comenzamos a reír, añadiendo diferentes cosas a ese menú de después de la temible llamada. Pero en un instante, sin saber ni cómo, tengo a Tyra tan cerca de mí de nuevo que casi siento su corazón latir con la misma fuerza que el mío propio. Mis manos alcanzan sus rizos y sus dedos separan un mechón de mi pelo, colocándolo detrás de mi oreja derecha. Me mira con intensidad y calma a la vez, sonriéndome de una forma que querría poder grabarme a fuego y recordarla cuando me vaya de aquí.

—¿Sabes? —me susurra—. Yo tenía novio antes de venir aquí.

—¿Es un dato que vas a desarrollar en algún momento o…?

Se ríe, pero sigue hablando.

—Es sólo eso, que yo tenía novio. Y antes de él, tuve otro.

—¿Y aquí?

—Nada de novios —dice con una graciosa seriedad, haciéndome reír—. Y… ¿Tú?

—En París tuve muchos novios —confieso, haciendo hincapié en la cantidad.

—Somos bastante de novios entonces.

Casi tengo su nariz rozando la mía. Huele a naranja y eucalipto toda ella, como un feliz día de Navidad.

—Somos muy de novios, sí —respondo.

—Hay que ver, qué cosas, ¿no?

Sonreímos por nuestra absurda conversación. Seguimos apoyadas en aquellos decorados cuando justo el de nuestra espalda cede y cae, arrastrándonos por el suelo a ambas hacia la mitad del escenario, junto a todos los alumnos y frente a un público que se queda boquiabierto con la sorpresa.

Yo soy la primera en reaccionar. Me levanto y carraspeo un poco, atusándome la ropa. Tyra se levanta después y se queda a mi lado, mirándome como preguntándome si nos echamos a correr ya. Y creo que sí que tenemos que salir de aquí lo antes posible.

Señalo con ambas manos el decorado por el que hemos sido arrastradas hace unos segundos.

—¡El show navideño debe continuar! —exclamo, consiguiendo que el público aplauda entre risas mientras Tyra y yo nos largamos de allí rápidamente, dejando que los alumnos sigan de protagonistas indiscutibles del día.

Ya fuera de la sala, todavía en el hall de entrada, nos detenemos para coger algo de aire y seguir riéndonos.

—Esto me ha recordado a cierta película navideña —me comenta Tyra con voz

entrecortada por la carrera.

—Esa sí la he visto.

Ella ríe, tosiendo brevemente entre medias.

—Pero la escena terminaba de otra manera —dice ahora.

—¿Quieres que volvamos al escenario y…? —le digo, haciendo amago de volver a entrar.

Tyra ríe conmigo sin dejar de mirarme de esa forma tan intensa y tan suya.

—¿Un vino especiado y un preztel? —propone.

—Si invito yo esta vez.

—Ah, no, hoy no —me advierte—. ¡Quien llegue primero, paga!

Dice aquello y se echa a correr, saliendo del teatro seguida de mí, que intento alcanzarla como puedo, tratando de no resbalar.

Tengo todavía muchos recuerdos de las navidades familiares, aquellas que disfrutaba cada año hasta que todo se rompió, saltando por los aires en mil pedazos.

Los mismos que siento que se están recomponiendo desde que estoy en Mist Rachs.

XV

Marie

—Creo que ha funcionado —le digo a Gabriel nada más que termina el evento en el teatro.

Él sonríe de forma angelical mientras sigue observando a nuestro alrededor, como si fuera a saltar alguien encima de nosotros en cualquier momento. Se gira un poco hacia mí y se acerca a mi oído.

—Tendríamos que darnos otra vuelta por el pueblo antes de volver al ayuntamiento.

—Pero ya es muy tarde.

Sus ojos claros enganchan los míos y no puedo apartarme de ellos.

—Hoy la gente necesita verte, Marie, hazme caso.

Y se lo haría sin pensármelo dos veces.

—Muy bien, ¿dónde crees que tenemos que ir ahora? —le pregunto.

—A la apertura de una nueva ventana del calendario de adviento.

—¡Hermanito! —escuchamos a Sandrine justo cuando se tira encima de su hermano, haciéndole tambalear hasta que consigue cogerla bien en brazos.

—Sandrine, que vas a tirarme —se queja entre risas, posándola en el suelo.

—¡Habéis venido! —sigue diciendo con absoluta emoción, abrazándome ahora a mí.

—Ha salido todo genial —le digo.

—¿Habéis visto a Tyra y a Cynthia? —dice ahora, echándose a reír—. No las he visto por aquí ahora, no sé dónde se fueron.

—Creo que las vi salir de la sala —le cuenta su hermano—. Imagino que tuvieron demasiada atención para todo el día.

—¡Podíamos pasarnos a ver si están en la tienda de Tyra!

Sandrine siempre derrocha una energía increíble. Siempre fue más nerviosa que su hermano, que es la tranquilidad en persona.

—¿No te vas a quedar con todos tus amigos ahora? —le pregunta.

Ella se gira y ve a sus antiguos compañeros de colegio. Y creo que cambia de opinión con respecto al plan inicial.

—Vale, sí —le responde—. Pero si veis a Cynthia, decidle que hoy preparo yo la cena, que me han enseñado algo que…

—No más recetas de internet, por favor, Sandrine —le pide con angustia Gabriel, haciéndonos reír a las dos.

—Pero esta es muy sencilla, ¡de verdad! —insiste ella—. Y tiene una pinta increíble. Me la pasó Andy, que es un chico nuevo que…

Pero creo que su hermano sigue sin fiarse mucho.

—¿No puedes mejor practicar antes que hacernos depender de tu receta para comer algo?

—Es que siempre cocináis Cynthia y tú —se queja.

—Ni que lleváramos toda la vida viviendo juntos —dice su hermano, riéndose. Le da un beso en la mejilla y toca mi brazo, indicándome con eso que debemos irnos—. Nos vemos en un rato, hermanita.

Sandrine no insiste. Se va corriendo con sus amigos y nosotros salimos del teatro mientras los vecinos que quedan aquí dentro nos saludan y nos agradecen la asistencia. Gabriel siempre sabe qué hacer y jamás dudo cuando propone algo. Está claro que entiende bien cómo arreglar problemas que para mí son frustrantes e imposibles de solucionar.

Ya en la calle, nos abrigamos de nuevo. Sigue nevando, aunque nada preocupante. Ojalá todo esto sea una falsa alarma y al final la tormenta sea como cada año, durante unas horas en Nochebuena y a la mañana siguiente no haya ni rastro, salvo por la capa blanca que cubre todo Mist Rachs.

—Ya están todos en la plaza —le digo, viendo frente a nosotros a unos cuantos vecinos esperando frente al gigante calendario de adviento.

Gabriel revisa sus papeles y luego vuelve a mirar al frente.

Y a mí.

Mierda, ¿por qué tiene que sonreír de forma tan bonita siempre?

—Hoy abren la ventana de los caramelos —me recuerda—. ¿Estás lista para ser arrollada por unos cuantos dulces?

—¿Yo no puedo intentar coger alguno? —pregunto.

Tuerce el ceño antes de contestar.

—Un par nada más —me concede.

—Si sólo son dos, luego tendré que reponer fuerzas con un buen chocolate y será tu culpa si llegamos tarde al ayuntamiento.

—Buena idea, Marie —me dice, ya caminando hacia la plaza—. Iremos al mercadillo también y tomaremos allí algo.

—¿Vamos a estar toda la mañana dando vueltas, con la de cosas que…?

—Relájate —me dice, cortando mi angustia de cuajo—. Este también es tu trabajo, ¿no?

—Pero la tormenta…

—Está todo preparado, Marie, tranquila. Vamos a mostrar a los vecinos que tenemos los preparativos bajo control.

Me hace un gesto con los ojos, pidiéndome que le confirme si me parece bien. Sé que tiene razón, que todo está listo para cuando llegue la tormenta de nieve, sea cuando sea, y que tengo que implicarme más en las actividades del pueblo, igual que he hecho siempre. El estrés de la tormenta me hizo centrarme más en otras cosas, pero tengo que seguir mostrando a los vecinos que todo va bien. Si no, Frederick es capaz de confundir a la gente y el caos podría ser terrible.

—En cuanto pase la tormenta, Frederick se va —le anuncio.

Él tarda unos segundos en contestar. No me mira cuando lo hace.

—¿Estás segura? Porque van a hacerte muchas preguntas y puede ser algo que…

—Ya lo he decidido —le corto—. Se va.

—Muy bien. Entonces, cuando pase la tormenta, haremos los…

—Y tú pasarás a ser el nuevo teniente de alcalde.

Frena en seco cuando le anuncio con determinación mis planes. Le miro para ver qué le pasa y le veo plantado ahí de pie, detrás de mí, con una mirada que no alcanzo a entender del todo.

—¿De eso también estás segura? —pregunta.

—Eres la persona perfecta para ese puesto, Gabriel.

—Pero yo… Es decir, nosotros en ese caso…

—¿Qué pasa con nosotros?

—Bueno, sería una dinámica… Diferente —dice sin explicar en realidad nada.

—Seguiríamos trabajando juntos de la misma forma. De hecho, tú la mayoría del tiempo asumes labores que tendría que hacer el propio Frederick, pero como él va por libre…

Sigue mirándome con intensidad, ahora sin pronunciar palabra. Creo que quiere decirme algo más, pero la gente a nuestro alrededor ya empieza a saludarnos y en breve alguien vendrá a

interrumpir esta conversación, así que opta por aplazarla.

Como hace siempre que algo no sabe cómo afrontarlo.

—Hablaremos después de la tormenta.

Vuelve a mi lado a tiempo de recibir las quejas de Massie, que ha venido corriendo al vernos, dejando a la gente esperando para que se abra la nueva ventana del calendario.

—¿Qué pasa con los emails entonces? —es su saludo, no muy amable.

—No pasa nada, de verdad, Massie —le aseguro—. Ha sido un fallo…

—Un fallo informático no redacta docenas de emails, Marie —me dice, bajando el tono —. ¿Qué ha sucedido en realidad?

Massie es como el alma de Mist Rachs. Siempre ha estado aquí, organizando todo y haciéndonos sentir bien con cualquier detalle. Y creo que le debo un poco de todo eso.

—Hay algún problemilla con el teniente de alcalde —le susurro, procurando que nadie me escuche.

Siento un apretón en el brazo, proveniente de la mano de Gabriel: no le parece correcto que cuente nada de esto, me queda claro.

—¿Con Frederick? —pregunta ella con tono agudo, pero sin levantar la voz—. Ese chico no me ha gustado nunca. No me fío de él.

—Es un tanto… Complicado.

—Tiene que ser una desgracia trabajar al lado de alguien así —me dice, compadeciéndose de mí.

—Por favor, no cuentes lo que te… —le pido.

Pero antes de terminar la frase, ella me contesta.

—Sabes que no diré nada —me confirma—. Lo que haré será asegurar a todo el pueblo que las cosas las tienes más que controladas. —Y ahora mira también a Gabriel—. Porque lo están, ¿no? Es decir, la tormenta no va a arrasar Mist Rachs ni nada parecido, ¿verdad?

Ríe con nerviosismo, esperando que nuestra respuesta sea que todo va a ir bien.

—No te preocupes por nada, Massie —le digo—. Gabriel y yo nos estamos encargando de todo, puedes estar tranquila.

Suspira con verdadero alivio y ríe tan contenta con mi confirmación y la sincera sonrisa de Gabriel.

—¡Bueno! Entonces voy a abrir la nueva ventana del calendario —nos anuncia—. Me encanta lanzar caramelos a la gente.

Se va hacia delante mientras ríe, ya feliz, para hacer su divertido aunque estresante trabajo. Porque organizar cada uno de los eventos de un pueblo como Mist Rachs es un enorme desafío y ella lo ha hecho toda la vida a la perfección.

—Va a ir todo bien, ¿verdad? —le pregunto a Gabriel.

Y quiero que me mienta. Aunque piense que todo está más que complicado, necesito ver su sonrisa y escuchar de su boca que vamos a poder mantener a salvo nuestro pequeño pueblecito.

Gabriel sonríe y frota mi espalda mientras continuamos caminando unos pasos más.

—Una simple tormenta no va a poder con Mist Rachs —me asegura.

Puede que se lo tenga que volver a preguntar una vez más en media hora, y a cada momento de aquí a que todo pase. Y sé que él volvería a tranquilizarme siempre que se lo pidiera.

XVI

Tyra

—Sí, mamá…

—Porque llevamos tiempo sin verte, cariño.

—Sí, mamá…

—A tu padre le haría también mucha ilusión. La familia al completo, ya sabes, como antes.

—Sí, mamá…

—Y no me des la razón como a los tontos, porque te estoy hablando muy en serio.

Suspiro, agotada, mientras le doy un bocado a mi pretzel.

—¿Todo bien por allí entonces? —pregunto.

—Sí, hija, todo bien —responde ella con un tono triste—. Pero te extrañamos, ¿sabes? Todos.

Y sé a lo que se está refiriendo.

—Mamá, por favor, tuve mis motivos.

—Todas podemos estar nerviosas antes de…

—No fue eso —le corto—. Te lo he intentado explicar mil veces, pero has preferido seguir con tu propia historia en la cabeza.

—No soy sólo yo, Tyra —me dice, ahora con seriedad—. Nadie lo comprende. Lo tenías todo, pero…

—No lo tenía todo —vuelvo a cortarla—. Ahora, sin embargo, creo que sí que lo tengo.

—¿En un pueblo de quince habitantes perdido por vete tú a saber dónde, trabajando en una tienda de ropa?

Su tono agudo me provoca separarme un instante el teléfono de la oreja.

—Déjalo, mamá, da igual. Nunca vas a entenderlo.

—Dios mío, Tyra, la que todavía no lo entiendes eres tú. Tenías el mundo a tus pies, pero por unos nervios de última hora lo tiraste todo por la borda.

Al principio sí que creía a veces a mi madre. A ella y al resto de la familia. Y de los amigos. Y al resto de la humanidad. Porque parece que todo el mundo puede opinar sobre la vida de una, creyendo que lo que ellos harían o lo que está socialmente establecido es lo que te va a hacer feliz. Y no, no es así, ni mucho menos. Y es muy difícil oírte a ti misma con todo el ruido que sueles tener alrededor, pero yo lo hice. Me escuché gritar de tristeza y desesperación, y me hice caso. Escapé tan rápido como pude de esa vida idílica que nadie comprendió que no me hiciera feliz. Los primeros días, y meses, trataba de explicar cómo me sentía, pero luego comprendí que iba a ser inútil el esfuerzo, que a ellos les había dejado sordos el ruido y jamás entenderían nada de lo que yo les dijera. Lo dejé pasar y toda esa gente hizo lo mismo. Nos distanciamos y seguimos caminos diferentes. No le veo nada malo a eso, pero mi madre, aun después de estos cinco años, sigue insistiendo.

Y no puedo más.

—Mamá, tengo que irme —le miento—. Hablamos en otro momento, ¿de acuerdo?

—¿A las tres de la tarde tienes que irte? —pregunta con tono suspicaz.

—Hablamos otro día —insisto, dejándole claro que hoy no tengo el día para discusiones que sabe que no van a llegar a ninguna parte.

Bueno, sí, a desesperarme.

Cuelgo y voy directa a ponerme el abrigo para cerrar la tienda. ¿Dirección? Ninguna

parte. Sólo quiero respirar el aire de Mist Rachs, ese que me devolvió la felicidad al cruzar el puente.

—Pascal, ponme uno bien cargado, por favor.

Él sonríe y me sirve un vaso con el mismo líquido que al resto, obviando mi petición.

—¿Un día duro? —pregunta al pasármelo.

Poso el dinero en el mostrador.

—La vida en general, no sé.

Ríe con mis palabras, como si lo que acabo de decir fuera una simple chiquillada.

—Va a ser Navidad —me recuerda— y estás en Mist Rachs. No será tan malo el resto.

Cojo una bolsa de pequeños pretzels y añado unas cuantas monedas más a las anteriores.

—Ojalá todo en la vida se disolviera al entrar en Mist Rachs, Pascal. Ojalá.

Me alejo de mi puesto favorito del mercadillo y me acerco al gran árbol de la plaza, luminoso y lleno de colores brillantes, que tanto me gusta. Doy un sorbo al vino mientras observo cómo tintinean las pequeñas lucecitas que llenan el abeto de arriba abajo. Es hipnotizante.

Recuerdo que llegué al pueblo días después del encendido oficial de luces y todo estaba bellísimo a mi alrededor. La Navidad no es algo que hasta entonces me hubiera gustado, ya que estaba llena de comidas y cenas con familiares y conocidos con los que había más conversaciones incómodas que afables. En estas fechas tendría que estar prohibido obligarte a pasar ni un solo día con gente con la que no quieras estar. Tampoco entendí nunca por qué había que cenar ciertas cosas. Era todo por aparentar, imagino. Yo siempre odié el marisco, las carnes secas y las salsas dulces o avinagradas. No me gustaban tampoco los cócteles de pescado al vino blanco. Yo prefería comer una buena hamburguesa o un plato de patatas fritas con kétchup hasta que reventara. Mi familia no quería ni oír hablar de este tipo de excentricidades, por supuesto. Y así pasé las navidades durante años hasta que tuve el valor de dejar todo atrás. Desde entonces soy más yo, más feliz y disfruto estas fiestas y cualquier otra como nunca antes lo había hecho.

Y todo, gracias a haber llegado a Mist Rachs.

Marie

—No ha estado mal el día —me dice Gabriel al verme salir de mi despacho mientras recoge su mesa.

—Tuviste buena idea —reconozco—. Como siempre.

—Soy imprescindible —presume de broma, haciéndome sonreír con sus palabras.

—Lo eres —le digo muy en serio, aunque él crea que le estoy siguiendo la broma—. ¿Vas a ir ahora a casa?

—¡Qué remedio! No podemos saltarnos nuestras propias recomendaciones. ¿Tú tienes algo que hacer o vas a casa también?

—Sí, a casa directa.

Nos acercamos a la puerta que separa la zona de la alcaldía del resto del edificio, caminando lentamente, como si quisiéramos alargar un paseo que no es tal cosa.

—Si quieres, puedes venir a casa y tomarte el chocolate que el otro día…

—Es mejor así, Gabriel.

Él me mira con intensidad y una sonrisa vacía.

—Discúlpame, sí —dice—. Mejor así, por supuesto. Además, hay que centrarse en que

la tormenta no cause ningún daño. No podemos entretenernos con chocolates ni dulces varios.

Quiere bromear con eso aunque no sé por qué. Yo lo único que quiero es no tener que ir a su casa y verle junto a Cynthia. Todavía no llevo bien pensar en ellos como pareja y prefiero primero hacerme a la idea.

—Espero que mañana no haya que cancelar el concurso de Santa Claus —comento, llegando por fin a la puerta principal del ayuntamiento.

—A ver cómo se desarrolla la mañana —me contesta—. Bueno, a casa, ¿no?

—Descansa, Gabriel —le digo, dando un doloroso paso atrás.

—¿No vas a…? —pregunta, sabiendo que tendríamos que ir por el mismo camino.

—Sí, en un rato. Acabo de recordar que se me ha olvidado algo arriba y tengo que…

Huir, eso es lo que tengo que hacer. Huir de ti, alejarme cuanto antes para ahogar las ganas que tengo de abrazarte.

—Hasta mañana entonces, Marie —dice, dándose media vuelta y caminando en dirección a su casa, la misma que tendría que tomar yo si no fuera tan estúpida.

Me meto un momento en el edificio del ayuntamiento de nuevo, tratando de calmar mi respiración. Esperaré aquí unos minutos y luego iré a casa, a encerrarme a ver películas navideñas mientras hablo por teléfono con las chicas y las comentamos a la vez. No es mal plan ni mucho menos, pero lo que realmente me gustaría hacer no está a mi alcance.

Respiro hondo y mi corazón se va calmando mientras veo caer la nieve en el exterior.

Cynthia

—Llevamos también todo esto, por si acaso —va diciendo Sandrine mientras pasamos con la cesta de la compra por los pasillos de la tienda del pueblo.

Hace un rato me mandó un mensaje para decirme que Gabriel le había pedido que hiciéramos una buena compra por si la tormenta se adelantaba, como habían comunicado hace días a todos los vecinos del pueblo. Claro que el resto ya lo hizo el fin de semana y Gabriel acaba de acordarse. Basta que sea uno de los que han pedido que se tenga todo preparado por si acaso para que sea el único que falta en todo el pueblo por hacerlo.

—No creo que sea necesario tanto chocolate, Sandrine —le digo, sabiendo que va a comprarlo de todas formas.

Efectivamente. Es que ni me escucha.

—¿Compramos los ingredientes para hacer en casa unas pizzas? —me pregunta mientras mete la masa en la cesta.

—¿Vas a comer pizza durante doce años? —le digo, viendo que no deja de meter cajas de masa—. A lo mejor tendríamos que llevar cosas como harina, sal, arroz, azúcar, leche, huevos… Cosas más…

—¡Turrón! —exclama ella, que sigue sin hacerme caso—. Hay que comprar de varios sabores.

—Imagino que tu hermano te pasó la lista de la compra por algún motivo —le digo.

—Todo eso ya lo tenemos —responde mientras continúa metiendo dulces navideños—. Además, imagínate no poder salir de casa estos días y no tener todo esto —dice, señalando la cesta con no sé ni cuántas cosas innecesarias.

—¿Sabes qué? —le digo—. Voy a ir yo también a por una cesta y así llevo lo de la lista de tu hermano.

—Pero si con todo esto tenemos de sobra —replica al verme ir a la otra punta de la

tienda.

La paciencia…

—¿Compras de última hora? —nos pregunta el dependiente cuando empieza a pasar todos los productos de ambas cestas por el lector de códigos.

—Mi hermano siempre deja todo para el final —se queja Sandrine—. ¿Vas a cerrar ahora, John?

—Creo que en cuanto salgáis, sí —le contesta, comenzando a guardar todo en bolsas—. Ya va empezando a nevar con más fuerza y no quiero que me pille la tormenta esa que se acerca y nadie sabe cuándo llegará.

—Espero que mañana podáis hacer el concurso sin problema —le dice Sandrine, cogiendo una de las bolsas y sacando la tarjeta para pagar.

—Esta compra la pago yo —le digo a ella, haciendo que guarde su cartera tan contenta.

—Aprovechad mañana que Philip todavía no se presenta —sigue diciéndole a este tal John, que me cobra con una sonrisa en los labios.

—Creo que Tom lleva entrenándose todo el año, así que el resto no tenemos nada que hacer.

—¿Qué es lo que hay mañana? —pregunto con intriga, guardando la cartera y cogiendo varias bolsas en cada mano.

—El concurso de Santa Claus —me explica ella—. Son pruebas que tendría que pasar todo Santa que se precie, trepando por un muro para llegar a la chimenea, corriendo para no ser visto por los niños…

—¡Suena divertido! —le digo.

Creo que este pueblo es el lugar en donde viven la Navidad con más intensidad de todos los sitios en donde he estado en mi vida.

—Siempre ganaba Philip, el hermano de Marie; el del restaurante —sigue explicándome.

—¿El novio de Jenna?

—Estás totalmente integrada en Mist Rachs —me dice John riéndose.

Me encojo de hombros mientras Sandrine continúa hablando.

—Hace ya unos años que Philip no se presenta, así que el resto del pueblo ha aprovechado para intentar ganar algún año también ellos. Pero él ya ha avisado que seguramente se presente al año que viene, así que…

—Se acabó el chollo —nos dice John, acompañándonos a la puerta para ir cerrando la tienda.

—Habrá que ir mañana a animaros un poco —le dice Sandrine antes de salir.

—Unos aplausos siempre se agradecen —le contesta él—. Tened cuidado al ir a casa, que ya está nevando bastante.

—Lo mismo te digo, John —le dice ella—. ¡Hasta luego!

Salimos de la tienda, cargadas ambas con varias bolsas llenas de comida y vicios varios.

—Ahora, a casa, ¿no? —pregunto, intentando que la nieve que cae sobre nosotras no se me meta en los ojos.

—Exacto. Quiero hacerme la primera pizza al llegar.

—Si te comes todo hoy, no vamos a tener nada para cuando llegue la tormenta —le advierto, comenzando a caminar hacia su casa.

Ella ríe con despreocupación hasta que algo le llama la atención en la calle.

—¡Hermanito! —grita con entusiasmo al ver a Gabriel acercarse a nosotras con una sonrisa.

—Menos mal que ya habéis ido a hacer la compra, porque acabo de salir del ayuntamiento y no me daba tiempo —nos dice—. ¿Tenemos todo entonces? ¿Falta algo?

—No tenían turrón de chocolate blanco con galleta —se queja Sandrine, haciendo que su hermano frunza el ceño.

—Hermanita, ¿has comprado lo que te pedí de la lista?

Qué bien la conoce.

—Por supuesto —le dice—. Tenemos todo. —Y me mira—. ¿Verdad, Cynthia?

Mi mirada es bastante clara, pero ella me sonríe como si no hubiera roto un plato en la vida.

—Ya llevamos todo, sí —respondo finalmente, ahorrándole los detalles a su hermano.

—¡Fabuloso! —dice—. Estoy deseando llegar a casa y hacer algo rico de cena.

—¡Una pizza! —le dice Sandrine, con verdadera obsesión por ese plato italiano.

Gabriel ríe con ello.

—Me da miedo preguntar qué más habéis comprado aparte de lo de mi lista —confiesa.

—No quieras saberlo —le aconsejo, haciéndole reír de nuevo.

Marie

Cuanto más hondo respiro, más me mareo, como si mi cuerpo me estuviera diciendo que algo estoy haciendo mal. Puede ser, pero no me queda otra. Sigo respirando, cogiendo aire lentamente, intentando que este malestar se me acabe pasando; temo que se quede conmigo para siempre.

Tengo que salir de aquí cuanto antes, porque en breve vendrá alguien a cerrar y a ver qué le cuento sobre por qué sigo aquí dentro, sin irme todavía a casa, cuando ya hace rato que bajé del despacho.

Además, podría tomarme ese chocolate con Gabriel. ¿Por qué no? Todas me dicen que me estoy haciendo una idea equivocada, que Cynthia es solamente su invitada y nada más, que Gabriel sí que está interesado en mí y no como amigo o trabajador del ayuntamiento. A lo mejor me estoy haciendo historias en la cabeza que no tienen sentido y puede que lo mejor sea hablarlo con él de una vez, como me ha dicho Olive este fin de semana. Tengo que hacerlo, sí, pero me muero de miedo. Y cada vez que estoy frente a él, mi cabeza empieza a hacer gorgoritos y no es capaz de reaccionar. Me sonríe y estoy perdida. En realidad, si me mira, ya lo estoy. Clava esos ojos azules en los míos y me arrastra a un mundo de fantasía absoluta, y ya no soy capaz de centrarme en lo que tengo que decirle.

—¿Todavía aquí, alcaldesa?

Me giro hacia mi derecha, donde veo a un sorprendido Edmund con un manojo enorme de llaves, plantado a mi lado con un gesto de extrañeza.

—Yo… Eh… Estaba… Esperando a que… La nieve…

Se me da fatal mentir y al final nunca lo consigo, no sé por qué lo intento siquiera.

Edmund mira hacia fuera y luego a mí, luciendo su sonrisa más burlona.

—No me diga que a la alcaldesa de Mist Rachs no le gusta la nieve.

Me río de forma nerviosa, disimulando que no sé ya ni qué contestar.

—Estoy preocupada por la tormenta, nada más.

Esto ha quedado profesional y no creo que haya nada que…

—¿Está preocupada? —exclama, horrorizado—. ¿Hay motivos para preocuparse

entonces?

—¡No! No, no, no pasa nada —le digo, intentando arreglarlo—. Yo me preocupo por todo, ¿sabes? Si nevara poco, también me preocuparía.

—Claro, por el cambio climático, que va a acabar con todos nosotros. Dios mío, es terrible.

No parece estar resultando esto de arreglar lo que no sé siquiera cómo he estropeado.

—Creo que me voy a ir a casa ya, Edmund, así te dejo cerrar tranquilo —le digo, saliendo al exterior—. Pasa una buena tarde y nos vemos mañana.

Pero Edmund no dice nada. Se me queda mirando extasiado, observando cómo empieza a caer la nieve sobre mí, como si pensara que voy a fundirme en el suelo con ese contacto o a saber qué. Me alejo por fin del ayuntamiento y emprendo el camino a casa, en donde espero darme un baño relajante y cenar algo rico mientras veo una buena película en la televisión. Mañana puede que sea un día complicado y necesito estar tranquila para lo que…

Mierda.

Ante mí tengo la imagen de la perfecta familia y no sé ni dónde meterme para que no me vean y sientan que tienen que saludarme siquiera. Ahí está Gabriel con Cynthia y Sandrine, bromeando en mitad de la calle mientras llevan todos ellos bolsas de la compra a casa. Cynthia empuja levemente a Gabriel mientras él se ríe y le devuelve el empujón, ahora haciéndole reír a ella y a Sandrine. Me doy la vuelta rápidamente y me meto por la calle de al lado para que no puedan verme.

Sí, vale, puede que esto sea sólo mi imaginación, pero duele igualmente.

XVII

Marie

—Venga, Tom!

—¡Chad, corre, que te quedas atrás!

—¡Vamos, Jo, que estás casi llegando!

Hoy la gente se lo está pasando realmente bien. El concurso de Santa Claus es siempre un éxito. La gente cierra incluso sus negocios para poder ver la gymkhana que se monta por todo el pueblo, en la que participan muchos vecinos de todas las edades. El requisito es tener ganas de reírte y pasarlo bien, cosa que en Mist Rachs tenemos todos de sobra.

—¡Helen va pisando los talones de Jo, ciudadanos! —va retransmitiendo Massie con entusiasmo, micro en mano, subida a una alta tarima desde donde tiene más visión que el resto —. ¡Este año están las pruebas muy igualadas!

—No pareces divertirte —escucho que me dice Gabriel a mi lado.

Le miro sin intentar ocultar mi preocupación.

—Hoy nieva como si fuera el principio de la tormenta —le digo en bajo—. No sé si se podrá terminar el concurso siquiera.

Él echa un vistazo al cielo y pone mala cara.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta con tono confidente, tan cerca de mí que puedo notar su olor a menta y pino hasta casi embriagarme con ese perfume navideño que parece usar todo el año.

—Voy a dejar que termine esta prueba y subiré a hablar con Massie —le anuncio.

—Es una pena —dice con un suspiro, mirando hacia la competición de nuevo—, porque este año estaba muy interesante.

—Es que no creo que sea conveniente… —comienzo a excusarme.

—Marie —me corta—, eres la alcaldesa y tienes buen criterio. Confiamos en ti, ¿de acuerdo? Vamos a estar contigo, tomes la decisión que tomes.

Echo un vistazo alrededor y la angustia me inunda. La gente vitorea a sus favoritos, ríe y toma chocolate caliente y vino especiado, galletitas de Philip y pretzels de Pascal. Massie sigue animando a todo el mundo para que continúe la emoción. Y, sin embargo, yo voy a tener que subir ya mismo para cortar todo esto. Porque tengo que protegerles a todos, aunque me vayan a odiar un poquito por dar por concluido el concurso favorito de todos.

—Subo —le anuncio a Gabriel, viendo que ya está Jo casi en la meta.

—¿Necesitas que yo…? —se ofrece Gabriel, tocando mi brazo.

—Avisa a Pete para que vaya controlando todo y nos aseguremos de que la gente se va a sus casas.

Gabriel asiente y me dedica una hermosa sonrisa, como todas las que tiene.

—Todo va a salir bien, ya lo verás —me dice.

Yo asiento, aunque no estoy muy convencida este año. Algo me dice que va a haber más complicaciones que no estamos sabiendo ver siquiera. Pero, por ahora, la cosa va estando controlada.

Subo a la tarima con Massie. La gente no sospecha nada todavía, ya que ver a la alcaldesa con la organizadora de los eventos del pueblo tampoco es algo extraño. Cuando llego hasta arriba, ella me mira mientras grita alborotada que en el último momento Helen ha adelantado a Jo y que ella es la ganadora de esta prueba.

—¡Marie! —exclama al verme, dándome un abrazo y dejando a un lado el micrófono—.

¡Está siendo un concurso increíble! ¿No crees?

Lo que me va a doler ver su rostro triste cuando le dé la noticia.

—Massie, tenemos que finalizar el concurso —le anuncio sin más preámbulos.

Exactamente como pensaba: su cara refleja estupefacción y tristeza a partes iguales.

—Pero… Pero si todavía quedan tres pruebas para…

—No podemos esperar más, lo siento. Tenemos casi encima la tormenta y la gente tiene que irse a sus casas cuanto antes. Si esperamos un poco más, puede que sea tarde.

Ella echa un vistazo al cielo y se da cuenta por sí misma.

—Muy bien, lo anunciaré ahora mismo —dice, rindiéndose a la realidad—. ¿Necesitas que dé alguna indicación?

—Pide que se vaya todo el mundo a sus casas cuanto antes, por favor.

—Bien, bien. —Coge el micrófono y resopla, sabiendo que esta noticia no va a gustarle a nadie por muchos motivos.

—Voy bajando para ayudar a Pete —le digo.

Massie me despide con la mano mientras empieza a explicarle a la gente la situación. Una ola de tristes quejas va moviéndose entre la multitud, aunque nadie alza la voz ni se oye un solo insulto. Cuando llego abajo, lo único que escucho son palabras de ánimo y apoyo por lo que acabo de hacer.

No podría ser alcaldesa de un lugar mejor.

—Pete, ¿cómo va? —le pregunto al verle despejando la calle con paciencia.

Me mira con su ceño fruncido y su extraña sonrisa.

—Ya me podías haber avisado con algo más de tiempo.

—Pensé que al menos podría terminar el concurso, como te comenté ayer, pero el tiempo se está complicando demasiado.

Asiente, comprendiendo.

—Has hecho bien en no arriesgarte y en poner a salvo a todos.

Y que eso me lo diga un seco Pete, tiene mucho valor en realidad.

—Voy a ir por ese lado de allá, ¿de acuerdo? —le digo.

Él simplemente asiente mientras continúa pidiéndole a la gente que no se vayan a hacer compras de última hora, que hay que irse a casa ya mismo.

—¿Qué está pasando aquí? —escucho de repente la voz de alguien que en este momento precisamente es la última que querría escuchar—. ¿Ya ni se puede acabar el mejor concurso del pueblo?

—Frederick, por favor —le pide Gabriel mientras yo me acerco a ellos.

—¡Vamos, hombre! —sigue diciéndole a la gente, sin hacer caso a Gabriel—. ¿Vais a iros en lo mejor? ¿En serio?

—La alcaldesa Marie ha dicho que… —comienza a decirle Sally.

—¡La alcaldesa Marie es una miedosa! —exclama él sin ningún pudor—. Alguien que esté al frente tiene que tener agallas y saber tomar las mejores decisiones, no obligaros a encerraros en vuestras casas por un poco de nieve. ¡No seáis borregos! —les grita, aunque nadie parece hacerle caso—. ¡Vamos! ¡Quedaos! ¡Esto no es una democracia si nos encierran a todos! ¿Por qué creéis que os obligan a ello? ¡Pensad por vosotros mismos!

—Frederick, haz el favor —le pido, llegando por fin a su lado—. Deja que la gente vaya a sus casas antes de que la tormenta…

—La tormenta de nieve de Mist Rachs siempre ha empezado la tarde de Nochebuena y en unas horas se pasa —me dice, encarándose a mí—. ¿Es que vas a hacer algo para lo que

necesitas a todos encerrados en sus casas, calladitos y sin rechistar?

—Pero, ¿qué tonterías dices? —le responde Gabriel con indignación—. Vete tú también a casa y no te pongas en peligro a lo tonto.

Pero el muy inconsciente se echa a correr detrás de cada uno de los vecinos que, de todas formas, le ignoran, intentando convencerles de que se queden y se revelen contra el poder establecido en mi persona, una tirana sin escrúpulos y mil cosas más.

—¿Le detengo de una vez? —me pregunta Pete, que ha venido rápidamente a ver si puede darse una alegría en el día de hoy.

Pete no es muy amigo del teniente de alcalde que digamos y sería feliz metiéndole entre rejas aunque fuera un rato.

—Déjale —le digo—. Por suerte, nadie le está haciendo caso.

—Eso es porque todos confían en ti, Marie —le escucho a Gabriel decirme.

Le miro de tal forma que él siente que necesito que frote mi brazo para infundirme ánimos.

—Voy a empezar a ir casa por casa para comprobar que todos estén ya recogidos y no haya problemas —nos anuncia Pete.

—Pero vete tú también pronto a casa, por favor —le pido.

Me hace un gesto con los dedos, llevándoselos a la frente a modo de saludo formal de típico sheriff, y se aleja de nosotros con calma, como si esto fuera algo que hiciera a diario y no supusiera ningún riesgo para él.

—Voy a comprobar que no queda nadie por este lado del pueblo —le anuncio a Gabriel, alzando cada vez más la voz.

La tormenta no creo que tarde en estar encima de nosotros y ya se va notando la intensidad con la que descarga la nieve en este momento.

—¡Voy a echar un vistazo a los locales de la otra parte del pueblo! —me dice él, empezando a caminar con prisa hacia el lado contrario.

—¡Vete pronto a casa! —le pido de lejos.

—¡Avísame cuando tú llegues! —me dice él a mí antes de que su voz y su figura se pierda definitivamente entre la nieve.

Esto empieza a dar verdadero miedo. Las tormentas en el pueblo normalmente son fuertes, pero hay años que incluso se puede caminar por la calle con algo de cuidado. La de este año va a ser peligrosa. Gabriel tenía mucha razón. Y menos mal, porque gracias a su corazonada hemos podido estar preparados un día antes.

Cojo el móvil mientras voy comprobando que no queda nadie por esta zona del pueblo. Tengo que llamar a emergencias para darles el aviso y que activen el dispositivo que hace días les solicitamos, por si sucediera algo durante la tormenta y para que la quitanieves pase en cuanto pueda. Y nada más que me cogen el teléfono, les explico la situación.

—Pero ustedes nos habían confirmado hace poco que ya no era necesario el dispositivo de emergencia —me dice un sorprendido telefonista.

—¿Cómo dice?

Un sudor frío empieza a recorrer mi espalda.

No puede ser. No, por favor, esto no.

—Sí, tenemos un email de la alcaldía diciendo que no será necesario ningún dispositivo este año —me explica—, así que retiramos la petición y asignamos las unidades a otras zonas.

—¿Me está diciendo que estamos en mitad de una tormenta y nadie va a ayudarnos si pasa algo?

Creo que nota desesperación en mi voz, y eso que trato de controlarme.

—Perdone, es que se la escucha un poco mal.

—¡Porque estoy en mitad de Mist Rachs, con la tormenta puede que peor de estos últimos años!

—Lo comprendo, señora alcaldesa, pero nosotros… Nosotros recibimos…

—Sí, un email, sí. —Froto mi cabeza, cubierta por un gorro de lana que ahora mismo me da más calor del normal—. Fue un… Ese email no procedía de la alcaldía, fue un fallo.

—Ah. Pues nosotros…

No sabe ni qué decirme.

—¿Qué podemos hacer ahora? —le pregunto—. Dígame qué opciones tenemos. Porque ustedes son de emergencias, algo se podrá hacer.

No escucho nada en unos interminables cinco segundos.

—Déjeme preguntar a mi superior por si hay algún dispositivo cerca de su zona que pudiéramos activar en caso de necesitarlo. Manténgase a la espera, por favor.

—Bien, vale. Por favor, tráigame buenas noticias.

—Espero poder hacerlo, señora alcaldesa.

—Me llamo Marie.

—Muy bien, Marie —rectifica con voz amable—. Ahora mismo pregunto y le comento. No me cuelgue, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

Como si tengo que pasarme dos horas al teléfono, pero esto tengo que solucionarlo como sea.

Voy hacia la puerta auxiliar del ayuntamiento para meterme dentro a esperar. Saco la llave y abro, entrando y cerrando detrás de mí. Me siento en el frío suelo y continúo escuchando la taladrante música de espera de la línea de emergencias. No soy muy fan de la música clásica y espero no empezar a odiarla a partir del día de hoy.

XVIII

Gabriel

—Es mejor que os pongáis cómodas, porque esto me parece que va para rato —les digo a Sandrine, Cynthia y Tyra, acompañándolas a casa con rapidez.

—Tyra, quédate con nosotras, por favor —le pide mi hermana con voz suplicante.

Ella me mira, no sabiendo qué hacer.

—¿Tienes algo en casa que necesites para los próximos dos días por lo menos? —le pregunto.

—Bueno, el cargador del móvil, la ropa, comida… Y poco más —contesta ella.

—Puedes ponerte mi ropa —le dice Cynthia sin dejar de caminar rápidamente—. Y el cargador es el mismo que el mío.

—En casa tenemos comida de sobra —le asegura Sandrine—. En el sótano siempre está la despensa a rebosar. ¡Y también hay muchos dulces!

—Y los ingredientes para preparar todo el vino especiado que necesitemos —le escucho añadir a Cynthia, algo que parece ser fundamental para la decisión final de Tyra.

—Muy bien, espero que podamos sobrevivir a la tormenta todos juntos en vuestra casa.

—¡Nos lo vamos a pasar genial! —exclama mi hermana, contentísima por esta especie de reunión navideña—. Y podemos decirle a Cynthia que nos enseñe a pintar como ella. ¿Sabes que siempre le pedimos en el internado que haga una exposición y nunca quiere?

Tyra mira a la profesora de mi hermana con una sonrisa.

—Veamos de lo que eres capaz —le dice, retándola, haciendo que Cynthia ría con ganas.

—Vamos, vamos, que tenemos que entrar cuanto antes —les pido, metiéndoles prisa para que suban rápido las escaleras y nos metamos dentro a ser posible antes de que la tormenta esté justo encima del pueblo.

—Vaya, así que Sandrine no se había perdido —escucho unas escaleras más abajo al impresentable de Frederick.

—Vete a casa —le digo sin prestarle más atención.

—Yo me voy a ir, pero no sé si tu alcaldesa va a ser capaz de llegar.

Me giro al instante ante esas palabras.

—Id entrando, por favor —les pido a las tres, que protestan un momento, pero me acaban haciendo caso. Sigo mirando fijamente a Frederick mientras bajo los escalones que nos separan—. ¿Qué has querido decir con eso de Marie?

Su sonrisa no augura nada bueno.

—Alguien andaba preguntando por tu hermana —me cuenta—. Ella se puso a buscarla y, al parecer, otro alguien le dijo que la vio yendo hacia el castillo.

—¿Cómo? —exclamo, dándome un vuelco el corazón—. ¿Cómo se te ocurre…?

—Yo te digo lo que he escuchado, nada más —me corta, levantando las manos a modo de exculpación absoluta.

El muy…

—Te juro que como le pase algo a Marie…

Pero Frederick ríe y comienza a caminar, levantando una de sus manos para despedirse como si tal cosa.

Me gustaría ir detrás de él y… Mejor me centro en lo que tengo que hacer. Cojo el móvil, casi temblando de miedo y rabia, y marco el teléfono de Marie.

No lo coge.

Vuelvo a marcar, suplicando para que escuche la llamada y me confirme que lo de Frederick fue una estupidez, que está en estos momentos preparando algo de comer, sana y salva.

Sigue sin cogerlo.

Me echo a correr hacia su casa, subiendo de dos en dos las escaleras, aun a riesgo de caerme de un resbalón. No hay luces encendidas, pero aun así, llamo a la puerta. Nada. Sigo probando con el móvil mientras bajo de nuevo las escaleras, mirando a ambos lados de la calle, rezando para verla aparecer, pero no hay suerte tampoco.

¿Por qué alguien le diría que mi hermana no aparecía y que la vieron ir hacia el castillo? Alguien no, Frederick, estoy seguro. Y lo hizo para ponerla en peligro, pero yo no voy a permitir que le pase nada.

Comienzo a caminar en dirección al castillo a toda velocidad. Puede que si la encuentro de camino, podamos volver los dos juntos a casa, a pesar de la tormenta. El fuerte viento helado inunda mi cara de nieve, pero no me importa. Tengo que encontrarla como sea, y una tormenta no va a frenarme.

Marie es lo único que tengo ahora mismo en la cabeza, así ha sido toda mi vida y así va a seguir siendo.

Marie

—No, por favor, no me digas que no hay nada que hacer.

—Marie, no tenemos dispositivos —vuelve a explicarme el amable teleoperador—. Lo único que podemos hacer es lo que te comentaba, esperar que no pase nada y, en caso de suceder cualquier cosa, lo meteríamos como prioridad en…

—Pero habrá mil cosas estos días y… —Suspiro y trato de coger aire de forma menos acelerada—. Por favor, intenta volver a preguntar.

—Yo voy a seguir haciéndolo —me asegura—. Si quieres, en cuanto sepa algo más, vuelvo a llamarte.

La familiaridad con la que nos tratamos desde hace un rato es de agradecer.

—Muy bien. Yo voy a intentar llegar hasta casa ahora. En cuanto sepas algo más, por favor…

—Lo haré —dice—. Ten cuidado al volver a casa, Marie.

—Lo tendré.

Cuelgo y cierro los ojos, intentando calmarme un poco antes de salir de aquí. Espero poder llegar todavía a casa, porque estoy escuchando desde aquí el viento golpear en la fachada del ayuntamiento y no es precisamente suave lo que oigo.

Todo va a salir bien, me repito a mí misma, como lleva diciéndome hace días Gabriel. Seguro que no hay ninguna emergencia, que todo va a estar tranquilo y la tormenta se pasará en poco tiempo. Todos estaremos a salvo y no necesitaremos la ayuda de emergencias siquiera.

Con nuevos ánimos, aunque bastante frágiles, salgo a la calle, cerrando la puerta tan rápido como puedo. Efectivamente, ya sopla con fuerza el viento y tengo que ir caminando pegada a la orilla de las casas para evitar que me tire.

Estoy casi llegando a casa cuando mi móvil suena. Veo en la pantalla que es Sandrine y lo cojo rápidamente por si ha pasado algo con Gabriel.

—Dime, Sand…

—¿Está contigo mi hermano? —me pregunta con un tono que refleja claramente los nervios que tiene.

—¿Gabriel? No, no está… ¿No fue a casa?

—Sí… No… Frederick…

Se escucha entrecortado, no sé si por algún fallo en la línea o por el viento, que me está dificultando incluso escucharme a mí misma.

—Estoy al lado de vuestra casa —le digo—. No te oigo bien. Voy ahora mismo.

Cuelgo y acelero el paso, llegando casi en segundos a su puerta, que veo abrirse antes incluso de empezar a subir las escaleras.

Unos brazos me agarran para meterme dentro y cierran la puerta. Es entonces cuando veo que con Sandrine está Cynthia y Tyra, que parecen igual de preocupadas.

—¿Mi hermano? —vuelve a preguntarme una nerviosa Sandrine, con los ojos enrojecidos.

—No estaba conmigo —le explico—. Pensé que había venido a casa.

—Vino con nosotras —me cuenta Tyra—, pero cuando íbamos a entrar, Frederick pasó por aquí.

Me llevo las manos a la cabeza, temiéndome lo peor.

—¿Qué ha hecho ese malnacido? —pregunto sin querer saber la respuesta en realidad.

—Le dijo algo de que tú a lo mejor no podías llegar a casa —dice ahora Cynthia.

—¿Yo? ¿Por qué dijo eso?

—No lo sabemos —me dice Tyra—. Desde hace un rato hemos intentado llamarle, pero siempre sale comunicando. Imaginamos que sería porque estaba intentando llamarte a ti, por eso te hemos llamado.

Mierda.

Miro mi teléfono y se me cae el alma a los pies.

—Estuve hasta hace un momento hablando con los de emergencias y no… Si me llamaba, yo no lo veía. —Comienzo a caminar por el hall de entrada, tratando de pensar—. Sandrine, vuelve a llamarle —le pido—. Vamos a intentar localizarle.

Ella hace lo que le pido. Tiene todavía el teléfono en la mano, así que marca y se lo lleva a la oreja.

—Nada —dice a punto de echarse a llorar—. Ahora no comunica, pero no contesta.

—Entonces vamos a seguir llamando hasta que lo coja —le digo, marcando yo misma su número.

Vamos, contesta… Venga…

—¡Marie! ¿Estás bien?

Del suspiro que he dado, las tres han comprendido que me lo ha cogido y se abrazan entre ellas con emoción.

—Estoy en tu casa, ¿dónde estás?

—¿En… casa? Estoy… castillo.

Otra vez se empieza a ir la voz.

—Estás… ¿En el castillo?

—¿En el castillo? —exclama Tyra, abriendo los ojos de par en par.

—Frederick… que tú… Sandrine…

—¿Frederick te dijo que yo estaba allí con Sandrine?

—Sí… así. Y vine… pero… tormenta…

Vuelvo a moverme con pasos gigantes por el hall, llegando hasta el salón. Tyra, Cynthia y Sandrine me siguen, esperando buenas noticias, algo que no puedo darles. Porque el castillo está en un estado deplorable. Hace tiempo que tuvimos que meternos ahí para restaurarlo, pero…

Ahora eso no importa. Si Gabriel está ahí, tengo que llegar a él como sea.

—Voy a ir a buscarte —le anuncio—. Tienes que llegar a una zona del castillo en donde puedas refugiarte mientras tanto.

—¡Ni… ocurra! —grita.

—Vamos que si se me ocurre —le reto—. Ahora mismo voy a ir y tú vas a esperar a que llegue, ¿entendido?

—Marie… peligroso. Quédate…

—No, fin de la discusión —le corto—. Intenta… Intenta llegar al sótano del castillo y espérame.

—No… tobillo.

—¿Qué le pasa a tu…? —No puede ser—. ¿Te has hecho daño en el tobillo?

—Sí… esguince… duele.

Echo la cabeza hacia atrás, seguida por el resto, que han comprendido perfectamente lo que sucede.

—A ver, Gabriel, intenta arrastrarte como sea hasta la parte baja del castillo, ¿me entiendes?

—Sí… pero… tú… no… emergencias.

Y no es el momento adecuado para ponerle al día con semejante noticia.

—Sí, muy bien, pero tú refúgiate en el sótano, ¿de acuerdo?

He escuchado un *de acuerdo* a regañadientes y no le dejo que siga hablando. Le cuelgo, intentando con ello que conserve parte de la batería del teléfono, porque puede que la necesite más adelante.

Guardo el móvil en el bolsillo, decidida a salir ya mismo de casa, pero Tyra agarra mi brazo cuando me ve que estoy yendo hacia la puerta.

—¿Dónde vas a ir tú? —me dice muy seria.

—A buscarle.

—¿Estás loca? No vas a llegar. ¿Tú has visto la que se está preparando fuera?

—Todavía se puede caminar por la calle.

—En media hora como mucho no se va a poder ni salir por la puerta —me advierte Tyra.

—Tyra, no voy a dejar a Gabriel. Voy a…

—Muy bien —me concede—, pongamos que eres capaz de llegar hasta el castillo. ¿Qué se supone que vas a hacer después? ¿Cómo vais a volver, si además él tiene mal el tobillo? Porque para entonces la tormenta seguramente ya esté encima de Mist Rachs.

—¿No sería mejor llamar a emergencias? —pregunta Sandrine—. Ellos sabrán cómo…

Mi silencio no les augura nada bueno y, por sus caras, sé que lo saben de sobra.

—Al parecer, Frederick envió un email a los servicios de emergencias para desactivar el protocolo. Estamos solos.

Las tres se llevan las manos a la cabeza. Sandrine se sienta en el sofá, agobiadísima, mientras Tyra y Cynthia empiezan a acordarse de todos los antepasados, vivos y muertos, del actual teniente de alcalde.

—Entonces, ¿qué es lo que vamos a hacer? —me pregunta con desesperación Sandrine.

Y pienso más rápido que nunca. Pienso cómo traer de vuelta a Gabriel sin ayuda de emergencias, pero pensando como ellos. ¿Cómo podría llegar allí? ¿Cómo vamos a regresar? Tiene que haber alguna forma de ir y volver con esta tormenta. Si yo fuera alguien de emergencias, ¿qué preguntas me haría para…?

¡Eso es!

—Vale, a ver —comienzo a decir—. Sandrine, empieza a llamar a emergencias nada más que yo salga por la puerta.

—Y dale —escucho que dice Tyra—. Marie, tú no vas a ir con…

—Voy a ir, porque sé la forma de llegar sorteando la tormenta —les anuncio con una sonrisa triunfal.

—¿Viajando en el tiempo al pasado y evitando que Gabriel vaya al castillo? —pregunta Cynthia con tono irónico.

Tyra la mira y luego me mira a mí, más asustada que antes.

—¡No se te ocurrirá ir al bosque! —exclama, horrorizada—. Si ya es peligroso sin tormenta, imagínate lo que…

—Tyra —le corta Cynthia con el ceño fruncido—, lo mío era broma. ¿Qué dices del bosque?

Ella se gira de nuevo hacia Cynthia, sabiendo que acaba de meter la pata con quien, por ahora, es una turista.

—¿Eh? —es lo único que sabe decir.

—Que qué dices del bosque —repite ella, ya intrigada.

—¿Bosque? ¿Qué?

—¿Qué?

—¿Eh? —repite una vez más Tyra.

—Mira, me estás liando —le dice, agitando la cabeza y frotando su frente con un par de dedos—. El caso es que no hay forma de llegar si no es cruzando todo el…

—Sí que la hay —le corto—. Voy a ir por debajo del pueblo.

Sandrine se gira al escucharme decir eso.

—Pero hace años que nadie baja ahí —me dice ella, levantándose del sofá y viniendo hacia mí—. Es un laberinto todo aquello.

—Lo sé, pero también sé cómo apañarme cuando llegue al subsuelo.

—Pues ya me dirás cómo, porque a no ser que tengas una varita mágica que… —En este punto, Cynthia se gira hacia Tyra—. ¿Algo que opinar sobre esto?

Tyra levanta las manos, enseñando las palmas de las mismas, muda por completo.

—Sé de dónde sacar los planos del subsuelo —les anuncio—. Tengo que llegar a la biblioteca y buscarlos en los archivos locales que tenemos allí.

Se hace el silencio. Parecen estar pensando las tres sobre lo que les acabo de contar.

Tyra es la primera que habla.

—Voy contigo.

—¿Qué? No, no vas a…

—Vamos que si voy a ir —me reta.

—Voy con vosotras —nos dice Cynthia con determinación.

—¿Cómo vas…? No, ambas os vais a quedar aquí y vais a…

—Sandrine se queda para seguir llamando a emergencias —dice Tyra—. Así alguien sabrá que nos hemos ido.

—¿Y si avisáis a Pete? —nos dice ella—. Es el sheriff, ¿no? Puede que él sepa mejor que nadie lo que hay que hacer.

—Pete tiene que quedarse a cuidar el pueblo —le digo—. No podemos dejar al resto sin ningún tipo de ayuda. —Miro a Tyra y a Cynthia, de pie junto a mí—. Chicas, no tenéis que…

—Tenemos que salir ya o se nos echará encima la tormenta antes de llegar siquiera a la

biblioteca —me corta Tyra, empujándome hacia la puerta.

—¡Esperad! —nos dice Sandrine, echándose a correr hacia la cocina. Vuelve al cabo de unos instantes con una pequeña mochila—. Esto siempre lo tiene mi hermano guardado para emergencias. Hay una linterna, una pequeña manta térmica, un botiquín, unas barritas energéticas, algunas pequeñas herramientas…

—Tu hermano es el chico de los kits al parecer —comenta Tyra, haciendo reír levemente a Cynthia.

Cojo aquella mochila y me la pongo en la espalda.

—¡Un momento! —vuelve a decirnos, ahora echando a correr escaleras arriba.

Las tres nos quedamos mirándonos sin saber qué más se le ha podido ocurrir ahora.

—Yo estoy por comer algo —comenta Tyra, echando un vistazo a la cocina.

Cynthia ríe en bajo, pero le da un codazo para que no bromee más. Que Tyra esté tan bromista me resulta extraño, pero me alegra verla de esta forma, la verdad.

Vuelve Sandrine, corriendo escaleras abajo, con un jersey de Gabriel en la mano que reconozco al instante.

—Llevadle este jersey —nos pide, entregándomelo—. Se fue con un abrigo muy fino y, además, este es su favorito.

—¿En serio? —pregunto—. Es curioso, porque hace tiempo le dije que precisamente este jersey era mi favorito. —De repente siento tres pares de ojos mirándome con una extraña sonrisa—. ¿Qué?

—Nada, Marie, nada —responde Tyra, dándome unas palmaditas condescendientes en la espalda.

—Pero, ¿qué pasa? —insisto mientras guardo como puedo aquel jersey en la pequeña mochila.

—Que tenemos que irnos, ¿no? —me dice de nuevo Tyra.

—Sí, eso… Sí, tenemos que irnos cuanto antes; Gabriel estará helado de frío y… Llama a emergencias y cuéntales lo que ha pasado, ¿de acuerdo? —le digo a Sandrine—. Pregunta por Leo. Es con el que estuve hablando hasta hace un rato.

Ella asiente antes de responder.

—Tened mucho cuidado —nos pide con inquietud, claramente nerviosa por vernos marchar hacia donde ni siquiera nosotras sabemos bien cómo llegar.

—En un rato volveremos con tu hermano —le prometo—. Si hay novedades con emergencias, llámanos, ¿de acuerdo?

Sandrine asiente, aferrándose a su móvil. Nosotras tres salimos de casa sin pensárnoslo demasiado. El viento sigue siendo fuerte y la nieve cae con ganas. Ya hay una buena capa cubriendo todo Mist Rachs.

Les señalo la dirección a seguir y nos ponemos en camino sin perder más tiempo.

—¿Cómo vamos a entrar en la biblioteca? —pregunta Tyra casi gritando para hacerse oír.

—¿Por? —le digo sin comprender.

—Estará cerrada.

—Eso dejádmelo a mí —nos dice Cynthia. Las dos la miramos sorprendidas sin entender a qué se está refiriendo—. Aprendí muchas cosas cuando viví en París.

Tyra ríe con ganas y agarra por los hombros a Cynthia.

—Esa es mi chica —le dice con una tierna sonrisa.

Me quedo mirando a Tyra por aquella última frase, pero ella se limita a encogerse de

hombros. No tenemos tiempo para nada ahora mismo, así que seguimos caminando, por suerte en la misma dirección que el viento. Dentro de poco tendremos que pasar la primera prueba de esta odisea y espero que no se nos complique demasiado.

Porque voy a traer de vuelta a Gabriel.

Sea como sea.

XIX

Tyra

—Podemos sacar las herramientas que… —le dice Marie a Cynthia mientras esta trata de abrir la puerta con una pieza de su propia pulsera.

—No hace… falta —contesta ella, consiguiendo en segundos abrir la cerradura principal.

Abre del todo la puerta, haciéndonos una burlona reverencia para que pasemos dentro.

—Ya me explicarás por qué tienes tú esa maña para abrir cerraduras ajenas —le susurro mientras caminamos por una oscura y tenebrosa biblioteca, con el ruido ensordecedor de la tormenta de fondo.

—Antes tendrías que torturarme —contesta con una pícara media sonrisa que me encanta.

—¿Me estás retando?

Me mira un segundo y en sus labios arqueados hacia arriba tengo su respuesta.

—Vale, aquí está la zona del archivo —nos dice Marie frente a una puerta de hierro cerrada. Se gira hacia Cynthia—. ¿Podrías…?

Ella se adelanta unos pasos con soltura y vuelve a coger su pulsera, metiendo dos hilos de alambre en la cerradura. Segundos después, la puerta se abre ante nosotras.

—Dios, eres perfecta —exclamo, saliéndome del alma.

Cynthia me reprende con los ojos, pero sonríe con aquel cumplido tan real. Marie vuelve a mirarme de reojo, sabiendo que aquí pasa algo, pero creo que tiene cosas más importantes en la cabeza que el simple cotilleo, así que vuelve a centrarse en lo que nos ha traído a la biblioteca de Mist Rachs.

—Tiene que estar por aquí —nos dice, entrando en la zona del archivo local—. Hay una especie de máquinas que… ¡Ahí están!

Va corriendo hacia unos armatrostes con pantalla que parecen antiguos, seguida por nosotras, y comienza a cacharrear en una de ellas.

—¿Esta ruleta es para que suene música? —pregunto, moviéndola.

—Eso es… Es como el ratón del ordenador —me explica ella mientras Cynthia golpea mi mano suavemente para que suelte la ruleta.

—¡Ay! —me quejo.

—No te he hecho daño —dice Cynthia, algo preocupada.

—Eso lo dices tú, pero yo ahora mismo estoy sufriendo.

—No le hagas caso a Tyra —le dice Marie a Cynthia mientras sigue trasteando en esa maquinita—. Le encanta quejarse por todo; parece escocesa.

Cynthia me mira y sonríe. Mis labios se contagian y sonrío con ella. Y antes de arder por combustión espontánea, decido hacer algo para distraerme.

—¿Te podemos ayudar, Marie? —le pregunto, echando un vistazo por encima de su hombro, viendo cómo pasan por delante de mis ojos documentos escaneados que parecen muy antiguos.

—¿Podéis intentar llamar a Gabriel para saber si ya se ha podido guardar en el sótano? —dice mientras saca su móvil y empieza a hacer fotos a lo que va viendo en esa extraña pantalla —. Me gustaría que intentara buscar la entrada al subsuelo desde allí. Él sabrá de lo que hablamos, no te preocupes.

Cojo mi propio móvil y marco el número de nuestro Gabriel, esperando que se haya

podido arrastrar hacia una zona resguardada de esta tormenta.

—Tyra —le escucho al otro lado de la línea con voz quejumbrosa.

—¿Pudiste llegar al sótano?

—Sí, yo… aquí.

Mierda, ya empieza a fallar la línea.

—Marie me dice que si puedes intentar buscar una entrada al subsuelo que debe haber por el castillo.

—Eso… imposible.

—¿No puedes moverte?

—Sólo… poco, pero… tormenta… fuerte.

Me separo el móvil de la boca y miro a Marie, que me está observando con un hilo de esperanza.

—Creo que dice que es imposible porque ahora la tormenta es muy fuerte —le cuento —. A lo mejor no puede buscar nada porque no le deja ver toda la nieve y el viento.

Marie suspira con dolor. Se la nota más que nerviosa, pero coge aire y trata de pensar en segundos.

—Muy bien, que no se mueva entonces de donde esté. Llegaremos lo antes posible.

Asiento, volviéndome a llevar el móvil a la boca para hablarle.

—Bueno, vale, pues quédate quieto ahí, ¿vale? ¡Ya estamos yendo!

—Tened… cuidado… favor.

—Sí, sí, pero tú hazte un ovillo, damiselo en apuros.

Al menos se ríe. Hace una pausa con un sonoro suspiro, tan sonoro que se escucha incluso en mitad de esta tormenta.

—Dile… Marie… la… querido… vida.

Y no me hacen falta más palabras para resolver el panel.

—Díselo tú cuando lleguemos —le contesto.

Veo a Marie girarse hacia mí, preguntándome con ese ceño fruncidísimo que qué sucede con Gabriel ahora. Le hago un gesto con la mano para decirle que no es nada, tonterías y minucias varias.

—Por favor… —insiste Gabriel.

—No, eso tú —repito—. En unos minutos estaremos allí, ¿de acuerdo?

Ya no se escucha claramente más, así que cuelgo justo cuando Marie se separa de la máquina, mostrándonos algo en esa pantalla.

—Estos puntos de aquí son las entradas y salidas —nos indica, señalando con el dedo unos puntos rojos en un plano antiquísimo—. El camino que hay que seguir es el del castillo. Se entra directamente por el ayuntamiento.

—No fastidies que tenemos que ir hasta allí ahora —le digo, sabiendo que salir de aquí va a ser harto complicado.

—¿No podemos entrar por la de aquí? —pregunta Cynthia, señalando uno de esos puntos—. Es la biblioteca, ¿no?

—Pero no va directa —nos dice, haciendo con el dedo el recorrido—. El castillo comunicaba con algo que había en donde ahora está el ayuntamiento. Luego se construyeron el resto de caminos subterráneos para ir uniendo otras partes, pero no podemos dar vueltas y vueltas por ahí abajo. Podemos acabar perdiéndonos y habría más probabilidades de encontrarnos cualquier cosa por esos pasillos.

—¿Cualquier cosa? Define qué es lo que… —le pido, temiéndome encontrarnos

monstruos de tres cabezas que escupen fuego.

—Paredes caídas, zonas inundadas… —explica, dejándome algo más tranquila—. Hace muchos años que nadie baja. Vamos a ser las primeras en hacerlo. Pero si no queréis entrar ahí abajo, os aseguro que comprendo que…

—Entonces, por el ayuntamiento, ¿no? —le dice Cynthia, cortando incluso su disertación.

Marie le mira con ojos de agradecimiento, aunque algo tristes.

—Te aseguro que te lo puedo traer de vuelta sano y salvo aunque no vengas, de verdad —le asegura ella.

—Eh… Ya, sí —dice Cynthia sin comprender bien el sentido de esa frase—, pero quiero ayudar.

—Es comprensible —comenta de forma misteriosa Marie.

Bueno, no de forma tan misteriosa en realidad, pero Cynthia no se ha enterado de nada y no es momento ahora de algo así.

—Entonces, siguiente parada: llegar al ayuntamiento, ¿no? —pregunto, centrando el tema de nuevo.

Marie me mira y asiente.

—Tengo llaves, así que no hace falta entrar como lo hace Cynthia.

—¡Tampoco entro así a todas partes! —se queja, medio riéndose y haciéndonos reír también a nosotras mientras comenzamos a caminar hacia la salida.

Segunda etapa del trayecto de salvamento, allá vamos.

XX

Cynthia

—Cynthia tarda menos en abrir una puerta a su manera que tú con una llave! —se sigue quejando Tyra después de haber conseguido entrar en el ayuntamiento por una puerta que no era la principal.

Le doy un codazo y ella se queja, pero pega su brazo al mío, llegando a rozar mi mano con la punta de sus dedos. Eso me descoloca y ella lo sabe por cómo sonríe, mirándome de reojo mientras seguimos caminando hacia la entrada a las catacumbas. O a lo que quiera que nos vayamos a encontrar al llegar.

—Hace demasiado frío y viento —se disculpa la pobre Marie—, no veía bien con la nieve metiéndoseme en los ojos.

—Tyra creo que está bromeando —le digo, y miro a quien ahora mismo sonríe con mi apreciación—. ¿Verdad que bromeabas?

—Es que me encanta bromear —me responde en bajo, aunque no tanto como para que Marie no le escuche.

—No te había visto yo tan risueña como hasta hace pocos días —le dice Marie sin dejar de mirar el plano que tiene en su móvil—. Tiene que ser ahí abajo —nos anuncia, señalando unas escaleras situadas a la derecha de la planta principal.

—¿Qué hay ahí abajo? —pregunta Tyra mirando hacia el oscuro final de la escalera.

—Los archivos —le contesta Marie.

—¿No acabamos de estar en los archivos?

—Son… Otros diferentes.

Marie comienza a caminar, poniéndose al frente y empezando a bajar escalones, seguida por nosotras dos de cerca.

—En este pueblo hay muchos archivos —comento.

—No te lo puedes ni imaginar —escucho a Tyra responderme desde delante de mí.

—Vale, ahora es por… aquí —oigo a Marie decir, seguido de unos rápidos pasos.

—¿No hay luz? —pregunto.

—Se habrá ido la corriente —nos dice ella, creo que dando con el dedo a un interruptor por el ruido que escucho. Al cabo de unos segundos, por fin se hace la luz, pero porque ha sacado una linterna de la mochila, la cual está cerrando ahora mismo—. Bueno, pues ya estamos en donde pone el plano que hay una entrada. ¿Veis algo vosotras?

Comenzamos a observar cada punto que Marie ilumina hasta que veo algo que me llama la atención.

—Tiene que estar ahí detrás —les digo, señalando un enorme cuadro en una pared.

—¿Ahí detrás? —dice Tyra—. Pero eso es una pared, no el suelo. Si hay que ir hacia abajo…

—Puede haber otras escaleras —le digo.

—¿Por qué ahí? —me pregunta Marie, yendo precisamente hacia ese punto.

—Porque es una representación de Las Puertas del Infierno, de Rodin.

Ambas se quedan calladas, pensando en lo que he dicho. Porque suena un poco lúgubre, pero he tenido una sensación extraña al ver aquel cuadro.

Tiene que ser ahí.

—¿Por qué alguien querría esconder la entrada a un sitio que fue tan habitual en su momento? —se pregunta en alto Tyra.

—Puede que sea porque es demasiado peligroso —le responde Marie, intentando ahora descolgar el cuadro de la pared.

Le echamos una mano y en pocos segundos comprobamos con nuestros propios ojos que hay una pared lisa, pero en la que se ve una marca con forma de puerta. Hay una especie de hendidura a un lado, imagino que para poder abrirla.

Marie se gira hacia nosotras.

—Podéis quedaros aquí si…

—Abre la maldita puerta, anda —le dice Tyra, frotando su brazo.

—Antes mandad un mensaje a Sandrine y a Gabriel para decirles dónde estamos —nos pide, girándose hacia la puerta mientras Tyra comienza a escribir en su móvil—. Por si acaso.

Eso no me da muy buena espina, pero hay que continuar sin pensárselo demasiado, así que, en cuanto Marie consigue abrir aquella estrecha puerta, las tres comenzamos a bajar más escalones.

Ni siquiera se ve el final, por mucho que la linterna intente iluminarlo.

Igualito que descender al inframundo.

Llevamos quince minutos caminando por este lugar y, salvo mucha humedad y oscuridad, no hemos encontrado nada más. Es un pasillo bastante amplio por el que cabemos de sobra las tres y todavía hay espacio para alguien más. Marie va señalando el camino con la linterna mientras echa un vistazo al plano cada poco tiempo, aunque el pasillo sea recto. Se nota que está nerviosa, y es que no es para menos. Con este frío y con un esguince como mínimo, Gabriel tiene que estar pasándolo realmente mal. Tenemos que llegar cuanto antes y llevarle de vuelta a casa.

Hemos pasado hace un rato la bifurcación que desviaba el camino para ir hacia el castillo o hacia el resto de puntos del pueblo, así que las tres nos quedamos de piedra cuando vemos otra vez el camino dividirse en dos.

—¿Hay algo en el plano? —pregunto, haciendo que mi eco resuene en este interminable pasillo, rebotando hasta perderse a lo lejos.

—No, no hay… —Marie se asoma con la linterna a un lado y al otro, y luego se gira hacia nosotras—. La de antes era la bifurcación correcta, pero esta no la marca.

—Será para evitar intrusos —les digo—. Puede que en ese tiempo los del pueblo supieran la correcta y no la marcaran en los planos por si alguien se los robaba.

—Entonces, si nos equivocamos de camino, ¿qué nos va a pasar? —pregunta Tyra con una seriedad que roza el miedo.

—Puede que nos lleve a dar vueltas y vueltas por un laberinto de túneles hasta que nos perdamos.

—O puede haber un agujero en mitad del camino y caeríamos a una fosa con cocodrilos —dice ella.

—Claro, y los cocodrilos han sobrevivido durante cientos de años, esperando a comerte a ti —le digo de forma burlona.

Tyra hace una mueca graciosa con la nariz que provoca que sonría por ello.

—No podemos perder tiempo probando un camino y luego el otro —dice Marie, intentando no aparentar que está nerviosa—. Tenemos que ir por el correcto para llegar cuanto antes.

—Revisemos ambas entradas con detalle por si hay algo que nos indique por dónde hay que ir —propongo.

Marie me cede la linterna, depositando en mí unas esperanzas que espero no romper por no saber por qué pasillo seguir. Enfoco cada milímetro de pared en cada lado hasta que Tyra hace que me detenga en un punto concreto, agarrando mi mano para que siga enfocando en esa dirección.

—¿Qué narices hace la firma de Pete aquí? —exclama Marie con un tono de voz que infunde hasta miedo.

—¿Pete? —pregunto—. ¿Ese no es el sheriff al que le caigo tan mal? Pensé que hacía mucho tiempo que nadie bajaba aquí.

Tyra y Marie se miran, pero no descifro lo que se están diciendo en silencio.

—Y es que es así —me confirma Marie.

—¿Entonces?

Vuelve a hacerse el silencio. Y cuando Marie lo rompe, no es precisamente para explicarme nada.

—Hay que ir por este camino.

Tyra va detrás de ella sin comentar nada de lo que acaba de pasar, pero yo no puedo evitar seguir preguntando.

—Si Pete ha estado aquí abajo, es que este laberinto de pasillos es seguro, ¿no? Es decir, hace poco que alguien ha bajado aquí y…

—En Mist Rachs las cosas no son tan sencillas, Cynthia —me corta Tyra, cogiéndome por la cintura un instante y acercando su cabeza a la mía.

—Entonces explícame lo que…

—Si quieres te explico algo de lo que hasta ahora no había hablado con nadie —me propone, provocando que mi curiosidad salte como un resorte ante aquellas palabras.

—¿A nadie?

La veo sonreír antes incluso de que me mire.

—Es sobre el motivo que me trajo a Mist Rachs —anticipa.

—¿No llegaste aquí por equivocarte de camino? —le pregunta Marie, que también parece interesada en esto.

—Sí, pero el motivo por el que cogí un bus equivocado que acabó averiado frente al puente, es lo que me he callado siempre. No sé si querríais que…

—Ya nos lo estás contando con todo tipo de detalles —le dice Marie, haciéndola reír.

Aun así, Tyra me mira y, hasta que no asiento, ella no empieza a hablar.

—Tenía la vida perfecta en Estocolmo, y eso incluía un trabajo en el que ganaba mucho dinero, una familia numerosa con la que celebrar cada fiesta, abundantes y sofisticados amigos… Y un novio perfecto.

—¿Tenías novio? —pregunta Marie—. ¡No tenía ni idea! ¿Qué fue de él cuando te quedaste aquí a vivir?

Tuerce los labios hacia un lado en una divertida mueca antes de responderle.

—Era una vida perfecta que iba a culminar en la boda perfecta rodeados de gente perfecta. Pero esa perfección no me hacía feliz. Así que el día de mi boda, cuando tenía que ir hacia la iglesia, bajé de mi piso y cogí un taxi que me llevó al aeropuerto. Apagué el móvil después de escribirle a mi novio para pedirle perdón por lo que iba a hacer y no volví a encenderlo hasta meses después.

—No… ¿Dejaste a tu novio el día de tu boda por mensaje? —pregunto sin podérmelo creer.

No le pega nada a la Tyra que he conocido estos días.

—En mi defensa diré que estuve durante los últimos meses antes de mi huida intentando explicarle que tenía dudas, que era mejor que dejáramos para más adelante la boda. —Parece avergonzada igualmente al contarnos esto—. Aun así, sé que no tuve que irme de esa forma, pero me sentía tan atrapada que entré en pánico y…

—¿Volviste a hablar con él? —pregunta Marie.

—Mis padres siempre me dicen que le llame, que le hará ilusión, pero sé que lo dicen porque creen que podríamos arreglarlo. Ellos no entienden por qué tomé esa decisión. Tampoco comprenden qué hago yo aquí desde entonces y cómo puedo decir que ahora sí soy feliz. Y yo no sé cómo explicarles lo que se siente perteneciendo a un lugar como Mist Rachs.

Las tres nos quedamos en silencio, imagino que por motivos diferentes. Me acerco a Tyra y soy yo en esta ocasión la que agarro su cintura, apoyándome en su hombro un instante.

—Yo tendría que volver a pintar y tú tendrías que…

—Lo sé —me corta—. Y algún día lo haré. Si conseguimos salir vivas de aquí.

El humor negro parece que no abandona a Tyra en ningún momento. Se gana un empujón por mi parte, algo que, por lo que sea, le provoca la risa.

Marie frena en seco, haciendo que nos choquemos contra su espalda.

—¿No notáis una brisa? —nos dice, enfocando con la linterna hacia el final del pasillo, de donde parece que emana ese aire frío que parece entrar por alguna parte.

—Tenemos que estar llegando —comento.

—Espero que Gabriel siga bien —dice Marie, acelerando el paso—. ¿Alguien tiene cobertura ya en su móvil?

—Yo un poco —le dice Tyra, yendo detrás de ella con rapidez.

—Intenta llamar a emergencias para ver si por fin van a poder enviar ayuda, por favor.

—Debe ser horrible ser alcaldesa —pienso en alto, viendo todos los problemas que está sufriendo Marie.

—Tiene sus momentos, te lo aseguro —me dice.

—Y encontrar a Gabriel va a ser uno de ellos, ¿no? —puntualiza Tyra, volviendo a bromear.

Marie sonríe porque sabe que por fin estamos llegando a alguna parte.

Vamos a poder salvar a Gabriel y eso merecerá una buena celebración. En Mist Rachs. Rodeados de gente tan bonita como las dos con las que estoy compartiendo aventura.

Y estoy deseándolo.

XXI

Gabriel

Creo que no voy a salir de aquí con vida. Llevo un rato pensándolo, pero ahora esa idea está haciéndose enorme en mi cabeza, tanto que ya no soy capaz de pensar en nada más. Moriré aquí, en un castillo ruinoso, rodeado de suciedad y nieve. Me encontrarán congelado, con una mueca de aceptación de mi destino, en este rincón del sótano del castillo.

Tengo la bufanda congelada, el abrigo es puro hielo y me duele la cabeza del frío constante a mi alrededor. Al menos el tobillo no me duele. Al principio sí, era un dolor fuerte, intenso, constante. No podía casi ni moverme. Estaba intentando buscar a Marie y Sandrine a carreras cuando resbalé en una piedra y caí de mala manera. Escuché, incluso por encima de la tormenta, el tobillo doblarse. Aun así, continué buscándolas como pude, forzando el tobillo todo lo que dio de sí. Y cuando Marie por fin me llamó y supe que estaban a salvo, me tiré en el suelo, agotado por el esfuerzo, sabiendo que no sería capaz de llegar de nuevo al pueblo. Era imposible estando así, con la tormenta encima de mí. Ella me dijo que vendría a buscarme, que esperara en la parte del sótano del castillo. Y le hice caso. Me arrastré hasta aquí abajo, pero sé que sería un milagro que consiguieran llegar a tiempo. Ya casi no puedo moverme y lo único que me apetece es dormir. Escucho a lo lejos mi móvil, aunque lo tengo en la mano, pero me parece que sería un esfuerzo demasiado grande mirar siquiera la pantalla, así que aquí sigo, hecho un ovillo, tratando de pensar en lo imbécil que fui por no hablar claro con Marie y confesarle que la quiero como algo más que una amiga desde hace… Ni me acuerdo.

¿O me acordaba, pero el cerebro ya me está fallando?

Escucho ruidos y voces a mi alrededor. La tormenta y el poco oxígeno que debe llegarme al cerebro están cambiando la realidad tal y como la conocía cuando tenía toda una vida por delante.

Alguien me llama. A mi lado. Siento una mano agarrando mi brazo y un aroma a bosque parece rodearme de repente.

—Despierta, Gabriel, no puedes dormirte —me dice una voz que no reconozco—. Abre los ojos y mírame.

Tardo lo que me parece una eternidad en conseguirlo, pero lo hago. Y entonces compruebo que no tengo la más remota idea de quién es la mujer que está en cuclillas junto a mí, mirándome con una sonrisa, con una simple capa como abrigo en esta horrenda tormenta. No parece molestarle tampoco estar en un lugar como este en un día como el que estamos viviendo. Se aparta un mechón rubio de su cara y se lo coloca dentro de la capucha sin dejar de observarme. Su rostro es amable y tranquilo, y su ausencia de preocupación parece que se me contagia de forma mágica.

—¿Tú…? ¿Quién…? —consigo decir con dificultad.

—Van a venir a por ti —dice, obviando mi balbuceo—. Ya casi han llegado. Pero no puedes dormirte, ¿de acuerdo? Tienes que seguir aquí conmigo, mirándome, hasta que lleguen.

—¿Por… qué?

Su sonrisa precede a sus palabras.

—Porque eres importante, Gabriel. Lo mismo que Mist Rachs y todos sus habitantes. Y, además, tengo algo que decirte. Algo que puede que no recuerdes de manera consciente después de nuestra conversación, pero que se te quedará grabado en la mente. Cuando sea el momento, no te darás ni cuenta, pero de alguna forma lo recordarás.

—Pero si…

No soy capaz ya de hablar siquiera, el frío que siento es demasiado intenso y ella parece comprender.

—Primero iremos a un lugar en donde no hace tanto frío y luego hablaremos, ¿de acuerdo?

La escucho sin entender bien de lo que habla o por qué me lo dice, pero mi atención se queda clavada en ella tanto tiempo como soy capaz de mantener los ojos abiertos.

Marie

—Sigue llamándole —le pido a Tyra mientras acelero el paso, viendo ya el final del pasillo que hasta hace unos instantes empezaba a parecerme interminable.

—No me lo coge todavía —responde ella, casi corriendo a mi lado.

Dios mío, eso es muy mala señal.

—Entonces hay que correr para encontrarle cuanto antes.

Una enorme puerta de hierro por donde se cuela el viento nos corta el camino. Miro a Cynthia, desesperada, y ella comprende. Desarma una vez más su maravillosa pulsera y en segundos la puerta cede. No sé cómo lo hace, pero cuando todo esto acabe quiero estar abrazándola hasta Año Nuevo por lo menos.

Separamos la puerta lo justo como para pasar nosotras y subimos unos pequeños escalones a toda prisa, empezando a gritar el nombre de Gabriel, aunque la tormenta es ya tan fuerte aquí arriba que no creo que nos pueda escuchar. Mi corazón se acelera de tal forma que hasta me duele respirar.

—¡No veo nada! —grita Cynthia—. ¿Vosotras?

—¡Puede que no se le vea porque tenga demasiada nieve encima! —nos alerta Tyra, mirando a su alrededor, completamente sobrepasada como Cynthia y yo.

—¡Esperad! ¿Esta es la planta del sótano del castillo o es la baja? —pregunto, viendo que más bien parece que estamos en la zona de la capilla que lleva medio derruida desde hace por lo menos doscientos años.

—¡Mierda, no! ¡Hay una planta más abajo! —exclama Tyra, echando las tres a correr hacia dentro, donde el techo no está caído siquiera.

Ya ubicadas, conseguimos encontrar el acceso a la parte del sótano y bajamos las escaleras todo lo rápido que podemos.

Nada, ni rastro por ningún sitio.

—¿Dónde está? —pregunto desesperada.

—¡Ahí ha estado alguien hasta hace poco! —nos dice Tyra, señalando un rincón alejado de las escaleras y donde los huecos de las ventanas no crean demasiada corriente.

¿Es ahí donde ha estado y, por algún motivo, se ha podido mover? ¿Dónde está entonces ahora y por qué no nos pudo esperar? ¿Cómo se ha ido con el pie teniéndolo tan mal y con una tormenta como esta?

Saco mi móvil y marco su número.

Da tono.

—¿Qué haces? —pregunta Cynthia.

—¿Escucháis algo? —les pregunto—. Estoy llamándole al móvil. Puede que si oímos el sonido…

—¿Con esta tormenta? Imposible, Marie —me dice Tyra.

Pero no me rindo. Comienzo a desandar mis pasos y pongo más atención que en mi vida para lograr captar algún sonido que no sea el viento azotando el castillo, lanzándonos cada vez

más nieve. Sigo caminando, seguida por Tyra y Cynthia, en absoluto silencio. Camino y camino hasta acercarme al puñado de escaleras que conducen al subsuelo.

Y entonces lo escucho.

—¡Es un móvil! —grito emocionada sin dejar de moverme hacia ese sonido.

—¿Cómo puede ser posible que…? —oigo a Cynthia detrás de mí.

Sigo llamando mientras paso por la puerta de hierro y entro al pasillo, donde se escucha con más fuerza el sonido de su móvil. Y casi no puedo creerme lo que tengo delante de mis ojos. A un lado del mismo, junto a la pared, está Gabriel, hecho un ovillo.

Me echo a correr hacia él y comienzo a moverle al llegar a su lado. Tiene los ojos cerrados y pienso conseguir que los abra, sea como sea.

—Gabriel, ya hemos llegado —le susurro, pero no parece estar escuchándome—. ¿Gabriel?

—¿Cómo es que…? —comienza a decir Cynthia, bastante contrariada por explicar su tono de alguna forma—. Acabamos de pasar por aquí, le habríamos visto.

—Eso ya lo hablamos luego —le dice Tyra mientras ambas se acercan.

—¡Gabriel! —le empiezo a gritar, moviéndole para que reaccione—. ¡Despierta, Gabriel! ¡Tenemos que irnos! —Pero todavía no reacciona. Me acerco a su rostro con terror y compruebo que respira, así que no todo está perdido. Su ropa está tan fría que casi me queman las manos. Y me dirijo a las chicas, que están a mi lado, de pie, con cara de absoluta preocupación—. ¡Ayudadme a meterle más hacia dentro!

Sin pensárselo dos veces, Tyra agarra uno de los brazos de Gabriel y se lo pasa por los hombros mientras yo hago lo mismo que ella en el otro lado. Empezamos a caminar, parece que incluso más rápido que cuando llegamos, y eso que ahora estamos tirando de una persona. Nos alejamos todo lo posible, adentrándonos en este amplio pasillo para que el frío deje de ser tan paralizante, y nos detenemos en ese momento, dejando de nuevo en el suelo con cuidado a Gabriel, que parece que ahora se queja por algo.

¡Va reaccionando!

—¿Está abriendo los ojos? —pregunta tímidamente Cynthia con toneladas de esperanza.

Es entonces cuando veo sus azules ojos de nuevo, mirándome fijamente.

—¡Gabriel! ¡Estás bien! —exclamo, abrazándole con tanta fuerza que incluso le escucho quejarse con una medio risa en su voz.

—Me vas a ahogar.

Le suelto inmediatamente y cojo con rapidez la mochila que llevo a mi espalda, sacando de ahí la manta térmica que le pongo por encima después de quitarle el abrigo, casi congelado.

—¿Te duele mucho el tobillo? —le pregunto—. ¿Puedes caminar?

—No sé. No duele tanto, pero…

—Puede que sea por el frío —dice Tyra—. A lo mejor no lo siente y cuando entre en calor empieza a dolerle.

Cynthia se agacha a mi lado y agarra su bota, quitándosela con cuidado. Empieza a moverle poco a poco el pie hasta que Gabriel se queja una vez más, en esta ocasión, de manera justificada.

—Sí, es un esguince, pero con algo de reposo… —nos dice ella.

—¿También aprendiste eso en París? —le corta Tyra, bromeando con las habilidades de nuestra particular turista.

Cynthia se limita a sonreír, pero no contesta.

—Es mejor que nos vayamos pronto, antes de que comience a dolerle —nos indica.

—Pero salir en mitad de la tormenta… —le dice Tyra, no estando muy segura de todo esto.

—Vamos a ir directas a su casa —les digo. Ambas me miran sin comprender todavía—. Este laberinto tiene comunicación directa con todo el pueblo, incluida su casa. En la biblioteca le mandé un mensaje a Sandrine para que fuera buscando el punto exacto de la entrada y espero que ya lo haya despejado para que podamos entrar cuando lleguemos. Ahora ayudadme a ponerle el jersey, le volvemos a tapar con la manta y le cogemos para irnos a casa.

—Donde espero que podamos tomar un buen vino especiado —sueña en alto Tyra.

—Este pueblo es el más extraño de todos los que he conocido —nos dice Cynthia mientras Gabriel nos coge el jersey y comienza a ponérselo él mismo.

—Pero te gusta, ¿a que sí? —le dice Tyra, acercándose demasiado a ella un instante.

Lejos de incomodarla, sonríe y le dice algo en un susurro que Gabriel y yo no logramos entender desde donde estamos. Se han hecho muy amigas en estos días al parecer.

—Pero, ¿dónde…? —comienza a decir Gabriel al mirar hacia los lados.

—En el subsuelo, donde te encontramos —le digo, algo contrariada por esa pregunta—. ¿No recuerdas haber venido hasta aquí?

Niega con la cabeza.

—Me quedé en el sótano del castillo —responde en bajo para evitar que Cynthia lo escuche.

A veces los habitantes de Mist Rachs sabemos que hay cosas que suceden aquí sin una explicación razonable, así que tratamos de que no trasciendan más allá de nuestro pequeño y peculiar pueblo. Por si acaso.

—¿Cómo es que no te encuentras mal después de haber estado tanto rato bajo la tormenta? —le pregunto en cuanto acaba de ponerse el jersey, cogiendo la manta térmica y poniéndosela por encima.

—Hubo… —Parece pensar algo antes de continuar—. Alguien… Creo que vi a alguien allí que me ayudó.

—¿Cómo?

—Sí, era una chica o… No sé, no recuerdo bien.

Tyra le ha escuchado y se acerca a nosotros.

—Creo que estabas delirando —le dice—. Pero es normal que te estés recuperando tan pronto, porque en realidad nosotras no hemos tardado ni una hora en llegar.

Miro el reloj y me asombro de lo rápido que hemos conseguido venir a salvarle.

—Vaya, pensé que incluso se habría hecho de noche —comento sorprendida.

—Me hiciste caso —me dice Gabriel cuando le ayudamos a levantar entre Tyra y yo—. Entraste al subsuelo.

—Siempre te hago caso —le recuerdo.

Me encanta poder volver a ver su sonrisa, tanto que tengo que aguantar las lágrimas como puedo.

—No tendríais que haberos arriesgado —nos dice—, pero gracias, a las tres.

—Ha sido divertido —le dice Tyra, quitándole importancia a sus agradecimientos.

—Yo me he enamorado más aún de este pueblo —comenta Cynthia—. Siento hasta ganas de ponerme a pintar todo lo que estoy viviendo.

Veo a Gabriel sonreír ante sus palabras.

Claro, normal.

—Espero que no tengamos problema para llegar hasta casa —les digo, intentando dejar

de… sentir.

—Ahora va a ir todo rodado —me dice Tyra con despreocupación—. Lo peor ya lo hemos pasado y tenemos aquí al damiselo en apuros.

—¡Oye! —exclama con buen ánimo el susodicho, haciéndonos reír.

—Tienes tú mucho cuento —se queja ella—. Hacernos venir hasta aquí porque no te apetecía volver solo a casa.

Tyra se pone a bromear con Cynthia mientras continuamos caminando.

—Algo pasó con aquella mujer, Marie —me dice, acercándose más a mí.

—¿La que dices que viste en el castillo?

Asiente con un gesto preocupado.

—Ella… Hizo algo, no sé, pero yo sentía que iba a morir allí. Y… —Menea la cabeza, algo frustrado—. No sé qué pasó o qué me dijo, y siento que tendría que acordarme de algo, pero…

Froto su mano por encima de mi hombro, tratando de que se tranquilice.

—Ya lo irás recordando, no te preocupes. Lo importante ahora es que estás bien y que llegaremos en breve a casa. —Entonces recuerdo algo—. Cynthia, ¿puedes ver si hay cobertura suficiente para decirle a Sandrine que ya estamos volviendo con su hermano?

—Tengo ganas de verla —dice Gabriel mientras Cynthia teclea un mensaje en el teléfono.

—Y ella a ti —le respondo—. Estaba muy preocupada. Como todas nosotras.

—¿Tú también?

Sonríe de forma burlona pero deliciosa.

—Sabes que sí. Y en cuanto pase la tormenta, Frederick va fuera incluso de Mist Rachs. Hablaré con Pete para ver lo que se puede hacer.

Sueno tan enfadada que Gabriel se ha echado a reír incluso.

—No entiendo cómo puede haber alguien así en Mist Rachs —dice ahora Tyra.

—Por algo sería —responde Gabriel—. Pero me alegraría mucho si le perdiera para siempre de vista.

Vuelvo a acariciar su mano y él me devuelve las caricias, entrelazando sus dedos en los míos después. Le miro cuando siento sus ojos clavados en mí y veo que sonríe de nuevo.

Y entonces caigo en algo, porque mi cabeza funciona así.

—¿Quieres que mejor te coja Cynthia?

Su sonrisa desaparece y su ceño comienza a fruncirse mientras Tyra se echa a reír con la propia Cynthia.

—Está bien así, Marie —responde él—. Pero mañana mismo tenemos que hablar.

—Sí, por favor, hablad de una vez, que buena falta os hace —nos dice Tyra de pasada, volviendo a hablar con Cynthia de sus cosas.

Gabriel se encoge levemente de hombros y sonríe otra vez. Yo no digo nada porque me muero de vergüenza. Imagino que ha sentido que tiene que explicarme su relación con Cynthia y…

No, no quiero pensar en nada más que en lo importante: hemos conseguido encontrarle y le estamos llevando de vuelta a casa. Con eso es más que suficiente para ser feliz.

Y si él lo es, sea con quien sea, yo también lo tendré que ser.

XXII

Gabriel

—Sí, es por ahí —nos confirma Marie, totalmente segura de lo que hace.

—Pero este pasillo gira más a la izquierda, y supuestamente tendríamos que tirar hacia allí —comenta Tyra.

—Según el plano, este pasillo va hacia la calle de atrás, y esta es a la que vamos nosotros —le dice, enseñándonos su pantalla.

—Sí, yo también creo que hay que girar aquí —añade Cynthia después de echarle un vistazo al móvil de Marie.

Continuamos caminando por el tenebroso laberinto de pasillos subterráneos que tiene Mist Rachs en sus entrañas. Sorprendentemente están muy bien conservados. Sucios y húmedos, pero este trayecto lo hemos hecho sin problema en pocos minutos además.

Yo voy intentando probar a apoyar el pie por si puedo comenzar a caminar por mí mismo, pero duele cada vez más, así que desde hace un rato ya no me dejan hacer más pruebas. Tendré que guardar reposo y buscar una muleta con la que ayudarme hasta que sane del todo.

—Al girar en esa esquina, tendríamos que ver al fondo una puerta —nos anuncia Marie, algo nerviosa.

—Ya queda menos para tomarme medio litro de vino especiado —dice Tyra con la risa de Cynthia acompañando las dos últimas palabras.

—Espero que Sandrine haya sabido encender la chimenea —comento—, porque tengo una gran necesidad de tirarme en el sofá a no hacer nada durante horas.

—No te quejes, damiselo, que aquí las caballeras hemos sido las que hemos hecho todo el trabajo —me recuerda Tyra, provocándonos la risa a todos.

Seguimos caminando al doblar la esquina y, efectivamente, tal y como nos dijo Marie, al fondo de este pasillo vemos una gran puerta metálica.

—Da un poco de miedo —comento—. ¿Cómo vamos a abrir ahora esa…?

—Me toca, dejadme pasar, gracias, gracias —va diciendo Cynthia mientras se adelanta a todos.

Se quita la pulsera, se agacha frente a la cerradura y en cuestión de segundos la puerta se abre sin mayor problema. Ella se gira hacia nosotros y hace una reverencia mientras le aplaudimos la hazaña.

—Si vamos a utilizar estos pasillos para comunicarnos algún día, será mejor que cambiemos las cerraduras a unas mejores —le digo a Marie, comenzando a caminar de nuevo hacia aquella puerta, por donde ya se cuela un hilo de luz.

—Cynthia es muy buena abriendo cerraduras —me dice Tyra al escucharme—. Seguro que puede…

Sus palabras son interrumpidas abruptamente por Sandrine, que se asoma a aquella puerta con algo de miedo y se echa a correr hacia mí en cuanto ve que somos nosotros los que hemos abierto la puerta.

El abrazo de mi hermana pequeña es lo más bonito que me podía pasar al llegar a casa.

—Cuidado —le dice Marie, dejando que Sandrine sea la que ahora me coge para ayudarme a entrar—, tiene un esguince en el tobillo y no puede posar bien el pie.

—Ahora lo ponemos en alto, no te preocupes —me va diciendo mi hermana mientras entramos, por fin, a casa.

Ya había ido entrando en calor durante el camino con el jersey y la manta térmica, pero

esto es algo diferente. Cerrar aquella puerta metálica, parece que situada en el sótano de la casa, me hace sentir que todo aquello ha quedado atrás en mi vida. Por fin. Porque pensé que no lo contaría y ahora puedo volver a abrazar a mi hermana en nuestra casa.

Jamás olvidaré lo que han hecho todas ellas hoy por mí.

—La que has liado aquí —le dice Cynthia al ver que Sandrine ha tenido incluso que arrancar el papel de toda la pared para buscar la puerta.

—Coloqué como pude todo lo que había aquí en el otro lado del sótano —nos dice, señalando con la cabeza esa zona en concreto, llena de herramientas, bicis y material escolar antiguo, guardado en cajas—. Y también seguí llamando a emergencias.

—¿A emergencias? Bueno, tampoco era para… —comento sin entender la expectación de todas con ese tema.

—Frederick envió un email a emergencias para cancelar todo —me cuenta Marie, que ahora se dirige a mi hermana con tono nervioso mientras subimos las escaleras hacia la planta baja—. ¿Alguna novedad con eso?

Mi hermana sonríe antes de contestar.

—Leo me dijo hace unos minutos que había conseguido movilizar un par de equipos más, por si lo necesitábamos.

Marie se tapa la cara y cuando vuelve a mostrar su rostro, veo felicidad y alivio en él.

—¿Les pediste que vinieran o…? —pregunta.

—Ya me habíais mandado un mensaje para decirme que estabais regresando, así que lo que le dije es que, nada más que pudieran, desplazaran esas unidades cerca del pueblo, por si acaso. La quitanieves pasará también en cuanto la tormenta vaya alejándose un poco.

Mi mejor amiga no puede ocultar su emoción cuando llegamos al hall de entrada y se echa a llorar. Todas y yo mismo, como puedo, la abrazamos, haciéndole sentir que no está sola en todo este lío que parece que ha armado el maldito teniente de alcalde por vete tú a saber el motivo.

—Lo siento —nos dice calmándose—. Es el cansancio, pero ya estoy bien.

—Ha sido un paseo —comenta Tyra con despreocupación.

—Y lo volveríamos a hacer —añade Cynthia, frotando su espalda con cariño.

Marie se seca las pocas lágrimas que le quedaban en las mejillas y sonríe de forma apagada.

—Es normal que volvieras a hacerlo —le dice a Cynthia—. Te aseguro que yo simplemente lo hice porque es mi mejor amigo y lo que…

Las otras tres empiezan a quejarse, emitiendo ruidos de agotamiento entre risas, cortando la frase de Marie mientras esta me mira sin saber qué les sucede.

—Creo que no les gusta que seamos mejores amigos —le digo, aunque me parece que yo sí que entiendo por qué las tres se han empezado a quejar.

Y eso me hace infinitamente feliz, porque si es lo que creo que es…

—No… No entiendo —sigue diciendo ella, cada vez más avergonzada.

Sí, es lo que creo que es.

Y voy a explotar de felicidad.

Cojo las manos de Marie, que primero las mira y luego me mira a mí.

—¿Sabes en lo que pensaba cuando creí que iba a morir en ese castillo? —le digo, aunque no dejo que conteste—. Que fui un estúpido por no confesarte lo mucho que te quería, Marie.

—Sí, claro, yo también te quiero mucho porque somos…

—¡Ni se te ocurra decir mejores amigos! —le grita Tyra con desesperación.

Hasta Marie se ríe con aquello sin dejar de mirarme.

—Marie, yo te quiero —le repito—. Te quiero tanto que podría pasar mi vida sin estar a tu lado porque a ti te hiciera feliz otra persona. Te quiero y me gustaría que me dejaras demostrártelo. Porque seguirías siendo mi mejor amiga, eso nunca cambiaría, pero mis sentimientos van más allá. Y no quiero volver a estar al borde de la muerte para darme cuenta de lo cobarde que he sido.

Un extraño silencio se hace durante los segundos más largos de toda mi puñetera vida. Porque Marie parece que va a hablar justo antes de terminar yo, pero no lo hace. Y siento que me juego media vida ahora mismo, esperando sus palabras.

—Pero Gabriel, ¿Cynthia y tú no estáis enamorados y…?

—¡Pero por favor, Marie! —se quejan las tres espectadoras que tenemos detrás de nosotros, echándose a reír.

Yo sonrío con la duda que parece que lleva teniendo durante días.

—Cynthia y yo no estamos enamorados —le aseguro—. De quien lo estoy es de ti, Marie. De mi mejor amiga. De quien me ha salvado la vida tantas veces. Porque eres como mi ángel de la guarda, y si tú quisieras, yo…

—Pues es curioso que diga eso —escuchamos decir a Tyra de nuevo—, porque él es clavadito al ángel Gabriel, siempre lo comentamos todas.

Marie sonríe con vergüenza, como si ella supiera bien de lo que habla Tyra.

—Gabriel, ¿y si pasa algo? —me dice ahora, con un tono de voz más bajo—. No quiero perderte.

—No lo vas a hacer —le aseguro—. Sólo dime si tú a mí me ves como algo más que tu mejor amigo.

Y creo que en mi vida he sido tan feliz como al ver la sonrisa de Marie en este momento.

—Yo sí.

—¡Por dios, menos mal! —se escucha decir a Tyra, seguida de las risas de Cynthia y mi propia hermana.

Me atrevo a pasar mi mano por su cintura y ella acerca su cuerpo al mío. Y le agradezco que sea ella quien dé ese paso, porque con mi esguince me cuesta bastante mantenerme en pie sobre uno solo.

—¿Lo intentamos entonces? —le pregunto, casi sobre sus labios sonrientes.

—Vale —susurra, mirándome a los ojos con un brillo de escarcha navideña.

—Vale —repito, tan nervioso que no sé ni qué más decir.

—¡Pero besaos, por el amor de dios, que me voy a acabar yendo a hacer palomitas, volviendo y todavía estamos así! —nos pide Tyra, que sigue amenizando a nuestro público.

Marie ríe conmigo un instante mientras sus ojos se clavan en mis labios. Y sé que este es el momento que llevo esperando prácticamente toda mi vida. Desde los días en los que íbamos juntos al colegio, hasta cada segundo que he estado a su lado en esta nueva etapa de alcaldesa, pasando por los días en los que estuve alejado de ella, sin saber lo que la vida me traería más adelante. Y ella consiguió que volviera a Mist Rachs, nadie más.

Y volvería a hacerlo, sólo por atesorar más instantes a su lado.

Mis labios rozan los suyos y siento que podríamos derretir toda la nieve que está cayendo en el exterior con las chispas que siento en mi interior. Sus manos se posan en mi cintura, igual que acabo de hacer yo en la de ella. Y cada instante de mi vida que he compartido

con Marie, pasa por mi cabeza como en un tráiler de película que me confirma que sí, que este es el final que tenía que tener lo nuestro.

O, más bien, el principio de lo que deberíamos habernos atrevido a tener hace ya demasiado tiempo.

Escuchamos aplausos provenientes de nuestro entregado público. Nos hacen reír sus comentarios, pero no dejamos por ello de besarnos. Tenemos que recuperar mucho tiempo perdido por no ser capaces de hablar las cosas.

—Desde ahora, vamos a comentarnos este tipo de cosas, ¿de acuerdo? —me pide entre beso y beso, parece que leyéndome el pensamiento.

—Nunca dejaré de repetirte que te quiero —le aseguro.

Ella ríe sobre mis labios, una sensación que no pensé que sentiría jamás.

—Me refiero a contarnos las cosas —me especifica ella, separándose unos centímetros de mi boca.

—Todo Mist Rachs os lo agradecería, porque llevamos años diciéndoos que hablarais sobre esto —oímos a mi hermana medio quejarse.

Volvemos a reír todos. Abrazo con fuerza a Marie, la mujer a la que siempre he querido y de la que nunca me querré separar. La chimenea chisporrotea con una llama constante que se escucha desde donde estamos, con el viento de la tormenta azotando nuestro amado pueblecito mientras lo cubre una capa de nieve que disfrutaremos cuando podamos salir de aquí.

No hay prisa.

Lo único que quiero ahora es seguir abrazando a Marie y que ella me abrace a mí.

XXIII

Cynthia

Ayer por la noche la tormenta por fin empezó a descender en intensidad. Al parecer, ha sido la tormenta de nieve que más ha durado en Mist Rachs. No ha hecho falta avisar a los servicios de emergencia para nada y estos dos días han transcurrido con absoluta normalidad, con todos metidos en casa, celebrando una inusual cena de Nochebuena y desayuno de Navidad para mí, pero parece que dentro de un rato ya podremos volver a la normalidad.

Si eso es algo que se puede decir sobre Mist Rachs.

Ayer fue día de preparar postres navideños y comerlos al calor de la chimenea del salón hasta bien entrada la noche, mientras todas veíamos varias pelis navideñas. Pero también fue un día para cerrar puertas definitivamente y reconciliarnos un poco con nosotras mismas. Tyra y yo decidimos que nuestro pasado nos pesaba demasiado, así que ella consiguió hablar con su ex para pedirle perdón por lo que hizo y por no habérselo pedido antes y yo llamé a mi hermana. Se me echó a llorar nada más empezar a hablar, pero conseguimos perdonarnos el pasado, aunque le pedí perdón de antemano porque yo no creo que vaya a ser capaz de olvidar. Prometimos ir poco a poco, por si todavía había algo que salvar. Dudo que podamos tener una relación normal de hermanas como la que teníamos antes de que todo aquello sucediera; hay cosas que se rompen y no pueden ser reparadas. Pero me gustaría poder saber de ella de vez en cuando.

Desde que volvimos de nuestra pequeña pero valerosa aventura hasta el castillo, Gabriel y Marie no se han separado. El pobre anda cojo por toda la casa y resulta muy gracioso de ver. Le dijimos que no hacía falta que hiciera nada, que lo que debía hacer era guardar reposo, pero ha fabricado una muleta improvisada con un palo de nieve y goma dura de la rueda de una vieja bicicleta, y ahora camina apoyándose en ese engendro de la creatividad. No ha habido forma de convencerle de que no es lo mismo mantener el pie en una postura elevada que andar con esa especie de muleta del Averno.

Tyra se tira a mi lado en el sofá, frente a la chimenea, y coge el libro que estaba leyendo, esperando a que todos acabaran de arreglarse para salir de casa.

—¿Una biografía? —pregunta con una mueca graciosa—. Muy navideño.

Le vuelvo a quitar el libro y coloco el marcapáginas, cerrándolo y posándolo en la mesa de enfrente.

—Van Gogh siempre me ha gustado.

—Era la alegría de la huerta, sí.

Es imposible no echarse a reír a su lado.

—Cuando vivía en París, solía ir a su tumba en Auvers-sur-Oise y…

—Planazo donde los haya, ir a tumbas de cementerios —me interrumpe, volviéndome a hacer reír y ganándose un empujón con el que ella también ríe.

—Contigo no se puede hablar en serio —me quejo, todavía entre risas.

Ella posa su brazo sobre mis hombros y me mira a una distancia tan reducida que siento unas placenteras descargas eléctricas por todo mi cuerpo.

—Yo contigo podría hablar de lo que fuera —me dice—. ¿Quieres que hablemos primero de nosotras o de Van Gogh? Elige el orden.

Me giro hacia ella, apoyando la rodilla sobre el sofá.

—¿Sobre nosotras?

—¿Eso es una pregunta o una afirmación cantarina?

—Tyra… —vuelvo a quejarme, tratando de aguantar la risa en esta ocasión o será

imposible que me responda.

Levanta las palmas de sus manos, rindiéndose, apoyando ahora su brazo sobre el sofá.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar en Mist Rachs? —me pregunta directamente.

—Hasta que tenga que volver al internado a trabajar.

—¿Y luego?

—¿Luego?

—Sí, luego, después de terminar el curso, ¿qué harás?

—Pues… Normalmente me quedo allí durante el verano, salvo algunos días que me los tomo para viajar a alguna…

—¿Por qué no vuelves?

La miro, tratando de saber a qué se refiere con esa pregunta.

—¿Volver?

—Aquí, a Mist Rachs. Una artista como tú necesita un pueblecito tranquilo en el que poder pintar la obra de su vida.

—Claro, y mientras tanto, podría vivir del aire.

—Estoy segura de que tienes suficientes ahorros como para vivir sin trabajar el resto de tu vida. Porque si no sales del lugar en el que trabajas…

—Ya te he dicho que a veces viajo.

—A ver cementerios vecinos —vuelve a bromear, de nuevo haciéndome reír.

—Tyra, ¿por qué estamos hablando de todo esto? —le pregunto.

—Porque no tengo ni idea de cómo decirte que quiero estar contigo, porque me muero de miedo por si tu respuesta es salir corriendo de aquí.

Sus preciosos ojos verdes brillan con intensidad al decirme eso. Porque suena segura, pero el movimiento de su pecho me dice que no lo está tanto ahora mismo.

—Tendría que pasar bastante tiempo fuera —le digo.

—Hasta que te hicieras una pintora famosa y tuvieras que dejar de dar clase para dedicarte a ir por las galerías que expusieran tus obras.

Me río por su imaginación.

—Claro, de aquí a poco tiempo, todo el mundo hablará de mis obras.

—Estoy muy convencida de ello. Si quieres, apostamos algo.

—Lo que quieras.

Sonríe antes de volver a hablar.

—Un beso.

Parece que nuestros ojos se estuvieran retando por cómo nos miramos después de sus palabras.

—¿Esperarías tanto? —pregunto, algo sorprendida.

—¿Por un beso tuyo? La mismísima eternidad si hiciera falta.

—Pues no lo hagas.

Su gesto es triste, pero eso es porque no ha comprendido todavía mis palabras. Me acerco a ella, posando mi mano sobre sus rizos de colores. Antes de que mis labios toquen definitivamente los suyos, veo su sonrisa, la cual beso al instante, primero levemente y después, animada por su cuerpo acercándose al mío, de manera más impetuosa. Noto una de sus manos sobre mi cintura y la otra en mi nuca. Y creo que jamás en toda mi vida había sentido algo así con un beso. Ni con ninguna otra cosa en realidad. ¿Y si estoy enamorándome de Tyra?

¿Y si por fin he encontrado un verdadero hogar?

—¡Dios mío! ¡Estas navidades están siendo las mejores de mi vida! —escuchamos

detrás de nosotras a Sandrine, gritando a todo pulmón.

Nos giramos hacia ella, separándonos del susto que nos ha dado, y la vemos dando saltos de alegría, tapándose la boca con sus manos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Marie, viniendo casi corriendo, alertada por los gritos de su futura cuñada.

—¡Están juntas! —sigue gritando Sandrine sin dejar de mirarnos con emoción.

—¿Quién?

—¡Ellas!

Marie nos mira y parece que de repente todo en su cabeza se une por fin. Se tapa la cara un instante, aunque por motivos diferentes de los de Sandrine, y la vemos echarse a reír.

—Y yo pensando… —dice después.

—Tú no pensando, más bien —le reprende Tyra—. Ya te dije que no te preocuparas por Cynthia —y me mira con una encantadora sonrisa— porque era yo la que me preocupaba por ella.

—Ay, por favor, esto es demasiado bonito —dice Marie con voz emocionada cuando volvemos a besarnos.

—¿Qué pasa? ¿Qué es bonito? —oímos ahora a Gabriel.

—El que faltaba, el lisiado —dice Tyra, volviendo a mirar hacia atrás—. Pensábamos que llegarías cuando ya nos hubiéramos casado, con esa pata chunga que tienes.

—¿Casado? Pero, ¿qué…? —Y parece entender por cómo sonríe—. ¿En serio? ¡No sabéis lo que me alegro!

—No, a ver, ¡que no vamos a casarnos! —puntualizo yo con rapidez.

—A ti lo que te pasa es que tienes miedo de que salga corriendo, porque tengo experiencia con eso —me dice Tyra, haciéndome reír. Se acerca ahora de nuevo a mis labios—. Contigo jamás haría eso. Correría mil millones de kilómetros para ir hacia ti.

Me ha dejado muda por completo y ella aprovecha para volver a besarme ante los aplausos del resto.

—No sabía que Tyra fuera tan romántica —comenta Marie.

—Josh, el de física, se va a llevar un chasco cuando se entere —escuchamos a Sandrine.

—Pobre Josh, lo que se ha perdido —me dice Tyra casi dentro de mi boca, volviéndome a hacer reír.

Y creo que puedo asegurar, sin temor a equivocarme lo más mínimo, que esta es la Navidad más feliz de toda mi vida.

Y el día más perfecto de mi puñetera existencia.

Marie

Todo parece más o menos en orden. La tormenta ha pasado por Mist Rachs un año más sin incidentes que lamentar. Los vecinos se han quedado en casa hasta que han visto que era seguro salir. Hoy, el día de Navidad, el sol se ha asomado entre las nubes de estos días para poder hacer la guerra de bolas de nieve que siempre se celebra en el pueblo justo después de la tormenta. Porque todo vuelve a estar en calma y la gente ha decidido que quiere divertirse y disfrutar de la Navidad.

—Las quitanieves han despejado bastante todo —comenta Gabriel, paseando conmigo por el pueblo para comprobar que todo esté bien.

—Y los de emergencias están ayudando mucho a limpiar tejados y entradas —le digo, viendo cómo precisamente hay un equipo ahora mismo subido a una larga escalera, quitando

toda la nieve que pueden de los tejados para que no se hundan.

Mi nuevo teniente de alcalde a partir de mañana y yo vamos agarrados de la cintura, siendo saludados con efusividad evidente por cada vecino con el que nos cruzamos. Todos parecen alegrarse de que por fin hayamos dado el paso, algo que se ve que era evidente para el pueblo entero salvo para nosotros, que estuvimos paralizados de miedo durante demasiado tiempo. Pero a partir de ahora hemos prometido confiar el uno en el otro para contarnos cualquier cosa que sintamos, por mucho miedo que pueda darnos. Es la única forma en la que podremos por fin disfrutar de la nueva relación más allá de la amistad que hemos comenzado. La confianza es un complicado arte que se necesita practicar para ser feliz con la otra persona, y eso es en lo que centraremos nuestros esfuerzos, en no dejar que nuestros miedos vuelvan a cegarnos con respecto al otro.

—¿Te puedo confesar algo? —pregunta Gabriel, mirando a nuestro alrededor con despreocupación. Me mira para comprobar que quiero saber en qué está pensando—. Este es el mejor día de Navidad que recuerdo haber pasado.

Sonrío mientras beso los labios del amor de mi vida, ese que siempre ha estado a mi lado y del que no quiero volver a separarme ni un solo segundo.

—Yo, sin embargo, recuerdo un año que te gané en la batalla de bolas de nieve, dejándote medio sepultado.

Se ríe porque, efectivamente, recuerda lo que le estoy diciendo.

—Fue una emboscada —protesta—. Olive, Sandrine y tú hicisteis un complot contra mí bastante injusto.

—¿Acaso quieres la revancha?

—¿No te doy pena con mi tobillo?

—Si casi ni te duele —replico, haciéndole reír.

Cojo nieve de una valla de piedra por la que estamos pasando y se la lanzo a la cara. Gabriel se quita toda la nieve que ahora resbala por su rostro, mostrándome una sonrisa prometedora. Se agacha rápidamente y coge la nieve suficiente como para hacerme echar a correr por miedo a que me tire toda esa cantidad encima. Él me persigue como puede, intentando atinar con su bola, cosa que hace unos metros más allá, pero yo ya tengo otra preparada que le lanzo en cuanto le tengo a tiro. Él sortea a Tyra y a Cynthia, que están paseando en dirección contraria, vino especiado y pretzel en mano, y vuelve a lanzarme otra, que impacta contra Pete, el cual frunce el ceño aunque le vemos ocultar una leve sonrisa mientras continúa hablando con Jenna y Philip frente a su restaurante y la futura tienda de dulces de ella.

Reímos, corremos de aquí para allá y seguimos lanzándonos bolas de nieve, ahora uniéndonos al resto de nuestros familiares y amigos, reviviendo junto a Sandrine y mi hermana Olive, ya recuperada de su gripe, aquella batalla de nieve en la que Gabriel quedó ampliamente derrotado. Todo el mundo parece estar disfrutando de esta mañana de Navidad, con nieve alrededor y sin miedo al día de mañana. Porque en Mist Rachs podrán suceder miles de cosas, pero conseguiremos superarlas entre todos, unidos como siempre.

Por mi parte, haré cualquier cosa para que mi pequeño pueblo y todos sus habitantes estén siempre a salvo; sé que Gabriel hará lo mismo. No nos importan los peligros, porque los afrontaremos juntos.

Pase lo que pase, confiando el uno en el otro.

Y protegiendo Mist Rachs de lo que quiera que esté por llegar.

Pero esto no ha sido todo…

Anna

—Y en cuanto crucemos…

—Sí, de acuerdo —me dice con voz de agotamiento.

—Nada de improvisar esta vez, ¿de acuerdo? —le advierto.

—Es que uno ya necesita algo de diversión —se queja.

—Esto es muy serio, Mike —le advierto—. Además, no sé cuántas veces más podría soportar ver algo así.

Mike coge mi barbilla y me acerca a él, dándome un delicado beso, primero en la nariz y después en los labios.

—Muy bien, nada de improvisar, cariño.

Le coloco bien el abrigo, quitándole un poco de nieve de encima.

—Siempre guardamos fatal la ropa —comento.

—Es lo que tiene ir de acá para allá constantemente, imagino.

Miro a los ojos a la persona que lleva haciéndome feliz casi la totalidad de mi vida y acaricio su rostro. Es un buen chico, y me quiere, y yo le quiero a él. Mike me lo demuestra constantemente, embarcándose en esta locura desde hace ya demasiado tiempo.

Pero, ¿yo se lo demuestro a él?

—Te quiero —le digo—. Lo sabes, ¿no?

Suspira para hacerme rabiar.

—Sé que me quieres, sí —contesta—. Y también sé que le quieres a él. No hace falta que me expliques nada más.

—Esto es muy importante para mí, Mike. Y te prometo que en cuanto consiga resolverlo, pasaremos unas navidades tranquilas por fin.

—Pues sería todo un detalle, porque extraño sentarme frente al fuego y comerme unas sencillas naranjas, que tanto manjar raro me está triturando el estómago.

Le doy levemente con mi mano en su hombro, riéndome con él.

—No disimules, porque el chocolate con malvaviscos es ahora de tus bebidas favoritas.

Se encoge de hombros, pero no quiere darme la razón.

—Entonces qué, ¿entramos de nuevo? —pregunta, señalándome con la cabeza Mist Rachs.

Cojo la mano que me está ofreciendo y entrelazo mis dedos con los suyos, comenzando a caminar por el puente.

—Primero vamos al Timeless, descansamos y salimos a comprobar si hemos cambiado algo —voy repitiéndome a mí misma en voz alta mientras pasamos por toda Candle Avenue hasta llegar a Snow Avenue.

Y precisamente en el mismo momento en el que giramos la esquina para dirigirnos al hotel, nos chocamos con alguien que caminaba de forma acelerada en dirección contraria a la nuestra.

¿Cómo…? No era ahora. No teníamos que encontrarnos con él todavía. ¿Por qué está aquí, en mitad de la calle, mirándonos con el ceño fruncido?

Miro a Mike y creo que él está pensando lo mismo que yo. ¿Hemos cambiado algo por fin?

—¿Turistas? —nos pregunta, sabiendo de antemano la respuesta.

—Sí, turistas, señor sheriff —respondo, conteniéndome todo lo que puedo.

Nos echa un vistazo de arriba abajo a ambos y no parece nada contento con lo que ve.

—¿Con una pequeña mochila nada más? —vuelve a preguntar.

—El… El autobús nos dejó hace unos minutos a la entrada del pueblo —le explico, esperando que la improvisada respuesta le valga.

Se toma su tiempo para responder.

Está tan triste y cansado…

—¿Al Timeless entonces?

—Sí, allí íbamos, al hotel a descansar un rato —contesta ahora Mike con ganas de huir de aquí cuanto antes.

No se fía demasiado de lo que pueda hacer yo en una situación así.

Y hace bien.

—Es extraño estar de viaje precisamente el día de Navidad —nos dice—, más aún, cuando acaba de haber una tormenta tan grave.

Creo que no acaba de catalogarnos y eso le incomoda.

—El turismo navideño por la zona está bastante de moda últimamente y quisimos probar nosotros también —le explico—. Hemos estado preparándonos todo el año para esto y nos alegra haber llegado a un pueblecito tan encantador precisamente la mañana de Navidad.

Su media sonrisa también es triste y eso me entristece a mí. Se hace a un lado para dejarnos pasar por fin.

—Espero que tengáis una tranquila y feliz estancia en Mist Rachs —nos dice, reanudando su camino y dejándonos atrás.

—Vámonos ya mismo al hotel —me ruega Mike, tirando de mí para que nos alejemos de él.

Seguimos caminando, tratando de no detenernos más, mientras pienso en esas últimas palabras que nos ha dicho.

¿Tranquila y feliz estancia?

Eso dependerá de si lo conseguimos esta vez, papá.

Christmassy
lights of hope

(Luces navideñas de esperanza)

4

Cuenta la leyenda…

Cuenta la leyenda que hace muchos, muchos años, habitaba estas tierras una engreída familia de nobles, odiados por todos en la región: los Rastchims. Su castillo siempre estaba cerrado a cal y canto, custodiado por docenas de guardias, armados de arriba abajo, por si alguien del pueblo de Mist Rachs, situado a los pies del mismo, pudiera sentir la necesidad de importunarlos en su lujoso hogar. Las cosechas de las tierras de los campesinos iban destinadas prácticamente íntegras a los nobles, los cuales se hacían también con casi toda la reserva de leña de la región. Aquella familia había ido ganándose el absoluto odio de cada uno de los habitantes del pueblo, que veían cómo día tras día eran más pobres y desdichados, a la par que esa familia de nobles se enriquecía más y más. Pero un día los Rastchims aprenderían que no se debe dar por hecho que siempre disfrutarás de la abundancia en la que ellos vivían sin ningún tipo de esfuerzo.

En la región comenzó un duro invierno, el más duro de cuantos se conocían hasta entonces. Los Rastchims estaban preparados para ello, por lo que no se preocuparon demasiado de aquella tormenta de nieve que parecía asolar el resto de regiones a su alrededor. Ellos podrían disfrutar de un apacible invierno sin complicaciones, ya que los campesinos del pueblo les habían colmado de reservas de sobra para todos ellos.

Un misterioso turista, de mirada vacía y cuerpo enclenque, llegó al pueblo el primer día de diciembre. Buscó cobijo para resguardarse de las bajas temperaturas que asolaban ya las zonas colindantes y preguntó por algo de comida para saciar el hambre que arrastraba desde hacía días. Todos y cada uno de los habitantes de Mist Rachs que encontró en su camino, le sugirieron que se quedara en su propio hogar, que compartirían lo poco que tenían con él y podrían darle un techo donde refugiarse de la tormenta hasta que pudiera emprender de nuevo su camino.

Aquel hombre estaba asombrado con la amabilidad de los vecinos de aquel pueblo que, no teniendo casi para ellos mismos, le brindaban su ayuda desinteresada. Les preguntó que cómo es que no estaban bien preparados para el duro invierno de la región, si habían tenido problemas con las cosechas ese año o no habían podido recoger la suficiente leña para sus chimeneas y cocinas. Los mistrachianos, uno a uno, le explicaron que todo se lo llevaban aquellos nobles que vivían lujosamente en el castillo de las afueras del pueblo. Sin embargo, los campesinos que les facilitaban todo aquello, estaban destinados a sobrevivir día tras día como podían, dándose apoyo entre ellos y compartiendo lo poco que les dejaban para subsistir.

Fue entonces cuando aquel desconocido decidió ponerse en camino hacia el ya mencionado castillo, queriendo conocer de primera mano a quienes estaban abocando a una vida de sufrimiento a gente tan maravillosa como los mistrachianos. Llamó a las puertas del castillo, del que emanaba calor a raudales y un aroma a especias que abría el apetito. Varios guardias salieron al momento, preguntándole qué es lo que quería de los Rastchims. El turista les pidió ver a los nobles, pero los guardias le dijeron que, sin audiencia, no podrían dejarle pasar. Rogó y suplicó verlos, alegando que tenía algo muy importante que anunciarles, que había venido desde tierras lejanas y no podía irse sin comunicarles su mensaje. Finalmente, aquellos guardias que custodiaban la entrada, decidieron escoltarle hasta el interior, en donde el turista pudo comprobar de primera mano el lujo entre el que vivían los nobles. Tapices y muebles maravillosos en cada estancia por la que pasaban, chimeneas a rebosar de leña cada pocos metros y reservas de comida como para alimentar a todo Mist Rachs durante cinco inviernos. De las cocinas salían cada pocos minutos con platos exóticos y exquisitos que se llevaban rápidamente al lugar al que precisamente se estaban dirigiendo.

Al llegar, vio cenando a la familia de nobles de la que tanto había escuchado hablar, despreocupados por todo a su alrededor, disfrutando entre risas de los manjares que tenían frente a ellos, sobre una enorme mesa alargada de madera de la mejor calidad.

Los nobles fueron informados por su guardia personal de la presencia en la sala de aquel turista que tanto había insistido y que decía traer un mensaje que quería transmitirles directamente a ellos. Todos levantaron sus cabezas y dirigieron las miradas hacia aquel hombre enclenque que se erguía, orgulloso, al otro lado de la mesa, esperando a ser recibido.

Le indicaron que expusiera lo que tuviera que decirles con prontitud, ya que estaban en mitad de la cena. Él les pidió alojamiento y comida hasta pasar la tormenta, ya que la gente del pueblo no poseía casi nada y no quería hacerles el más mínimo gasto o temía que no podrían pasar lo que quedaba de invierno. También les expuso la necesidad de repartir con los mistrachianos algo de todo lo que ellos tenían. Al fin y al cabo, el pueblo era quien surtía a los nobles; no estaba bien que se quedaran con todo y, sin embargo, los campesinos sobrevivieran a duras penas unos metros más allá de las puertas del castillo. Las risas comenzaron estruendosamente a sonar por toda la inmensa sala de comedor en la que estaban. Los nobles no se molestaron en contestarle. Pidieron a sus guardias que sacaran de allí a aquel vagabundo y lo echaran del castillo, volviendo a charlar entre ellos como si nada de todo esto hubiera pasado.

Fue entonces cuando algo se quebró en la noche, sonando como un rugido de puma o un rayo atravesando mil cristales.

Los nobles observaron el punto en el que se produjo ese ruido ensordecedor y quedaron asombrados al ver que el turista desaliñado que acababan de pedir que lo arrojaran de nuevo a su suerte, se transformaba ante sus ojos en un poderoso mago, ataviado con las mejores galas que habían visto en su vida. Lanzó entonces una terrible maldición que sumió de tristeza a aquella familia de nobles, pues obligaba a estos a valerse por sí mismos sin los mistrachianos, que vieron cómo sus despensas, como por arte de magia, se llenaban hasta rebosar de víveres y reservas con las que saciar su hambre y revertir el frío que estaban pasando. Los nobles, sin embargo, vieron ante sus ojos cómo desaparecía de aquella inmensa sala todo cuanto habían acumulado hasta la fecha. La cena se esfumó, los tapices y muebles se vieron reducidos a cenizas y todas las chimeneas del castillo se apagaron, ya que la leña desapareció de cada una de ellas. El mago les aseguró que todo volvería a la normalidad cuando aprendieran durante un solo mes a vivir como cualquier otro ser mortal sobre la faz de la tierra. Si lo conseguían, el mago restablecería cada uno de los tapices, muebles y víveres que había hecho desaparecer.

Primero fue la bajada de temperaturas que provocó un aumento del uso de la poca leña que les quedaba en el sótano. Pero los nobles no consiguieron que nadie del castillo se adentrara en el temible bosque, ya que solamente los Rastchims eran conocedores de sus trampas y sabían cómo salir sanos y salvos de allí. Los nobles no harían tal cosa y finalmente todo el servicio acabó abandonando el castillo, mudándose con los mistrachianos, que acogieron a todos ellos con los brazos abiertos, dispuestos a compartir los víveres que habían aparecido en cada casa de forma mágica.

Luego vino el desabastecimiento de comida. Los Rastchims no encontraron en ninguna parte del castillo nada que pudiera ayudarles. Ni siquiera sabían dónde buscar o cómo hacerse con más comida, por lo que acabaron teniendo que sobrevivir con una mísera manzana al día, que compartían entre todos ellos.

El resto de la región pronto supo de las desventuras que los nobles de Mist Rachs estaban viviendo y decidieron aprovechar la oportunidad para vengarse por haber sido siempre una familia bendecida con la buena suerte. Pasaron a emitir una orden por la que les aumentaban

la cuantía que debían pagar al rey. Pero los Rastchims no tenían forma de hacer frente a una desgracia más, hambrientos y agotados por todo lo anteriormente vivido.

La desgracia definitiva vino cuando la gran tormenta de nieve se acercaba a Mist Rachs. Sabían que no sobrevivirían a algo así sin comida ni leña en el interior del castillo. Rogaron finalmente clemencia al temible mago el mismo día que llegaba la tormenta y este les recordó que, si no eran capaces de enfrentarse a todo aquello, una desgracia peor caería sobre sus conciencias. Decidieron por unanimidad que era mejor enfrentarse a una sola desgracia que seguir soportando tantas seguidas; acabarían muriendo si la tormenta finalmente les alcanzaba esa noche como se preveía. Así pues, el mago hizo aparecer toneladas de leña en cada estancia para pasar el resto del invierno, víveres suficientes para que todos ellos pudieran alimentarse hasta saciar su hambre y llenó de monedas de oro las reservas del castillo para hacer frente durante varios meses a lo que el rey les había empezado a reclamar.

Pero cuando los Rastchims parecían aliviados por la aparente bondad del mago, este les recordó las consecuencias que sus actos acarrearían para toda la eternidad. El mago entonces sonrió de forma malévola, llenando de terror a todos los que estaban observando la escena. Y es que ese era el castigo final: llevó al bosque a la familia y se dispuso a separarles en el tiempo y el espacio, marcándoles físicamente en una de sus manos para que recordaran su castigo y jurando que jamás volverían a reunirse ni ellos ni las generaciones venideras. Si lo intentaban, él no permitiría que eso sucediera y tendrían que atenerse a las fatales consecuencias.

Los Rastchims lloraron de rodillas, pidiendo que tuviera algo de clemencia para con ellos. Los mistrachianos escucharon aquellos lamentos y salieron de sus casas, dispuestos a ayudarlos aunque esa familia se hubiera comportado tan mal toda la vida con ellos. ¿Cómo aquellas gentes podían seguir albergando tanta humanidad a pesar de todo? Le expusieron al mago que diera algún tipo de alivio a la familia de nobles, que era justo que pudieran intentar resarcirse de sus errores de alguna forma. Y eso fue lo que finalmente hizo. Decidió regalarles un rayo de esperanza: cuando tres generaciones de Rastchims aprendieran a ser amables con la gente, colaboraran entre todos y dejaran su altanería para siempre, cuando no provocaran mal alguno en los mistrachianos y estos pudieran sentir compasión real por ellos, perdonándolos finalmente, las marcas de la maldición desaparecerían y aquella familia tendría una oportunidad.

Y es que en otra noche de tormenta, durante otro mes de diciembre, el castillo volvería a la vida tímidamente de alguna forma.

Cada generación de Rastchims desde entonces fue separada terriblemente por diferentes razones en cuanto conseguían formar una familia. Aquella maldición pasó de boca en boca, tratando de que no se perdiera en el tiempo y así mantener la esperanza de que un día conseguirían romperla de alguna forma. Pero la maldición se convirtió en leyenda, pasando de generación en generación como un sencillo divertimento en noches de tormenta.

Aun así, tanto los mistrachianos como los Rastchims actuales, sienten un profundo respeto hacia su pasado, sea o no parte realidad y parte leyenda, y siguen recordando las palabras del mago y aquella terrible maldición que una vez, hace cientos de años, marcó las vidas de toda una familia para siempre. Los niños en la escuela repiten desde entonces una tonadilla mientras juegan para no olvidarlo jamás.

Un desconocido vendrá
y a los Rastchims salvará,
una noche de tormenta
en el castillo se verá.
Nobles y campesinos,

todos juntos liberarán
a los Rastchims separados
y al mago por fin vencerán.

I

Pete

Parece que todo ha vuelto a la tranquilidad. Y es de agradecer, porque después de lo que estamos viviendo este mes en Mist Rachs, un poco de calma nunca viene mal. Sin embargo, mi labor no es descansar y participar en cada taller que Massie organice, sino velar por el bienestar de todo el mundo que vaya a participar en cada evento. A veces me convencen para asistir a algún sitio, como a la comida que organizaron hoy al mediodía, después de la ya mítica guerra de bolas de nieve navideña, pero estuve poco tiempo y volví a mi pequeño piso, justo encima de la comisaría, en la concurrida Red Avenue. Desde aquí puedo vigilar con bastante facilidad lo que sucede en la plaza principal del pueblo, donde suelen hacerse más actividades durante esta época. No es que tenga tiempo de descansar; el sheriff de Mist Rachs jamás podría hacer eso. Es sólo que necesito apagar mi mente de tanta felicidad navideña y conectar conmigo mismo durante un instante.

A veces necesito unos segundos nada más, otras veces me cuesta algo más de tiempo. La cuestión es que no puedo volver a mi trabajo hasta que no aparecen ellas de nuevo en mis pensamientos con todos sus rasgos, sus sonrisas y sus timbres de voz. Me obligo a mí mismo a no pasar página; me niego a hacerlo. Prefiero seguir sufriendo toda mi vida antes que sacarlas de mi mente.

Y la gente me dice que debo rehacer mi vida, buscar algo que realmente me apasione y darme unas vacaciones, pero no le veo el sentido a lo que me sugieren. Toda mi vida eran ellas y el destino me las arrebató. ¿Por qué iba a querer ser feliz si no están conmigo?

Veo por la ventana de mi pequeño salón empezar a iluminarse la calle con las cálidas luces de las farolas. Émilie amaba este momento del día, cuando todo el ajetreo iba terminando y la calma comenzaba a bañar los tejados de cada rincón de la ciudad. Vivíamos sin preocupaciones en nuestro pequeño hogar. Éramos una pequeña familia en un gran mundo. Nos queríamos, nos hacíamos felices y amábamos la vida. Desde que la conocí, en mi adolescencia, soñé con el futuro que podríamos tener juntos. Ella, al parecer, tenía sueños parecidos a los míos. Es por eso que nunca llegué a comprender por qué su rostro a veces desprendía una especie de halo de preocupación y tristeza. Los dos buscábamos ser felices y estar juntos, fuera como fuese. ¿Qué nos podía importar el resto del mundo?

Estaba ciego. Sí, puede ser. Estaba ciego por amor. Vivía por y para ella, tratando de hacerla lo más feliz posible sin pensar en las consecuencias que parecían cernirse sobre nosotros a gran velocidad.

Pero el ser humano es de lo más estúpido que existe sobre la faz de la tierra y yo no era una excepción.

Me di cuenta demasiado tarde. Maldita sea… Me di cuenta de que todo era verdad. Todo sobre lo que ella me había estado advirtiendo era angustiosamente real y ya nada podía hacer.

Nuestra suerte estaba echada.

Creo que la de hoy va a ser una noche tranquila, o eso espero. Cojo de nuevo mi gorra y me pongo la cazadora del uniforme para salir de casa y hacer otra ronda antes de que caiga por completo la noche.

Y volveré un día más a mi piso, vacío de felicidad y lleno de amargos recuerdos que colecciono a sabiendas de lo que duelen.

II

Anna

—Vamos, date prisa o no llegaremos a tiempo.

—Es que sigo sin entender por qué tenemos que usar estos ropajes —dice Mike con desesperación, intentando abrocharse la cremallera de su cazadora. Me acerco a él y le separo las manos para hacerlo yo misma, subiéndosela con una sonrisa triunfal—. Claro, a ti se te da genial porque eres de aquí.

—Me fui cuando era tan pequeña que pensaba al principio que todo lo había soñado —le recuerdo con una triste sonrisa.

Él parece sentirse culpable cuando me escucha decirle aquello y viene hacia mí. No extraño para nada sus ropas de siempre si puedo verle con unos vaqueros ajustados y un jersey de cuello alto. Está tan guapo en esta época, con su pelo negro impecable y recién afeitado, que siento deseos de besar sus labios a cada instante. Y él lo sabe. Es por eso que se acerca a mí en este momento sin perder la sonrisa. Su colonia frutal me envuelve hasta casi perder el control, aunque creo que ha sido más por el beso dulce y decidido que me ha dado. Mi corazón se acelera hasta que él lo nota y se separa de mí, sabiéndose ganador de vete tú a saber qué.

—Cuando quieras —me dice—. Yo ya estoy listo.

Sonrío, meneando la cabeza mientras me pongo el abrigo rojo y un gorro de lana a juego con el mismo. Mike se vuelve a acercar a mí y me coloca mejor el gorro, centrándolo en mi cabeza.

—Tenemos prisa —le recuerdo cuando veo que vuelve a mirarme a los labios.

—En esta época siempre hay tiempo para esto, ¿no? —pregunta, volviéndome a besar, esta vez de forma más superficial.

Coge luego mi bufanda y la coloca alrededor de mi cuello, dejándola lo suficientemente holgada como para que no me moleste demasiado, pero abrigándome para no coger un resfriado en un día como hoy.

—¿Salimos ya o…?

—¿Hay otra alternativa? —pregunta con voz decaída, caminando hacia la puerta de nuestra habitación.

—Sé que odias hacer esto, pero…

Llego hasta él y agarro su mano enguantada, recordándome que debo ponerme yo misma los guantes también antes de salir a la calle.

—No lo odio —comienza a decirme, girándose para mirarme y dejando de prestar atención al pomo de la puerta que aferra con la otra mano—, es sólo que… —Suspira antes de continuar hablando—. Siento que nos estamos perdiendo en todo esto. Tú y yo. Y que, cuando te des cuenta, ya será demasiado tarde.

Agarro su rostro entre mis manos y le acerco a mí para hacer que me mire a los ojos.

—Oye, no va a suceder eso, ¿de acuerdo?

—Sabes bien que no vas a querer regresar jamás a lo que teníamos antes.

—No es que no quiera, Mike, es que podemos tener mucho más en otra parte.

—¡Pero este no es mi mundo! —se queja, separándose de mí—. Yo no pertenezco a… todo esto —dice con los brazos extendidos—. Soy un simple granjero que no sabe ni cómo funciona su mundo, así que imagínate lo que es estar descubriendo otro constantemente y

teniendo que volver de nuevo al mío y…

—Pero, ¿no preferirías seguir viviendo así? —le digo, yendo hacia él de nuevo. Vuelvo a coger su rostro entre mis manos, aunque no parece muy contento por ello—. ¿No quieres tener todas estas comodidades? Porque te pillé el otro día tomándote una pastilla para el dolor de espalda a escondidas.

Va a agachar la mirada para que no vea la vergüenza en sus ojos, pero no se lo permito.

—Eso es muy diferente —se queja—. Hay cosas que podría extrañar, tienes razón, pero es peligroso hacer lo que estamos haciendo y tú lo sabes mejor que nadie.

—Sabes que tengo que…

—No, no tienes por qué hacerlo.

—¿Cómo que no? —Y ahora soy yo la que me separo de él—. ¡Es mi padre! ¿Qué se supone que tengo que hacer entonces?

—¡Dejarlo estar!

—Pero, ¿cómo…? —Camino por la habitación furiosa, tratando de calmarme—. ¿Estás diciéndome en serio que tendría que volver contigo, sabiendo que va a morir?

Su gesto condescendiente no hace más que aumentar mi enfado.

—¿Sabes qué? Puede que si no vinieras a meter tus narices donde no te llaman, a tu padre no le pasaría nada.

—¿Cómo te atreves a decir…?

—Tú no sabes qué pasaría si dejaras de intentar interferir en una vida que ya no es tuya, Annie. Puede que él muera cada vez que volvemos precisamente por lo que tú haces.

—Primero, no me llames así —le recuerdo—. Y segundo, no vuelvas a culparme de la muerte de mi padre. Creo que es de una crueldad totalmente innecesaria.

Parece que acaba de comprender del todo las palabras que me ha dicho y su gesto cambia de enfadado a preocupado. Viene hacia mí, pero yo le doy la espalda, así que coge mis hombros por detrás, hablándome al oído.

—Lo siento, cariño —me dice dulcemente—. Soy un idiota, no tendría que haber dicho algo así. Perdóname y salgamos de aquí, ¿te parece?

Y me gustaría sentirme mejor con aquella disculpa, pero me ha dolido que me pida perdón de esa forma.

Por él, no por mí.

Me giro de nuevo y le miro a los ojos. Coloco mis manos en su cintura y entonces él posa las suyas sobre mi espalda, acercándome más a su cuerpo, sabiendo que la discusión ha terminado.

—Sé que tú no quieres que hagamos esto y, aun así, me acompañas cada vez que regreso.

Asiente, esbozando una triste sonrisa.

—Porque te quiero —me dice—. Eres el amor de mi vida y jamás me separaría ni un instante de ti.

—Yo necesito hacer esto para poder pasar página y estar preparada para seguir adelante —le explico.

Pero no parece creer en mis palabras por cómo me está mirando.

—¿Estás segura de que, si salvas por fin a tu padre, tú podrás regresar al Mist Rachs del pasado, dejar todo esto atrás y ser feliz?

Sé que deberíamos tener esta conversación cuanto antes. Tendría que ser totalmente sincera con él y, sin embargo…

No, aún no. ¿Por qué adelantarnos a una posible discusión cuando hay tanto todavía que hacer?

—¿Sabes? Creo que esta vez por fin va a ser diferente —le digo.

—¿Por qué?

No creo que esté muy convencido con mi repentina positividad.

—Hemos encontrado bastantes cambios al llegar, ¿no es así?

Cojo su bufanda y ahora soy yo quien comienza a abrigarle.

—Sí, bueno…

Va cediendo poco a poco, consiguiendo que se le pase el mal humor que yo misma le estoy provocando constantemente.

—¿Te apetece que vayamos a por esas galletitas del Philip Rest?

Hace un gesto de salivación que siempre me provoca la risa.

—¡Por favor! —Abrimos la puerta por fin, saliendo al pasillo—. Oye, esta vez podríamos llevarnos alguna a casa. —Y viendo la cara que estoy poniendo, se ríe y vuelve a hablar—. Envueltas en una tela o algo similar, no creo yo que suceda nada, ¿no?

—Y hay que pasarnos también por la farmacia —le recuerdo.

Y como si se supiera de memoria la lista de la compra, me la recita de carrerilla.

—Tampones y pastillas para el dolor, ¿no?

Me río al ver que Mike es demasiado de este tiempo y ya muy poco del anterior.

—Y algún antigripal.

—Pero deja de hacer negocio con los vecinos, porque van a acabar provocando que nos quemen en alguna hoguera.

—Pero es que ese día me faltaba sal y… —protesto.

—Claro, claro… —dice ya de buen humor, riéndose conmigo al bajar por las escaleras, llegando al hall principal.

Allí vemos a una amable Loreen, dueña de este precioso hotelito, sonreírnos en cuanto nos acercamos a recepción.

—¿Un paseo nocturno por el mercadillo, chicos? —nos dice con voz melodiosa.

—Tengo antojo de manzana caramelizada —le cuento, medio mintiendo.

—Ay, esos antojos… —bromea ella.

Y creo que esto es algo que en todas las épocas se ha sabido su significado.

—¿Qué? —exclama algo nervioso Mike, mirándome con una sonrisa fingida y un gesto de absoluto asombro y terror por motivos que nadie se imaginaría en este tiempo a nuestra edad.

Yo me echo a reír por la confusión.

—No es de esos antojos —aclaro a ambos.

Loreen ríe conmigo al ver el nuevo gesto del pobre Mike, más que aliviado.

—Habrá que esperar —contesta ella—. Quién sabe si en este viaje…

Prácticamente empujo a Mike hasta la puerta que abro mientras despedimos a Loreen, saliendo al frío exterior por fin.

—Algún día estoy seguro de que podremos formar una familia —insiste Mike, empezando a caminar abrazados por el camino que conduce al centro del pueblo.

Niego con la cabeza algo triste. Porque esto es algo que me duele, pero es imposible que podamos hacer algo así. Al menos, no en la situación actual.

Y si esto no se resuelve, creo que no seré capaz jamás de regresar a mi vida anterior y avanzar.

—Ni siquiera estamos casados, Mike —le recuerdo.

—Eso no nos impide viajar y…

Me besa detrás de la oreja, haciéndome unas deliciosas cosquillas, provocándome la risa.

—Esto no es nada propio de nuestra época —le reprendo, bromeando.

Suspira, reemprendiendo la marcha.

—A veces ya no sé ni a qué época pertenezco.

Me detengo un momento, mirando aquellos ojos brillantes de los que hace tiempo me enamoré.

—Nos pertenecemos el uno al otro —le digo susurrando—. Donde estemos y cuando estemos, ahí será. Y con eso nos basta.

Me da un suave beso en los labios sin dejar de sonreír. Volvemos a caminar mientras le veo menear la cabeza, todavía sonriendo.

—No sé por qué te contaría Belmont todo aquello —dice ahora—, pero sólo por todo lo que estamos viviendo, creo que merece la pena.

Le miro sorprendida por el cambio de actitud repentina.

—Vaya, ¿en serio piensas eso?

Se encoge de hombros, rindiéndose a la realidad.

—Sé que me desespero y que no conozco todos los detalles. No soy tonto, Anne. Me doy perfecta cuenta de que ocultas muchas cosas de las que Belmont te contó después de romper el maleficio de aquel brujo, pero aun así, creo que hemos cambiado después de todo lo que estamos haciendo, y ha sido para bien. Me gusta ser como somos nosotros ahora —reconoce, bajando el tono.

—¿No querrías ser mejor como Agnes y August?

Ríe en cuanto le menciono a aquel matrimonio de nuestra época, el primero que me viene a la mente en este momento.

—No seamos como ellos nunca, por favor —me pide, haciéndome reír ahora a mí—. Creo que jamás se han visto ni los tobillos el uno al otro.

—Pues han tenido ya siete hijos.

—Me parece que lo hacen con las luces apagadas mientras rezan cien padrenuestros.

Vuelvo a reír con sus ocurrencias.

—Por poco me ahogo intentando aguantar la risa cuando le preguntaste aquella vez si no usaban algo para impedir tener más hijos.

—Se ve que le molestan las tripas de animal al señorito —se burla él—. Pero no le importa que ella tenga que pasar por un parto cada año, claro.

Dejo de reír y él me mira sorprendido, sin entender el motivo por el que ahora simplemente sonrío.

—Eres muy feminista para tu época, Mike.

Y sabe a lo que me refiero. Hemos hablado de este tema precisamente hace poco.

—Siempre fui así, eso no es algo que haya aprendido viniendo aquí —me recuerda.

Beso su afeitada mejilla, acariciándosela después.

—Y no te imaginas cuánto te quiero por ello. —Entonces recuerdo algo—. Necesitamos también llevarnos esta crema a casa.

—¿La que me he echado hoy? —dice, frotándose un instante la cara—. No te lo vas a creer, pero la compré en el mercadillo navideño. —Hace una pausa, aguantando un momento la risa—. Es de un puesto medieval.

Ambos estallamos en risas, llegando ya a Snow Avenue, por donde entramos para ir

directos a Mistletoe Square mientras caminamos entre escaparates decorados y gente yendo y viniendo alegremente con villancicos a nuestro alrededor.

Hay que reconocer que seguramente no pertenezcamos ya del todo a su tiempo, aunque le duela darse cuenta. Puede que yo lleve vagando entre dos épocas toda mi vida y a lo mejor todo esto no está haciendo más que empeorarlo. Pero lo cierto es que, a pesar de lo que sé y lo mucho que eso puede llegarme a afectar anímicamente a veces, Mike y yo estamos viviendo algo especial desde hace tiempo, algo que nos hace mejores personas y fortalece nuestra relación.

Es por eso por lo que voy a seguir luchando. Porque merecemos tener un futuro juntos.

Y nada ni nadie va a decidir por nosotros cómo, dónde o cuándo queremos vivirlo.

III

Michael

Si alguien me llega a decir que estaría la noche de Navidad paseando por un mercadillo navideño, bebiendo vino especiado y comiendo un pretzel junto a una hermosa chica, llegada desde el futuro a mi época cuando era pequeña, con gente alrededor hablando por el móvil de la última película que han visto en Netflix y del avión que tendrán que coger al acabar las vacaciones para volver a la oficina de la ciudad, en un enorme edificio de veinte plantas… Vale, no, nadie de mi tiempo me habría podido decir algo así. Ni siquiera entenderían la mayoría de palabras que estoy usando en esta enorme frase, porque esas cosas son del futuro y no existe nada de lo que vemos cuando regresamos a esta época.

La cuestión es que sí, es cierto, extraño todo esto cuando regresamos a casa. A casa… ¿Dónde es exactamente eso? Por increíble que parezca, en este tiempo me siento… Bien. De hecho, desde el primer día noté que no estaba fuera de lugar. Creí que me volvería loco, que no podría respirar este aire o algo parecido. No sucedió nada de lo que pensaba. Y me sentí tan cobijado por todos que el pecho se me llenó de paz. Cada instante que paso en este lugar, siento que me atrapa más y más, pero me resisto a reconocerlo en alto. Porque entonces significaría que no sé ni a qué tiempo pertenezco, y es un tema que hace que me vuele la cabeza. ¿Veis? Perfecto, hasta uso expresiones del futuro. En realidad no son sólo expresiones, es más bien el lenguaje entero de esta época el que manejo mejor que el mío propio. Es más sencillo y uno se acostumbra demasiado bien a él.

Y si sólo fuera el lenguaje…

Lo preocupante de estar cabalgando entre un tiempo y otro, lo peor de todo, es que la gente empieza a darse cuenta. Sobre todo, la de mi época. Nos ven diferentes, cambiados. Actuamos sin ser conscientes de ello de una manera más moderna y la forma que tenemos de ver las cosas no es la que era antes. Si nos duele la espalda, si tenemos que asearnos, si pasamos una gripe o tenemos hambre, todo cambia en un lugar o en otro. Incluso para vernos y comportarnos en público hay que adaptarse. La gente de mi época se escandalizaría sólo escuchándonos hablar entre nosotros de una manera tan íntima como hacemos aquí, besándonos y abrazándonos de forma natural. Nuestros vecinos son comprensivos y amables, tanto que con nuestra edad aceptan que todavía no estemos casados y con hijos sin llevarnos a la hoguera, pero lo que no se entiende es a veces difícil de explicar a gente que no ha tenido a su alcance nada de lo que existe en esta época.

Sí, lo reconozco, en el Mist Rachs actual soy muy feliz. Me siento realmente a gusto y sé que Anna también prefiere su propia época, con remedios químicos e higiénicos suficientes como para aumentar nuestra esperanza de vida prácticamente al doble de años. ¿Quién no preferiría algo así? Pero me resisto a quedarnos aquí, porque la situación de Anna es complicada por lo que he podido comprobar todas las veces que hemos cruzado.

Y no quiero ponerla en peligro.

El día que decidió contarme lo que estaba haciendo con tanto secretismo, fue porque la vi salir del bosque herida. Venía cojeando, con un brazo ensangrentado y un tobillo dolorido. No quiso explicarme las circunstancias en las que se hizo aquello, pero sí que me acabó contando lo que llevaba haciendo unas cuantas veces. Y me costó creerla, pero, ¿cómo no hacerlo cuando la chica de la que llevas toda tu vida enamorado te confiesa su más preciado secreto? Después de eso, le pedí acompañarla. No porque no supiera arreglárselas sola, sino porque quería estar con

ella en una situación así. Quería pasar esos momentos duros a su lado, demostrarla que podía contar conmigo para cualquier cosa en su vida. Porque antes de enterarme de todo esto, esa misma mañana iba a haberla pedido que se casara conmigo. Claro que después todo cambió y no he sido capaz de encontrar el momento adecuado, más que nada porque ni siquiera sabría qué decirle. ¿Dónde pasaríamos nuestra vida? ¿En el futuro? ¿En la choza de mi tiempo? ¿Trabajaríamos en algo extraño como con papeles y números y miles de letras o tendríamos que arar las tierras para sobrevivir? ¿Le juraría amor eterno hasta que la muerte nos separara, puede que un par de años después por unas fiebres extrañas que en mi tiempo te matan y aquí te lo curan en unas horas?

Se lo he intentado comentar en más de una ocasión. He tratado de hablarle de nuestro futuro juntos, pero ella no hace más que decirme que si no arregla lo que ha venido a hacer aquí, ella no podrá avanzar. Sé que antes quería tener hijos, pero en cuanto ha empezado a viajar a este moderno Mist Rachs, esa idea le pone demasiado triste cuando sacamos el tema, pensando precisamente en su propio padre y en la suerte que corre una y otra vez.

No sé si me oculta algo, lo siento así desde hace tiempo. Puede que no me haya contado todo. No sé los motivos que tiene para ello, si he demostrado de sobra que puede contar conmigo para lo que necesite. Pero aun así, aunque jamás supiera todos los detalles de esta locura, continuaré ayudando al amor de mi vida a poner en orden su pasado en el futuro.

Aunque me jugara mi propia existencia con ello.

IV

Anna

En esta ocasión, todo ha cambiado demasiado. Todavía no sabemos por qué, pero la gente está más alegre y hay un delicioso bullicio en todas partes, con los puestos del mercadillo abiertos y los vecinos entrando y saliendo de las tiendas, cargados de bolsas que comparten hasta llegar a sus decoradas casas. Algo es diferente y no sé qué hemos podido cambiar nosotros. La última vez no hicimos gran cosa, pero no hay tristeza por ninguna parte de Mist Rachs y parecen estar disfrutando de un diciembre navideño más que entretenido.

Y me encanta este cambio, así que voy a intentar disfrutar de él todo lo que pueda.

—Mira, son ellas —le digo con emoción, dándole un codazo.

Él levanta la vista hacia donde estoy mirando y sonríe al ver a Marie y Olive, mis amigas de la infancia, ya adultas y guapísimas. Las reconocí el primer día que volví a verlas, como si mi corazón hubiera sido quien le envió la orden al cerebro para recordar. Dios mío, ¡cuánto me gusta volver a hablar con ambas cada vez que vengo! Para ellas siempre es la primera vez, pero yo siento un tremendo placer al saludarlas o al encontrármelas de vez en cuando por las calles de Mist Rachs.

Recuerdo que la primera vez que llegué aquí, pensé que todo me asustaría. Los libros que encontré en la cabaña del bosque, en donde Belmont me dijo que hallaría mucha más información sobre mi pasado en el futuro, te hacían temer esta época. Nada de eso sucedió cuando crucé el Rachs Pont. Fue como, literalmente, volver a casa. Cada calle y cada persona que me cruzaba iba refrescándome la memoria, esa que pensé durante muchos años que no tenía y que confundía con mis sueños infantiles. No, no eran sueños, o pesadillas, como las clasificaban todos a mi alrededor. Lo que yo contaba era real. ¡Todo era más que real! Así que, por supuesto, la imagen de esas dos personas que siempre aparecían en mis sueños, incluso en la actualidad, tenía que serlo igualmente. Mis padres.

Mis verdaderos padres tenían que ser reales y estar en alguna parte.

—¿No vas a saludarlas? —pregunta él, dando un mordisco a su pretzel, tirando a una papelera cercana el vaso ya vacío de su vino especiado.

—Es que no sé qué decirles esta vez.

Se echa a reír y besa mi sien, atrayendo mi cuerpo hacia el suyo, rodeándome con el brazo que ya tiene libre. Su cuerpo siempre huele a hogar y me encanta estar muy cerca de él.

—Sabes que puedes decirles siempre lo mismo porque para ellas es la primera vez que te ven.

Eso me pone triste y él lo nota, porque vuelve a besarme en la sien, acariciando mi cintura con su pulgar. Cada vez que venimos, intento al menos saludarlas y en alguna ocasión termino charlando con ellas de todo un poco, empezando a hacerme amiga de nuevo, como si el tiempo no hubiera pasado. Pero nada más que tengo que volver para intentar salvarlo, todo se ha reiniciado y el bucle comienza de nuevo. Ellas siguen sin reconocerme y yo vuelvo a cruzarme con ambas, extrañándolas y queriéndolas cada día más.

El dilema de qué decirles se termina de golpe cuando alguien pasa por nuestro lado corriendo y nos medio empuja a los cuatro, haciendo que choquemos entre nosotros, provocándonos la risa.

—Perdonadnos —dice Olive, todavía riéndose—. ¿Os he tirado algo de chocolate o…?

—No, no pasa nada —le aseguro sin dejar de mirarla, con ganas de echarme a sus brazos.

Y entonces pienso en que en unos días puede que tenga que regresar y ella no se acuerde ya de nada, así que…

—¿Puedo abrazarte? —le pido, extendiendo mis brazos hacia ella, con infinitas ganas de llorar por si me dice que no.

O que sí.

Ella mira un momento a su hermana, que está frunciendo algo el ceño mientras me mira a mí, sonriendo levemente.

—Bueno, yo… Claro, sí —dice por fin Olive, haciendo que salte de la emoción y me acerque a ella después de todos estos años.

Porque las veces que he vuelto hemos hablado, pero ni siquiera me he atrevido a tocarlas. Y ahora estoy abrazando a una de mis amigas de la infancia, con la que más jugué y más travesuras hicimos juntas. Tengo pocos recuerdos de aquella época, pero todos son maravillosos gracias en parte a ellas.

Suelto el cuerpo de mi amiga poco a poco, temiendo que en cuanto lo haga, haya sido todo un sueño y se esfumen ambas delante de mí, despertando en mi camastro de la choza en donde vivo en el otro lado, muy lejos en el tiempo de aquí.

—¿Nos…? —comienza a decirme ella, algo extrañada todavía por mi reacción al verla —. ¿Nos conocemos?

—Eh… No, no nos…

—Es que te he abrazado y… —Ríe de manera nerviosa ahora, mirando de nuevo un instante a Marie—. Era como si nos conociéramos. Qué tontería, ¿verdad?

—Sí, una tontería muy grande —dice Mike, riéndose también para disimular que empieza a ponerse nervioso—. Bueno, nosotros tenemos que…

Tira de mí, pero Olive agarra mi brazo y me frena.

—¿Eres de Mist Rachs? —insiste ella.

—Olive, que acabas de conocerla —le recuerda Marie, no entendiendo qué le pasa a su hermana—. ¿Cómo va a ser de aquí?

—Pues porque… Podría ser —le dice ella sin explicar nada concreto y sin dejar de mirarme—. ¿No eres entonces de aquí?

Mike ya no sabe si toser o carraspear y yo no tengo ni idea de salir de aquí.

—Hacía mucho tiempo que no venía —respondo sin contestar a su pregunta en realidad, rezando para que esto funcione y deje de preguntar.

Temo que si les cuento la verdad, me traten de bruja y me quemen o algo parecido.

—¿Segunda o tercera vez? —pregunta la insistente Olive.

Acabo de desbloquear un recuerdo: mi amiga nunca se rendía ante nada ni nadie.

—Olive, por favor, que te pareces a Pete —le dice Marie, medio riéndose.

—¿Pete? —pregunto yo esta vez.

Marie toma la palabra ahora para que su hermana pueda coger fuerzas y volver a preguntar después algo más.

—Nuestro sheriff —nos dice—. Es un poco… inquisitivo.

—Ah, el sheriff —disimulo como puedo la sonrisa que siento que quiere incluso romper mis labios—. Sí, nos lo encontramos hace unas horas al llegar al pueblo.

—Espero que no os haya molestado demasiado —vuelve a hablar Marie con voz dulcísima, provocándome cosquillas en la nuca—. Él es un poco… Especial, digamos.

—Tocapelotas, digamos también —añade Olive, haciéndonos reír a Mike y a mí con esa palabra—. Pero es muy buena gente, de verdad. Es sólo que lleva a otro nivel el tema de la

protección del pueblo.

—Claro…

—No lo lleva en la sangre… Pero casi —dice ahora Olive.

¿Qué es lo que acaba de decir? ¿Ella sabe algo que podría serme útil en esta ocasión?

—¿Cómo?

—Sí, ya sabes… —dice ella, gesticulando.

—No lo sé, pero si tú me lo dijeras… —respondo, bajando el tono.

—Bueno, claro, yo sé porque le conozco —me dice, empezando a fruncir el ceño—. Pero tú…

Y creo que no voy a sacar nada de todo esto.

—Da igual —comienzo a decir, no sabiendo ya cómo puedo salir de esta—. No pasa nada. Nosotros…

Miro a Mike para que me ayude y él parece despertar del letargo en el que se había sumido.

—Sí, eh… ¿Suena un vibrador? —me dice, como si no recordara el nombre concreto del aparato que tantas veces estamos viendo desde que cruzamos. Le cuesta aprender la palabra móvil y siempre la sustituye por algo diferente.

Veo a Marie y Olive aguantar la risa, pero no sé por qué.

—¿Un vibra…? —comienzo a preguntar distraídamente, empezando a mirar a nuestro alrededor por si es el de mis amigas de la infancia el que suena—. La verdad es que cuando esos aparatos empiezan a moverse…

Ellas ya no aguantan más y ríen a carcajadas. Y al ver que ambos no entendemos por qué les ha dado la risa, intentan calmarse para explicarnos.

—¿Un vibrador? —nos dice Olive, ya que a su hermana parece darle vergüenza—. ¿Tú tienes uno en el bolso y se ha activado de repente?

—No, la verdad es que yo no llevo un…

Señalo con la mirada el móvil que una de ellas lleva en la mano y vuelven a reír.

No entiendo nada.

—La vibración del móvil —aclara Marie, tapándose la cara con las manos.

Vale, se ve que me estoy perdiendo alguna gracia interesante, pero por mucho que me esfuerzo, no la comprendo.

—Creíamos que os referíais a un vibrador de verdad —dice Olive—. Ya sabéis…

Empieza a hacer unos extrañísimos gestos, pero no, no lo comprendemos todavía.

—¿No sabéis qué es un vibrador? —nos pregunta Marie.

—Pues…

No pienso reconocer abiertamente que no tengo ni idea, pero…

—A lo mejor ellos en su tierra lo llaman de otra forma —le dice Olive a su hermana, y ella misma saca el móvil, tecleando algo que luego nos enseña—. Esto.

Vemos unas cosas extrañas de distintos colores, alargadas y…

¡Ahora por qué se asombra Mike!

—¿Ya sabes lo que es? —le pregunto. Pero al mirarle, veo que está completamente rojo, como si hubiera estado arando durante tres días seguidos bajo el sol—. ¿Qué es lo que te pasa?

—¿Cómo lo llamáis vosotros? —pregunta Olive, realmente intrigada.

—No me parece prudente hablar de algo así con unas damas —exclama Mike, de repente cohibidísimo.

Pero mis amigas de la infancia se ríen de nuevo, aunque no muy contentas con la

respuesta de él.

—Entre mujeres o entre hombres se puede usar el mismo lenguaje —le dice Olive sin esconder su malestar—. ¿Acaso piensas que estamos en la Edad Media?

—¿La Edad… Media? —pregunto.

—Ya sabéis, eso de los caballeros y las damiselas en apuros, y reyes en castillos, y gente luchando con espadas —comienza a explicar Olive, gesticulando excesivamente con cada cosa que dice. Y se queda mirando a Mike—. Y chicos que tratan a las mujeres como si fuéramos tontas.

—Oh, no, de verdad, ¡no era mi intención! —empieza a disculparse Mike—. Es que vi eso y… Lo siento mucho.

Olive menea la cabeza y su hermana le da un codazo para que tenga piedad de nosotros. Suspira, y eso espero que signifique que va a dejarnos vivir.

—Perdonadme, pero acabo de estar con una fuerte gripe y a lo mejor estoy algo…

—Insoportable —termina Marie la frase por ella, haciéndonos reír a todos, incluso a la propia Olive.

—No pasa nada —les digo—. Bueno, nosotros ya nos vamos.

—Claro, sí… —nos dice Olive. Pero cuando ya nos estamos alejando, vuelvo a escucharla—. ¿Os habéis apuntado al taller de cata de mañana?

—¿A dónde? —pregunto, no entendiendo.

Y ahora temo haber preguntado otra cosa que vaya a desembocar en una nueva pequeña tragedia.

—A probar chocolates y vinos especiados navideños —explica Marie.

—Eh… No, la verdad es que hemos llegado hoy y no hemos…

—¡Apuntaos! —nos pide Olive—. Todos los años es muy divertido. —Y se me acerca tanto que me asusto un poco—. Así te explicamos qué pasa con eso del vibrador y por qué puede que tu novio se haya sorprendido tanto al verlo.

Ambas sonríen y parece que de verdad quieren que vayamos. Miro a Mike y sé que me está diciendo que es peligroso, porque cuanto más interactuemos con la gente de este tiempo, más oportunidades tenemos de meter la pata y acabar en una mazmorra cuando menos. Además, tenemos que hacer cosas antes de que todo vuelva a suceder. Pero tengo frente a mí a Olive y a Marie, como cuando jugábamos de pequeñas a acercarnos lo más posible al bosque antes de que nuestros padres nos riñeran. Y tengo poquísimos recuerdos con ellas.

Y quiero poder recordar más cosas cuando todo esto acabe.

—¿Dónde decís que tenemos que apuntarnos a eso? —pregunto.

Ambas ríen encantadas mientras Mike refunfuña algo por lo bajo, aunque no se le nota exteriormente enfadado. Sabe que soy así y me quiere de todas formas.

—Vosotros estad mañana aquí mismo, en el mercadillo, a las diez en punto —nos explica Olive—. En la caseta de Pascal. —Y señala algo a nuestra derecha, viendo entonces un letrero con las palabras *vino especiado y más*—. Ya me encargo yo de que os añadan a la lista de alumnos, ¿de acuerdo?

—¡Perfecto! —se me escapa decir con voz emocionada.

Eso parece haberles hecho gracia a mis amigas, porque ríen mientras, ahora sí, se alejan de nosotros. Y entonces veo el gesto de Mike, observándome con resignación absoluta mientras suspira.

—¿Te das cuenta de…? —comienza a decir.

—Lo sé, pero es que no he podido evitarlo.

Vuelve a suspirar, cogiéndome por la cintura y empezando nosotros dos también a caminar.

—Mañana tendríamos que estar buscándole si queremos tenerlo vigilado esta vez —me recuerda.

—Pero el mercadillo está en un lugar privilegiado para estar pendientes. Además, el resto de veces que hemos venido, las actividades las habían suspendido y esta vez parece que no. Podríamos enterarnos del motivo y sacar algo en claro.

Menea la cabeza y entonces se ríe levemente, sabiendo que va a tener que ceder e ir a probar cosas ricas navideñas la mañana siguiente.

—En fin, qué le vamos a hacer. —Y me mira—. ¿Tenemos de esas pastillas que curan el dolor de estómago? Porque seguramente vaya a necesitarlas.

Me echo a reír con él, volviendo a nuestro merecido paseo por el mercadillo de Navidad.

—Oye, una pregunta —le digo ahora, deteniéndome y haciendo que me mire al instante —. ¿Qué es lo que viste en lo que te enseñaron para que…?

Empieza a enrojecer, pero no se comporta como con Marie y Olive. Me mira de reojo y vuelve a caminar, agarrando mi cintura.

—Eso te lo tendré que explicar cuando quieras que tengamos hijos, cariño.

Y de repente comprendo.

Acaricio la marca de nacimiento que tengo en la palma de mi mano, como siempre hago cuando estoy algo nerviosa, como si ese gesto me calmara un poco y me acercara de alguna forma a mi familia.

—Bueno, pero aunque no tuviéramos hijos…

Vuelve a reír, frotándose la cara por los nervios.

—Es cierto, lo siento. Creo que todavía no estoy muy adaptado a esta época.

—Ya ves que yo tampoco lo estoy mucho, porque ni siquiera sabía qué era eso tan grande que…

—A ver —me corta—, ahora no pienses que eso va a ser así, porque… no tanto.

—¿El qué?

—Pues… eso.

—Eso —repito, haciéndole resoplar con frustración.

—Necesito otro vino especiado —sentencia.

Me echo a reír, contagiándole a él.

—Creo que yo también —reconozco, aumentando nuestras risas por un instante.

Seguimos caminando, intentando no pensar en nada más, guardando las fuerzas para lo que queda por llegar.

Porque las vamos a necesitar.

V

Pete

Ser sheriff en un pequeño pueblo es la cosa más tranquila del mundo. No hay mucho que hacer salvo velar por la seguridad de todos sus habitantes y poco más. No se suelen meter en líos, no hay casi problemas que resolver…

Pero mi trabajo es algo muy distinto.

Ser sheriff de Mist Rachs es velar por una seguridad que puede verse amenazada de forma constante y peligrosa. Tienes que tener mil ojos en todas partes, porque la situación más insignificante puede convertirse en una catástrofe mundial. Además, necesitas conocimientos de sobra en demasiadas áreas en las que ni siquiera existen especialistas a los que poder consultar. No puedes pedir refuerzos porque en la mayoría de ocasiones la ayuda sería contraproducente, por lo que estás completamente solo frente al peligro constante que amenace el lugar.

Demasiado solo.

Sobre todo, con ellas dos sólo en mis recuerdos.

—¿Cómo que dos participantes de la Edad Media? —pregunto a Pascal al revisar los que están apuntados para el taller que dará comienzo en unos minutos.

Él se encoge de hombros, con ese gesto tan suyo que quiere decir que ni sabe ni le importa.

—Eso es lo que Olive ha apuntado al llegar —responde, volviendo a su tarea de llevar de aquí para allá vasos y utensilios que tiene por dentro de la caseta.

—Así que Olive —digo para mí mismo, buscándola con la mirada por toda la plaza—. Oye, ¿este taller no era en la cafetería de Chas?

—Sí, pero necesito dejar todo recogido, sheriff —me explica como en un quejido por estar interrumpiéndole—. Creo que Olive se fue por allí —y señala el fondo del pasillo de casetas.

Muy bien, pillo la indirecta.

Le dejo seguir a lo suyo por ahora, ya que tengo que preguntarle a Olive de qué se trata aquello de apuntar a *dos personas de la Edad Media*.

Y ahí está ella, al dar la vuelta a la hilera de casetas, ataviada con su abrigo gris de paño y gorro y bufanda de lana rosa. Habla distraídamente con su inseparable hermana mientras ríen ambas hasta que ven llegar a Gabriel. Es entonces cuando el gesto de Marie se dulcifica al darle un tímido beso que su hermana aplaude como si fuera una de las mayores maravillas del universo. Olive siempre ha sido así de entusiasta con todo; no me explico cómo puede sobrevivir en el aburrido trabajo de oficina que tiene. Siempre que la veo, y son muchas veces cada día durante las navidades, la imagen de ella cuidando y jugando con Annie me viene a la mente. Era unos años mayor que mi niña, pero se llevaban bien, igual que con Marie. Las tres eran inseparables y era una locura mantenerlas quietas en el mismo sitio mucho rato.

Puede que por eso…

—Buenos días —digo en alto, haciendo que los tres se giren hacia mí—. ¿Estáis pasando una buena mañana?

—Una helada mañana, más bien —comenta Gabriel de buen humor.

—¿Tu tobillo ya está mejor? —le pregunto, viendo que hoy no ha sacado siquiera algo con lo que apoyarse.

Gabriel lo mueve, mostrándome lo recuperado que está.

—Lou hace magia —me dice, mencionando a nuestro farmacéutico.

—¿No tendríais que estar en el ayuntamiento? —les pregunto ahora a él y a Marie.

La alcaldesa y su teniente de alcalde no creo que deban estar todo el día por ahí.

—Hoy nos hemos cogido el día libre y vamos a asistir a la cata —me explica Marie—. ¿Te animas, Pete?

—No, gracias, algunos tenemos que trabajar —les respondo con toda la seriedad que el momento requiere. Y me dirijo por fin a Olive—. ¿Qué es eso que has apuntado en la lista de asistentes al taller de Pascal?

—¿Qué he apuntado, Pete? —pregunta con un deje en su voz poco educado.

—Los asistentes de la Edad Media —le recuerdo—. ¿Se puede saber qué es de lo que no me he enterado esta vez?

Gabriel parece no entender tampoco, pero ellas dos se ríen con ganas por mi pregunta.

—Pete, no te preocupes —me dice Olive—. Ayer conocimos a una pareja muy maja y eso que escribí es una broma interna entre nosotros. Les dijimos que les apuntaríamos al taller, pero no conocía sus nombres, así que usé esa broma para que se reconocieran en la lista.

—Tenéis bromas internas, pero no sabes ni sus nombres y dices que no me preocupe —le recrimino.

—Pero Pete, hombre, que todo va bien —me dice ahora Gabriel, posando su mano sobre mi hombro unos interminables segundos—. No te preocupes, que no pasa nada, ¿de acuerdo?

—Dice el que por poco muere congelado en el castillo —le recuerdo.

—*Por poco* es el matiz, exacto —puntualiza Olive ahora, continuando de buen humor a pesar de las circunstancias.

—Parece que no os estáis dando cuenta de lo inusual que está siendo todo en estas navidades —les digo, intentando hacerles entrar en razón.

Pero ellos sonríen con condescendencia.

Menuda pérdida de tiempo es tratar de explicar la importancia de mi trabajo a estos tres mocosos.

—Mira, ¡ahí llegan! —exclama Olive, observando algo por encima de mi hombro—. Ahora comprobarás que no son de la Edad Media.

Marie y Gabriel se ríen mientras yo me giro para ver quiénes son aquellos dos a los que Olive se refería. Es entonces cuando veo a la pareja que apareció como de la nada justo al terminar la tormenta de nieve ayer mismo, con poco equipaje y dispuestos a pasar un número indefinido de días en Mist Rachs.

—Sospechosos —murmuro.

—Para ti todo el mundo es sospechoso —se queja Olive, habiéndome escuchado.

—Y para ti no lo es nadie —le reprocho.

Pero ella ya no me está escuchando. Se ha adelantado y abraza a aquella chica de rubios cabellos largos con gorro de lana y bufanda abultada. Parece algo nerviosa al verme. Mira al chico que viene con ella, pero este está observándome de arriba abajo detenidamente.

Sospechoso.

Muy sospechoso.

Michael

Todo lo que está pasando en esta ocasión es muy diferente y no sabemos por qué. En realidad, algo ha cambiado desde el principio: Pete no tendría que haber estado paseando por esa zona del pueblo a nuestra llegada y ahí vimos que algo no iba como siempre. Y es bueno, cierto, pero en esta ocasión andamos un poco a ciegas por ese motivo.

Y ahora esto.

Tenemos frente a nosotros a Pete con mirada inquisitiva, y juro que quiero que me trague la tierra y me escupa en mi tiempo para no tener que dar las explicaciones laboriosas que seguramente vaya a solicitarnos a continuación. Anna no quiere que nadie sepa nada, pero esto está siendo una locura; acabarán sospechando algo, es inevitable.

—Así que vosotros dos sois los de la Edad Media —nos suelta Pete con el ceño fruncido.

Yo me quedo mudo, sintiendo que el aire no me llega a los pulmones, hasta que Anna se echa a reír mientras me da un codazo.

—Sí, somos los de la lista de asistentes —le explica y cambia su tono a uno más grave, no sé por qué—. Recién llegados de la Edad Media.

—¿Ves, Pete? —le dice Olive—. No pasa nada, no son peligrosos.

Pero él no parece convencido. Sigue mirándonos a ambos con sus ojos oscuros como la noche, intentando leernos las mentes para averiguar quiénes somos en realidad.

Y me dejaré incluso torturar antes que traicionar a Anna.

—Eso está por ver todavía —le dice a Olive, pasando ahora por nuestro lado—. Tened todos una buena mañana.

Se va alejando entre la hilera de casetas levemente nevadas del mercadillo navideño, que va despertando poco a poco a estas horas de la mañana. Camina cansado, como si no le quedara más esperanza en la vida y se aferrara a la constante temporal que parece seguir sin ningún altibajo, aunque me consta que este diciembre está siendo muy distinto para él.

Todavía recuerdo la primera vez que lo vi. Me pareció extraño que tuviera el pelo tan negro, cuando Anna lo tiene tan claro, pero ella me explicó que recordaba el pelo rubio de su madre brillar con la luz del sol. Cuando ella me contó que ahora debía tener unos sesenta, casi no me lo podía creer. Sería el más anciano del lugar, pero no parecía tener más de cuarenta como mucho. Y al parecer, eso de la edad es algo que también es diferente en este tiempo. Viven más a pesar de todos los peligros a los que tienen que enfrentarse cada día: carros metálicos en las carreteras, en los cielos… Claro que luego pueden ir a por unas pastillas y todos los dolores se les curan. Tampoco tienen trabajos como en mi época y parecen estar siempre más desocupados. Eso me da mucha envidia, lo reconozco. A mí me encantaría poder tener más tiempo para hacer todas las cosas que ellos hacen cuando no trabajan. Claro que en mi época tampoco es que puedas hacer mucho más que arar las tierras, cosecharlas, comer un rato y dormir otro poco. Hablaría con Anna. Sí, hablaría con ella mucho más de lo que hablamos. Me encanta que me cuente cualquier cosa. Al principio pensé que tenía mucha imaginación y eso me daba bastante miedo. Luego comprendí que tener imaginación no es algo peligroso y que, además, ella no imaginaba: recordaba.

—No le hagáis mucho caso a Pete —nos dice aquel chico que está agarrando a una de las amigas de Anna—. Es un poco cascarrabias, pero buena gente.

—Se toma su trabajo de sheriff muy en serio —dice la amiga a la que él agarra por la cintura—. Y se lo agradecemos, pero a lo mejor unas pequeñas vacaciones sí que necesitaría.

—¿Pete ha cogido alguna vez vacaciones? —le pregunta la otra chica.

Se quedan ambos pensativos un momento y empiezan a negar con la cabeza.

—Creo que no quiere tener tiempo para pensar —dice con pena la otra.

Puedo sentir esa misma pena en el pecho de Anna cuando dicen aquello. Llena sus pulmones de golpe en silencio y suspira después. Y me parece que ambos hemos pensado en el mismo motivo por el que Pete, su padre, ese al que intenta salvar una y otra vez volviendo a este

tiempo, no quiere pensar más allá de su trabajo.

Si yo perdiera a mi familia, tampoco querría disfrutar de la vida.

—¿No es la cata en donde Chas? —escuchamos decir a una chica viniendo hacia nosotros, saludando con la mano en cuanto ve que nos giramos hacia ella—. Vais a morir congelados.

Creo que no es alguien que conociera Anna en su tiempo ni cuando ha regresado recientemente, porque la mira con intriga, sin ubicarla en su cabeza. Y para ella, que ya lleva cruzando el puente varias veces, esto es una anomalía. Si ella no la había visto antes, es bastante extraño y otro cambio que no sabemos cómo ha podido suceder.

—La verdad es que sí —comenta una de las amigas de Anna. ¿Olive? Siempre me confundo entre ellas, ya que suelen ir juntas a todas partes y no siempre se ha detenido a hablar con ellas estando yo presente—. Venga, vayamos a la cafetería y entremos en calor antes de probar todas las cosas ricas que Pascal nos habrá preparado.

Y aquella chica que acaba de llegar, con melena pelirroja y sonrisa brillante, se acerca a nosotros y alarga su mano.

—Soy Jenna —nos dice—. ¿Sois turistas?

—Llegaron ayer —le explica la misma amiga de Anna, la cual aprieta mi cintura hasta casi rompérmela mientras le damos la mano a aquella chica. Y su amiga nos mira—. Perdonadme, pero la gripe me dejó bastante tocada. Ayer no me presenté al final, y mi hermana, tampoco. Yo soy Olive, ella —y señala a la otra chica— es Marie, mi hermana mayor, él es su novio Gabriel —y ambos parecen enrojecer por algún motivo—, y la que acaba de llegar como si llevara varias horas ya despierta es, como os ha dicho ella misma, Jenna, la novia de nuestro hermano.

¿Cómo que…? ¿Gabriel? ¿El mismo que…?

Anna creo que está pensando lo mismo que yo por cómo ha abierto los ojos al escuchar ese nombre. Me mira una milésima de segundo y creo que va a tratar de obviar ese tema con gente alrededor, así que pasa a su siguiente duda.

—¿De Philip? —la escucho decir en bajo, como si se le hubiera escapado ese nombre sin querer.

Pero las hermanas del tal Philip sí que lo han escuchado y miran ahora a Anna con el ceño fruncido, sin saber qué pensar.

—¿Ya conoces a mi chico? —le pregunta Jenna de forma inocente—. ¿A que es increíble? Es el mejor chef sobre la faz de la tierra, y creedme, conozco a unos cuantos.

Parece emocionada al hablar de él y Anna sonríe antes de contestar.

—Sí, parece un chico genial —responde ella, mirando de reojo a Marie y Olive, que creo que están prefiriendo no parecer demasiado desconfiadas.

—Luego podemos pasarnos por su restaurante a por unas galletitas navideñas —sigue diciendo Jenna, ahora caminando hacia algún lugar para empezar lo que sea que vayamos a hacer a continuación—. Te entra el espíritu navideño de golpe si todavía no lo tenéis, aunque en Mist Rachs eso es complicado.

—¿No puedes estar ni media mañana sin ver a mi hermano? —bromean ahora con ella, haciendo sonreír a Jenna.

—Llevo ya dos minutos sin abrazarlo y…

Todas ríen y hablan de camino hacia el lugar que parecen conocer bien, así que yo aprovecho para hablar con Anna.

—¿Todo bien? —le pregunto en bajo.

—¿Gabriel? ¿En serio? —es lo primero que dice.

—Lo sé. Es el cambio más increíble que hemos visto.

—Me extrañó ver todo este ambiente navideño al llegar y claro, era por eso —sigue diciéndome—. ¿Qué habrá pasado para que…?

—Es bastante extraño, sí. Habrá que estar más atentos esta vez. Puede que sea ahora cuando cambiamos algo y… —Anna sonríe con mi disertación—. ¿Qué pasa?

—Eres todo un entendido en viajes temporales.

Me encojo de hombros y sonrío con ella.

—Ya te dije que podías confiar en mí porque aprendo rápido.

Ya nos estamos acercando al lugar al que todo el mundo se dirige y parece que Anna tiene algo más que añadir antes de tener que volver con el resto y disimular durante un largo rato.

—¿Te has dado cuenta de lo de… Jenna? —me dice en el mismo tono susurrante—. En todas las veces que he venido, Philip estaba amargadísimo y no quería ni celebrar la Navidad. No tenía pareja. —Y me mira—. Esa Jenna no estaba.

—Lo sé, es extraño. ¿Qué es lo que ha pasado de una vez a otra para que estemos viendo tantos cambios en esta ocasión?

Niega con la cabeza, sin entenderlo tampoco.

—Puede que sea algo que vayamos a hacer esta vez y que influirá en el pasado reciente, no sé.

—Entonces eso quiere decir que cualquier cosa que hagamos diferente de las otras veces, está bien hecho, ¿no?

Vuelve a mirarme antes de entrar en aquel lugar, donde todos van pasando alegremente mientras continúan charlando.

—O tremendamente mal.

Y eso no ha sonado nada bien.

VI

Anna

Sea lo que sea que vayamos a conseguir en esta ocasión, reconozco que es la vez que más estoy disfrutando. Y sí, es cierto, tendríamos que estar buscándolo para localizarle cuanto antes y ver qué se propone esta vez, pero hasta dentro de cinco días no hará nada. O al menos, eso es lo que ha pasado todas las veces que hemos venido. El día de Nochevieja aparecerá con cualquier excusa, se armará un tremendo revuelo en el pueblo y mi padre…

Mi padre intentará detenerlo, pero…

Olive me chista para llamar mi atención mientras estamos probando otro vino especiado que Pascal nos ha servido. Y ya van… ¿Cinco? Me acerco a ella y veo que me enseña algo en la pantalla de su móvil.

—¿Esto es lo que dijisteis ayer? —le pregunto en bajo cuando me muestra una imagen similar, pero de otro color.

Ella asiente, medio riéndose, con las mejillas sonrojadas.

—¿Ya sabes lo que es? —susurra. Y niego con la cabeza—. Tú y yo vamos a tener que hablar de muchas cosas —me anuncia—. ¿Cuánto tiempo vais a quedaros?

—Hasta… Por lo menos, hasta final de año.

—Bien, perfecto, pues nos da tiempo a quedar algún día todas y que te expliquemos ciertos detalles de la anatomía humana.

¿De la…?

—Vale, sería genial.

Y creo que me ha notado un poco emocionada, porque en realidad lo estoy. Quedar con la que fue una de mis amigas, de las pocas personas que todavía recordaba después de tantos años de pensar que todo había sido un sueño, es algo que me emociona demasiado.

—Oye, ¿seguro que no nos conocemos de antes? —me pregunta ahora—. Es que desde ayer no dejo de darle vueltas y…

—¿Crees que me conoces?

Asiente mientras coge otro vaso de vino de los que Pascal acaba de traernos. El aroma a jengibre y canela ha inundado toda la sala desde hace rato y en realidad ya no sé ni lo que estoy bebiendo, pero me encanta. Y a juzgar por las risas de Mike, que charla animadamente con otro de los vecinos que ha asistido a este taller, me parece que le pasa igual que a mí.

—Todavía no me has dicho tu nombre —me recuerda.

—Me llamo Anna —le digo sin pensar.

Creo que me están envenenando con lo que estoy tomando, porque empiezo a hacer y decir cosas que no debería.

—Vaya, ¿Anna? —dice sorprendida—. ¿Sabes? Tuve una amiga de pequeña que se llamaba como tú —me cuenta, sonriendo con tristeza—. Ella… No sé qué le sucedió. Se acercó demasiado al bosque y… Puede que se perdiera. —Y ahora ríe levemente de la misma forma triste que antes—. Poco tiempo después, intenté ir a buscarla, aunque nunca me había atrevido a entrar en el bosque. Pero quería encontrar a mi amiga. Me sentía culpable por haberme despistado y haber dejado que se perdiera. Yo era muy pequeña y… Tuvo que entrar mi padre a por mí, porque yo no supe salir. Y no sé todavía cómo me encontró él; todo lo de aquella época lo tengo algo borroso. Imagino que por la pena. —Entonces me mira de nuevo—. Perdona, no sé por qué te acabo de contar todo esto. —Y se ríe con vergüenza—. Debe ser el vino que nos están sirviendo, que ya va haciendo efecto.

Coge otro pequeño vaso y lo acerca a mí para brindar con él, bebiendo ambas después otro trago.

—Este sabe mejor —confirmo.

—Creo que voy a aficionarme al vino especiado desde hoy mismo.

—Y yo creo que me empieza a gustar más que el chocolate.

Ambas reímos con ganas mientras continuamos bebiendo de aquel vaso hasta terminarlo.

—Oye, ¿vais a ir el domingo a la gymkhana navideña? —me pregunta ahora, más animada cada vez.

Y de repente un recuerdo que no sabía ni que tenía se acaba de desbloquear en mi cabeza.

—¿Sigue haciéndose?

Me mira sorprendida sin perder su sonrisa.

—Eres de Mist Rachs, ¿verdad?

¿Por qué siento que no puedo mentirle?

—Sí, pero hacía tiempo que no venía.

—¡Lo sabía! —exclama—. Es que lo sabía. ¿Ya no tienes familia aquí? ¿Os fuisteis cuando eras muy pequeña? ¿No coincidimos tú y yo en algún momento? —Se da cuenta de que está haciendo demasiadas preguntas y vuelve a echarse a reír—. Perdón, creo que son demasiadas cosas a la vez, ¿no?

Río yo también con ella, deseando contarle mil y un detalles de mi vida, pero no atreviéndome a hacerlo. La primera vez que vine, él se enteró y todo fue a peor desde ese momento, así que a partir de entonces intento que nadie sepa quién soy en realidad. Por suerte, Pascal nos interrumpe a todos, comenzando a explicarnos qué vamos a probar a continuación, volviendo a centrarnos en unos nuevos vasos que nos sirve. Las respuestas a todas esas preguntas quedan en el aire y seguimos disfrutando de un rato más que agradable todas juntas, como si aquel día infernal jamás hubiera sucedido, como si yo hubiera seguido en este tiempo desde entonces y mi vida hubiera continuado entre las calles de un moderno Mist Rachs, en familia, con las amigas de la infancia y sintiéndome a salvo de cualquier peligro.

Esta vida no es justa para nadie y no pedía un trato de favor, pero al menos, esta vez espero poder lograr salvarle.

Michael

—Ya se nos están acabando las monedas —le comento a Anna en cuanto llego de nuevo al hotel con un nuevo remedio de la tienda para el dolor de cabeza que tiene, causado por tanto vino de esta mañana.

—Pues no había nada más de valor en la cabaña de la bruja que podamos empeñar —responde ella, tirada en la cama, tal y como la dejé hace un rato.

—Tú lo que quieres es que nos quedemos aquí y trabajemos en algo para ganar tiempo.

Veo que sonríe desde su sitio, tapándose los ojos con el brazo, que levanta ahora un poco para mirarme durante una fracción de segundo.

—¿Pudiste conseguir algo? —pregunta.

Le paso el agua embotellada y una pastilla de las que me dieron para que se le pasara el dolor de cabeza. Ella coge ambas cosas con rapidez como si, al tomarse aquello, se le fuera a pasar todo al instante. Bueno, puede que sí. Estas cosas del futuro funcionan muy bien.

Vuelve a tumbarse en la cama después y yo hago lo mismo en cuanto poso las cosas en

la pequeña mesa que hay junto a nosotros. Intento quedarme en el otro lado de la cama para no molestarla, pero entonces se mueve y me tiro al suelo por el susto.

Y se echa a reír.

—Encima tú ríete de mí —me quejo, levantándome y yéndome a mi cama, justo al otro lado de la mesita—. Ya me voy, muy bien.

—Me río por tu reacción, no de ti —me explica. Suspira y vuelve a hablar—. No hace falta que te tumbes tan lejos de mí.

—Intenté quedarme a tu lado, pero…

Vuelve a mirarme, sonriente.

—Anda, ven —me pide—. Dame un abrazo.

—¿Un abrazo? —le digo, sorprendido—. ¿En la cama?

—¿Por qué no? —Y se da cuenta de lo que le voy a contestar antes de hacerlo siquiera —. Nadie de nuestro tiempo va a vernos, Mike, y esto es algo normal aquí.

—Lo sé, pero hay cosas que entiende que puedan costarme un…

—Pero habla mientras me abrazas —sigue quejándose.

Sonrío con aquella voz deliciosamente tierna y vuelvo a su lado, tumbándome junto a ella y rodeándola con mis brazos. Anna suspira y se acurruca entre mí, haciéndome tan feliz con ese sencillo gesto que me gustaría incluso gritar.

—¿Te hace efecto? —le pregunto en voz baja.

—Así ya me encuentro mejor.

—Los remedios de esta época son milagrosos.

—Es por tu abrazo —me especifica, mirándome.

Ve que me quedo sin habla un instante y sonríe por ello.

—Cuando volvamos, tenemos que recordar que estas cosas…

—No entiendo qué tiene de terrible estar así —se lamenta—. No hacemos nada malo.

—Lo sé. —Me quedo en silencio con ella un momento—. A mí también me gusta.

Levanta la vista de nuevo para mirarme.

—¿Verdad? —Y vuelve a apoyar su cabeza sobre mi pecho—. Me gusta eso de esta época, que puedes hacer cosas que en la otra no te permiten ni soñar. Y no sé qué tiene de reprochable estar los dos aquí, o dormir en la misma cama, o…

—La verdad es que no tiene nada de malo —reconozco, consiguiendo que ahora se apoye en la almohada para poder mirarnos mejor—. Además, me gusta mucho besarte aunque no estemos casados.

No espera a que yo me acerque y es ella quien me besa.

—Me gusta esta época, Mike —me confiesa.

—Lo sé. Es tu época.

—Me gusta mucho.

—Sí, lo sé. —Nos quedamos de nuevo en silencio unos dolorosos segundos—. ¿Qué vamos a hacer, Anna?

Cuando hablamos de este tema, suspira tantas veces que pareciera que le faltara el aire.

—Primero quiero cerciorarme de que esta vez mi padre…

—Ya, pero me refiero a después de eso. ¿Qué vamos a hacer?

Me mira fijamente sin hablar todavía, pensando bien sus palabras antes de pronunciarlas.

—Sé que aquí podríamos ser más felices.

—Pero si alguien se enterara de dónde venimos, no nos iban a creer.

Se incorpora y se sienta a mi lado, emocionada de repente.

—Pero podemos solucionarlo, de verdad. Yo creo que eso pasó porque fue él quien se enteró. A lo mejor si se lo decimos a…

—Primero hay que encontrarlo y ver si esta vez también ha cambiado algo. Porque, por ahora, ni siquiera lo hemos visto por el pueblo.

—Pero luego… ¿Hablaremos de quedarnos?

¿Quiero realmente dejar para siempre lo único que he conocido en mi vida? ¿Podría despedirme de todo y de todos para vivir en una época desconocida y extraña, en la que no entiendo la mayoría de las veces nada de lo que pasa? ¿Abandonaría mi propio mundo por quedarme a su lado?

—En realidad, tendremos que hablar de muchas cosas.

—Pero juntos, ¿no? —insiste, no llegando a comprender por qué le he dicho eso.

—Sí, juntos. Pero…

Y no me da tiempo a seguir hablando porque coge mi cara y empieza a besarla entre risas de pura felicidad.

No sé cómo acabará todo esto, porque no es algo que se pueda predecir con experiencias previas o de gente de tu entorno. Estamos solos en este problema de principio a fin. Lo único que tengo claro es que la quiero y necesito verla feliz.

Y si para eso hay que arriesgar todo lo que he conocido hasta ahora en la vida, no dudaré ni un instante en hacerlo.

VII

Anna

—Supuestamente tendríamos que habernos cruzado ya con él en los dos días anteriores, pero tampoco lo hemos visto —digo ahora, algo cansada de tanto caminar—. A lo mejor esto es algo que también ha cambiado y se ha ido del pueblo.

Mike menea la cabeza, nada convencido con mi explicación. Se levanta del banco en el que estábamos sentados en cuanto empieza a nevar de nuevo, estirando su cuerpo después de tanto rato haciendo vigilancia.

—No hemos podido verle desde que llegamos porque hemos estado de… ¿mulaciones?

Me quedo boquiabierta por la palabra que acaba de decir, no sabiendo de qué está hablando hasta que por fin me echo a reír a carcajadas.

—¡Vacaciones! Dios mío, Mike, ¿cómo no vas a ser capaz de aprender la mejor palabra del mundo?

—Lo que significa sí es maravilloso, pero la palabra se me resiste —confiesa, algo molesto por mi anterior carcajada—. El caso es que hemos estado paseando por el pueblo, haciendo amistad con todos, pero de lo importante nos hemos olvidado.

Me levanto con él y agarro su barbilla, moviéndosela levemente frente a mí.

—Me encanta cuando te pones así de serio.

Empieza a sonreír, pero se da cuenta de lo que pretendo y vuelve a enderezarse, alejándose de mí.

—Estamos aquí para otra cosa, Anna —me recuerda—. Encontrémosle y acabemos con esto, por favor.

—Me haces sentir como si yo no quisiera salvar la vida de mi padre —me quejo—. Y eso no es así. Obviamente quiero, pero también necesitaba volver a vivir unas navidades como cuando era…

Me quedo muda antes de terminar la frase, pero ya es tarde, porque Mike lo ha comprendido.

—Como cuando eras feliz, ¿no? —dice con tristeza.

—Mike, no es exactamente lo que quería decir, por eso no terminé la frase.

—Sé que es eso, Anna —insiste—. Y lo entiendo, ¿de acuerdo? Entiendo que tú te sientes feliz en tu tiempo. Pero comprende que todo esto para mí es nuevo, como en su momento mi época lo fue para ti.

—Y yo me acostumbré a ello —le recuerdo.

—Eras pequeña —dice, como si eso lo explicara todo.

Me acerco a él, sonriendo y cogiendo sus manos entre las mías.

—Sí, lo era, pero no sólo fue por eso. Hubo un niño que se me acercó en cuanto salí del bosque —le digo, aunque sé que él ya conoce la historia—. Me consoló y me abrazó, me llevó con él hasta el pueblo, me encontró una familia que me cuidara y no se separó de mí desde aquel día. Y eso hizo que yo pudiera acostumbrarme a vivir allí durante todos estos años.

Ahora vuelve a sonreír, recordando nuestra infancia, tan normal para él y tan dura para mí. Pero Mike estuvo conmigo y consiguió que todo quedara en un lejano recuerdo que se convirtió en un plácido sueño que rememorar en momentos duros.

Le debo mucho en mi vida y me gustaría que sintiera que yo haría lo mismo por él si se diera el caso.

Llega a nuestros oídos un nuevo villancico que suena por todo el mercadillo que

tenemos a nuestro lado. La nieve sigue cayendo sobre nosotros, aunque no de forma tan fuerte como para molestarnos, y un olor dulce parece rodearnos, recordándome que va a ser la hora de comer y todavía no hemos sido capaces de encontrarlo. Y sí, creo que tiene razón Mike. Llevamos dos días en este tiempo y he estado tan en mi mundo con Olive, Marie y el resto de gente del pueblo que puede que haya dejado de lado lo que realmente hemos venido a hacer.

—Anna, ¿tú eres feliz? —me pregunta Mike.

Veo algo de dolor en sus ojos, temiendo mi respuesta.

—Tú me haces feliz —respondo.

Y sabe que no puedo contestar algo distinto a eso.

Agacha la cabeza un segundo, apretando mis manos con fuerza.

—Y yo sólo quiero que lo seas.

—Lo sé —le digo sonriente—. Y tú, ¿eres feliz?

—Lo seguiré siendo si estoy contigo. —Y especifica—: Donde y… cuando sea.

Beso con cariño sus labios, con nuestras manos entrelazadas. Al separarme de él, sigo viendo sus profundos ojos mirarme con cariño, como siempre ha hecho y sé que jamás dejaría de hacer.

—A veces pienso que yo me perdí en el bosque para poder acabar encontrándote a ti.

Parece sorprenderse con mis palabras, entreabriendo la boca incluso.

—Creo que eso es lo más bonito que me podrías haber dicho, cariño.

Le abrazo ahora tan fuerte que acaba riéndose, pero no me importa; sigo abrazándole. Mike me devuelve el abrazo, hundiendo su rostro en mi pelo.

—Sé que tenemos que… —comienzo a decir, adelantándome a lo que sé que me dirá a continuación.

—Shhh… —le escucho decir—. Dios mío, espero que siempre puedas lavarte el pelo con este ungüento, porque me relaja tanto olerlo…

Me echo a reír, separándole para mirarle.

—¿Estabas oliéndome el pelo?

—Bueno, te estaba abrazando mientras disfrutaba de lo que te echas últimamente para lavártelo —se disculpa con una tímida sonrisa.

Acaricio sus bucles oscuros y paso mis dedos por su afeitado rostro, besándole la mejilla.

—Si nos quedamos, prometo no lavarme el pelo con otra cosa en lo que me resta de vida.

Me suelta y hace un gesto de manos con decisión.

—No se hable más —dice—. Nos quedamos.

Vuelvo a reír, ahora con él. Pero en cuanto me acerco para besarle una vez más, veo por el rabillo del ojo a quien andábamos buscando.

—¡Ahí está! —exclamo en voz baja, señalándole con la mirada.

Mike dirige la vista hacia el mismo sitio y ve a Frederick, el que al parecer ahora ya no es teniente de alcalde por lo que nos hemos podido informar, caminar decidido hacia el ayuntamiento de Mist Rachs. Y a pocos pasos, siguiéndole, mi padre, con claras intenciones de alcanzarle.

—¿Por qué tu padre va hacia él? —pregunta Mike, comprendiendo lo mismo que yo de toda esta novedosa situación: nada.

—Muchas cosas han cambiado desde la última vez que cruzamos y ya no sé ni qué pensar —reconozco.

Porque cuando creí que sabría cómo salvar a mi padre de las manos de Frederick, todo ha cambiado de forma caótica y siento que voy a volver a fallar.

No sé hasta cuándo tendré que seguir regresando para reiniciar el tiempo y tener otra oportunidad.

VIII

Frederick

No me hace ninguna gracia tener que volver aquí. Odio este lugar. Siempre lo he hecho en realidad. Todo el mundo siendo tan feliz y derrochando alegría por cada poro de su piel… Creo que soy alérgico al espíritu navideño que inunda estas calles cada maldito mes de diciembre.

Y, sin embargo, tengo que volver. Sé que aquí encontraré las respuestas que no consigo de otra forma. Y necesito saber. Tengo que saber algo más para tener un poco de paz mental y de espíritu por fin.

No me vendría nada mal.

Sigue nevando. ¿En este pueblo nunca deja de nevar en diciembre? Al menos, no es ya como en la tormenta de este año. No pensé que fuera a durar tanto. Tampoco calculé demasiado mis actos el día que comenzó, pero lo hecho, hecho está. El caso es que nieva. Nieva y la gente disfruta por la calle bajo los cientos de miles de copos que caen, comiendo manzanas caramelizadas y chocolate caliente, yendo de aquí para allá como si no tuvieran más que hacer en la vida que ser felices.

Qué asco da este pueblo, maldita sea.

Si consiguiera encontrar algo… Si lograra dar con lo que busco desde hace tiempo… El día que lo logre, desapareceré de aquí para no volver jamás; estoy deseándolo.

Los odio. Odio todo lo que tenga que ver con este pueblo y su gente. Odio que sean tan amables y cariñosos. Odio que todo huela siempre a abeto, naranja y canela. Odio sentir ganas de reír y bailar cuando empieza a nevar, o saber que en el fondo no odio nada de todo esto. Porque debo hacerlo. Debo odiar al pueblo y a sus gentes. ¿Cómo no odiarlos, sabiendo lo que ellos siempre me contaron?

Quiero saber. Más bien, necesito saber. Llevo ya tiempo intentando averiguar todo lo que puedo, pero me está siendo imposible dar con algún dato. Es como si alguien los hubiera guardado a cal y canto por vete tú a saber qué razón. Y ellos tampoco dicen nada. Es más, ni saben que yo estoy buscando más respuestas. Piensan que continúo con mi vida como si no me importara nada, como siempre fue. Quieren que les dé información sobre cómo van las cosas por aquí y si veo algo fuera de lo normal, poco más. Pero cuanto más tiempo paso en este pueblo, rodeado de vecinos con una amabilidad exacerbada, más necesito saber. Saber para volver a sentir odio. Saber algo que no me han contado por completo y merezco saber. Saber…

Porque nadie tendría que vivir sin conocer algo así.

Ellos creen que sigo odiando Mist Rachs. Y lo hago. Ríen cuando les cuento cómo es mi vida aquí. Parecen disfrutar con cada palabra hiriente que sale de mi boca al hablar de sus calles y sus gentes.

Pero todavía no se han dado cuenta de que, poco a poco, estoy dejando de odiar.

Y no quiero.

Y por eso tengo que encontrar lo que llevo tanto tiempo llevo buscando sin parar.

Pete

—Frederick, ¿adónde te crees que vas?

El muy idiota hace como si no me está escuchando, pero sé que incluso sabe que le estoy siguiendo desde que cruzó el puente. Por eso ha acelerado el paso, creyendo que así no voy a alcanzarle.

Iluso…

Doy dos zancadas y agarro su cazadora por detrás, tirando de él hacia mí para que se detenga.

—¿Qué coño haces, Pete? —se queja, revolviéndose e intentando soltarse.

Ni de coña, chaval.

—Te estaba preguntando que dónde ibas con tanta prisa, Frederick —le repito.

—A trabajar, ¿dónde voy a ir?

—¿Un sábado por la tarde al ayuntamiento?

—Un representante público se debe a la gente, sea cuando sea.

Claro, es por eso por lo que ni durante la semana se le veía casi por el pueblo.

—Sabes que ya no trabajas aquí, así que no tienes motivos siquiera para volver a Mist Rachs.

Pero, ¿se piensa que, siendo el sheriff, no estoy al corriente de toda esta situación?

—Tú no lo comprendes —me dice ahora, bajando el tono—. Necesito estar aquí.

—Nunca estabas. Ibas al ayuntamiento a trabajar un rato, muy de vez en cuando, y luego te ibas del pueblo —le digo—. No has hecho vida aquí en todo este tiempo. ¿Por qué ibas a *necesitar* estar en Mist Rachs?

—Es… Es complicado.

—Intenta explicarte —le animo, soltándole y cruzándome de brazos.

Parece nervioso, demasiado, y quiero averiguar de una vez qué sucede con él. Porque desde que apareció por el pueblo, ha sido todo un misterio. Y no me gusta no tener bajo control algo que esté relacionado con Mist Rachs.

—Pete, no me podéis prohibir la entrada al pueblo —me recuerda.

—Estuviste a punto de provocar un tremendo caos el día que comenzó la nevada —le recuerdo yo a él—. No hubo consecuencias más graves porque la alcaldesa reaccionó como debe hacerse, pero lo que tú hiciste podría considerarse delito y me gustaría verte entre rejas, la verdad.

Sonríe de forma sarcástica, el muy cretino.

—Nunca te he caído bien, ¿verdad?

—Por supuesto que no —respondo—. Pero no te sientas especial por ello; es algo que suele pasarme con el mundo en general.

—Con el mundo en general, pero no con ellas en particular, ¿no es así, Pete? —Intento hablar, pero de mi boca no sale ni una sola palabra. Vuelve a sonreír, viendo el efecto que han tenido en mí sus palabras—. ¿Sabes? Yo podría ayudarte. Si tú me dejaras, claro.

—Puedes ayudarnos a todos largándote de Mist Rachs.

—Me refiero a tu hija y tu mujer, Pete. ¿No te gustaría volver a ser una hermosa familia?

El corazón golpea mi pecho con fuerza, aunque trato de disimularlo todo lo que puedo.

—¿De qué estás hablando, Frederick?

—¿Crees que, como paso poco tiempo en el pueblo, no estoy al corriente de lo que se cuenta de cada uno de vosotros? —Sigue sonriendo, como si le encantara verme sin palabras—. ¿No te gustaría volver a estar juntos de nuevo, los tres, lejos de toda esta mierda?

—Frederick, no sé lo que pretendes, pero te aseguro que yo no…

—Sé que es lo único que te haría feliz en la vida —me corta, viendo que mis palabras no suenan todo lo serias que lo hacen normalmente—. ¿Las recuerdas? ¿Recuerdas cuando erais una linda familia, los tres juntos, antes de que la pequeña Annie desapareciera en este maldito

bosque y tu mujer…?

—Cállate ya, Frederick, y lárgate de aquí —le digo con contundencia, empezando a perder la paciencia.

—¿Demasiados recuerdos de repente, Pete? —dice con voz suave—. No quisiera martirizarte. Simplemente te digo que yo podría ayudar. Porque sabes de sobra que mis contactos son buenos. Podrían conseguir eso y mucho más.

—Nadie sabe quiénes son tus contactos y tampoco tengo interés en saberlo, sinceramente.

Se ríe de forma socarrona, como si no creyera mis palabras.

—Sí que te interesaría, Pete, porque pueden hundir o encumbrar a alguien en una milésima de segundo.

Hace chasquear sus dedos al decir aquello. Y ese sonido me molesta de una forma inaguantable.

—Lárgate por donde has venido, Frederick —le digo, no de muy buen humor.

La nieve empieza a caer con más fuerza, pero no pienso moverme de aquí hasta que él lo haga.

—Voy a entrar en el ayuntamiento, me dejes o no —me reta—. Si no es hoy, será mañana, pero voy a entrar.

—Si das un paso más, te llevaré detenido a comisaría —le amenazo yo ahora, avanzando de nuevo hacia él.

Comienza a caminar hacia atrás, por suerte, en dirección contraria al ayuntamiento.

—Lo siento, Pete —me dice—. Sé que no eres un mal tipo y que la vida te ha golpeado demasiado duro, pero tengo algo muy importante que hacer y no pienso ceder.

Voy hacia Frederick, dispuesto a detenerle ya mismo, cuando alguien se mete de por medio entre él y yo, consiguiendo que aquel impresentable se eche a correr y le pierda de vista en segundos.

Y cuando me fijo en los dos turistas que se han cruzado en mi camino, sus rostros cambian por completo, sabiendo que se han metido en un buen lío.

Michael

Yo era de la opinión de no intervenir todavía. Lo juro. Creo que Pete y Frederick estaban teniendo una simple discusión, pero que no pasaría de ahí. Anna, sin embargo, al ver que ambos estaban enfrentándose, se echó a correr hacia ellos a los pocos segundos y tuve que ir detrás de ella, claro. A regañadientes y sabiendo que no teníamos que hacerlo.

Y, efectivamente, no ha sido una buena idea.

Pete nos mira con cara de querer encerrarnos en una mazmorra de por vida y nos pregunta una y otra vez el motivo por el que hemos hecho esto. Yo no sé ni qué decir, y por la cara que pone Anne, está igual que yo.

Perfecto, vamos a acabar el año en el calabozo, no podremos salir de aquí, nos encerrarán por toda la eternidad, nos torturarán, nos…

—Decidme ya mismo qué pretendíais obstaculizando a una fuerza del orden en su trabajo —insiste Pete, acariciando las argollas metálicas que tiene colgadas en el cinturón.

—No nos dimos cuenta —dice Anna, como si eso fuera a valerle a su padre.

—¿Creéis que soy estúpido? —brama él—. Enseñadme vuestras identificaciones.

—¿Cómo? —pregunto, sin saber de qué nos habla.

—Carnets, papeles donde diga quiénes sois —nos dice, moviendo su mano con rapidez.

La otra no la separa de aquellas argollas.

Vale, muy bien, estamos perdidos.

—Díselo —le urjo a Anna, que me mira fatal antes de responderme.

—No —contesta secamente.

—Entonces se lo digo yo —amenazo.

—No vas a hacer nada —insiste ella, mirándome peor que Pete.

—¿Qué es lo que tenéis que decirme? —pregunta su padre con el carácter hosco que parece tener siempre.

Anna suspira, sabiendo que no queda otra opción. No quiere. Sé que no quiere porque la única vez que lo hizo, las cosas se complicaron demasiado y le da pánico poner en peligro a su padre, pero ve que no va a tener más remedio que ceder.

—Yo… —comienza a decir ella con tanto miedo en su voz que no lo soporto.

No puedo dejar que haga algo que le duele tanto.

—Está encinta —me adelanto a decir por encima de ella, que se gira para mirarme con sorpresa.

—Que está… ¿Está embarazada? —pregunta Pete, algo descolocado.

—Eh… Sí, estoy… —comienza a decir ella, volviendo a mirarle—. Y claro…

Sigue sin ocurrírsele nada.

Está completamente bloqueada.

—Últimamente no soporta que nadie sufra. A las ovejas de nuestro vecino les ha hecho ropa para que no pasen frío durante el invierno —me invento.

Pete abre en exceso los ojos con aquello.

—¿Ovejas… con ropa? ¿Y en invierno?

—Sí, es… Bueno, es muy gracioso de ver —le digo, tratando de reírme lo más natural posible.

—Ya, claro… —dice él, mirando de nuevo a Anna—. Así que embarazada.

Ella se encoge de hombros y vuelve a mirarme. Creo que no es capaz de mentir a su padre.

—Pensó que iba a pasarle algo cuando vio que discutía con aquel hombre y… —sigo intentando explicar yo solo, porque no espero ya ninguna ayuda de ella a estas alturas de la mentira.

Pete se queda mirando a Anna y… ¿Está sonriendo?

—No tendrías entonces que estar aquí —le dice con un tono más que dulce—. Con esta nieve podrías coger frío. —Agarra su brazo con delicadeza y la mueve hacia un lado del camino, en donde no le cae la nieve encima. Parece querer decirle algo concreto a Anna, pero finalmente se lo piensa mejor y opta por una extraña despedida—. Cuidad mucho de vuestro bebé.

Pero cuando se va a dar la vuelta, Anna recupera el habla.

—¿Tienes hijos? —le pregunta.

—Anna… —le digo en bajo.

¿Qué se propone preguntándole algo así?

Pete se gira hacia ella con ojos cansados, pero sigue medio sonriendo.

—Una preciosa hija a la que quiero más que a mi propia vida, pero… ya no está aquí —le contesta.

Anna se queda muda y no es capaz de decir nada más, igual que el sheriff, el cual agacha la cabeza, vuelve a girarse y se aleja de nosotros bajo la nieve que continúa cayendo en Mist Rachs. Escuchamos de nuevo los villancicos y el ajetreo de la gente del pueblo. El olor a

dulces navideños llega otra vez hasta nosotros y el tiempo vuelve a fluir.

IX

Anna

—Y en cuanto todos vayamos llegando a la meta, iremos repartiendo un buen chocolate caliente a cada uno —anuncia Massie, la que se ha presentado como organizadora de eventos de Mist Rachs y responsable de esta especie de juego que nos hará recorrer todo el pueblo, resolviendo misterios.

Parece divertido. Tengo lejanos recuerdos de cuando era pequeña y creo que llegué a participar un año en esta actividad, pero de lo único que me acuerdo es de que estaba muy contenta porque había venido mi madre y corríamos de un lado al otro los tres juntos, intentando ser los primeros en resolver cada enigma. Mis padres se turnaban para cogerme en brazos y taparme mejor con la bufanda a cada rato. Recuerdo ese roce de la lana en mi piel y el abultado abrigo que llevaba. El olor dulce de mi madre, en contraste con el amaderado de mi padre. El sabor de una manzana caramelizada que iba comiendo durante toda la actividad. Me acuerdo también de la nieve sobre los árboles, cayendo a nuestro paso. Risas y carreras por todas partes. Felicidad absoluta.

Pero después de esos últimos días…

—¡Este año queremos un buen premio! —se escucha entre la multitud, haciendo reír a todos con ese comentario.

—Tyra, tú este año no te quejes —le dice Olive a quien parece haber gritado lo del premio.

Me fijo en la persona que ahora mismo está riendo más que encantada junto a una chica morena, guapísima. Creo recordar a la primera, a la que mira a esa chica con una sonrisa más que marcada. Me suenan sus rizos de colores. Las otras veces que he estado aquí, no me había fijado en quien está a su lado, pero en Tyra sí. No crucé ni una sola palabra con ella, sólo la vi de lejos, y la verdad es que siento que es alguien que me encantaría tener de amiga.

En realidad, siento que quiero tener a todos ellos como amigos.

—Pero, ¿qué…? —exclama Mike al ver que ambas se dan un beso, que es aplaudido por el resto del pueblo.

—¿Te sorprendes por algo así? —le pregunto un poco molesta.

—Bueno, es sorprendente, sí.

—Pues que sepas que Agnes me contó una vez que ella y Moira…

Su ceño fruncido me silencia.

—¿De qué hablas? —pregunta.

—De que Agnes…

—No me ha sorprendido lo del beso —me aclara, sonriendo y dándome uno breve en la mejilla—. Me pareció increíble que la gente lo haya visto y aplaudiera porque… Bueno, ya conoces cómo es nuestro… mi tiempo. —Y se acerca a mi oído—. También sé lo de Agnes y Moira.

Le miro a los ojos intentando responder algo, pero prefiero contestarle de otra forma.

Beso sus labios un instante y él sonríe con mi gesto. Acaricia mi pelo y procede a ajustarme el gorro y la bufanda.

Y siento de nuevo que a su lado estoy en casa.

—Yo os facilitaré ahora la primera pista y empezará la gymkhana —sigue hablando Massie, subida a una pequeña tarima en este lado de Mistletoe Square—. ¿Alguna duda de

última hora? —Al ver que nadie dice nada, sigue hablando—. Bien, entonces prestad atención. —Carraspea, aclarándose la garganta antes de continuar hablando. Saca de su bolsillo un papel y lo desenvuelve, comenzando a leer—. En Mist Rachs cada año tenemos un dulce concurso. Si quieres saber de qué trata, tendrás que afinar tu gusto. —Parece terminar de decir aquella rima y nos mira, sonriente y satisfecha—. Y ahora… ¡Que comience la gymkhana navideña de Mist Rachs!

Todos los asistentes empiezan a hablar entre ellos. Algunos caminan hacia un lado, otros hacia el contrario. Mike me mira, esperando a que hable.

—Creo que se refiere a…

—¿El concurso de postres navideños? —me pregunta.

—¡Vaya! Pues sí, puede ser. ¿Cómo es que…?

Se encoge de hombros, sonriendo con orgullo.

—Presto atención a los detalles y la primera vez que vinimos me aprendí de memoria el calendario de actividades que había en el tablón del ayuntamiento.

—¿Sabes que eres maravilloso?

—Lo sé, pero tendríamos que buscar la siguiente pista, Anna, porque te entretienes con cualquier cosa y…

Me echo a reír con su queja y agarro su brazo, comenzando a caminar.

—La gente está yendo al restaurante donde se hizo el taller, pero están saliendo de allí sin nada, así que vayamos al lugar en el que se hizo el concurso —propongo.

—Muy bien, pues vayamos.

—Comienza la diversión —digo emocionada, volviendo a participar en esta actividad por primera vez después de tantos años.

Y mientras echamos a correr para que no se nos adelante nadie, entre risas y voces de aliento, siento que jamás me fui de aquí.

X

Pete

Parece que el domingo está siendo bastante tranquilo. No ha habido todavía ningún altercado ni caída, tampoco nuevos turistas, y a Frederick no he vuelto a verle pasarse por aquí, así que mi ronda rutinaria está siendo tranquila. Demasiado, diría yo.

Y en estas fechas precisamente necesitaría que hubiera algo más de ajetreo para dejar de pensar.

El final del año se acerca y eso significa que mi mente vuela hacia el pasado con bastante frecuencia. Y no es algo positivo precisamente. El último día del año es muy duro para mí. Todos los recuerdos caen de golpe como si comenzara a llover a cántaros y yo no tengo ni un viejo paraguas para resguardarme hasta que el chaparrón cese.

Mi niña. Mi preciosa hija…

Éramos felices. Émilie, Annie y yo éramos una familia increíblemente feliz. O, al menos, eso es lo que yo pensaba. Creía que lo teníamos todo. Salud, amor, un lugar para vivir de forma confortable, un trabajo que nos dejaba tiempo para disfrutar en familia… En aquella época no entendía muchas de las cosas que ahora me atormentan día y noche. Antes sí era feliz.

Bendita ignorancia, como suele decirse.

Mi mujer, sin embargo, siempre lo supo. Intentó explicarme por qué hacía a veces las cosas que hacía. Por qué era reacia a tener a Annie. Por qué lloraba tantísimo cuando la veía crecer. Me decía que nuestra felicidad como familia tenía los días contados, que era como una maldición que sus antepasados arrastraban sin que nadie supiera cómo revertirlo, pero que ninguna de las familias que se formaban era capaz de llegar a permanecer mucho tiempo unida. Accidentes, divorcios, separaciones, muertes prematuras…

Trató de hacerme ver el motivo por el que no quería mudarse a Mist Rachs, aunque tuviéramos una casa hermosa de sus abuelos en donde poder comenzar a vivir más holgadamente. No lograba explicarme por qué accedió a aquel trabajo tan lejos de Annie y de mí. Quiso convencerme para que no aceptara el mío de sheriff, que tanta ilusión me hacía. Ninguno de sus esfuerzos fue suficiente, ya que yo intentaba desmontarle cada motivo que me explicaba con tanta paciencia. No quise creerla. Pensé que todo eso eran solamente historias que le habían contado de pequeña, a saber por qué. Nunca conocí a sus padres, así que no podía imaginar los macabros motivos que tendrían para atemorizar de esa forma a una niña desde bien pequeña.

Y, sin embargo, ellos sólo trataban de protegerla.

La gente corre a mi alrededor, buscando pruebas de un lado para otro, tratando de llegar los primeros al final de esta locura de gymkhana que Massie se empeña en organizar cada mes de diciembre. Philip se acaba de unir a Jenna y le está explicando alguna de nuestras leyendas que parece ser parte de una de las pistas. Cynthia tira de Tyra para que se dé más prisa o Gabriel y Marie les adelantarán. Chas habla con su mujer sobre lo bien que está saliendo este año la actividad que tanto trabajo le cuesta sacar cada año. Olive y Sandrine parecen tener todo más que controlado y retan a Andy y a Erik a que ellas serán las primeras en conseguirlo. Incluso Max y Erza se han animado a participar esta vez, aunque parece que han venido para disfrutar con todo el alboroto que se forma por todo Mist Rachs con esta actividad más que por llegar antes a la meta. Seguramente ellos tendrían más posibilidades de llegar al final en pocos minutos —conocen mejor que nadie cada leyenda y detalle del pueblo—, pero disfrutan viendo a todos correr de acá para allá, equivocándose y teniendo que retroceder cada poco para pensar algo más

las pistas que Massie lleva meses preparando en absoluto secreto.

—Que te digo que tiene que ser en el castillo —escucho que le dice Loreen a Helen, señalándolo incluso—. Es eso o buscar en el bosque la cabaña.

—Pues yo ni de broma voy a ninguno de los dos sitios —le responde Helen, cruzándose de brazos.

—Chicas, ¿estáis con la última pista? —oigo ahora a Daiana decirles a ambas, acercándose junto a Lia, que parece también algo perdida.

—Sí —les contesta Loreen—. Tiene que estar la última pista en el castillo o en el bosque, aunque no sé cómo Massie querría que nos arriesgáramos a hacer algo tan peligroso por un juego.

—No puede ser, es verdad —afirma Lia—. Pero a mí no se me ocurren tampoco otros sitios en donde puedan estar. Esa leyenda no tiene más datos.

—Chicas, ¿sabéis cómo se podría…? —les dice ahora Christine con el móvil en la mano como si llevara un rato buscando información por su cuenta.

—Bosque o castillo, ¿no? —dice Tyra, acercándose junto a Cynthia, seguidas de Olive y Sandrine, que llegan corriendo desde el otro lado de la calle, jadeando por las carreras que están dando hoy.

—Aquí nadie va a ir a ninguno de esos dos sitios —intervengo yo, acercándome a todos ellos con calma, viendo que alguno sería capaz de arriesgarse a ir por un vaso de chocolate caliente.

—Pues no podemos rendirnos, Pete —se queja Olive—. Tiene que haber algún error o…

—No hay ningún error —se queja Massie desde lejos, acercándose rápidamente con Chas, ofendidísima por la duda—. Llevo meses preparando esto y os aseguro que todo está correcto.

—Entonces nos quieres mandar a todos al castillo o al bosque, que no sé qué será peor —interviene Tyra—. ¿Qué te hemos hecho este año para que quieras eliminarnos de forma tan cruel?

Massie se ríe con todas las quejas que empieza a recibir y trata de calmar los ánimos como puede.

—Vamos a ver, ¿en dónde os habéis estancado? —les pregunta.

Toma la palabra Philip.

—En un lugar olvidado de Mist Rachs, que nadie parece querer recordar, se encuentra la prueba de que los Rastchims alguna vez poblaron el lugar —lee directamente de su móvil—. Es que no hay otra: tenemos que ir al castillo o buscar aquella cabaña en el bosque.

—Nada de eso es necesario —les dice con una sonrisa, mirándome entonces a mí, que llevo con el corazón en un puño desde que escuché aquel maldito apellido—. Puede que Pete nos quiera ayudar.

¿Cómo es que ella…?

—¿Tú…? —empiezo a decirle, sorprendido porque alguien más que yo sepa algo sobre este tema.

Massie asiente con pena.

—No lo supe hasta hace unos meses, cuando estaba en el archivo de la biblioteca rebuscando en algunos libros antiguos —me confirma.

—Y, ¿no has dicho nada hasta ahora?

—No quería importunarte.

—Pues haciendo algo como esto, creo que lo has conseguido, Massie —le reprocho.

—Pensé que era la mejor forma de hacer que comprendieras que… —comienza a disculparse, viendo que su plan, fuera el que fuera y por vete tú a saber qué motivos, no ha dado el resultado que esperaba.

—¿Puede alguien explicarnos al resto lo que está sucediendo? —interviene Tom con impaciencia.

Suspiro, viendo la cara que Massie me está poniendo para que hable de una vez.

—Hay un lugar en Mist Rachs que podría cuadrar con lo que estáis buscando —les anuncio, provocando el alivio de todos ellos.

—¿Dónde está? —pregunta Jenna.

Vuelvo a mirar a Massie con cara de *ya hablaremos más tarde*, pero me giro en la dirección correcta y comienzo a caminar, seguido de la práctica totalidad del pueblo, yendo detrás de mí en absoluto silencio.

Pasamos por la plaza y rodeamos la iglesia. Empiezo a escuchar murmullos cuando cruzo las verjas del cementerio y me adentro en él, aunque nadie osa interrumpir este momento. Pero al girar hacia donde me dirijo, veo que los nuevos turistas están allí, charlando, sonrientes, como si no pasara nada.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —pregunto sin comprender nada.

Ambos se giran hacia mí y creo que también se sorprenden al vernos a todos llegar tan ceremoniosamente.

—La pista decía que esperáramos porque habíamos llegado al final —toma ella la palabra, enseñando un pequeño letrero que Massie ha dejado a un lado del lugar.

—¿Cómo sabíais vosotros esto? —insisto, bastante nervioso.

Ellos vuelven a mirarse sin entender por qué estoy cada vez más alterado.

—Bueno… —dice ahora él—. Es algo que siempre se cuenta y…

—¿Qué es lo que se cuenta? —inquiere Marie—. Porque yo soy la alcaldesa y nací en Mist Rachs, pero ni siquiera sé todavía lo que estamos haciendo aquí.

Los dos turistas se quedan sin habla de repente.

Sabía que escondían algo, estaba claro desde que los vi llegar.

—La lápida sin nombre del cementerio de Mist Rachs es la de los primeros Rastchims que el brujo hizo desaparecer —explica ella por fin.

—Mi familia siempre me hablaba de esa leyenda —continúa él diciendo.

—Yo también conozco la leyenda de los Rastchims, pero no sabía esta parte —dice Philip.

—Yo tampoco sabía nada de una lápida sin nombre —tercia Lia, acercándose a la misma.

—Bueno, tiene una pequeña erre en uno de los laterales, pero ahora casi no se ve —explica la turista, señalándolo con el dedo—. Pero es esta, la lápida que pusieron los mistrachianos para nunca olvidar ni a aquellos nobles ni la maldición. Grabaron el nombre de Rastchims en ella, pero el brujo lo borró, dejando una pequeña erre que…

—Explicadme ahora mismo por qué vosotros sabéis todo esto —les urjo, empezando a ponerme más que nervioso.

—Pete, cálmate —me pide Massie—. Puede que ellos también buscaran en la biblioteca. —Y les mira—. ¿Es así? ¿August os dejó pasar?

Pero por sus caras, sé que no es esa la explicación.

—Ellos son de Mist Rachs —nos comenta Olive ahora, caminando hacia los turistas y

colocándose junto a ellos—. Puede que algún familiar se lo explicara en su momento.

—Eh… Sí, claro, ya os hemos dicho que mi familia siempre contaba… —dice aquel chico, cada vez más nervioso.

—Y tú, Pete, ¿cómo sabías esta leyenda tan bien? —le interrumpe Massie, mirándome fijamente.

Maldita sea.

—Es Pete —dice Olive—. Él sabe todo sobre Mist Rachs.

Pero Massie no se rinde.

——¿Es eso cierto, Pete? —vuelve a insistir—. ¿O quieres contarnos algo que debamos saber?

Clavo mi mirada en los ojos de Massie, pero ella sigue sonriendo, animándome con un leve gesto de cabeza a que hable por fin. Y no pretendía hacerlo. Nunca quise hablar sobre esto con nadie, primero porque pensaba que eran tonterías, y cuando todo sucedió, no era capaz de hablar ni una sola palabra. Así estuve mucho tiempo, por lo que la gente, cuando empecé a hablar de nuevo, se alegró tanto que nadie volvió a mencionar lo sucedido. Pero no es justo. Es cierto, no lo es. Sé cosas que pertenecen también a Mist Rachs y que todos tendrían que saber. Porque llevo semanas sintiendo que algo sucede fuera de lo normal y puede que ellos deban saberlo.

—No sé qué es lo que viste en el archivo, pero… —comienzo a decirle a Massie.

—Lo suficiente como para atar cabos —contesta—. Pero creo que te corresponde a ti contarlo, porque puede que de esa forma alivies un poco la pesada carga que llevas sobre tus hombros desde hace demasiado tiempo. Todos hemos notado que cada vez estás más estresado y queremos ayudarte, Pete. Porque te queremos.

Comentarios de apoyo por parte de todos le siguen a las palabras de Massie, dejándome algo tocado con tanto cariño.

Cojo aire, llenando mis pulmones del frío ambiente de Mist Rachs. Y frente a mis vecinos, aquellos que aguantan mi mal humor y mis hoscas formas con una sonrisa inmutable, comienzo a hablar de algo que jamás he compartido con nadie más.

XI

Pete

Émilie, mi mujer, procede de la familia de los Rastchims. —Con esa revelación, un murmullo recorre el cementerio de un lado al otro—. Nunca creí que aquella maldición fuera real. Lo sé, tuve que creerla, pero me negaba a pensar que mi familia estaba condenada por algo que sucedió siglos atrás. ¿Un brujo lanzando una maldición a sus antepasados que podría afectarnos a nosotros en el presente? —Sonrío de forma sarcástica, pero no por no creer en aquella maldita leyenda, sino por no haber sido capaz de hacerlo hasta que fue demasiado tarde—. Si hubiera hecho caso de lo que Émilie me contaba, si no hubiera sido tan… He pagado un precio muy caro por ello. —Trato de mantener la compostura todo lo que puedo, pero se me está haciendo demasiado difícil—. Nuestra pequeña Annie desapareció en el bosque por mi culpa. No quise escuchar a Émilie cuando me decía que estábamos tentando al destino al formar una familia y nuestra niña acabó pagándolo caro. Mi mujer se fue para no volver. Me aseguró que buscaría la forma de hacerla regresar, pero… Y yo… Yo me culparé toda la vida por lo que pasó. Puede que por ello esté tan obsesionado con velar por Mist Rachs, por intentar que nada malo os suceda a ninguno de vosotros —les explico ahora—. Porque sé lo que se siente al perder todo en la vida, y no quiero que le pase algo así a nadie a mi alrededor. Y si me veis estos días tan nervioso es porque sé que la actividad inusual del pueblo no es normal y que está pasando algo que no me explico, pero os aseguro que no dejaré que nada os suceda. Mist Rachs es mi absoluta prioridad.

Se hace un terrible silencio que no sé ni cuánto dura hasta que alguien vuelve a hablar.

—Pete, has sido muy valiente al contarnos todo esto —me dice Massie, posando su mano sobre mi hombro—. Quiero que sepas que puedes contar con nosotros para lo que…

—No, no podéis hacer nada —digo, cortando sus palabras—. Si la leyenda es cierta, sólo alguien de la familia de los Rastchims puede…

—Pero en realidad tú no eres de esa familia —comenta Philip.

—Todavía soy su marido y el padre de nuestra hija —protesto, claramente molesto por la duda.

—Pero no un descendiente directo —añade ahora Marie—. Y la leyenda dice claramente que será uno de ellos quien pueda romper la maldición.

—Me he perdido —oigo a Jenna decir en bajo, puede que a Philip—. ¿Hay una maldición en Mist Rachs que yo deba saber?

Él la mira, acariciando su rostro con un amor como el que Émilie y yo nos profesábamos desde el mismo instante en que nos conocimos.

Hay momentos en los que ver algo así duele demasiado.

—Hace siglos —comienza a explicarle—, dicen que hubo un brujo que maldijo a los Rastchims, una familia de nobles que vivía en el castillo de Mist Rachs. Eran avaros y no hacían nada por el pueblo salvo robarles y molestarlos cuanto podían. El brujo les aseguró que jamás volverían a poder formar una familia ni ellos ni sus descendientes hasta que demostraran que tres generaciones no harían ningún mal en los habitantes de Mist Rachs y estos les perdonarían por todo lo sucedido. —Y Philip se dirige ahora a mí, con mirada culpable—. Lo siento, Pete, no sabía que erais… Ni siquiera podía imaginármelo.

Jenna también me mira con una pena infinita que no puedo soportar, así que agacho la vista, tratando de huir mentalmente de aquí.

—Todavía recuerdo a Émilie —dice Chas con voz emocionada—. Era muy dulce y siempre tenía buenas palabras para todos.

Levanto la vista al escuchar hablar de mi mujer y agradezco aquellas palabras con una sentida sonrisa.

—Yo no la recuerdo —se queja Olive.

—No pasaba mucho tiempo en el pueblo y tú eras muy pequeña —le explico.

—Yo creo que estaba estudiando o trabajando fuera cuando vinisteis a Mist Rachs —cuenta Gabriel—, pero mis padres me dicen que es una compañera y una amiga maravillosa.

Asiento, agradecido también por sus palabras. Sé que Émilie se fue hace años a trabajar fuera de aquí y mantiene el contacto con los padres de Gabriel por motivos laborales, así que al escuchar aquello es como si trajera a mi mujer de vuelta al pueblo y pudiera sentirla de nuevo cerca de mí.

La extraño demasiado cada segundo de mi vida y, sin embargo, todavía no me he podido acostumbrar al dolor de la ausencia tanto de mi mujer como de mi hija.

—Pues yo creo que sí que podemos hacer algo en todo este lío de la maldición —dice ahora Tyra con decisión, mirando a todos los presentes—. Somos Mist Rachs. ¿En serio creéis que no tenemos la capacidad de ayudar a uno de los nuestros?

—Eso pienso yo, que algo se podrá hacer —le dice Sally, hablando a su vez con Helen, que asiente ante aquella propuesta de Tyra.

—Yo llevo pocos días en el pueblo, pero haría cualquier cosa por cada uno de vosotros —se escucha decir a Jenna.

Al pensar en lo mucho que desconfié de ella, se me hace un nudo en la garganta viendo lo dispuesta que parece estar para ayudar en lo que haga falta.

—Pero, ¿cómo sabremos que hemos acabado con la maldición? —pregunta ahora Cynthia, que recibe las miradas de todos los presentes.

Esta vez soy yo quien vuelve a intervenir.

—Cada uno de los descendientes de los Rastchims tiene una marca de nacimiento en la palma de su mano. Dicen que fue el brujo quien la colocó ahí en primer lugar. Si la maldición se rompe, esa marca desaparecerá.

—Pero tú no tienes esa marca —dice Jenna—. ¿Cómo sabremos…?

—Podríamos hablar con Émilie —propone Gabriel.

—Por ahora, dejémosla tranquila —corta Massie todas las peticiones para llamarla inmediatamente, viendo mi gesto de absoluto dolor—. Primero pensemos cómo podríamos conseguir algo así.

—Contad conmigo —dice Cynthia, mirando a Tyra con una sonrisa—. Pienso pasar muchos años aquí y quiero que todos podamos ser tan felices como lo soy yo.

La gente ríe y se emociona cuando ella y Tyra se besan, parece que contagiando a muchos de los vecinos que tienen a su alrededor, que se vuelven hacia sus parejas, amigos y familia para besarles también. Y me siento solo en un momento así, pero arropado por todos ellos, que vienen a abrazarme acto seguido, asegurándome que van a hacer todo lo posible por ayudarme de la forma que sea necesaria.

Ojalá fuera tan sencillo acabar con aquella maldición que lleva atormentando a los Rastchims generación tras generación desde hace demasiado tiempo ya. Todos los vecinos parecen ahora decididos a intentarlo al menos, comenzando a exponer ideas para ello.

No seré un Rastchims de sangre, pero cumpliré la promesa que hice hace años: protegeré a cada uno de los habitantes de Mist Rachs, aunque tenga que dar la vida por ellos.

XII

Anna

Llevo desde hace rato con un nudo en la garganta que no me deja respirar y Mike no me está ayudando precisamente.

—Tienes que decírselo —sigue insistiendo mientras se toma su segundo vaso de chocolate caliente en compañía de todo el pueblo.

Hemos terminado todos en el polideportivo —lo que me costó recordar esa palabra la primera vez que regresé a mi tiempo— tomando chocolate después de acabar la gymkhana de forma bastante… inusual. Es cierto que las últimas veces que he estado aquí, esa actividad ni siquiera se hizo por las circunstancias que estaba viviendo el pueblo, así que volvemos a estar bastante perdidos con respecto a los nuevos acontecimientos y datos que han aparecido. En esta ocasión, hay demasiados cambios y no logro entender a qué se debe. ¿Habremos hecho algo la vez anterior sin darnos cuenta y por eso no soy capaz de reconocer ninguno de los momentos que se están dando en esta ocasión?

—Eso ya sabes que no entra en mis planes, Mike —le recuerdo, bajando el tono por si los vecinos que están a nuestro alrededor comprendieran algo de lo que estamos hablando.

—Pero ya le has oído, Anna —vuelve a insistir una vez más—. Yo creo que podrías ayudarle a…

—¿A qué, Mike? Porque yo acabo de enterarme de quiénes son mis antepasados y no tengo la más remota idea de qué hacer con todo esto. —Abro la palma de mi mano con cuidado para que nadie me vea y observo aquella marca de nacimiento a la que nunca presté demasiada atención. Estoy marcada por esa maldición y eso quiere decir que…— ¿Te das cuenta de que esto significa que nosotros también estamos condenados? Nunca podremos formar una familia o nos arriesgaremos a que caiga sobre nosotros alguna catástrofe para que se rompa.

Froto mi cara con la mano que tengo libre, a punto de estallar de desesperación. No tenía ni idea de todo lo que mi padre ha contado en el cementerio hace un rato. ¿De verdad desciendo de los Rastchims? Siempre he escuchado que eran unos nobles odiosos que hacían la vida imposible a los mistrachianos. ¿Por qué tengo que ser yo una de ellos? Y me gustaría negarme, pero no es algo que se pueda hacer, así que lo único que me queda es…

No sé, imagino que lamentarme en silencio y avergonzarme por ello.

—Oye, no —me dice mientras coge mi vaso y lo deja junto al suyo en la mesa de al lado, agarrando mi cintura después—. Eso no va a pasarnos, ¿de acuerdo?

—Pero tú conoces igual que yo la leyenda de…

—Me da igual. Eso no va a sucedernos.

—Eso decía mi padre.

—Y aquí estás, de nuevo con él.

—Pero sin que él sepa que soy yo. Y ni siquiera está mi madre.

Casi no he terminado mi frase cuando Mike suelta mi cintura y coge mis manos entre las de él, mirándome fijamente a los ojos con un brillo en los suyos diferente al habitual.

—Cariño, me gustaría preguntarte algo, y quiero que seas sincera, ¿de acuerdo? —dice.

—Vale, sí, yo…

—Me gustaría saber si querrías casarte conmigo.

No me lo puedo creer.

—Perdona, ¿qué?

¿Por qué está sonriendo?

—Sabes que te quiero y eres toda mi vida —continúa hablando, no sé por qué—. Y querría que desafiáramos juntos cualquier cosa, incluyendo esa maldición. —Se arrodilla ante mí, haciendo que varios de los presentes que tenemos a nuestro alrededor nos miren de forma instantánea—. Cásate conmigo y formemos una familia donde y cuando tú quieras.

—Pero levántate de ahí… —le pido, tirando de él hacia arriba hasta que vuelve a ponerse de pie.

La gente ríe por lo bajo, observando toda la escena, y yo, mientras tanto, me muero de vergüenza y frustración.

¿Cómo se le ocurre elegir un momento así para esto?

—Pero vas a tener que contestarme, esté arrodillado o de pie —me pide, provocando que la gente que nos está escuchando se una a su petición.

—A ver —comienzo a hablar—, no te lo tomes como algo personal, pero mi respuesta es no.

Las risas se hacen más evidentes con mis palabras y puedo ver perplejidad en los ojos de Mike por la negativa.

—Bueno, es que si no me tomo esto precisamente como personal, ya me dirás tú a mí lo que…

Más risas a nuestro alrededor, aunque van alejándose un poco, intentando darnos privacidad para que hablemos de semejante asunto.

—Comprende que no has elegido el mejor momento —me quejo—. ¿Nos enteramos de que tengo una maldición encima que hace que no pueda formar una familia y lo primero que se te ocurre es pedirme matrimonio… para formar una familia? Incluso tu primo Antoine sabría que no era la mejor idea, Mike.

Esa comparación le enfada un poco, pero trata de seguir manteniendo la sonrisa en sus labios.

—Antes de saber todo esto, de empezar a cruzar de un lado al otro del tiempo, quise hacerte esta misma pregunta —me confiesa—. Pero las cosas empezaron a complicarse y…

Acaricio sus manos con las mías, tratando de que se sienta un poco mejor, aunque después de lo que ha pasado sé que es complicado.

—Mike, lo siento, pero yo ahora mismo no soy capaz de pensar en nada más que en…

—Lo sé, lo sé —me corta con voz triste, suspirando de manera pronunciada—. Tienes razón, no debí pedirte algo así en este momento. Olvídalo, ¿de acuerdo?

Sonrío y beso sus labios levemente, contagiándole mi sonrisa.

—No pienso olvidar tu pregunta —le aseguro—, pero me la guardo para más adelante, ¿te parece?

Eso creo que le gusta y asiente repetidas veces.

—Muy bien, dejémoslo para cuanto todo esto haya pasado.

—Si es que conseguimos… —comienzo a decir, volviendo a sentir un gran peso encima.

Mike suspira, tratando de reunir algún argumento más a favor de ser positivos, pero lo tiene realmente complicado.

—Vamos a solucionarlo, ahora más que nunca —me dice, susurrando sobre mis labios —. Vamos a romper esa maldición y podremos ser felices, donde y cuando quieras.

—Es algo que lleva siglos sin…

—Me da lo mismo —me corta—. Tú y yo vamos a ser muy felices, formaremos una preciosa familia y me pasaré el resto de nuestra vida aprendiendo qué es eso de *intremel*.

Río con sus palabras, sabiendo que ha vuelto a equivocarse.

—Internet —le corrijo—. Tendré que aprender yo también, porque era demasiado pequeña cuando me fui y no me dio tiempo a hacerme con ello demasiado, la verdad.

—Nuestros hijos nos acabarán enseñando.

—Y nosotros les enseñaremos a hacer pan y queso artesanal.

—Y a teñir telas —añade.

—Y a ordeñar vacas.

—Por el método tradicional, porque seguro que en esta época lo hacen de forma extraña, como todo.

Me vuelvo a reír, algo más animada cada vez.

—No sé si hay vacas en la actual Mist Rachs —reconozco.

—Bueno, entonces nos haremos con algunas. Podemos conseguirlas vendiendo esos remedios mágicos que haces tan bien.

—No es magia —le reprocho—. Y aquí no necesitan esos remedios; tienen la medicina.

Se acerca a mi oído, haciéndome cosquillas en el lóbulo de la oreja.

—Los tuyos sabían mucho más ricos.

Le doy un pequeño empujón mientras ambos reímos a pesar de lo que nos ha caído encima. Porque si teníamos poco con todo lo anterior, ahora es casi insoportable pensar cómo podremos superar lo de la maldición.

—Entendería que no quisieras seguir conmigo —le digo ahora, pillándole por sorpresa.

—¿Por qué no iba a…?

—Tú siempre has querido formar una familia.

Menea la cabeza, medio sonriendo.

—No, cariño, creo que no lo has comprendido. —Frunzo el ceño cuando dice aquello, esperando a que continúe hablando—. Yo siempre he querido formar una familia… contigo.

—Pero puede que yo no…

—Si no es contigo, no será con nadie —me dice, provocando que mis ojos se llenen de lágrimas—. Anna, has sido tú desde el mismo día en que te vi salir del bosque llorando, llamando a tus padres. —Seca mis mejillas con una sonrisa en sus labios—. Vas a ser tú aunque tengamos todo en contra. No sé qué más tengo que hacer para demostrarte que no me voy a ir nunca de tu lado. Pase lo que pase, quiero estar contigo. Y, si me dejas, eso es lo que voy a hacer el resto de mi vida. —E intento contestar a aquellas palabras, pero las lágrimas no me lo permiten. Mike se ríe y sigue secándomelas, besando ahora mis mejillas—. Anna, no llores. Todo va a salir bien, ¿de acuerdo?

—No lo he conseguido en todas las veces anteriores —le recuerdo, dejando que siga acariciándome, encontrándome mejor—. No le he podido salvar. ¿Por qué iba a ser distinto esta vez, cuando todo es incluso más difícil?

Suspira, creo que no sabiendo ni qué decirme.

—Es diferente, no difícil —especifica.

—Pero tú mismo me dijiste que a lo mejor yo era la que lo estaba provocando al venir, y puede que tengas razón. Si esa maldición es…

—Las maldiciones se rompen —me recuerda—. Nosotros ya hemos pasado por eso.

—Aquello no era nada comparado con esto, Mike.

—Tiene que haber una forma de romperla; tú y yo lo sabemos bien. Sólo hay que encontrar la manera de hacerlo.

Resoplo, no muy convencida con aquello. Si mis antepasados seguramente llevan siglos

intentándolo, no sé por qué yo iba a ser capaz de hacer semejante hazaña.

—¿Todo bien por aquí, chicos?

La voz extrañamente cordial de mi padre llega a nuestros oídos, haciendo que nos giremos en esa dirección. Recuerdo que antes solía sonreír. A veces estaba un poco triste, sobre todo cuando mi madre se iba fuera de Mist Rachs a trabajar. Pero sonreía. Mi padre sonreía muchísimo y a mí eso me hacía muy feliz. Ahora, sin embargo, parece querer hacerlo, pero es como si hubiera perdido la práctica.

—Todo bien, sheriff, muchas gracias —le dice Mike con voz más seria que la de mi propio padre.

—Llamadme Pete —nos dice sin dejar de mirarme. Y frunce su ceño de forma bastante graciosa—. Creo que te conozco.

—¿A mí?

Asiente, clavando aquella mirada en mis ojos, dejándome sin aliento.

—Olive dijo que habías vivido aquí, ¿no?

—Sí, bueno, yo… Era muy pequeña y…

—Tendrías la edad de mi hija —me suelta, volviendo a robarme todo el aire de los pulmones.

—De tu… No sé. Yo… —balbuceo.

—Desapareció en el bosque cuando tenía cinco años nada más —me cuenta, volviendo a agriarse su rostro—. Ahora tendría casi veinte. —Mike y yo no sabemos ni qué decir, pero él vuelve a sonreír como por arte de magia—. ¿Todo bien entonces? —pregunta, señalado mi vientre con los ojos.

Tardo unos segundos en saber a qué se está refiriendo: a nuestra pequeña mentira.

—Sí, todo genial, muchas gracias —respondo.

Asiente, como si estuviera haciéndonos una reverencia, y se aleja de nosotros para seguir con su particular ronda, comprobando que todo esté bien.

—Tienes que contárselo —me vuelve a decir Mike.

Pero estoy demasiado asustada como para volver a plantearme hacer algo así. Me arriesgué una vez y todavía tengo pesadillas con el desenlace final.

Estoy aquí para salvarle, no para agarrar su mano viendo cómo la vida se le va.

XIII

Michael

Una mañana tranquila es lo único que necesitaba. Después de todas las emociones de ayer, sólo quería dejar de pensar durante unas horas sobre lo que vamos a tener que hacer. Porque quedan dos días para lo que tiene que pasar y vamos a necesitar estar despejados para ello.

No hemos vuelto a ver a Frederick, y Pete parece seguir su rutina de rondas por el pueblo sin alterar el curso de las actividades, así que Anna y yo decidimos darnos unas horas para pasear por las calles de esta moderna Mist Rachs, decorada hasta la extenuación de detalles navideños por todas partes. Se sigue haciendo el concurso de decoración navideña como en mi época, aunque los adornos son bien distintos. Brillan con luz artificial de colores y hay por todas partes árboles con bolas colgando y muñecos vestidos de rojo con largas barbas. Anna se esmera en contarme lo que ella recuerda de todo aquello, que es bastante poco, pero nos estamos divirtiendo, viendo cada detalle de cada rincón de Mist Rachs.

—No me acostumbro a ver esto —reconozco, admirando las guirnaldas de colores llenas de bolitas de luz que parpadean en un bucle sin fin.

—Es precioso, ¿verdad? —dice ella, apoyándose un instante en mi hombro.

—Sigo echando en falta las velas, aunque cuando volvemos a mi época, lo que extraño es darle a ese aparato que hace que se ilumine toda la habitación sin más esfuerzo.

Anna sonríe deliciosamente. Es tan bella que a veces pienso que su existencia tiene algo de irreal, como un hermoso sueño del que sabes que acabarás despertando, pero que piensas disfrutar mientras dure.

—Si escaneáis los QR con alguna aplicación, podéis ver en el mapa interactivo todos los puntos de adornos navideños que participan en el concurso.

Anna y yo dirigimos nuestra mirada hacia quien acaba de decirnos todas esas palabras de las que he entendido solamente la mitad. Es Olive, que parece estar esperando a algo después de soltarnos todo aquello.

—Claro, sí, es… —comienza a decir Anna—. Es que nos gusta más así.

Me mira de reojo por si yo le sé decir si ha respondido bien, pero ni idea, así que opto por mostrarle una sonrisa neutra.

—En serio, es mejor con el QR —insiste Olive mientras frota sus manos, tratando de entrar en calor aunque parece que lleva siete capas de ropa encima.

—Sí, claro, mucho mejor —vuelve a decir Anna con voz segura—. Y… ¿Qué tal todo, Olive?

Pero su amiga no responde a lo que Anna le ha preguntado.

—No sabéis lo que es un QR, ¿verdad?

Anna y yo tragamos saliva a la vez; puedo incluso escucharla.

—No nos gusta mucho —intento decir yo ahora—. Que es muy bueno, pero no somos muy de…

Olive sigue sonriendo con condescendencia, alternando su mirada entre ambos.

—No, no sabéis lo que es —afirma con rotundidad.

—Bueno, es que hemos estado… —comienza a intentar disculparnos Anna.

—¿En coma los últimos años? —termina Olive la frase por su amiga. Y Anna ya no sabe ni qué decir, así que continúa hablando la primera—. No sois del presente, ¿no?

Vale, definitivamente estamos en un buen lío.

—¿Qué? —pregunta Anna con un tono agudo bastante elevado.

—No, no lo sois —afirma ahora Olive por algún motivo—. ¿De cuándo sois? Porque os habéis adaptado bastante bien; casi me engañáis y todo.

Nos guiña un ojo con complicidad. Y yo, llegados a este punto, le habría contado todo, pero Anna parece querer seguir insistiendo.

Por lo que sea, porque ya no tengo ni idea.

—No sé de qué nos hablas, Olive.

—Venga ya, ¿en serio? —dice ella, echándose unos milímetros hacia atrás—. No hace falta que sigáis fingiendo. Esto es Mist Rachs y no va a pasar nada, pero deberíais contárselo a Pete.

—¿A Pete? No, ni hablar —se niega en rotundo Anna con rapidez.

Y Olive vuelve a sonreír.

—Bien, ahora que ya habéis admitido que no sois del presente —mierda—, pasemos al motivo por el que no se lo queréis contar a Pete.

—Olive, en serio, no es algo que él tenga que…

Pero su amiga no parece querer escuchar sus excusas.

—Es el sheriff; tiene que saber este tipo de cosas.

—No, créeme —insiste Anna—. Esto no tiene que saberlo. Es mejor así.

Y su amiga vuelve a quedarse en silencio durante unos larguísimos segundos.

—Ya lo habéis intentado, ¿no? —le dice ahora—. Decirle quiénes sois, a Pete. No es la primera vez que venís y os encontráis con él.

Mierda, mierda…

—Olive, por favor, verás…

No, su amiga creo que no va a seguir escuchando excusas.

—Y si insistís tanto en venir… ¿A este tiempo o a todos? —Se detiene unos segundos y continúa hablando, como si le hubiéramos respondido—. A este momento en concreto. Si habéis vuelto, y creo que no es la segunda ni la tercera vez que venís, es porque hay algo que tenéis que hacer. Y es importante. Pero no os habéis fijado en todas estas veces que en Mist Rachs estamos acostumbrados a ver gente del pasado y del futuro por nuestras calles, así que eso quiere decir que os habéis centrado en otra cosa más importante para vosotros. —Hace una pausa, creo que para disfrutar del momento en el que nos remate—. Y algo más importante que darse cuenta de un pueblo al que llega gente de otras épocas tiene que ser… Pete tenía razón, ¿no? Algo está pasando en Mist Rachs y vosotros tenéis que ver en ello.

Anna suspira, sabiendo que no va a tener más remedio que contar algo, lo que sea, pero ya.

—No del todo —comienza a decir—. No tiene que ver con el pueblo en general. No tenemos ni idea de lo que Pete habla cuando dice eso.

—Entonces es por alguien en particular por lo que estáis aquí. ¿Por quién?

Anna vuelve a resoplar.

—Olive, por favor…

—Sé que no me conocéis lo… Bueno, sí, puede que me conozcáis y…

—Sí, te conocemos —le dice Anna.

Olive, por lo que sea, sonríe.

—Si me conocéis lo suficiente, sabréis que podéis contar conmigo.

Anna me mira, como si quisiera disculparse por lo que va a hacer a continuación.

—Es por Pete —le dice por fin.

—¿Por Pete? —pregunta Olive, como si no entendiera de repente esas sencillas

palabras.

—Sí, por él. Algo va a pasarle y venimos una y otra vez para salvarlo. Pero no conseguimos que…

—¿Salvar a Pete? —insiste Olive, cada vez más nerviosa—. ¿Qué es lo que le sucede? —Cuando ve que Anna vuelve a dudar, la agarra con asombrosa suavidad el brazo—. Por favor, dime qué sucede.

—Pete es… —comienza a decir ella—. Pete se mete en problemas.

—¿En problemas? ¿De qué tipo?

—Olive, yo… —Anna agacha la cabeza un instante, demasiado frustrada en este momento. Cuando vuelve a levantar la mirada, suspira pronunciadamente—. Mi nombre es Anna, Olive, ¿te acuerdas que te lo dije? Soy Anna. Esa Anna.

—Anna… —repite su amiga, tratando de leer entre líneas en un simple nombre de persona. Y lo hace. Tremendamente rápido, además. Sus ojos se humedecen a la par que se abren proporcionalmente al grado de sorpresa por un descubrimiento así—. ¿Annie?

—Sí —le confirma ella misma, empezando a sonreír con su amiga, que agarra su otro brazo también, acercándose más a ella y observándola con todo detalle.

—¿Eres Annie? ¿Nuestra Annie? —insiste, creo que sabiéndolo, pero queriendo que ella misma se lo termine de confirmar.

Y Anna asiente repetidamente, con una sonrisa tan enorme como pocas veces la he visto.

—Sí, Olive —le responde con lágrimas que amenazan con desbordarse de los ojos—. Soy yo, Annie.

XIV

Anna

Puede que me parta algún hueso si sigue apretándome tanto. O a lo mejor ya me lo ha roto; no sé, empiezo a sentir el cuerpo entumecido. Y, a pesar de ello, no me importa, porque es el mejor abrazo del mundo: el de mi mejor amiga de la infancia que vuelve a recordar quién soy yo.

—Olive, yo creo que si sueltas a Anna… —le propone Mike, medio riéndose.

—No quiero hacerlo —dice ella con voz infantil, todavía aferrada a mí—. Si lo hago, a lo mejor me doy cuenta de que esto no es real y vuelve a desaparecer.

Consigo coger sus brazos como puedo y la separo un poco de mí, mirándola a los ojos fijamente. Está llorando mientras sonríe, igual que yo. Mi amiga de la infancia llora y sonríe por haberme vuelto a ver.

Y no se imagina cuántas veces he soñado con este momento.

—No voy a desaparecer —le aseguro—. Y te pido perdón por haberlo hecho aquella vez.

—No tienes que pedir perdón por ello —me dice Olive—. Eras una niña. Sin embargo… Yo tuve que cuidarte. No tuve que… —Se seca las lágrimas con la mano, soltándome tan sólo un instante—. Debí cuidarte mejor para que no te perdieras en el bosque, pero…

—Tú también eras una niña —le recuerdo—. No tienes la culpa.

—Sí que la…

—No —le corto—. No tienes ninguna culpa. —Y miro a Mike, que está en silencio en este momento—. Además, ¿te has dado cuenta del chico que me encontró aquel día?

Olive parece que va calmándose y dirige su mirada hacia Mike, que sonríe ahora con ella.

—Hola —dice este a mi amiga de forma graciosa, haciendo que se ría un segundo.

—¿Tú encontraste a Annie? —le pregunta con urgencia.

—Sí, yo…

Pero no le da tiempo a terminar siquiera la frase. Olive se lanza a sus brazos, apretándole tan fuerte que le provoca la risa.

Le suelta al cabo de unos segundos y vuelve a mí.

—Vale, a ver, vamos por partes —nos dice a ambos, parece que tomando el control—. Las preguntas y ponernos al día, lo dejamos para después. Ahora vayamos a lo que os ha traído hasta aquí: tu padre, ¿no?

Asiento antes de responder con palabras.

—Sí, es mi padre —le confirmo—. Cuando aprendí a cruzar y volví a verlo, no fue muy agradable que digamos…

—Sí, ese es Pete desde que… —comenta ella, silenciándose al darse cuenta de lo que iba a decir—. Bueno, y, ¿qué pasó?

—Pues no te sabría decir muy bien, porque para mí fue todo muy nuevo y casi no entendía nada, pero se enfadó conmigo por algo. Creo que era el día del funeral y…

—¿Qué funeral?

Miro a Mike, que asiente ante mi pregunta silenciosa.

—Alguien del pueblo había fallecido.

—No ha muerto nadie, Annie.

—Salvo en esta ocasión, todas las otras veces que vine sí que había fallecido. Era

Gabriel, el chico que está con tu hermana.

—¡Qué! —exclama, bastante asustada—. Puede que fuera por… Se quedó atrapado en el castillo cuando… Dios mío, pudo morir allí. —Y parece caer en algo—. ¡Fue culpa de Frederick! Maldito imbécil… Le hizo ir hasta allí, diciéndole que mi hermana y…

—Mi padre discutía con ese Frederick —le digo—, puede que por ese motivo. Pero entonces…

Se me cierra la garganta al recordar cada vez que he presenciado aquello.

—¿Qué pasa con Frederick y tu padre, Annie? —me pregunta.

—Ellos… No siempre es igual. A veces discuten en la plaza, otras en alguna calle o sobre el puente. El resultado siempre es el mismo: Frederick acaba siendo el culpable de la muerte de mi padre, de una forma u otra.

—¡Lo mata! —grita, asustadísima.

Le chisto para que baje el tono, comprobando que no hay nadie en la calle que nos esté mirando después de esto.

—No lo mata, sino que lo provoca —puntualizo—. A veces mi padre se lanza a él y cae mal, otras resbala y se cae al río de espaldas… Todo es por una discusión muy fuerte con Frederick a raíz de algo que ha pasado recientemente. Pero él…

Mi pecho empieza a latir cada vez con más fuerza, recordando todas las veces que no he podido salvar a mi padre por no ser capaz de llegar a tiempo y evitar la catástrofe.

—Y tú vuelves una y otra vez para salvarle —afirma mi amiga, comprendiendo.

—La primera vez vine porque quería… No sé, quería ver si era real lo que ponía en aquellos papeles de la cabaña.

—¿Qué cabaña?

—La cabaña del bosque —le cuenta Mike—. Nosotros la llamamos la cabaña de la bruja.

Ella parece comprender.

—Nosotros no entramos en el bosque siquiera porque es peligroso, ya sabéis.

Asentimos ambos ante sus palabras. Y tanto que es peligroso…

—Anna vino para comprobar si era real que procedía de esta época y se encontró con todo lo que sucedió después con su padre y…

Olive mueve la cabeza ante las palabras de Mike, entendiendo la situación poco a poco.

—¿Me viste a mí? —me pregunta ahora con ilusión.

—Sí, te vi cada una de las veces que vine —le confirmo—. Y en alguna ocasión, incluso hablaba contigo.

—¿Y he sido maja o una tonta que nunca te ha reconocido?

Sonrío y abrazo de nuevo a mi amiga, a la que tantos años he estado sin ver, queriendo recuperar el tiempo perdido.

—Yo tampoco te reconocí a ti la primera vez —le cuento—. Pero escuché tu nombre y…

—Así que, después de tantas veces… —Y detiene su frase—. ¿Cuántas has, o habéis, venido? —Al ver nuestra cara de empezar a recordar cada una, se ríe—. Vale, vale. Después de todas esas veces, ya tenéis que conocernos bien a todos en el presente.

—No a todos —reconozco—. Por ejemplo, Jenna nunca había estado, y la chica con la que Tyra está…

—Cynthia —me recuerda ella.

—Sí, Cynthia. Ella tampoco estaba ninguna de estas veces.

—Vaya, eso es muy curioso —dice, algo sorprendida—. Tendríamos que contárselo a Pete porque está empeñado en que algo raro está sucediendo este mes en…

—No, no quiero que sepa que yo… Que nosotros estamos aquí —le pido.

—Pero, ¿por qué?

—Cuando en otra ocasión se lo conté, no reaccionó demasiado bien y… La cosa acabó muy mal —le cuento—. No pienso dejar que le pase nada por mi culpa de nuevo.

—No va a sucederle nada, Annie —me asegura, agarrando mi brazo otra vez—. Ahora estoy yo de vuestro lado.

—¿Y si te pasa también algo a ti? —pregunto más para mí misma—. ¿Y si lo que estamos haciendo es lo que provoca que…? —Echo la vista hacia el cielo gris que amenaza con volver a lanzar pequeños copos de nieve en breve. Cojo aire y continúo hablando—. Siempre es igual. Sucede cualquier cosa que provoca que la noche de Nochevieja…

—Pues estaremos atentas para que no pase nada. Encerraremos a Pete bajo llave en su oficina si hace falta —me promete, haciéndome sonreír de nuevo—. No tenéis que hacer esto vosotros solos, Annie. Todo Mist Rachs va a ayudaros esta vez y no tendrás que volver a reiniciar el tiempo para intentar salvar a tu padre.

Miro a Mike, que me observa con una sonrisa tan hermosa que me hace sonreír de igual forma a mí.

—Pero deja que primero piense alguna manera de contarle quién soy. En un lugar seguro y…

—Esta tarde hay una sesión de cuentacuentos en el teatro y probablemente se pasará para ver si todo va bien. Podéis ir y a lo mejor en un lugar tan tranquilo no sucede nada. No, estoy segura de que no va a suceder nada —me dice, rectificando su frase anterior.

—Muy bien, pues… —Miro a Mike, que asiente—. Vale, iremos esta tarde y se lo contaré.

Olive aplaude con emoción y me abraza unos segundos de nuevo, pasando a abrazar después también a Mike, que ríe con aquel gesto de cariño. Pasa su brazo por encima de mis hombros y se acerca a mí, volviendo a hablar.

—Oye, tú y yo nos tenemos que poner rápidamente al día en cuanto todo esto se solucione, ¿eh?

—Sí, claro.

—Y me tienes que contar cómo es la vida en… Dime que no acerté cuando dije lo de la Edad Media.

Ambos nos reímos mientras asentimos, haciéndola reír a ella también.

—Dios mío… Por eso no sabías lo que era lo que te enseñamos en el móvil. —Y vuelve a reír, empezando a caminar sin rumbo junto a nosotros—. Sí que tenemos cosas sobre las que ponernos al día.

—En esa conversación prefiero no estar yo presente si no os importa —nos pide Mike.

Olive ríe conmigo, dándole un pequeño empujón con su mano.

—Contigo ya hablaré también yo a solas —le amenaza ahora—. Porque las costumbres de aquella época no son para nada como las de ahora y si estás con mi amiga, significa que tienes que saber comportarte.

—¡Lo hago! —le asegura él con algo de miedo—. Además, estoy aprendiendo rápido.

Mi amiga me mira para que le confirme aquello.

—Siempre ha sido un adelantado a su tiempo —le digo, encogiéndome de hombros.

—Bueno, eso tendrá que juzgarlo tu amiga. Y por cierto… —Parece que va a decirme

algo muy importante por cómo se prepara para ello—. ¿Tienes alguna amiga en el otro tiempo mejor que yo?

Hasta Mike se ha echado a reír a carcajadas.

—No es muy sociable —le cuenta sin dejar de reírse todavía.

—Maravillo… Es decir —dice ella, rectificando—, no es que sea genial que… Bueno, lo sé, vale, me ha quedado muy tóxico. Pero… ¿Podemos seguir siendo mejores amigas como de pequeñas?

¿Explotaré de felicidad si contesto a eso?

—Nunca hemos dejado de serlo.

Y parece que sigo de una pieza incluso con el abrazo que Olive me da al decirle aquello.

Mi amiga, mi mejor amiga, da los abrazos más confortables del mundo entero.

XV

Michael

—No, ninguna de las otras veces se hizo esto.

—¿Por qué?

—Por lo de Gabriel —le explica Anna a Olive en bajo mientras continuamos escuchando a la gente del pueblo contar cuentos a los niños y niñas de Mist Rachs—. Casi todo fue cancelado después de eso.

Olive comprende, asintiendo en silencio. Yo sigo vigilando las puertas de esta sala por si Pete entra mientras ellas dos siguen hablando. Anna le ha pedido a Olive que no le cuente a nadie más quiénes somos, pero no sé durante cuánto tiempo más va a poder cumplir su promesa, porque imagino que en algún momento los vecinos empezarán a sospechar que se llevan de repente demasiado bien ambas. Aunque la verdad es que a nadie de Mist Rachs parece sorprenderle nunca nada de lo que sucede, como si estuvieran acostumbrados a los sobresaltos inesperados que incluso escapan del entendimiento humano. Todo lo aceptan con una sonrisa, como si supieran que las situaciones más extrañas que se imaginan, podrían suceder delante de sus narices. Es increíble la capacidad de adaptación que han desarrollado en este pueblo. En mi tiempo ya éramos bastante avanzados, pero en este…

—¿Tampoco embotellábamos la Navidad? —le vuelve a preguntar Olive.

Creo que se refiere al ritual que me contó Anna que solían hacer en este tiempo. Ella recordaba que de pequeña se reunían todos para meter especias y adornos navideños en pequeños tarros que dejaban reposar hasta pasada la medianoche de Nochevieja, es decir, justo cuando el año terminaba y daba paso al siguiente. Cada uno embotellaba lo que era para esa persona la esencia de la Navidad que terminaba y deseaba recordar durante todo el año que tenían por delante. Meses después, concretamente en la medianoche del treinta de noviembre, se volvían a reunir en el mismo lugar para quemar todos juntos el contenido, dando paso al mes de diciembre frente al reloj del pueblo, deseando que esa nueva Navidad fuera mejor que la anterior. Nos gustó tanto en su día ese ritual que en mi tiempo decidimos empezar a hacerlo también. Puede que fuera el motivo por el que llegó la tradición a estos días, quién sabe.

—La gente iba y dejaba su pequeño botecito bajo el reloj del ayuntamiento, pero todo era muy silencioso y, además, al día siguiente…

Olive comprende que, lo que hemos vivido cada una de las veces que hemos regresado, no ha sido nada comparado con lo que estamos descubriendo en esta ocasión. Este parece ser el verdadero Mist Rachs en la actualidad, no la versión gris y triste que habíamos descubierto con anterioridad. Es así como Anna lo recordaba. Puede que por eso en esta ocasión esté incluso

disfrutando, a pesar de lo que sabe que nos jugamos.

Una puerta se abre detrás de nosotros y vemos aparecer por fin a Pete con uniforme de sheriff y rostro serio. Sí, como decía Olive, ha venido para asegurarse de que todo está bien por aquí. Tiene que ser agotador su trabajo. ¿No descansa ni un segundo en todo el día?

—Tu padre ha llegado —le dice Olive, dándole un codazo a Anna.

Ella sonríe levemente de forma hermosa sin dejar de seguir con la mirada a Pete, que se ha quedado de pie al fondo, en uno de los pasillos del lateral derecho de la sala.

—Y no parece que Frederick esté por aquí —dice ella, bastante aliviada—. A lo mejor si se lo digo…

—Frederick no va a pasarse por Mist Rachs en una larga temporada —comenta Olive.

Anna la mira con el ceño fruncido.

—Ha estado aquí.

—¿Cuándo?

—El sábado.

—¿El sábado? —pregunta su amiga con asombro—. Nadie le ha visto.

—Mi padre sí, y estuvo hablando con él —explica—. Por poco se me para el corazón cuando vi que empezaban a discutir y pensé que… —Detiene sus palabras al ver que Pete nos ha localizado y viene hacia nosotros—. Ay, dios mío, ¿qué hago?

Olive sonríe por los nervios de su amiga y le da unas friegas en el brazo a distancia desde su asiento, tratando de calmarla de esa forma.

—¿Vas a decírselo ahora? —pregunto.

—No sé, yo… —Su padre llega hasta nosotros, agachándose en cuclillas ante su hija, sentada en la butaca de al lado del pasillo—. ¿Pasaba algo, sheriff?

—¿Va todo bien? —pregunta él en un susurro.

Anna duda un instante antes de contestarle.

—Sí, estábamos viendo…

Señala el escenario, en donde alguien del pueblo está contando un cuento para todos los niños y no tan niños presentes en la sala.

—¿No queréis participar? —le pregunta ahora a su hija.

¿Por qué se comporta cada vez con más dulzura hacia Anna? ¿Es que sospecha algo?

—No, gracias. —Y al ver que Pete no se mueve de su lado todavía, vuelve a hablar—. ¿Y tú? ¿Participas?

Él se sorprende con aquella pregunta por cómo abre los ojos y echa hacia atrás unos milímetros su cuerpo, aunque sigue en cuclillas a su lado.

—¿Yo? ¿Contando un cuento?

—Seguro que los cuentas de maravilla.

Pete sonríe. ¡Sonríe! No le hemos visto sonreír ninguna de las veces que hemos venido a este tiempo, pero en esta ocasión…

Esta vez hay demasiadas cosas diferentes.

—La verdad es que a mi hija le encantaba que le contara cuentos, ¿sabes?

Anna sonríe en exceso y temo que se vaya a echar a llorar otra vez por la emoción.

—Me gustaría escucharte —le dice.

Ambos se miran unos segundos hasta que Pete se levanta y asiente con la cabeza, yéndose sin más hacia adelante, caminando con firmeza de sheriff que está de vuelta de todo.

—¿Qué es lo que acaba de pasar, Anna? —le pregunta con emoción Olive.

—Creo que he metido la pata, ¿no?

Antes de contestarle nada, vemos a Pete hablar con alguien de la organización, que se sorprende tanto o más que nosotros cuando ha empezado a sonreír hace un momento. Asiente repetidamente y empieza a hacerle indicaciones que no comprendemos.

—Me parece que va a subir al escenario —nos dice Olive sin creérselo ni ella misma.

—¿Que va a…? No creo —dice Anna.

Pero la persona que estaba contando un cuento hasta ahora mismo, termina y comienza a bajar del escenario mientras todos aplaudimos. Y entonces vemos a Pete subir por las mismas escaleras por las que la otra persona baja, la cual se queda sorprendida de ver al sheriff allí, igual que todos los presentes cuando se dan cuenta de lo que está pasando.

—No me lo puedo creer —murmura Olive, medio riéndose y sacando un aparato que enfoca hacia Pete—. Esto lo tengo que inmortalizar porque la gente va a pensar que me lo he inventado.

Pete se aclara la garganta al llegar al lugar que han ocupado antes todos los que han pasado por el escenario. Se coloca frente al aparato que amplifica el sonido y le da unos golpecitos antes de hablar.

—Buenas tardes a todos —dice ahora con una voz totalmente alejada de lo habitual—. Este año me he decidido a subir aquí para contaros un cuento que a mi hija le encantaba. —Sonríe para sí mismo antes de continuar—. Cada noche, al llegar de trabajar, me pedía este mismo cuento; nunca se cansaba de él. —Parece pensar en algo después—. A pesar de su edad, era muy cabezota, y si le gustaba ese cuento, lo quería escuchar cuantas veces fueran necesarias. —La gente se ríe con él, aunque no por eso dejan de murmuran entre ellos—. Bueno, espero que os guste tanto como le gustaba a ella. Y ojalá, dondequiera que esté ahora, se siga acordando de esta historia y de su viejo padre que tanto la extraña.

—Cariño… —le digo a Anna acariciando su pelo, viendo que se ha echado a llorar con las últimas palabras que ha dicho su padre.

—Te quiere muchísimo —le dice Olive con emoción.

—Y yo a él —escucho que dice con un hilo de voz, secándose las lágrimas de las mejillas con rapidez.

Pete comienza a hablar mientras Anna va calmándose poco a poco, intentando prestar toda la atención a su padre.

—Había una vez, hace muchos, muchos años, una pequeña niña que no creía en magos ni brujas, ni en unicornios ni dragones. Una niña de bucles dorados en el pelo que pensaba que en este mundo no existía la magia ni ninguna criatura sobrenatural. —Hace una pausa después de esa introducción y continúa hablando, mirando de reojo a Anna—. Un buen día, su padre le trajo una bellota que decía ser mágica. La niña la rechazó, repitiéndole que todo eso no era real, que le habían engañado si alguien se lo había vendido. El padre le aseguraba que era cierto, que aquella pequeña bellota podía conceder un deseo, como si de una lámpara mágica se tratara. Después de ese deseo, la bellota desaparecería para siempre, así que tenía que pensar mucho lo que quería antes de pedírselo. —Los niños empiezan a emocionarse con aquellos elementos mágicos, contados, además, con emoción por alguien que ninguno de los adultos presentes habríamos imaginado que sería capaz de hacer algo así—. Como la pequeña niña no quiso saber nada de aquella bellota, su padre le dijo que la guardaría en el bolsillo de su camisa hasta que ella se la pidiera, pero pasaban los días y aquella niña olvidó por completo la existencia de la bellota. —Hace una nueva pausa; parece controlar de maravilla el arte del cuentacuentos, quién lo iba a decir—. Poco después, apareció en el pueblo un malvado mago que comenzó a atemorizar a todos los vecinos, buscando algo de divertimento en aquellas pobres gentes que lo único que

querían era vivir en paz. —Todos los niños que escuchan a Pete sin parpadear exclaman, asustados, que alguien haga algo para salvar a los vecinos del malvado mago, haciéndonos reír —. Nadie sabía cómo acabar con aquella pesadilla. Fue entonces cuando la niña que no creía en magos ni brujas, ni en unicornios ni dragones, salió a enfrentarse con quien estaba aterrorizando a todos sus vecinos, sin más ayuda que una pequeña espada de madera, retando a aquel mago. Este se echó a reír, por supuesto, ya que pensó que la niña no representaba ningún problema para él. Pero al empezar a luchar, vio que esa pequeña tenía un valor que no había visto en nadie del pueblo hasta ahora. Y aunque al principio se divirtiera con esa pelea, pronto el mago volvió a aburrirse y decidió que ya era hora de acabar con la pequeña niña valiente que seguía blandiendo su espada de madera hacia él.

La sala empieza a llenarse de gritos de los niños, pidiendo que alguien haga algo para salvar a la niña que se atrevió a enfrentarse a un mago tan malo. Pete sonríe, intentando no mostrar lo mucho que se está divirtiendo con todo esto.

Miro a Anna, que está escuchando con atención y emoción a su padre contar aquel cuento. Parece recordarlo perfectamente por cómo dice en ciertos momentos algunas de las palabras que el propio Pete pronuncia sobre el escenario.

—¿Estás bien? —le pregunto, rodeándola con mi brazo.

Ella me mira un instante y asiente, volviendo a prestar toda su atención a Pete.

—Ahora viene la mejor parte —me explica.

Aquello me hace reír. Anna ha vuelto a ser la pequeña niña que vi por primera vez saliendo del bosque, llorando mientras buscaba a sus padres, no entendiendo qué es lo que estaba pasando a su alrededor. Ahora lo comprende demasiado bien, pero Pete ha vuelto a llevarla con sus palabras a aquellos días en los que no tenía que preocuparse por intentar salvarle la vida una y otra vez.

A esa época en la que era plenamente feliz.

XVI

Pete

He vuelto a vivir la emoción que sentía cuando le contaba este cuento a mi pequeña Annie, mientras ella me pedía que salvara a la niña de aquel malvado mago, noche tras noche, aunque supiera cómo terminaba el cuento. Aquellos niños, sentados en las butacas de las primeras filas del teatro, me piden lo mismo que ella, y es algo que me hace no poder dejar de sonreír.

La extraño tantísimo…

—El padre de aquella niña escuchó entonces gritos provenientes del lugar en el que estaba sucediendo todo —continúo contándoles, consiguiendo con esto que dejen de pedirme tan alto como pueden que, por favor, haga algo con aquel mago. Porque saben que si el padre se ha enterado de que su hija corre peligro, él podrá salvarla; siempre tendría que ser así, también en la vida real—. Se dirigió corriendo hacia ellos justo cuando el mago disparaba un rayo mortal a su hija. El padre se colocó en medio de ambos, recibiendo él, y no su pequeña niña, la descarga que le recorrió el cuerpo de arriba abajo, tirándole al suelo, moribundo, mientras intentaba coger aire a bocanadas. La hija se echó a correr hacia él, llorando sobre su cuerpo. Su padre estaba muriéndose y ella no podía hacer nada por evitarlo.

—¡Que busque la bellota mágica! —grita una niña entre el público, provocando que todos ellos repitan aquella petición hasta casi ensordecer al resto de los presentes, que ríen encantados por lo que les está gustando a todos esta historia.

—Efectivamente, la niña recordó la existencia de aquel regalo que su padre le hizo tiempo atrás. —Todos empiezan a aplaudir, más que emocionados. Veo que al fondo, en las filas de atrás, aquella chica que llegó el día de Navidad junto al otro chico, aplaude también un instante. Sus ojos brillan con tanta intensidad que incluso puedo verlo desde aquí—. Buscó la bellota en todos los bolsillos de su padre hasta que halló el pequeño objeto, que mantenía el mismo aspecto y frescura que el primer día que lo vio. Lo cogió entre sus manos y formuló su deseo: quería que la bellota le devolviera la vida a su padre. Entonces aquel pequeño fruto comenzó a moverse de manera extraña. Se agitaba en sus manos hasta que salió disparado hacia arriba, explotando en mil pedazos que cayeron en forma de lluvia brillante. ¿Eso significaba que su deseo sería concedido?

—¡Sí! —gritan todos los niños al unísono, juntando sus manos como si rezaran para que fuera verdad.

—Su padre comenzó entonces a mover los párpados, consiguiendo abrirlos a los pocos segundos. La pequeña niña valerosa abrazó a su padre al darse cuenta de que volvía a estar vivo, tal y como le había pedido a la bellota hacía un momento. El mago, al presenciar aquel acto puro de amor profundo entre padre e hija, empezó a agitarse de igual forma que la bellota, elevándose unos centímetros en el aire. En cuanto volvió a posarse en el suelo, no parecía ser el mismo; su sonrisa y su gesto angelical parecían indicar que ya no era un temible mago, sino uno bondadoso y arrepentido de sus actos pasados por cómo comenzó a pedir perdón a cada uno de los vecinos del pueblo. La magia del amor acababa de devolver a la vida a su padre y había logrado cambiar al malvado mago que tanto había atemorizado a su pueblo. —Consigo continuar el cuento entre los aplausos de los más pequeños y también los más adultos—. A partir de ese día, la niña de rizos dorados empezó a creer en magos y en brujas, en unicornios y en dragones. Desde entonces, siempre que veía una bellota por el lugar, sonreía al recordar aquel momento mágico que todavía no era capaz de explicar. Hasta que ella misma fue madre, muchos años después, y un buen día llegó a su casa con una bellota mágica que le entregó a su hijo, como su propio padre

le entregó a ella en su momento. —Hago un silencio de un par de segundos antes de terminar—. Aunque su hijo le preguntó cómo podría funcionar algo así, sin comprender del todo lo que su madre le estaba regalando, lo único que ella pudo explicarle, con una sonrisa en los labios, fue que donde no llega la razón, la magia del amor, de la valentía de una pequeña niña o de una bellota, todo lo puede lograr.

Cada uno de los presentes comienza a aplaudir ante el final del cuento, como si les hubiera gustado lo que todas las noches mi propia hija me pedía que le repitiera una y otra vez de forma incansable. Recuerdo todavía su rostro emocionado al sentarme a su lado, en la cama de su dormitorio, dispuesta a que comenzara a hablar. Sus ojos brillaban bajo la luz cálida de la lámpara sobre la mesita de noche. Es como si con este aplauso multitudinario pudiera sentir el abrazo de mi pequeña Annie al terminar el cuento, justo antes de que ella pronunciara las palabras que siempre, sin faltar un solo día, me decía al acabar: *Papá, ¿y mi bellota?* Y yo, invariablemente, sacaba una de dentro de mi cazadora, ofreciéndosela a ella, que la guardaba como un tesoro hasta que pedía un nuevo deseo que siempre procuraba satisfacer para que siguiera creyendo en la magia.

Hasta que el destino me la arrancó de los brazos y no pude hacerlo más.

—Creo que vas a tener que repetir al año que viene —escucho decir a Massie junto a mí.

Ni siquiera me he enterado de cuándo ha subido, pero está aquí a mi lado, parece que emocionada, dándome unas palmaditas en la espalda.

—Estaré encantado de repetir todas las veces que queráis —le respondo, asintiendo ante su petición.

Ella sonríe con mis palabras.

—Si quieres decir algo más… —propone señalando el micrófono, viendo que va descendiendo la intensidad de los aplausos.

Miro hacia el magnífico público que he tenido en esta ocasión, tantos años después, y me vuelvo a acercar al micrófono.

—Hacía muchos años que no contaba de nuevo este cuento y me alegra saber que sigue gustando. —Agacho un instante la mirada, pensando en ella—. Mi hija Annie, cuando llegaba al final, siempre me decía…

—Papá, ¿y mi bellota?

El silencio que se ha hecho en la sala me ha permitido encontrar con facilidad de dónde procede esa voz. Y cuando mis ojos consiguen localizarla, veo que aquella turista que llegó hace pocos días a Mist Rachs está viniendo hacia mí sin dejar de mirarme.

¿Está llorando? Sí, veo con claridad que llora cuando la tengo lo suficientemente cerca de mí, sobre el escenario también. Su proximidad me abrasa y siento que voy a acabar colapsando delante de todos los presentes si ella se acerca más a mí. Porque en cuanto ha dicho aquellas palabras que nadie más sabía, he sentido que mi mundo volvía a girar por y para ella.

¿Es…?

¿Es mi…?

—¿Annie? —pregunto con miedo a que su respuesta no sea afirmativa.

Una nueva cascada de lágrimas resbala por sus mejillas mientras asiente con la cabeza, no atreviéndose a acercarse más a mí. Sus ojos desprenden la misma mirada curiosa que entonces, hace ya quince larguísimos años. Temo tocar su cuerpo por si todo esto es parte de otro de mis sueños y se desvanece de nuevo, dejándome una vez más totalmente devastado.

Veo que extiende su mano hacia mí, reclamándome algo y dejándome ver aquella marca

de nacimiento que todos los Rastchims tienen en la palma de la misma, aquella que tantas veces acaricié hasta que se quedaba dormida y tanto extrañé durante todos estos años de ausencia.

—La última que me diste, la gasté aquel día en el bosque, pidiendo encontraros de nuevo —me dice con voz adulta mi pequeña, haciéndome llorar a mí también.

Mi mano busca en el bolsillo interior de mi cazadora un objeto que siempre llevo encima y se lo ofrezco. Poso la bellota en el centro de la palma de su mano y ella la cierra, apretándola como si quisiera hacerla explotar ella misma por estar pidiéndole un deseo en este preciso momento.

—¿De verdad eres tú, Annie? —vuelvo a preguntar.

Asiente, sonriéndome sin dejar de llorar. Y creo que continúa asintiendo y llorando mientras la abrazo con todas mis fuerzas, repitiéndole una y mil millones de veces cuánto la quiero y lo mucho que he sufrido su ausencia. Y sé que tendríamos que contarnos demasiadas cosas, que estamos volviendo a tentar al destino. Que la maldición sigue ahí y nos arriesgamos a que algo horrible pueda suceder, pero todo eso tendrá que esperar un instante al menos. Tengo de nuevo a mi niña entre mis brazos, algo que jamás pensé que volvería a suceder, y puedo sentir su corazón acompasado con el mío, latiendo aceleradamente ante una multitud que sigue aplaudiendo.

Las preguntas y los miedos pueden esperar, porque la tengo conmigo de nuevo; eso es en lo único en lo que soy capaz de pensar.

XVII

Anna

Esta vez no ha habido intentos de encarcelamiento ni gestos de enfado. No he recibido desplantes ni amenazas de expulsión del pueblo. Tampoco parece haber ningún peligro a la vista y Frederick no ha estado presente, así que no hemos peligrado ni nosotros mismos ni nadie de nuestro alrededor. Todo ha sido demasiado perfecto y, después de lo que hemos pasado en las veces anteriores, casi no me puedo creer que haya podido abrazar por fin a mi padre.

—Todavía me cuesta asimilarlo —escucho decir a Marie a mi lado mientras habla con su hermana.

—Ahora lo importante es que encontremos entre todos una solución a lo de la maldición —insiste Olive.

—Cariño, ¿no vas a soltar a tu padre en ningún momento? —me dice Mike—. Porque va a acabar con alguna extremidad gangrenada.

Noto reír a mi padre con aquel comentario, pero no hace amago de intentar que le suelte. Es más, su mano alcanza mi pelo y empieza a acariciarlo lentamente, relajándome más aún de lo que ya estaba.

—Émilie es la que más sabía sobre estos temas —comenta él ahora—. Pero es complicado localizarla.

Levanto la cabeza del pecho de mi padre y le miro en cuanto menciona a mi madre. La extraño a ella también tantísimo…

—Podría intentarlo yo con mis padres, aunque tengo el mismo problema —interviene Gabriel junto a su hermana, que nos observa a mi padre y a mí con una reveladora sonrisa.

—De todas formas —vuelve a decir mi padre—, ella no se arriesgaría a volver así como así. Temería que algo pudiera sucedernos a cualquiera de los tres si volvemos a estar juntos, como ya pasó hace años.

Al decir aquello, me abraza con fuerza y se hace un momentáneo silencio en el que todos clavan sus ojos en nosotros, creo que comprendiendo la situación.

—Pero no podemos dejarlo así —se queja Olive—. Ellos han estado muchos años sufriendo por una situación horrible y merecen empezar a ser felices. Todos juntos, como la familia que querían ser.

—Además, ahora que mi hija está embarazada, es urgente que…

Corto a mi padre con un carraspeo y él me mira al instante.

—Esa era una pequeña mentira que se me ocurrió decirte para disimular, pero no estoy embarazada —le confieso.

Abre los ojos al doble de lo normal y se echa a reír, cogiendo mi cabeza y llevándola de nuevo a su pecho.

—Entonces tenemos algo más de tiempo —dice ahora—. La actividad de este mes es inusual y no sé si será porque mi hija ha estado alterando todo demasiado por cruzar tantas veces seguidas o es por algo más.

—Perdón, papá —le digo yo desde su pecho, sin soltarle todavía.

Él me mira y cambia su gesto, volviendo a sonreírme, como si me estuviera diciendo que no me preocupe por eso ahora.

—La leyenda dice que la maldición se romperá si tres generaciones de Rastmichs demuestran ser merecedores de la compasión de los mistrachianos —explica Marie, como si supiera de memoria todas y cada una de las leyendas del pueblo.

—¿Sabemos qué pasó con la familia de Émilie antes de…? —comienza a preguntar Jenna, que parece estar incluso nerviosa, intentando hallar una solución.

Mi padre niega con la cabeza, haciendo un chasquido con su lengua nada halagüeño.

—Su padre se fugó con el dinero de las arcas públicas en cuanto su mujer falleció cuando Émilie todavía era una niña. Lo achacó a la maldición y quiso vengarse de esa forma —nos explica, bastante avergonzado.

—¿Fue el padre de Émilie quien…? —exclama Gabriel—. Mist Rachs tardó años en reponerse medianamente de aquello.

Y por las caras de todos, me parece que mi abuelo no fue merecedor de la compasión de ninguno de ellos precisamente.

—El dolor y la impotencia pueden provocar que la gente se vuelva demasiado oscura —comenta Massie con pena, meneando la cabeza mientras dirige su mirada hacia el suelo de madera de la sala de teatro, en la que seguimos hablando.

—Entonces tendrían que esperar a que Annie fuera madre y…

Pero la propuesta de Marie no me gusta nada.

—¿Por qué tengo que ser infeliz toda mi vida hasta que mi supuesto futuro hijo o hija decida cómo quiere comportarse? —me quejo, sintiendo ganas de llorar otra vez—. No quiero volver a separarme de mi padre y merezco ver a mi madre de nuevo.

Las caricias de mi padre vuelven a calmarme poco a poco, pero sigo indignada con una maldición que parece que tengamos que sufrir eternamente por algo que no merecemos en el presente.

—Algo se tiene que poder hacer, porque no es justo —dice Olive acariciando mi brazo, solidarizándose conmigo.

Todos los presentes se quedan en silencio, destrozándome con ello, porque eso quiere decir que a nadie se le ocurre nada que pueda librar a mi familia de esta maldición.

—Esto significa que podría pasarnos cualquier cosa si seguimos juntos, ¿no? —le pregunto a mi padre, rogando internamente para que me prometa que mis miedos no son reales y que todo va a salir al final bien, que todos podremos tener un final feliz de alguna forma.

Pero su sonrisa es demasiado triste como para soñar siquiera algo así.

—Te prometo que haré lo que sea para que podamos volver a ser una familia —susurra para mí, separando el pelo de mi cara con cariño. Mira entonces a Mike y vuelve a sonreírme—. Y para que vosotros dos podáis formar una nueva familia.

—Ampliar la nuestra —le corrijo.

Y mis palabras le han encantado por cómo sigue sonriendo.

—Ampliar la nuestra —repite, besándome en la frente y volviendo a la conversación con el resto, intentando hallar la forma en que las cosas se acaben solucionando.

Pero todos sabemos que es bastante complicado.

Si mi familia lleva maldita durante generaciones desde hace cientos de años, ¿qué podríamos hacer ahora para revertir un maleficio que ha durado tanto?

XVIII

Pete

No va a haber forma de poder localizarla. Lo he intentado de todas las maneras posibles, pero sigue sin dar señales de vida. Sí es cierto que de vez en cuando sé algo de ella. Un breve mensaje, unas pocas líneas en un email. Poco más. Sé que eso ya es demasiado para Émilie. Sigue sufriendo por lo que sucedió y estoy seguro de que me culpa por ello. Yo mismo me culpo,

¿cómo no iba a hacerlo ella?

Cada día de mi vida me he sentido a morir al despertarme. Incluso antes de abrir los ojos, notaba el peso de la culpa por no ser capaz de hacer nada para recuperar a mi pequeña. Pero, ¿qué se suponía que iba a hacer? Si trataba de recuperarla, corría el riesgo de que le sucediera algo realmente grave.

Sabíamos que había cruzado a alguna parte dentro del bosque; la misma Émilie me lo confirmó. Quise ir a por ella, realmente lo intenté, pero fue mi mujer la que me rogó que dejara que fuera ella quien se encargara, que esta situación había ido demasiado lejos por no hacerle caso desde el principio. Me dio verdadero miedo cuando me mostró los casos en los que sus antepasados habían intentado remediar cosas parecidas: sus hijos habían terminado teniendo un final fatal.

Pero yo no era capaz de vivir sin Annie.

Fueron días, semanas, meses horribles, en los que incluso intenté acabar con todo. Pensé que si yo desaparecía, ella podría volver con su madre al menos. Émilie no me lo permitió. Me juró que estaba trabajando en ello, que tuviera paciencia, que todo lo podría terminar arreglando, pero que confiara en ella. Y lo hice, porque no tenía más remedio. Me convenció diciendo que si a mí me pasaba algo, cuando consiguiera hacerla regresar, Annie se podría sentir tan culpable que la maldición no se rompería y eso le destrozaría la vida. Y no podía permitir que, por mi culpa, ella sufriera.

Recé día y noche desde entonces para que, dondequiera que estuviera, hubiera encontrado gente que cuidara de ella. Rogué para que no recordara nada de esta época, ni siquiera a nosotros, sus padres, para que su vida no fuera un constante dolor. Ella merecía ser feliz, cuando, donde y con quien fuera. Y yo…

Yo seguiría queriéndola en este tiempo hasta el fin de mis días, soñando con un reencuentro que jamás pensé que se daría.

—No me lo puedo creer —dice mi hija, que continúa riéndose mientras camina junto a todos hacia Mistletoe Square—. ¿En serio somos famosos? ¿Esa leyenda de Mist Rachs puede ser sobre nosotros?

—Yo creo que sí, porque se parece muchísimo lo que nos acabáis de contar a lo que se cuenta en esa leyenda —responde Olive. Y me mira—. ¿No crees que podrían ser ellos?

Yo me encojo de hombros y sigo mirando a Annie, viendo cómo es de bonita cuando sonríe.

—Pero yo no tengo ninguna hermana —le dice Michael—. Fue una vecina la que se perdió en el bosque. Mi madre murió cuando yo era muy pequeño y mi padre acabó yéndose a la ciudad con otra mujer y me quedé sirviendo a los vecinos de al lado.

—Por dios, Mike, menuda tragedia —exclama Marie.

—¿Tragedia? —dice él, parece que sin comprender por qué la alcaldesa ha dicho eso—. No fue nada traumático. Además —y mira a mi hija con ojos de amor puro—, pude quedarme a su lado.

La gente ovaciona esa frase mientras ella le regala un tierno beso en los labios. Parecen ambos demasiado inocentes para este mundo.

—Bueno, las leyendas van cambiando detalles con el paso del tiempo —les explico yo ahora—. Esa tiene muchos años, así que habrá cosas que no coincidan exactamente.

—Y la bruja tampoco daba tanto miedo —dice mi hija.

—¿Cómo que no? —protesta Michael—. Me contaste que tuviste pesadillas con ella durante una semana.

—¡Te dije que eran por cenar demasiado fuerte! —protesta ella, dándole un pequeño empujón, haciendo reír a todos los presentes, incluyéndome a mí.

Hemos llegado frente al ayuntamiento, donde Tom, el manitas del pueblo que hace también las veces de relojero, nos recibe a todos con el tarro que él usa cada año invariablemente para esta actividad. La Magia de la Navidad es un taller que todo el pueblo ama y al que intenta asistir todo el mundo. Es por eso que las calles de Mist Rachs llevan atareadísimas desde hace horas, ya que la gente va de aquí para allá buscando las cosas que quiere meter en sus respectivos recipientes, unos más originales que otros, de diferentes materiales y tamaños, y que durante todo el año guardarán en sus casas para recordar que ya falta menos tiempo para que llegue la temporada navideña. Su contenido se quemará antes de comenzar el próximo diciembre, pero volverá a llenarse con recuerdos de los días navideños que tendremos por delante durante todo el mes y, con un poco de suerte, el deseo que se pida, se hará realidad. Yo llevaba quince largos años haciendo este ritual en mi casa, alejado de la gente y del bullicio y alegría que emanaban de este día, pidiendo una y otra vez el mismo deseo de forma invariable. No podía soportar recordar a mi propia hija corretear por el pueblo, buscando por todas partes junto a su madre algo más que meter en su botecito. Además, fue a finales de la temporada navideña de hace quince años cuando ella despareció en el bosque.

No podía soportar enfrentarme a algo así bajo la entristecida mirada de todo el pueblo.

—Parece que ya vais llegando todos —comenta Tom desde aquella caseta de madera que habilita cada año bajo el reloj, en donde la gente puede preparar su frasco y dejarlo reposando hasta la noche siguiente—. Venga, id pasando para terminar de enfrascar y colocad vuestros botes en las estanterías del fondo. No os olvidéis de poner la etiqueta con vuestro nombre para identificarlos mejor, que luego hay problemas con la concesión de deseos, y no quiero mirar a nadie —dice cuando pasa precisamente por delante Erik, uno de los cocineros del restaurante de Philip.

—Quisiera yo saber quién fue la persona que pidió que Alan le llevara tantísimas plantas a su casa —se queja él, haciéndonos reír a todos.

Sí, a mí también. Porque desde que tengo a mi hija cerca, la vida parece menos dolorosa.

—Eso pudo ser porque Alan tiene la cabeza en las nubes y no porque alguien pidiera algo así —le dice Jo, su compañera de trabajo y amiga—. Que tú lo achacas todo a lo que te conviene.

Erik recibe una suave colleja de Jo, pero este se queja como si le hubiera traspasado el cráneo, haciendo reír a los que tiene alrededor.

—Yo intentaba cancelar los pedidos del invernadero y Alan no me hacía caso —vuelve a intentar justificarse mientras comienzan a guardar los nuevos ingredientes y recuerdos en los respectivos frascos.

—¿Ya lo tienes todo? —le pregunto a mi hija, que está muy concentrada en el suyo, metiendo pequeñas ramitas de abeto que encontró cerca del bosque.

Me mira y me sonríe.

—Sólo me queda mamá.

—Te aseguro que estoy intentando…

Agarra mi brazo con delicadeza sin dejar de sonreír.

—No pasa nada, papá, lo sé. Ya conseguirás localizarla cuando sea. —Se queda observando los pequeños frascos que estoy preparando desde hace un rato—. ¿Y todo eso?

—Me ha pedido Tom que le ayude con esto. Parece ser que desde hace unos años

preparan varios frascos genéricos por si acaso llega alguien que no tiene y quiere participar o por si un vecino rompe el suyo —le explico como lo hizo hace un rato el mismo Tom—. Pero no me he olvidado del mío.

Mira mi frasco y luego vuelve a levantar sus ojos hacia mí.

—Y tú entonces, ¿ya has guardado todo en tu frasco?

Asiento antes de responder mientras lo cojo y pongo el tapón de corcho en el pequeño bote de cristal transparente que he elegido para la ocasión.

—Espero no tener que pedir lo mismo de siempre al año que viene.

Y creo que ella sabe lo que he podido estar pidiendo todos estos años.

—Yo también espero no tener que hacerlo —me dice, confirmándome que ambos seguimos con esta tradición, aun estando tan lejos en el tiempo durante tantos años.

—¿Antes también se hacía? —pregunta ahora Marie, que acaba de terminar de meter un poco de muérdago en su bote, ayudada por Gabriel.

—De hecho, nos lo enseñó Anna —les cuenta Michael.

—A lo mejor fue ella la que llevó la tradición a ese tiempo y… —empieza a decir Loreen, pero entonces detiene sus palabras y me mira—. Uy.

Todos se han girado también hacia mí con cara de preocupación.

—Un curioso bucle temporal —es lo único que comento yo, alargando mi mano y acariciando un mechón de pelo de mi hija, que no deja de sonreírme.

—¿Cómo que…? —comienza a decir Philip—. Por poco me exilias del pueblo cuando vino mi madre y te pedí tiempo para estar con ella, ¿y ahora dices que…?

Se ha quejado con tanta gracia que el resto ríe por sus palabras.

—No se puede hacer nada con respecto a esto, Philip, pero lo tuyo sí se podía evitar —le reprendo de forma bastante más suave de la que merecería.

Y él lo sabe, por eso se echa a reír.

—Vaya, podríamos haber traído algo de la oficina —escucho que le dice Marie a Gabriel.

—¿Una grapadora? No sé cómo se podría quemar eso al año que viene.

Ella se ríe, demostrando lo feliz que debe ser en estos momentos para hacerle gracia tamaña tontería.

Mi hija me pellizca el ceño y me giro hacia ella, viendo cómo parece esparcir algo en su bote de entre los dedos con los que me acaba de pellizcar.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto.

—Quería meter dentro un poquito de tu ceño fruncido.

Sonrío con su broma y…

Ah, vale. Yo he hecho lo mismo que hace la gente que es feliz. Bien, lo entiendo, sí.

—Voy a por algunos papeles y vuelvo ahora mismo —le dice Gabriel a Marie, dándole un breve beso que ella recibe como si fuera lo más increíble del mundo.

—Es tan bonito veros así… —comenta Jenna en cuanto él se va.

—Me pasa lo mismo contigo y con mi hermano —responde ella, señalando a Philip con su mirada, el cual charla con su otra hermana, Olive, intentando que comprenda que si se come los trocitos de galleta de jengibre que le ha traído a petición de ella, no va a poder meterlos en su frasco.

Tengo que reconocer que soy sheriff del mejor pueblo del mundo, con los vecinos más acogedores y comprensivos que podría alguien como yo imaginar tener cerca.

—Voy a hacer una ronda rápida alrededor y ahora vuelvo —le digo a mi hija, besando

su frente.

—Pero todavía no has terminado —se queja ella, igual que cuando era pequeña.

—No tardaré nada, te lo prometo.

—Yo la cuido mientras tanto.

—No hace falta, Michael —le digo, dejándole cortado con mi respuesta—. Ella se puede cuidar muy bien sola.

—Papá… —vuelve a quejarse ella—. Primero, puedes llamarle Mike. Y segundo, él se está acostumbrando a todo esto. Es una frase que le ha salido sin querer, no porque piense que realmente necesito ser cuidada por un hombre.

—Te aseguro que me esfuerzo, Pete —me dice él, asintiendo ante todo lo que Annie me ha dicho.

En fin…

—Vuelvo ahora —les digo, aunque sé que ha sonado a amenaza incluso.

Todavía me cuesta dejar los hábitos de siempre y recordar que ya puedo ser feliz.

Y hablando de felicidad…

Cojo el móvil y trato de volver a localizar a Émilie. En algún momento tendrá que responder; su hija también la necesita a ella y espero que ese reencuentro no tarde en llegar.

XIX

Frederick

Tiene que estar aquí, estoy seguro. Es el único sitio que me queda por revisar a fondo. En el ayuntamiento no hay nada y estoy empezando a desesperarme, porque pronto volverán y me pedirán explicaciones sobre lo que hago todavía en Mist Rachs. Puede que ya se hayan enterado de que no soy teniente de alcalde desde hace días; ellos parecen saber todo siempre. Y querrán que les cuente por qué vuelvo a este infernal pueblo si ya no tengo nada que hacer aquí. Podría inventarme algo, decirles que estoy tramando alguna maldad contra los vecinos, porque sé que eso les encantaría. Pero me pedirían detalles y… ¿Qué voy a decirles? ¿Qué detalles podría facilitarles sobre algo así?

Hace años seguramente podría haberlo hecho. Sí, sin ninguna duda. Podría incluso haber llevado a cabo cualquier tipo de maldad contra este pueblo. Y por eso vine aquí, para infiltrarme y pasar información. Ellos trabajan en… Sé que es algo importante, aunque nunca me dan detalles, dicen que por mi seguridad. Tampoco yo los solicito. Comprendo que un chico de veinticinco años como yo hay cosas que no es capaz de entender y siempre he pensado que en algún momento me irían contando algo más de lo que hacen.

Pero ahora…

Ahora estoy en un buen lío como vuelvan y me pillen metiendo las narices donde seguro que dicen que no debo tenerlas.

Que, en el momento actual, es en los archivos de Mist Rachs, ubicados en la biblioteca del pueblo.

Y tengo que darme prisa, porque no va a durar para siempre la mierda esa de la magia navideña que tiene a todos como locos en el pueblo. En cuanto August acabe de hacer lo que sea que hacen allí, volverá y no quiero que me pillen rebuscando en papeles antiguos del pueblo. Tengo que salir antes y largarme de aquí para no volver más.

Eso, si consigo encontrar algo, por supuesto.

Anna

—Yo creo que es un poco injusto, la verdad.

Miro a Mike de reojo y veo que está terminando de enfrascar todo por fin. Le ha costado decidirse más que nunca. Decía que tenía mucho que recordar de este año y no le iba a caber todo. Buscó incluso un tarro más grande que los que normalmente usaba en su tiempo y, aun así, ha tenido que esforzarse para que todo le quepa.

—¿Qué te parece injusto?

—Lo de tu padre. —Eso capta mi atención y dejo quietas las manos sobre mi frasco, mirándole atentamente, esperando a que continúe hablando—. Él puede llamarme Mike, todos pueden llamarte Annie y yo, sin embargo, sigo teniendo que decir Anna.

Ha terminado de hablar con voz de lamento absoluto, pero no por ello me mira. Parece dolido de verdad.

Levanto su barbilla para que por fin me mire y veo sus ojos brillantes y bellos observarme como nunca lo hace con ninguna otra persona. Es como si traspasara mis entrañas y abrazara mi alma con su mirada.

—Me molestaba que me llamaras así cuando estaba enfadada, nada más, pero puedes llamármelo siempre que quieras —le aclaro.

Y por su marcada sonrisa, sé que eso le ha encantado.

—¿En serio? —pregunta, como si no se creyera algo tan sencillo como esto.

—Claro, tonto —le aseguro, riéndome en cuanto me abraza con fuerza.

—Pensé que como no te querías casar conmigo, no sabías cómo decirme que…

Me dice aquello en voz baja, con su rostro hundido en mi melena, sin soltar mi cuerpo. Soy yo la que me separo un poco para mirarle a los ojos.

—Pero cariño, si yo te dije que no, fue por las circunstancias en las que estamos ahora mismo, nada más. Por eso te dije que no te lo tomaras como algo…

—No me vuelvas a decir eso de que no es personal, porque una proposición matrimonial siempre lo es —me corta, haciéndome reír aunque he intentado aguantar.

Acaricio su tersa mejilla afeitada, viendo cómo entrecierra los ojos un instante con el paso de mi mano por su piel. Beso sus abultados y enrojecidos labios que siempre saben a frutos del bosque por alguna extraña razón. O puede que sea yo, que su sola presencia la relaciono siempre con aquel primer encuentro de niños, cuando me encontró y vino hacia mí, corriendo, para preguntarme qué me pasaba y quién era yo. Cuando llegó a mi lado y vio que no dejaba de llorar buscando a mis padres, lo primero que hizo fue abrazarme tan fuerte que las lágrimas dejaron de salir de mis ojos. No recuerdo ya cuánto tiempo estuvimos abrazados; puede que algún adulto nos interrumpiera, porque yo no quise que ese abrazo terminara jamás.

Desde entonces, no se ha separado de mí. No lo hizo cuando los vecinos del pueblo de aquel tiempo, recelosos por mi presencia, sobre todo, por haber aparecido saliendo del bosque, no se fiaban de dejar que me quedara entre ellos. Pensaban que tenía que ver con la bruja que habitaba aquella maldita cabaña a la que las circunstancias de la vida nos condujeron años después. Fue gracias a él que una buena familia me acogió; él no se fue de mi lado incluso cuando su padre se fue a la ciudad. Siempre ha estado conmigo y no me imagino la vida sin él. Porque incluso cuando le expliqué lo que en realidad estaba haciendo, no me tachó de loca ni de bruja, no dijo nada a nadie, sólo pidió acompañarme y poder estar más tiempo a mi lado. Es un ser humano tan puro que no sé si me lo merezco.

Y yo he rechazado la propuesta de matrimonio de alguien así.

Es que soy idiota.

—Mike, quería decirte que yo…

Mis palabras se ven interrumpidas por voces demasiado altas fuera de esta caseta. Salimos todos sin pensárnoslo ni un segundo y vemos a mi padre llevando a Frederick hacia el puente, agarrándole por la espalda de su cazadora. Este se revuelve, intentando que le suelte, gritándole algo que no escuchamos desde donde estamos.

—Te lo advertí —vamos oyendo decir a mi padre, hablando con Frederick.

—¿Qué es lo que sucede? —les grita Marie, intentando llegar hasta ellos antes de que alcancen el puente.

Yo me echo a correr y consigo separarlos, haciendo que mi padre suelte a Frederick al verme ponerme en medio de los dos.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —me dice mi padre enfadado de nuevo, tratando de alcanzarle.

Pero, aunque Frederick ya no está siendo retenido por él, no hace amago de huir a ninguna parte. Se mantiene a una distancia prudencial, pero continúa frente a todos, esperando a que se calmen los ánimos.

—No pienso dejar que te suceda nada, ¿de acuerdo? —le respondo ahora a mi padre, que en cuanto me escucha decir eso, frunce el ceño sin entender.

—¿De qué estás hablando? Tengo que…

Trata de volver a agarrar a Frederick, pero se lo vuelvo a impedir.

—Ya lo sujeto yo, Pete —le dice Olive, agarrando a quien mi padre intenta alcanzar, diciéndole de paso algo al oído y consiguiendo que deje que ella le agarre sin resistirse.

Ambos entonces parecen calmarse un momento, lo justo como para poder hablar sobre lo que está sucediendo.

—Tú vas fuera. Ya —es lo primero que le dice mi padre, señalando el Rachs Pont con el dedo de forma enérgica.

—Tengo cosas que hacer aquí, ya te lo dije el otro día —se excusa Frederick, al que Olive no suelta.

—¿Qué es lo que tienes que hacer? —interviene Marie con intriga.

—Ya no trabajas en el ayuntamiento y ni siquiera vives aquí —le recuerda Loreen junto a Marie, manteniéndose todos ellos a una distancia prudencial de Frederick.

—Te advertí que te detendría si volvías a Mist Rachs por intento de homicidio. ¿O sería de asesinato? —le dice mi padre, intentando dar un paso al frente que no le permito dar.

Y no me importa que resople, molesto. Esta vez voy a salvarle, pase lo que pase.

—Cariño… —escucho a Mike a mi lado, tratando de separarme a mí de entre los dos y quedarse él solo, no consiguiéndolo porque no pienso ceder.

—No intenté matar a Gabriel —responde Frederick, molesto por aquella insinuación—. No pensé que fuera tan grave la tormenta; aquí sois muy exagerados con todo.

—¡Tú podías ver el parte meteorológico igual que cualquiera! —le espeta Marie, que lógicamente se toma lo de Gabriel de forma personal—. Y, aun así, intentaste llevar a la muerte a Gabriel.

Este se gira hacia ella con cara de sorpresa para responder.

—Yo no hice tal cosa.

—¿Cómo que…?

Ahora es a Marie a quien hay que frenar para que no alcance a Frederick con sus propias manos.

—Me lo estás poniendo realmente difícil, así que cálmate un poco, ¿no? —le dice Olive, consiguiendo desviar a su hermana de la trayectoria de Frederick.

—Pero es que yo no he hecho nada de lo que están acusándome —se queja él.

—¿Cómo que no? —dice Marie, cada vez más enfadada—. Te inventaste que Sandrine y yo nos habíamos ido al castillo cuando empezó la tormenta y él tuvo que ir a por nosotras. Por poco le cuesta la vida, Frederick, eso es algo muy grave, ¿no te das cuenta?

—E intentaste convencer a todo el mundo para que no se fuera a su casa, cuando la alcaldesa estaba pidiendo que despejaran las calles porque teníamos encima la tormenta —comenta Tom.

Pero la cara de este choca con las acusaciones que se están haciendo de él.

—Todo eso es algo que me dijeron a mí —comienza a decir Frederick—, yo no he ido soltando esas cosas porque se me hayan ocurrido sin más.

—¿Quieres hacernos creer ahora que no eres un chulo y un creído que va por ahí como si tal cosa? —le dice Marie, todavía enfadadísima.

—Mira, esas acusaciones sí que son reales —le contesta él con una sonrisa socarrona.

Ella vuelve a enfadarse, pero ya no hace amago de lanzarse hacia él.

—¿Puedo ya detenerle o queréis suplantarme como sheriff por algún motivo? —protesta ahora mi padre, bastante molesto con toda esta situación.

—No pienso dejar que te acerques a él —le digo muy seria, tanto que él me mira y parece preocuparse.

—¿Por qué dices eso?

—Porque todas las veces que he venido… Cada vez que tú discutías con Frederick, algo terrible te sucedía y… No puedo soportar vivir algo así una vez más.

Y ante mis palabras, mi padre no sabe ni qué decir.

—Menudos dramas que os montáis en este pueblo, de verdad que sois empalagosos hasta para discutir —escuchamos decir a Frederick, medio riéndose al habernos oído hablar—. Bueno, qué, ¿ya puedo irme o el sheriff tiene algo de lo que acusarme que sea real y sobre lo que tenga pruebas? Porque en minutos tendría aquí a todo un equipo de brillantes abogados que acabarían destrozando el pueblo si hiciera falta.

Mi padre parece de repente calmarse por completo. Coge aire y me pide con la mirada que le suelte para ir hacia él, pero ve que no pienso ceder. No esta vez.

—No vas a hacer tal cosa, Frederick —le dice a distancia todavía.

—Ah, ¿no? —le responde con chulería el otro—. Y eso lo sabes tú porque…

—Porque llevo el tiempo suficiente de sheriff en Mist Rachs como para distinguir a quienes vienen a hacer daño al pueblo y a quienes, por el contrario, no quieren dañar a nadie. Tú fuiste al llegar de los primeros, y poco a poco cambiaste a los segundos. Y quiero saber ahora mismo por qué no dejo de tener esa extraña sensación contigo, a pesar de que todo apunta a que eres de los primeros.

Frederick se ha quedado mudo por completo. Mira a mi padre con asombro, como si no se pudiera creer lo que acaba de escuchar. Nadie se mueve, prácticamente ni respiramos durante varios segundos.

—Tú no sabes nada sobre mí —le dice, aunque su voz no suena nada convencida.

—Te ha dolido que te acusáramos de esas cosas —continúa hablando mi padre—. Eso no le molestaría a alguien que disfruta haciendo todo eso y más.

—Mentía. Estaba intentando engañaros para que me soltarais.

Escucho a mi padre reírse levemente antes de responder.

—Sabes que no es así. Lo que quiero entender es qué te sucede para actuar como lo haces.

Olive deja de agarrar a Frederick cuando ve que todos, de repente, estamos más que calmados. Él comienza a dar pasos hacia atrás, pero no los suficientes como para que mi padre sienta que debe ir hacia él.

—Todos vosotros pensáis que soy de una forma y no voy a molestarme en haceros cambiar de opinión —nos dice con voz entrecortada—. Creéis que soy alguien horrible que ha venido aquí para haceros la vida imposible y no tenéis ni idea. —Parece que su pecho va a estallar por lo rápido que lo mueve; aun con todas las capas de ropa que lleva puestas, se puede apreciar perfectamente—. ¿Para qué voy a explicaros nada, si ya me habéis juzgado?

—¿Quién te dijo todas aquellas cosas horribles por las que nos pusiste en peligro? —le pregunta directamente mi padre—. Dinos qué sucede, Frederick, y a lo mejor podemos ayudarte.

—¿Vosotros? —Se echa a reír, como si esa opción fuera una idiotez—. Os creéis que la vida está llena de galletas de jengibre y chocolate caliente, pero las cosas no son así.

—Vale, entonces dinos cómo podemos… —vuelve a insistir mi padre.

Pero su frase se ve interrumpida por el grito desgarrador de Frederick.

—¡Nadie puede ayudarme! ¿Lo entendéis? ¡Nadie puede hacer nada! —Y de la desesperación en su voz y en sus gestos, pasa a la frustración—. En cuanto se enteren, las cosas

se van a poner realmente feas, y yo… Yo tengo que…

Comienza a mirar hacia todas partes, como si quisiera huir, pero algo se lo impidiera. Y nadie lo hace, ni siquiera mi padre.

—Las tres generaciones…

Escuchamos esas palabras y todos nos giramos hacia el lugar de donde provienen. Gabriel parece que acaba de llegar y le vemos frente a nosotros, mirándonos a Frederick, a mi padre y a mí como si estuviera viendo al tribunal de la Santa Inquisición al completo.

—¿Qué es lo que estás diciendo tú ahora? —le inquiere Frederick con voz molesta por la interrupción.

—Ella… —comienza a decir, acercándose a nosotros—. Esa mujer me dijo que recordaría lo que me dijera y…

—Gabriel, no sé de qué estás hablando —le dice mi padre—. ¿Te encuentras bien?

—Hubo alguien que me salvó en el castillo —intenta explicarnos—. Estaba muriéndome de frío, estoy seguro de que si no llega a aparecer ella…

—¿Una mujer? —vuelve a preguntar mi padre.

—Era… Llevaba una especie de capa y… Era rubia, bellísima y tenía una voz dulce que me pidió que recordara algo. —Nos mira fijamente antes de continuar hablando—. Y lo he hecho.

—¿Qué es lo que…? —me atrevo a preguntar.

XX

Pete

Gabriel nos sigue mirando como si todavía no se pudiera creer que somos reales. Como si se estuviera replanteando toda su vida en segundos, incluso su propia existencia.

—Dijo que estaban por reunirse las tres generaciones que romperían la maldición de los Rastchims y que, con ello, empezaría todo.

—¿Cómo? —pregunta Marie—. ¿Qué tres…? Aquí solamente está Annie, porque Pete ni siquiera…

—Ella dijo que Frederick…

Pero no consigue ni terminar la frase. Aquel maldito mocoso, ex teniente de alcalde, se lanza hacia Gabriel, aunque no le toca siquiera cuando le alcanza, así que no necesito ir a detenerle.

Todavía.

—¿Quién te ha dicho algo de mí? —le pregunta con ansiedad—. ¿Qué fue lo que te dijeron?

—No sé quién es ella —reconoce Gabriel—. Pero dijo que tú… Que mostraras la palma de tu mano.

—¿La palma de mi…? —pregunta él, extrañado—. ¿Por qué iba a…?

—Por esto —le dice mi hija, mostrando la suya—. ¿Tienes esta marca, Frederick? —Al ver que él se ha quedado sin habla, observando su mano, insiste elevando la voz—. ¿Tienes tú también esta marca en tu mano?

Frederick levanta poco a poco la suya y al cabo de unos segundos todos podemos comprobar que aquel chico que lleva tanto tiempo por Mist Rachs molestando a todos y haciéndonos la vida demasiado complicada, es un Rastchims.

Y todo en mi cabeza comienza a cuadrar.

—Eres un Rastchims —le digo, acercándome lentamente a él—, pero parece que tú no

sabes lo que eso significa.

—No tengo ni idea de lo que está pasando y empezáis a asustarme —dice él, bajando su mano y caminando hacia atrás.

—La maldición dice que… —intenta explicarle Philip, pero en cuanto Frederick escucha aquello, se lleva las manos a los oídos, como si no quisiera saber nada más de todo eso.

—No pienso escuchar sandeces —nos advierte—. Me voy a ir antes de que…

—¡Pero te necesitamos! —le dice Annie con voz nerviosa—. Tienes que ayudarnos.

—¿Yo? —Frederick ríe de forma pretenciosa—. El perfectísimo pueblo de Mist Rachs no necesita nada ni a nadie.

—Te equivocas —vuelve a decirle—. Si tú eres un Rastchims, necesitamos que…

—A mí no me metáis en vuestras cosas —le corta—. Ya me lo habéis dejado claro: no soy uno de vosotros, así que no tengo por qué seguir escuchando ninguna de vuestras locuras.

Va a darse la vuelta para irse, pero lo que está en juego es la felicidad de mi propia hija, así que me lanzo hacia él y le agarro para que no se vaya de aquí hasta que sepamos qué hacer. En ese momento comienza a moverse de tal forma que acaba empujándome hasta tirarme al suelo ante el grito asustado de Annie, que se agacha a mi lado con urgencia.

—¿Estás bien, papá? —me pregunta una y otra vez ante la preocupada mirada de Frederick, que parece lamentar lo que acaba de suceder.

—Estoy bien, sí —le aseguro—. Creo que… No es nada grave, no te preocupes. —Y me dirijo a Gabriel—. Dime de nuevo cómo era aquella mujer, la que te salvó en el castillo y te dijo todo aquello.

—Era… Era rubia, llevaba una capa por encima, tenía los ojos grises y la piel muy blanca —me explica—. Ah, y una especie de lunar sobre…

—Sobre la ceja izquierda —termina de decir Frederick por él.

Todos le miramos con verdadera atención, pero en especial yo, porque acaba de describir a alguien que él no tendría que conocer.

—¿Cómo sabes de la existencia de mi mujer? —le pregunto todavía en el suelo.

—¿De mamá? —me dice Annie, que ahora mira a Frederick—. ¿Conoces a mi madre? ¿De qué la…?

—Tengo que… —comienza a decir él, mirando hacia un lugar por el que pueda huir—. Esto no puede estar pasando. Mierda, esto es… ¡Era ella la que me dijo…! No, no puede ser.

—¿Cómo que…? ¿Qué es lo que Émilie te dijo concretamente? —le insto—. Espero que no estés queriendo decir que fue ella la que puso a Gabriel y a todo el pueblo en peligro.

—¿Yo? —exclama con voz aguda, alejándose de todos nosotros—. ¡Es ella la que me ha puesto en peligro a mí!

—No, ¡espera! —le pide Annie queriendo levantarse de mi lado cuando ve que ya se está echando a correr.

Pero es tarde. Frederick ha cruzado el puente antes de que ella pudiera levantarse del todo y nadie hemos podido o querido detenerle. Ni siquiera yo, que sigo en el suelo muy a mi pesar, dolorido por el golpe todavía.

Ser sheriff con mi edad y años de tristeza acumulada, no es lo mismo que serlo con treinta y rebosando felicidad, está claro.

—Tengo que volver a llamar a tu madre y espero que por fin me coja el teléfono —le digo a Annie, que me ayuda a levantar junto a Mike y Gabriel—. Tengo mucho que hablar con ella.

—Yo sigo en shock —dice Gabriel—. No puede ser que ella… Me salvó la vida, pero

Frederick ha dado a entender que fue ella quien me puso en peligro en realidad.

Meneo la cabeza en cuanto me pongo en pie por fin.

—Émilie a veces tiene razones que nadie más comprende, pero esto excede de cualquier lógica —le digo—. Puede que no estemos entendiendo bien a Frederick desde hace mucho tiempo.

—Porque él tampoco colabora que digamos —me recuerda Olive—. Es un engreído insoportable que…

—Así en la vida se va a romper el maleficio —se queja Annie con pesar—. Todo el pueblo odia a una de las generaciones de Rastchims. Por lo menos, porque como se confirme lo de mamá…

—Annie, no, no pienses eso —le pido, cogiendo su rostro entre mis manos—. Puede que le hayamos entendido mal o que ella tuviera sus motivos.

—Pero en el resto de ocasiones en las que he venido, Gabriel moría por culpa de aquello —dice, provocando el asombro terrorífico de todos los presentes—. Y tú… ¿Tú estás bien? ¿Seguro que no te hizo nada?

Vuelve a intentar buscarme con nerviosismo alguna herida que haya podido provocarme aquella caída.

—No me ha pasado nada, Annie, cálmate —le pido, acariciando su pelo—. Estoy bien.

—No le ha pasado nada esta vez, cariño —le dice Mike, tratando de calmar a mi hija también.

Ella vuelve poco a poco a respirar con normalidad mientras el resto intenta comprender todos los nuevos datos que tenemos a raíz de los últimos acontecimientos.

—Lo primero es contactar con ella e intentar que venga —propone Marie, que se dirige ahora a Gabriel—. Sigue llamando a tus padres, a ver si te lo cogen y consiguen dar con ella. Yo trataré de localizar a Frederick para que vuelva y así podamos hablar con tranquilidad y nos quede más claro todo eso.

—Tienes algo de sangre en las manos, papá —me dice Annie—. Hay que ir a que te curen eso y a que te revisen por si…

—Estoy bien —le repito—. Ahora me lavo, no es nada.

—¿Seguro? Porque las otras veces… —insiste sin lograr calmarse.

—¿Cuántas veces habéis venido, Annie? —le pregunto, silenciándola de repente.

—Es que… Tenía que salvarte, papá —se excusa con la cabeza gacha.

Levanto su barbilla con mis dedos y hago que vuelva a mirarme.

—Soy yo quien debe salvarte a ti —le digo—. Es ley de vida. Así que te pido por favor que dejes que yo haga mi trabajo como sheriff y mi labor como padre, y…

—No podría quedarme de brazos cruzados aunque me lo rogaras de rodillas.

Lo dice totalmente decidida, sin ningún atisbo de duda o miedo por lo que le pueda pasar. Y me recuerda tanto a Émilie que mis labios sonríen sin darme ni cuenta.

—Eres como tu madre —le confieso—. Igual de testaruda, fuerte y valiente. Daba lo mismo que yo le pidiera que volviera a casa, que no se pusiera en riesgo. Ella me decía que tenía que encontrar la forma de salvarte y que, tarde o temprano, lo conseguiría. —Acaricio la mejilla de mi hija, la que tanto tiempo creí perdida para siempre—. ¿Sabes? Creo que tu madre ha conseguido reunirnos y sigue trabajando en algo para romper la maldición. Aunque ahora no lo entendamos.

—¿En serio crees eso? —me pregunta con ilusión renovada.

Asiento antes de contestarle.

—Habrá que esperar un poco más.

—Y darle un empujón al destino —escuchamos decir a Jenna junto a nosotros—. Si no salvamos Mist Rachs nosotros mismos, nadie lo hará.

Se escuchan aplausos entre la gente por las palabras que acaba de decir alguien que hasta hace pocas semanas no conocía siquiera la existencia de este pequeño lugar. Es curioso cuando menos el amor que despierta en todos este pueblo, pudiéndolo llegar a considerar incluso en horas tu hogar.

—Voy a empezar a llamar a Frederick —dice Marie con energía.

—Y yo a mis padres —añade Gabriel, sacando su teléfono.

Philip se dirige a nosotros.

—No preparéis nada de cena hoy. Pasaos por el restaurante; estáis invitados, ¿de acuerdo?

—Philip, no hace… —comienzo a decir cuando él levanta la palma de su mano, frenando mis palabras.

—¿Tú también? —escuchamos a Cynthia decir mientras mira a Philip—. Ah, no, vale, no tienes esa marca. Pensé que tú también eras un…

—Philip tiene bastante con su familia biológica como para que se le junten más problemas —le explica Tyra mientras nosotros nos reímos por el susto que se ve que se ha llevado Cynthia.

—Ah, pero, ¿su familia no es…? —pregunta ella.

Tyra niega con la cabeza, agarrándola por la cintura y comenzando a caminar, alejándose de aquí.

—Es una historia larga y emocionante que te contaré durante la cena —le dice—. ¿Quieres que abramos hoy uno de los vinos especiados que compramos el otro día donde Pascal?

—¿El de frutos del bosque?

Se alejan mientras charlan sobre el nuevo vino que beberán hoy en la cena, dejando esta plaza cada vez más vacía todos los vecinos de Mist Rachs.

—Si me dejáis ir a lavarme un poco las heridas, prometo ir al restaurante de Philip a cenar —les digo a Annie y Mike, que no dejan de mirarme de arriba abajo, como si pensaran que de un momento a otro me desplomaré en el suelo.

—No sé cómo Mist Rachs no tiene médico propio —se queja Annie, mirando mi mano magullada.

—Esto no es como para ir al médico —le recuerdo.

Ella frunce el ceño en un gesto casi infantil que siempre adoré que hiciera.

—Venga, cariño, dejemos que tu padre se limpie las heridas un poco y vayamos hacia el restaurante a esperarle, ¿de acuerdo?

Pero Annie no parece muy convencida.

—¿Y si le pasa algo mientras…?

—¿Mientras me lavo las manos? —le digo, tratando de que se dé cuenta de que no me va a suceder nada.

—Cada vez que volvíamos, tú… Cuando te enfrentabas con Frederick… —sigue insistiendo con verdadero miedo.

—Entonces algo ha pasado desde la última vez, porque lo he hecho ya dos veces y sigo en pie. —Viendo que sigue con el ceño fruncido, pruebo con Mike—. Id al restaurante; en unos minutos iré yo también.

Él asiente y agarra a Annie de la cintura, tirando suavemente de ella y alejándola de aquí

por fin. Me miro las manos de camino a mi pequeño piso, a pocos pasos de donde estábamos. Ha sido una caída tonta, pero nada más. Mi pobre hija estaba más que alterada por ello; a saber lo que presenció cuando vino aquí con anterioridad.

Y ese Frederick…

¿Es un Rastchims? ¿De dónde ha salido? O puede que la pregunta correcta que haya que hacerse sea de cuándo ha salido. ¿Por qué parecía tan perdido como el resto de nosotros con todo este asunto? ¿Por qué siento que realmente él no tuvo que ver en nada de lo que le hemos estado culpando hasta ahora? Sí, es un engreído y un soberbio, pero puede que sean características que han ido mutando a más y peor desde la valentía y la tozudez de la que tanto mi hija como mi mujer siempre hicieron gala. Puede que todo eso, mal llevado en la vida, desemboque en rasgos negativos que pueden revertirse. Además, él parecía estar preocupado por algo que no dice y no consigo averiguar qué es. Y después de lo que ha pasado hace un momento, no sé si volverá por Mist Rachs.

Puede que la maldición de los Rastchims sea eterna y nada pueda hacerse por evitarla.

Si tan sólo Émilie estuviera aquí, con nosotros…

Si al menos pudiéramos contar con ella…

Cojo mi móvil antes de entrar en casa y lo vuelvo a intentar.

Una vez me di por vencido en mi vida y me dejé llevar a la deriva, creyendo que a partir de entonces no tenía sentido seguir luchando por nada.

Eso nunca más me pasará.

XXI

Frederick

No puede ser.

No, no, no…

¿Cómo va a ser posible?

¿Cómo ella…?

Ella provocó todo esto. Estoy seguro de que tenía intenciones ocultas que no sé si me atrevo a averiguar; para eso tendría que volver a ese pueblo infernal y no me han quedado muchas ganas de ello.

Pero ella… Ella me dijo que buscara. Que yo no era quien pensaba que era. Que encontraría la respuesta allí, en Mist Rachs.

Al principio pensé que era una perturbada con mucho tiempo libre, pero su voz no dejaba de resonar en mi cabeza.

Todavía recuerdo el día que la vi. Fue al estar esperando a que mis padres salieran de trabajar. Yo estaba sentado en una terraza de una hermosa cafetería del centro cuando alguien se sentó a mi lado, en la misma mesa, junto a mi propia silla. Parecía salida de otro tiempo, como si no perteneciera al presente, sino a un glamuroso pasado. La gente alrededor no le prestaba atención aunque tuviera puesta una capa aterciopelada por encima. Pensé en Caperucita Roja. En mi estúpida mente medio infantil todavía, creí que podría estar viviendo un extraño cuento y que ella me llevaría al país de la fantasía. Nada de eso sucedió. Simplemente habló conmigo. Me asustaron sus palabras porque no comprendía nada de lo que me estaba diciendo, pero lo hizo con tanta calma y comprensión que conseguí escuchar todo lo que tenía que decirme hasta que ella consideró oportuno quedarse a mi lado. Luego se fue de allí sin mirar atrás, prometiendo volvernos a ver años después.

¿Y si ese día ya ha llegado?

¿Y si es ahora, en este tiempo, al que se refería que pertenecía? Dijo algo del futuro, ¿no es así?

¿Y si tuviera que volver a Mist Rachs, muy a mi pesar?

Sigo caminando bajo una fina lluvia que me empapa hasta llegar al coche que siempre aparco alejado del pueblo. Es curioso lo que llueve fuera de Mist Rachs, como si aquel pueblucho se mantuviera en la temperatura ideal para que lo que cae durante en invierno sea nieve blanca y pura, y no esta lluvia medio sucia y helada que te cala hasta las entrañas.

No, no voy a volver; no me atrevo a regresar. Porque también recuerdo que dijo que ese día todo comenzaría, y no me gustó nada cómo sonó aquello.

Prefiero mantenerme lejos de Mist Rachs y su gente, al margen de leyendas y misterios, antes que volver a un sitio en el que podría peligrar mi propia integridad.

XXII

Anna

—Y ahora puedes darle a este botón de aquí… Y ya está, ya habéis votado los dos.

Mike suspira con evidente alivio después de que Olive nos haya explicado paso a paso cómo podíamos participar en las votaciones para elegir la mejor decoración navideña de este año. Está muy reñido, porque todas las casas y negocios se esmeran muchísimo cada mes de diciembre en llamar la atención del resto de vecinos con muñecos, nieve artificial, guirnaldas de colores y luces que empiezan a parpadear en cuanto cae la luz en Mist Rachs.

Recordaba este concurso vagamente y me ha encantado volver a vivirlo, aunque de forma modernizada: antes tenías que meter una papeleta en un buzón que habilitaban en Mistletoe Square y ahora hay una máquina para que puedas introducir ahí tus datos y elijas al que quieres que sea el ganador. Aparecen ante ti en esa máquina las imágenes de todos los lugares que participan y puedes tocar con tu dedo el que más te gusta. ¡Ha sido muy divertido hacer eso! A Mike al principio le daba algo de miedo porque creía que podría quemarle el dedo si lo tocaba, pero luego se ha atrevido él solo y ha dicho que quiere incluso que alguien le enseñe cómo se hace una máquina así.

Tenemos a una emocionada Massie subida a una plataforma en la plaza, rodeada de vecinos aquí y allá que empiezan a agolparse a su alrededor, unos con un vino especiado en la mano, otros con un chocolate bien calentito para no sentir el frío helador de esta mañana invernal.

—Espero que los más rezagados hayan podido votar al final —nos dice desde allí arriba, mirándonos a Mike y a mí directamente, con una entusiasta sonrisa.

—¡Todo arreglado! —le dice Olive, haciéndole un gesto con el pulgar hacia arriba para indicarle que lo hemos conseguido por fin.

El resto de gente a nuestro alrededor ríe con amabilidad porque saben que estas cosas son demasiado nuevas para nosotros y han esperado pacientemente a que los dos fuéramos capaces de semejante hazaña.

—Muy bien, pues si ya estamos listos, podemos cerrar las votaciones y comprobar a quién hemos elegido entre todos —nos dice Massie mirando otro aparato que tiene en las manos, parecido a un móvil. La vemos sonreír y levantar la cabeza, y eso seguramente es porque ya ha visto el resultado—. Y el ganador del concurso de decoración navideña de este año es para… ¡Nuestro flamante chef Philip, tanto en la categoría de hogar como de negocio!

La multitud comienza a aplaudir y vemos a Philip abrazar a Jenna, besándola después como si su vida dependiera de ello.

—La verdad es que ha sido increíble lo de Philip —nos comenta Olive—. Llevaba años odiando la Navidad, pero llegó Jenna y… —Mira a su hermano mientras sonríe con emoción—. Vuelve a ser el Philip de siempre.

Hace poco me enteré de lo que sucedió con Philip en este tiempo y casi no me lo podía creer. Recordaba que siempre era un chico al que le encantaban estas fiestas, que nos quería adornar hasta a nosotras mismas. Nos reíamos muchísimo con él. ¿Cómo a alguien la vida puede cambiarle tanto como para perder hasta el espíritu navideño? Y, sin embargo, ahora se le ve tan feliz…

—Quiero agradeceros a todos vuestros votos —nos dice él desde la plataforma junto a Massie, que acaba de entregarle una especie de trofeo—. Ya sabéis lo que significa este año para mí un premio de este tipo.

—¡Pero el de patinaje sobre hielo no lo ganaste! —le dice alguien desde el público, haciendo reír a todo el mundo.

—Seguiré practicando, Daiana —dice él entre risas. Pero al momento, vuelve a hablar —. Este premio tiene que ser de dos. Porque ella compartió el suyo conmigo y es justo que este sea también para ella, ya que es más suyo que mío en realidad. —Antes de que vuelva a hablar, la gente ya sabe qué va a decir—. Porque Jenna ha conseguido que este año quiera decorar no sólo la casa y el restaurante. Ella ha decorado mi corazón con miles de luces de colores y no tendré vida suficiente como para agradecerle todo lo que ha hecho por mí en tan poco tiempo. Porque ahora también es su casa y su restaurante los que han ganado, así que sube a recoger tu premio —le dice, haciéndole una indicación con la mano ante los aplausos de todos los presentes.

Ella sube a la plataforma y lo primero que hace es besar de manera escandalosa a Philip, redoblando los aplausos a su alrededor.

—Eso seguro que la mandaba a la hoguera en otro tiempo —me dice Mike al oído, haciéndome reír.

Me giro hacia él y siento ganas de besarle precisamente de esa forma. Siento un excesivo calor en mis mejillas y estoy a punto de llevar a cabo mi repentino plan cuando Jenna comienza a hablar.

—No os hacéis una idea de lo que ha sido para mí encontrar un hogar en Mist Rachs —dice mientras Philip la rodea con el brazo que tiene libre—. Sois la mejor familia que se puede soñar tener y haré lo que sea para demostraros cuánto os aprecio a todos. —Y cuando la gente ya está comentando lo dulce que es, ella mira un instante a Philip y luego vuelve a dirigirse hacia sus vecinos—. Pero al año que viene, mi negocio competirá contra el suyo en este concurso, así que veremos quién gana.

Philip se echa a reír junto al resto del pueblo. Hace cosquillas a Jenna hasta que ella comienza a reír con él mientras bajan con su trofeo del escenario, besándose de nuevo al llegar al suelo, siendo felicitados por todos al momento. Se les ve felices y no sólo por el premio. Y ver algo así en la gente, provoca mi propia felicidad.

Y en Mist Rachs te sientes de esta forma a cada instante.

Philip y Jenna se acercan a las hermanas de este, que están a nuestro lado, así que todos les felicitamos por su merecido premio. Abrazo a Jenna como si fuera de mi propia familia y ella acaricia después mi pelo.

—Te quedarás, ¿verdad? —me pregunta mientras el resto empieza a hablar.

—Eso espero.

—Así podremos conocernos mejor —dice con entusiasmo—. Philip me ha estado hablando mucho de ti en las últimas horas, ¿sabes?

—Ahora me siento fatal, porque yo casi no sé nada sobre él más que lo que Olive me ha contado estos días —respondo.

Jenna se acerca a mi oído, sonriendo.

—Yo todavía estoy conociéndole, así que tendremos que quedar con Olive y que nos cuente a las dos.

Me echo a reír con ella y siento que la quiero de amiga desde ya mismo.

—Cortina, te lo mereces —escuchamos decir a Mike hablando con Philip, que se echa a reír en cuanto le dice aquello.

—¿Cortina? —pregunta Marie, no comprendiendo como el resto de nosotros.

Mike parece no saber por qué la gente se sorprende y, sobre todo, el motivo por el que

Philip sigue riéndose sin poder explicar algo que él parece haber entendido.

—Philip y yo somos cortinas —nos intenta explicar Mike, aunque sólo consigue que las risas aumenten de volumen—. Pero eso es lo que me ha enseñado Philip hace un rato. —Y le mira, pidiéndole ayuda urgente—. ¿No es eso lo que…?

—¡Colegas! —consigue decir el chef sin dejar de reírse—. Somos colegas, Mike.

La gente sigue riéndose aunque Mike se tape en este momento la cara por vergüenza, pero él también termina riéndose con todos. Ni siquiera en su época le he visto reír tanto. Es como si se hubiera integrado en este Mist Rachs mucho más de lo que se integró en el otro durante su vida allí. Y eso me hace albergar un poco de esperanza. Porque si se siente feliz aquí, podremos quedarnos a vivir en este tiempo y, quién sabe, a lo mejor… A lo mejor, cuando todo esto se solucione, formar una pequeña familia.

—Te vienes, ¿no? —escucho que me pregunta alguien.

Me giro hacia quien me está hablando y veo a Tyra mirarme, mientras Cynthia le da un beso en la mejilla, volviendo a hablar con Olive sin soltarse ambas la cintura.

—¿Dónde?

—A tomar algo —me dice—. Vamos a la cafetería de Chas… —Y se gira hacia un lado, comenzando a señalar—. Nosotras dos, Jenna, Olive, Marie, Jo…

—¡Genial! ¡Yo voy! —exclamo antes siquiera de que acabe de enumerar las que iremos, haciéndola reír un instante. Cojo el brazo de Mike, que sigue hablando con Philip y Jenna, pero en cuanto siente que le toco, se gira hacia mí—. Me voy con las chicas.

—Claro, vamos.

Hace amago de moverse conmigo, pero Philip le agarra y tira de él para que se quede a su lado.

—Annie va con las chicas —le explica—. Tú te vienes conmigo a por unas galletas de jengibre al restaurante.

—Pero si ella… —protesta Mike, que no comprende.

Nunca nos separamos y en su tiempo solamente estamos alejados el uno del otro cuando trabajamos. Si yo voy a alguna parte, él va conmigo. Estamos acostumbrados a eso *por seguridad*, imagino, pero aquí… Este tiempo es muy diferente. Y me encanta.

—Annie se va con las chicas a tomar algo —le repite Philip, que ve que Mike trata de entender rápidamente—. Colega, tengo que ponerte al día, y eso con un vino especiado se hace mejor.

Agarra a Mike por los hombros y se lo lleva a la caseta de Pascal mientras Jenna ríe y se acerca a nosotras.

—¿Café donde Chas? —le pregunta a Tyra.

—Efectivamente —le responde ella.

—Al calorcito, porque yo hoy estoy helada —nos dice Marie frotando sus manos al acercarse a nosotras, después de despedirse de Gabriel.

—Ah, pues yo estoy bien —comenta Jenna.

—En la gloria estás tú con mi hermano, ya lo sabemos —bromea Olive, riéndose y haciéndonos reír al resto.

—Pasando calor día sí y día también con él —dice Jo, que acaba de llegar, habiéndose hecho paso entre la multitud.

Todas se ríen y yo intento disimular, pero creo que es una broma entre ellas o algo y por eso no lo comprendo.

—Tenemos mucho que explicarle a Annie —les dice Olive sin dejar de mirarme,

sonriendo—. Creo que hay que meterla de lleno en este siglo cuanto antes.

—Si yo ya… —comienzo a decir, aunque me interrumpen sus risas.

—Dejad a mi hija en paz o iréis todas a la celda de comisaría —les amenaza mi padre con seriedad aunque bromeando, viniendo hacia nosotras. Me mira y sonríe mientras el resto ríe por sus palabras—. ¿Todo bien?

—Claro que todo bien, Pete —le responde por mí Olive—. Annie se viene con nosotras a tomar algo donde Chas. Para ponernos al día, ya sabes.

Él asiente, mirándola un momento.

—Claro, claro. —Y sigue sonriéndome—. Tú y yo también tendríamos que ponernos al día —me dice él. Y viendo que todas empiezan a protestar, se echa a reír antes de seguir hablando—. Lo sé, ahora mismo no. Vosotras donde Chas, yo a hacer una ronda y… —Vuelve a mirarme—. Tenemos tiempo de sobra para hablar, ¿no?

—Claro, todo el que queramos, papá.

Se hace el silencio hasta que Jo toma la palabra.

—Pete, ¿vas a llorar?

Él agita su cabeza, sonriendo más por la risa que escucha de Jo y del resto.

—Sois todas muy graciosas —les dice, y se dirige a mí—. Tú no les hagas mucho caso.

—Sabes que nos lo va a hacer —dice Olive—. Es mi mejor amiga.

Mi padre menea la cabeza sin dejar de sonreír, haciéndonos ese gesto tan suyo de sheriff, saludando con un par de dedos sobre su sien.

—Tened una buena mañana, chicas —nos desea, alejándose de nosotras, creo que mientras se ríe.

Olive rodea mis hombros con su brazo y comenzamos a caminar por fin en dirección hacia esa cafetería de Chas, el marido de Massie.

—Annie, ya tienes edad para saber muchas cosas, así que las clases intensivas con nosotras van a ser diarias —me advierte, volviendo al tema del que hablábamos antes de que mi padre nos interrumpiera.

—¿Clases?

—Podríamos llamarlo… escuela de adultez —comenta Tyra con una extraña sonrisa.

—Me gusta ese nombre —le dice Jenna.

Chocan las manos entre ellas como si fuera otra cosa muy suya, aunque ya no sé.

—¡Sally, nos vamos donde Chas! —escucho que le dice Marie a una chica que va en dirección contraria a nosotras, por la otra parte de la calle.

Ella se gira y saluda con la mano, viniendo hacia aquí con rapidez. Es alegre y bonita, y siempre tiene una sonrisa sincera en los labios. La he visto estos días en Mist Rachs e invariablemente dan ganas de acercarte a ella para saludarla.

—Puedo abrir más tarde la tienda; lo primero es lo primero —nos dice, haciéndonos reír.

Ya voy pudiendo entender mejor la dinámica de su grupo de chicas. Y eso me hace mucha ilusión.

—Tú eres la que estás con ese chico… —le digo en cuanto me mira y me saluda.

—Yo no estoy con nadie —me corrige.

—¿Con quién estás tú, que no nos has contado nada? —le dice Marie, que luego me mira—. Cuéntanos tú, porque se ve que ella no ha tenido tiempo.

—¡Pero que yo no…! —protesta entre risas.

—Pero yo te he visto todas estas veces con alguien —explico—. No recuerdo su

nombre.

—¿Es de Mist Rachs? —pregunta Olive.

—No le he visto esta vez por aquí y las otras veces la verdad es que no sé si…

—¡Cómo era! ¡Dinos algo más! —inquiere Jo, agitando mi cuerpo con nerviosismo, provocando la risa de todas de nuevo.

—Pues era muy guapo —comienzo a decir—, y te miraba con unos ojos como… Como Philip mira a Jenna, así.

—¡Pero bueno, Sally! —le dice Tyra—. ¡Y nosotras sin saberlo!

—¡Que os digo que no estoy con nadie! —sigue quejándose ella. Y me mira—. ¿Me viste de verdad con alguien las otras veces que viniste?

Yo asiento, riéndome por la cara de asombro absoluto que pone ella.

—Esta vez me sorprendió no verte con él, porque siempre estabais juntos —le digo.

—Qué mala suerte la mía —vuelve a quejarse, parece que bromeando—. Encuentro a alguien que me quiere y ni me entero.

Todas se echan encima de ella, abrazándola.

—Nosotras también te queremos, Sally —le dice Tyra—. Pero que Annie nos cuente detalles sobre ese misterioso hombre, a ver si le conocemos.

Todas ríen y no dejan de bromear mientras continuamos caminando hasta que llegamos a la entrada de la cafetería de Chas.

—Vas a ser muy feliz aquí, Annie —me asegura Olive antes de que ambas entremos, hablándome en bajo.

Yo asiento, henchida de felicidad.

—No tengo ninguna duda.

Creo que por fin he reencontrado mi lugar.

XXIII

Mike

—Eso lo sé, de verdad —le aseguro—. Pero a veces me sale hacer cosas que se ve que aquí no se hacen y…

—Bueno, pero sabiendo ya lo básico sobre igualdad de derechos y…

—No soy tan mala persona —me quejo por las palabras de Gabriel, que se ríe con Philip.

—No lo eres, lo sabemos —me dice él—. Pero estás en una época muy diferente a la tuya y podría costarte un poco al principio. Porque vais a quedaros aquí, ¿no?

Me encojo de hombros antes de responderle.

—Eso creo, pero si lo de su padre…

Asienten, comprendiendo la situación.

—Y tú has venido aquí por ella cada vez que cruzaba —comenta Gabriel con una especie de tono de admiración—. La quieres de verdad, ¿eh?

—Claro que la quiero —le contesto—. Siempre la he querido. Creo que me enamoré de ella desde que la vi por primera vez saliendo del bosque.

—Eso es mucho tiempo —dice Philip, aunque no parece burlarse de mí por ello.

—Me contaron que le pediste matrimonio —dice Erik, uno de los que creo que trabajan en este lugar, que está limpiando toda la cocina mientras hablamos.

Me tapo la cara con las manos cuando todos ellos me piden que les cuente algo más de eso, con bastante intriga por el suceso.

—No fue algo memorable, la verdad —les aseguro—. Dijo que no me lo tomara como algo personal, pero que su respuesta era que no.

Sé que han intentado no reírse, pero se les nota que están aguantando como pueden.

—¿Que no te lo tomaras como algo personal? —pregunta Gabriel sin comprender.

Yo tampoco entiendo, así que no sé ni qué responder.

—Puede que no fuera el mejor momento —reconozco—. Pero se lo iba a haber pedido antes de todo esto de los viajes en el tiempo y…

—Es que está bastante estresada con lo de Pete —reconoce Philip—. Es normal que ahora no le apetezca pensar en otra cosa.

—Y en cuanto se ha enterado de lo de la maldición… —me quejo yo, frotándome la cara otra vez, volviendo a agobiarme—. Tengo miedo de que no quiera estar conmigo por todo esto.

—Pero tío, que se os ve genial, no te comas la cabeza por eso —dice ahora Mathias, un trabajador del hotel en donde nos hospedamos que nos ha acompañado hace un rato.

—Me gustaría contestarte a eso, pero no he entendido prácticamente nada —reconozco.

Mis nuevos amigos se ríen, pero sé que no de mí. Y es un alivio tener gente a tu alrededor con la que sabes que puedes equivocarte y no va a pasar nada por ello.

—Quiero decir que no te preocupes, porque se ve que os queréis —me explica con paciencia—. Además, no es el fin del mundo aunque no os casarais.

—¿No? —pregunto, intrigado con esa afirmación.

—Ahora podéis vivir juntos y formar una familia sin tener que hacer papeles de ningún tipo —me cuenta él mismo—. Y tampoco tiene que dar el visto bueno ningún dios.

—¿Hay más de uno? —exclamo al escuchar aquello.

—En realidad, yo creo que no hay ninguno —responde, echándose a reír—. Pero tú puedes creer en el que quieras.

—¿Eso no es herejía aquí?

—En este tiempo las cosas van de otra forma —dice Gabriel.

—Tampoco se ha avanzado mucho —le replica Philip—. Siguen matándose por ese tema —y me mira—, pero creo que no es tan salvaje ni tan normal como en tu época. O bueno, puede que… —Parece que no quiere profundizar en ese tema y deja la frase sin terminar—. En Mist Rachs puedes creer en lo que quieras o no creer en nada, porque nadie va a juzgarte por ello. Puedes vivir con Annie sin casaros, podéis formar una familia con cinco perros y siete gatos, o tener hijos. O no tenerlos jamás. No pasa nada. Podéis ser felices de la forma que elijáis.

Me quedo boquiabierto con todo lo que acaba de decir. ¡Esta época es maravillosa! Dejan hacer lo que a uno le da la gana y no hay consecuencias mortales ni celestiales por ello. No te condenan a morir en la hoguera ni en la horca y tampoco te auguran una eternidad entre llamas infernales.

No me extraña que Anna desee quedarse en este tiempo.

—Philip, saca otro vino, ¿no? —le dice Gabriel mirándome—. Que hay que brindar porque tenemos un nuevo amigo.

—E imagino que gratis, claro —se queja él entre risas, levantándose y saliendo de la cocina.

—Oye, y vosotros, ¿cómo hacéis para pagar el hotel y todo lo demás cada vez que venís? —pregunta con intriga Mathias, metiéndose en la boca otra galletita de jengibre en cuanto me hace la pregunta.

—Empeñamos cosas de nuestro tiempo y… Bueno, en realidad tengo que confesar un

delito bastante grave, pero imagino que se acabará sabiendo al final. —Todos me miran, esperando a que vuelva a hablar—. Como siempre nos vamos con prisa después de… Bueno, de lo que le sucede a Pete, nunca acabamos pagando el hotel.

Pensé que se enfadarían como poco, pero se echan a reír de nuevo, como si no fuera grave lo que acabo de decir.

—Trabajos forzados como mínimo va a ser la pena —dice Gabriel, sirviéndose un poco del vino que Philip acaba de traernos.

—Unos latigazos —añade Erik sin aguantar la risa.

—Dios mío, que no se entere Pete —les pido, no queriendo sufrir ese castigo.

—¿De qué no me puedo enterar? —escucho precisamente detrás de mí al padre de Anna con voz profunda.

Doy un respingo en mi silla que a todos les hace gracia.

—De que están viviendo en pecado, Pete —le cuenta Gabriel, pasándole una copa de vino, aunque este la rechaza.

—¡Para nada! —me apresuro a aclarar—. No hacemos nada, te lo aseguro, es sólo que compartimos habitación para ahorrar en el Timeless.

—Podríais pedir una planta entera con vuestra forma de pago —escucho a Mathias decir, haciendo que el resto estalle en carcajadas.

Pete me observa detenidamente con el ceño fruncido, pero no parece enfadado, no sé por qué.

—No hay necesidad de dar detalles —me pide—, pero si algún día necesitas cualquier cosa, espero que sepas que puedes contar conmigo. —Alarga su mano hacia mí y tardo unas milésimas de segundo en atreverme a estrechársela—. Eres parte de la familia, Michael. —Parece que con aquello ha terminado su trabajo aquí, porque nos despide con un par de dedos sobre su sien, haciendo una leve inclinación de cabeza—. Buenos días, chicos.

Se va hacia la puerta mientras todos vuelven a charlar animadamente, como si no hubiera pasado nada de gran trascendencia. Y sí que ha pasado. Su padre acaba de hacer algo increíble y yo…

Yo…

—¿Otra galleta? —me pregunta Philip, enseñándome el plato con una docena de galletitas navideñas de jengibre, especialidad de la casa.

—Otra galleta, colilla —contesto, cogiendo una de las que me está ofreciendo y llevándomela a la boca.

—¿Colilla? —escucho que Erik me dice, no comprendiendo a lo que me refiero.

—Philip es mi colilla —le explico, cogiendo otra galleta de aquel plato, repleto de un manjar fabuloso que me tiene fascinado desde la primera vez que vine a este tiempo.

Veo a Erik mirar a Philip, con los ojos abiertos como platos, mientras este y Gabriel se echan a reír.

—Colega, Mike —me vuelve a corregir Philip cuando consigue respirar lo suficiente como para hablar—. Creo que estás aprendiendo demasiadas palabras en poco tiempo.

—Algunas me cuestan algo más que otras —reconozco, riéndome ahora con ellos.

Estando con amigos parece que todo, incluso las preocupaciones o las fuertes emociones, puede esperar.

XXIV

Anna

El día de Nochevieja ha estado nublado desde primera hora de la mañana y no parece que el tiempo vaya a cambiar en lo poco que queda para que acabe. Puede que sea por estar ubicado en un enclave único o porque realmente sea cierto lo que se cuenta y Mist Rachs haya tenido siempre algo de mágico, pero incluso su clima es espectacular. No hace mucho calor en verano, la primavera y el otoño se diferencian perfectamente de las otras dos estaciones, y el invierno goza de una climatología envidiable. Porque sí, soy de las que aman este clima, con días nublados alternándolos con otros de nieve, recordándonos que todavía estamos en diciembre y es tiempo de disfrutar. Aunque eso es algo de lo que, desde hace años, no soy muy capaz.

—¿Sabemos algo nuevo?

Niego ante la pregunta de Loreen en cuanto nos ve bajar de la habitación a Mike y a mí después de haber venido a arreglarnos para despedir el año lo mejor que podamos, a pesar de las circunstancias. Y esas circunstancias son que la maldición parece que será eterna, que no conseguimos localizar a mi madre todavía y que Frederick seguramente se haya ido de Mist Rachs para no volver, así que no nos ayudará.

—Pero al menos mi padre sigue bien —comento, casi más para mí que como respuesta hacia su pregunta.

Y ella entiende. Sonríe con una tristeza que trata de disimular mientras cierra unos grandes libros que tiene sobre la mesa de la entrada.

—Hoy es un gran día para Mist Rachs —me dice—, así que no perdamos la esperanza; podría ocurrir un milagro.

—Llegados a este punto, me cuesta creer que los milagros existan, Loreen.

Me vuelve a sonreír de la misma forma, sabiendo que tengo mucha razón. Es poco probable que, aunque sea Nochevieja, uno de los días más especiales del año en Mist Rachs, todo lo que tendría que suceder, suceda. Mi madre, Frederick, la maldición… Demasiadas cosas.

Y sí, he crecido en una época en la que no abundaban los avances científicos y que el pensamiento generalizado era que las cosas sucedían prácticamente porque sí o porque Dios así lo quería. Tampoco es que estuviera bien visto creer en la magia, pero lo hacíamos. Y, aun así, prefiero seguir pensando en algo más realista.

Y la realidad es que mi familia sigue maldita, pudiendo quedar así por toda la eternidad.

—¿Quieres ir primero a tomar algo donde Chas? —me pregunta Mike mientras me coloca por quinta vez la bufanda antes de salir.

—Sí, claro, vamos —respondo bastante desanimada, así que trato de mostrar algo de más de entusiasmo; no es justo para nadie que mi humor lo paguen las personas que más quiero, y Mike es una de ellas—. Me apetece muchísimo un chocolate con churros, ¿sabes? —Y creo que me mira sin comprender de qué le hablo—. Es un manjar exquisito que todavía recuerdo y no he vuelto a probar. Mi padre me decía que podíamos comer churros en días especiales, como en Año Nuevo, pero no creo que pase nada porque comamos un par de ellos un rato antes.

Me hace un gesto con la cabeza para que salgamos y despedimos con la mano a Loreen, a la que veremos como al resto del pueblo, si no es en la cena en el polideportivo, al final de la noche frente al reloj de la plaza, mientras recogemos nuestros frascos navideños, recargados de magia para todo el año. Tengo ganas de saber si se cumplirá mi deseo, aunque tenga que esperar para formularlo un año entero.

—Así que en días especiales, ¿eh? —comenta en cuanto salimos al exterior, en donde

una bocanada de aire frío nos da la bienvenida una vez más en este hermoso día gris.

—A veces era por cosas pequeñas —reconozco—. Me gustaban demasiado.

Sonríe y agarra mi cintura mientras continuamos caminando en dirección a la cafetería de Chas.

—Tu padre seguro que se saltaba sus propias normas si era por ti —me dice, sonriendo al pensar en mi padre de esa forma.

—No siempre, pero…

Río con él, aunque mi entusiasmo se apaga en cuanto las preocupaciones familiares vuelven a sobrevolar por encima de nosotros hasta casi estrellarse en nuestras cabezas.

—Todo va a arreglarse —me asegura, dándose cuenta de lo que me sucede.

—No sabemos nada de mi madre todavía. Y Frederick no va a volver —le digo, empezando a sentir cada vez más ansiedad—. Eso quiere decir que no vamos a poder ser nunca felices ni formar una familia. Yo no podré volver a estar con mis padres, nosotros no podremos estar juntos si…

—Annie, no —me pide, cortando mi monólogo angustiante—. Todo va a solucionarse, estoy seguro.

—No es algo que puedas prometerme, Mike.

—Pero las cosas esta vez son diferentes, ¿no te das cuenta? Algo ha cambiado y es a mejor.

—Bueno, sí, pero…

—Durante este rato, intenta no pensar en nada más que en disfrutar de lo que queda de época navideña y luego ya se verá.

Suspiro, sabiendo que tampoco tengo muchas más opciones.

—Qué remedio.

—Esa respuesta no es muy navideña —se queja, animándome a que al menos sonría de nuevo.

—Acabemos el año con una dosis extra de azúcar —propongo, haciéndole reír—. ¿Así mejor?

—Creo que ya que vuelves a estar en sintonía con el espíritu navideño de Mist Rachs.

—¡Vaya! —exclamo al escucharle aquella frase—. Cada vez hablas mejor, Mike.

Él se ríe con vergüenza, frotándose la nuca con la mano enguantada que tiene libre.

—A veces me cuesta un poco aprender ciertas palabras, pero la gente tiene mucha paciencia aquí.

—Porque les caes muy bien.

Mike sonríe pronunciadamente, con una excesiva felicidad en el rostro por lo que acabo de decirle.

—Ya tengo un buen puñado de cojines con los que charlar de…

Me gustaría poder aguantar la risa en momentos así, pero os aseguro que es harto difícil.

—¿Cojines?

Pone cara de circunstancia antes de responder.

—¿Correas? —Niego con la cabeza, tratando de dejar de reírme para decirle la palabra que busca e intenta aprender desde hace días—. ¿Coletas?

—Uy, ¡esa estuvo cerca! —exclamo, todavía riéndome, ahora con él.

Pero cuando voy por fin a recordarle la palabra, nos encontramos con Gabriel, Marie, Olive y los padres de estas últimas al entrar en Snow Avenue. Olive me abraza como si fuera esta la primera vez que nos vemos desde hace quince años, haciendo reír al resto durante unos

segundos.

—¿Venís al final a la cena común? —les pregunto en cuanto Olive me deja respirar, saludando al resto, al igual que Mike, que lo hace cada vez con menos vergüenza.

—No podíamos perdernos la celebración de este año —me dice Max, dándome unas palmaditas en la mejilla que me transportan al pasado en un segundo.

—Esto lo hacías también cuando era pequeña —le digo con emoción, recordando aquellos momentos.

Él se sorprende y sus ojos se enrojecen.

—¿Te acuerdas de eso? —pregunta con asombro.

—Hay cosas que voy recordando con el paso de los días —le cuento.

—Olive se quedó destrozada cuando… —me cuenta él.

—Papá, vamos a intentar no ponernos tristes, anda —le corta Marie, tratando de que el ambiente navideño con villancicos de fondo no se difumine en una triste anécdota del pasado.

—Sé que todavía tiene pesadillas con aquello —insiste él, que se acerca más a mí, cogiendo una de mis manos entre las suyas—. No vas a volver a irte, ¿verdad?

—Max, yo aquella vez no quise irme —le aseguro.

—Lo sé, lo sé —reconoce—. Pero ya me entiendes. Esta es tu época, ¿no? —Y entonces mira a Mike, que atiende a la conversación con una dulce sonrisa—. A ti ya te queremos como si fueras de este tiempo desde siempre.

Olive se ríe por el esfuerzo que está haciendo su padre para que Mike y yo nos quedemos.

—Tienen que hablar entre ellos para ver qué hacen, papá —le dice mi mejor amiga, que me mira después—. Pero vais a quedaros, ¿no?

Mike ríe con ganas por la insistencia de todos ellos, haciéndome por fin reír a mí.

—Mi nuevo colega yo creo que también se quiere quedar, pero es lógico que tengan que hablarlo a solas —dice Gabriel, interviniendo para intentar cerrar el tema.

—¡Eso es! ¡Colega! —exclama Mike con tremendo alivio.

—¿Sigues sin recordar esa palabra? —pregunta entre risas Gabriel.

—No sé qué me pasa con ella, pero me está costando más que con otras —reconoce Mike, que me mira después—. Pero voy a tener tiempo de sobra para aprenderla, ¿no es así?

Olive empieza a aplaudir con emoción al ver que yo asiento, sabiendo que eso significa que nos quedaremos. No sé todavía cómo conseguiremos adaptarnos, pero podremos hacerlo juntos. Y si Mike está conmigo en esto, estoy segura de que vamos a ser muy felices incluso durante el proceso.

XXV

Pete

Me duelen los músculos de la cara de tanto sonreír. ¡Incluso estoy riéndome! ¿Hacía cuánto tiempo que no sentía que mi corazón estaba tan lleno de vida? Quince largos años. Quince años en los que he vivido en los recuerdos de una familia que se rompió por causas ajenas a nosotros. Quince años de culpabilizarme por ello y no poder hacer nada al respecto para intentar solucionarlo. Quince años de dolor, espera, miedos y sufrimiento extremo. Sin embargo, hace unos días la luz volvió a mi vida y mi hija, mi pequeña y hermosa Annie, volvió a casa por ella misma. Todavía no sé exactamente cómo resolver todo lo que tenemos por delante, y sé que será complicado, a juzgar por las circunstancias que nos rodean, pero no puedo perderla de nuevo. Aquella vez fui un estúpido al no dar la importancia debida a la maldición de la que tanto me hablaba Émilie y tantísimo la aterraba.

Ahora no voy a dejar que mi soberbia vuelva a llevarse lo que más quiero en mi vida.

—Me lo apuntaré para tu cumpleaños —me dice Jenna, levantando su copa de champagne y dejándola a mitad de camino mientras frunce el ceño—. ¿Cuándo dices que es tu cumpleaños?

La gente vuelve a reír, yo incluido.

—¿En serio me harías una tarta de tres chocolates simplemente por ser mi cumpleaños?

Ella asiente ante mi pregunta.

—Pete, eres muy importante para todos nosotros —me explica—. Y te lo dice alguien a quien hace bien poco seguro que querías echar del pueblo.

Todos volvemos a reír con su descripción de mi comportamiento.

—Te queremos mucho, Pete, y esperamos que sigas sonriendo muchos años más, así que haremos lo que sea necesario para verte siempre así de feliz —dice ahora Marie con una sonrisa contagiosa.

Alzan sus copas, yo incluido, y brindamos una vez más por todo y por nada, porque después de llevar toda la cena brindando por mil motivos, poco nos queda ya por decir.

La gente ha ido terminando de cenar y se divierten ahora bailando por la zona del polideportivo que no hemos llenado de mesas. Todo aquí dentro es alegría y celebración, como si no existiera en el mundo ningún problema ni preocupación que no se pudiera resolver viviendo en Mist Rachs. Este pueblo a veces se convierte en un remanso de paz en el que poder refugiarte de todo lo demás. Pero cuando en un lugar así se te parte el corazón… ¿Adónde podrías huir para escapar del dolor?

Comienza a sonar un viejo y conocido villancico que me trae infinitos recuerdos de los años en los que fuimos una familia unida y feliz.

Last Christmas, I gave you muy heart.…

Me levanto de mi silla mientras el resto de comensales que quedan sentados continúan charlando animadamente. Me acerco a mi hija y extiendo mi mano hacia ella, la cual observa antes de levantar la mirada hacia mí.

—¿Le concederías este baile a tu viejo padre? —le pregunto, provocando murmullos de emoción a nuestro lado.

Ella sonríe y le brillan los ojos de forma preciosa, como cuando adivinaba la solución de algún acertijo o veía a una mariposa posarse sobre su mano durante unas milésimas de segundo.

Coge mi mano mientras se levanta, haciéndome el hombre más feliz de todo Mist Rachs.

—Siempre, papá —me dice—. Pero ni se te ocurra volver a decir que eres viejo, ¿entendido?

—A sus órdenes —respondo ante aquella riña tan deliciosa que hace reír a la gente que la ha escuchado.

Caminamos unos pasos de la mano hasta que nos alejamos un poco de las mesas y comenzamos a bailar.

—Hacía muchos años que no bailábamos —comenta sin perder su sonrisa.

—Aquel último día bailamos —le recuerdo con pena envuelta en la felicidad de volver a tenerla a mi lado.

—Siempre bailábamos mucho —dice entre risas.

This year, to save me from tears, I'll give it to someone special.

—Lo siento, cariño —me atrevo a decirle por fin, comenzando a romperme una vez más —. Tuve que ir a buscarte hasta dar contigo. Tuve que…

—Oye, no —me corta—. Papá, no sabías ni cómo encontrarme.

—No es excusa. Tuve que…

—No tuviste que hacer nada —vuelve a cortarme, acariciando mi mejilla sin dejar de bailar—. Yo fui la que no tuve que desobedecer y entrar en el bosque.

—Eras una niña, por el amor de dios.

—Y tú el padre que la adoraba y que sabía que, estuviera donde estuviese, mi vida no correría peligro.

Now I know what a fool I've been…

—Tu madre me pidió que tuviera paciencia, porque te haría volver —le cuento.

—¿No volvió a Mist Rachs para quedarse contigo?

—Nos rompimos demasiado y cada uno trató de recomponerse como pudo.

—¿Pero os seguís queriendo?

—Es la única mujer de la que estuve y estoy enamorado —le digo, dando por respondida su pregunta.

—Volverá, ¿verdad? —pregunta con ilusión—. Ella va a volver a Mist Rachs, todo esto terminará de alguna forma y podremos volver a ser una familia.

Apoyo su cabeza contra mi pecho un instante, como si con aquel gesto el oxígeno pudiera llegarme de manera más profunda a los pulmones.

A crowed room, friends with tired eyes…

—Cariño, tengo que decirte algo. —Ella levanta la vista y me mira fijamente, esperando a que vuelva a hablar—. Si Mike y tú decidís finalmente que tenéis que iros…

—Papá, vamos a quedarnos —me vuelve a decir, como lo ha estado haciendo durante toda la cena.

—Pero si las cosas se complicaran aquí y prefirierais formar una familia en la época de Mike, quiero ir con vosotros.

Su gesto es de absoluta extrañeza.

—¿Cómo ibas tú a sobrevivir en…? —comienza a decirme, esbozando una incrédula sonrisa.

—Si vuelvo a perderte, no podría soportarlo —le aseguro—. Me iría contigo al fin del mundo si hiciera falta. Pero por favor, esta vez avísame antes de entrar en el bosque, ¿de acuerdo?

Sonríe, asintiendo.

—Lo haría, pero no va a hacer falta, porque ya te he dicho que hemos decidido

quedarnos aquí.

—Quiero pasar el tiempo que me quede de vida cerca de ti y…

—Pero papá, por favor —se queja ella, riéndose—. No pienso dejar que hables así. Tenemos muchos años por delante para resolver lo que sea que necesitemos para romper la maldición. Juntos, ¿de acuerdo?

La abrazo, moviéndonos de esa forma al ritmo del final del villancico.

—Annie, te quiero tantísimo…

Levanta la vista sin dejar de abrazarme.

—Yo también te quiero, papá. Siempre lo he hecho, incluso cuando me aseguraban que todo había sido un sueño —me cuenta por primera vez—. Siempre te quise, porque sabía que mi imaginación no habría sido capaz de crear a un padre tan maravilloso como lo eres tú.

Volvemos a abrazarnos mientras el villancico termina, no queriendo separarme de ella nunca más.

Michael

Haber cenado compartiendo mesa con gente tan maravillosa como la de esta época, tratando de charlar todos con nosotros para hacernos menos duro el momento que Annie y su padre están pasando, me parece el preludio de una maravillosa época que podremos vivir en el actual Mist Rachs.

—Hemos cenado como reyes —le comento a Annie mientras bailamos junto a varios vecinos en el mismo lugar de la cena, a un lado de la zona de mesas que todo el pueblo hemos ayudado a montar.

It's beginning to look a lot like Christmas everywhere you go…

—Y todo esto es una cena muy normal en este tiempo —dice ella sin dejar de mirarme a los ojos, brillantes con el reflejo de las luces que parpadean lentamente por el techo de la sala.

—Aquí todos viven como si tuvieran millones de monedas en sus casas.

Sonríe y seguimos bailando unos segundos, agarrando su cintura yo y rodeando mi cuello ella.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte en esta época? —me pregunta con algo de miedo.

It's beginning to look like Christmas, soon the bells will start…

—Claro que sí, ya lo sabes.

—Es que como lo de mi familia… Es decir, nosotros puede que no…

And the thing that'll make them ring is the carol that you sing…

—Annie —le corto, sabiendo que va a recordarme lo de la maldición—, no me importa nada de eso. Si volvemos a mi tiempo, tendríamos el mismo problema, ¿no?

—Pero tú podrías rehacer tu vida con otra persona. —Y parece caer en algo—. Bueno, y aquí también podrías…

—Sabes que si no es contigo, no es con nadie, cariño —le aseguro, volviendo a hacerla sonreír.

Right within your heart.

Apoya su cabeza en mi pecho mientras continuamos bailando hasta que vuelve a mirarme para hablar.

—¿Seguro que no vas a querer tener hijos? —pregunta.

Eso me hace gracia, pero no pienso reírme con algo así, sólo por lo seria que lo está diciendo.

—¿Contigo?

—Conmigo puede que no sea posible por… —dice con pena infinita.

He visto cómo es Annie con los niños de mi época y se desvive jugando con ellos y cuidándolos el tiempo que sea necesario. Cura sus heridas y les ofrece a todos enseñanzas que hacen siempre de ella la más popular entre todos los pequeños.

—Annie, quiero estar a tu lado aun sabiendo todo lo que eso conlleva. Aunque me parta un rayo mañana mismo, aunque no podamos tener hijos propios… Quiero pasar nuestro presente cuando y como sea.

But the pretties sight to see is the holly that will be on your own front door.

—¿Cómo puedes ser tan absolutamente perfecto, Mike? —dice, lanzando la pregunta al aire.

—Porque te he encontrado —respondo sin dudarlo.

Menea la cabeza con una ligera sonrisa mientras la canción que bailábamos llega a su fin y nos detenemos en mitad de la sala, con todos los vecinos de su tiempo a nuestro alrededor, aunque en este momento es como si cada uno de los mistrachianos que ha habitado estas tierras alguna vez, estuviera presente de alguna forma para darnos su incondicional apoyo en una decisión así.

—Chicos, tenéis una ramita de muérdago precisamente sobre vosotros —escuchamos a Loreen decirnos con complicidad, echando la vista hacia el techo, desapareciendo después sin que tampoco nos demos cuenta.

Nos besamos sin comprobar que lo que decía era cierto, porque no necesitamos nada más que tenernos el uno al otro. Beso los labios de la mujer de la que estoy enamorado y lo estaré hasta las últimas consecuencias, por la que daría mi propia vida, aunque ella me repita que eso no le gusta y que es poco moderno, signifique eso lo que signifique en esta época. Sí, beso a Annie, que me devuelve el beso mientras la abrazo para hacerla saber que estaré siempre a su lado.

De la forma que ella quiera y el destino nos permita.

Sure, it’s Christmas once more.

Seguimos abrazados, aunque la música ya haya acabado.

XXVI

Anna

Uno de los momentos más importantes que Mist Rachs vive en diciembre es este precisamente: el último día del año. Da igual la época en la que lo haya vivido. Invariablemente, los vecinos del pueblo sentimos que la Navidad se nos escurre entre los dedos y tratamos de juntarnos para soportar la pena, ya que comenzará una nueva cuenta atrás para las siguientes navidades, demasiado lejos todavía en el horizonte.

Este año, además, tiene más carga emocional para todos. Porque normalmente tratamos de quedarnos con todo lo sucedido en los últimos días para pasar la pena de forma algo más edulcorada. Y sí, yo este año he conseguido algo de suma importancia como es volver a tener a mi padre a mi lado, pero he pasado por tanto hasta llegar al momento actual, y queda tanto dolor por despejar y tantísimos problemas por resolver, que no sé si prefiero no recordar.

—¿Se recogen ahora o después de las doce? —le pregunta Jenna a Philip mientras caminamos hacia el reloj de la plaza, minutos antes de las doce, con un vaso de vino en la mano y grandes dosis de nervios por el año que está a punto de comenzar.

—Es después, mi vida —le dice con absoluto cariño, besando la mano de ella que agarra con la suya.

Mike me mira, alzando las cejas en un gesto que parece expresar lo mucho que le gusta ver parejas enamoradas. Aprieta con algo más de fuerza mi mano al ver que estoy sonriéndole y seguimos caminando en silencio hasta llegar bajo el reloj, en donde todo el pueblo está reuniéndose para recibir el año nuevo juntos.

Mi padre echa un vistazo al móvil y me dirige una triste mirada que acompaña como puede de una sonrisa, indicándome de esa forma que no hay noticias todavía de mi madre.

No voy a perder la esperanza, así que seguiré pensando en el momento en el que podamos estar por fin los tres juntos de nuevo.

—Vamos, vamos, id pasando todos por aquí —nos va diciendo Tom, el que parece ser que está al mando en esta ocasión—. Venga, que quedan pocos minutos y tenemos que estar todos preparados, vamos. —Tom nos ve llegar a Mike y a mí y se dirige a nosotros—. ¿Celebrabais así la entrada del nuevo año en la otra época?

—De hecho, era muy similar, sí —le dice Mike—. Annie nos convenció a todos para que lo celebráramos precisamente así, aunque estas bebidas están bastante mejor conseguidas que las de mi época.

Tom ríe con ese comentario y deja que vayamos a colocarnos junto al resto. Hace frío, o eso creo. Dicen que va a nevar esta noche, pero todavía no parece que ningún copo interrumpa este momento. Olive llega junto a Marie, Gabriel y Sandrine; los padres de mi mejor amiga vienen detrás. Vemos a Loreen, que nos saluda desde lejos, volviendo a hablar con Helen y Mathias, también trabajadores del Timeless. Massie y Chas comparten unas palabras al oído y se sonríen con complicidad, saludando acto seguido a Tyra y Cynthia, que acaban de llegar a carreras, agarradas de la mano; se las ve tan felices que es un placer observarlas. Jo y Erik charlan con André y parecen estar gastando una inocente broma a Rudolph, el ayudante del restaurante que conocí en esta ocasión. Sally habla mientras tanto con Pascal de algo que parece serio, pero acaban riendo ambos. Hay tantos vecinos a los que me gustaría agradecer su hospitalidad y amabilidad con Mike y conmigo, que sería imposible hacerlo en estos pocos minutos que quedan para la medianoche. Me limito, pues, a disfrutar de sus risas, sus comentarios animados y los saludos rápidos que nos dedican al vernos entre la multitud.

Habrá tiempo a partir de hoy para estrechar lazos. Sé que me queda una larga vida por delante para vivirla junto a Mike en las animadas y pintorescas calles de Mist Rachs.

Pete

Un año más estamos aquí, esperando a terminar la temporada navideña todos juntos. Y creo que no falta casi nadie, por lo que he podido comprobar al hacer mi última ronda del año. Mist Rachs no es un pueblo de muchos habitantes y podemos reunirnos en la misma plaza para despedir el año en compañía de todos. Aunque hay algunos que son algo más reticentes a disfrutar de un poco de felicidad.

—¿Seguro que no prefieres pasarte?

Alan menea la cabeza, sirviéndose un poco de té caliente en su vieja taza y regresando a sentarse a su butaca, frente a la que yo mismo estoy sentado.

—Me apetece más quedarme aquí tranquilo, Pete, ya sabes.

Y sí, sé lo que Alan siente; lo sé demasiado bien. Porque, aunque mi hija haya vuelto y mi corazón esté recomponiéndose por ello, también comprendo lo que es no volver a ver a la persona de la que te enamoraste años atrás. Lo he vivido todo en esta vida y creo que por eso comprendo tan bien el dolor de Alan, que perdura en el tiempo desde hace demasiado ya.

—Sabes que puedes contar conmigo o con cualquier vecino de Mist Rachs, ¿no? —le recuerdo.

Él sonríe, pero sé que este año tampoco voy a convencerle para que nos acompañe al cierre de la temporada navideña. Lo intento todos los años e invariablemente Alan siempre me da una educada negativa como respuesta. En realidad, yo no me unía a las celebraciones. Iba para comprobar que todo salía bien y no había ningún altercado, pero no sentía que tuviera motivos para festejar nada. Este año, sin embargo, he prometido a Annie que asistiré y lo celebraré con todos ellos. Sé que queda mucho por hacer y que la maldición sigue ahí, pero mi situación ha mejorado sustancialmente con respecto a la del año pasado y tengo motivos de sobra para sentir felicidad. Pero Alan…

—Disfruta del cierre de este año, Pete; lo mereces más que nadie —me dice, dándome unas palmadas en la pierna.

Me levanto con algo de desgana por no ser capaz de convencerle para que vuelva a celebrar con todos un momento tan importante en nuestro pequeño Mist Rachs. Voy hacia la puerta y subo la cremallera de mi cazadora, mirándole desde allí.

—Tú mereces mucho más de lo que te permites, Alan. —Se encoge de hombros, comprendiendo mis palabras perfectamente—. Espero que este año puedas sanar.

—Feliz año, amigo —es su triste y escueta respuesta.

Asiento, sonriendo al que, por raro que parezca, considero también mi amigo. Puede que compartir un dolor extremo estreche lazos entre almas rotas y que eso haya sido nuestro punto de unión desde hace tiempo.

—Feliz nuevo año, amigo mío.

XXVII

Pete

—Esta cuenta atrás me mata los nervios —reconozco frente a mi Annie, que ríe con mi impaciencia.

—Todavía recuerdo cuando me subías a tus hombros y me contabas historias del mago

relojero mientras esperábamos.

—¿Qué historias son esas? —pregunta Mike con intriga.

—Hubo un curioso personaje hace alrededor de un par de siglos en Mist Rachs que se encargaba de las labores de mantenimiento del reloj central —le cuento mientras acaricio el pelo de mi hija—. Dicen que era muy sabio y que tenía la capacidad de ver las almas de todos los seres vivos. Contaban con él para todo y siempre conseguía el mejor remedio.

—Eran unas historias increíbles —le dice mi hija con emoción, como si todavía recordara aquellos relatos con los que intentaba amenizarle la espera—. Además, después de eso siempre aparecía mamá para celebrar todos juntos el año nuevo que comenzaba con el fin de la última campanada. —Y me mira con ojos de esperanza—. A lo mejor si cuentas una de esas historias ahora…

Me río con la voz que pone al pedirme algo así.

Y yo, encantado, le bajaría la luna y un millón de estrellas, así que no me cuesta nada cumplir sus deseos.

—No sé si recordarás aquella historia cuando el mago relojero fue consultado por un hombre que tenía el corazón roto en mil pedazos y no sabía recomponerlo. —Y ella, por la cara de emoción que pone, sé que lo recuerda—. Aquel buen hombre no sabía qué hacer con todos esos pequeños fragmentos. Había probado de todo, pero nada funcionaba. Los pedazos de su corazón seguían sin poder encajar los unos en los otros y no había sustancia que los volviera a unir. —Echo un vistazo alrededor de forma automática, no sé bien si comprobando profesionalmente que todo siga en orden o buscando con la mirada a Émilie, que en otro tiempo aparecería por sorpresa entre nosotros. Y no, eso no va a suceder, como lleva sin pasar desde hace demasiados años ya—. Aquel buen hombre había consultado con los que él creía que eran los mejores especialistas médicos y científicos, pero ninguno de ellos consiguió que el corazón volviera a su forma original, dándolo como un caso perdido. Fue entonces cuando consultó con el mago relojero de Mist Rachs, que tenía fama en la región de ser el mejor. Y entonces, después de examinar pieza a pieza con detenimiento y con una precisión que sólo un relojero podría conseguir, llegó a la solución.

—Es buenísima, ya verás —anticipa con emoción Annie, haciéndonos reír a Mike, a mí y a un par de vecinos que parecen haberse unido a este cuentacuentos improvisado.

Continúo después de esta tierna interrupción para un público más amplio, que espera el final del cuento en silencio.

—El mago relojero le dijo a aquel pobre hombre que debía llevar cada fragmento a todas aquellas personas que amaba en su vida y que entonces sentiría que su corazón volvía a funcionar. El hombre del corazón roto no comprendía cómo sería eso posible, pero decidió hacer caso al famoso mago relojero, ya que no tenía más opciones. Así pues, se dirigió a todos los que amaba para entregarles un fragmento de su propio corazón, inerte y apagado, esperando una reacción. Pero no parecía funcionar.

—Vaya… —escucho a Sandrine decir con pena.

Me giro hacia ella y sonrío ante las leves risas de su alrededor.

—El hombre —continúo hablando—, algo desesperado, volvió a ver al mago relojero de Mist Rachs. Le expuso lo que había hecho, pero que no había conseguido que nada cambiara. Fue entonces cuando el famoso mago le explicó lo que faltaba. Y es que tenía que darle un fragmento también a quien él seguía amando, aunque ya no estuviera vivo. Así pues, el hombre del corazón roto se dirigió al lugar en el que sólo había estado una vez en su vida, años atrás. Su padre había fallecido cuando él era un pequeño niño travieso y le dolió tanto su pérdida que no

quiso volver a aquel lugar nunca más. Se arrodilló ante su lápida y depositó encima de la tierra el fragmento de su corazón, el cual, en cuanto sintió la humedad del lugar, comenzó a hundirse poco a poco, desapareciendo en segundos de su vista. —Escucho suspiros de emoción alrededor y comienzo la parte final del cuento—. Fue en ese instante cuando el hombre del corazón roto sintió que algo en su pecho comenzaba a latir de nuevo. Se llevó la mano al lado izquierdo, donde antaño albergaba su roto corazón, y sintió de nuevo calidez en la piel. La sangre corría por sus venas con mucha más rapidez y se dio cuenta de que, efectivamente, el mago relojero de Mist Rachs había tenido razón desde el principio. Porque al darle un fragmento a cada uno de los que amaba, estuvieran vivos o muertos, le reparó todo el daño que el tiempo le había causado. Y jamás volvió a sentir roto su corazón.

Los aplausos se suceden mientras mi hija me abraza, besando mi mejilla después.

—Eres mi cuentacuentos favorito —me dice con una sonrisa bellísima que acaricio con mis dedos para darme cuenta de que ella es real, que es cierto que está a mi lado, entre mis brazos.

No voy a permitir que me la arrebaten otra vez y haré lo que sea para evitarlo.

—¡Quedan unos segundos para las campanadas! —anuncia Tom con entusiasmo, haciéndonos girar a todos hacia el reloj del ayuntamiento.

Y en cuanto me doy la vuelta, veo que la gente comienza a murmurar algo mientras se mueven hacia un lado. No pasan más de unos segundos hasta que veo entre la multitud la figura de Émilie acercarse a nosotros, con una capa de hermoso terciopelo y una sonrisa en su rostro.

—No puede ser —le escucho decir a Gabriel cerca de mí—. Es la mujer que me salvó en el castillo.

Pero yo no puedo esperar ni un solo segundo más. Me echo a correr hacia ella, haciéndola reír por algún motivo. Extiende los brazos en mi dirección y en cuanto la alcanzo por fin, me envuelve con ellos nada más que mis labios se encuentran con los suyos, tantos años después.

Y creo que mi corazón acaba de recomponerse del todo por fin, tanto tiempo después de haberse roto.

—No me habría perdido este momento por nada del mundo —me susurra cuando nuestras bocas se separan.

—Cariño, yo… No puedo creerme que tú… —balbuceo.

Acaricia mi pelo un momento y vuelve a hablar.

—Deja que ahora abrace a nuestra hija y luego hablamos, ¿de acuerdo? —me pide con la voz dulce y decidida que me enamoró hace tantos años.

Me giro entonces hacia Annie, que está haciéndose paso entre el resto de vecinos. Desde aquí veo que viene con el corazón en un puño, el pecho agitado y los ojos enrojecidos. Me hago a un lado cuando llega hasta su madre, fundiéndose ambas en un abrazo que todo el pueblo aplaude mientras comienzan a dar las primeras campanadas.

—Mamá, has venido —no deja de repetir Annie sin soltar a su madre, extendiendo su brazo en mi dirección para incluirme a mí en ese momento íntimo y familiar.

—Tenía algo que hacer antes, pero claro que iba a venir, mi vida —le responde ella, llorando con su hija. La separa un momento para acariciar su rostro, como si quisiera comprobar que ella está bien—. Que volvieras tantas veces requería arreglar ciertas cosas, pero ya está todo bien.

—Perdón, mamá —le dice ella—. Es que papá…

—Lo sé —le corta Émilie—, ya lo sé, cariño. Ahora todo va a ir bien, ya lo verás.

—No, todavía la maldición… No hemos conseguido saber cómo…

—No te preocupes tampoco por eso.

Me choca su respuesta y decido preguntar directamente, ya que a ella no le parece que necesitemos una explicación.

—¿Cómo que no se preocupe por la maldición? ¿Qué quieres decir con eso?

Ella se gira para mirarme y acaricia mi mejilla, volviendo a atusar el pelo de su hija.

—Todo está arreglado —nos dice con una sonrisa tranquila—. Más bien, está a punto de arreglarse.

Las últimas campanadas acompañan el momento en el que nos damos cuenta de que un avergonzado Frederick aparece ante todo el pueblo, caminando de forma poco decidida entre la multitud hasta llegar a nosotros tres.

Y no sé exactamente cómo va a acabar todo esto.

XXVIII

Pete

—¿Qué hace él aquí? —pregunto antes de sacar conclusiones precipitadas.

El reloj del pueblo ha dejado de sonar y ha dado paso a una conocida melodía escocesa que cada año Tom programa para que suene al comenzar oficialmente el año. Nadie se mueve y seguramente alguno esté incluso conteniendo a ratos la respiración. Frederick no es alguien que sea bien recibido en Mist Rachs, aunque el giro de los acontecimientos ha hecho que estén expectantes ante lo que pueda suceder.

—Si me permitís, me gustaría intentar aclarar algunas cosas —nos pide él, mirándonos a todos. Al ver que nadie parece poner objeciones, comienza a hablar de nuevo—. Sé que me odiáis, y no os culpo. He cometido demasiados errores en mi vida y el primero ha sido tratar de odiaros yo a vosotros. Mis padres intentaron por todos los medios que así fuera. Movieron hilos para que consiguiera llegar a Mist Rachs y me hiciera con un puesto en la alcaldía. Y luego… —Agacha un poco la cabeza antes de continuar—. Luego todos vosotros me sacabais una sonrisa aunque intentara que no fuera así. Trataba de seguir odiándoos, pero se me hacía cada vez más difícil.

—Pues no se te notaba la dificultad —comenta en alto Gabriel, haciendo reír en bajo a los de su alrededor.

—Me esmeraba en hacer cosas horribles que luego contaba a mis padres para que se sintieran orgullosos de mí —le dice ahora, mirándole directamente—. Y no tengo excusa por ser un crío idiota que buscaba la aprobación constante de ambos, lo sé. Puede que porque soy adoptado y sentía que les debía algo.

La gente empieza a murmurar ante esa noticia que todos desconocíamos.

—Y tus padres biológicos son… —pregunta Annie, que no ha dejado de abrazarnos a ambos.

Frederick entonces se encoge de hombros, mirando a Émilie.

—No lo sé —reconoce—. Conozco a mis padres adoptivos, pero a los reales… Los primeros siempre me contaron que eran de este pueblo, que me vendieron al mejor postor o algo así. Pero alguien me animó a buscar más información sobre ellos —dice, mirando a Émilie con una sonrisa— y resulta que… Bueno, somos familia, ¿no?

Nos mira a los tres, encogiéndose de hombros, esbozando una tímida sonrisa.

—De cuándo —insiste Annie.

—No lo sé. No he encontrado nada en ninguna parte del pueblo. Pero volver tantas veces para seguir buscando información, me ha permitido enterarme de…

Levanta la palma de su mano para recordarle que lleva esa marca, igual que ella.

—Me parece genial que hayas sabido algo más de tu vida —interrumpe Marie—, pero has provocado muchos problemas y los más graves fueron hace días.

Sigue indignada, como es lógico. Y el perdón de los mistrachianos es imprescindible para que la maldición termine.

No va a ser fácil conseguir algo así.

Frederick entonces se acerca a ella, pidiéndole antes permiso con un gesto de los ojos para hacerlo.

—No he querido provocar tantos conflictos, te lo aseguro, pero me acusas de cosas de las que yo no soy directamente culpable.

—Por poco matas a Gabriel, provocaste el caos en el pueblo por cancelar la ayuda de

emergencias durante la tormenta… —comienza a enumerar ella.

—Ya te dije que yo no tuve que ver con lo de Gabriel y ni siquiera sé de qué estás hablando con respecto a lo segundo.

—Me dijiste que ellas estaban en el castillo —interviene él ahora.

—Pero eso es porque a mí me lo dijeron.

—Por favor, Frederick, que nos conocemos —le dice—. Querías que fuera al castillo, sabiendo lo peligroso que sería con la tormenta encima del pueblo.

—Te aseguro que no sabía que la tormenta iba realmente a comenzar y creía firmemente que Marie y Sandrine estaban en la zona del castillo —responde Frederick con tanta firmeza que Gabriel duda si creerle incluso—. Me dijeron que la tormenta se retrasaría todavía, pero que Marie pretendía hacer algo turbio y por eso intentaba meteros a todos en vuestras casas. Y te aseguro que alguien me dijo que ella y Sandrine estaban por donde el castillo.

—Y, ¿quién te dijo todas esas cosas? —le pregunta Marie, cruzándose de brazos.

—Y espero que no vuelvas a decir que fue mi mujer —le advierto.

—¡Yo no he dicho tal cosa! De hecho, no sé quién era la persona que me dijo lo de Marie y Sandrine. Jamás le había visto por Mist Rachs antes de ese día —confiesa.

—Ahora sales con eso, claro… —le dice Marie.

—¡Os aseguro que alguien se acercó a mí y me lo dijo!

—Y ese alguien fue el mismo que te dijo que la tormenta no iba a ser nada, ¿no? —insiste Marie.

Frederick ahora parece avergonzarse.

—En realidad mis padres me dijeron lo de la tormenta —nos cuenta—. No debí fiarme, lo sé. Tenía mis sospechas, pero siguen siendo mis padres. Aunque… —Agacha la cabeza un instante, volviendo a mirarnos a todos—. Siento haber seguido viniendo al pueblo a pesar de todo, pero necesitaba encontrar respuestas sobre mis orígenes.

—Por eso te colabas en el despacho de Marie —dice con sarcasmo Gabriel.

—Sí, pero no pude encontrar lo que…

—¡Te colaste porque querías enviar todos aquellos emails para sembrar el caos antes y durante la tormenta! —le grita Gabriel.

En cuanto lo hace, comienza a respirar como queriendo calmarse, viendo que se está alterando demasiado. Y es lógico: ha estado a punto de morir y cree que el culpable de todo es Frederick, aunque yo sospecho que aquí está pasando algo que nadie llegamos a comprender. Todavía.

Y decido frenar la discusión que comienza a subir de tono demasiado.

—Me parece que hay algo que está sucediendo y que ninguno sabemos lo que es —les digo—. Ni nosotros, ni Frederick. —Todos se quedan en silencio, escuchándome—. La única forma de salir de esta va a ser uniendo fuerzas. Llevo semanas sintiendo que algo extraño sucede en Mist Rachs y creo que esto puede estar relacionado. Y ninguno de los presentes tiene ni idea. ¿Vamos a seguir discutiendo o vamos a intentar defendernos de lo que está por venir?

Todos se quedan en silencio durante unos largos minutos, mirándose los unos a los otros, decidiendo internamente qué hacer.

Y cuando empezaba a pensar que no había nada que hacer, mi maravillosa mujer interviene.

—Frederick, ¿por qué volviste hoy, después de lo que sucedió la última vez?

—¿Cómo sabes lo que…? —comienza a decir nuestra hija.

Pero su madre le hace un gesto amable para que deje que Frederick conteste y Annie se

queda en silencio, esperando la respuesta de él.

—Sentí que tenía que volver —consigue decir por fin—. Y no sé por qué. No quería, os aseguro que no me quedaron ganas de pisar de nuevo este pueblo. Pero yo… Estoy harto de comportarme como alguien que no soy, así que quise… No sé, quise hacer algo diferente, no esconderme, no engañar a nadie, para variar. Porque al principio odiaba todo lo que tenía que ver con Mist Rachs por lo que mis padres me habían contado, pero cuando empecé a trataros, lo que odiaba era que empezaba a dejar de odiaros. —Parece estar costándole demasiado explicar lo que siente, pero coge aire y vuelve a hablar—. Creo que me educaron de alguna forma para odiar este pueblo, no sé por qué motivo, pero ahora quiero averiguar dos cosas: quiénes fueron mis verdaderos padres y quiénes son en realidad mis padres adoptivos.

Se hace un cómodo silencio entre todos nosotros, creo que sintiendo que Frederick nos está contando la verdad. Por mucho que haya sucedido, por muy idiota que haya sido, me parece que él también ha sufrido. Y puede que sea un pensamiento generalizado por cómo el resto de vecinos comienza a darle la bienvenida a Mist Rachs, estrechándole la mano a un sorprendidísimo y más que emocionado Frederick, que los mira con absoluta incredulidad. Comienzan a charlar todos ellos animadamente, como si en realidad todos los malos entendidos fueran situaciones que a partir de ahora habrá que ver por qué han sucedido, al margen de culpar a nuestro anterior teniente de alcalde, al que parece que finalmente van a dar una nueva oportunidad.

En ese momento Gabriel se acerca a él y se hace el silencio en la plaza. Casi podría asegurar que Frederick traga saliva con algo de esfuerzo y se yergue, dispuesto a afrontar lo que sea que tenga que decirle Gabriel.

—Tú y yo vamos a tener que aclarar muchas cosas —le dice este último—, pero juntos, ¿de acuerdo?

Le ofrece su mano mientras esboza una sonrisa. Y es tal la emoción que parece sentir Frederick que en vez de estrecharle aquella mano, se lanza hacia él, abrazándolo.

—Te aseguro que nunca quise… —comienza a decirle sin soltarle.

—Eres un idiota engreído, pero no creo que seas un asesino —le contesta Gabriel, haciéndonos reír a todos, incluyendo a Frederick.

—Dios mío, papá —escucho a mi hija exclamar cerca de mí.

La busco con urgencia con la mirada, sintiendo mi corazón encogerse en el pecho. Y lo primero que veo cuando la localizo por fin es la palma de su mano, que me muestra con lágrimas en los ojos, tan emocionada que no es capaz de hablar.

—La mancha… ¿No está? —exclamo al ver su mano limpia de toda maldición por primera vez en su vida.

Émilie y Frederick se miran sus propias manos y comprueban que ellos tampoco tienen mancha alguna. Ella clava sus bellos ojos en los míos y comprendo al instante todo lo que está pensando sin necesidad de que me lo diga con palabras. Sonríe mientras sus ojos se enrojecen. Se acerca a mí poco a poco, a la vez que Annie besa a Mike con intensa emoción y alivio.

—Creo que lo hemos conseguido, cariño —me dice, dándome un breve beso en los labios después.

—¿La maldición? —pregunto para que alguien me lo diga claramente.

—Sí, exacto —confirma sin dejar de sonreír, asintiendo repetidas veces.

—¿Estás segura?

Sigue asintiendo cuando la levanto por el aire y la abrazo al posarla de nuevo en el suelo, como si fuéramos dos adolescentes con toda una vida por delante para vivirla juntos, con

la familia que siempre quisimos formar y nunca nos pudimos permitir por el pasado. La beso con intensidad mientras vuelvo a repetirle una y otra vez si está segura de que aquello ha terminado al fin.

Y ella parece estar más que encantada de confirmármelo cuantas veces sean necesarias.

XXIX

Anna

Todo a mi alrededor es una locura. La gente está feliz por nosotros, nos abrazan, se abrazan, se besan y vuelven a abrazarse entre ellos. Hay aplausos y gritos de emoción cada poco, alegrándose realmente por lo que acaba de pasar. Porque la maldición que soportaba mi familia desde hacía siglos se ha roto por fin, no sé todavía ni cómo, y podremos empezar a vivir como queramos y con quien queramos.

Ya no habrá nada que nos lo impida.

—Cariño, ¿no estás feliz tú también?

Miro a Mike, que acaba de hablarme cogiéndome por la cintura, viendo que estoy algo despistada todavía sin saber bien cómo digerir lo que estamos viviendo.

—Sí, es que… Creo que todavía no lo estoy asimilando del todo, pero estoy bien.

Acaricia mi mejilla y pasa un mechón de mi pelo por detrás de la oreja, volviendo a mirarme con unos ojos tan hermosos como sinceros.

—Entonces tómate todo el tiempo del mundo para asimilarlo a tu manera —me dice con comprensión, derritiéndome con sus palabras.

Y siento que debo hacer algo.

Ya mismo.

Sin esperar ni un segundo más.

—Creo que lo que primero he asimilado es que por fin podremos formar una familia.

Sonríe ante mis palabras, emocionado.

—Es cierto, sí.

—Y recuerdo que hace poco me pediste algo muy concreto. —Frunce un poco el ceño sin saber a lo que me estoy refiriendo—. Dijiste que querías casarte conmigo.

Echa su cabeza hacia atrás, riéndose. Frota unos segundos su cara, algo avergonzado todavía.

—No hace falta que me recuerdes un momento tan… —Y cuando ve que estoy poniéndome de rodillas en el frío suelo, como él hizo en su momento, abre los ojos en exceso sin comprender todavía. O comprendiendo muy bien—. Annie, ¿qué es lo que…?

—Ahora que podemos ser dueños de nuestro futuro —comienzo a decirle, haciendo que todos los presentes a nuestro alrededor se queden en silencio, observando la escena—, me gustaría decirte algo.

—Pero eso tendría que hacerlo yo —protesta, riéndose.

—Estás en un tiempo en el que, por fin, las cosas van cambiando, colega —le dice Philip—, así que disfruta de este momento, nada más.

Mike le mira un instante, echándose a reír, volviendo a fijar su mirada en mis ojos, acariciando mis manos con sus pulgares.

—Quiero pedirte que te cases conmigo —le digo al fin—. Porque te quiero, siempre lo he hecho. Desde que llegué a tu tiempo, cuando no era más que una niña, hasta que dejaste a un lado tus creencias y miedos para adentrarte en toda esta locura junto a mí.

—Y no te denunció por bruja, que eso es también un punto —escuchamos decir a Tyra,

echándonos a reír con su comentario.

—Es mi preciosa brujita y la quiero con mi vida —reconoce Mike, diciendo aquello con tanto amor que me alegro de estar de rodillas porque, de lo contrario, las piernas me habrían temblado demasiado.

—Sé que hace días tú me preguntaste esto mismo —reconozco— y tuve que decirte que no.

—Pero no era nada personal… —dice ahora Gabriel, echándose a reír junto al resto.

Incluso nos contagian a Mike y a mí.

—Ahora todo ha cambiado —prosigo hablándole— y espero que podamos formar la familia con la que siempre habíamos soñado. Si tú quieres, claro. Así que… —Y cojo aire—. Mike, ¿querrías casarte conmigo?

—La verdad es que no quiero que te lo tomes como algo personal… —comienza a decir, tomándome el pelo entre risas. Pero se agacha, colocándose de rodillas frente a mí sin soltar mi mano, posando la otra sobre mi mejilla—. Siempre he querido estar contigo, sea como sea. Y donde y cuando sea —añade, sonriendo conmigo—. Casémonos y sigamos siendo felices.

—Pero sin comer perdices, que ellas no tienen ninguna culpa —escuchamos que dice Sandrine mientras nos besamos.

Todo el pueblo ríe y aplaude a la vez. Y en cuanto nos levantamos, mis padres son los primeros que nos abrazan.

—No te imaginas lo que me alegra saber que por fin vas a poder vivir la vida que quieras, mi niña —me dice mi madre.

—Habría dado mi propia vida por verte feliz —añade mi padre, realmente emocionado, palmeando el hombro de Mike.

—No es porque seamos familia, sea en el grado que sea —dice Frederick ahora, viniendo hacia nosotros—, pero os aseguro que me alegro por todos vosotros.

—Nosotros también por ti, Frederick —le dice mi padre, dándole la mano.

—Te prometo que encontraremos respuestas algún día —le asegura mi madre, acariciándole un momento el pelo, como si se conocieran de toda la vida—. No te vayas muy lejos, ¿de acuerdo?

—Si mis padres adoptivos se enteran de todo esto, no creo que pueda volver a casa, así que…

—Ya pensaremos qué hacer con ese tema —le interrumpe mi padre—, pero creo que no tienes por qué decirles todavía nada. Disimula delante de ellos y que crean que sigues odiando Mist Rachs. Puede que consigamos averiguar más cosas de esa forma.

Frederick asiente sin dejar de sonreír. Creo que está sonriendo más en este rato que sumando todas las veces que lo he visto al regresar a este tiempo.

—Creo que estábamos muy equivocados contigo —dice Massie, algo avergonzada.

—Bueno, no tanto; siempre fue un idiota egocéntrico —apostilla Gabriel, aunque ya a modo de broma, haciendo reír incluso al propio Frederick.

—Yo creo que acabaremos siendo todos colegas —dice Mike.

—¡Lo has dicho a la primera! —exclama Philip, apretando el brazo de mi ahora prometido, provocando nuevas risas entre los vecinos de Mist Rachs.

—Creo que tendríamos que ir a buscar nuestros frascos antes de que el frío nos gangrene los dedos —le escuchamos decir a Tom, dando un par de palmadas en el aire para que le hagamos caso.

—Mi deseo ya se ha cumplido por adelantado —me dice Mike mientras nos dirigimos a

la caseta en donde los dejamos la noche anterior.

Beso sus labios y acaricio la afeitada mejilla de quien espero que pase conmigo el resto de nuestra vida. Una vida que viviremos como queramos, lejos de todo lo que llevamos tiempo intentando dejar atrás. Una vida que merecemos y que nos hemos ganado a pulso.

Una vida juntos, aquí, en el presente.

Siempre en Mist Rachs.

Pero esto no ha sido todo…

Un año después…

Frederick

—Pero, ¿pediste ya un deseo?

—¿En serio no se pueden pedir varios? ¿Sólo uno?

Philip me mira con cara de pocos amigos, pero sonríe, así que no tengo de qué preocuparme.

Hoy es el día que vamos a quemar lo que el año pasado guardamos en el interior del frasco navideño. Esta vez pienso hacer uno para mí en vez de usar de los genéricos. Sólo espero poder saber qué meter en el frasco al final del mes de diciembre.

—Lo quieres todo siempre —escucho que me dice Olive, caminando junto a Annie, las dos cogidas del brazo como si hiciera media vida que no se ven.

—Pediré como deseo que se me concedan tres —replico, provocando que Jenna me dé un empujón cariñoso, riéndose con mi ocurrencia—. ¿Qué pasa? ¿Os da rabia que se me haya ocurrido a mí antes que a vosotros en todos estos años?

—Claro, Fred, lo que tú digas —responde Gabriel entre risas—. No cambias, ¿eh?

Le amenazo con el dedo para que deje de una vez de despeinarme el pelo. Parece que tiene obsesión con eso desde hace tiempo y no me explico por qué. Le hace gracia ahora mi amenaza y se echa a reír, amenazándome él a mí con llevar a cabo su malvado plan, no consiguiéndolo porque me escabullo de su lado a tiempo.

—No puedes parar quieto ni un solo instante, ¿verdad? —se queja ahora Pete, después de que casi le arrollo durante mi huida.

—Deja al chico, cariño —le pide Émilie con tono amable, acariciándome la barbilla después—. ¿Todo bien por casa? —me pregunta.

Me encojo de hombros, con pocas ganas de hablar de eso.

—Sigo sintiendo que algo sospechan —reconozco—, y no sé qué más puedo hacer. Como no prenda fuego al pueblo… —Al ver que Pete vuelve a mirarme con ganas de detenerme aquí mismo, levanto las palmas de las manos para declararme inocente—. ¡Era broma, Pete!

Su mujer se ríe y comienza a hablar con él, que me mira todavía un instante más, jurándome con los ojos que me va a arrancar los míos si me atrevo a hacer algo semejante.

Y no, no haría nada así, ni aunque me obligaran a punta de pistola. En este año que llevo viviendo aquí, mi amor por Mist Rachs ha ido aumentando. Siento desde hace tiempo que ya formo parte de todo esto y por primera vez en mi vida soy feliz. Trabajo en el ayuntamiento como administrativo y he alquilado un pequeño piso en Rain Street, a pocos pasos del trabajo. Han sido todos más que amables conmigo, primero por readmitirme en el ayuntamiento, aunque ni loco habría querido volver a mi anterior puesto. Ese mismo día consiguieron un pequeño apartamento para que pudiera instalarme cuando quisiera; forma parte de la vivienda social que pertenece a todo Mist Rachs, un programa que impulsó Marie hace tiempo y al que yo me opuse desde el primer día. Qué ironías tiene la vida.

El caso es que pago mi renta, la cual repercute directamente al pueblo que ya es mi hogar y siento que por fin pertenezco a una comunidad que me aprecia y a la que yo también aprecio.

No he hecho muchos avances con respecto a mis orígenes. Émilie me mantiene informado de lo que puede, ya que su trabajo parece ser de alto secreto o alguna chorrada parecida. Igual que el de mis padres, aunque no tan hermético. A veces llega a Mist Rachs y me

cuenta cosas, pregunta otras, toma nota y… Bueno, no sé aún de dónde o cuándo vengo ni quiénes fueron mis padres, pero según Émilie, está a punto de averiguar algo. Me gustaría que así fuera, aunque si soy sincero, cada vez me importa menos.

Soy tan feliz que el dolor y la frustración por no conocer mis orígenes han pasado a un segundo plano.

Llegamos a la zona del reloj del ayuntamiento, donde Tom nos espera para la quema de la magia de la Navidad pasada, y con ese acto dará comienzo la temporada navideña de este año. Mañana es el encendido de luces y es extraño, pero estoy deseando volver a ver Mist Rachs iluminado por miles de bombillas de colores. Ya está todo preparado y la gente ha estado decorando sus casas y negocios para la ocasión. El árbol de Mistletoe Square luce hermoso a la espera del encendido y el mercadillo de Navidad dará comienzo en pocas horas.

Yo también he decorado mi pequeño piso. Mike y el resto de amigos me han echado una mano; jamás había celebrado la Navidad y no sabía por dónde empezar. En mi casa decían que esas cosas eran para perdedores ilusos y nunca sentí que quisiera vivir esta época hasta que vine a Mist Rachs.

Mi vida es tan diferente ahora que casi no me reconozco ni yo mismo.

—Vamos, que van a dar ya las doce y tenéis que estar todos listos para quemarlo —nos apremia Tom, haciéndonos pasar a todos a la caseta de madera, donde ya hay cerillas y cuencos de sobra para que cada uno quememos el interior de nuestro frasco.

—¿Siempre huele a canela, jengibre y abeto aquí dentro o Philip y Alan están colaborando en algo? —pregunto en alto, haciendo reír a unos cuantos.

Froto mi pelo antes de colocar el interior de mi pequeño frasco en la bandeja y coger una cerilla de las que Tom va repartiendo. Y tengo que pensar bien mi deseo, porque me gustaría tener casa propia en Mist Rachs, saber algo más de mis orígenes, seguir teniendo amistad con toda la gente del pueblo, optar a un ascenso en mi trabajo… Podría pedir el menos factible de todos, con el que vea que tengo menos posibilidades de conseguirlo por mí mismo.

Y, por supuesto, sé cuál voy a pedir.

Froto mis manos por el frío, aunque dentro de la caseta se está mucho mejor. Algunos vamos saliendo al exterior para recibir el inicio de la temporada navideña viendo el reloj dar las campanadas. Llevo en una mano la bandeja con el contenido del frasco y lo prendo con la cerilla mientras todos vamos contando hacia atrás con cada campanada. El contenido navideño del año pasado va convirtiéndose en ceniza mientras recuerdo qué diferente fue todo hace meses y pienso con fuerza en mi deseo para este año.

El olor a naranja, canela, abeto y fuego entre otros asciende en el aire, creando la atmósfera navideña que no nos abandonará en todo el mes de diciembre. Miro a mis vecinos y amigos, que tan bien se han portado conmigo a pesar de todo. Sus ojos ilusionados, la sonrisa en sus labios, las miradas que todos nos dedicamos en un momento que parece trascender de alguna forma hasta convertirse casi en algo irreal y de otro mundo. Puede que sí que estemos haciendo magia, algo rudimentario, simple y primitivo, pero magia al fin y al cabo, o puede que sólo sea un infantil ritual que Mist Rachs conserva simplemente para tener un motivo más para juntarnos y celebrar algo.

Terminan las campanadas y las bandejas, ya sin llama alguna, son vaciadas en el aire entre aplausos y gritos de emoción. Acaba de comenzar el mes de diciembre y eso en Mist Rachs es algo casi místico que se espera con ilusión durante todo el año. Y yo, en esta ocasión, pienso aprovecharlo. Les he contado a mis padres que me quedaré por aquí para ver si saco algo más de información, porque si les cuento que quiero apuntarme a todos los talleres y concursos que

Massie me ha contado que va a haber este año, a lo mejor sospecharían demasiado que algo está pasando.

Siento tantos abrazos de repente que casi me agobio; todavía no me acostumbro a la cantidad de muestras de afecto que los mistrachianos reparten por doquier, pero voy haciendo avances. Y cuando la gente va quitándoseme de encima, veo una sombra acercarse al pueblo desde December Street. Camina con asombrosa decisión a pesar del viento que se acaba de levantar de repente. Los vecinos parece que también se han dado cuenta de que alguien ha llegado a Mist Rachs y se miran entre ellos mientras esperan con paciencia a que llegue quienquiera que camina hacia nosotros.

No puede ser…

Abrigo negro de ante sobre traje oscuro, melena rubia infinita, ojos negros como el carbón y mirada desafiante. Esboza una sonrisa sarcástica, la típica que indica que esa persona cree que está por encima de todo; la misma que yo lucía hasta hace bien poco. Y me mira fijamente, tanto que siento que me empiezo a marear.

—Paola, ¿qué haces tú aquí? —digo sin querer acercarme siquiera a ella, quedándome al lado de todos los demás, sorprendidos al ver que sé quién es esta persona que acaba de llegar a Mist Rachs.

Y parece incluso alegrarse con el tono confundido con el que le he preguntado aquello, comenzando a hablar.

—Eso iba a preguntarte yo a ti.